

V I D A
**DE SAN FELIPE
NERI FLORENTIN,
PRESBITERO SECVLAR,
FVNDADOR DE LA CONGREGACION
DEL ORATORIO.**

RECOGIDA DE LOS PROCESSIONS, DE SV
Canonizacion, por Pedro Iayme Bachi Are-
tino, Presbytero de la Congregacion
del Oratorio de Roma.

TRADVCIDA DE ITALIANO EN ESPAÑOL,
por el Doctor Don Luys Crespi de Borja, Presbytero
de la Congregacion del Oratorio de Valencia, Ar-
cediano de Morviedro, y Pavorde de la Santa Igle-
sia Metropolitana de Valencia, Cathedratico de Pri-
ma de Theologia, y Examinador de la Vniversi-
dad de la misma Ciudad, Calificador del
Santo Oficio, y Examinador Synodal.

REIMPRESSA NVEVAMENTE A COSTA DE VN
devoto del mismo Santo.

VAN AÑADIDOS AL VLTIMO LOS DICHOS,
y hechos, que la Congregacion de Barcelona
hizo imprimir en el año 1682.

=====

Copiada de este original por Joaquín Rueda Sánchez miembro del Oratorio
Seglar de San Felipe Neri de la Diocesis de Getafe y terminada el día 1 de
Marzo de 2010
comienzo de la Novena a Santa Maria de la Cruz.



LIBRO PRIMERO

DE LA VIDA DEL GLORIOSO

PATRIARCA SAN FELIPE

N E R I

REFIERENSE SUS ACCIONES
desde su nacimiento, hasta que fue a vivir a San-
ta Maria de la Vallicela.

CAPITULO I.

Nacimiento y puericia de Felipe:

Como en todos los siglos ha ilustrado la Divina Bondad con santos prodigiosos a la Iglesia militante para que manifiesten su gloria, resplandeciendo en ella como estrellas en el firmamento: en el siglo pasado, puso entre otros al glorioso Patriarca San Felipe Neri, para dechado de clérigos seculares.

Nació pues, este hermoso lucero, en Florencia el día veintidós de Julio del año 1515, primero del pontificado de León X. Renació por la gracia del Bautismo en la Iglesia de San Juan, única fuente bautismal de su patria, y heredó de su abuelo el nombre de Felipe. Tuvo por padres a Francisco Neri, persona de calidad, y en la ocupación de abogado, que profesó muy sincero; devotísimo de religiosos y muy en particular de Santo Domingo, y a Lucrecia Soldi, Matrona, esclarecida por su sangre, por ser la familia de los Soldi de las más ilustres de Florencia, y que rigió los mayores cargos de la República, en el tiempo que lo era.

Doró Dios a nuestro Felipe de lindísimo ingenio, de cuerpo bien formado, de natural apacible, y de una atracción admirable; calidades propias todas de personas escogidas para llevar almas a Dios. Le educaron sus Padres, procurando cumplir con la obligación tan justa de enseñarle con las letras, el temor santo de Dios. Le hicieron estudiar la gramática y la retórica y en todo salió, no sólo aventajado estudiante a los demás sino de admiración a todos. Y desde la niñez descubría Felipe los indicios de la santidad, que Dios había de depositar en su Alma; porque tenía gran respeto a los mayores, singular modestia con todos y mostraba extraordinaria inclinación a las cosas de Dios.

Fue tan obediente a su padre, que en su vida no le dio el menor disgusto. Una vez solo le reprendió su padre, porque dio un leve empellón a su hermana catalina, y fue la causa, estorbarle a ella la lección de los Salmos en que se entretenía con la otra hermana Isabel, culpa (si así puede llamarse) que la lloró el niño amargamente. Si le mandaba su madre, que no se moviese de un lugar, por ningún caso lo hacía sin su licencia. Muerta su madre, habiéndose casado por segunda vez su padre, mereció por el respeto que tuvo a su madrastra, y por sus buenas costumbres, que le amase como a un hijo. Y así lloró mucho su partida a Florencia, quedándole tan vivo en su memoria, que a la hora de su muerte le hablaba como si estuviera presente, asegurando que sentía gran alivio con solo nombrarle. Generalmente respetaba Felipe a todos sus mayores. Con los iguales e inferiores, era tan apacible, que parece que no sabía enojarse. Jamás se le oyó hablar mal de nadie y se hacía tan amable con todos, que por su bondad y natural afabilidad, le llamaban “PIPO BUENO”.

También le hacía esta misma bondad tan natural, agradable a los ojos de Dios, y así le guardó tan milagrosamente de algunos peligros en su tierna edad. Una vez queriendo subir a caballo, en un jumentillo que estaba en el patio de su casa, al dar la vuelta para ponerse a sus lomos, cayeron ambos por una escalera abajo, hacia un sótano, o cantina, quedando el niño debajo, sin dejar ver de su cuerpo nada más que un brazo, lo cogió una mujer que acudió de prisa al lugar y le saco de debajo del animal. Este beneficio lo solía contar el Santo entre los particulares, que había recibido de la Divina Bondad y le daba por él continuamente gracias.

Se añadía a tan buenas calidades, el espíritu, y las devociones, aún en su puericia tenían alguna madurez; porque no se ocupaba en las devotas niñerías que suelen los de aquella edad, sino en hacer oración, rezar los salmos, y sobre todo le gustaba oír la Palabra de Dios, verdadero alimento del Alma. No solía decir como los demás niños, quiero ser clérigo o fraile, guardando su secreto en el corazón. Comenzó desde niño a aborrecer la vanidad, y ostentación, de las que fue capital enemigo toda su vida. Esta madurez de espíritu junto con la inocencia pueril le hacía tan caro a los ojos

de Dios, que alcanzaba todo lo que pedía y con la oración hallaba cualquier cosa que le faltase.

Perdió una vez una cadena de oro y otra, una buena cantidad de ropa y acudiendo a la oración lo encontro todo al punto.

Frecuentaba entonces Felipe la Iglesia de San Marcos, Convento de Predicadores de Florencia, de quien confesaba el Santo haber recibido los primeros alientos de su espíritu y solía referirlo muchas veces con otras palabras: **“Si tengo algo de bueno, todo se lo debo a los Padres de San Marcos de Florencia”**. Nombraba en particular al Padre Fray Servando Mini, y a Fray Zenobio de Medicis, varones de mucha opinión de santidad, en cuya confirmación contaba el Santo este suceso. Solían estos dos padres confesarse, el uno al otro, cada noche, antes de entrar a maitines, por cansarlos con mayor devoción. El demonio, envidioso de todo espiritual aprovechamiento, quiso una noche burlarse de ellos, o engañarlos, y antes de la hora llamó a la puerta del Padre Zenobio, diciéndole que ya era hora de levantarse a Maitines; se levantó el Padre, bajo a la iglesia, halló al demonio en figura de religioso, paseándose delante del confesionario, y pensando que era su compañero, se arrodilló para decir sus culpas, y el demonio fingiendo que lo era se dispuso a oírlas. Comenzó su confesión y a cada culpa le decía: esto no es nada, esto no importa. Confesó una que era algo más grave y oyendo la misma respuesta, sospechoso del engaño le dijo: **“Serás tú acaso algún demonio del infierno?”** A estas palabras el demonio, confuso, desapareció al instante.

También oía Felipe en aquella edad con mucho gusto al padre Baldonio, gran Predicador de la Religión de los Humillados, de cuya santidad era después el Santo, fiel testigo, diciendo: que por sus oraciones había favorecido Dios a la Ciudad de Florencia en las tribulaciones del año 1527, que la entrada del Duque de Borbón causó en Italia.

De los Ejercicios Espirituales, nacían en Felipe los deseos de todas la virtudes en particular la de padecer por Cristo, y así a la edad de quince años, padeció una gravísima enfermedad. Con paciencia muy superior al mal procuró disimularla de manera que no la advirtiera una hermana de su madrastra, la pasó sin ningún alivio. Ella le administraba lo necesario sin que Felipe se quejase, ni lo pidiese. No mostró menor constancia en la ocasión de un incendio, que sucedió en su casa en gran cantidad de alhajas de consideración, y aquel valor fue motivo para que todos esperasen de Felipe cosas grandes.

De los mismos deseos de las virtudes, procedía el aborrecimiento de lo que suele hacer mayor aprecio el mundo: porque enseñándole un papel en el que estaba el árbol de su descendencia, lo rasgó sin leerlo, despreciando ser escrito en otra parte que no fuera en el libro de la vida.

CAPITULO II.

De edad de dieciocho años lo envía su padre a San Germano, para que atienda a las mercaderías en casa de un tío suyo.

Teniendo ya Felipe dieciocho años, y como hemos dicho, instruido en las letras humanas aventajadamente, le envió su padre a San Germano, lugar fundado en la falda del Monte Casino en el Reino de Nápoles, donde vivía un hermano suyo llamado Rómulo, muy rico, con la intención de que atendiese a la mercadería, con la dirección del tío y le sucediese después en la hacienda, que pasaba de veintidós mil escudos; suma en aquellos tiempos de mucha consideración, principalmente porque no tenía Rómulo hijos ni otra persona más próxima para dejar sus bienes que a Felipe.

Llegó a San Germano, fue muy bien recibido por su tío y se portó de manera que, en poco tiempo consideradas sus buenas condiciones, resolvió instituirle su heredero. Pero Dios que le tenía destinado para cosas altas, desvaneció los designios de Rómulo, porque después de haber estado pocos días en su compañía, sintiéndole estimular a estado más perfecto, considerando el impedimento que traen consigo las riquezas, y el ejercicio de la mercadería, trató de tomar otra resolución sobre su vida, acelerando este pensamiento la devoción que tuvo en este país con la ocasión que le sigue.

Está vecino al Puerto de Gaeta, cercano a San Germano un monte en aquellas partes célebre, por ser tradición antiquísima, que es uno de los que en la muerte del Salvador se abrieron. Este monte es de los Padres de San Benito de Monte Casino. En él hay un Templo dedicado a la Santísima Trinidad. Le dividen tres grandísimas aberturas de la raíz a la cumbre, y en la de en medio, que es la mayor, sobre un peñasco hay una capilla de una imagen devotísima de Cristo en la Cruz, a quién suelen hacer salva al pasar todos los navegantes. Aquí solía retirarse muy a menudo Felipe a tener oración y meditar la Pasión de Nuestro Redentor. Creció con esta devoción en Felipe, el aborrecimiento de la vanidad del mundo con que resolvió ejecutar el intento que tuvo desde el primer día que llegó a San Germano; esto es no atender a la negociación, darle todo a Dios, en aquél estado en el que más libremente pudiese servirle. Advertido de esta resolución, el tío, procuró por todas la maneras posibles apartarle de ellas, proponiéndole todas estas razones: Que había resuelto nombrarle su heredero, que se diera cuenta que con él se acababa su familia, que no hiciese tan ligeramente

resolución tan grande, ser agradecido al amor con el que le había tratado, a los beneficios que le había hecho y deseaba hacerle. A quién Felipe, con la modesta brevedad que piden semejantes resoluciones, respondió, despojándose de toda esperanza de riquezas terrenas: Que de los beneficios recibidos se acordaría siempre, que en lo demás alababa más su amor que su consejo.

CAPITULO III.

Parte de San Germano a Roma, y de sus primeros fervores.

Dos años había estado en aquél país cuando tomó esta resolución, en que estaba muy constante, y así dada la respuesta a su Tío, la ejecutó con maduro consejo, partiendo a Roma a fin de dar cuenta de ello a su padre; si bien no solía hacer ninguna cosa sin su permiso. Esta la hizo, para que nadie le impidiese el propósito de servir a Dios, desasido de todas las cosas del mundo y de las riquezas principalmente.

Partió de la casa de su Tío, sin llevar consigo cosa alguna, para atender más libremente a la mercadería del Cielo, a la que se sentía llamar del Señor continuamente.

Al llegar a Roma, se le ofreció luego la ocasión de servir a Dios, que era lo que más deseaba, porque halló en ella a Galeoto Cachia, hidalgo florentino, que viendo su modestia, y considerando su necesidad, le dio un pequeño aposento de su casa, y un cahiz de trigo cada año de limosna, con el que se sustentaba Felipe. Y por corresponder al amor del hidalgo, tomó a su cuenta el cuidado de sus hijos, enseñándoles letras y virtud juntamente, animándoles muy en particular a puridad y modestia, de manera que salieron de su educación como dos Ángeles. Estuvo en esta casa muchos años, haciendo una vida tan áspera, tan penitente y tan solitaria que le pareció a muchos eremítica. Era tan abstigente, que no parecía que cuidara de alimentarse. Dolían los de su casa, al principio, guardarle algo de vianda, pero se contentaba con el pan solo y se retiraba a un descubierto junto a un pozo, donde comía de ordinario, una vez solamente en el día, bebiendo solo agua, a veces añadía algunas yerbas o aceitunas. Alguna vez estuvo tres días sin comer.

Él mismo siendo sacerdote, para animar a sus hijos espirituales a la mortificación, solía contarles con buena sazón, que en el tiempo de su juventud, sólo gastaba diez reales cada mes en su sustento.

Tenía tan pobre su aposento, que sólo había en él una camilla, algunos libros, la ropa de lino y la de lana la tenía colgada en un cordel, que atravesaba de una pared a otra. En lo que más empleaba el tiempo era en la oración y le era tan fácil tenerla que sin tener que excitarle, se sentía

movido a ella; y así pasaba en oración días y noches enteras. Este modo de vida tan eminente, comenzó a divulgarse de manera que no solo se esparció la fama por Roma sino que llegó a Florencia, donde los que le conocieron niño no se maravillaron acordándose de su vida en aquella tierna edad y antes se encomendaban a sus oraciones así lo decía una pariente suya a los que venían a Roma de Florencia.

CAPITULO IV

Estudia Filosofía y Teología

Para entender mejor las cosas celestiales, para gustarlas más perfectamente, resolvió añadir a las letras humanas, el estudio de la Filosofía y la Teología. En la Filosofía, tuvo por maestros a Cesar Iacobeli, que fue después Obispo de Bencastro, en Calabria, y Antonio Ferro, entrambos de los primeros catedráticos de Roma en aquella era. Y fue Felipe de los más lúcidos estudiantes de su tiempo, así lo testificaba Alejandro Butrio, condiscípulo suyo y Filósofo insigne.

Cursó después Teología en el Convento de San Agustín, y echó en ella tan altos fundamentos, que le sirvió aquél estudio para toda la vida, porque siendo ya anciano, respondía a las cuestiones altísimas de Trinitate, Angelis, Incarnatione, y otras materias con tan fresca memoria como si las estudiara entonces. Se admiraban todos los que le oían de verle discurrir con tanto fundamento, en la variedad de las opiniones en que se leían en las escuelas. Cuando se le ofrecía conversación con sus hijos espirituales, estudiantes, para ejercitarlos, para hacérseles amables, y atraerles al servicio de Dios, se ponía el Santo Varón a disputar con ellos tan francamente, como si el mismo día hubiera visto las materias. Otras veces (sin bien raras) con buena sazón, discurría con los mayores teólogos de aquella edad, en particular con el Padre Fray Ambrosio de Bañolo, a quien eligió Obispo de Nardo, la gloriosa memoria del Papa Pío V. Con el Padre Bernardino de Luca, doctísimo y prudentísimo varón, y con otros con los que tenía particular familiaridad; porque con los que no la tenía, acostumbraba a encubrir lo que sabía, de manera que ninguno le pudiera tener por letrado. Por eso solía ser breve en los discursos ordinariamente si extender con palabras su concepto, si bien cuando quería los dilataba con admiración de todos. A un Prelado de gran estimación le ofreció ocasión de discurrir largamente con Felipe y de él dijo después estas palabras: ***“Yo creí que este Padre era simple, e idiota, pero le he hallado grande en espíritu y doctrina”***. Lo mismo le surgió a Alexandro Sauli Obispo de Aleria y después de Paula, persona de gran santidad y muchas letras,

porque discurrendo con el Santo en cuestiones de Teología y oyéndole hablar tan doctamente, quedo admirado. Le había tenido antes más por santo, que por docto. Estaba tan expedito y tan seguro en las materias y tan seguro en las materias Escolásticas y Doctrinales, que cuando se hacían las pláticas en San Jerónimo de la Caridad, y en San Juan de los Florentinos (en aquellos tiempos por falta de sujetos, solían hacer los seglares, que tenían espíritu y facundia natural, como se diría en su lugar) si oía decir acaso alguna proposición, referir algún hecho sin la claridad y atención que convenía, solía subirle a la fila y declararlo con tanto acierto y prudencia, que se echaba bien de ver cuan gran fundamento tenía su doctrina, cosa que dio motivo para que muchos juzgasen que su ciencia había sido más infusa que adquirida.

Siguió siempre en la teología la doctrina de Santo Tomás, a quién tuvo singular devoción: tenía la Suma del Santo casi siempre en las manos. No hizo menor progreso en la Escritura con la frecuente lición y meditación: se valía de ella en ocasiones, con admiración, y fruto indecible de quien le oía. En las disputas, y conversaciones era tan sutil y modesto juntamente, que robaba las voluntades y convencía los entendimientos de los que con él discurrían. Se deleitó también en la pueril edad con la Poesía Latina y vulgar: en la vulgar componía de repente y aunque por su humildad mandó quemar todos sus papeles antes que muriese, quedó acaso un soneto escrito de su mano, que para consuelo de algunos se pondrá al fin de la obra.

No dejó el Espíritu mientras atendió al estudio, porque además de visitar continuamente los hospitales, iba muchas veces después de lición al pórtico de San Pedro o San Juan de Letrán a enseñar a los pobres la doctrina. Aumentó el Espíritu mientras estudio Teología en el convento de los Agustinos, y todas las veces que miraba la devota imagen de un Crucifijo que había en el general no podía contener las lágrimas, ni los suspiros, de forma que como en Florencia siendo niño le llamaban “Pipo Bueno”, en roma le llamaban “Felipe Bueno” titulo que le dio muchas veces Antonio Altoviti Arzobispo de Florencia.

CAPITULO V

Deja los estudios y se da totalmente al Espíritu

Siguiendo la doctrina del Apóstol: “Non plus sapere, quam oportet sapere, sed sapere sobrietatem”, se contentó con saber lo que le pareció que bastaba para su provecho, y el de los prójimos, resolvió dejar los estudios y aplicarse totalmente a la ciencia que se aprende en Cristo Crucificado, entregándose más a la oración, y entendiendo que era este el medio para

llegar a la perfección a la que deseaba, juzgando que le debía de servir de impedimento el estudio; porque pide cada uno de estos ejercicios todo un hombre. Para este fin vendió todos sus libros, dio el precio de ellos por Amor de Dios, y se entregó a la oración, de tal fuerte, que llegó a emplear en ella, hasta cuarenta horas. Sentía en el orar, multiplicarse los afectos del Amor Divino, con tal fuerza y encendérsele en el pecho con tal llama, que se veía obligado a arrojarse en el suelo, desabrocharse y usar otros remedios, para templar en parte el incendio para desahogar los espíritus que del ímpetu de la llama quedaban oprimidos.

Atendió a la mortificación de los sentidos en todo genero. Dormía poquísimo y ordinariamente en el suelo. Se disciplinaba casi cada día con cadenillas de hierro. Amaba la pobreza como carísima compañera, huía de las conversaciones y recreaciones aunque honestas, finalmente procuraba evitar todo lo que podía darle al cuerpo alguna recreación o gusto. Se dio más a la vida retirada, casi eremítica, se negó al comercio de los hombres, se dio sobre todo al silencio, que amo toda la vida sumamente en cuanto conducía al instituto.

De estos medios se valió para ocuparse con mayor fervor en la contemplación de las cosas celestiales, y para hacerlo con mayor recogimiento, visitaba las siete iglesias todas las noches, principalmente el Cementerio de San Calixto, llamado comúnmente las Catacumbas de San Sebastián, dilatando en ellas sus oraciones. Solía llevarse solo un pan con que se sustentaba todo el día. El Padre Fray Francisco Cardone de Camerino, Maestro de Novicios de la Minerva, solía proponerle por ejemplo de penitencia a sus novicios, diciéndoles muchas veces: ***“Felipe Neri es un gran Santo, entre otras maravillas suyas, ha habitado diez años seguidos en las grutas de San Sebastián por hacer penitencia”***. Son estas catacumbas como unas bóvedas debajo de tierra, de más de veinte gradas de hondo, y tan mal sanas en verano, que se tiene por milagro no enfermar, o morir, de solo dormir una noche en ellas. Aquí durmió el Santo muchos años, si bien su ordinaria habitación, era en casa de aquél hidalgo florentino que arriba dijimos.

Cuando hallaba las puertas de las Iglesias cerradas, se quedaba en los pórticos, donde muy de ordinario le vieron leer a la luz de la luna, tanta era su pobreza que no tenía para comprar un pedazo de cerilla con que alumbrarse. En estos lugares se hallaba tan lleno de espíritu que no pudiendo sufrir la abundancia de los consuelos celestiales, ni el fuego del amor, le era forzoso dar voces a Dios diciendo: ***“No más Señor, no más”*** y echándose daba vuelcos por la tierra, sin tener valor para resistir el ímpetu que el corazón sentía. Y así no es maravilla que dijese muchas veces: ***“Para quien ama verdaderamente al Señor, no hay cosa más pesada, ni más molesta que la vida”***, repitiendo muchas otras: ***“Los***

verdaderos siervos de Dios pasan la vida con paciencia y llevan la muerte en el deseo”

Así como visitaba el Señor a su siervo, con regaladísimos consuelos, cuando iba por aquellas campañas a visitar los lugares santos, así fueron gravísimas las batallas y tentaciones con que el demonio procuró apartarle de aquel ejercicio santo.

Pasaba un día por el Coliseo yendo a San Juan Laterano, y el demonio (que nunca duerme) se le puso repentinamente delante en figura de una persona desnuda, moviéndole feísimos pensamientos; pero Felipe conociendo el engaño le venció con el acostumbrado remedio de la oración. Otras veces procuraba el espíritu maligno (principalmente en lo tenebroso de la noche) ponerle miedo. Caminando solo en Oración (según su costumbre) se le aparecieron cerca de San Sebastián, tres demonios en figura horrible, para espantarle y para impedirle sus ejercicios, pero sin hacer caso de ellos siguió su viaje y se desvanecieron. Otros combates y tentaciones tuvo Felipe con el demonio mientras hizo esta vida tan solitaria y de todos salió vencedor, como soldado valeroso de la Milicia de Cristo.

CAPÍTULO VI

De la admirable palpitación de su Corazón

Una de las principales mercedes que hizo Dios a nuestro Santo, fue la admirable palpitación de su corazón y la no menos maravillosa rotura de sus costillas, que le sucedió en esta forma: Prosiguiendo el modo de vida que hemos referido, llegó a los veintinueve años de su edad y un día, poco antes de Pentecostés, pidiendo en la oración con grande instancia sus dones al Espíritu Santo, de quien fue tan devoto que en todas sus Misas cuando no lo prohibía la rubrica, solí decir la oración: ***“Deus cui omne cor pater”*** De repente se sintió comprendido de tan gran fuego de amor, que no pudiéndolo sufrir, hubo de dejarle caer en el suelo y descubrir el pecho para templar en parte la llama. Estuvo en esta postura un rato y mitigado algo el fervor, se levanto en pie lleno de extraordinaria alegría, inmediatamente comenzó a batírsele todo el cuerpo con grandísimos movimientos, y se halló en el pecho en la parte del corazón un tumor como el puño, que ni entonces ni por ningún tiempo le causo dolor alguno. De que procedía este tumor, o que cosa era no se pudo saber hasta después de muerto, porque cuando se abrió el cuerpo se hallaron en aquella parte las dos costillas superiores del todo rotas levantadas hacia fuera y distante una de otra en forma de arco, sin que por espacio de cincuenta años que vivió el Santo, se reuniesen ni volviesen a su lugar.

Desde aquél punto, aunque era bien habituado de cuerpo, alegre en la conversación y sin pasión de melancolía, le comenzó la palpitación de su corazón que le duró toda la vida. Solía padecerla siempre que se ocupaba en alguna acción espiritual como oración, Misa, absolver, comulgar, hablar de Dios y otras semejantes; causándole tan vehemente temblor, que al parecer quería saltar el corazón del pecho; hacía a veces temblar la silla donde estaba sentado, otras la cama, otras el aposento mismo, como si le hubiera agitado un terremoto. Estando un día en San Pedro, arrodillado sobre una gruesa tabla, la hacía bambolear como si no tuviera pelo alguno. Cuando se acercaban al pecho sus hijos espirituales, sentían que el movimiento del corazón les daba un gran golpe en la cabeza. A veces les parecía golpes como de martillo, recibiendo en aquella acción grandísimo consuelo espiritual, y alivio en sus tentaciones.

A este propósito, no quiero pasar en silencio lo que sucedió en Tiberio Riciardeli, Canónigo de San Pedro, que por su devoción sirvió al Santo cuatro años continuos, el lo testifica con estas palabras: ***“En el tiempo, dice, que yo servía al Santo Padre, le comuniqué cierta tentación y respondiome: Ven Tiberio, acércate a mi pecho. Me cogió la cabeza y la apretó contra su pecho, y al punto no solo estuve libre de aquella sino que ya no padecí semejantes tentaciones jamás; no solo deje de padecerlas sino que creció tanto en mí el deseo de tener oración que no quería hacer otra cosa”***. Marcelo Vitellesque, Canónigo de Santa Maria la Mayor, hijo espiritual también del Santo testifica, que con acercársele al pecho, quedaba consolado y libre de sus tentaciones.

Sentía más Felipe de esto en aquella parte, tan excesivo calor, que tal vez se le esparcía por todo el cuerpo y en los tiempos más rigurosos del invierno, bien que viejo y consumido por el poquísimos alimento, era necesario aún a media noche, abrir las ventanas, y con varios remedios templar el calor que le abrasaba. Por esta causa en todos los medicamentos se le aplicaban cosas frescas. El Cardenal Pedro Pablo Crescencio, uno de sus queridos hijos espirituales, afirma que le ardían las manos como si tuviera grandísima calentura. Lo mismo experimentaba el Abad Crescencio, hermano del cardenal, amado también tiernamente por Felipe. Ordinariamente, traía desabrochada la sotana de la cintura hacia arriba y le decían los suyos que el andar de esa manera podía hacerle daño a la salud, respondía que no era posible dejar de hacerlo por el calor excesivo que sentía. Un día habiendo nevado en Roma mucho, iba por la ciudad con algunos penitentes suyos y cuando ellos no podían sufrir el rigor del tiempo, llevaba el Santo la sotana desabrochada, como solía, y como burlándose de ellos les dijo: ***“Vergüenza es que los jóvenes sientan el frío cuando no lo sienten los viejos”***.

Por los diferentes efectos que le causaba esta palpitación, aplicaban los médicos muchas veces remedios poco a propósito, muchas de ellos

contrarios y solía decir como burlándose: ***“Ruego al Señor que estos valeant intelligere infirmitatem mean”*** no queriendo descubrir que su enfermedad no procedía de causa natural, sino del Amor Divino. En los fervores de la palpitación pronunciaba a menudo: ***“Vulneratus charitate sum ego” “Yo estoy herido de la caridad”***. Tal vez considerándose como prisionero de este amor, decía aquellos versos italianos:

Quisiera yo saber como se ha hecho,
Aquella red de amor que a tantos preso.

En otras ocasiones no pudiéndose tenerse en pie, le era forzoso echarle sobre la cama desmayado, verificándose aquellas palabras del Cantar: ***“Fulcite me floribus stipate me malis, quia amore langueo”***

Cuando le veía comprendiendo de estos afectos, contaba de un religioso de Aracoeli, de nueva vida: que enfermo de Amor de Dios y murió consumiéndose poco a poco, pero hablando de sus enfermedades decía, por encubrirle unas veces, que eran naturales, otras que era una costumbre que había tenido cuando mozo; así la parte del corazón donde estaba aquél tumor, la llevaba siempre cubierta con un pañizuelo, para que nadie pudiese advertirlo.

Más lo que en este accidente aumenta la maravilla, es que no era el movimiento de la palpitación, involuntario como en otros, sino libre y lo manifestó el mismísimo Santo al Cardenal Federico Borromeo, su intimo amigo y devoto, diciéndole que estaba en su mano detener aquél movimiento solo con la intención. Alfonso Cateneo, Domingo Sarraceni, y otros médicos que le visitaron tuvieron por maravillosa y sobrenatural esa palpitación. En prueba de esto Andrés Chefalpino, Antonio Porto, Ridolfo Silvestri, Bernardino Castellani, Angelo de Bañarea, médicos famosos, escribieron tratados particulares sobre el punto y concuerdan todos en que Dios obró en aquella rotura de las costillas, para que no padeciese el corazón al sacudirle con tanta vehemencia y las partes cercanas pudiesen dilatarle más y recibir el aire que pudiese desahogar el corazón bastantemente.

Favorecido de Dios con don tan señalado, prosiguió Felipe con mayor fervor de espíritu a visitar las siete Iglesias, donde diariamente se hallaba comprendido de tan gran devoción, que apenas podía tenerse en pie. Un día en particular se sintió morir y hubo de echarse por el suelo y decirle a Dios estas palabras: ***“Señor, no puedo más”***. Le oyó el Señor, porque desde entonces se fue mitigando aquella devoción, tan vehemente, que pudiera con el tiempo debilitarse sobrado y quitarle la vida. Por esto solía decir en los últimos días de su vida: ***“Más Espíritu tenía yo cuando era mozo, que ahora”***.

CAPITULO VII

Del logro de las almas, obras de caridad en su juventud.

Después de vida tan retirada se sintió llamar de Dios a la conversión de las almas y así resolvió dejar el gusto de la soledad y darse todo al aprovechamiento de los prójimos. Para conseguir este fin comenzó a platicar por las plazas, tiendas, escuelas, y alguna vez por Banqui (es Banqui una lonja o plaza de negociación) hablando con mucha libertad de cosas espirituales a cualquier género de personas y poco a poco les iba granjeando de manera con su natural dulzura y admirable atractivo, que los ganaba en breve para Dios. Fue uno de los primeros que redujo Henrico Pietra Placentino, mercader, este dejó la negociación, se ordenó de Sacerdote, vivió y murió santamente en San Jerónimo de la Caridad y dilató la Cofradía de la Doctrina Cristiana. Redujo a Teseo Raspa, que dejados también los negocios seculares, vivió y murió con mucho ejemplo en la misma casa de San Jerónimo. Trajo a servicio de Dios a Juan Monroli, también mercader, que en el habito secular vivió muy ejemplarmente, y otros muchos de quien hablaremos en su lugar.

No paró aquí su deseo fervoroso de la salud de las almas, porque con particular inspiración de Dios se dio a tratar con hombres de malísima vida y con su acostumbrada caridad e industria, en poco tiempo convirtió a muchos. Rehusó mucho en aquella edad ocuparse en convertir mujeres. Una de las conversiones notables que hizo, fue la de un banquero de los más ricos bancos de Roma, que se hallaba en malísimo estado, así en materia de logros ilícitos como de pecados sensuales. Llegó este a confesarse con un padre de la Compañía de Jesús, le negó la absolución, por no venir bien dispuesto, desconsolado se fue a busca a Felipe, le contó largamente lo que le había sucedido, se encomendó a sus oraciones y le rogó con gran instancia, que le alcanzase de Dios gracia para obedecer en todo a su confesor y así merecer ser absuelto. Le recibió Felipe con su habitual benignidad y dulzura, y procuró confortarle, y después de varios discursos, conociendo que por una parte se compungía el mercader, pero por otra no estaba con ánimo resuelto de dejar su mala vida, le dijo así: ***“Quiero ir a Dios para rogar por vos, y rogaré tanto, que sin duda os apartaréis de la ocasión”***. Sucedió como lo dijo, porque en breve dejó el trato de los negocios, se confesó con aquél mismo Padre, recibió la absolución y entregándose del todo en manos de Felipe, salió hombre espiritual, dando buenísimo ejemplo a todos los que había escandalizado su mala vida.

No he de pasar por alto con esta ocasión lo que sucedió con ciertos hombres de vida relajada, que procuraron retirarle del buen camino, y reparando en su mal intento Felipe, discurrió con ellos con tanta eficacia de la hermosura de la virtud, de la fealdad del vicio, que en vez de pervertirle quedaron ellos maravillosamente convertidos. A muchísimos después de reducidos, encaminó a diferentes religiones, aún antes de que fuese Sacerdote, ni confesor. Y así el Padre San Ignacio de Loyola, que a la sazón se hallaba en Roma, lo llamaba “Campana”, porque enviaba a los demás a las religiones, quedándose él en el siglo. Había procurado muchas veces San Ignacio, traerle a la Compañía, pero Dios le tenía destinado para trabajar en su viña en otro empleo.

Se observó además de esto, que acababan mal, los que con las correcciones de Felipe, no se convertían. Cierta filósofo no hacía caso de la corrección que le hizo el Santo de un pecado bien grave, y apenas se apartó de él cuando murió miserablemente. Otro que por muchos ruegos de Felipe, jamás quiso dejar la obstinación, al cabo de ocho días fue preso y condenado a muerte, si bien por grandes favores, se le conmutó en galeras la sentencia. A este celo de las almas, añadió Felipe el ejercicio de las obras de misericordia, visitaba muy a menudo los hospitales, servía a los enfermos en cuanto era necesario, les hacía la cama, le barría el contorno de ella, les daba de comer, los recreaba con diferentes manjares, los exhortaba a la paciencia y le ayudaba a bien morir, en lo que solía empeñar días y noches enteras, sin partirse ordinariamente hasta que mejorasen o muriesen.

Este ejercicio tan santo, poco frecuentado en aquellos tiempos, no solo alcanzó admiración, sino que movió de tal suerte los corazones a su imitación, que mucho clérigos seglares y muchos caballeros, comenzaron a frecuentar los hospitales y servían a los enfermos en todas sus necesidades. Esto mismo fue la ocasión para que se fundase la santa Religión de los Ministros de los Enfermos o Agonizantes, que fundó el Padre Camilo de Lelis, varón de Santa vida, hijo espiritual de Felipe. Y en confirmación de esto no dejare de contar que un día queriendo animar Felipe a algunos de aquellos padres, a perseverar en ejercicio tan pío, les dijo que había visto los Ángeles dictando las palabras a dos de ellos, cuando ayudaban a bien morir a un enfermo; cosa que ha escrito en sus crónicas y Marcelo de Mansis Padre de esta religión, en el libro que titula Documentos para ayudar a bien morir, la refiere para animar a los fieles a obra tan piadosa.

CAPITULO VIII.

Da principio a algunos otros de la Cofradía de la Santísima Trinidad de los Peregrinos y convalecientes.

Con el mismo fin de ayudar a los prójimos, en el Año de 1548 a 16 de Agosto, dio principio Felipe con el Padre Perfiano Rofa, su confesor, sacerdote de inculpable vida, a la Cofradía de la Santísima Trinidad de Peregrinos y convalecientes en la Iglesia de San Salvador in Campo y fue de esta manera. Se juntaban en este lugar Felipe y quince de sus compañeros que frecuentaban los Sacramentos y hacían diferentes Ejercicios Espirituales, hablaban familiarmente de Dios, animándose los unos a los otros con palabras, ejemplos y el deseo de la perfección. Todos los primeros Domingos del mes, y sin esto, cada año en la Semana santa, se tenía presente al Santísimo Sacramento, con la Oración de las Cuarenta Horas, donde Felipe hacía platicas a cualquier hora del día o de la noche, tan llenas de espíritu que además de inflamar los ánimos de los fieles a las obras de caridad con los prójimos, reducía muy a menudo muchísimos pecadores, no habiendo corazón tan duro, que oyéndole no se entermeciese. En una platica convirtió a treinta mozos de la mala vida. Muchos que le escuchaban aseguraban que se colegía bien claramente de sus platicas su santidad y su deseo fervoroso de ganar almas a Jesucristo. Otros que iban a escucharle par burlarse (viendo principalmente predicar un hombre seglar, cosa poco vista en aquellos tiempos) quedaban milagrosamente convertidos. Ordinariamente no se partía de la iglesia hasta que no terminaba la oración. Velaba casi siempre toda la noche y llamando a los que habían de asistir cuando les tocaba su hora, hacía señal con una campanilla, diciendo a los que asistían estas palabras: ***“Ea hermanos, ya acabó la hora, pero no el tiempo de obrar bien”.***

El instituto principal de esta confraternidad es alojar a los peregrinos pobres, que vienen a Roma a visitar los lugares santos. Se puso en ejecución en el año 1550, con ocasión del año Santo, siendo Pontífice Julio III, porque como solía venir a Roma en estos años santos tan gran número de peregrinos, y no había lugar para hospedarles, Felipe y otros compañeros movidos por la caridad, alquilaron una pequeña casa donde los alojaban y proveían de todo lo necesario. Se multiplicaba el número de los peregrinos y también creció siempre la devoción y así les fue necesario alquilar otra casa más grande, donde con mayor comodidad se pudiesen alojar todos los que concurrían. Fue de mucho ejemplo la gran piedad con que Felipe y sus compañeros servían a tanta muchedumbre, proveyéndoles

la comida, haciéndoles las camas, consolándoles con razones y finalmente ejercitando con todos cumplidísimamente la caridad. Alcanzó con esto la Cofradía tan gran nombre en aquél año, que se esparció su fama por toda la Cristiandad, y muchos hicieron gran instancia para ser admitidos en ella. Después la Cofradía toma por su cuenta una casa para hospicio de los pobres peregrinos.

Fueron los primeros cofrades, si bien pobres de hacienda, ricos de virtudes, y todos respetaban a Felipe como Padre. El cocinero llegó a tanta perfección, que muchas veces saliendo de noche a un descubierto, y mirando al cielo se quedaba arrobado en suave contemplación. Otro fue tan favorecido de Dios, que le revelo el día de su muerte y se lo notificó a una hermana suya. No contentos con esto (que la caridad siempre se adelanta) viendo la gran necesidad de los convalecientes que salen de los hospitales y suelen recaer con mayor peligro, resolvieron que sirviesen a los convalecientes pobre, la que era hospicio de pobres peregrinos. Iba creciendo siempre la confraternidad en ambos institutos y así fue después trasladada de San Salvador in Campo a la Iglesia de San Benito, que hoy es la Santísima Trinidad del Ponte Sixto. La hizo Dios muy gloriosa en los dos años santos de 1575, siendo Sumo Pontífice Gregorio XIII y 1600 siéndolo Clemente VIII, porque caballeros, señores principales, y los primeros prelados de la corte, acudían en gran número con admiración de Roma y con mucha caridad al hospital, sirviendo las mujeres a las mujeres y los hombres a los hombres, y el mismo Sumo Pontífice Clemente octavo, fue muchas veces a lavarles los pies, bendecirles la mesa, servirles y hacer otras acciones dignas de su piedad, con ejemplo y admiración de toda la Cristiandad. Lo mismo se ha visto en el feliz tiempo de la santidad de nuestro Santísimo Padre Urbano VIII.

CAPITULO IX

Por Obediencia de su Confesor se ordena y toma licencia de Confesar.

Inspiró el Señor a Porfiano Rofa, confesor de Felipe, que le persuadiese que se ordenara sacerdote y tomase licencia de confesor; para que sacerdote y confesor atendiese con mayor fruto a la conversión de las almas, a que le había llamado, pues no lo podía ejercitar cabalmente sin serlo. Felipe se excusó al principio, procurando persuadir con diferentes razones al confesor su inhabilidad, e insuficiencia y que deseaba servir a Dios en su estado de seglar. El Padre Perfiano, aprobó su humildad, no admitió sus excusas, y quiso en todo caso que le obedeciera. Felipe que siempre estimó

más el parecer ajeno que el propio se remitió en todo a su obediencia. Y así en el año 1551 a los treinta y seis años de edad (no concluido aún el Sagrado Concilio de Trento) tomó en el mes de Marzo, en diferentes días la tonsura, los cuatro menores y se ordenó subdiácono en la iglesia de Santo Tomás del Parión. Sábado Santo del mismo año y mes, se ordenó de Diácono en San Juan de Letrán, como es de costumbre y el veintitrés de Mayo del mismo año de sacerdote, en la iglesia referida de Santo Tomás. Le dio todas las órdenes Juan Lunelli, obispo de Sebaste, siendo vicario general de Julio II, Sumo Pontífice, Felipe Archinto, obispo de Saluzzo.

Ordenado Sacerdote se fue a vivir a San Jerónimo de la Caridad, donde habitaban algunos sacerdotes de santa vida. Monseñor Cachaguerra Senes, Varón célebre, Perfiano Rofa, su confesor, Francisco Marsupini de Aretzo, hombre de gran pureza y sencillez de vida, que fue confesor de Felipe muerto Perfiano, otro Francisco llamado el Español, no de menor virtud y Pedro Spadari Arotino, que murió en opinión de gran santidad y fue el último confesor de Felipe, de los sacerdotes de San Jerónimo, porque después de estos lo fue durante mucho tiempo el Padre Juan Bautista Perusio de la Compañía de Jesús y últimamente hasta el final de su vida Cesar Baronio, que como veremos en otro lugar, asistió a su muerte. Vivían en esta casa estos Siervos de Dios en grandísima caridad, sin particulares constituciones, sin superior, sin otra regla que la del amor y respeto que se tenían unos a los otros, observando solamente el orden de antigüedad, seguían una vida quieta y casi celestial, con una santa emulación de querer ser el más fino en servir a la Iglesia, y acudir a los prójimos. Cada uno comía de por sí, todos unidamente atendían a la oración y frecuencia de los Sacramentos, instituto que se observaba hoy en la misma casa con edificación de toda Roma. Aquí le dio Felipe, más que nunca, al logro de las almas y a la conversión de pecadores, que consiguió con grandísimo fruto suyo y de los prójimos.

CAPITULO X

Da principio a las platicas espirituales en su aposento.

En aquellos tiempos se vivía en Roma muy remisamente en el Espíritu y la mayor parte de los hombres, tenían por sobrado el confesarse más que una vez en el año. Considerando Felipe que nacía de esto la perdición de muchas almas, se puso con toda su industria a persuadir a todos de la frecuencia de los Sacramentos y otros ejercicios espirituales. Él fue de los primeros que con aquellos santos varones renovó en Roma el confesar y

comulgar a menudo. Para ejecutar con mayor facilidad este deseo, se dio a confesar dejando todas las demás ocupaciones. Recogió algunos penitentes viendo que con este medio hacía fruto, no se contentaba con confesar de día, ocupaba gran parte de la noche en este empleo; de suerte que antes del alba, ordinariamente había confesado buen número de personas: y para que pudiesen abrir y entrar a cualquier hora, dejaba la llave de su aposento en el suelo de manera que por debajo de la puerta pudieran alcanzarla. Siendo hora de abrir la Iglesia bajaba al confesionario, de donde solo se iba o para decir Misa cerca del mediodía o por otra justa causa dejando siempre dicho donde iba. Cuando no tenía a quien confesar, se entretenía delante del confesionario leyendo o rezando, algunas veces se paseaba por la puerta de la Iglesia, como esperándolos para que le hallasen más de prisa, si bien cuantos le buscaban a cualquier hora le hallaban sin dificultad. El deseo de conservar los muchos penitentes que adquirió por este camino, le movió a que como buen padre procurase inventar ejercicios con que se alimentasen sus hijos y ofreciesen continuamente en el espíritu, para esto dispuso que fuesen a buscarle por las tardes, como hora más peligrosa a su aposento, recostado o sentado sobre su cama los hacía poner en círculo, les proponía a modo de conferencia alguna consideración, sobre la hermosura de la virtud, o la fealdad del vicio, o de la vida de los santos y hablaba sobre aquél punto con tanto espíritu, que le ocasionaba la palpitación y con el sacudimiento del cuerpo, no solo hacía temblar la cama sino el mismo aposento a la vez y muchos le vieron con el cuerpo levantado en el aire. Los que en aquellos principios frecuentaban su aposento eran siete u ocho, Simón Brazini Florentino, Monte Zarzara del mismo País, Miguel de Prado, dos mozos oficiales, y uno de la casa de los Máximis; pero creció después el número, de manera que no siendo suficiente el aposento para tanta gente, fabricó a su costa un puesto donde pudiesen caber todos.

CAPITULO XI.

De Algunos Penitentes Suyos de Santa Vida.

Con este ejercicio trajo Felipe a Dios muchos de los principales de la Corte, que fueron después hombres de formidables virtudes. Fue uno de ellos Juan Bautista Salviati, hermano del Cardenal Salviati, persona de gran calidad, por tener la casa de Salviati estrecho parentesco con Caterina de Medicis Reina de Francia, pero mucho más digno de estimación por la bondad de su vida, y por el singular ejemplo de su humildad; porque además de la oración, obras de caridad, y continuo ejercicio de la mortificación en la que el Santo le ejercitaba, se iba a los hospitales y hacía

con los enfermos los oficios más humildes. Un día en el hospital de la Consolación, quiso hacer como solía, la cama a un enfermo que había sido su criado y le dijo que se levantara, para qué? Respondió el enfermo. Y Juan Bautista replicó, para hacerte la cama. El criado ignorante de la mudanza de su vida, pensando que se burlaba del él, le respondió: que le hiciese la merced de dejarle, que no era aquél tiempo el de hacer burla de sus criados. Dijo entonces Juan Bautista, digo que he de hacerte la cama en todo caso, que hablo muy de veras, y no por burlarme de ti. El criado en ningún caso quería que lo hiciera y duró la contienda un gran rato. Al fin venció la humildad y la caridad de Juan Bautista la sobrada resistencia del enfermo. Llegó este caballero a tal extremo de mortificación, que vistiendo antes con mucha gala y llevando consigo gran cantidad de criados, después que hubo comunicado a Felipe y gustado el Espíritu, no solo no quería vestir con ostentación sino además no llevar ni uno solo de los criados. Esta y otras virtudes de Juan Bautista, que dejó por brevedad, premió el Señor a la hora de su muerte, que habiendo recibido los sacramentos con grandísima devoción diciéndole que había llegado su llamamiento, comenzó a entonar alborozado, levantadas las manos al cielo: ***“Letatus sum in his, quadieta mihi in domun Domini ibimus”***. Y poco después espiró en los brazos de Felipe.

Ya con sus eficaces razones había traído el Santo a la vida espiritual a Porcia de Maximis, mujer de Juan Bautista y la llevó a sublime estado de perfección. Después de la muerte de su marido, por servir a Dios más libre, se retiró a un Convento de Florencia, pero siéndole nocivo su aire, volvió a Roma y entró en el de Santa Catalina de Siena en Monte Mañana poli, donde murió conforme había vivido santamente.

A Juan Bautista Salviati siguió Francisco Maria Tarugui de Monte Foliciano, pariente de Julio III y de Marcelo II, hombre de agudo ingenio, querido de príncipes por su buenas partes y tenido por uno de los primeros sujetos de la corte. Este fue un día a San Jerónimo de la Caridad con ocasión de un Jubileo que publicó Paulo IV, y Felipe después de haber discurrido con él cuanto pertenecía a la confesión, le llevó a su aposento y habiendo hablado de diferentes materias, le hizo tener consigo una hora de oración, en que Tarugui gozó de tanta suavidad de Espíritu (si bien no había platicado antes la oración) que se le pasó la hora sin advertirlo. Volviendo otras veces al mismo ejercicio y viendo el Santo, tal vez levantado de la tierra, formó mayor concepto de su virtud y sintió encenderle en fervorosos deseos de mudar de vida. Se hallaba con algunos impedimentos, se lo comunicó al Santo y le respondió, que no dudase, que los impedimentos cesarían antes de un mes como lo mostró al efecto. Volvió pasado el mes Tarugui, hizo una confesión general con el Santo, y reparando en el discurso de ella, que le descubría sus pecados y sus pensamientos ocultos, se le aficionó de tal manera que dejó totalmente los

cuidados del mundo y de la Corte, se entregó en sus manos, con tal prontitud en la obediencia, que hacía Felipe del todo con él lo que quería, y se valió de su persona para el logro de muchísimas almas. Fue tan grande el amor de Tarugui, que más hubo menester freno, que estímulo.

Era tanta la resignación en la voluntad de Dios, que en el espacio de cincuenta años, ni siniestro, ni prospero suceso le quitaron la paz interior, que adquirió en el principio de su conversión. Fue tan obediente al santo y tanto el respeto que le guardó y tal el concepto que tenía de su santidad, que siendo Cardenal se gloriaba de haber sido cincuenta años novicio suyo; queriendo decir con esto que de los veintinueve años en los que le comenzó a tratar hasta los ochenta y tres que vivió, no hizo de sí otra cuenta que la de ser discípulo de Felipe. Tuvo entre otros dones el de la oración, y lágrimas, fue insigne predicador, admirando a los mayores de aquella edad. El Cardenal Baronio en sus anales le llama “Dux Verbi”. Le hizo Clemente VIII, Obispo de Aviñón, después Cardenal y llegado a la vejez, hizo instancia con los padres de la Congregación, que le dejasen volver a morir en ella, lo alcanzó, y al poco tiempo dio su alma al Señor el año 1608, a la edad de 83 años y 8 meses. Está sepultado en Santa Maria de Vallicela.

Fue de los primeros hijos espirituales del Santo, Constanso Tasón, sobrino del Cardenal Pedro Bertani de Fano, Mayordomo del cardenal Santa Flora, tan dado a la corte, que parecía imposible que pudiese dejarla por ningún acontecimiento, sin embargo de esto se redujo, y se dio de manera a los ejercicios de piedad, que no había alguno por humilde , y dificultoso que fuese, a que no se aplicase con singular gusto. Se confesaba y comulgaba muchas veces en la semana y muy de ordinario cada día, acudía a los hospitales continuamente a servir a los enfermos. Hacía cualquier género de mortificación que le impusiese el Santo, por su precepto, se ordenó sacerdote y celebraba todos los días. Fue tan desasido de las cosas del mundo y sus honras, que no quiso admitir un beneficio pingüe, que le presentaban. Por su virtud le admitió en su servicio San Carlos Borromeo y perseverando en él y su buena vida, murió en Roma, cuya muerte predijo Felipe como en su lugar diremos. Uno de los más antiguos e intrínsecos hijos espirituales del Santo fue Juan Bautista Modio, Médico de Santa Severina in Calabria, hombre de muchas letras y piedad. Hizo algunas anotaciones sobre los cánticos del Beato Jaco ponte, y compuso un tratado del agua del Tiber en lengua italiana. La causa de se reducción fue reconocer por la intercesión de Felipe su salud, porque no pudiendo por ningún caso con remedios echar una piedra que le daba grandísimos dolores, llegó a los extremos de la vida; y el Santo después de haberle visitado como solía, y exhortándole a llevar con orgullo la Cruz por amor a Cristo, se salió de su casa, se entró en una iglesia vecina, hizo oración por él con lágrimas y a la primera que derramó comenzó Modio a echar la piedra, hallándose en poco tiempo del todo bueno. Fue este

hombre de corazón tiernísimo y compasivo sobremanera. El talento que tenía para predicar obligó a Felipe que le mandase (aunque seglar) que refiriese en el Oratorio las vidas de los Santos, con que hacía particular fruto.

Le sucedió en el mismo empleo Antonio Fasfi de la Ciudad de Castello, Médico también de gran ciencia y mucho espíritu. Fue de los que deseaban y a las Indias con el Santo, a derramar su sangre por la fe, como diremos. Fue hijo espiritual suyo Marco Alteri, noble romano que con la enseñanza de Felipe llegó a tanta perfección a gusto de las divinas grandezas, que cual otro Moisés le impedía hablar de Dios la abundancia del Espíritu. Fue tal su piedad con los pobres que desnudándose para vestir a otros, con la esperanza de la eterna retribución, dio de limosna hasta la colcha de su cama.

A esta se añadieron Mateo Esterandi Nepote de Paulo IV. Bernardino Valle de Corno, Mayordomo del Cardenal Monte Pulsiano, Fulvio Almodei, Jaime Marmita, de quien hablaremos en su lugar, Juan Antonio Santa Severina, Luis de Paris, que sirvió al Santo por su devoción más de treinta años y otros de las principales familias de Italia, todos penitentes suyos, espejos de Perfección Cristiana.

Sin estos tuvo otros de menor condición, también hombres de Santísima vida, entre ellos fue uno Esteban Zapatero de Remini, hombre muy dado al mundo y lleno de enemistades, que había sido durante mucho tiempo soldado. Este llegó a Roma, se fue a San Jerónimo a oír las pláticas con buenos intentos un día, y se sentó en los últimos bancos del auditorio de Felipe, sin haberle visto ni conocido antes, llegó a él, y le llevó a los primeros y acabado el Oratorio, le hizo tantos agasajos que desde aquél día, prosiguió Esteban en acudir a las pláticas, comenzó a frecuentar los sacramentos, y librándose de envejecidas pasiones, salió hombre de maravillosas virtudes, tan inclinado a las obras de caridad, que siendo pobrísimo se quitaba de lo que ganaba cada semana guardando lo preciso y necesario para sí, repartió lo demás por Dios, entre los pobres. Continuamente pensaba en la muerte, tan aparejado para ella cada día, como si cada día hubiera de morir, y con todo esto nunca le vieron descontento, siempre alegre. Fue obedientísimo, asiduo en la oración y muy favorecido en ella por el Señor. Haciéndola un día en la iglesia de la Santísima Trinidad de Ponte Sixto, fue visto de repente rodeado de resplandores. Vivió Esteban en estos ejercicios veintitrés años solo en una pequeña casa y diciéndole sus amigos, hacía mal porque podía morir de repente sin quien le pudiese socorrer, respondía que vivía muy seguro en el amparo de la Virgen Santísima. Sucedió así, porque una noche asaltado de repente de un accidente mortal, salió de su casa, llamó a los vecinos para que le auxiliasen y llamasen al cura de la parroquia, volvió a su casa se

puso en la cama y recibidos los sacramentos, dio el Espíritu al Señor tranquilamente.

Fue también su hijo espiritual Francisco Maria, comúnmente llamado el Ferrates, hombre de grandísima sencillez, bondad y pureza de vida. Oía algunas veces música de ángeles, sentía el mal olor del pecado, tenía el don de lágrimas con eminencia y cuando comulgaba (solía hacerlo cada día) o oía hablar cosas del cielo, se deshacía en lágrimas. Fue tan deseoso de padecer, que hallándose un día con grandísimos dolores de piedra, rogó a Dios le enviase otra como aquella, otra enfermedad mayor, pero aquella petición al punto le curó la que padecía. Fue celosísimo de la salvación de los prójimos y así un día se compadeció tanto del alma de un Hebreo, que encontro acaso, que res años continuos le duro rogar a Dios le convirtiese, y no fue en vano, porque una mañana impensadamente, le halló en San Pedro que iba a bautizarse y enternecido derramó muchas lágrimas. Lo halló un día Francisco Maria Tarugui, llorando amargamente y preguntándole con gran instancia la causa de tanto llanto, respondió (aunque era hombre sin ningunas letras) estoy pensando en las palabras que dijo Cristo a sus Discípulos: “Cum feccritis hac omnia; dicite, quia fervi inútiles sumus”. Porque si los Apóstoles (dijo) después de tantos milagros y haber convertido el mundo, han de decir: “fervi inútiles sumus”, yo que nunca hice cosa buena, qué diré? . Otra vez le halló el mismo Tarugui, haciendo oración en pie y que iba poco a poco retirándose con admiraciones, después de buen rato, preguntándole la causa respondió: ***“Estoy considerando la grandeza de Dios, y cuanto más la considero, tanto más la veo crecer, y su inmensidad me fuerza a volver atrás aún corporalmente”***.

Tuvo Felipe por penitente otro siervo de Dios llamado Tomás Siciliano, a quien puso en tal grado de perfección que tenía por grandísima honra llegar a ser barrendero de la iglesia de San Pedro. Se le cumplió el deseo y le duró muchos años el oficio, asistiendo a su obligación con grandísima diligencia y gusto y no se iba jamás de la iglesia sino para ir a reconciliarse con el Santo. El demonio, enemigo siempre de la humildad y perseverancia, procuró una noche hacerle miedo para desviarle de la empresa comenzada y así durmiendo Tomás, hizo tanto ruido en la Iglesia, que le pareció al siervo de Dios, que habían cogido los bancos y los arrojaban a lo alto y que se habían hecho pedazos. Se puso a toda prisa en pie, fue por la luz de la lámpara, visitó las capillas y halló todos los bancos en su lugar. Reconoció la iglesia por si se había quedado algún ladrón, vio sobre una columna al demonio en forma de etíope, llegó él sin temor, levantó la mano para darle una bofetada, a esta acción, confuso, desapareció el demonio y Tomás intrépido, como si no hubiera sido nada, se volvió a dormir tranquilamente.

Fue penitente de Felipe, Luis de Espoleto, que por ir vestido con el habito de San Francisco, le llamaban el Fraile. Este siervo de Dios fue postrísimo de hacienda, pero riquísimo de todas las virtudes. Por su purísima vida le mando el Santo tuviese cuidado con doncellas de Santa Catarina de los Corderos, y queriendo después dejarlo, nunca lo permitió por reconocer su mucha bondad.

Fue muy cordial de Felipe, Pedro Molinero, a quien las abundantes lágrimas quitaron la vista, que milagrosamente a lo que se presumía, le restituyó Dios. Otros muchísimos de diferentes facultades y profesiones, rigiéndose por sus ordenes y disciplina, murieron en opinión de santidad, de los cuales parte dejamos por no ser prolijos y parte pondremos en el discurso de la Historia, como lo pedirá la ocasión.

CAPITULO XII.

Cuan grande era el celo de la Santa Fe en Felipe.

Con ocasión de leerse en su aposento las cartas que venían de las Indias a los Padres de la Compañía, consideraba la copiosa mies de aquellos países y la falta de los obreros, determinó irse a sembrar en ellos la fe Católica, derramando si fuese necesario su sangre por Cristo, nuestro Redentor. Comunicó su resolución con alguno de los referidos penitentes, hasta el número de veinte, y entre ellos a Francisco Maria Tarugui. Hizo ordenar a alguno de ellos para ponerse en camino con la bendición de su Santidad, pero como tenía costumbre de no resolver cosa grave sin consejo, oración, y tiempo, después de larga oración, lo trató con un Padre de San Benito, que residía en San Pablo, hombre de mucho Espíritu y Letras. Este le remitió al Padre Agustín Guetini, Cisterciense, Prior del Convento de San Vicente y Anastasio de las Tres Fuentes.

Era este Padre insigne en doctrina y santidad, dedicado a la religión por sus padres antes de nacer (que así solían hacerlo de todos sus hijos después de haber confesado y comulgado sobre ello) tuvo espíritu de profecía, fue devotísimo del glorioso San Juan Evangelista, y muy favorecido suyo, sobre esto dijo una vez: Mi San Juan me ha dicho que he de morir en el día de su fiesta, pero no el año. Después de mucho tiempo, estando diciendo Misa el día de Navidad, se le apareció San Juan otra vez, y le dijo: “esta fiesta mía morirás”. Y así sucedió, porque la mañana de San Juan, después de haber celebrado se puso en la cama y aquél mismo día murió, habiendo recibido el Santo Óleo. A este Santo varón, refirió su pensamiento Felipe pidiéndole su consejo, tomó tiempo el siervo de Dios para responderle. Volvió Felipe pasados unos días y el monje le contó que se le había

aparecido San Juan Evangelista y le dijo que sus Indias era Roma, que en ella quería Dios servirse de su persona. Le dijo también una cosa muy notable, que había visto el agua de tres fuentes de color sangre, significando en esto que en Roma había de suceder una gran tribulación, como según dijo, se lo había manifestado el Apóstol. Creyó Felipe al monje y se quietó totalmente, estableciendo en su ánimo, atender el logro de las almas en Roma, donde Dios le quería. No por esto se le entibió el celo fervoroso de la propagación de la Santa Fe, y lo que no pudo en las Indias, procuró con todas sus fuerzas en Roma, y así cuando veía algún judío, era tanto el deseo de su conversión, que solamente de mirarle sentía interiormente movido; y muy a menudo vestía lágrimas, echaba suspiros y no dejaba medio que no emplease por convertirlos. Iba un día a San Juan Laterano, con Próspero Crivelli a quien acompañaba un judío y viendo que arrodillándose entre ambos, el hebreo se quedaba con el sombrero en la cabeza y las espaldas vueltas al altar, le dijo: “Óyeme amigo esta oración: Cristo si eres el verdadero Dios, inspírame que me haga Cristiano”. Respondióle, que no podía, porque fuera a dudar en la fe. Felipe entonces vuelto a los circunstantes, les dijo que rogasen por él, porque sin duda la fe lo convertiría. Y así sucedió, porque de allí en poco tiempo, mediante la oración, y otros medios de que se valió el Santo, recibió el Bautismo.

Marcelo Ferro, Sacerdote, uno de los primeros hijos espirituales del Santo, halló dos mozuelos hebreos en el pórtico de San Pedro, víspera de su fiesta, comenzó a hablarles de las cosas de nuestra Santa Fe, en particular de la gloria de los santos Apóstoles, también hebreos, y dilatando la conversación vino a reducirles poco a poco a que fuesen un día a San Jerónimo a hablar con Felipe, fueron a verle, y con el agasajo y fiestas que les hizo, les obligó a seguir visitándole casi cada día. Pasó después algún tiempo que no acudieron, y el Santo le mando a Marcelo, que en todo caso les buscase. Obedeció Marcelo y fue a su casa, preguntando a la madre por sus hijos le dijo, que el uno estaba casi a la muerte. Instola Marcelo que se lo dejase ver, se lo consintió, subió a su aposento y lo halló en gran peligro de su vida. La madre le rogó, le diese algo a ver si lo tomaba de su mano, porque no quería comer bocado, lo hizo con mucha voluntad y el hebreo comió lo que le dio el Sacerdote. Con esta ocasión se le llegó al oído y le dijo: El Padre os encomienda mucho. A estas palabras se alborozó y al despedirse añadió: Acordaos que tenéis ofrecido al Padre Felipe haceros Cristiano. Me acuerdo, respondió y quiero cumplirlo si Dios me da vida. Le contó todo esto Marcelo al Santo Padre y le respondió: “No dudes que le ayudaremos con la oración y se convertirá”. Rogó por él, curó el enfermo, volvió con su hermano a ver a Felipe y ambos se hicieron Cristianos a su instancia.

Redujo a uno de las ricas y principales familias de los hebreos, con quien ya cristiano comunicaba mucho su padre a un hebreo, temeroso el

Papa Gregorio XIII, no acaso, con la platica del Padre padeciese detrimento la fe del hijo, le dijo a Felipe, que le parecía mal aquella comunicación. Respondió el Santo, que lo permitía porque esperaba sin duda por medio del hijo, la conversión del Padre. Y sucedió así, porque con esta ocasión fue el padre a ver al Santo, y el Santo le habló con tanta eficacia de las cosas de nuestra fe, que dentro de breve tiempo se hizo Cristiano.

Después de muchos años sacó del Geto (así se llama el barrio donde viven los judíos) cuatro sobrinos mozos, que habían quedado sin padre para hacerlos catequizar y reducirlos a la Fe, y los llevó para esto a San Felipe (que como diremos en su lugar ya se había pasado de San Jerónimo a la Vallicela) les hizo el Santo como solía a todos gran agasajo, sin entrar entonces en materias de Fe. Después de muchos días les dijo, se encomendasen al Dios de Abraham, Isaac y Jacob, que les inspirase el conocimiento de la verdad, que a la mañana siguiente quería rogar por ellos durante la Misa y hacer fuerza a Dios. Llegada la mañana, estando los mozos reticentes que nunca, combatidos por muchos durante muchas horas, siempre más pertinaces en su opinión, se observó que al mismo tiempo en que decía Misa el Santo, de repente se mudaron y dieron palabra de ser Cristianos. Se acordaron entonces los circunstantes de sus palabras, que quería rogar por ellos durante la Misa y hacer fuerza con la oración a Dios. Mientras estuvieron estos en la Congregación con algunos padres para catequizarlos, uno de ellos estuvo tan apretado por una enfermedad, que al sexto día temiendo su muerte, trataron de bautizarle, pero aquella misma tarde fue a visitarle Felipe y tocándole la frente y el pecho, le dijo: “Yo no quiero que te mueras, porque no digan los indios que te han dado la muerte los Cristianos, por la mañana hazme acordar, que ruegue por ti en la Misa”. El Padre Pedro Confolino que estaba con el enfermo, sabiendo lo que había dicho Felipe, le dijo al mozo: “Tú estas bueno sin duda, porque otras veces ha dicho otras cosas semejantes este buen viejo y han sucedido, como las ha dicho”. Aquella noche estuvo malísimo, de manera que el doctor Jerónimo Cordella que le visitaba se encontró con el tío del mozo y le dijo, que fuese a verle porque le quedaba poco de vida, pero llegada la hora en que solía celebrar el Santo, el Padre Confolino le dijo al mozo, si quería que le acordase lo que le había ofrecido, le respondió que si. Lo hizo y acabada la Misa, se sentó el enfermo en la cama, como si no hubiera tenido mal alguno, llegó su tío a verle y le halló sin calentura. Volvió el médico por la tarde y tocándole el pulso le dijo: tenéis los médicos en casa y los vais a buscar fuera? Se fue y encontrando en la calle a Juan Bautista Martelli su paisano, le dijo: Me ha sucedido una cosa extraña, esta mañana visité en la Vallicela un enfermo muy peligroso y esta tarde le he hallado sin calentura, de manera que al principio dudé si me habían querido engañar, poniendo en su lugar a otro. Martelli le respondió, que sin duda le había curado el Padre Felipe. Y el médico le replicó, este es un gran

milagro y Felipe un gran Santo. Aquella misma tarde fue a verlo Felipe, y le dijo al oído: “Tú morirás sin duda, hijo, pero no he querido, porque no dijese tu madre que te habíamos causado la muerte nosotros”. Al cabo de dos meses fueron bautizados é y sus hermanos en San Juan de Letrán por manos del Papa Clemente VIII, con grandísima alegría de todos y del Santo. Deseaban tanto, después de bautizados, la conversión de su madre que con su licencia alcanzaron de los superiores que estuviesen en casa de Julia Ursina, Marquesa Rangona. Y preguntando el Santo lo que esperaba de ella, les respondió que no se convertiría por entonces y que no les estaría también a ellos que lo hiciese en aquella sazón, pero que lo haría en otro tiempo con mayor provecho de todos. Al cabo de cinco o seis meses, se convirtió con otros deudos hasta el número de veinticuatro y no hubieran sido tantos si se convirtieran cuando deseaban sus hijos.

Además de los hebreos convirtió muchos herejes, referiré solamente la conversión de uno llamado Paleólogo, como más notable.

Había estado preso Paleólogo en la Inquisición por Heresiarca, sin otros delitos que le incriminaban y después de haber usado con él los medios bastante para convertirle, viéndole siempre obstinadísimo, le condenaron a ser quemado vivo. La mañana en que le llevaron al suplicio, avisado el Santo (que estaba aún en San Jerónimo de la Caridad, y como solía en el confesionario) sintiéndose mover las entrañas, como ardía en deseo de salvación de las almas, principalmente en caso tan peligroso, tan próximo a condenación cierta, salió de la iglesia, fue a encontrar al ajusticiado en la calle del Peregrino y metiéndose entre la muchedumbre, de la oprimida gente, pasó intrépido la guardia, y lleno de celo del alma de aquél miserable, llegó a él, lo abrazó estrechísimamente y con grandísima ternura con palabras compasivas, llenas de espíritu, comenzó a hablarle de la salud de su alma. Poco antes de llegar al suplicio, mandó a la justicia con autoridad, que le comunicó Dios en aquel instante que se detuviese, y que a los ministros por ningún caso ejecutasen el castigo. Le obedecieron todos con respeto. Aquí Felipe, habiendo en corto espacio reducido el miserable corazón, le hizo subir en un banco y desdecirse de su error, con admiración de todo el Pueblo, que presente esperaba el fin de aquél suceso. Inmediatamente alcanzó que le restituyesen a la cárcel a donde además de sustento ordinario que la daba el tribunal, procuró que Gregorio XIII, le señalase gruesa limosna. Iba cada día a verlo para conservarlo en los buenos propósitos, le hablaba siempre de materias devotas que le compungiesen y porque deseaba reprimir el fausto y soberbia ordinaria en tales sujetos, les mandó leer la vida del Beato Juan Colombino y del Beato Jacopone, diciéndole que los hombres de este jaez más se convierten con cosas sencillas y ejemplos de santos que con muchos argumentos y doctrina. El mismo Paleólogo confesó que le pesaba no haber conocido a Felipe mucho antes. No duró mucho su buena disposición porque de nuevo

comenzó a vacilar y en parte a volver a sus opiniones falsas. Ya el Santo Padre había dicho muchas veces a los suyos que no le había agradado mucho la conversión pero sin embargo de esto, con los socorros espirituales que le iba dando continuamente, en particular con su oración y lágrimas, le redujo de nuevo a la penitencia y al cabo de dos años por relajado le cortaron la cabeza y murió con señales de arrepentimiento, asistiéndole y ayudándole a bien morir Cesar Baronio y Juan Francisco Bordini, por orden de Felipe.

CAPITULO XIII.

Por el mismo celo de convertir los infieles, manda a Baronio que componga los Anales Eclesiásticos.

No paró en Roma su gran celo por la propagación de la fe, compadecido de los trabajos de la Iglesia Santa, viendo que cada día crecían en el septentrión las sectas de los herejes. Tuvo ánimo para oponérseles desde Roma confiado en Dios, que confunde con lo débil lo fuerte, y así por singular inspiración del Cielo, halló la manera de combatirles desde lejos. Instituido el Oratorio (de que hablaremos en su lugar) ordenó, que uno en sus razonamientos, o platicas, se refiriese desde el principio toda la Historia Eclesiástica por su orden, para que se viese manifiestamente el verdadero suceso de la Santa Iglesia, el progreso de ella y la verdad de los tiempos pasados, se descubriesen las falsedades de los herejes, no quedasen ignorantes y engañados fácilmente y los doctos fuesen del todo inexcusables.

Para eso escogió a Cesar Baronio Sorano, doctor en derecho, hombre de grandísimo celo y de la doctrina, tan lleno de caridad, de entrañas piadosas que no solo daba a los pobres el poco dinero que tenía sino os vestidos y ropa blanca. En tiempo de gran necesidad, vendió un relicario carísimo, para comprar trigo y socorrer a la gente pobre. Desasidísimo de todo deseo de grandeza, tan ajeno de estimar lo que desea el mundo, rompió el titulo de su grado. A este mandó Felipe, que después de referida muchas veces en el Oratorio, revista y bien ordenado por muchos años la Historia Eclesiástica, la sacase a la luz (como lo hizo depuse de muchos trabajos, y vigiliias felizmente) no por otro fin que oponerse con este medio a las centurias de los enemigos de la Santa Fe, y de la Iglesia Católica y Romana.

Esta Historia se debe atribuir con toda verdad más a San Felipe que a Baronio, él mismo es fiel testigo de esto, en la prefación del tomo octavo de los anales, confesando en un largo discurso, como autor de ellos al Santo Padre, atribuyendo los anales más a la oración de San Felipe que a sus trabajos. Y para que conste a todos esta verdad, he querido ponerla aquí, traducida en romance.

RENDIMIENTO DE GRACIAS
del Cardenal Cesar Baronio, Bibliotecario apostólico, al Beato Felipe Neri Florentino, fundador de la Congregación del Oratorio, por los Anales

Porque por ser vivo de quien había de hablar
no solo despreciador
sino enemigo capital de sus alabanzas
no se me ha permitido decir algo de su origen
y progreso de los anales Eclesiásticos
parece haberle oscurecido más que declarado
pero llamado a los Cielos
camina libre vuelve segura por el dilatado campo de los beneficios que de
él he recibido
mi pluma detenida hasta hoy con apretados grillos.

Agradable es la memoria de nuestros mayores de quien como de caudalosas fuentes nos han dado bienes innumerables. Provechosa la de nuestros Padres Santos que nos recuerdan que no debemos degenerar de sus virtudes, allí dice el Divino Oráculo: Attendite ad petram ynde excifi eftis, ad cavernan laci de qua isaia prefici fuitis: Attendite ad Abraham vestrum, ad Saram, que peperit vos. Atended a la cantera de donde fuisteis cortados, a la cueva del lago, de donde salisteis. Volved los ojos a vuestro Padre Abraham y a vuestra Madre Sara, y como agradable y provechosa, así es debida juntamente, no acaso el silencio, o el olvido, nos acarreen indigna opinión de ingratos.

Que cuanto bueno sucede a los hijos, deba atribuirse generalmente a sus padres, enseñan a cada paso las Divinas Letras, principalmente la bendición del Patriarca Jacob a su hijo José, donde otras le dice estas palabras: Apoyo en lo fuerte su arco, le desataron los lazos de sus brazos y manos por os del valerosos Jacob, de allí salió el Pastor, piedra de Israel.

Siendo pues así, que le atribuyen los sucesos prósperos a la poderosa mano de Jacob, su padre que estaba lejísimos de él, sino que le había llorado ya violentamente difunto, que diré yo de aquél Padre, que presente

me socorrió en todo. Primeramente me engendró muchas veces en apostólico espíritu, me reprimió desde la juventud con el freno del espíritu mismo, y me desvió del precipicio, haciendo dócil a las divinas tiendas, el indomable potro de la juvenil edad, siempre encaminado al mal y poniendo caballero en él a Cristo.

Pero aunque deudor suyo por muchos títulos, ahora solo quiero que quede eternizado en perpetuas memorias, siempre vivo, siempre blasonador de esta obligación. Este rendimiento de gracias que le hago, como autor de la empresa de los Anales Eclesiásticos, que entre manos tengo, porque es cosa muy justa y de ánimo que siente de fe humilde y modesta, confesar la causa de sus adelantamientos. Injusta y soberbia presunción, atribuir más de lo debido a las propias fuerzas porque el atrevido que lo hizo diciendo: “con valentía de mis manos obré, y con mi sabiduría entendí”. Dura respuesta mereció de Dios vengativo: “Por ventura se ensoberbecerá la sierra contra el que corta con ella?”. O se levantará la sierra contra quien la gobierna?. Siguió la amenaza, el castigo al punto que experimentó el infeliz, por esta causa desterrado del Real trono a vivir entre brutos.

Y así, lo que la eterna Sabiduría de Cristo Redentor nuestro, enseñó a todos los mortales, cuando hablando de su Padre con Felipe Apóstol dijo: “El Padre que queda en mí es el que hace los milagros”. Confieso ingenuamente el Beato Padre Felipe, no porque ponga la gloria en el hombre, y no en Dios, sino por mostrarse cooperador de Dios un hombre, por quien tantos beneficios me concedió Dios mismo, siendo con esto agradecido juntamente a Dios y a los hombres, pues con impulsos del Divino Espíritu, me mandó emprender esta obra. Moisés, que ordenó al artífice labrar el Tabernáculo, conforme al ejemplar que se le mostró en el monte. (Ex. 23). Con reiterados preceptos suyos la emprendí, bien contra mi voluntad, renitente, desconfiado de mis fuerzas, pero obediente al Divino Imperio con el que solicitaba este trabajo, de manera que si tal vez oprimido de la sobrada carga, vencido del empleo tan superior a mi caudal, dejaba de proseguir, me compelia con ásperas reprensiones.

Ardiendo tú (a ti convierto la oración, o Padre) ardiendo, digo, de celo de la trabajada iglesia, luego con la Divina luz de la que estaba, bañado tú entendimiento, lleno (bien puedo decirlo) de profético espíritu, viste salir en detrimento suyo, las centurias de Satanás de las infernales puertas, saliendo contra ellas a pelear por la casa de Israel en el campo del Señor, no procuraste exceder, no igualar el ejercito del enemigo, con el número de soldados, sabiendo muy bien que escoge Dios lo débil, para confundir lo fuerte. Escogiste un hijo tuyo, el menor de los hermanos, el de más rudo ingenio, a quien solo y desarmado opusieses a tantos armados enemigos. Disimulando tu intento, no dedicaste a la pelea espacioso, si angosto campo, el Oratorio mismo de San Jerónimo, donde entre las ordinarias pláticas sobre las cosas de Dios, me mandaste que refiriese los sucesos de

la Iglesia Santa, que comenzando una vez con tu precepto, son siete las que en espacio dilatado de treinta años, he repetido la historia entera.

Asistías siempre a la obra que solicitabas con tu presencia, instabas con tus palabras, siempre (perdóname que lo diga así) molesto ejecutor de la tarea que me imponías cada día, de forma que tenías por crimen, si este intermedio me divertía a referir o hablar de otra cosa, sin permitir que me desviase del instituto un instante. Muchas veces (confieso mi flaqueza) no entendiendo que se hacía esto, con secretas oraciones tuyas a Dios, computando mis fuerzas, me quejaba de que se procedía conmigo cruelmente, pues no solo no se me concedía algún compañero que me ayudase, ofreciendo su cuello al mismo yugo, si no que multiplicando el trabajo sin descanso alguno, se me imponían innumerables obligaciones, añadiéndose a esta, la curación de almas, públicos sermones, la Prefectura de la Congregación, sin otras muchas que impensada, e intempestivamente se ofrecían en el discurso del día. De suerte que haciendo esto, o permitiéndolo a otros, nada parece que desearas menos, que lo que tanto deseabas.

En esto realmente, me pareciste imitador de Elías, cuando puesto en batalla contra los sacerdotes de Baal, habiéndolos de vencer con Celestial fuego, que abrasase y consumiese la víctima, intentando al parecer lo contrario, quiso bañarle con cuatro hidrias de agua, para que se manifestase más el poder Divino. Por otra parte, cuando con ánimo pronto, pusiste todas tus fuerzas en ayudarme con la oración, me pareciste Eliseo, que poniendo su mano sobre la del Rey, al despedir la saeta, le hizo perseguidor de toda Siria. Con cuyo ejemplo, juntamente a tu esforzadísima mano con la débil mía, convertiste mi embotada pluma, en aguda saeta de salud del Señor contra los insultantes Asirios, cosa que como verdadera es para mí de gran consuelo confesarla.

Peleaste, pues, si buen con mano ajena, estilo ordinario tuyo, que acostumbrado a hacer cosas admirables, nunca quisiste parecerlo, procurando no se dijese alguna cosa de ti grande, cubriendo muchas veces la sabiduría con la ignorancia, conforme a la apostólica paradoja: “Hágase ignorante el que se quisiere sabio”. De esta suerte ningún lazo del mundo lisonjero te prendía. Y a imitación de David, mundano a intervalos su estilo, encubrías dones grandes del Divino Espíritu, ostentando en lo exterior, humanas flaquezas, sabiendo con el Apóstol, ser rico y padecer suma pobreza, para decir con él: “si arrebatados en espíritu con Dios, si templados en Él para vosotros”, y a ejemplo de otro Felipe diácono, o adhiriendo a los hombres procurando su salud o echando las velas al Espíritu con ímpetu grande.

Pero lo que viviendo recogiste en el erario de Cristo, te recompensa después de tú muerte con doblado logro, pues luego rota la linterna de barro de la inmortalidad, se manifestó la llama de la caridad que dentro

ardía, y la ardiente y clara luz escondida hasta entonces, puesta ya en elevado candelero de la eternidad, se ha descubierto con el esplendor de los milagros, que vivo hiciste, si bien procuraste esconder muchos otros, que has hecho después y que se han manifestado. El pobre si bien temporal, sepulcro suyo, lleno de votivas tabillas y dones de precioso metal, ciertos índices de tus milagros, está más ilustre, que guarnecido de preciosos mármoles y adornado con egipcíacas pirámides, ni obeliscos, aumentándose cada día este esplendor con muchos votos, que los reconocidos como nuevos beneficios te presentan.

Concededme (apelo a vosotros hermanos míos, que en piadosa y honorífica corona ceñís su monumento) que este hacimiento de gracias, aunque muy desigual a los beneficios este fijado a su sepulcro, pero corra también con los Anales el mundo y llegue a donde llegaron ellos. Sea mueble, hable la esculpida columna y en crecidos caracteres, publique el primer autor arquitecto de esta obra y los que sacaren de ella algún fruto, ríndanle en primer lugar, las debidas gracias. Sea, digo, esta confesión mía, epitafio indeleble a su sepulcro deseando yo unirle a él mismo, como tabla viva, formada con el pincel de sus oraciones y ser perfecta copia del original de su santidad.

Anima, pues Padre (contigo hablo otra vez como preferente, pues miras al que los está en todo) anima, digo, fomenta, ampara tú obra, y para que se te deba toda la victoria (como escribió David) ven, concluye lo que falta de la batalla, excita con ruegos la milicia Celeste, para que vencidos del todo los enemigos, cantemos el triunfante cántico de Débora: “desde el cielo se peleó contra ellos; las estrellas en su orden fijas, combatieron contra Sisara”. Y a mí hijo tuyo, que viviendo en la tierra, amparaste con tú protección, guardaste con tú vigilancia, gobernaste con tú consejo, sufriste con tú paciencia, ya gozando los Cielos, favorece con mayores patrocínios, crezcan en mí los presidios de tu caridad, ya consumada, ya perfecta. Y lo que Gregorio, Teólogo, confiesa que alcanzó de Basilio, teniéndole por amonestador después de su muerte, me concede con mayor abundancia, para que rigiendo tú las riendas de mi vida, camine con seguros pasos lo que me queda de resbaladiza vejez. Y llegue finalmente, después de bien logrados trabajos, al Beato descanso que tú ya gozas con el Padre, Hijo y Espíritu Santo, a quien en perfecta unidad sea la alabanza, honra y gloria por los siglos de los siglos. Amen. Hasta aquí Baronio.

De donde se colige, que atribuye él mismo, sus Anales a Felipe; y el Santo poco antes que muriese, le repitió muchas veces, que debía humillarse mucho, y reconocer sus escritos, no a su ciencia, porque todo había sido evidentísimo don de Dios. A lo que respondía Baronio, que todo lo debía a su oración. Bien confirmado esto, refiriendo una visión que tuvo Baronio, cuando comenzó a hacer las Pláticas en el Oratorio. Predicaba siempre cosas espantosas, como la muerte y el Juicio y viéndole el Santo en

Espíritu, que con mucho mayor fruto suyo y de los demás (principalmente para poder resistir con fundamento las impugnaciones de los herejes) haría las Pláticas de la Historia Eclesiástica, le exhortó que refiriese los sucesos de la Iglesia por sus años, y no ejecutándolo tan deprisa por la repugnancia que sentía en ello, iba de cuando en cuando recordándose, hasta que al fin un día se lo mandó expresamente. Se vio Baronio afligido y le pareció por una parte áspero el precepto y repugnante a su genio, y por otra, no quería contravenir a la obediencia. Pero le libró Dios de aquellas angustias y le ejercitó más a obedecer el mandato de Felipe, significándole su voluntad de esta manera. Le pareció que una noche discurriendo con Onofre Panuino (que recogía entonces la Historia Eclesiástica) de lo que le había mandado Felipe, y rogándole con grandísima instancia, que concluyese la empresa comenzada, le volvió las espaldas, sin querer escucharle. Quiso proseguir la materia, y persuadir que le tocaba por todos títulos componer los Anales Eclesiásticos, y oyó la sensible y distinta esta voz del Santo: “tranquilo Baronio, no te canses más con esta materia, porque la Historia Eclesiástica, tú la has de componer y no Panuino”. Desde entonces, asegurado de la voluntad de Dios, se puso a predicarla desde después del nacimiento de Cristo hasta sus tiempos. Le mandó el Santo que la volviese a comenzar y en el espacio de treinta años (como dice en la prefación) la refirió en el Oratorio siete veces, antes que sacase a la luz el primer tomo. Le sucedió en la empresa con la felicidad que el mundo ha visto. Después de esto el cinco de Junio de 1569, el Papa Clemente VIII, nombró a Baronio cardenal de San Nereo, y Achilleo, que aceptó por obediencia, después de haber hecho lo posible por excusarse y mucho antes haber renunciado a gres de los mejores Obispados de Italia. Murió este gran cardenal consumido de trabajos, a treinta de Junio del año de nuestro Señor de 1607 a los sesenta y nueve años de edad. Tuvo revelación de su muerte muchos años antes, y hallándose en Frascati, agravado por la enfermedad, que le manifestaron los médicos que era peligrosa, lleno del Espíritu Eclesiástico dijo: “Vamos a Roma, que non deccet Cardinalem muri in agro”. Fue enterrado en la Iglesia de Nuestra Señora de la Vallicella, con extraordinario concurso y devoción del pueblo.

Por el mismo fin de oponerse a los herejes, que niegan la intercesión de los santos y la adoración de las imágenes, mandó el Santo al mismo Baronio, que hiciese las anotaciones al Martirologio Romano. Con esto se movieron Tomás Bofio, a escribir los libros de “signis Ecclesiae Dei” y Antonio Gallonio la vida de Santos, ambos presbíteros de la Congregación.

CAPITULO XIV

Algunos ejercicios espirituales que ordenó en San Jerónimo de la Caridad.

Se multiplicaba el número de sus hijos espirituales y quedándose pequeño el lugar que se dijo más arriba, aunque hubieran ampliado su capacidad, para que cupieran todos los que acudían a los ejercicios, fue necesario hacer un nuevo Oratorio y para esto obtuvo permiso de los diputados de San Jerónimo, para que al lado de la Iglesia, sobre la nave de la mano derecha se construyese. Allí trasladó las platicas que se hacían en su aposento. Hoy está en pie el mismo Oratorio, si bien en mejor forma, donde los Sacerdotes de San Jerónimo prosiguen con mucho fruto cada día la oración y en los días de fiesta las platicas. Todos los días por la tarde, acudía aquí Felipe, juntamente con los demás a discurrir de cosas espirituales, en forma de conferencia. Acabado el ejercicio, solía llevarlos a algún lugar para su recreación. Si era día de Fiesta, a alguna iglesia para rezar Vísperas o Completas, o a oír algún sermón, en especial iban a la de Vicencio Ferculano (después Obispo de Perugia) varón doctísimo, explicaba el Salmo del Miserere, con mucho concurso. En este Oratorio dio Felipe, principio a las Pláticas que se hacen hoy cada día, en la iglesia nueva y a la oración por la tarde; y fue el primero que introdujo en Roma el predicar cotidianamente.

Pero porque se sepa más en particular, en qué forma, y con qué orden se hacían estas Platicas entonces, pondré aquí lo que escribe Baronio, en el primer tomo de sus Anales, hablando del modo de congregarse los cristianos de la primitiva iglesia, según lo que escribe el Apóstol en la Carta a los Corintios, dice así: “Con verdad se puede decir, que la Divina Providencia, ha renovado en Roma a nuestra edad, gran parte de lo que el Apóstol mandó que se hiciese en orden al tratar de las cosas de Dios, con edificación de las almas, tomando por instrumento al Reverendo Padre Felipe Neri Florentino, que como sabio Arquitecto, ha echado los primeros fundamentos y del Reverendo Padre Francisco Maria Tarugui de Monte Pulciano, su discípulo, a quien con mucha razón podemos llamar, Capitán de la Palabra de Dios. Por dirección pues de estos varones, se ordenó primeramente que viniesen cada día los deseosos de la Perfección Cristiana al Oratorio de San Jerónimo (de este lugar ha tomado el nombre la Congregación del Oratorio) donde se hiciese una pía y devota junta en esta forma. Se tenía primero un rato de Oración mental y se leía después un libro espiritual, y el mismo Padre que asistía como superintendente al

ejercicio, solía mientras duraba la lición, discurrir sobre lo que se iba leyendo, explicándolo con más claridad, amplificándolo e imprimiéndolo en los corazones de los oyentes. A veces mandaba a alguno de los hermanos que diese su parecer sobre lo escuchado, prosiguiendo los demás a modo de dialogo. Se empleaba en este ejercicio una hora con gran consuelo de todos, después subís uno de ellos a una silla, que estaba en un lugar eminente, donde sin ornato alguno de palabras, hacía una platica de la Vida de los Santos, adornándola con alguna frase de la Escritura o sentencia de Padres. A este sucedía otro, que con el mismo estilo hacía otra platica, a este otro, que según el orden de los tiempos, refería la Historia Eclesiástica. A ninguno le permitía que se pasase más de media hora hablando. Acabado este ejercicio, con admirable gusto, y con igual fruto para todos, se cantaba algún motete espiritual y con otro breve rato de oración se daba fin al Oratorio. Todo esto se hacía con aprobación de su Santidad, con lo que parece que se renovaba aquél antiguo modo Apostólico de congregarse y aplaudiéndole los buenos, procuraron introducir y propagar estos ejercicios en diferentes partes de la Cristiandad.

Hasta aquí Baronio.

De cuyas palabras se ve claramente, que origen tuvo el Instituto del Oratorio, sin los referidos ejercicios que instituyó el Santo para los días de trabajo, instituyó otros para las Fiestas. Por las mañanas depuse de confesados, estaban en Oración, hasta la hora de Misa, luego Comulgaban y de aquí los mandaba a diferentes hospitales, dividiéndolos ordinariamente entres grupos: Uno lo enviaba a San Juan Laterano, otro a Nuestra Señora de la Consolación y otro al Santo Espíritu y todos llevaban alguna cosa para alivio de los enfermos, y con palabras y con obras los asistían corporal y espiritualmente. Sin estos enviaba cada día, treinta o cuarenta, de los más fervorosos con mucha edificación para Roma. Algunos de ellos acudían también a San Jerónimo los Sábados y las vísperas de fiestas principales por la noche y en compañía del Santo, se iban a la Iglesia de Minerva, Convento de los Padres Dominicos, a la de San Buenaventura, de los Padres Capuchinos y asistían junto a los religiosos a Maitines, empleando aquellas horas en prepararse para la Santísima Comunión. De suerte que muchas veces se veía poblado de seglares el coro de los religiosos. Felipe estuvo mucho tiempo yendo todas las noches, y el sacristán de Minerva, cuando oía llamar a la puerta de la Iglesia, conocía la seña, y salía a abrir al punto. Fue tan grande el amor de los Padres a Felipe, que le dieron la llave del Convento, para que pudiese entrar a cualquier hora como los demás religiosos. Añadió a este ejercicio admirable, otro que inventó nuestro Santo, para tener a los suyos más lejos de los peligros que suelen correr la mayor parte de los hombres, principalmente en la juventud. Introdujo para ello la jornada de las Siete Iglesias, en los dos más peligrosos tiempos del año que son el de “Carnestolendas y el de después

de Pascua”, si bien en los últimos años de su vida solamente iba en el de “Carnestolendas”. Los que acudían al principio eran pocos, unos veinte o veinticinco, o treinta lo más, pero creció tanto el número (aún en vida del Santo) que pasaban de dos mil personas. Se admitía cualquier género de personas, pero no las mujeres. Acudían muchísimos religiosos. Solían ir veinte o veinticinco Capuchinos y de Dominicos acudía todo el noviciado. El modo que se tenía en este ejercicio (que menos alguna cosas hoy se sigue observando) era el siguiente: el día señalado, visitaban por la mañana, muy temprano la Iglesia de San Pedro, de allí se iban a San pablo, donde se recogían todos y distribuyéndose en muchos grupos a cada uno se le señalaba un Padre para su guía. Se ponían en orden para la visita de las demás iglesias, empleando parte del tiempo en meditar algunos puntos espirituales que señalaba el Padre y parte en cantar algún Salmo, Himno, Motete Espiritual o Letanías. Llevaban consigo música todo el camino y si sobraba tiempo, iban hablando unos con otros de cosas de Dios, procurando evitar toda vana conversación. En todas las Iglesias, fuera de las dos primeras, hacía una breve Platica alguno de la Congregación o algún Religioso. En San Sebastián (si bien iban después a San Esteban Rotondo) se cantaba la Misa y comulgaba la mayor parte de la gente, de aquí se iban a la viña de Maximis, a la de Crescencio o al jardín de Mathei en el Monte Celio (donde han ido siempre después de la muerte del Santo por el particular gusto con que aquellos señores hacen esta merced a la Congregación) donde sentados, en orden, se daba a cada uno el pan y vino suficiente, un huevo, un poco de queso y alguna fruta. Mientras comían, se cantaba algún motete o se hacía alguna consonancia de instrumentos, parte por recreación y parte por tener el entendimiento unido a las divinas alabanzas. Finalmente acabada la comida, proseguían su viaje a las demás iglesias, volviéndose cada a uno a su casa, con grandísima alegría y provecho espiritual de sus almas.

Los primeros años fue siempre el Santo a esta devoción y deseó que se hiciese todo con la edificación conveniente y tal vez por el sobrado trabajo de la asistencia a ello se encendía en calentura, pero a su vejez y por estar ya bien introducido el ejercicio, se quedaba en casa, dejando hacer a otros la función. Y parece que quiso mostrar nuestro Señor, lo agradable que era esta devoción, con milagros. Iba el Santo un año con la gente a este ejercicio y entre San Pablo y San Sebastián, se levanto un temporal tan grande, que temerosos de la lluvia, los que le seguían quisieron retirarse; les dijo el Santo, que no temiesen que en ningún caso se mojarían. Unos le creyeron, otros le dejaron. Fue un caso bien raro, que estando desviados los unos de los otros, toda la nube descargó sobre los que huyeron, sin caer una gota de agua sobre los que se quedaron en su compañía. Tan piadosos y tan santos ejercicios, movían a la devoción a todo Roma, porque se veía la frecuencia de los Sacramentos, las visitas a los hospitales, la abundancia de

la Palabra de Dios, la visita a las Siete Iglesias y otras muchas cosas de gran edificación, conque se comenzó a expandir el Instituto, de manera que muchas personas con autoridad y letras, celebraron con su aprobación y sus escritos.

Juan de Rossi, en un libro que dedicó al Santo, dice estas palabras: “Entre las cosas admirables que vi en Roma, el año pasado que fue de nuestra salud 1578, me llevó el corazón grandemente el ver tan gran multitud de personas que frecuentaban la Iglesia y Oratorio de San Jerónimo de la Caridad. Y después de las antigüedades, soberbios palacios y cortes de tan grandes príncipes me pareció que este ejercicio ejemplar, excedía en mucho la gloria de cualquier otra cosa grande, que pudiese a mis ojos presentarse. Me dejó más admirado y consolado, el gran concurso de personas nobilísimas de varias naciones, que tan continuamente y con tanto gusto acudían a las pláticas de la Palabra de Dios, predicadas por un Varón Apostólico, con puro amor de la salud de las almas y ardiente celo de la Religión Cristiana, de donde nace en sus hijos espirituales el deseo de dejar el mundo para servir a Cristo, como lo manifiestan las conversiones de infinitos, que pueblan hoy los Conventos y Congregaciones”. ***Hasta aquí este autor.***

CAPITULO XV

Los Florentinos ruegan a Felipe tome el gobierno de su Iglesia de San Juan de Roma

El gran fruto que hacía Felipe con los referidos ejercicios, la prudencia y acierto con lo que gobernaba a los que seguían su disciplina, la integridad y santidad de su vida, movieron a los Florentinos para que hiciesen vivas instancias en que aceptase el gobierno de su Iglesia de San Juan. Disputaron pues el año 1564 algunos, que en nombre de su nación, se lo rogasen y para que lo admitiera le ofrecieron habitación y todas las comodidades que pudiera desear. Respondió el Santo, que quería pensárselo y hacer oración sobre ello y que entendiendo que era voluntad de Dios, procuraría darles el gusto que deseaban. Volvieron pasados algunos días por la respuesta y el Santo les dijo, que sentía mucha repugnancia y dificultad en ello, sin poder por ningún caso reducirle a salir de San Jerónimo. Con esta respuesta Monseñor Cirilo, Comendador de Santi Spiritus, Juan Bautista Altoviti y Pedro Antonio Bandini, que eran los que lo trataban, resolvieron suplicar al Papa Pío IV, de feliz memoria, que interpusiese su autoridad y con su beneplácito, volvieron a Felipe diciéndole: que era voluntad de su Beatitud, que admitiese el gobierno de su Iglesia. Le admitió con toda sumisión, pero con condición que no

estuviese obligado a dejar San Jerónimo. Aceptado el gobierno de aquella Iglesia, hizo ordenar de sacerdotes a tres de los suyos, Cesar Baronio y Juan Francisco Bordino, hombre de gran talento para hacer pláticas, (que después del Obispado de Cavalón, murió Arzobispo de Aviñón) Alejandro Fideli de Ribauransona, hombre de mucha integridad y pureza de vida, y les mandó ir juntos a San Juan de los Florentinos, Alejandro se llevó consigo a Germánico Fideli, su sobrino, mozo de dieciséis años. Con estos envió también, aunque no como dependientes de la Congregación a Jaime Sanlersi, Mallorquín y a Juan Rausico a quien encomendó el cuidado de la Parroquia, ambos sacerdotes de gran virtud.

No mucho después se agregaron a ellos Francisco Maria Tarugui (de quien ya hicimos mención) y Ángelo Velli de Palestrina, hombre de costumbres Angélicas y de gran pureza de conciencia, fue el segundo que después del Santo gobernó la Congregación y murió en Paz el día diez de Diciembre del año 1622 a los 85 años de edad. Por orden del Santo habitaban todos en San Juan, atendiendo con gran fervor el trabajo en aquella pequeña viña. Cada mañana iban a confesarse a San Jerónimo, por la tarde volvían a oír o hacer pláticas, por su orden y al anochecer volvían otra vez a la oración, sin dejar de acudir a todo en verano, ni en invierno por lluvias, fríos ni cualquier otra inclemencia. En todos los oficios de casa se portaban de esta manera: servían a la mesa cada uno un día, algún tiempo hicieron la cocina semanalmente, con tanta alegría que Cesar Baronio dejó escrito sobre el frontispicio de la chimenea: “Cesar Baronio cocinero perpetuo”. Y muy ordinario yéndole a ver alguna persona para tratar cosas del Espíritu u otros negocios, le hallaba fregando los platos. Mucho tiempo estuvieron leyendo en la mesa por semanas. Germánico Fideli y Octavio Paravicino (que fue después Cardenal de la Santa Iglesia) eran mozos en aquella edad. La lición era de la escritura Sagrada y de un libro espiritual o caso de conciencia, así en la comida como en la cena, respondiendo cada uno, por orden, lo que le parecía, si bien después de fundada la Congregación, se leyeron tres liciones y propusieron dos dubios como diremos más por extenso en su lugar. Todos los sacerdotes barrían la Iglesia en Comunidad, de donde tuvo origen el no hacerse las Pláticas los Sábados. En los días de fiesta, confesaban los unos a los otros, administraban la Comunión, se cantaba la Misa y porque eran pocos, era forzoso muchas veces, dejar alguno el confesionario para acudir a ello. Baronio y Bordino, predicaron interpoladamente con sobrepelliz en las fiestas, algunas veces, condescendiendo en esto el Santo para satisfacer el deseo de los Florentinos. Por las tardes después de cantadas las Vísperas se iban a buscar al Santo a la Minerva, a la Rotunda o a otro lugar donde hubiera dado orden. Allí tenía algunas conferencias espirituales, proponiendo él u otros, a quien señalaba, algunos puntos y haciendo responder a cada uno conforme le parecía. De esto fue el principio del uso

de ir después de Pascua de Resurrección, hasta San Pedro, al Monte de San Onofre, lugar eminente, y de agradabilísima vista, que señorea a toda Roma; y en el verano por el gran calor a alguna iglesia dentro de la ciudad, donde se canta primero un motete espiritual y después de un breve discurso, que dice un niño, tomado de memoria, suelen hacer los Padres de la Congregación dos pláticas, con música en los intermedios hasta el final. En el invierno desde el primer día de Noviembre hasta Pascua, se hace esto de noche en el Oratorio, después de la Oración acostumbrada y cantadas las Letanías y la Antífona de Nuestra Señora de temporas con gran concurso. Este modo de vivir de aquellos primeros sacerdotes en San Juan de los Florentinos, se prosiguió durante diez años y he querido referirlo, para que conste con cuanta humildad vivían estos sacerdotes siendo por otra parte personas tan insignes en letras y calidad, que merecieron los más eminentes puestos en la Iglesia. Pero porque era grande la incomodidad de los Padres en ir cada día tres veces a San Jerónimo con los calores, aguas y lodos, rogaron los Florentinos al Santo, con grandísima instancia, que transfiriese los ejercicios de San Jerónimo a San Juan y así el 25 de Abril de año 1574, segundo de Gregorio XIII, y a la edad de 59 años de Felipe, en la Octava de Resurrección, se comenzaron las pláticas en San Juan, en un Oratorio más capaz, que hicieron los Florentinos para este efecto. Creció mucho el concurso, con gran edificación para todos, en cuya prueba el Padre Juvenal Ancina, escribe de Roma al Padre Juan mateo su hermano, que estaba en el Piamonte, estas palabras:

Estos días acudo al Oratorio de San Juan de los Florentinos, donde se hacen cada día lindísimas Pláticas sobre el Evangelio, de las virtudes contra los vicios, de la Historia Eclesiástica y de la vida de los Santos. Cuatro o cinco son los que las hacen y acuden a oírlas muchas personas de importancia: Obispos, Prelados, etc. Al final de ellas se hace un poco de música, por consuelo y recreación de los espíritus. Se ha hablado de la vida de San Francisco y otros discípulos suyos y de la de San Antonio de Padua. Os prometo que es cosa extremadísima y me pesa mucho que no lo supiésemos los dos el año pasado, cuando estuvimos en Roma. Los que hacen las Pláticas, son personas cualificadas y de mucho ejemplo y Espíritu. Tienen por cabeza a un Padre que se llama Felipe, ya de sesenta años, admirable por muchas cosas, pero principalmente por su santidad y por la singular prudencia y habilidad en inventar ejercicios espirituales. Fue este Padre el autor de aquella obra de Caridad, que se hizo en la Trinidad de los Peregrinos, el Año Santo pasado. Le tienen en gran crédito el Padre Toledo, Possevino y otros. Y finalmente es tenido por un Oráculo, no solo en Roma, sino en muchos otros lugares de Italia, Francia, España, de donde acuden a él muchos por consejo. Hasta aquí el Padre Juvenal.

De lo cual se colige, lo que se aumenta cada día el fruto de los ejercicios del Oratorio. Fueron después estos dos hermanos de la

Congregación y el Padre Juvenal murió Obispo de Saluzzo, con crecida opinión de santidad.

CAPITULO XVI

Persecuciones contra Felipe con ocasión de los ejercicios.

Tan Santos Ejercicios, causaron en los buenos, amor y benevolencia, y en los malos sembraron envidia, y fomentaron calumnias. Comenzó Felipe las conferencias y discursos espirituales el año 1554 y comenzaron los émulos de la virtud a menoscabarlos, primero de manera oculta, después abiertamente, diciendo lo que les venía a la imaginación. El principal fue Vicente Teccosi, Médico de Fabiano, uno de los diputados de San Jerónimo de la Caridad, con quien se juntaron dos religiosos apostatas, que en hábito de Clérigos vivían en aquella casa. Estos inducidos por Vicente, hicieron todos sus esfuerzos para que se saliese Felipe de San Jerónimo. Estaban al cuidado de la Sacristía y cuando Felipe bajaba a decir Misa, unas veces le daban con la puerta en los ojos, otras no le querían dar los ornamentos, o se los daban rotos, diciéndole palabras injuriosas; otras veces le quitaban de las manos el Cáliz y el Misal y lo escondían, le hacían desnudar después de revestido muy a menudo y pasar de un Altar a otro y alguna vez volver sin haber dicho la Misa, porque irritado de estos oprobios dejase San Jerónimo. Disimulaba Felipe estas injurias, rogando por ellos y tratándolos con toda caridad, sirviéndoles en todas las ocasiones y rogándole los suyos que se fuese a vivir a otra parte, respondió, que en ningún caso quería huir de la Cruz que el Señor le enviaba en aquél puesto. Procuraba mitigar con el sufrimiento la insolencia de sus émulos y no solo no los ablandaba sino que crecía en ellos la pertinacia a la vez que en Felipe la modestia. Viendo que nada de esto aprovechaba, acudió por consuelo al Señor, que no falta a sus siervos en las necesidades. Una mañana celebrando, fijos los ojos en un Crucifijo, le dijo estas palabras: “O buen Jesús, porqué no me escucháis, tanto tiempo, con tanta instancia os he pedido paciencia, porqué no me habéis oído?. Escuchó en su interior esta respuesta: “ No me pides la paciencia, pues Yo te la daré, pero quiero que la ganes por este camino. Confirmado con esta voz, llevó desde entonces con más alegre rostro, y con mayor gusto cualquier injuria. Primero faltó en ellos el ánimo de perseguirle que el de Felipe en sufrirlos. No solamente llegó a no sentir las injurias sino que las deseaba, cuando aquellos u otros le trataban mal o los disimulaba callando o los disculpaba.

Después de dos años, uno de estos dos encontrando al santo Padre en un corredor de aquella casa, comenzó a decirle tantas insolencias y enfurecerse de mala manera contra él, que presente el otro apóstata,

compadeciéndose y mudado de repente de enemigo en defensor, se echó con ímpetu hacia él y cogiéndolo por la garganta, casi lo ahoga sino es por Felipe. A esta defensa le pagó Dios con su conversión, porque reconocido, vio el mal que hasta entonces había hecho al Siervo de Dios y comunicó sus cosas al Santo, y volvió por su consejo a su religión, quedando muy agradecido a Felipe. En todas partes le blasonaba por Santo y se mostraba como un amigo apasionado.

Vicente Tecosi, vencido de la paciencia de Felipe, se arrepintió de su error y en presencia de muchos se postro delante de él, pidiéndole humildemente perdón, fue después hijo espiritual suyo, obedientísimo en todo, siguiéndole casi siempre, sin pasar un día que no le viese.

No acabaron con esto las persecuciones. Hubo una mayor en el año 1559, contra la Jornada de las Siete Iglesias, porque muchos atribuyéndolo a la vanagloria, aquella acción, decían que no era cosa de hombre que profesaba dejar el mundo, llevarse los ojos de toda Roma. Otros de más bajo sentir, condenaban el gasto de la comida de aquél día; y no considerando el número de la gente, ni la calidad de ella, atribuían el viaje a la glotonería y al pasatiempo. Otros de más ingenio, con pretexto de estado, juzgaban esta acción, por la multitud de personas que ocasionaban tumultos y sediciones y que era necesario de todas maneras poner remedio. Le referían a Felipe todo esto, y lo escuchaba con grandísima tranquilidad, sin turbación alguna, remitiéndolo a la Divina Providencia. Y porque algunos de los que hablaban mal de esto, eran personas de consideración y de Espíritu, procuraba excusarlos cuando los condenaban los suyos, para que no perdiesen el crédito. Creció el ruido de la murmuración y llegó a los oídos del Vicario del Papa, que con siniestra información mandó llamar a Felipe y le reprendió ásperamente: No os preocupa (le dijo) haciendo la profesión de despreciador del mundo, recoger tanta muchedumbre de gente, por atraer el aplauso popular, y con especie de santidad procurar las Prelaturas? Le mandó que se abstuviese de confesar durante quince días, que no hiciese ejercicios algunos sin nueva licencia y que no llevase consigo acompañamiento de gente en modo alguno, amenazándole, sino le obedecía, con la cárcel, con lo que le obligaría dar fianzas de presentarle al Tribunal al menor orden. Respondió Felipe con modestia, que como por gloria de Dios había emprendido aquellos ejercicios, los dejaría por la misma. Que siempre había antepuesto los preceptos de sus superiores a sus dictámenes, que no lo había introducido por otro fin la visita a las Siete Iglesias, que por recreación de los espíritus de sus penitentes, por alejarlos de los pecados que suelen ocasionar los días de Carnestolendas. Replicó enojado el Prelado: “Vos sois un ambicioso, no lo hacéis por gloria de Dios, sino por inventar alguna Secta”. A estas palabras Felipe, vuelto a un Cristo que tenía el Vicario en su aposento, le dijo: “Vos sabéis, Señor, si lo hago por inventar una Secta”, y se fue. Pero como siempre estimo tanto la

obediencia (principalmente a los Prelados) mandó a los suyos, que no le acompañasen, exhortándolos a la paciencia y diciéndoles que la verdad desengañaría al mundo y que lo encomendasen a Dios. Por evitar que lo siguiesen, cuando salía de casa, mandaba a algunos que fuesen a diferentes partes, pero le esperaban escondidos por donde había de pasar y le seguían de lejos; porque crecía más en ellos el deseo de acompañarle, cuanto más se lo prohibía.

Se encomendaba Felipe a Dios, y hacía tener oración sobre esto a muchos siervos suyos. Un día estando con uno de sus penitentes, se les puso delante un sacerdote, que no conocían, vestido con hábito grosero, ceñido con una soga y les dijo, que venía de parte de algunos religiosos, que habían tenido revelación sobre lo que se trataba contra los Ejercicios del Oratorio, que hiciesen la oración de las cuarenta horas, que de ella resultaría gran fruto, y llegándose al iodo de francisco Maria Tarugui, le dijo en secreto: Enseguida acabará la persecución y será para establecimiento y aumento de la Obra; los que son ahora contrarios, dentro de nada serán veladores, quien perseverare en perseguirla, será severamente castigado por Dios; el Prelado más contrario, morirá dentro de quince días. Todo sucedió puntualmente, porque saliendo de dar cuenta al Papa del caso, murió de repente. Con todo eso fue forzoso que Felipe, diese satisfacción a todo lo que le había opuesto, sin valerse de medios humanos, sino de su inocencia y oración; decía siempre a los suyos: “No es la persecución para vosotros, sino para mí, que Dios quiere con ella hacerme humilde; creed que cuando halla sacado el fruto que Dios quiere cesará”. No podía sufrir la menor palabra contra aquel Prelado; y así queriendo uno en la Confesión entrar en los juicios de Dios, por su muerte repentina, le atajó sin dejarle terminar la palabra que había comenzado.

Pasado algún tiempo se enteró del suceso Pablo IV, Sumo Pontífice entonces, y conocida la inocencia de Felipe, viendo que era Dios quien lo guiaba, le envió en señal de benevolencia dos velas de las que arden en la Capilla de Su Santidad, el día de la Purificación, con plenísima facultad para ir a las Siete Iglesias, proseguir sus ejercicios, y hacer todo lo de antes; añadiendo no poder ir en persona y que rogase a Dios por él. Dieron gracias y alabaron al Señor los que estaban presentes y poco después fueron a las Siete Iglesias, con grandísimo concurso, alabando la bondad Divina, que dio tan buen fin a persecución tan grande, y los consoló en que gozasen de aquella recreación espiritual.

Acabada esta, se levantó otra persecución mayor en el año 1570, porque algunos con el pretexto de buen celo, refirieron al Papa San Pío V, de santa y gloriosa memoria, que en los razonamientos de San Jerónimo, se decían muchas liviandades, se contaban muchos ejemplos con poco fundamento, cosa que manifestaba gran imprudencia o ignorancia y que podía ocasionar escandaloso daño en los oyentes. El Pontífice Santo, celosísimo Pastor, dio

al punto orden a dos religiosos, de Santo Domingo (sin saber el uno del otro) que fuesen a oír las Pláticas y observasen con puntualidad todo lo que se decía y se hacía en San Jerónimo, y le contasen si advertían algo contra la Fe y buenas costumbres.

Mientras aquellos religiosos, ejecutaban su comisión, Alejandro de Médicis (que fue después León XI) entonces embajador del gran duque, fue a la audiencia del Papa y tratados los negocios, el Papa (sabía que Alejandro continuaba la Pláticas) le dijo, que estaba informado de que no se hablaba en ellas con la debida cautela. Y que en particular que se había referido el echo de Santa Polonia, cuando se arrojó en el fuego, sin advertir que lo hizo con particular inspiración del Espíritu Santo. Acabada la audiencia, se fue el embajador a la Minerva a escuchar el sermón y halló delante a Germánico Fideli con un recado de Felipe, que le suplicaba que fuese servido de llegarse a San Jerónimo cuanto antes pudiese, porque tenía gran necesidad de hablarle, y que le disculpase el no poder ir a buscarle, al estar en cama por un accidente en el pie. Alejandro después de comer, fue a San Jerónimo antes de subir a ver a Felipe quiso oír las Pláticas y en una de ellas oyó a Francisco Maria Tarugui (que con orden del Santo) trato de lo que había pasado por la mañana con el Papa, refiriendo el echo de Santa Polonia, como convenía. Subió admirado el embajador y Felipe inmediatamente, sin otras razones, le dijo: “Suplico a su excelencia, señor Alejandro, me diga lo que ha dicho el Papa de nosotros” Viéndose Alejandro por tantos caminos descubierto, le refirió ingenuamente todo lo que había pasado, admirado que Felipe pudiera saber, lo que no había conferido con persona alguna, y que parecía imposible saberlo sin la Divina Revelación.

Volviendo a los religiosos que envió el Papa, observaron, con mucha puntualidad, algún tiempo, todo lo que se hacía en San Jerónimo, le hicieron relación: en la Pláticas no habían oído cosa que no estuviese acompañada de mucha piedad y doctrina, que se habían admirado que se hablase con tanto Espíritu y fervor. Alegre el Pontífice con tan buena nueva, principalmente por tener en su tiempo hombres que con fervor atendiesen a plantar el Espíritu y la devoción en los corazones de sus fieles. Desde entonces hizo tal estimación de Felipe y de los suyos, que habiendo de ir el Cardenal Alejandrino su Nepote Legado a España, Francia y Portugal, quiso que le acompañase Francisco Maria Tarugui, con quien comunicase todos los negocios, que tratase en aquellos países.

Aquellos Padres, aficionados al instituto, fueron muchos años, cada día, a escuchar las Pláticas y muchas veces las hicieron, como las hizo también el Padre Francisquino de los Menores, hombre de santa vida, Predicador famoso y muchos otros de diferente religiones.

CAPITULO XVII

Fundación de la Congregación del Oratorio de Santa Maria de la Vallicela

Sosegada la borrasca de las persecuciones, ya estas materias se fueron estableciendo, y si bien Felipe sentía de sí tan bajamente, que nunca tuvo intento de fundar la Congregación (como lo decía) con todo, viendo el fruto que rendían cada día aquellos ejercicios, y que algunos de los más íntimos se instaban mucho a que viviesen en comunidad con un instituto perpetuo, que juzgaban de singular provecho, le pareció conveniente buscar un lugar propio, instituir la Congregación y proseguir la empresa comenzada. Propusieron entre otras iglesias a la de Nuestra Señora de Monticceli, junto al barrio de la Regla, muy fácil de obtener y Nuestra Señora de la Vallicela en la calle del Parión. Dudoso en la elección, tuvo por acertado en cosa de tanta importancia, y de donde pendía el fruto del instituto, principalmente por asegurarse de la voluntad Divina, dar cuenta de ello al Papa Gregorio XIII, de gloriosa memoria. Le aconsejó el Pontífice, que tomase la de Nuestra Señora de la Vallicela, lugar más idóneo para los ejercicios, por estar más frecuentado. Con esta respuesta, satisfecho de la voluntad de Dios, la procuró sin dilación alguna, la consiguió, y erigió en ella con autoridad Apostólica, (consta por la Bula de cinco de Julio de mil quinientos setenta y cinco) una Congregación de clérigos seculares (que quiso llamarse Congregación del Oratorio) con facultad de hacer decretos y constituciones para su buen gobierno, que hubiesen de ser aprobadas y confirmadas por la Sede Apostólica.

Tomada la posesión de esta Iglesia, envió a vivir a ella a varios de los suyos, Germánico Fideli, Juan Antonio Lucci de Bañaera, sacerdote de gran virtud, y uno de sus antiguos hijos espirituales, para que atendiesen a los oficios, al cuidado de la Parroquia que era entonces y a la fábrica que se intentaba. Viéndola los Padres tan pequeña, y tan mal parada, trataron de repararla desde los fundamentos, aunque por hallarse sin dinero, no osaban determinarse. Pero Felipe que en todas las cosas tenía gran confianza en Dios, inspirado del Señor, mandó una mañana que se echase a tierra la Iglesia antigua para edificar una más grande y capaz para los ejercicios de la congregación. Derribada la Iglesia vieja y habiendo de comenzar el edificio nuevo, quiso el arquitecto Mateo de Castillo, tomar la medida de la anchura de la fábrica y el Santo saliendo de la Sacristía de San Jerónimo a decir Misa, le envió orden que le esperase, porque deseaba hallarse presente. Acabada la Misa fue a la Vallicela, tiró el artífice el hilo, hasta

donde le pareció que bastaba. Felipe le mandó que pasase adelante y obedeció. Volvió a decirle que pasase más y por segunda vez obedeció y a la tercera le ordenó que prosiguiese hasta que llegando al puesto que Dios en Espíritu le había señalado, le mandó que se detuviese. Se halló en él una pared vieja, diez palmos más ancha y más larga que es hoy la Iglesia y sacaron piedra bastante para la mayor parte de los fundamentos y para un buen trozo de la pared. En esta forma se dio principio a la construcción de la Iglesia nueva el día dieciséis de Septiembre de 1565 y puso la primera piedra con las solemnidades previstas Alejandro de Medicis, Arzobispo de Florencia. Se prosiguió la obra y no faltaron contradicciones, como en todas las cosas de Dios, porque algunos de los vecinos murmuraban de los Padres de la Congregación y otros peores, intentaron con ballestas y piedras herir al Padre Juan Antonio Lucci, que asistía a la construcción, pero Dios le conservó siempre libre de todo peligro y procuró que a los dos años murieran aquellos que intentaron estorbar la construcción del edificio. Comenzaron a celebrarse los Oficios Divinos, el Domingo de la Septuagésima el veintitrés de Febrero del año 1577. Y porque se diese principio con mayor solemnidad, concedió el Papa indulgencia plenaria a todos los que aquél día visitasen la Iglesia nueva. Acudió muchísima gente, y dijo la primera Misa el Arzobispo de Florencia. Se comenzaron las Platicas en la Iglesia nueva, si bien el Santo padre no quiso dejar a San Jerónimo de la Caridad.

Les faltaba habitaciones suficientes, por haber crecido mucho el número de sacerdotes y familiares. Y sabiendo que las monjas de un pequeño Convento de Santa Clara, que era vecino, por orden de los superiores, habían de ser transferidas al de las Muradas de la misma Orden, trataron de comprar aquél sitio. Se lo propusieron al Santo, pero por ningún caso quiso hacer el gasto, para no agravar la casa con más deudas, confiado que Dios por otro camino les daría habitación. Y porque se manifestase conforme al de Dios el parecer de Felipe, y que preveía las cosas antes de suceder, permitió el Señor, que algunos de los sacerdotes intentasen obtener el Monasterio contra su voluntad, pero concertado el precio, al firmar el auto el Prelado, que cuidaba del buen gobierno del Convento, no quiso aceptar la cédula bancaria que le daban y pidió todo el dinero al contado. Pompeyo Pateria, uno de la Congregación, quiso ir a San Jerónimo a darle razón al Santo, pero le halló cuando subía las gradas para ir a la Iglesia y antes que Pompeyo le dijese algo, le dijo: “No os dije yo, que no se había de comprar este Convento? Dadme acá la cédula, que si bien no lo compraremos nosotros, el Señor nos proveerá por otra parte”. Después de cinco meses compró el Cardenal Pedro Donato Chesi, el Convento con otras casas vecinas y lo dio a la Congregación.

Mostró Felipe en todo este trabajo tan gran confianza en la Divina Providencia que la emprendió sin tener nada para hacerlo. Luego, cuando la

comenzó, llegaron tantas ayudas que en dos años la puso a termino, y aunque muchas veces, se halló con necesidad de dinero, nunca perdió el ánimo, diciendo siempre: “Dios me ayudará”. Lo mostraba al efecto, pues así en esta, como generalmente en todas las ocasiones, le venía el dinero, de manera que muchos,) como diremos en otra parte) viendo que gastaba sin pedir a persona alguna, juzgaron que todo se hacía milagrosamente. A algunos se les presentaba la empresa casi imposible, pareciéndoles demasiado grande el edificio. Él les respondió: “La confianza que tengo en Dios, me da ánimo para renovar el edificio, haciendo otro mayor y mejor”. Un día hablando de esto con la Condesa Adriana, mujer del Conde Próspero de la Genga, la respondió a algunas réplicas, que le hacía esta Señora: “Tengo concierto hecho con Nuestra Señora de no morir, hasta que la Iglesia esté cubierta”, como así sucedió. El primer dinero con el que se comenzó a construir, fueron doscientos escudos, que dio San Carlos, después dieciocho mil que dio Gregorio XIII, otros ocho mil dejó el Cardenal Pedro Donato Chesi, más de treinta mil gastó su hermano Ángelo Chesi, Obispo de Todi en la fachada de la iglesia, sin contar los que gastó en la Capilla de la Presentación. Cuatro mil dio el cardenal Federico Borromeo. Todo lo demás que en gran suma excedía de lo que hemos referido, lo dieron espontáneamente diferentes personas, sin pedirlo el Santo.

En prueba de esto, diciéndole un día el hermano de la Congregación que atendía la obra, que por falta de dinero no se podía seguir adelante, le respondió, que no dudase, que el Señor no faltaría en proveer lo necesario. Replicó el hermano que cierto hidalgo, riquísimo, daba todos sus bienes por Amor de Dios, y que si le pidiesen podría dar una limosna de consideración. Le respondió Felipe: “Hijo, jamás he pedido cosa alguna, y el Señor me ha ayudado siempre: ese caballero sabe nuestra necesidad, si quiere dar alguna limosna, lo hará sin que se lo pidamos”. Dada esta respuesta, llena de confianza y de desapego, después de poco tiempo murió un gran abogado muy devoto de la Congregación y dejó más de cuatro mil Ducados, para este efecto y de allí en seis meses, otro dejó más de seis mil, aprobando con esto Dios, lo bien que estaba el propósito de no pedir.

CAPITULO XVIII

Felipe va a vivir con los suyos a la Vallicela.

Aunque reducidas las cosas de la Congregación, a buen puerto, las gobernaba Felipe, ni se hacía en ella cosa alguna que no tuviera su parecer, como de quien era fundador. Nunca había querido dejar la habitación de San Jerónimo de la Caridad, aunque muy rogado de los Padres, que lo habían intentado todo para convencerle. La razón de su resistencia, para los suyos muy rigurosa, era no querer ser llamado fundador, nombre ajenísimos del bajo concepto en que se tenía. No quería huir de la Cruz, de aquél lugar donde Dios le había dado tantos motivos de méritos y últimamente no poder acabar consigo el dejar la habitación de San Jerónimo después de treinta años.

Pero viendo los de la Congregación, la necesidad de la presencia de su cabeza, y no habiendo podido por sí mismos, ni por otros, convencerle a condescender con sus peticiones, acudieron al amparo del Cardenal Pedro Donato Chesi, rogándole que le pidiese al Papa Gregorio XIII, que se lo mandase. Lo hizo el Cardenal y se vino a ello el Pontífice, dándole orden de que él mismo se lo mandase de su parte. El cardenal, se lo mandó y el Santo, como estimó sobre toda virtud la Santa Obediencia (principalmente al Sumo Pontífice) ejecutó el mandato con toda prontitud y el veintidós de Noviembre de 1583, día de Santa Cecilia, salió de San Jerónimo y se fue a vivir a Santa María de La Vallicela. Cambió de lugar para vivir pero no cambió ni un punto su forma de vida. Eligió en la Vallicela uno de los más altos aposentos de la casa, donde más fácilmente pudiese atender a la contemplación, como en San Jerónimo, continuando en la misma forma el Camino de Dios, que comenzó Sacerdote, hasta el último aliento de su vida. El día que se mudó, mandó a los suyos, que llevasen como en procesión, sus pocas alhajas de San Jerónimo a la Vallicela, haciendo con ella mortificación, logro espiritual en su persona, y en la de los demás como solía. Pero por el amor que tuvo a la habitación de San Jerónimo, quiso traer la llave de sus aposentos, mientras viviese. Allá solía ir algunas veces, pasando en ellos muchas horas, y enviaba muchas veces algunos de los suyos a reconocerlos. El tiempo restante vivió siempre en La Vallicela en santa paz, con grandísimo consuelo de La Congregación y de toda Roma.

CAPITULO XIX

Instituto y Gobierno de la Congregación.

Como fue siempre reconocido como cabeza y como Fundador de la Congregación, fue elegido prefecto de ella de común consentimiento de los Padres. Lo aceptó contra su voluntad y se deseó que se platicase en su persona lo que se había de observar después de su muerte, eligiendo y confirmando el superior de tres en tres años. Tuvo esto efecto, pero los de la Congregación, juzgaron forzoso exceptuarle de esta Regla y le declararon prefecto perpetuo de él, el diecinueve de Julio del año 1587. Y si bien de ninguna manera quería admitirlo, últimamente, vencido de los ruegos que le hicieron, se vino a ello. Confirmado Prefecto Perpetuo, declaró que para establecimiento de la Congregación, conforme a su erección primera era su ánimo que perseverasen en estado de clérigos seculares, sin obligarse con votos, o juramento; que si alguno codicioso de su estado más perfecto quería hacerlo, no faltaban religiosos, donde plenamente satisfacer su deseo, que en su Congregación deseaba personas, que libremente y sin vínculo alguno, sirviesen a Dios, atendiendo a la salvación de las almas y de sus prójimos, y conservar el instituto fundado principalmente en la Oración, la Palabra de Dios y la frecuencia de los Sacramentos. Hizo algunas constituciones con noticia y consentimiento de todos los Padres, que las admitieron, habiéndolas comunicado con personas de Espíritu, de doctrina y de prudencia, en particular con el Cardenal Jerónimo de la Rovere, Arzobispo de Turín, hombre doctísimo y de grandísimo consejo. Y después de revistas y practicadas por más de treinta años continuos, las aprobó y las confirmó su Santidad Pablo V, de gloriosa memoria (consta de la breve Apostólica del año 1612, el 14 de Febrero) de quien profesa la Congregación haber recibido grandísimos beneficios.

Porque el gobierno y modo de vivir de la congregación, se trata plenamente en las Constituciones, no haré sobre ello largo discurso; diré solamente, que por medio de Felipe, ha puesto Dios en Roma, un modo de tratar familiarmente su Palabra; porque habiendo experimentado Felipe el gran fruto, que rendía el ejercicio de sus Platicas, desde que las comenzó en San Jerónimo (excepto el Sábado) antecediendo la breve lección de algún libro espiritual en romance, se hiciesen cuatro razonamientos de media hora, uno inmediato a otro, después de ellos se cantaba algún motete espiritual, para recreo de las almas de los oyentes y al final se rezaban algunos Padres Nuestros y Ave Maria, por las necesidades de la Iglesia, y otra particulares con que acabase el ejercicio. Asistió durante muchos años

a las cuatro Platicas todos los días, así lo observaron la mayor parte de los suyos. Mientras se tuvo el Oratorio de San Jerónimo de la caridad, no solo asistió, sino que por espacio de algún tiempo, las hizo todos los días. Mandó a los que predicaban, que tocasen materias Escolásticas, ni buscasen conceptos exquisitos, sino que dijese cosas útiles para el Pueblo. Por esta causa señaló a unos la vida de los Santos, a otros la Historia Eclesiástica, a otros los diálogos de San Gregorio, y diferentes materias que moviesen más a los oyentes compunción que admiraciones. Cuando oía tratar a alguno de materia sobrado sutiles y curiosas, le hacía bajar de la silla aunque estuviese a la mitad de la Platica. Finalmente daba a todos por regla general que se dilatasen con estilo llano y sencillo, en mostrar la belleza de las virtudes, la fealdad de los vicios. Instando mucho, que se refiriese siempre alguna vida o ejemplo de Santo, para que se quedase más impresa en la memoria la doctrina. Porque no tuviesen la ocasión de dejar este modo de hacer las Platicas, no quería que se engolfasen en los estudios, ni se aficionasen a las letras, y así jamás permitió que Baronio, dejase por los estudios la Oración, Platicas, Confesionario, y otras funciones comunes. No por esto les prohibía el estudio, pero quería que se diesen a materias conformes al Instituto, sin cuidar de parecer doctos diciendo: que ***“el siervo de Dios ha de procurar, no mostrar que sabe, sino saber y que la Escritura Divina más se aprende con Oración que con estudio”***.

Acompañó Felipe la Palabra de Dios con el ejercicio ordinario de la Oración, y a este fin dispuso, que todos los días de trabajo en el verano, a las cinco de la tarde, se abriese el Oratorio a todos los que quisiesen entrar, excepto las mujeres, donde después de media hora de Oración, en silencio, se rezan las Letanías, encomendando a Dios las necesidades publicas y particulares, conforme a las ocasiones. Lunes, Miércoles y Viernes, ordenó la disciplina, que dura por espacio de un Miserere, un de Profundis, y algunas oraciones y se da fin al Oratorio, cantando una de las Antífonas de Nuestra Señora, conforme al tiempo. En cuanto a la frecuencia de los Sacramentos, deseaba que dijese Misa todos los días los sacerdotes de la Congregación, y aunque por mortificar a algunos, les negaba el permiso para hacerlo, los quería aparejados por si se los mandaba. Gustaba que fuesen más breves, que largos, pero no sin el espacio debido al decoro de acción tan alta. Los exhortaba que si sentían alguna vez celebrando, abundancia excesiva de espíritu, dijese: No te quisiera aquí, sino en el aposento, queriendo significar con esto que la Misa se debe decir con Espíritu, pero no con enfado de quien la oye y que en el aposento se ha de dar la rienda a la devoción. Quería que todos los confesores asistiesen al Confesionario, todos los días de Fiesta, los Miércoles y los Viernes, en los demás días, dos por lo menos. Que los que no eran Sacerdotes, se confesasen tres veces en la semana, Comulgando a arbitrio de su Confesor.

En orden a las cosas domesticas, deseaba que los suyos tuviesen en el modo de vivir y vestirse un estilo ordinario, sin género de singularidad. En la mesa, además de la ordinaria lección espiritual, que dura los dos tercios de ella, ordenó (por recreo del Espíritu) se emplease el tercio, en proponer dos dubios , uno espiritual o de la Escritura y otro de casos de conciencia para que respondiese por turno cada uno su parecer.

Esto es lo que principalmente instituyó en la Congregación y lo que se ha propagado por muchas ciudades de Italia y fuera de ella, multiplicándose siempre con mucho fruto de los lugares, donde se introduce; pero quería el Santo, que las Congregaciones fundadas en otras partes, a imitación de la de Roma, se rigiesen de por sí, y estuviesen sujetas a sus ordinarios, sin depender por ningún caso unas de otras. En cuya confirmación, la gloriosa memoria de Gregorio XV, concedió un Breve el ocho de Julio de 1622. Otro había concedido Pablo V, a tres de Marzo de 1612, prohibiendo a todas las Congregaciones de fuera de Roma, que profesasen ser del Oratorio, y vivir debajo de la protección de San Felipe Neri, el hacer o promulgar otras constituciones y mandando que en todo reciban las de Roma, viviendo y congregándose conforme ellas, según la posibilidad de los lugares. En el mismo Breve ordenó, que ninguno pueda erigir otra Congregación del Oratorio en Roma. Confiaba de tal manera Felipe, que tenía Dios por su cuenta el conservar la Congregación, que no le daba cuidado proseguirla cuando le dejasen todos, diciendo: “No tiene Dios necesidad de hombres”, cuando se salía alguno de ella, solía decir: ***Potens est Deus de lapidibus istis suscitare filios Abrahae.*** Supo una vez que algunos religiosos habían intentado emprender el instituto de las Platicas cotidianas y diciéndole una de la Congregación, que no estaba bien hecho y que le importaba oponérseles, le corrigió con estas palabras: ***Quis det vi omnis prophetet.*** De esto nacía el no cuidar de aumentar el número de los Congregantes, porque si quisiera la hubiera podido llenar de los primeros sujetos de Roma, ofreciéndole tal vez, mozos que en lo exterior parecían buenísimos para el Instituto, o les aconsejaba entrar en Religión, o conservarse en el estado que tenían, según juzgaba conveniente a sus almas.

Gobernó siempre la Congregación con grandísimo consejo y prudencia, conservando a todos en santa paz. Solía decir en materia de gobierno, que nadie podría creer, cuan difícil es, tener unidos sujetos libres y que nada lo consigue más fácilmente como el ser benigno y parco en el mandar. “Quien quiere ser obedecido mucho (decía) mande poco” No mandaba con imperio sino con razones, que exhortaban más que compelían, significaba su voluntad y por este camino alcanzaba cuanto quería de sus súbditos; si bien cuando era conveniente, supo usar de la autoridad y la tenía tan grande con muchos, que con solo mirarles les llevaba a donde quería. Su ordinario reprender era, solo mirar con los ojos severos. Fue siempre enemigo de la

desobediencia. Quiso que se despidiesen al punto en la Congregación los que mostrasen repugnancia notable. A este propósito, dejó escrito en un papel, de su mano estas palabras: ***“Caso que se conozca, que no pueda uno pasar adelante sin hacer ruido, o por las cosas de la mesa, o por las de la Iglesia, o por cualquier otro ministerio, procure pedir licencia y salir de la Congregación lo más presto que pueda, porque de otra suerte el primero, o segundo error será despedido; porque estoy resueltísimo, Padres míos, de no querer en casa hombres no observantes de los pocos ordenes que se han puesto”*** Por esta causa, y porque venciesen su natural, si los veía con repugnancia en lo que les mandaba, o que se excusaban para no hacerlo, instaba más, mandándoles algunas veces muchas cosas, en horas y tiempos contrarios al discurso de la prudencia humana. Hacía todo esto, porque deseaba mucho, que sus hijos conservasen el Espíritu humilde y no anduviesen (decía) in mirabilis super se.

Quiero poner aquí una carta que el Cardenal Baronio, estando con el Papa Clemente VIII, en Ferrara, escribió al Padre Pedro Consulito, a cuyo cargo estaba entonces el cuidado de los novicios, de donde se colige, lo que el Santo quería en los suyos, que es lo que Baronio mismo había aprendido. Dice así:

Debo confesarme culpable de no haber escrito a V. R. dándole gracias de lo que habrá rogado por mí, ahora lo hago de verdad, suplicándole prosiga en hacerlo juntamente con todos sus novicios, hijos míos caros, a quienes deseo todo aumento en el Espíritu. Padre mío, crié nuevas plantas conforme al crecido árbol de quien son renuevos; procuré gobernar a otros en la forma que ha sido gobernado. Esté cierto, que Nuestro Beato Padre, aún vive y rige a sus hijos con el látigo en las manos para los renitentes. Ruego a V. R., me ponga en el número de sus novicios, y me corrija en lo que fuese necesario, sin ningún respeto. Ojala me remozase en la vejez, cumpliendo de esta suerte lo que dijo en Profeta: Renovabitur vi aquila inventus mea, que me parece propio sentido espiritual del dormir Abisag con David viejo, cuando se junta con la vejez el fervor del Espíritu. Bien durmió Abisag con nuestro Santo padre, pues en su vejez, estaba tan fervoroso, que se sentía abrazar. No calientan a los viejos, las púrpuras, ni las pieles, sino Abisag solo. Plegue a Dios sea digno yo de tal compañía en mi achacosa senectud. Se lo ruego por mí, que a este fin le he escrito esta carta; Dios le consuele y le conserve Santo. De Ferrara el 14 de Agosto de 1598.

De V. R. hermano.

Cesar Cardenal Baronio.

Tenía Felipe por cosa muy considerable para el gobierno de la Congregación, que le gastasen sus rentas, con toda parsimonia, llamándolas como son verdaderamente, bienes de los pobres y patrimonio de Cristo. En esto estuvo tan advertido, que no podía sufrir, que le hiciesen gastos más de

los necesarios, alegando lo que escribe Juan Casiano, de un cocinero, ásperamente reprendido por sus superiores por haber desperdiciado tres lentejas. Y lo de San Antonino Arzobispo de Florencia, que se iba a estudiar a la luz de la lámpara, por no disminuir la hacienda (como decía) de los pobres, respondiendo cuanto le decían que era sobrada escasez, quitadme este escrúpulo, probad que no es hacienda de la Iglesia y haced lo que queráis entonces. De estos y otros medios se valía Felipe para gobernar la Congregación, y conservarla en lo temporal y en el Espíritu. Y de ellos hablaremos en sus lugares conforme lo pidiere la ocasión, principalmente cuando trataremos de sus virtudes, que no está bien repetir muchas veces una misma cosa.

CAPITULO XX

Obediencia que le tuvieron los suyos.

Ya reducidas a buen término las cosas de la Congregación, fue la obediencia una de las principales y deseadas del Santo, no solo en los de la Congregación, sino en los demás penitentes suyos. La alcanzó tan exacta y en grado tan eminente, que la mayor parte de ellos, le obedecían con toda prontitud en las cosas más difíciles. El Cardenal Tarugui, dice, que si bien no tenía obligados a los suyos con el voto de la obediencia, no eran inferiores a los monjes de Egipto en ella. Cuando discurría con algunos de esta materia, solía decir, para exhortarlos a esta santa virtud, que ninguna cabeza de Religión, aún de las antiguas, había sido a su parecer más obedecido de sus súbditos que Felipe de muchos de sus hijos espirituales. Y no sin fundamento, porque de sí mismos han asegurado algunos, que tenían tanta fe en Felipe que se arrojarían por una ventana si se lo pidiera. Otros que se arrojarían en el fuego sin más discurso que su precepto, teniendo sus palabras por inspiraciones Divinas. Esto no parecerá exagerado cuando se consideren las acciones que contaremos.

Hablaba un día familiarmente de la virtud con algunos de sus hijos espirituales, a la orilla de un estanque, les exhortaba a ser obedientes, aún en las cosas más difíciles y en el progreso de la conversación, llegó a decir: “Quien de vosotros sería tan pronto en la obediencia, que si yo le mandase, se arrojaría a este estanque”. Apenas pronunció estas palabras, cuando uno sencillamente y sin considerar que no las había dicho a este fin, se lanzó dentro del agua, no sin peligro de ahogarse. Acudieron a socorrerle los compañeros, que le sacaron sin daño. Otra vez mandó a tres de ellos, para

probarlos, y hacerles granjear en el Espíritu, que pasasen desnudos por Banqui, comenzaron a desnudarse y vista su prontitud los hizo volver a vestir diciendo: “Basta no es menester más”. Pasando un día por el Coliseo con algunos, hacia el Hospital de San Juan de Letrán, se encontró con un pobre enfermo, casi moribundo, echado sobre el lodo. Compadecido de él, hizo seña a uno que se llamaba Francisco, para que se lo llevase al Hospital a hombros, harto lejos del Coliseo, al punto se lo cargó y lo levó con maravilla y edificación para los que lo vieron.

Padeció un tiempo Baronio, enfermedad de estómago, la más leve comida le causaba dolor, y era tanta la debilitación de la cabeza, que el Santo Padre le prohibió la Oración y otro cualquier trabajo de entendimiento. Fue un día después de comer, como solía, al aposento del Santo, y Felipe tenía sobre la mesa un pan muy grande y un limón y le dijo: “Toma aquél pan y cómelo todo con el limón en mi presencia”. Baronio, aunque juzgó que aquella comida, naturalmente le haría gran daño, con peligro para su vida, confiado en la virtud de la obediencia, hizo la señal de la cruz, y lo comió; no solo no le hizo daño sino que se curó totalmente de aquél mal. El mismo Baronio testifica, a este propósito, que habiendo ido durante nueve años seguidos al Hospital de Sancti Spiritus a servir a los enfermos por obediencia al Santo, le sucedió muchas veces ir con fiebre y volver sin ella. Pudiéramos contar infinidad de casos semejantes.

Se observó, que surtía siempre buen efecto, lo que sus penitentes hacían por obediencia. Fabricio de Maximis, uno de sus primeros hijos de confesión y muy querido suyo, tenía dos hijos enfermos hacía bastante tiempo, y tan apretados que uno no tomaba sino sustancia y el otro la tomaba con dificultad. Quiso llevárselos a Artoli, un lugar suyo, veintiocho millas lejos de Roma, confiado que allí mejorarían. Le aconsejaron los médicos y juzgaron que no era conveniente, por ser el mes de Julio, ya entrada la canícula, indicándole que si los sacaba, sería sin duda causa de muerte. Fue a pedir consejo al Santo y en presencia de uno de los médicos, le contestó, que en todo caso los sacase de Roma, que aparejase para el día siguiente literas y que de ninguna manera dudase. Obedeció Fabricio y con su bendición se fue con sus hijos. Ni en el camino ni en Artoli, estuvieron más enfermos. Uno de ellos a cuatro millas de Roma se bajó de la litera, subió al caballo y prosiguió el resto del viaje como si no hubiera padecido enfermedad. Vicente Crescencio, hermano del Cardenal Pedro Pablo Crescencio, le pidió un día licencia para ir a pasear a San Francisco de Ripa, con otros mozos que estaban en el aposento del Santo. Se la dio y todos de acuerdo con su bendición se fueron. Al volver a casa se cayó Vicente desde la puerta del coche donde iba, sobre el empedrado de una calle y le pasó la rueda por encima de las piernas. Dieron voces al cielo los compañeros pensando que se la había hecho pedazos, pero se levantó sin lesión alguna, por su pie y volvió a casa diciendo: “La obediencia al Santo

Padre me ha librado”. Este mozo entró en la religión de los Carmelitas Descalzos, y murió siendo Provincial, habiendo vivido en ella con mucho ejemplo.

Otro mozo noble, Romano, cuenta de sí, que por haberse casado, le era forzoso ir a algunos festines, convidado de sus deudos y que cuando iba con licencia del Santo Padre, por ningún caso, le molestaban malos pensamientos, pero cuando iba sin ella, experimentaba lo contrario con exceso. El Abad Marco Antonio Masa, estando ajenísimos de predicar, y como confiesa él mismo, con tal aversión, que primero se expondría a cualquier peligro y se mortificó obedeciendo a Felipe. Lo hizo una vez y después fue uno de los mayores sujetos que hicieron las Pláticas en el Oratorio. Lo contrario se observó que sucedía a los que no obedecían. Francisco Maria Tarugui (aunque por otra parte obedientísimo) deseoso de levantarse a tener Oración por la noche, le pidió licencia para hacerlo y no tranquilo a la primera vez que se la negó, le instó tanto que al final llegó a conseguirla. Pero a la primera noche se le echó la cabeza, de manera que en once meses no pudo tener Oración. Otro penitente del Santo usaba la disciplina cada día sin su licencia, se la pidió por evitar escrúpulos y conociendo que no era a propósito para él aquella mortificación, se la negó y le mandó que nunca la hiciese. No sosegado con esto el penitente, fue tan inoportuno, que Felipe al final le dijo: “Ahora yo te mando que te disciplines cada semana una vez” y le señaló el día. Admirable cosa. De allí en poco tiempo confesó postrado a sus pies, que tenía tanta repugnancia cuando llegaba el día señalado, que no le era posible proseguir, si bien antes de su precepto lo hacía todos los días con grandísimo gusto.

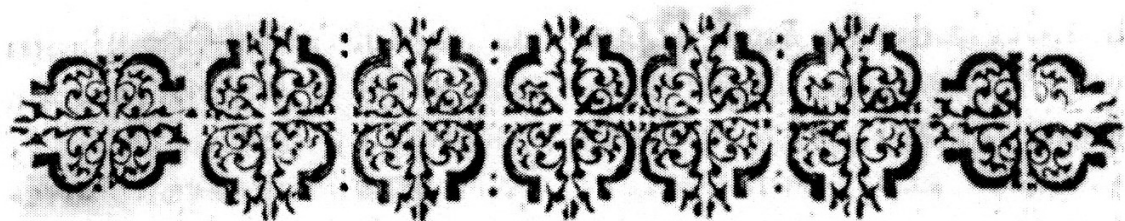
Prohibió a un penitente una jornada a Tibuli y a otro otra a Nápoles, no obstante se fueron. El primero se cayó del caballo y se rompió el hueso del muslo y el segundo se embarcó y padeció un peligroso naufragio. Un mozo Pisano, quiso acompañarle con otro contra su voluntad y consejo de Felipe, lo supo y le dijo: “Él tendrá mal fin” y no pasó mucho tiempo cuando mató a su compañero y no se supo más de él.

No solo en las cosas del Espíritu, sino en las temporales, se mostró lo bueno que era obedecer a Felipe y lo dañosa que era no cumplir sus preceptos. Fabricio de Maximis, (de quien hablamos antes) había cargado un juramento sobre la vida de su hija Elena. Fue a ver al Santo, habiéndose de ir en la Primavera a Artoli, como solía y Felipe le dijo: “Quita aquél violario antes de irte”. No le obedeció fiándose de la salud y mocedad de su hija y en el mes de Septiembre murió su hija, sin darle tiempo de asegurar su dinero, perdió la hacienda por no obedecer a Felipe, él que ganó sus hijos por obedecer al Santo. Lo mismo le sucedió a Curcio Lodio del Águila, a quien habiendo dicho el Santo que no prestase cierto dinero, quiso hacerlo y nunca pudo recuperar el dinero.

No les sucedió así a otros, que obedientes a sus ordenes, evitaron las perdidas de grandes cantidades de dinero. Un pobre vaquero llamado Domingo, tenía depositados en un banco trescientos escudos, que era todo lo que tenía. Le dijo Felipe que los sacase del banco de prisa. Le obedeció y después de pocos días el banco se fue a pique. Lo mismo le sucedió, con una gran suma, a Laudovico Parisi, Francisco Fortín y Marco Antonio Ubaldini, no se hallaron en una gran catástrofe por haber hecho caso al Santo. Una familia noble quiso concertarse con un pariente a quien habían de heredar en muchos millares, obedeció a Felipe, que le aconsejó que no tratase de hacerlo y a los pocos días murió el deudo, quedando señora y heredera de todo. Que no lo hubiera sido si se concertara. Dejo muchos ejemplos que se podrían contar, por no pertenecer al Espíritu. Enseñó finalmente esta virtud con palabras, y con obras, porque si bien por ser sacerdote secular y haber sido siempre superior de la Congregación, no tuvo ocasión de manifestarla en el grado que la tenía, la mostró exactamente en lo que pudo, porque además de no haber dejado de cumplir una mínima señal de los superiores en materia del instituto (como arriba he referido) en las cosas de la Congregación, particulares y públicas fue siempre puntualísimo, de manera que, llamado a la puerta por negocios, a la Sacristía para la Misa o a la iglesia para confesar, dejaba cualquier ocupación y acudía a la primera llamada. Bajaba al momento a cualquier hora. Decía que era mejor obedecer al Sacristán o al portero que llamaba, que estarse en el aposento, aunque fuera osado. Cuando uno le respondía que era menester dar tiempo a las personas para prepararse a Misa replicaba: ***“El prepararse es forzoso, pero la verdadera preparación de un Sacerdote, es vivir de manera que a todas horas pueda decir Misa”*** Fue obedientísimo a los médicos, tomando cuanto le ordenaban aunque tuviese gran repugnancia, si le mandaban que no dijese Misa, que no confesase, que no tuviese Oración, sin réplica alguna lo dejaba todo. Le mandó una vez Ángelo de Bañarea, que no rezase el Oficio por espacio de cuarenta días, le obedeció sin replicar palabra y fue para el Santo una grandísima mortificación.

Dio muchos documentos en relación con esta virtud. Primeramente, que los que deseaban de veras en aprovechar en el camino de Dios, se dejasen en todo en manos de los superiores, y los que no los tenían se entregasen voluntariamente a un docto y discreto confesor, a quien obedeciesen en lugar de Dios, descubriéndole con libertad y sencillez todas sus cosas y no determinando alguna sin su consejo. Aseguraba al que lo hiciese de esta forma, que no tendría que dar cuentas a Dios de sus acciones. Exhortase y pensase mucho y se hiciese oración sobre la elección del confesor, pero hecha una vez, no quería que se dejase sin causa alguna, diciendo, que cuando el demonio no puede hacer caer a alguna persona en pecados graves, con todas sus artimañas, pone desconfianza entre el penitente y el

Confesor, con que poco a poco va ganando mucho; que la obediencia es un compendioso y breve camino para llegar a la perfección. Mucho mejor le parecería una vida ordinaria por obediencia, que mucha penitencia por propia voluntad. Finalmente decía, que la obediencia es el verdadero holocausto, que se sacrificaba a Dios en el Altar de nuestro corazón. Deseaba que se animase el hombre a ser obediente aún en las cosas que parecen de ningún momento, porque de esta suerte es más fácil la obediencia en las mayores. Referiré a este propósito, un caso donoso, que sucedió a Francisco de la Molara, noble Romano, penitente del Santo. Le envió un día a San Jerónimo de la caridad a visitar sus aposentos, llegado a ellos, el mozo probó muchas veces a abrir, y aunque daba la llave la vuelta, no fue posible abrir la puerta. Se volvía enfadado a la Vallicela, pero bajadas las escaleras, le pareció mal volver al Santo sin haber abierto. Subió a probar otra vez y entonces ya ni pudo dar la vuelta a la llave. Le fue muy difícil volver a la Iglesia nueva sin haberlo conseguido y con los colores en el rostro refería al Santo el suceso. Le dijo Felipe: “Vete con Dios que eres un bobo, vuelve y abrirás”. Le obedeció y apenas puso la llave en la cerradura se abrió la puerta con gran facilidad. Se volvió admirado y le dijo el Santo: “Mira cuanto importa obedecer sin discurso”. Aconsejaba a los de su Congregación, que dejaran cualquier cosa hasta la hora de la Oración, por las de la Comunidad, que no procurasen cosa particular en la sacristía, ni hora, ni Altar, ni vestiduras. Que dependiesen del sacristán en todo, diciendo la Misa cuando él los llamase y en el Altar que les señalase, sin réplica. Decía que, para ser obediente, no basta hacer porque se manda, sino hacerlo sin discurso, teniendo por cierto, que lo que se manda es lo mejor y más perfecto, aunque parezca lo contrario. Cuando venían a visitarle sus hijos espirituales, que le habían entrado en al Religión les solía aconsejar, que si estando en parte, donde hacían fruto a las almas, les enviaba la obediencia a otro, obedeciesen con gusto y sin réplica, aunque fuese seguro en la que dejaban el fruto, y cierto, no hacerle en las que señalaban, porque era señal que Dios no le quería por su medio; que no basta considerar, si Dios quiere el bien que se pretende sino si lo quiere por su medio, en aquél modo y tiempo; y que la verdadera obediencia, hace discernir todo esto. A los confesores decía, que hacían mal, cuando pudiendo ejercitar a sus penitentes en esta virtud, lo omitían por negligencia o por respetos humanos, y los exhortaba a que procurasen más mortificar la voluntad y el entendimiento, por este medio, que por el de las penitencias corporales.



LIBRO SEGUNDO.

DE LA VIDA DEL GLORIOSO

**PATRIARCA SAN FELIPE
NERI**

REFIERENSE SUS VIRTUDES.

CAPITULO I

Del Amor y devoción de Felipe a Dios

Referidas las heroicas acciones de nuestro Santo, y su ejemplar vida seglar y de sacerdote, se sigue tratar de sus admirables virtudes, para que más al vivo se manifieste su prodigiosa santidad a los ojos de los hombres. La raíz de todas es la Caridad y la llama de este soberano fuego que ardía en el Corazón de Felipe era tan grande, que reverberando en el exterior del

cuerpo, cuando rezaba, y cuando decía Misa, despedía de sus ojos y de su cara, ardentísimas centellas. Este ardor le enfermaba a veces, obligándole a hacer cama, otras a pronunciar el “cupio dissolví” de San pablo. Muchas le sucedió en presencia de algunos comenzar inadvertidamente el “cupio”, y luego advirtiéndolo que había quien lo oyese, callaba por no descubrir su afecto. Un religioso de Santo Domingo, testifica, que antes de serlo, iba todas las mañanas a verlo y le hallaba “in mentis excessu”, casi siempre, viendo cumplido en el Santo, lo que San pablo decía de sí: “Repletus sum consolatiome, superabundo gaudio” otros aseguran que podía decir Felipe con S. Efrén: “Detén Señor, la avenidas de tu Gracia y desvíate de mí, que no puedo sufrir la grandeza de tus dulzuras”, cosa que como hemos dicho, le sucedió en sus primeros fervores. Tal vez entrando en las Iglesias, se sentía tan encendido en la llama del amor, que apenas se arrodillaba cuando forzosamente tenía que levantarse temiendo algún éxtasis. Muchas veces, haciendo en público oración, quedaba tan arrobado, con los ojos tan fijos en el cielo, que parecía a los que le acompañaban que era otro San martín orando, y aunque gozaba tanta dulzura y de continuo tenía en la Oración altísimos sentimientos, porque su deseo (decía) era servir a Dios por puro amor. Hubiera querido amarle sin gusto sensible.

Quiero referir más en particular los efectos de su caridad. Era primeramente devotísimo del Soberano sacramento del Altar, comulgaba siendo seglar ordinariamente cada día; ordenado en sacristán, tenía grandísimo gusto en solo tocar los Cálices, mostrando que no podía saciarse de manejarlos. Ya sacerdote decía Misa, todo los días cuando tenía salud y cuando no la tenía comulgaba todas las noches hecha la señal de Maitines; en los últimos años para más comodidad suya y de la de su casa, obtuvo licencia del Papa, para tener el Sacramento en el Oratorio y comulgaba con mucha devoción. Después de la Comunión, porque no le rotasen las acciones solía cubrirse la cara y tener un gran rato de oración meditando, dando gracias a su Señor.

Si por algún motivo tardaban en traerle la Comunión, sentía tan gran ansia, que no podía dormir hasta que se la trajeran. En el año de 1577, enfermó de tal manera que los médicos le creían muerto. Pidió una noche la Comunión, como solía al tocar Maitines, y Francisco Maria Tarugui, que le asistía, temiendo que no perdiese del todo el sueño, con peligro de perder la vida, por la lágrimas que en ese acto, solía derramar, ordenó que no se la trajesen en modo alguno. Reparó Felipe en la causa de la tardanza, le mando llamar y le dijo: “sabe Francisco Maria, que no puedo sosegar, por el deseo que tengo del Santísimo Sacramento, házmele traer, que en Comulgando reposaré al punto”. Le obedeció, se durmió enseguida y tuvo una gran mejoría y en breve tiempo estuvo bueno del todo.

Solía entonces quitarle el sueño, la aplicación continua a la Oración, o el deseo vehemente de unirse con su Señor en la Comunión Santísima. Le

daba de Comulgar una noche el Padre Antonio Gallonio, y viendo que tardaba en darle el Santísimo, teniéndolo en las manos, el Santo viejo, sin poder sufrir más el deseo, se volvió hacia él diciendo: **“Antonio, tu tienes a mi Señor en las manos y no me lo das, porque?”** Viendo el afecto grande, le dio la comunión Gallonio con muchas lágrimas.

Esta devoción al Santísimo Sacramento, le obligaba a aconsejar a todos los sacerdotes y sus hijos de confesión, la Santa costumbre de celebrar cada día, cuando no estuviesen legítimamente impedidos, cosa poco usada en aquellos tiempos. Decía que erraban grandemente, los que con el solo pretexto de descansar o recrearse, sin otra causa justa dejaban de hacerlo; porque el que buscase recreación fuera del Criador y el consuelo fuera de Cristo, no lo hallaría jamás. Bien es verdad que ha muchos por mortificarles, por hacerles merecer más, les prohibía la Misa cada día, como hemos insinuado, a otros negaba la licencia de celebrar luego de ser ordenados, los entretenía algún tiempo por aumentarles el deseo y el hambre del manjar Soberano.

Quería que frecuentasen este Sacramento, también los legos, algunos de sus penitentes, comulgaban de ocho en ocho días, muchos cada fiesta, otros tres días a la semana, y otros, si bien pocos cada día. Muchos con esta frecuencia, salieron hombres de buena vida y de grandísima perfección y gustaba que fuese más frecuente la Confesión, que la Comunión, y muchos de ellos se Confesaban aunque no Comulgaban cada día.

En el decir Misa era tan grande su devoción, que como otros han de recogerse para decirla devotamente, había de distraerse para poder acabarla sin arrojarse. No por esto de podía contener del todo, unas veces le era forzoso, hacer pause, otras temblaba de manera que hacía mover la tarima del Altar, tal vez quedaba abstraído, y era menester tirarle de la casulla o recordarle que se había terminado la Epístola o el Evangelio; y así cuando celebraba en público, le ayudaba siempre uno de los más familiares y prácticos, que se lo advertía, cuando era menester. Eran estos movimientos en él prontísimos, sin ninguna descompostura. Conocían los circunstantes que incitándoles el ver tan absorto en la devoción y de ninguna suerte a escándalo.

Cuando llegaba el Ofertorio, era tal el contento y el alborozo de su corazón, que muchas veces (aún de buena edad y sin accidente alguno de perlesía) le temblaba la mano al echar el vino en el Cáliz y no lo podía hacer, sino apoyaba el brazo en el Altar. Ponía mucho vino y aunque era muy pequeño el Cáliz, jamás se derramó nada fuera de él, a pesar de sus batimientos.

Muy de ordinario al alzar la Hostia Santísima, se le quedaban los brazos en alto, sin poderlos retirar por un rato. Otras veces se elevaba, levantándose un palmo o más de tierra, para evitar esto, solía hacer esta función con diligencia y la del **“Domine non fum dignus”**, le sucedía lo

mismo. Cuando recibía al Señor, gozaba extraordinariamente de una gran dulzura, hacía todas las acciones, que suelen hacer los que comen con gran sabor y hambre, escogía la Hostia más gruesa, para que durasen más las especies, y por detenerse en el gusto de aquél Divino pasto, que como testifican los que le ayudaban, causaba en él efectos inexplicables.

Cuando sumía el sanguis, chupaba y lamía con tal afecto el cáliz, que parece que no podía desasirse de él, deshizo en la orla lo dorado, la plata misma, y dejó en ella la señal de los dientes, por esta causa no le gustaba que le viesen la cara, el que servía en la Misa. Le mandaba que se distanciara y que no se levantara a darle la purificación, hasta que le hiciese señal. Si no decía Misa en el Altar Mayor (que sucedía raras veces) no dejaba poner gente, en una zona donde le pudiesen ver el rostro, por sumir el Sanguis más a su gusto, porque no observasen las acciones de singular devoción que Dios le comunicaba.

Era su Misa más breve que larga, cuando celebraba en público, pero la devoción hacía llorar muchas veces a los presentes. Celebrada la Misa, y dadas las gracias, volvía a sus aposentos abstracto, sin reparar en las personas conocidas, que encontraba. Tenía el rostro tan pálido que parecía un difunto.

Los últimos años de su vida, por tratar con Nuestro Señor con más libertad de espíritu, aconsejado de hombres doctos e ilustrados en las cosas de Dios, obtuvo licencia de Gregorio XIV, para celebrar en una capilla junto a su aposento, donde cuando llegaba el “Agnus Dei”, se salían los que le ayudaban y oían Misa, el Capellán encendía una lámpara, miraba las luces, cerraba las ventanas y puertas, para que no se pudiese oír la voz u otro efecto. Y colocado todo esto, colgaba una tarjeta en la puerta del aposento que decía: **“Silencio que Padre dice Misa”** Pasadas dos horas, y a veces más, volvía el Capellán y llamaba, si respondía el Santo, encendía las velas y proseguía la Misa; si no respondía, se iba de allí. Pasado un rato hacía lo mismo hasta que el Santo hacía señal de que se podía pasar. Lo que pasaba entre Dios y su alma, en aquél tiempo, no se puede saber, sólo dicen los que le servían, que lo hallaban como si en aquél momento hubiera de espirar.

En el administrar este Sacramento era tan fervoroso, que causaba admiración entre los asistentes, el sacudimiento de su cuerpo. Una hebrea recién convertida, mujer de uno de los neófitos, que dijimos arriba, Comulgando en San Jerónimo un día, de manos del Santo, le vio temblar tanto el brazo, que levantaba sobre el globo, en el aire, las formas y puesto Felipe en figura de fuego. Acabada la función, quedó tan pálido como si le hubiera sobrevenido algún desmayo y no procedió de otra causa, que de la extraordinaria devoción con la que dio la Comunión a aquella mujer recién venida a la fe con su marido.

Casi lo mismo le sucedió a Nero del Nero, caballero Florentino, señor de Porcillano, que comulgando un día con Barsun, Arcediano de Alejandría de Egipto, embajador de su Patriarca al Papa, lo vio con la abundancia del Espíritu temblar de tal manera, que el brazo derecho que sostenía la Hostia, se levantaba un palmo de la tierra, y temiendo que se cayese alguna Hostia (lo que jamás le sucedió) cogió con reverencia el brazo y le tuvo firme hasta que le dio la Comunión. Le pidió después licencia (como solía) para irse. Le dijo llegándose apretadamente a su pecho: “Esta mañana me inflamaste mucho” queriendo decir que por haberle traído el Arcediano de Egipto, por quien por ser extranjero, por haber venido a Roma a tratar negocios de importancia con el Papa, había hecho particular Oración, se había enfervorizado más que de costumbre cuando dijo la Misa en público. Dando de Comulgar a Julia Ursina, Marquesa de Rangona, se vio la Hostia en el aire, desasida de sus dedos con gran admiración para los presentes. Así mismo un día dando la Comunión en su Capilla, le vieron levantado en alto un palmo; tanta era su devoción en este acto. Fue muy igual a ella, la que tuvo en la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, en cuya meditación se ocupaba casi siempre. Llevaba consigo un Crucifijo de Bronce sin Cruz, para desfogar con él mejor, los afectos de su corazón. De aquí nació el deseo de ir a las Indias a derramar su sangre por su amor, pero como no lo pudo conseguir como él quería, procuró satisfacer en parte. Cuando echaba sangre por la nariz o por la boca, rogaba a Dios, que saliese tanta, que en alguna manera correspondiese con la que de Él salió. Le concedió el Señor este deseo y derramó un día tanta, que perdió la luz de los ojos. Otras veces quedaba como muerto y no tenía pulso, semejante a Santa Lutguarda, a quien no queriendo Dios concederle el martirio, que deseaba, la contentó permitiéndole que echase por la boca, gran cantidad de sangre, y después se le apareció Jesucristo, diciéndole “Te hago esta merced, por el deseo que mostraba por derramarla” A Felipe le concedió el Señor verter muchas veces gran cantidad de sangre; además todas sus enfermedades nacían de sobra de sangre.

Fue también devotísimo del inefable Nombre de Jesús, solo el pronunciarlo le causaba inestimable suavidad y lo hacía bien a menudo. También tenía grandísimo gusto de rezar el Credo; el Padre Nuestro, decía con tanta atención, que en comenzándolo parecía que no lo iba a acabar.

CAPITULO II

Devoción de Felipe a la Virgen Santísima, y Sagradas Reliquias.

Es la Santísima Virgen (dice San Bernardo) el cuello por donde descende los bienes espirituales, de la Cabeza que es Cristo, Cuerpo Místico de su Santa Iglesia. De esta Señora fue tan sumamente devoto, Felipe, que de continuo la tenía en la boca, llamándola su Amor; blasonándola le dispensara de todas la gracias concedidas de Dios a los hijos de Adán. Era en él ternísimo este afecto, y como niño de teta, la llamaba con el nombre que estos llaman a sus madres diciendo: “Manma Mía”.

Solía pasar noches enteras en dulcísimos coloquios con la Virgen. Estando una vez muy enfermo en San Jerónimo de la Caridad, ordenaron los Médicos que nunca le dejaran solo. Le acompañaba una noche el Padre Juan Antonio Lucci, y si bien fue a hacerlo con poco gusto, temeroso del calor, porque era verano y muy pequeño el aposento, recibió tanto consuelo, que tocando a la señal del Ave Maria del Alba, creyó que era el del anochecer, tan de prisa le pareció que había pasado esa noche; fue la causa de que el Santo, pensando que no le oía nadie, estaba siempre hablando con la Santísima Virgen Maria, tan afectuosamente, que parecía tenerla presente y hablar con ella cara a cara.

Rezaba de ordinario, dos particulares oraciones y jaculatorias a la Virgen, la primera decía así: “Virgen Maria Madre de Dios, rogad a Jesús por mí” la segunda: “Virgen y Madre”. Decía que en estas oraciones se incluía toda la alabanza posible a Nuestra Señora, porque se le da el nombre de Maria, los dos grandes títulos de Virgen y Madre, con el inefable de Madre de Dios. Finalmente porque se nombra el dulcísimo fruto de su vientre: Jesús. De estas dos oraciones hacía decir a sus penitentes un Rosario, repitiéndole sesenta y tres veces la una y la otra, para mucho fruto de sus almas. Continuamente iba con el Rosario en la mano diciéndolas también él; devoción en la que se complacía tanto su Divina Majestad, que confiesan muchos que la usaron, haber tenido un notable socorro en las tentaciones por este medio.

Refiriéndole un hermano de la Congregación, que estaba en continuo combate por malos pensamientos, contra la Virginidad de la Virgen Maria, le dio por remedio el Santo, que usase esta devoción; le obedeció y al poco tiempo quedo libre de esta molestia.

Confesaba Felipe haber recibido de la Virgen infinitos beneficios, entre ellos uno en el que le había librado de las tentaciones del demonio, con solo hacer oración delante de una imagen suya. Y para reconocer estos favores, quiso que se pintara en todos los altares de la Iglesia, un Misterio del Salvador, donde concurriese la Virgen Nuestra Señora. Por esta causa, cuando se hubo de poner, después de la beatificación su imagen en la Capilla, resolvió la Congregación, que se pintase la Virgen en memoria de su enamorado, por decirlo así, imitando en esto a San Bernardino de Siena.

Cuando se comenzó a edificar la Iglesia nueva, el Padre Juan Antonio Lucchi, asistente de la construcción, hizo dejar un pedazo de techo de la vieja, que se encontraba sobre una imagen antigua de Nuestra Señora (que es la que está hoy en el Altar mayor) para celebrar y tener el Santísimo Sacramento reservado en aquél lugar, entre tanto que se perfeccionaba la construcción. Le mandó llamar con prisa un día el Santo, y le dijo que con la diligencia posible, la hiciese derribar, porque aquella noche se hubiera caído si la Virgen no la hubiera sostenido con sus manos. Fue luego Juan Antonio con los albañiles a obedecerle y hallaron que la viga principal se había salido de la pared y estaba en el aire, y todos al verlo gritaron, ¡milagro, milagro!.

Pagó la Virgen su devoción a Felipe, concediéndole una Iglesia dedicada a su Nombre, para que no estuviese lejos de la Madre un Hijo tan querido y con la maravillosa aparición (de que largamente hablaremos en su lugar) que le llenó de ternura y devoción, sin saciarle en el poco tiempo que después de Ella de repetir: ***“Sed devotos hijos míos, de la Virgen; sed devotos de Maria”***

Veneró con grandísimo afecto en general a todos los Santos. Además de lo que hemos dicho en otra parte, en sus últimos años, leía durante muchas horas, cada día, sus vidas y hablaba de ellas con tan gran gusto que no lo podía dejar. Fueron sus particulares abogados: Santa Maria Magdalena, en cuya víspera nació, a los Apóstoles San Felipe y Santiago. En las fiestas más solemnes, se sentía singularmente favorecido por Dios, con extraordinarios afectos de devoción. Y acostumbraba decir, que regularmente es mala señal, no tener algún sentimiento particular en las grandes solemnidades.

Fue grandísima la reverencia que tuvo a las Reliquias, no las traía ordinariamente, ni permitía con facilidad que las llevaran sus penitentes; porque muchas veces no se llevan con la decencia necesaria, como por quitar alguna indecencia que podían padecer después de la muerte del que las llevaba por descuido de los herederos.

No por esto dejaba de tener algunas en su aposento. Un Relicario tuvo con gran devoción, y por cuyo medio después de su muerte, quedando en manos de Baronio, el Señor hizo muchos favores. Se hallaba en Roma Antonio Franqui, Clérigo Menor, tan enfermo, que los médicos le creían muerto. Ya recibido el Viático, fue a visitarle Cesar Baronio, trajo el Relicario, lo puso sobre el enfermo y para mayor consuelo se lo dejó. Llegada la noche, temiendo no romperle, lo apartó de sí Antonio, pero volvió a cogerlo al punto, porque empezó a sentir grandísimas congojas. Dijo un Padre Nuestro y un Ave Maria rogando a Dios por su misericordia y por la intercesión del Bato Felipe (a quien tenía mucha devoción), fuese servido de disponer lo mejor para gloria suya. En estos ruegos se durmió,

despertando por la mañana sin ningún mal, y saliendo de casa del todo bueno en breve tiempo.

Mostró Felipe las reverencias a las Reliquias en la traslación de los cuerpos de los Santos Mártires Papía y Mauro. Estando ya la construcción de la Iglesia a buen término, el Cardenal Agustín Cusano, hijo espiritual y amado tiernamente de Felipe, deshizo el Altar Mayor del Diaconado de San Adriano en Campo Bachino, título suyo entonces, para edificar otro mejor. En él se hallaron los cuerpos de los Santos Mártires Flavia, Domitila, Nereo, Archileo, Mario, Marta y Papía, que había trasladado el Papa Gregorio IX, del título de San Equicio, Iglesia de San Martín de los Montes, donde fueron colocados en tiempos de Sergio II.

Estaban todas estas hermosas prendas, cerradas dentro de tres pequeñas arcas de mármol, y en ellas sobrescritos los nombres. En las de San Papía y San Mauro, se decía: “Hic requiescunt corpora Sanctorum Martirum Papie y Mauri”.

Mostró gran deseo Felipe de aquellos Santos cuerpos y el Cardenal, por darle gusto, resolvió transferir a su costa los de estos Santos a aquella Iglesia; a la de San Gregorio y a la de Santa Maria de la Vallicela y obtuvo licencia para hacerlo del Papa Sixto V.

El once de Febrero de mil quinientos noventa, se abrió el Arca donde se encontraban los cuerpos de los Santos, dejaron una pequeña parte en aquella Iglesia, y sacadas las cabezas con mucho Clero y concurso del pueblo en solemnísima procesión, a la iglesia de Santa Maria de la Vallicela.

Salieron a recibir los Sagrados Tesoros fuera de la puerta de la Iglesia, diez Cardenales: Alfonso Gesualdo Obispo de Portuense, Gabriel Paluoto Obispo Albanense, Domingo Pinclo Cardenal de San Lorenzo in Palisperna, Hipólito Aldobrandino Cardenal de San Pancracio. Penitenciario Mayor (después Sumo Pontífice Clemente VIII) Jerónimo de la Rovere, Cardenal de San Pedro in Vincula, Scipión Gonzaga Cardenal de Santa Maria la Mayor, Federico Borromeo entonces cardenal Diácono de Santa Ágata, después Arzobispo de Milán, Agustín Cusano Cardenal de San Adriano y Guido Popolis Cardenal de San Cosme y San Damián en cuya presencia por orden de Sixto V, consignó a Felipe las Sagradas prendas el Cardenal Cusano.

Felipe con gran alegría y júbilo, no cabía en sí mismo. Al recibirlos daba saltos con sus acostumbrados temblores de corazón y con extraordinario movimiento de su cuerpo. Los hizo depositar sobre un Altar, ricamente adornado en medio de la Iglesia, donde para mayor satisfacción del pueblo, estuvieron cuatro días seguidos expuestos y luego los hizo depositar en la Sacristía. En señal de su veneración mandó a Antonio Gallonio, que escribiese con diligencia largamente sus vidas. Después de la muerte del Santo el veintitrés de Mayo de mil quinientos noventa y nueve,

en cuyo día fue consagrada la Iglesia, fueron colocados, debajo del Altar Mayor los Cuerpos y las cabezas engastadas en plata donde hoy se veneran con la debida decencia.

CAPITULO III

Felipe comunica la devoción a los que le tratan

Fue cosa admirable, que no solo tenía Felipe el Amor de Dios, y devoción para sí, sino que por singular privilegio, la comunicaban a los que le trataban. Los penitentes que con frecuencia le veían, aunque muy tibios, se llenaban poco a poco de fervor; los que no le frecuentaban, se sentían entibiar sensiblemente; algunos que lo dejaron perdieron del todo el Espíritu y la devoción.

Lavinia Rustici, primera mujer de Fabricio de Máximis, antes de que se confesase con el Santo, no le tenía en mucho concepto. Le oyó un día hablar de las cosas de Dios y sintió tan gran afecto de amor en su corazón, que encendida del deseo de servir a Cristo, le eligió como su Padre Espiritual, se confesaba y comulgaba tres veces por semana, despreciándose así misma, atendiendo obras de piedad, particularmente la Oración, en la cual a menudo quedaba arrebatada en Dios. Murió Lavinia en esta Santa vida, de la cual aseguraba el Santo que sin duda fue a gozar al Cielo.

Constanza Draqui Crescencia, oyendo con Eugenia criada suya, la Misa del Santo en la Iglesia de la Vallicela, se sintió de repente llena de espíritu de compunción y lágrimas. Le preguntó a Eugenia si ella sentía lo mismo y le respondió que sí. Y haciendo reflexión después concluyeron que era efecto de la devoción que el Santo les comunicó celebrando.

Nero del Nero testifica, que teniendo siempre en sus oraciones distraído el pensamiento, en la primera Misa que le oyó, tuvo tan gran facilidad de meditar, que se espantó así mismo y esto le siguió ocurriendo siempre que le oía celebrar.

Era grandísimo el gusto que comunicaba a los que oraban con él. Las horas de oración, les parecían momentos. Algunos dicen que pasaban días y noches en oración en su compañía. Orando con el Santo, un hijo espiritual suyo, llamado Simón, sintió que se le llenaba el corazón de tal dulzura, que una hora le pareció un instante y dijo que, quisiera orar siempre si hubiese de sentir lo mismo. Esto le sucedió otras muchas veces.

El fervor de su corazón era tan grande en el confesar, que muchos de sus penitentes, cuando se confesaban, se sentían llenos de dulzura y se inflamaban del amor de Dios, principalmente cuando los absolvía. Tenía

costumbre en aquél momento de acercárseles al pecho y recibían extraordinaria confortación y espiritual consuelo y gustaban de suavidad inexplicable.

En confirmación de esto, Juan Antrina de la ciudad de Marsico Nuevo en el Reino de Nápoles, que cuando estaba en Roma trataba mucho con Felipe, dijo estas palabras: “Todas las veces que entraba en su aposento, temblaba, y sin embargo recibía gran gusto de ponerme delante de este Santo viejo y me arrodillaba. Cuando me ponía su bendita mano sobre el hombro, me tiraba de los cabellos o de las orejas, sentía entonces encenderse mi alma en nuevos deseos de virtud y me parecía que bajaba del Cielo una gracia particular para mí, y al punto corría a hacer Oración delante del Santísimo.

El Abad Marco Antonio Masa, visitador apostólico dice en prueba de esto: “desde que traté al Padre Felipe familiarmente, siempre le veneré como Santo, frecuentándole cuando me dejaban mis ocupaciones. Cuando me reconciliaba con él, sentía que inspiraba Santidad, al absolverme con el afecto del corazón, que hemos dicho, y en la Misa, tenía particular devoción y lágrimas, cosa que no me ocurría cuando lo hacía con otro. He conferido con él mis tentaciones y trabajos; con su consejo y oración me he sosegado en todo. Después de su partida al Cielo, recibo remedio en ellos cuando me encomiendo a él con afecto, cosa que me ha dejado maravillado muchas veces. Dos veces he dicho Misa con casullas suyas y he tenido gran abundancia de lágrimas” .

La mayor parte de las personas que con él han comunicado dicen lo mismo.

CAPITULO IV

Le concedió Dios, el don de lágrimas.

Por ser cosa tan grande el don de lágrimas y propicio el fruto de la oración, me ha parecido bueno darle lugar en este segundo libro; aunque reservo el tratar de los demás dones en el tercero. Favoreció mucho el Señor a nuestro Santo en el don de lágrimas, porque la llama del amor, que ardía en su pecho le enternecía tanto el corazón, que hablando en su presencia cosa que moviese a compunción o ternura, al punto se deshacía en lágrimas. Cuando se le ponía delante algún pecador, observando el estado de aquella alma y mucho más la ofensa a Dios, se le conmovían las entrañas, y prorrumplía en crecidísimo llanto, como si un padre le diera a un niño una azotaina. Testifica el cardenal Federico Borromeo, haber visto esto muchas veces. Reparo una vez el Santo que un penitente suyo (de

familia noble) dejaba de confesar por vergüenza, algunos pecados y exhortándole a que procediese con verdad en la confesión, fijos en él los ojos comenzó a llorar tiernamente y le comunicó con esta acción tanta ternura de espíritu que obligó al penitente a resolverse en lágrimas, quedándose de esta manera durante un buen espacio de tiempo, sin poder hablar entre ambos. Luego confesó el caballero, todo lo que había callado, encomendándose de todo corazón a sus oraciones. Le abrazó Felipe, le consoló con su acostumbrada dulzura y caridad, pero como su corazón no había desfogado totalmente el llanto, se retiró a un aposento donde continuó llorando y derramó lágrimas en abundancia. El penitente hizo después confesión general con su confesor, volvió al Santo, que discurriendo de dicha confesión general, le dijo todos sus pecados y añadió: ***“Aunque no te has confesado conmigo, se todos tus pecados, porque me los ha revelado Dios; has mudado el rostro, lo tienes bueno”*** (palabras que solía decir cuando los pecadores pasaban del estado de pecado al de gracia) entonces se le encomendó de nuevo el penitente, rogándole que alcanzase de Dios mayor dolor de sus pecados, luego sintió en el corazón todo lo que podía desear, si bien antes que comunicase al Santo, nunca había gustado la compunción, ni el espíritu.

Si hablaba de Dios, no podía dilatar el discurso porque le acudían las lágrimas en tanta abundancia, que, o tenía que callar o cambiar de conversación. Y así cuando predicaba o cuando hablaba familiarmente de Espíritu, para evitar el llanto, mezclaba un ejemplo o sentencia de Filósofos (cosa que nunca por otro respeto hacía).

Fue una vez a la viña de Fabricio Patricio, con Cesar Baronio, Juan Francisco Bordino, Tomas Bosío y algunos otros de sus hijos de confesión, después de comer a la misma hora que en la Congregación se hacen las Pláticas; por no perder totalmente el fruto de la Palabra de Dios, mandó a Tomás Bosío le hiciese de repente una; se la hizo y el Santo en confirmación de lo que había dicho quiso añadir algunas razones. Apenas hubo comenzado, se puso a temblar, con tanta vehemencia todo su cuerpo y a llorar que fue incapaz de formar una palabra. Leyendo las vidas de los Santos, vertía tal vez más lágrimas que palabras. Le oyó un día un Obispo llorar y le preguntó por el motivo de sus lágrimas y le respondió como burlando: ***“No he de llorar, si he quedado pobre, sin padre y sin madre”***. Otra vez entrando en su aposento Ángelo de Bañarea, le halló leyendo vidas de Santos y llorando mucho, le preguntó la causa y respondió: ***“Porque este Santo, cuya vida leo, dejó el mundo por servir a Dios; yo no he dicho cosa buena, todos son mejores que yo. O Ángelo, si me vieses un día acotado por Roma, como dirías: mirad aquél “Felipillo”, que hacía del espiritual, sacudidle recio”***. Diciendo esto lloraba amargamente, por el deseo que tenía de estas mortificaciones.

Cuando tenía ocasión de hablar o leer alguna cosa de la pasión del Señor, particularmente durante la Semana Santa, en la Misa se sentía derretido como la cera al fuego. Esta fue la causa de que muchos años antes de su muerte, dejó de hacer Pláticas en publico, porque hablando de la Pasión un día, le sobrevino tan extraordinario fervor, que las lágrimas le impedían respirar y fue necesario bajarle de la silla y sacarlo de la Iglesia. Viendo que esto le sucedía muchas veces sin poderse reprimir, tomó ocasión para dejarlas, si bien decía que era falta de talento, a los que le replicaban, que las había hecho antes les respondía; que en el principio del Oratorio, por ser pocos, suplía Dios, pero creciendo el número, no le daría suficiencia para hacerlo. Otras veces cuando leía, o meditaba la pasión, se le volvía la cara pálida como la de un difunto y bañado en lágrimas, causando devoción sólo con mirarle; de manera que de esta materia, ni podía hablar en público, ni en secreto. Algunas veces con solo oír el nombre de Pasión, le sobrevenía de golpe el llanto y era incapaz de hablar.

Fue convidado por el Cardenal Vercelli, en el refectorio de Santa Praxedis; acabada la comida se retiraron a una sala grande y a instancia del Cardenal, propuso un punto espiritual, haciendo decir a los circunstantes su parecer, en forma de conferencia, después recogiendo los pareceres de los demás y comenzando a hablar del Amor con que Cristo había padecido por nosotros, fueron tantas las lágrimas y tales los suspiros, que no pudo decir palabra alguna, aunque procuró hacer fuerza y vencerse. Viendo el Cardenal lo que ocurría, le mandó que no siguiese adelante. Estando en otra ocasión enfermo, le trajeron un pisto, tomó en la mano el vaso y antes de llegarle a la boca, comenzó a llorar amargamente y temblando decía en alta voz: ***“¿Tú Cristo mío, Tú en Tú Cruz y yo en la cama con tanto confort, con tantas comodidades, servido por tantos?”*** Y repitiendo esto le caían de los ojos abundantes lágrimas, sin poder (aunque lo procuró) tomar alimento.

Diciendo Misa un día en Semana Santa, al leer la Pasión, sintió como un arrobamiento e hizo el esfuerzo posible para variar la aplicación y distraerse, pero no pudo; porque cuando llegó el momento de la expiración de Cristo, se deshizo en llanto, con admiración y ternura de todos los circunstantes.

Tal vez, cuando daba la comunión a sus hijos espirituales, lloraba de tal manera que no la podía dar. Confiesan ellos, que de verle la cara bañada en lágrimas, se sentían partícipes de su Espíritu. Tan grande era la devoción que sentían al mirarle.

Tenía tan gran gusto y sentía tanta dulzura al oír cantar los Divinos Oficios, que le obligaba a llorar su corazón enternecido. En el Coro de la Minerva, le vieron muchos en Completas y en Maitines bañado en lágrimas sus vestidos. Cuando veía a sus perseguidores, compadecido del engaño en que vivían, lloraba al punto. En suma, era de corazón tan tierno, que a la más leve ocasión de tratar sobre el Espíritu, se resolvía en lágrimas. Se

juzgó un milagro que no perdiera la vista con tantas lágrimas. La conservó toda su vida y no necesitó jamás de anteojos para ver mejor, aunque llevaba muchos decía, más por recreación que por mortificación. De estos anteojos, quedaron algunos, por cuyo medio, ha concedido Dios muchas gracias después de su muerte. A Sor Lucía Mazzano, monja de Santa Lucía en Sílice, apretada de un gran dolor de cabeza, que no la dejaba descansar, le pusieron unos anteojos del Santo y la dejó el dolor. Aunque Felipe tenía este don de lágrimas, en grado tan eminente, hacía poca estimación de él en su persona y lo atribuía a una facilidad natural diciendo: ***“También lloran fácilmente las malas mujeres”***

CAPITULO V

De la Oración

El medio principal con el que adquirió Felipe tanto amor y caridad de Dios, fue la Oración, a la que tuvo tan gran afecto, que todos los Ejercicios de su Congregación, ordenó a ella queriendo por la misma razón, que se llamase Congregación del Oratorio.

Y como estuvo dedicado desde su niñez a este ejercicio, consiguió tal hábito, que en todas partes estaba siempre con el entendimiento elevado a las cosas divinas, cumpliendo bien las palabras del Apóstol: “Sime intermissione orate” A su corazón devoto le era más fácil elevarse a Dios que a los hombres mundanos pensar en cosas terrenas.

Aunque muchas veces tenía su aposento lleno de gente, y se trataban diversos negocios, no se podía contener de levantar los ojos o las manos al Cielo, o echar algún suspiro, si bien andaba muy advertido en estas acciones delante de otros. Por la calle iba de ordinario tan abstraído, que era necesario avisarle cuando alguien le saludaba para que le contestase. Era menester que le tirasen mucho de la ropa y así advirtiera con este movimiento, como si se despertara de un profundo sueño. Después de comer, para que no estuviese siempre echado el arco, en daño de su salud, era menester el divertirle. La misma causa no le dejaba dormir de noche y muchas veces llamaba al Padre Gallonio y le decía: ***“Si quieres que duerma ya sabes lo que has de hacer”***. Significando, que procurase divertir la vehemente aplicación de sus sentidos a la oración.

Lo que experimentaba en sí, solía decir en tercera persona, que un alma enamorada de Dios, debe decir forzosamente: ***“Señor dejadme dormir”***. Es señal de falta de Espíritu de Oración, no poderla tener después de la comida.

Antes de tratar negocios (principalmente graves) siempre acudía a la Oración, por cuyo medio alcanzaba tanta confianza en Dios, que decía: ***“Como tenga tiempo de hacer Oración, tengo esperanza cierta de cualquier merced que pida. Tal vez decía: Quiero que suceda este negocio de esta manera, este otro de esta”*** Y salían puntualmente de aquella misma suerte los sucesos.

Aunque estaba tan habituado a este ejercicio, que su vida puede llamarse “Oración continua”, tenía oras señaladas para hacerla. Durante el verano, por la mañana y la tarde, cuando no estaba ocupado con asuntos graves, o en alguna otra piedad, se retiraba al lugar más alto de la casa, desde donde pudiese ver más claro el cielo y la campaña. Para esto mandó hacer en San Jerónimo un mirador y en Santa Maria de la Vallicela, como una galería en puesto alto, si bien en los últimos años, se subía sobre la bóveda de la Iglesia, donde empleaba muchas oras en estos ejercicios. Si en estos tiempos le llamaban, bajaba al punto y decía: ***“esto no es dejar de hacer Oración, sino dejar a Cristo por Cristo”***. Cuando despachaba al que lo había llamado, se volvía a subir sin dilación continuando sus meditaciones, no por eso se sentía distraído, antes por ser siempre obras de caridad, más inflamado. En el Invierno tenía la Oración después del Ave Maria, durante dos o tres horas durante la noche. Cuando se acostaba ponía en la cabecera de la cama un reloj de muestra, dispuesto de tal manera que con tentarlo sabía la hora que señalaba. Ponía juntamente el Crucifijo y el Rosario para la oración al despertar. Nunca dormía más de cuatro o cinco horas como mucho.

En tiempos señalados del año, tenía más oración, en festividades solemnes, necesidades espirituales particulares o públicas, sobre todo en Semana Santa. Porque le duro muchos años estar desde el Jueves por la mañana hasta el Viernes, cantada la Misa, sin comer ni moverse de un lugar.

Rezaba el Oficio Divino con gran devoción, pocas veces solo, porque la unión con Dios, difícilmente le dejaba acabar. Quería tener siempre el Breviario delante, procurando no hacer el más mínimo error, y aunque ya cercano a los ochenta años, le concedió Gregorio XIV, facultad para rezar el Rosario y otra oración más breve, en lugar del Oficio Divino, jamás quiso valerse de la dispensación. Cuando alguna enfermedad le impedía rezar, mandaba a alguien que se la leyese y la oía con gran devoción y con notable atención, a la vez que corregía los errores del que leía incluso abstraído y parecía atender más a otra cosa.

Añadía Felipe a la Oración, la lección de los libros espirituales, en particular las vidas de los Santos, diciendo que no había cosa mejor para excitar el Espíritu. Los libros más familiares suyos eran: “Las Collaciones de Juan Casiano, Juan Gersón, La vida de Santa Catalina de Siena, y sobre todos la del Beato Juan Columbino. De la de los Santos Padres, se hacía

leer todos los días un capítulo, así como las de las recogidas por Lipomano. Entre los Libros de la Escritura, tenía particular gusto por las Epístolas de San Pablo, para sacar de ellas el fruto que deseaba; las leía muy despacio, parándose a ponderar la sentencia, que le inflamaba el corazón, prosiguiendo cuando cesaba el afecto hasta que sentía otro.

Advertía generalmente a todos, así como para el estudio como para la Oración, principalmente a los de la Congregación y a los que debían administrar la Palabra de Dios, que leyese libros de autores, cuyo nombre comenzaba por S. Como San Agustín, San Gregorio, San Bernardo y otros Santos. Pero porque deseaba que dejaran la Oración para volver a ella con más gusto, enseñaba a los que no podían alargarla, que levantasen a menudo el pensamiento a Dios con Oraciones Jaculatorias. Y no me parece fuera de propósito, poner aquí algunas de ellas en Latín y en Romance, para consuelo de muchas almas.

ORACIONES JACULATORIAS

En Latín

Cor mundum crea en mi Deus & spiritum rectum innova in visceribus meis.

Domine ne te abscondas mini.

Deus in adlutorium meum intende, Domine ad adiuvandam me festina.

Doce me facere voluntatem tuam.

Ego sum via, veritas & vita.

Domine vim patior, responde pro me.

Fiat voluntas tua sicut in coelo, & in terra.

Iesus sis mihi Iesus

Ne reminiscaris Domine iniquitatum mearum.

Quando te deliga filiali amore?

Sancta Trinitas unus Deus, miserere mei.

Tui amoris in me ignem accende.

*Maria Mater gratiae, Mater misericordiae tu nos ab hoste protégé, &
hora mortis suscipe.*

ORACIONES JACULATORIAS
En Romance

Aún no te conozco Dios mío, porque no te busco.

Qué haré si no me ayudas Jesús mío?

Qué podré hacer Jesús mío por agradarte?

Qué haré para hacer Tú voluntad?

Dadme gracia Jesús mío, que no te sirva por temor, sino por amor.

Jesús mío, quisiera amarte.

Yo desconfío de mí, confío en Ti Jesús mío.

Yo no puedo obrar bien, si no me ayudas Jesús mío.

Yo nunca te amé y te querría amar, o Jesús mío.

Yo nunca te amaré, si no me ayudas Jesús mío.

Yo te quisiera amar, Jesús mío, y no hallo el camino, Jesús mío.

Yo te busco y no te hallo, Jesús mío.

Si yo te conociese, me conocería, Jesús mío.

*Si yo hubiese hecho todo el bien del mundo, que había hecho por Ti,
Jesús mío?*

Si Tú no me ayudas, caeré Jesús mío.

Cortad el camino a todos los impedimentos, si me queréis, Jesús mío.

Madre de Dios bendita, dadme gracia para que me acuerde siempre de vos.

Enseñaba que se dijese en forma de Rosario, sesenta y tres veces: ***“Deus in adiutorium meum intende, Domine ad adinvandum me festina”***, o alguna otra de las referidas, en la forma que dijimos de las de Nuestra Señora.

No contento de ejercitarse con los suyos en la oración, haciéndola tener cada tarde en el Oratorio pequeño (como hemos dicho), introdujo la Oración en comunión, en algunas principales casas de Roma, de manera que los Padres y Madres de familia se retiraban cada tarde con los de su casa a su Oratorio, y la hacían de la misma manera que en la Congregación. Algunos, no solo observaron el uso de la Oración, sino todo lo demás del orden de la vida, en cuanto les era posible.

Solía dar en esta materia muchos documentos, si bien la mayor parte de ellos comunes, dichos por San Bernardo, Casiano y otros, pero por ser en familia y porque los penitentes los tenían siempre en su boca, repitiéndolos como suyos, los pondremos como tales en esta virtud y de las demás de las que hablaremos en el discurso de su vida. Decía que para aprender oración, era buen medio, reconocerse indigno de tan gran beneficio. Que la verdadera preparación para ella, era mortificarse; porque quererse dar a la oración sin esto, es lo mismo que volar un pájaro antes que le nazcan las plumas. Y así rogándole una vez un penitente, le enseñase a hacer Oración, le respondió: ***“Sed humilde y obediente, que el Espíritu Santo te enseñara”***. Que es conveniente obedecer al Espíritu que Dios cambia en la Oración y seguirle meditando el misterio al que inclina y no a otro. Que cuando se comienza a pedir una gracia a Dios, no se ha de desistir de la Oración aunque tarde en concederla, sino procurar llegar al fin por el mismo medio. Que si una persona espiritual, siente una tranquilidad grande, cuando pide una gracia a Dios, es señal de que se la ha concedido o se la va a conceder pronto. Exhortaba el deseo de cosas grandes en el servicio de Dios, a no contentarse de bondad mediana, sino desear, si fuese posible, para adelante en Santidad y amor a San Pedro y a San Pablo, que aunque no se pueda con obras, debe procurarse con deseos. Aconsejaba no detenerse con los ojos fijos en las imágenes y figuras, porque se echa a perder la cabeza, dando con lo débil de la vista, gran lugar al demonio para las ilusiones. En tiempo de sequedad del Espíritu, daba por remedio darse por mendigo en la presencia de Dios y de los Santos, y como tal ir pidiendo a cada uno de ellos limosna espiritual con el afecto, con la verdad que suelen los pobres, aún corporalmente yendo a las Iglesias a pedirla. Exhortaba a los principiantes, principalmente a la meditación de los cuatro novísimos, diciendo, que el que no baja vivo al infierno, pasa peligro de bajar muerto.

Advertía a los suyos que no dejaran la Oración ni la disciplinas de la tarde en el Oratorio. Exhortaba a que se encomendasen a las oraciones de los demás. Para mostrar cuan necesaria es la Oración, decía, que un hombre sin ella es como un animal sin discurso. Y afligido porque en una ocasión se la prohibieron los médicos por su salud, aunque estuvo poco tiempo sin tenerla y pareciéndoles que no podía vivir un instante sin ella dijo a Gallonio: ***“Ay de mí que me parezco convertido en bruto”*** Finalmente decía, que no hay cosa más temida del demonio, ni que más procure impedir, que la Oración. En ella fue Felipe tan privilegiado, tan ilustrado de Dios, que conocía cuando alguno la había tenido, y cuando no la tenía.

CAPITULO VI

Caridad de Felipe en la salud de sus almas.

Del gran Amor de Dios, nacían en Felipe ardentísimos deseos de caridad con los prójimos. Jamás se cansaba su fervoroso pecho de trabajar en la salud de las almas, las traía al servicio de Dios con tanta destreza, de tan linda manera, que se admiraban los mismos penitentes. No le podían dejar los que le habían tratado una vez. Se acomodaba a la naturaleza de cada uno, cumpliendo muy bien lo del Apóstol: “Faetus sum omni, omnibus ut omnes Christo turifacians” Si le venían a las manos grandes pecadores, habituados en el alma, los exhortaba al principio a abstenerse de pecados mortales solamente; después poco a poco los conducía con maravilloso arte, a los grados de virtud que deseaba.

Fue un hombre a confesarse muy entregado a cierto vicio, que casi todos los días cometía, y no le dio otra penitencia que volver sin dilación a confesarse, cuando cayese la primera vez, sin esperar a volver a caer. Obedeció el penitente y siempre lo absolvía con la misma penitencia. Con esto le ayudó de manera, que en pocos meses, no solo quedó libre de aquél pecado, sino de otros muchos y en breve tiempo llegó a grado de perfección eminente, saliendo (como dijo el mismo Santo) un Ángel.

Con la misma dulzura convirtió a un mozo disolutísimo, rogándole que dijese cada día siete veces la Salve besando la tierra y diciendo estas palabras: “Mañana puedo ser muerto”. En breve el joven se vino a una buena vida y después de catorce años, murió con demostraciones grandes de contrición.

Se confesó con él uno que tenía costumbre en su patria de dar algo al confesor, y no hallándose con dinero, cuando se acabó de confesar, le dijo:

“Perdone que no traigo dinero”. Felipe sonriendo respondió: ***“Ora bien, por el dinero que me querías dar, quiero que me des palabra de volver a verme el Sábado que viene”***. Volvió el penitente y quedó tan preso de la dulzura de Felipe, que entregándose todo a su cuidado, salió hombre de mucha bondad y se confesaba y comulgaba una vez a la semana por lo menos.

En el año de mil quinientos sesenta y dos, acudía mucho a las Pláticas de San Jerónimo de la caridad, Juan Tomás Arena de Catanzaro, más por burlarse de los Ejercicios que por convertirse. Repararon algunos del Oratorio y les pareció mal aquél modo de proceder, se lo dijeron al Santo para que lo remediase, respondiéndoles: ***“Tened un poco de paciencia, no dudéis”***. Y aunque siempre el mozo perseveraba en burlarse de los del Oratorio sin ninguna enmienda, el Santo quiso que jamás se le dijese palabra. No fue sin fruto la paciencia, porque Juan ablandado con la Palabra de Dios y con las Pláticas y oraciones continuas de Felipe, reconoció su error. Tuvo tan gran contrición, que entregándose en todo y por todo en sus manos, salió muy fervoroso y entró por su consejo en la Sagrada Religión de Santo Domingo, donde murió siendo novicio santamente.

Pedro Focile Napolitano, mozo muy distraído y dado a las burlas y bufonerías, fue con unos amigos un día a los Ejercicios del Oratorio en San Jerónimo de la Caridad, y advirtiéndole que Felipe no apartaba los ojos del vestido que llevaba, que era sobrado bizarro, le pareció que con ella le daba lanzadas en el corazón y le adivinaba los pecados. Oyó las Pláticas, asistió aquél día a todos los Ejercicios y salió como persona nueva, trocada la naturaleza en tal punto que espantaba a sus compañeros, que admirados preguntaban la causa. Pasada una semana, labrando en su corazón el Espíritu, fue a San Jerónimo resuelto a hacer una buena confesión y le puso aparte del confesionario del Santo. Felipe, mostrando poca estimación hacia él, terminando de confesar a los demás, le dijo, que volviese otro día, porque no podía confesarle entonces, haciendo lo mismo por espacio de dos meses. Pero el Santo, cuanto más le mortificaba, mayor deseo tenía de volver. Al final, cuando a Felipe le pareció, le confesó, dejándole con grandísima satisfacción y consuelo y después fue Pedro de los más fervorosos penitentes de Felipe. A este le previno Felipe, que moriría pobre y así sucedió, porque estando con mucha comodidad entonces, llegó a su vejez a no tener ni para pan; pero murió bien, como vivió siempre.

Un Clérigo Romano de familia noble, que gozaba en Roma de un beneficio pingüe y vestía vanamente el hábito seglar y de color, halló un día a un mozuelo en la Minerva, hijo espiritual de Felipe, se puso a hablar con él y en la conversación le dijo: “Suele venir a la Minerva a Vísperas, o Completas, un Sacerdote de San Jerónimo de la caridad llamado Felipe, que si le hablastes serías dichoso. Le esperó el Clérigo, inspirado por Dios,

y acabadas Completas, habló largamente con Felipe que le convido a asistir a las Pláticas de San Jerónimo. Continuó el Clérigo, quince o dieciséis días después de verle y jamás le reprendió Felipe por el traje que llevaba, si bien procuró con la Oración y otros medios compungirle. El Clérigo dejó aquél hábito, hizo confesión general entregándose a la voluntad del Santo y fue después uno de los íntimos y familiares penitentes que tenía.

Finalmente, con este modo de tratar redujo infinito número de pecadores al camino de la virtud, los cuales reconocían su conversión a Felipe. Muchos cuando llegaban a la hora de la muerte, solían bendecir el día y la hora en que le conocieron. Otros admirados de las conversaciones que hacían, decían: “Felipe atrae las almas como el imán el hierro”. Cuando uno se confesaba con él, parecía que quedaba obligado a volver, por eso no le parecía bien que hiciesen los confesores muy dificultoso el camino de la virtud, principalmente a los penitentes recién convertidos, ni que los exasperasen con reprensiones duras, para que no se espantasen y retrocediesen al ver las dificultades y así perseverasen más largo tiempo en el pecado.

Por esta misma razón, no exageraba mucho ciertas vanidades que usan las mujeres en el vestido y ornato de la cabeza; disimilaba para conducir las más fácilmente al fin que pretendía diciendo: “***Es menester sufrir algunos defectos en los demás, como sufrimos en nosotros mismos los naturales contra nuestra voluntad, porque cuando halla entrado un poco de Espíritu, los dejen ellos mismos y harán más de lo que madare el confesor***”. Le preguntó una señora, si era pecado llevar tacones muy altos y le contestó: “***Tú ten cuidado de no caer***”. Y a un mozo que traía el cuello con grandes lechuguillas, le dijo tocándoselas: “***Más fiesta te hiciera si no me hiciera mal a las manos tu cuello***”. Con esto ni la mujer llevó más tacones altos ni el mozo cuello con lechuguillas.

Por el mismo fin tenía la puerta del aposento abierta, expuesta a cualquiera que viniese. Cuando alguno dejaba de entrar por respeto, lo llevaba de la mano. No tenía tiempo ni lugar suyo. Quería que entrasen en su aposento todos, aunque estuviese enfermo, y daba audiencia de noche a cuantos querían, aunque se hubiera acostado a descansar, no permitiendo que se fuesen sin consuelo. Con este modo de proceder obligaba a todos de manera que, por él hacían cualquier cosa, aunque fuera muy difícil, con muchísimo gusto. De ninguna manera quería Felipe que dijese que se encontraba dormido o reposando.

Antonio Gallonio un día prohibió entrar a una persona porque era una hora intempestiva y cuando se enteró Felipe, le reprendió ásperamente diciendo: “***Ya os he advertido que no quiero tener hora de tiempo mía***”. Otra vez le cerró el aposento, Francisco Zazara, para que no le diesen pesadumbre y advirtiéndolo Felipe, que esperaba a alguien, llamó a Francisco y en presencia del que lo esperaba le reprendió, porque le había

hecho esperar. Tal vez se encontraba en los aposentos de los Padres de casa donde presumía que le esperaba alguno, y si lo hallaba reñía en su presencia al que no lo avisó. No podía tener mayor disgusto, que saber que alguno había padecido incomodidad por aguardarle. Le dijeron que no hiciese tanto estrago de sí y respondió: ***“ Os hago saber que los penitentes fervorosos en el Espíritu, son hoy los que he ganado al Señor, por estar expuesto aún las noches para convertirlos”***. No solo estuvo siempre dispuesto para confesar en la Iglesia y recibir en su aposento a cuantos iban, con lo cual hizo grandísimo logro de pecadores, pero no excusó trabajo alguno por grande que fuera, ni reparó en lluvias, fríos, peligros incluso de su vida o reputación, por convertir a un pecador y ganar un alma a Cristo.

Le avisaron una vez que cierto mozo de los principales de la Corte andaba en peligro de vida, por una señora principal de Roma. Y aunque aquellos prelados hicieron los esfuerzos posibles, no pudieron apartarle de su intento. Felipe con su destreza y con su paciencia, lo redujo de tal manera al reconocimiento de su error, que no solo lo retiró de la empresa, por espacio de dos años continuos y no quiso pasar ni por la calle de la dama y muchas veces yendo en el coche con un príncipe, si conocí que era forzoso el pasar, pedía licencia y se apeaba. Tan eficaces fueron las palabras de Felipe o por mejor decir sus oraciones.

Era finalmente, todo para todos, se hacía con los nobles, plebeyos, mozos, viejos, súbditos, prelados, letrados e ignorantes. Cuando era menester estar alegre, lo estaba; cuando era menester compadecerse, se compadecía; el mismo agasajo hacía a unos que a otros. Se cansaba por los pobres, como por los ricos, lo que gastaba sus fuerzas. Por estar tan pronto en recibir a todos, muchos acudían a él cada día; unos por la mañana, otros por la mañana y la tarde por espacio de treinta o cuarenta años. Los aposentos de Felipe se llamaban “Escuela de Santidad” y “Albergue de alegría Cristiana”.

Aunque por este medio hacían tan gran fruto en las almas, no faltaron personas que le condenasen y reprendiesen y no solo hombres del mundo sino de buenísima vida y de santas costumbres. Pero mostró la experiencia mucho mayor el fruto de Felipe por este camino que el de otros por la severidad y el rigor. Es cosa digna de consideración, que aún los penitentes de Felipe, que se confesaban pocas veces, eran mejores y más bien fundados en el Espíritu que los demás.

Supo Felipe usar, cuando era menester, la severidad con tal imperio, que se conocía bien superior a todos, no solo a los de la Congregación o naturaleza frágil, sino a los de natural perverso. Lo llamó una vez la Cofradía de la Misericordia, para ayudar a un ajusticiado, que de ninguna manera quería convertirse, habiendo procurado con mucha insistencia los de la Cofradía y muchos Religiosos. Llegó Felipe a la Capilla donde el

desdichado estaba dando desesperadas voces. Hizo salir a algunos de ella, le cogió del cuello y le mandó callar; al momento el reo pidió la confesión y confesado dos veces se dispuso bien para la muerte.

CAPITULO VIII

Fue admirable Felipe en tener a la juventud lejos del vicio.

Sabiendo Felipe que ordinariamente los hombres llevan a la sepultura los vicios, que adquirieron en la juventud, trabajó en lo posible por apartar del pecado a cualquier género de personas, mucho más en la conversión de los mozos y su perseverancia, procurando inventar medios con que alejarlos de las ofensas a Dios e imprimir en sus corazones el deseo de las virtudes.

Así, aunque de madura edad, y por los sobrados trabajos, destituido de sus fuerzas corporales, se iba por Roma con gran cantidad de jóvenes, hablando de diferentes materias, según la profesión de cada uno, por lo que le tenían amor y respeto y conservaban la amistad entre sí mismos. Muchas veces los llevaba a un lugar apacible y los hacía jugar a juegos lícitos, como al tejo u otros semejantes. Los comenzaba él mismo y se retiraba después a leer o a meditar algún punto de la Pasión, mientras jugaban; para este efecto llevaba siempre consigo un librito de los cuatro evangelios de la Pasión.

Movido por el mismo afecto de caridad, solía (como hemos insinuado en otra parte) llamar con linda traca a algunos, cuando no volvían a confesarse y si los hallaba descuidados en el camino de la virtud, procuraba con ingenio volverlos, valiéndose de otros, que con estratagema los indujesen a la frecuencia de antes, con que cobraban tal vez, el Espíritu con mayor fervor. Era tan notorio en Roma, particularmente entre los religiosos, cuan singular era Felipe en ejercitar a los mozos al amor de la virtud y al deseo de la perfección, que el Padre maestro de Novicios de la Minerva le entregaba muchas veces, todos los suyos, para que los trajese a alguna recreación, satisfecho de que habían de participar mucho del espíritu de su comunicación. Los llevaba Felipe alguna vez a las Siete Iglesias, principalmente en tiempo de Carnestolendas, otras a lugares amenos, donde pasaban todo el día. Comían juntos, gustando el Santo viejo verles comer alegres y les decía: ***“Hijos comed, no tengáis escrúpulo, que engordo de veros comer”***. Acabada la comida, los hacía sentar en el suelo en rueda junto a sí. Les daba muchos documentos, exhortándolos a todas las virtudes, especialmente a la perseverancia, diciéndoles que, era uno de los mayores beneficios que les había hecho Dios, al haberlos llamado a la

Religión. Esto, añadía, os lo digo de todo corazón. Palabras con las que los novicios sentían llenarse el corazón de fervor y del deseo de aprovechar en su vocación y rebosando de alegría volvían a su Convento con gran satisfacción de sus espíritus.

La paciencia que Felipe tenía con los mozos para tenerlos fuera del pecado era increíble. Permitía que hiciesen cerca de sus aposentos cualquier ruido. Se quejaron muchos de la Congregación de su poca cordura y refiriéndoselo al Santo les respondió: ***“Dejadles decir, jugad, y burlad, solo quiero de vosotros que no pequéis”***. Los hacía jugar a la pelota delante de su aposento, por quitarles la ocasión de irse a otra parte.

Un día cierto caballero Romano, que iba muchas veces a visitarle, le preguntó admirado, como podía sufrir tanto ruido, y le respondió: ***“Como no hagan pecados, sufriré que corten leña sobre mí”***. Dando fe de esto, uno de los principales señores de Roma, que siendo mozuelo comunicaba mucho al Santo, dijo a un confidente suyo con lágrimas en los ojos: ***“Cuando yo era mozo y me confesaba con el Padre Felipe, nunca cometí pecado mortal; pero luego que le dejé, me di a la miserable vida en la que me hallo”***.

No podía ver que estuviesen descontentos. Cuando veía a uno de ellos triste, quería que le dijese la causa al momento. Alguna vez solía dar un bofetón diciendo: ***“Está alegre”***. Por su larga experiencia en el gobierno de las almas, decía, que son más fáciles de guiar por el camino del Espíritu los alegres, que los melancólicos. Tenía particular inclinación por las personas de naturaleza apacible. Con esta ocasión quiero referir lo que sucedió en su aposento con dos Capuchinos, que fueron a visitarle. Uno era viejo y el otro mozo. Les miró a propósito a ambos y pareciéndole de más espíritu el mozo, quiso probarlo en la mortificación, como solía a todos y tomando ocasión de que escupió delante del Santo, le reprendió y después de haberle exagerado mucho su acción por lo descortés mostrando gran cólera, dijo: ***“Qué cortesías son estas? Quítate de delante”***. E hizo amago de darle con una chinela en la cabeza. El mozo a estas palabras y acciones, sosegado, siempre conservó la alegría, sin demostración de disgusto, manifestando el viejo con su melancólico semblante de sentirlo mucho, aunque no venía contra su persona. No obstante, mandó Felipe al mozo, que se quitase el manto, porque no merecía llevarlo. Vuestra reverencia, dijo el Religioso, es dueño de todo, me le quito de muy buena gana, no solo porque no lo merezco, sino porque no tengo frío, principalmente porque he comido bien. Le mandó hacer otras acciones, al parecer livianas, en las que el joven estuvo siempre con el mismo gusto y con prontísima obediencia. Finalmente Felipe lo despidió, mirándole siempre con ojos muy severos, sin mostrarle rastro de afabilidad y él al revés, siempre más gustoso, más apacible. Se fueron, pero los hizo llamar cuando estuvieron al pie de la escalera, y el Santo viendo al mozo, le salió al encuentro, le abrazó

apretándole contra el pecho y haciéndole extraordinarias caricias, le dio unas cuentas benditas y otras cosas de devoción diciéndole al despedirse: ***“Hijo, persevera en esta alegría, porque es el verdadero medio para aprovechar en el camino de la virtud”***.

Si bien le agradaba la alegría, nada la disolvió. Decía, que era muy necesario no dar en disoluto y venir a tener espíritu bufón, porque las bufonerías hacen incapaces a las personas de mayor Espíritu de Dios y desarraigan el poco que halla.

Procuraba siempre tener a los suyos ocupados. Les mandaba a veces que les barriesen el aposento, hacer la cama, pasar un arca de una a otra parte, ensartar un Rosario, tejer una guirnalda de flores, leer un libro y otras cosas, por no tenerlos un instante ociosos. Porque fue tan enemigo del ocio que nunca lo hallaron sin hacer nada.

Quería que se confesasen a menudo los mozos, pero que no comulgasen a menudo. Muchas veces los hacía preparar la Comunión, con mucha diligencia, mandándoles hacer devociones particulares para este fin el día señalado para comulgar, lo dilataba para otro, imponiéndoles otras devociones. De esta manera los entretenía hasta que juzgaba conveniente que Comulgasen. Daba razón de esto: ***“Porque el demonio, decía, suele en el día de la Comunión dar mayores asaltos y con mayor fuerza, para que los mozos no puedan resistir, y así hagan mayor injuria al Sacramento. Deseaba que los mozos llegaran al Altar muy hambrientos del Soberano manjar”***. Por esta causa, cuando le pedían licencia para Comulgar, respondía: ***“No, no, sitientes, sitientes venite ad aquas”***. ***“Sedientos, sedientos, venid a las aguas”***.

En tiempo de Carnestolendas, por quitarles la ocasión de ir al curso o a las comedias, les permitía algunas representaciones. Por el mismo fin introdujo la jornada de las Siete Iglesias, el hacer las Conferencias Espirituales en lugares espaciosos, como Monte Caballo o San Onofre u otro propósito para el intento.

Por tenerlos lejos de todo peligro de impuridad, les advertía que no se retirasen solos después de comer a su aposento, ni a leer, ni a escribir, que estuviesen en conversación, porque en aquella hora, suele el demonio dar mayores asaltos; que la Escritura llama meridiano de quien deseaba librarse David. Quería que se guardasen como de la peste, de jugar unos con otros, tocándose las manos, cosa que aborrecía hasta el extremo, particularmente entre los de la Congregación. No permitía que estuviesen solos, no obstante, cualquier estrecho parentesco, bien natural o costumbre, diciendo: ***“Que aunque entonces no había peligro, podría haberlo”***. No le parecía bien burlarse hombres con mujeres de cualquier edad, aunque hermanos.

Confesaba con el Padre Ángelo Velli, un mozo que tenía por costumbre burlarse de sus hermanas. El confesor enseñado en la Escuela del Santo le dijo muchas veces, que no lo hiciese. El mozo sin malicia, en vez de

enmendarse se escandalizó al oír decir aquello. Una mañana le preguntó el Padre Ángelo, si hacía escrúpulo de ello y respondió que no. Le dijo pues que se aconsejara con el Padre Felipe. Fue el mozo, y el Santo informado de todo, le pregunto que qué estudiaba. Le respondió que lógica. Sabe, replicó que el demonio, como buen perito lógico, enseña esta precisión, mujer y no hermana. A estas palabras quedó suspenso el mozo y nunca más se burló de sus hermanas, recibiendo juntamente de el Santo, remedio y valor para poner en ejecución su consejo.

En suma, en el gobernar y conservar la juventud lejos de los pecados, fue muy singular. No tuvo igual en su edad y causaba mayor admiración ver que tenía tanto cuidado de cada uno en particular como si tuviera otros de quien tenerle.

CAPITULO IX

Del cuidado grande que tenía Felipe de los suyos, cuando estaban enfermos.

Cuando enfermaba alguno de sus hijos, iba muy a menudo a visitarle y llegando a la puerta del aposento donde estaba el enfermo, hacia oración por él y también quería que la hiciesen los que con el se encontraban. Cuando peor se encontraban por la enfermedad, no los dejaba hasta que mejorasen o muriesen, consolándolos y ayudándolos a vencer las tentaciones que en esa hora el demonio suele multiplicar, cosa que fue en esto admirable.

A un músico del Castillo de Santangelo, llamado Sebastián, penitente suyo y hombre de gran virtud, se le apareció a la hora de la muerte de manera visible el demonio, negro, espantoso, induciéndole a la desesperación. Atemorizado, Sebastián, comenzó a dar voces como de desesperado: “Oh, desdichado de mí, nunca hubiera nacido, pues perdida toda esperanza, he de ir a las ardientes llamas del infierno, ¡Ay de mí, desventurado de mí”. Dos horas continuas estuvo dando estas voces, sin admitir consuelo. Llamaron al cura, pero Sebastián no quiso verle, ni oírle. Lleno de indignación le volvió la cara diciendo que no le creía, que estaba ya condenado sin esperanza de salvación. Confusos los de su casa sin saber que hacer, avisaron a Felipe. Fue allá, y en cuanto puso el pie en la puerta del aposento, dio esta voz: ***“Que hay, qué hay?”***, palabras ordinarias suyas, entro hasta donde se encontraba la cama, le puso la mano sobre la cabeza y le dijo que no dudase. Al punto el enfermo, confortado, comenzó a decir a voces: ***“El Padre Felipe echa a los demonios, los demonios huyen y Felipe los echa. Oh virtud grande, viva Cristo, viva Felipe, por quien he***

sido librado del infierno, viva el Oratorio". Y alegre se puso a cantar los motetes espirituales que se cantan en el Oratorio, particularmente uno que comienza: "Jesús, Jesús, Jesús, todos llamen a Jesús". Después levantando las manos y los ojos al Cielo dijo: "He aquí los Ángeles, he aquí los Arcángeles", nombrando todos los coros Angélicos, dio el espíritu a Dios en las manos del Santo, la víspera del Arcángel San Miguel.

Perfiano Rofa, confesor de Felipe, tuvo gran batalla con el demonio a la hora de su muerte y a grandes voces decía: "Tu inducame Deus, tu diceme causam mean", santiguándose al repetir estas palabras, sentándose sobre la cama y echándose a una y otra parte de ella. En esta desazón llegó Felipe y viéndolo Porfiano le dijo: "Sancte Felipe ora pro me", echad a aquél can negro y fiero que pretende herirme. Se puso al momento en oración exhortando a los que le acompañaban que dijese un Padre Nuestro y un Ave Maria por él, y apenas puso las rodillas sobre el suelo Perfiano comenzó a dar voces: "Sea alabado Dios, sea Dios alabado, el perro se va, el perro huye": Se levanto Felipe, echó agua bendita sobre el aposento y sobre el enfermo y desapareció todo. Perfiano, tranquilo y sosegado al día siguiente dio su vida al Criador.

Gabriel Tana Modenés, mozo de dieciocho años, criado del Cardenal Riccido Montepulciano, uno de los primeros penitentes del Santo, que dos años antes de su muerte se había dado al Espíritu, confesando y comulgando dos veces por lo menos a la semana y muy solícito a las obras de piedad, principalmente en visitar los hospitales, habiendo estado en la cama durante veinte días por una enfermedad mortal, sin tomar medicamento alguno, cercano a la muerte y tentado del demonio, con deseo de vivir, manifestaba gran miedo y mayor aborrecimiento de la muerte. Le preguntó Felipe que le asistía continuamente, cómo se hallaba y respondió: "Muy alegre, porque parece que no quiere Dios que muera esta vez". Le rogó que dijese Misa para que Dios le diese tiempo para hacer penitencia por sus pecados. Le respondió el Santo: ***"Quiero ir a decirla a la Capilla de San Pedro Motorio, donde fue el Santo Apóstol Crucificado"***. Y Gabriel deseoso de vivir, le repetía muchas veces: "Ruegue a Dios me de tiempo de hacer penitencia". Reparó el Santo en esta tentación en la que había tenido revelación de la muerte, y le dijo: ***"Quiero que me hagas donación de tu voluntad y en el Ofertorio la ofreceré a Dios, porque si te llamase y el demonio quisiese tentarte, puedas responder: no tengo voluntad, ya la he dado a Cristo"***. Lo hizo así el mozo; Felipe suplicó a los circunstantes que rogasen a Dios por el enfermo y se fue. Dijo la Misa, volvió y encontró al enfermo cambiado y con afecto grande repetía muchas veces aquellas palabras del Apóstol: "Cupio dissolvi esse cum Christo". Tomando un Crucifijo en las manos y llevandoselo al pecho, llenos los ojos de lágrimas, lo abrazaba tiernamente y lo adoraba exhortando a todos a servir a Dios de veras y echar a las espaldas la vanidad del mundo,

repitiéndolo a cada paso: “Esta vida me causa aborrecimiento, deseo morirme y gozar en el Cielo”. Vuelto a Felipe le dijo: “Hasta ahora Padre, os rogué por mi salud con grandísima instancia y ahora os ruego que alcancéis de Dios la dicha de sacarme de esta vida miserable muy pronto”. Empleó todos estos afectos hasta el día siguiente y queriéndose ir el Santo a San Jerónimo, donde vivía entonces le dijo: “Quiero Padre mío irme a los Cielos, rogad ahora que sea consolado”. Felipe le respondió: **“Si quisiese Dios que padecieses este mal por mucho tiempo, no te resignarías en su voluntad”**. El entonces dijo: “Qué oigo Padre?, no os he dicho muchas veces, que deseo ir a ver a Dios y que no deseo esta vida? Rogadle me valla antes que sean las cinco de la madrugada de todas maneras”. Le respondió Felipe: **“Ora bien, no dudes, serás consolado, pero advierto que te aparejes a combatir valerosamente, porque el demonio te dará muchos asaltos. Acuérdate que diste la voluntad a Cristo, no temas, que lo vencerá todo por ti”** y le descubrió una por una las tentaciones que tendría. Hecho esto, se fue a poner en oración más libremente, por él, dando orden a Juan Bautista Salviati, Francisco Maria Tarugui y otros, que le avisasen si ocurría alguna novedad. Apenas pasada una hora, llegó el demonio, tentándole de presunción, persuadiéndole de que había merecido mucho por sus obras y que estaba seguro de su salvación. La señal de esto fue, que al oír aquellas palabras de la recomendación del alma: “A mala morte libera eum Domine”, se sonrió y meneando la cabeza dijo: “El que viene con el corazón a Cristo no puede morir de mala muerte”. Comenzó a dar voces: “Ayudadme os ruego, hermanos con vuestras oraciones, que ha sido tentación del demonio lo que he dicho”. Vencida esta, sobrevino el enemigo con otra, impidiéndole pronunciar el nombre de Jesús, que lo había deseado sumamente, en particular cuando expirase rogando a sus amigos que se lo recordasen mucho en aquél trance. Sintiéndose impedido daba voces: “Socorro hermanos, socorro que no puedo nombrar” y le preguntaban que es lo que no podía nombrar. Acaso el demonio te impide nombrar el Santo Nombre de Jesús? Mostró con señas que si. Y volviéndose a Jaime Marmitas, Secretario del cardenal y penitente de Felipe, dijo: “Ay de mí, que tentación es esta?”, yo no puedo nombrar el nombre de Jesús (aunque lo nombraba algunas veces no lo parecía). Animándole los circunstantes a pronunciarle en el corazón sino podía con la boca. Y después de largo combate le sobrevino grandísimo sudor. Luego enviaron por el Santo Padre, a cuya venida alegre, pronunciaba con él muchas veces claramente el nombre de Jesús, exprimiéndole y repitiéndole en el modo que deseaba, ayudándole el Santo con mostrar un Crucifijo, poniéndole en la boca aquél nombre santísimo, con afectuosas palabras. No cesó aquí la batalla, con un nuevo asalto le embistió el enemigo, tentándole en la fe y dándole nueva esperanza de vida. Afligido el enfermo y vuelto al santo, le dijo: “Socorro Padre, que me parece que no creo y que no he de

morirme”, respondió Felipe: **“Desprecia este otro engaño di conmigo, Creo, Creo”**. Estas palabras, aunque juntamente con el Santo, las profirió muy bien; le parecía que no las pronunciaba, ni que tenía la fe que quisiera. Mando Felipe a los circunstantes, que dijese con voz alta el Credo así como a Gabriel, que en el corazón por lo menos lo dijese. Cesó la tentación al punto y respiró un poco, valiéndose de este Santo ardid, burlando al demonio diciendo: “Quiero creer a tu despecho, quieras o no quieras eternamente”. Quedó de la batalla muy cansado, si bien por la gracia de Dios salió vencedor. Finalmente acudiendo la astuta serpiente al último medio suyo de desesperación, se le puso delante de manera horrible y fiera, atemorizándole con tal fuerza, que mudando de color, espantaba la vida. Mirando a todas partes no encontraba sosiego, daba a veces desconsolados “Ay de mí, misericordia Señor, echad o Padre estos canes negros, que me están rodeando”. Entonces Felipe, poniendo sus manos sobre la cabeza del mozo, le dijo al demonio: **“Tienes tu fuerza, espíritu maligno, para hacer resistencia a la gracia de Dios? Estas manos tocaron esta mañana a Cristo. Yo te mando de su parte que huyas de este lugar y dejes tranquila esta alma”**. Al punto terminó la tentación y vuelto a Gabriel le dijo: **“Anímate hijo y di: Discedite a me omnes, qui operamini iniquitatem. No temas, porque si tú pecaste, Dios padeció y pagó por ti. Éntrate en su costado, en sus santísimas llagas, no tengas miedo”**. Dicho esto se arrodillo a los pies de la cama y luego alborozado el enfermo comenzó a gritar con grandes voces: “Alegría hermanos, alegría, huyeron los perros, Felipe los echó. Mirad que furiosamente huyen, señalando con el dedo el lugar donde los veía. Nosotros hemos vencido, vosotros huís a vuestro despecho, ahora si que podré nombrar a Jesús. Luego puso los ojos en un Crucifijo que tenía en las manos uno de los circunstantes y oró con tal fervor que obligó a llamar a todos. Después vuelto a ellos, les dijo: “Oh, que cosas he visto hermanos, ahora conozco verdaderamente lo que tantas veces nos ha dicho el Padre, que cuanto amor se pone en la criatura, tanto se quita al Criador. Os ruego con todo afecto, que pongáis todo vuestro amor en Dios” y vuelto otra vez al Cristo, prosiguió con la oración. Pidió el Crucifijo, lo abrazó y lo besó con todo amor. Conmovido de gran fervor de Espíritu, levantando algo la mano, dijo con voz clara: “Viva Jesús, por todo el mundo, viva siempre. Quién podrá apartarme jamás de su caridad?”, repitiendo con la voz levantada, las palabras que el Santo Padre le había dicho: “Discedite a me omnes, qui operamini iniquitatem”, diciendo oprobios al demonio. De manera, que temiendo Felipe, no le redujesen a la muerte, más de prisa aquellos afectuosos movimientos, le dijo: **“No más, no más, deja al demonio que se le hace sobrada honra al hablar de él, pon toda tu esperanza en Dios y déjate en sus manos”**. A este precepto calló el joven, habiendo combatido valerosamente con mucho espíritu y desvanecido todas las ilusiones de Satanás. Todos los que estaban

presentes, juzgaron que llegaría al día siguiente, por haberle visto hablar con tanta expedición y ánimo durante tanto tiempo. Los médicos tenían las mismas esperanzas. Con todo el Santo dijo que no sería así, que al cambiar de postura moriría. Apenas pasada media hora, volviéndose del lado derecho, donde se encontraba Felipe, pronunciando el nombre de Jesús, pasó a la otra vida, quedando su rostro con la belleza de un Ángel.

A Jaime Marmita, Secretario del Cardenal de Montepulciano, hijo espiritual del Santo, hombre de mucha erudición y prudencia, muy temeroso de Dios, le sobrevino ardentísima calentura con dolores de estomago y otros accidentes que lo redujeron a la muerte. Cercano al tránsito, haciendo su oficio la naturaleza, se quejaba de manera que parecía incapaz de consuelo. Se hallaba presente el Santo y el dijo: “Coraje, Jaime, invocad al señor y decid: Deus noster resuorum et virtus, ad tutor in tribulationibus”. Respondió: “Que invenerunt nos nimis”. Prosiguió en consolarlo y lo redujo en breve a grandísima tranquilidad y resignación en la voluntad divina, y poco después, con edificación de todos, rindió el Espíritu a su Criador.

Nicolás Gilli, Sacerdote de la Congregación, salió también victorioso del demonio a la hora de la muerte por la oración de Felipe. Fue el caso, que diciendo Misa el Santo, en el Oratorio de sus aposentos, rogando con fervor por el enfermo, se oyeron por la casa grandísimos ruidos, como de cantos y ruedas de molino, que se despedazaban sobre los pavimentos. Viendo que duraba el terremoto, llamó Felipe, se había quedado sólo en la Capilla a tener oración, llegó a su llamada el Padre Pedro Consulino y le mandó que fuese de prisa a saber de Nicolás; fue y le halló plegadas las manos y levantadas al Cielo y repetía con afecto grande: “Gratias agamus Domino Deo nostro; accessit recesit, victus est”. Volvió al Santo y el refirió lo que había visto, le respondió Felipe como solía: **“Basta, basta, no es menester más”**. De allí en poco rato fue a visitarle y Nicolás con afectuosos ojos, mirándole dijo: “O Padre mío, por qué no os he conocido antes? Por qué tan tarde Padre mío?. Había experimentado en el combate la eficacia de las oraciones de Felipe y más al vivo, conocido su santidad.

Fue este sacerdote de nacionalidad francesa, muy desapegado de los afectos terrenos, especialmente de sus parientes, cuyas cartas nunca quiso leer, las quemaba al recibirlas. Amaba sobremanera la obediencia, era enemigo del ocio, estaba continuamente en el confesionario, confesando a cualquier género de personas. Fue hombre de gran oración, muy mortificado u queridísimo del Santo Padre. Predijo antes que enfermase el día de su muerte. Vivió en la Congregación durante veinte años y dio su Espíritu a Dios el catorce de Junio de mil quinientos noventa y uno, con tal opinión de santidad, que el mismo Santo llevaba reliquias suyas.

Carlos Mazei penitente de Felipe, a la hora de la muerte tuvo grandísimos combates con el demonio. Se le apareció visiblemente

induciéndole a la desesperación y poniéndole delante lo que había hecho y dicho durante toda su vida, no le respondió otra cosa diciéndole dos veces: “Appello Philippum, Appello Philippum. Apelo a Felipe, Apelo a Felipe”. Y a estas palabras, el demonio, perdido su atrevimiento, desapareció. Dijo después el Santo, que si hubiera querido disputar con el demonio, le engañaría sin duda y aseguró que su alma estaba en vías de salvación.

Era cosa muy constante entre los suyos, que huían los demonios solo con entrar a los aposentos dijese Felipe: ***“Quién está acá?”***. Con esto se veían libres de las tentaciones los que allí habitaban. Muchos agonizantes vieron desaparecer al demonio, al llegar el Santo a sus aposentos. No solo uso Felipe esta caridad con las personas de obligación y amigos, sino con los que le perseguían. Y dejando aquí ahora a muchos de los que hablaremos en el Capítulo de la Paciencia, digo solamente que, teniendo una enfermedad mortal cierta persona, que contra el Santo y un penitente suyo había hecho todas las obras malas que había podido, dijo volviendo de decir Misa: ***“He rogado por Fulano, más de lo que acostumbro”***. Después se supo que había caído enfermo al mismo tiempo que celebraba Felipe. Mostraba tanto afecto a este hombre, que cuando hablaba de él, lloraba de compasión y así quiso Dios que supiese su enfermedad, para que rogase por su salud. Daba en esta materia algunos documentos: primeramente que, cuando se visitaban enfermos moribundos, no se les dijese muchas palabras y los ayudasen más con la Oración. Que se advirtiese mucho el no hacer de profeta sobre la salud o la muerte, porque algunos si decían que moriría el enfermo, sentían que no saliese verdadera su profecía.

CAPITULO X

Libra a muchos de diferentes tentaciones y trabajos.

Además del cuidado y solicitud de Felipe en el cuidado del cuerpo y de los prójimos, ninguna persona acudía a él, que no quedase libre de cualquier tentación y consolada en cualquier trabajo. Y comenzando por los que pertenecen al alma. Hallándose Marcelo Vencí de Montepulciano, deudo del Cardenal Tarugui en grandísimo peligro de cometer un pecado, comunicó muchas veces su tribulación con el Padre Ángelo Veli, su confesor, este le remitió a Felipe si quería remedio. Le obedeció Marcelo, refirió largamente su tentación y peligro al Santo, se encomendó con gran instancia a sus oraciones y le rogó por Amor de Dios que le librase del peligro. Al mismo tiempo se sintió confortar milagrosamente el corazón, y apenas acabó de hablar, se sintió totalmente libre de la tentación sin que más le molestase.

Antonio Fantini de Bañacavallo, pobre arriero (este durante treinta años se confesó con el Santo y en los últimos lo hacía a menudo o por mejor decir cada día y murió estos años pasados con mucha edificación) estaba casado con una mujer joven y reparando en las acciones de cierto caballero cuando pasaba por su casa le dijo: “Que no pasase porque se arrepentiría de hacerlo y viendo que continuaba, resolvió matarle. Al cabo de tres días, llegó uno de fiesta en que infaliblemente solía confesarse y comulgar. Venciose, fue al santo y le refirió el mal proceder de aquél mozo y la resolución que había tomado. No hizo Felipe más que ponerle la mano en la cabeza diciéndole: **“Ve con Dios”**, y en un instante se sintió Antonio, aunque antes afligido, lleno de alegría y sin la tentación, de manera que cuando veía a su enemigo, no sentía el menor movimiento de ir contra él. Y es de admirar que aquél hombre no volvió a pasar por su casa.

Un mozo recién llegado al conocimiento de Felipe, por ningún caso quería perdonar una injuria y aunque el Santo se lo pedía con muchas razones, siempre estaba más obstinado. Viendo Felipe que nada aprovechaba, como un Crucifijo, y con gran Espíritu le dijo: **“Vuelve acá, considera, cuanta sangre ha derramado este Señor por ti, no sólo perdonó a sus enemigos, sino que además rogó al Padre Eterno que los perdonase. No adviertes, pobre de ti, que en vez de pedir perdón de tus pecados, pides venganza cada día en el Padre Nuestro?”**. Le mandó que se arrodillara y dijese con él algunas razones a Cristo, en forma de Oración, exagerando el Santo en ellas la dureza y obstinación de su ánimo y mostrándole la gravedad de su culpa. Aunque obedeció el mozo en arrodillarse, no le fue posible pronunciar palabra, siempre estuvo temblando. Pero después de largo rato se levantó diciendo: “Aquí estoy, Padre, aparejado a vuestra obediencia, yo perdono todas las injurias, Su Reverencia disponga lo que fuese servido, que estoy prontísimo a darle todo gusto. Y así lo hizo.

A Pedro Focile, le reprendió un día en la confesión, porque no le obedecía en algunas cosas que le había mandado y resentido dijo: “Por ventura, no habrá otro confesor?” La primera vez que se confesó con otro, le dio una melancolía e intranquilidad de conciencia, que no podía sosegar. Pasados dos días, le mandó llamar el Santo. Como solía, solo con sentir que le llamaba, recuperó la alegría. Fue al Santo y con mirarle solamente, se enterneció su corazón de tal manera que echándose a sus pies, lloró amargamente. Le cogió Felipe la cabeza, se la llevó a su seno y le corrigió con dulzura. Pedro consoladísimo, le ofreció no volver a desobedecerle en la vida.

Isabel, Condesa del Castillo, habiéndola molestado durante tres o cuatro meses una tentación grandísima, por consejo de su confesor, fue a confesar con Felipe y viéndola le dijo: **“O pobre mujer, vos padecéis una tentación de las mayores que una persona espiritual puede padecer”**. Quedó

admirada al oírle (era una cosa que sólo la podía saber Dios y su confesor). Le puso el Santo la mano en la cabeza diciéndola: ***“Ea, no dudéis, quiero decir Misa y rogar Dios por vos”***. Luego salió del confesionario con su acostumbrado temblor y al momento Isabel se halló tan libre de la tentación que no la molestó más.

Mucio Aquilei, sacerdote de San Severino de la Marca, quedó tan aficionado al Santo Padre, porque confesando un día con él en San Jerónimo de la Caridad, le descubrió algunos secretos de su corazón, que desde entonces nunca hizo cosa, aún vuelto a su patria, que por cartas no se lo comunicase. Tanta fe tenía en él, que se le encomendaba viviendo, como si fuera ya canonizado. Y en prueba de esto, una vez viniendo de su patria a Roma, viéndose en evidente peligro de caer desde una peña al Tiber, donde si caía no se sabría nada de él. Se le encomendó de todo corazón y en un instante sin saber como, se halló fuera de peligro. Este sacerdote afirma, que todas las veces que padecía una tentación y se encomendaba de corazón al Santo, se veía fuera de ella con tranquilidad de su conciencia. Algunos dicen, que todas las veces que el Santo les confesaba o les ponía la mano en la cabeza, o se valían de los remedios que les daba, recibían infalible remedio en las tentaciones. Otros confesaban que se hallaban libres de ellas, con nombrarle solamente.

Libró también a muchos de los trabajos que suelen acarrear los negocios del mundo. Se hallaba Julio Pedrucci, noble de Siena (que por medio del Santo entró al servicio de San Carlos) en un grandísimo trabajo. Entendida la Santidad y virtud de Felipe, fue a confesarse con él, con la esperanza cierta de recibir consuelo. Apenas le hubo comunicado su aflicción, se quedó libre de ella, como si nunca la hubiese padecido. Haciendo después reflexión sobre el caso, formó mayor concepto de su santidad y se entregó en todo a su obediencia. Y después de la muerte del Santo, hasta la decrepitud, continuó los Ejercicios del Oratorio, con edificación y gran ejemplo.

Bernardino Cotta y Gerardo Caracci, boticarios, estuvieron para matarse una tarde, sobre la pretensión de quien lo había de ser del Papa Sixto V, recién electo entonces. Una hermana de Gerardo, fue a referir al Santo lo que pasaba y mostrando Felipe poca atención, a sus razones la respondió: ***“Basta, Idos no dudéis”***. Dijo la Misa a la que asistió Antonia (así se llamaba la hermana de Gerardo) y cuando llegó a su casa halló a su hermano, que con satisfacción de la parte contraria, sosegadas las contiendas, había conseguido su deseo.

Juan Bautista Mañani, Furriel de Gregorio XIII, estaba desesperado por haber jugado mucho dinero, lo encontró Felipe en Corre Savelli, y si bien no le conocía ni le había visto jamás, le tomó de la mano y le dijo con sentimiento grande: ***“No os desesperéis, Dios os ayudará, quiero que os confeséis y veréis la Gracia de Dios”***. Le llevó a San Jerónimo, le confeso

y le puso la mano en la cabeza, e inmediatamente sintió Juan Bautista como se le ensanchaba el corazón libre de su congoja, y admirado blasonaba a Felipe por Santo.

Boecio Junta, Clérigo de la ciudad de Sinigalla, padeciendo una aflicción grandísima, se fue a San Jerónimo de la Caridad y hallando al Santo en el confesonario, se arrodilló para confesarse. Felipe aunque no lo conocía, al verle, levantó los ojos al cielo y dijo: **“Señor, esta es un alma muy atribulada”**. Con solo estas palabras, se halló el Clérigo consolado y libre de sus angustias.

Bartolomé Mantico, Clérigo Romano, que servía al Cardenal Cesar Baronio, por corrector de la impresión, tuvo noticia de que su padre había sido preso de bandoleros y afligido se fue a la Iglesia nueva a pedir a los padres que rogasen por él. Halló a Felipe, que acababa de decir Misa, le contó en esta ocasión la desgracia de su padre y le respondió el Santo: **“No dudes que no padecerá daño alguno”**. Se fue con esto, pero volvió al terminar de comer, dándole la noticia de que los bandoleros pedían mil quinientos escudos por la vida de su padre y que si no los pagaban dentro de unos días lo matarían sin duda. Se turbó el Santo y dijo para sí, conviene consolar a este pobre hombre, que no podría pagar ni cien escudos, cuantos más mil quinientos y le dijo: **“Haced que rueguen por él los Capuchinos”**. Ya está hecho, respondió. Felipe le contestó; **“Volvedlo a hacer, que Dios lo agradecerá y seréis consolado sin duda”**. Dentro de pocos días tuvo noticia, de que su padre milagrosamente había salido del poder de sus enemigos, sin daño en su persona y sin dar dinero, con lo que Bartolomé quedó consolado, cuando menos lo pensaba.

Prudencia Díaz, Romana, se hallaba con algunos disgustos grandes, llegó a estar tan impaciente, que le impedía el disgusto e intranquilidad del ánimo, el leer, el escribir y rezar sus acostumbradas devociones, sin consolarla la confesión. Le envió su confesor a comunicar su tribulación al Santo, pero antes de que la mujer hablase palabra, la retiró Felipe todo aquello que había de decirle. Le puso la mano sobre la cabeza, rezó algunas oraciones y haciéndola una cruz en la frente, la despidió. En un instante, la dejó aquella pasión y quedó muy consolada y libre de toda impaciencia y de inquietud del ánimo que la trabajaba.

Lo mismo le sucedió a Livia Vestri Orfina, que no hallando remedio a una imaginación, que durante seis meses seguidos la afligió, fue cambiada de su confesor al Santo Padre y solo con decirle: **“No es nada”**, la dejó del todo el desasosiego de su alma.

A Camilo Pánfilo, habiéndole quitado el sueño una noche entera, el cuidado de un negocio y pareciéndole que tardaba mil años, el día para comunicárselo al Santo, luego que por la mañana le vio, le dijo Felipe: **“Camilo, toda esta noche estuve contigo consolándote”**. A estas palabras se le sosegó el corazón y el negocio surtió el efecto que deseaba Camilo.

El cardenal Jerónimo Pánfilo, hermano de Camilo, dijo del Santo estas palabras: “En todos mis trabajos me encomendaba a Felipe; con su consejo y oración me hallaba libre de todos; de manera que, cuando él me ayudaba, me juzgaba seguro, nada temía. Añadiré esto solamente, que todos los que han recibido alguna merced en particular o habían sido librados de alguna tentación o trabajo, encargaba sumamente el agradecimiento, sabiendo cuan olvidadizo es el hombre de los beneficios que de Dios recibe. Por esta causa mandó a su hijo espiritual, a quién había concedido Dios una señalada merced, que en agradecimiento de ella, rezase todos los días de su vida el Oficio de la Cruz y el del Espíritu Santo.

CAPITULO XI

Libra a muchos de Melancolías y escrúpulos y cuan propio le era consolar.

Fue muy singular Felipe en librar de melancolías y escrúpulos a las almas que los padecían, cosa bien dificultosa. Seguía un endemoniado a un difunto que llevaban a enterrar al Convento de San Gregorio, donde estaba retirado por una pendencia, cierto Caballero Romano. Acabadas la exequias, se puso a hacer preguntas al endemoniado con extraordinario y espantoso modo. También lo está vuestra merced. A estas palabras se puso tan melancólico el hidalgo, que temiéndolo serlo verdaderamente, resolvió hacerse conjurar y tenía tan impresa aquella imaginación, que preguntándole su nombre el que le conjuraba, respondió diferentes apellidos de demonios como se le venían a la cabeza, haciendo muchas acciones de endemoniado. De forma, que el sacerdote se persuadió, que con toda verdad lo estaba. Crecía su mal, porque se aumentaba el humor melancólico con los exorcismos. Se puso en las manos de cuatro médicos, los mejores de Roma, utilizaron muchísimos remedios, para quitarle aquél humor y en particular para que le volviese el sueño, cuya falta junto con otras enfermedades le había dejado en los huesos. Nunca fue posible hallar el remedio que lo curara, ni medicina para él. Dejó los médicos y visitando un día a una tía monja, que tenía, en el Convento de Torre de Espejos, la refirió el suceso de la enfermedad. Todas la religiosas le aconsejaron que visitara al Santo y que se aconsejara por él, pero como mozo del mundo no le preocupaba. Su tía y otras monjas, rogaron al Santo Padre que fuese a su casa, pues el joven no se atrevía a buscarle. Fue Felipe y con toda libertad le aseguró que no estaba endemoniado. Le hizo cantar un rato con el Padre Gallonio, por divertirle la imaginación y le mandó que se dejase ver por la Iglesia nueva. Fue allá el caballero y el Santo con sus acostumbradas

caricias, le cogió de la cabeza, se lo acercó al pecho y le preguntó como estaba, le respondió el mozo sintiéndose consolar: “Bien Padre”. Después le dijo que hiciera una Confesión General y comenzó a ir a visitar al Santo todos los días, pasando muchas horas con él, porque en su compañía se sentía lleno de alegría y de gusto. Con este remedio, sin otras medicinas ni conjuros, poco a poco cobró la salud; salió personal espiritual, siguiendo con mucho afecto los Ejercicios del Oratorio.

No quiero dejar de contar, que cuando hacía este hombre la confesión general le dijo al Santo, que no podía quitarse de la imaginación el estar endemoniado y le respondió: **“No dudes que yo te conjuro”**. Y una noche soñó, que estando con la boca abierta, salían por ella multitud de demonios, despertó invocando a Jesús, quedando libre desde entonces de todo trabajo. Se lo refirió al Santo al día siguiente y le respondió poniéndole la mano en la cabeza: **“Vade, et noli amplius peccare”**.

Domingo Sarraceni, famoso médico en aquellos tiempos, no hallaba remedio para una cruel melancolía que padecía, ni era de provecho lo que otros médicos le aplicaban. Determinó ir a San Felipe, con gran fe de que curaría por su medio. Le recibió el Santo con mucho amor y con decir solamente: **“No hay que dudar, curará sin duda”**, sintió alivio en su mal y sin otro remedio se halló del todo bueno y libre de la melancolía. Lo mismo le ocurrió a una persona de las principales de la Corte a la que curó Felipe de una pesadísima tristeza, solo con decirle: **“No os desesperéis”**.

En materia de escrúpulos, sería prolijo si quisiera detenerme en referir a las personas a las que libró de ellos y los modos con que solía hacerlo, bastarán dos sucesos por consuelo de los que se hallaban trabajados de ellos, porque se encomiendan al Santo en estas ocasiones.

Julián Fusqueiro, sacerdote de San Jerónimo de la caridad, hombre de buenísima vida, tenía un penitente a quién los escrúpulos, lo redujeron a tal extremo, que no se podía ni confesar. Lo envió a diferentes personas a ver si lo podían librar y viendo que nada aprovechaba, determinaron llevarlo a San Felipe y viéndolo le dijo: **“Tú hijo, padeces tentaciones del demonio, yo lo conozco muy bien, ten buen ánimo, quedarás sosegado”**. Le hizo muchas caricias, lo abrazó y conociendo que todo venía del Espíritu de Soberbia por donde el demonio le había aferrado el corazón, para confundir a uno y humillar a otro, librándole juntamente de los escrúpulos, le preguntó en presencia de Fusqueiro, que si diría sus pecados a los dos. Respondió, que con mucho gusto, porque no lo dejaba por temor o por respeto humano sino por no poderle declarar. Felipe entonces, le hizo arrodillar entre los dos y le pidió que comenzase a referir sus pecados. Hecho esto le mandó besar la tierra para confusión del demonio, al momento se le quitó del todo el escrúpulo y se confesó después sin dificultad alguna durante toda su vida.

Refiere el Cardenal Federico Borromeo, que una persona que padecía muchos escrúpulos cuando rezaba el Oficio Divino, empeorando cada día, que casi desconfiada de todo remedio fue al Santo y él la despidió diciéndole solamente: **“Yo rogaré a Dios por Vos”**. Volvió a su casa, se puso a rezar y lo hizo sin ningún impedimento. Admirada de sí misma, desde entonces no le afligieron más los escrúpulos.

Daba Felipe diversos documentos y remedios en esta materia. Primeramente que cuando una persona ha resuelto una vez no consentir en la tentación, no ha de estar discurriendo después, si consintió o no; porque muchas veces con estos discursos, se da ocasión a las tentaciones mismas; porque a muchos suelen molestar los escrúpulos, por no saber si consintieron a la sugestión o no. Daba dos reglas para conocerlo. La primera, que si en la tentación esta vivo el amor a la virtud contraria del vicio en que uno es tentado, es suficiente conjetura el no haber consentido. La segunda, que si jurara uno que consintió en la tentación o no (puesto que sabe cuan grande pecado es el jurar lo dudoso como cierto) porque no poder jurarlo, es buenísima señal de que no consintió. Además del remedio de remitirse al juicio del confesor, daba otro a sus penitentes que era despreciar los escrúpulos. Prohibía a semejantes personas que se confesasen a menudo, porque no se acostumbrasen a no poner cuidado en ellos. Si comenzaban la confesión, metiéndose en escrúpulos, lo enviaba a comulgar sin escucharlos. Generalmente decía que esta enfermedad suele dar treguas, pero pocas veces da paz y que solo la humildad la puede vencer.

Era tan propio de Felipe el poder consolar, que no solo sus palabras y diversas tracas que usaba, sino cualquier cosa suya, traía consigo el consuelo. Primeramente sus manos, en las que llevaba siempre o Libros Espirituales o Rosarios. Donde quiera que tocasen consolaban. Tiberio Ricardelli, afirma que cuando el Santo le tiraba de los cabellos, sentía alborozado el corazón. El Cardenal Baronio, recibía gran consuelo cuando Felipe le daba de bofetones. El Cardenal Octavio Bondino, se gloriaba de haber recibido de su mano un bofetón, siendo mozuelo. Francisco Puchi de Palestrina, decía que cuando le tocaba la cabeza sentía tanta abundancia de Espíritu, que de alborozo se le batía el corazón. Lo mismo dicen los mozos a quienes confesaba: *“manus illius tornasiles aurea plena byacintis. De quien hablando Peregrino Arobello, canónigo de San Marcos de Roma, dice estas palabras. En suma para confirmar su santidad, digo que tenía tan satisfecho mi ánimo cuando le hablaba, que nunca quisiera dejarle. Todas las veces que me encontraba en la calle, me pasaba sus manos por la cara preguntándome: **“Cómo estás, qué haces?”**. Recibiendo con esto grandísimo consuelo y me parecía que su cuerpo despedía un suavísimo olor. Una vez me lo encontré junto a la casa del Cardenal Esforcia y con sus acostumbradas caricias, me puso las manos en el rostro, diciéndome:*

“Qué haces Peregrino?”. Y me dejó tan alegre y tan alborozado, que no sabía donde iba de contento.

No solo su persona, sino sus aposentos, daban gran consuelo a los suyos, de ordinario les servía de alivio en sus aflicciones. Marcio Altieri, decía: “El aposento de Felipe, no es sino un paraíso terrestre, tanto gusto recibía de estar en él”. Lo mismo testifica Julio Benigno, Arzobispo de Tesalónica. El Cardenal Federico Borromeo, aunque no tuviese negocio con el Santo, gustaba mucho de entretenerse en sus aposentos. El Cardenal Alejandro de Médicis (después León XI) iba muchos días en la semana, deteniéndose cinco y seis horas seguidas y decía muchas veces a su familia: “ Siento mucho que llegue tan aprisa la noche”. Muchos con tan solo estar a la puerta, recibían alivios en sus trabajos. Fabricio de Máximis, cuando estaba con alguna pesadumbre, solía irse a la puerta del Santo y con esto se libraba de ella. Lo halló un día el Cardenal Agustino Cusano y le preguntó por qué no entraba y le respondió: “Me basta señor, estar a la puerta, para quedar del todo consolado”.

Nero del Nero, cuando se hallaba afligido, con llegar a la puerta del aposento de Felipe, sentís esparcido el corazón, aún después de la muerte del Santo.

Algunos recuperaban la alegría perdida con mirarle a la cara. Montezarzara, dice que, con ponersele delante se hallaba consolado en sus trabajos, aunque Felipe no le dijese palabra. Rodolfo Silvestri, médico de Gregorio XIV, testifica que jamás tuvo mayor gusto que el estar en su presencia. No han faltado algunos que, de solo soñar que estaban con él, recibían un gozo particular. En suma fue Felipe consuelo universal para todos los que acudían a él con sus problemas.

CAPITULO XII

Limosnas de Felipe

Aunque el principal fin de Felipe, era socorrer al prójimo en el alma, también lo hacía en las necesidades temporales. Cuando visitaba algún enfermo pobre, solía llevarle limosna, no solamente de dinero, sino de todo cuanto era el propósito para el remedio de la enfermedad. No esperaba que le llamasen, procuraba saber donde se encontraban los enfermos pobres, y les llevaba muchas veces en la capa, o en el seno a cualquier hora, no que necesitaban.

En cuanto a este afecto de caridad, le hacía Dios merced de que viese en Espíritu las necesidades. Habiendo venido a gran pobreza un músico del

castillo del Santo Ángel, le socorría Felipe todas la veces que tenía necesidad, sin que persona alguna se lo avisase. Lo mismo hizo con Antonio Fantini, a quien un día confesándole, le dio dieciséis escudos que necesitaba, sin que le dijese palabra. A una persona noble que estaba en extrema necesidad, dio la comida y el vestido durante mucho tiempo. No hacía limosna de poco momento, de cantidades considerables de dinero y otras cosas las hacía, como lo experimentó en una ocasión, mandando vender sin dilación una colgadura que le dio cierta señora y distribuyendo el precio de ella por Amor de Dios.

Socorría familias enteras, en particular a una mujer con cuatro hijos, bastante pobre. No tenían ni para comer ni para vestir y les proveyó durante cuatro años enteros de todo lo necesario para cada día, añadiendo de cuando en cuando, dieciocho o veinte escudos para otras necesidades.

A la mujer de Vicente Iluminador, persona de gran bondad (de quien hablaremos en otra parte) habiendo quedado viuda con seis hijos, la proveyó Felipe de todo lo necesario para su sustento y a una de sus hijas le dio la dote para ser monja.

A Gabriela de Cortona, mujer muy virtuosa, dio el Santo, muerto su marido, cuanto necesitó para su casa y le casó una hija. Y como procuraba granjear para sí y hacer granjear a otros con mortificaciones, fue a las bodas llevando a Baronio, Francisco Maria Tarugui y Juan Francisco Bordino y mando a Baronio, que en la comida en lugar de lición, cantase el Miserere. Si bien Felipe era caritativo con todos, mucho más liberal era con las doncellas pobres. Quedaron sin amparo seis sobrinas de Juan Animucha y les dio seiscientos ducados, sin el sustento ordinario hasta que se acomodaron. A dos doncellas florentinas, que se quedaron en Roma sin padre y sin madre, en grandísimo peligro de su honestidad, las sustentó mientras estuvieron en Roma, las envió a Florencia, y las puso monjas. En otra ocasión suplió ochentas escudos, que le faltaron a una doncella para ser religiosa. Casó tres doncellas pobrísimas y además de la dote, le dio al marido cien escudos para que pudiese poner su casa.

En el año de 1586, movidas de caridad (a lo que entendían) tres mujeres pobres, hijas de confesión suyas, una de ellas con seis hijos, quisieron sin pedirle consejo, ocuparse en recoger doncellas pobres y huérfanas. En menos de dos años, recogieron cerca de veinte y se hallaron, sin poderlas sustentar por su pobreza. Las mandó llamar Felipe y después de haberlas mortificado muy bien, las mandó que no entrasen por unos días en la iglesia. Tomo a su cargo el cuidado de aquellas doncellas, puso algunas en Monasterios y otras en casas de señoras principales para que estuviesen seguras. Las acomodó a todas en poco tiempo.

Daba mucha limosna a encarcelados, enviando muchas veces a la semana, buena cantidad de dinero y ropa de servicio a todas las cárceles de

Roma. Mandaba a sus penitentes que fueran a visitarlos y a ayudarlos en sus causas.

Hacía larguísima limosna a pobres que se avergonzaban a los que mostraba gran afecto.

Tenía señalado un tanto al mes a algunas Religiones, además de los que les enviaba cada día. A las espaldas de la puerta de su aposento, tenía una lista de los lugares píos donde solía a menudo enviar limosna.

Socorría con gran caridad a los estudiantes pobres, principalmente si los veía temerosos de Dios y de buen ingenio; les proveía de dinero para comida, vestido y libros. Entre otros favoreció a dos, que por falta de dinero no podían proseguir sus estudios. A uno de ellos le daba muy a menudo treinta escudos a la vez y para ayudar al otro, trató de vender los libros que tenía. Con esto hicieron tanto progreso en las letras que los dos llegaron a Cardenal.

Finalmente, testifica el Padre Antonio Gallonio, que daba limosna a todos los pobres que acudían a pedírsela, sin dejar partir a ninguno desconsolado. Muchos viendo tan singular liberalidad y por tan largo tiempo, juzgaron que Dios le daba el dinero milagrosamente, y no se confirma poco esto, pues Dios aprobó sus limosnas con milagros. El año de 1550, llevando a media noche pan a cierta persona a la que le daba vergüenza y queriendo huir de una carroza que veía hacia él, muy de prisa, cayó en un hondísimo hoyo, de donde le sacó milagrosamente un Ángel.

Otra vez casi a la misma hora, atendiendo a estos oficios de piedad se le presentó un Ángel, en forma de pobre y le pidió limosna, le ofreció todo el dinero que llevaba, aunque era poco y vista la prontitud con la que se lo daba le dijo: **“Deseaba saber lo que sabéis hacer”**, y desapareció. Con esta acción sintió Felipe muchas mayor ternura hacia los pobres. De ella aprendió, en vivo, la excelencia de esta virtud y fue estímulo para proseguir con las limosnas con la libertad que antes hemos referido.

En fin, era tanta su caridad, que sus penitentes le llamaban **“Padre del Cuerpo y del Alma”**. Solo la memoria de sus limosnas enternecía y hacía llorar a muchos. Después de su muerte decían algunos: **“No vendrá jamás al mundo otro hombre de tanta caridad como Felipe”**.

El Cardenal Roberto Belarmino, varón por sus letras y santidad, bien conocido, a quien cometió la canonización del Santo, la Sagrada Congregación de Ritus, observando las grandes limosnas de Felipe, le llamaba otro San Juan Limosnero.

El día de la Canonización de Santa Francisca Romana, que fue en el año 1603, entrando en San Pedro, Maria de Volta, y acordándose de las muchas limosnas que le había dado el Santo, dijo llorando: **“Pues si Santa Francisca, traía la leña en la cabeza, para hacer limosna a los pobres, mi Padre Felipe trajo muchas veces el seno lleno de pan a mi casa”**. A esta

mujer la enseñó el Santo a tener Oración mental, con hacerla meditar solo las primeras frases del Padre Nuestro.

No solo fue Felipe, caritativo con los pobres, sino liberal con todos y muy agradecido. El Cardenal Jerónimo Panfilio, dice de él en esta materia: ***“Fue el Santo Padre muy agradecido a todos los que le hacían algún beneficio aunque fuera pequeño y recompensaba con el doble al que lo hacía”***. Tenía grandísima memoria de cualquiera que recibiese. El Abad marco Antonio Masa, repite lo mismo diciendo: ***“Era Felipe tan agradecido y tan cortés, que no se le podía dar cosa alguna, porque la recompensaba al punto en otra que tuviese el doble de valor”***. A mí me sucedió lo siguiente: Habiéndole pagado, recibí una pequeña señal de mi voluntad, en cosa para su persona, apenas lo tuvo, me envió un Crucifijo de bronce fundido, muy bien labrado, que costaba muchos escudos y lo guardo como una Reliquia de este Santo Varón.

Aquí es de muy notar que la caridad con los pobres, no ha de quitar el debido respeto al culto divino, porque siendo Felipe tan caritativo con ellos, no podía sufrir que anduviesen por la Iglesia, pidiendo limosna. Muchas veces se levantaba del Confesionario, para hacerlos salir a la puerta, no por falta de compasión, sino porque no estorbasen los Oficios Divinos. Lo mismo hacía con los muchachos, cuando los oía gritar en la Iglesia. Tampoco consentía que los albañiles hiciesen ruido en la Iglesia, sino era por una grandísima necesidad.

CAPITULO XIII

Compasión y ternura de Felipe.

Fue tal en Felipe la ternura de su corazón, que no podía ver padecer a nadie. Aunque aborrecía tanto las riquezas, deseaba tener dinero siempre, para dar a los pobres y socorres sus miserias. Oyó decir que una mujer, no salía de casa por falta de vestido, y al punto se quitó la Loba y se la envió. Si veía alguna doncella o niños mal vestidos, procuraba socorrerlos en el momento. No podía su corazón piadoso sufrir que padeciesen aquella miseria.

Si sabía que algún inocente padecía, se enternece de tal manera que no le era posible dejar de hacer cuanto pudiese por ayudarle. A cierto caballero romano, se le imputó falsamente un homicidio y sabido de Felipe su inocencia, intercedió tan eficazmente con el Papa que alcanzó su libertad. Defendió a un sacerdote, muy perseguido por sus superiores, a instancia de parte y lo hizo con tanto fervor, que si bien la parte era muy poderosa, no pudo contra la verdad. Lo liberó e hizo patente ante el mundo su inocencia.

Lastimado de algunos gitanos condenados a galeras por siniestra información, supo negociar también con el Papa Pío V, de gloriosa memoria, que los liberó. En tiempo de Sixto V, defendió a otro caballero romano, contra quien habían venido muchos vasallos, a seguir un pleito injustamente. Esta ocupación le hacía muy oficioso con todos.

En el año de 1551, que fue de mucha carestía, dio a un sacerdote, pobre, extranjero, que vivía en San Jerónimo, seis panes que le enviaron y él se sustentó aquél día con unas pocas aceitunas. Le preguntó un penitente, porque había hecho aquella acción pudiéndose haber quedado con la mitad, el Santo le respondió: ***“Porque yo soy conocido en Roma y hallaré fácilmente quien me socorra y aquél pobre forastero no”***. Era grande la compasión con los oficiales, inventaba el modo de ayudar principalmente a los que trabajaban mucho por sustentarse y no podían despedir su ropa. Dos hermanos franceses, ya cercanos a la vejez, con mucha familia, hijas crecidas y sin casar, aunque trabajaban muy bien los relojes, vivían con mucha pobreza. Felipe por socorrerlos, les mandaba hacer relojes de diferentes hechuras, y buscaba personas ricas que los comprasen; con lo que socorría a estos pobres oficiales con el dinero, de quien no hubiera sacado limosna fácilmente. Un penitente suyo casi escandalizado de que el Santo hizo comprar muchos un día a cierta persona de consideración, dijo para sí, a que propósito hace desprestigiar el dinero a este señor en cosas como estas? . Pero sabido el artificio pío del Santo, quedó edificadísimo.

Fue una tarde a los Ejercicios de San Jerónimo de la Caridad, un pobre que iba vendiendo chicorias por Roma. Acabado el Oratorio, llovió tantísimo, que no pudo salir a venderlas. Conmovido Felipe le compró parte de ellas y exhortó a los otros que comprasen también, con lo que se fue aquél hombre consolado a su casa.

Aún con los brutos tenía un corazón tierno. Viendo pisar a uno de la Congregación una lagartija, le dijo: ***“Cruel, que te hizo ese pobre animal?”***. Otro día pasando por una carnicería, vio a un carnicero herir a un perro con la cuchilla y aunque por otra parte era de ánimo constante, le sobresaltó mucho aquella acción.

Cogió un penitente suyo un pajarillo y se lo llevó al aposento, al punto le mandó que no le hiciese daño, que le abriese la ventana y le echase a volar. Obedeció el mozo y de allí a poco lo llamó, preguntándole que había sido del pájaro y le respondió que le había obedecido. Replicó Felipe que mejor hubiera sido guardarlo al ser tan pequeño porque no sabrá donde ir y tal vez se morirá de hambre.

Finalmente, no podía consentir que se les hiciese el menor daño. Cuando alguna avecilla entraba en algún aposento, mandaba luego abrir las ventanas y puertas para que saliese libre. Si se cazaban algunos animales vivos, quería que se les diese libertad en el momento, si eran nocivos los mandaba llevar a aparte, donde cuando saliesen no pudieran ofender. Si iba

en coche, advertía siempre al cochero que tuviese cuidado de no atropellar a los hombres ni a los animales. Cuando le daban algunos vivos, no permitían que los matasen y los enviaba a sus penitentes, mandándoles que los sustentasen o los diesen a otros. Tan grade era su ternura de corazón.

Esta benignidad con los animales parece, digámoslo así, que los hacía agradecidos, pues aunque no fuesen domésticos, se dejaban manejar por él y hacerles fiestas como si lo fueran. Luis Ames, penitente suyo, tenía dos pájaros que cantaban maravillosamente, se los llevó al Santo Padre y los aceptó con una condición, que había que ir cada día a darles de comer, por ganar con los pájaros al dueño. Obedeció Luis, y un día halló la ventanilla de la jaula abierta y el pajarillo que jugando en dulce canto, por el contorno de la cama, donde estaba el Santo indispueto, llegó a ponerse sobre el rostro. Le preguntó Felipe, si le había enseñado a hacer eso y le respondió que no. Lo echó Felipe un montón de veces, pero volvía siempre el pajarillo sin querer dejarlo. Ya iba de su rostro a los pies y de los pies al rostro. Le mando el Santo a Luis, que le pusiese la Jaula delante y el pájaro parece que entendió su voluntad y se metió en ella al momento, como si tuviera juicio para obedecerle.

CAPITULO XIV

Pureza Virginal de Felipe

Después del amor y caridad con Dios y con los prójimos y de su compasión y piedad, la primera de las virtudes es la pureza virginal. Es la más dificultosa de hallar en los hombres y que hace a uno más singularmente admirable. Sabiendo Felipe cuanto agrada a Dios esta virtud, comenzó a discernir el bien y el mal y se opuso con todo su poder a la guerra de la concupiscencia de la carne, sin cesar, hasta que alcanzó de ella una gloriosa victoria. Y si bien por ocasión de los Ejercicios que hemos referido, le era forzoso tratar con todo tipo de gente y hallar mil ocasiones de perderse, conservó intacta la virginal pureza.

En prueba de esto, bastará decir, que además del testimonio que ha dado el Cardenal Baronio, su confesor (a quien el mismo Santo, algunos días antes de que muriese, le acusó de ingratitud con Dios, se lo dijo con muchas lágrimas) de lo que dijo el Padre Perfiano Rofa, que le confesó siempre en su mocedad, de la pública voz y fama que ha habido de ello en Roma y Florencia y todos los que le conocieron. La Sacra Congregación de Ritus, en su beatificación y después tratándose de su Canonización, declaró que estaba probada bastantemente su virginidad.

Solo quiero añadir que el mismo Santo lo descubrió en lo último de su vida, a un hijo espiritual suyo en confesión, exhortándole por este medio a conservarse casto y probándole con experiencia, que no solo puede serlo uno con favor de Dios, sino permanecer virgen, como gracias al Señor le había conservado a él.

Este tan precioso tesoro, lo guardó Felipe desde la niñez hasta la muerte con grandísima diligencia y no contento de tenerle escondido entre las cenizas de su humildad y ser siempre vigilante centinela de su corazón, tuvo muchísimo cuidado de todos los sentidos exteriores y partes de su cuerpo. Primeramente a imitación de San Antonio, nunca permitió que le viesen desnudo. De su boca jamás salió palabra que tuviese la menor sombra de deshonestidad. Fue grande la modestia de sus ojos. Una de las más hermosas mujeres de aquellos tiempos, que por espacio de treinta años continuos, se confesó con él, dijo, que en todo este tiempo, nunca pudo advertir, que ni una sola vez la mirase. Por este motivo no confesaba, al principio, con gusto a las mujeres, y cuando las confesaba no permitía, que se pusiesen en el confesionario, sino de la parte de la celosía. Nunca las habló de manera afable, siempre severo y vuelta la cara a otra parte, si bien en la vejez ya no se mostraba tan desabrido.

Intentó el demonio muchas veces con diversos artificios, manchar el candor de su pureza. Una vez le fue forzoso quedarse una noche en la casa de un amigo y secretamente se le entró en el aposento una mujer, aunque hermosa de cuerpo muy fea en el alma, que se atrevió a tentarle. En tan peligroso asalto no se rindió el Santo joven. Armado de la Divina Gracia, repelió la tentación infernal y salió victorioso de enemigo tan grande. No todos podían persuadirse de que Felipe era tan casto como se blasonaba. Le convidaron a comer un día ciertas personas con engaño. Le tenían preparado un aposento para la fiesta, donde retirado Felipe al finalizar esta para descansar, le metieron dos mujeres de mala vida y cerraron las puertas, por fuera. Viéndose en tan apretado lance, y que no podía escapar, se puso en oración con tanto fervor, que no tuvieron atrevimiento las mujeres para decirle palabra y menos para acercársele y ambas, huyeron confusas.

Se valió el demonio de la hermosura de una famosa ramera de aquellos tiempos, llamada Cesárea, para manchar la pureza virginal de nuestro Santo, pero quedó muchos más cándida la Azucena de la castidad. Fue el caso, que oyendo decir esta mujer, que Felipe, ya sacerdote y confesor, era virgen, incitada del demonio, se resolvió con gran desvergüenza a tentarle. Se fingió enferma, lo hizo llamar diciendo que quería confesarse, mudar de vida y no morir en aquel estado. Al principio Felipe se resistió para no poner en peligro su castidad, principalmente no habiendo querido tratar en aquella edad de convertir mujeres de mala vida. Últimamente, como su deseo era la salud de las almas, fue a su casa. Fue y la perdida mujer salió a

recibirlo solo con un velo transparente sobre su cuerpo desnudo. Advirtió el Santo lo diabólico del engaño y santiguándose huyó veloz por las escaleras abajo. Ella viéndose burlada, le tiró un escabelillo, pero no le alcanzó, porque le guardó el Señor a un mismo tiempo del peligro del cuerpo y del alma. Fue tan agradable esta acción de la Majestad Divina, que desde entonces le hizo merced de que no padeciese sentimientos sensuales, ni aún los que la naturaleza misma suele ocasionar durmiendo. Baronio afirma, que le dijo el mismo Santo que hubiera muerto de dolor si le sucediera tal desgracia. Que en esta materia había llegado a ser tan insensible, como si fuera de piedra. Antonio Gallonio, hablando de su virginidad dice así: “Por la comunicación que he tenido con el Santo Padre, juzgo que su pureza no ha sido menor que la que tuvieron por particular privilegio de Dios, Eleázaro, Conde de Ariano y Simón Laso (cuyos enconios celebra Metafraste) cuya vida fue en el siglo, entre la muchedumbre de los hombres, más angélica que humana. De este don tan singular y tan grande nacían en Felipe afectos singulares y grandes. Su virginal candor resplandecía en su rostro principalmente en los ojos, los cuales, en los últimos años de su vida los tuvo tan claros y tan resplandecientes que ningún pintor pudo retratarlos, aunque con particular diligencia lo procuraron muchos. No se podía fijar la vista en ellos fácilmente, porque se veía salir una luz, que reverberaba en los que le miraban y parecía un ángel. Su cuerpo desprendía un agradable olor. Muchos testifican, haber recibido Espíritu y devoción con solo oler sus manos y su pecho.

Fabricio Aragón, Caballero Mantuano, fue a reconciliarse con Felipe y le halló indispuerto. Al ver que era muy viejo, pensaba que su cama olería mal y recelaba de acercarse a ella, pero al final lo hizo. El Santo le cogió la cabeza y se la acercó al pecho apretándola contra él, y quedó asombrado del suave olor que sintió, sin saber a qué compararlo. Después oyendo decir que Felipe era virgen, lo tuvo por infalible afecto de la Azucena de la virginidad. Juan Bautista Lamberto, Beneficiario de San Pedro, teniendo la cabeza inclinada sobre el pecho del Santo, para recibir la absolución, también quedó admirado del suave olor que despedía.

Además de esto, había Dios comunicado a Felipe, la gracia de conocer por el olfato, el vicio contrario a la pureza. Era de esta manera, que encontrando alguna mujer ruin por la calle, aunque no la conociese, se ponía el pañuelo o la mano en la nariz, haciendo los gestos como si oliera algo muy desagradable al sentido. Solía decir que no había hedor en el mundo igual al de este vicio. A los penitentes que le venían delante con esta mancha les decía antes de que hablasen: ***“Hijo mío, tú hiedes; o hijo mío, por el hedor conozco tus pecados”***. Por esta causa algunos de ellos, cuando habían cometido semejantes culpas, no iban a verle tan libremente, temiendo ser descubiertos con solo su presencia. Conocía en algunos por el olor, si habían padecido durmiendo algún accidente de esta calidad, a otros

con solo mirarles la cara. Era este conocimiento tan propio de Felipe, que conocía esto aún en los brutos. Muchos confiesan haber quedado libres de este vicio cuando les ponía la mano en la cabeza, otros con solamente tratarle se sentían incitados a vivir la virtud de la castidad. Muchos con lo mismo se conservaban con entera pureza; otros muchos con solo acercársele al pecho, alcanzaban este don; y lo mejor de todo es que no solamente el tacto de sus manos, sino el de las cosas que manejaba, quitaban las tentaciones.

Antonio Fucho, médico de la ciudad de Castello, uno de los primeros discípulos del Santo Padre, padecía grandísimas tentaciones, cuando visitaba mujeres y había resuelto dejar en todo caso la facultad, pero no teniendo con que vivir, lo consultó con Felipe, que movido a compasión le dio un cenojil, o liga, y llevándola consigo, no sintió más estas tentaciones y visitó con seguridad cualquier tipo de personas.

Finalmente solo su nombre, reprimía las fuerzas del demonio. Una mujer viuda desde hacía catorce años, a quien atormentaban notablemente este genero de tentaciones, no hallando alivio ni consuelo en la confesión, fue remitida por su confesor al Santo Padre, comunicándole su tribulación le dijo: ***“Cuando sientas semejantes tentaciones, dile al demonio: te acusaré al cuidado asno de Felipe”***. Obedeció la mujer al Santo y quedó libre; valiéndose también del mismo remedio en las tentaciones de los demás vicios. Otros muchos a quien mandó Felipe que dijese las mismas palabras, confiesan que les sucedió lo mismo. Advertía a todos que las dijese con sencillez y sin discurso, sabiendo cuanto teme el demonio las palabras pronunciadas con fe y simplicidad cristiana. Le fue tan terrible al demonio, la pureza de Felipe, que aún después de su muerte cuando se conjuraban endemoniados, ***Propter honeflatem beati Philippi***, hacían extravagantes movimientos, como observó muchas veces el Padre Onofre Bañasco Piamontés, de la Orden de la Santísima Trinidad.

Como Felipe no solo procuró conservar esta virtud en su persona, sino que la adquiriesen y conservasen los demás, dio en estas materias muchas advertencias, unas a particulares estados de personas, otras generales a todos. Primeramente aconsejaba a los confesores, que no confesasen mujeres, si entre ellos y la penitente no había una celosía que los separase. Que se guardasen de larga conversación con ellas, que no las mirasen a la cara, que usasen más palabras ásperas que apacibles, que no fuesen a sus casas fácilmente sino acompañados y en caso de mucha necesidad o de grandísimo provecho. Porque aunque muchas veces no hubiesen padecido tentaciones, no habían de confiar en sí, que el demonio deja asegurar primero, para hacer tropezar después, valiéndose de la mujer que es la parte más débil. Llegó una mañana a la Iglesia Nueva un Clérigo no conocido de Felipe, viendo el Santo en espíritu su defecto, le llamó a parte y le amonestó, que no estaba bien, principalmente a un sacerdote, domesticarse

tanto con mujeres y que se guardase de ellas en todas maneras. Se quedó admirado el sacerdote que pudiera saber aquellas cosas, no conociéndole. Pero Felipe, viendo la importancia del negocio, juzgó más conveniente no decir lo que sabía, aunque por revelación, que dejar de corregir en caso tan peligroso. Exhortaba no confiar de si mismos, por cualquier larga experiencia, vejez o enfermedad. Que se huyese de toda ocasión siempre: **“Mientras un hombre, decía, pueda levantar los párpados”**. Que no tomasen ejemplo de él, porque le había concedido Dios dones que no concede a todos fácilmente. Advertía que confesasen aún a los mozuelos, detrás de la celosía, porque no dejasen algún pecado por vergüenza. Daba a los mozos cinco breves advertencias, para conservarse castos: que evitasen las malas compañías, que no criasen delicadamente su cuerpo, que huyesen del ocio, que frecuentasen la oración y que frecuentasen los sacramentos en especial el de la Confesión.

Generalmente, advertía a todos, que la verdadera custodia de la pureza, es la humildad, y así cuando se oía la caída de alguno, era justo compadecerse, no indignarse. Porque no tener piedad en semejantes casos, es señal evidente de caer deprisa, añadiendo que en esta materia no hay mayor peligro que no temerle.

Un hijo suyo de confesión que antes de serlo había vivido amancebado, pareciéndole que había alcanzado ya el don de la perseverancia, quiso tratar de convertir a la mujer con quien lo estuvo, pero quedó pervertido de ella. Viéndose este con la conciencia manchada, no dudaba de acudir al Oratorio y de corrido se confesaba con otro. Finalmente volvió a Felipe y el Santo le dijo: **“Algunos, por tener un poco de Espíritu, piensan poder hacer cualquier cosa y convertir el mundo, pero se pervierten ellos y porque se avergüenzan de volver a su propio confesor, buscan otro”**. A estas palabras el mozo perdió el color, y el Santo Padre, poniéndole las manos en la cabeza, le hizo muchas caricias, como solía, con lo que le volvió al Oratorio como antes. Decía, que el descubrir todos los pensamientos, con toda libertad al Confesor, sin tenerle cosa oculta, era buen remedio para conservar la castidad, porque **“la llaga se cura si se manifiesta”**. Añadía, que para conseguir y para conservar esta virtud es menester un buen confesor y platico. Daba por remedio acudir al Señor en cuanto se tuviera la tentación, con aquella jaculatoria tan estimada por los Santos Padres del Yermo: **“Deus in auditórium meum intende: Domine ad adiuvandum me festina”** o el versículo: **“Cor mundum crea in me Deus et spiritum rectum innova in visceribus meis”** y besar la tierra. Para las tentaciones de la noche, exhortaba Felipe que se dijese el Himno: **“Te lacis ante terminum”** Antes de acostarse, les recordaba continuamente a sus penitentes, aquella doctrina de los Santos, que las demás tentaciones se vencen peleando y que solo las de este vicio se vencen huyendo. Por esta razón decía ordinariamente: **“En la guerra sensual vencen los cobardes”**.

Estos y otros muchos documentos, daba así, a los penitentes como a los confesores, para que con la divina gracia pudiesen conservarse todos castos.

CAPITULO XV

Abstinencia de Felipe.

Mortificó Felipe la carne con la abstinencia, uno de los medios principales para conservar la castidad, porque además de lo que hizo en su juventud, que largamente referimos en el primer libro, siendo sacerdote no solía comer hasta la noche, y si comía algo era solo un poco de pan y vino, normalmente sin sentarse. De noche una ensalada cruda y un huevo y a veces dos, casi siempre con el pan que le había sobrado de la mañana. A veces añadía alguna fruta y muchas se contentaba con solo una de las referidas. Nunca comió cosas de leche, ni menestra, raras veces pescado, poquísimas carne a no ser que estuviera enfermo. Cuando pasaba por la carnicería daba gracias a Dios por no necesitar la carne. Si estando en San Jerónimo de la Caridad, le enviaban algún guisado de carne, se lo daba a alguno de los mozos que servían en las misas. Aunque comía tan poco, procuraba siempre que sobrase algo; guardaba pedazos de pan en una canastilla, para dárselos a sus penitentes y así mortificarlos, si bien ellos tomaban a escondidas muchas veces y los distribuían a otros por devoción.

Si por orden de los médicos comía alguna cosa de sustancia, solía quejarse porque le hacía daño y se lo hacían comer y con gran dificultad se venía a hacerlo. Al final de su vida, acordándole después de haber comulgado que tomase su ordinario pasto, solía decir muchas veces: ***“Ya está hecho”***. Otras, preguntándole la causa, de porque estaba sin comer, respondía que se le había olvidado.

Comía ordinariamente en su aposento, solo con una servilleta sobre la mesa, sin genero de servicio, dejando de ir al refectorio, parte para ocultar la abstinencia, parte porque habiendo continuado tantos años un sustento tan tenue, no pudiera comer con los demás, sin detrimento notable de su salud, o nota de singularidad. Era muy parco en la bebida, para esto tenía un frasquito en el que cogía lo que una taza ordinaria de vino, allí echaba un poco de vino con agua, que más se podía llamar agua avinada, que vino aguado. El poco que bebía era malo y a veces solo agua. Usaba taza de vidrio pequeña, gruesa y sin pie; una de ellas está en Cracovia y se llevó en procesión en las fiestas de la canonización de los cinco Santos. Finalmente fue tanta su abstinencia que los médicos afirmaban que no podía sustentarse naturalmente, con tan poca comida y se creyó, que le sustentaba

más el Santísimo Sacramento, que todos los días recibía, que el alimento corporal. Aunque fue tan austero en su persona, no quería que le imitasen en esto los suyos. Les decía, que en la mesa, donde principalmente se vive en Comunidad, se debe de comer de todo, sin decir de esto no quiero y de eso no me agrada. No le parecía bien, que los de la Congregación pidiesen viandas particulares, sino era por necesidad, que se contentasen con lo que Dios les daba y le parecía muy mal comer entre comidas. A uno que tenía esta costumbre, le dijo que nunca tendría Espíritu, sino se enmendaba.

No es pequeña mortificación la abstinencia del sueño. Solía dormir cuatro o cinco horas como mucho. El resto de la noche se lo pasaba en oración o en otros ejercicios espirituales. Su cama y su aposento eran conforme a lo que pide el Instituto de la Congregación (como los demás Clérigos), acomodados con toda sencillez cristiana. Normalmente se acostaba a media noche. Y aunque era el último en acostarse se levantaba el primero, cuando alguna enfermedad no lo impedía.

En la forma de vestir, huyo siempre de toda ostentación, se conformaba con los demás, pero vestía groseramente y sin afectación alguna. No usaba seda ni otro genero de ropa que tuviese algo de exquisito o pomposo. De ordinario hábito era loba de forja de Agubio y manteo de burato de Bergamo, los zapatos gruesos y anchos, el cuello grande sin vueltas. Amaba la limpieza, aborrecía la suciedad particularmente en los vestidos y así decía muchas veces aquello de San Bernardo: ***“Paupertas mihi semper placuit, sordes vero nunquam”***. Este modo de vida lo observó siempre, si bien cuando crecía en años, crecía en la abstinencia, no solo por falta de calor, sino por deseo de padecer y macerar su consumido cuerpo. Si alguno le decía que tuviese consideración, sino a su vejez a su decrepitud, o divertía la conversación, o respondía riendo: ***“No se hizo el cielo para poltrones”***. No permitía, como hemos dicho, que los suyos quisiesen imitar este rigor y así con todos era excesivamente blando. No podía sufrir que hiciesen cosa alguna que fuera superior a sus fuerzas y decía, que de ordinario, es mejor darle al cuerpo algo más de comida que menos, porque lo más fácilmente se puede cercenar y no tan fácilmente rehacer, cuando el poco alimento ha malparado la complexión. Y añadía, que el demonio astutamente, suele incitar a los hombres espirituales a las penitencias y asperezas del cuerpo, con intención de que indirectamente se debiliten, de manera que no puedan atender y ejercitar, obras de mayor fruto; o atemorizados de la enfermedad que les ocasionó, dejen los acostumbrados ejercicios y vuelvan las espaldas a Dios. Por esta razón tenía en mayor concepto, a los que mortificando moderadamente el cuerpo, ponían todo su estudio en mortificar la voluntad y entendiendo, que a otros que solamente se dan a la corporal austeridad.

CAPITULO XVI

Cuan desasido estaba Felipe del afecto a la hacienda.

A la abstinencia y pureza virginal, unió Felipe el desapego a las riquezas y sin voto de pobreza tuvo el afecto muy lejos de todo genero de interés, porque además de haber renunciado a la herencia de su Tío y la pobreza voluntaria con que vivió en casa de Galeoto Cachia, después de Sacerdote y Confesor, no quiso jamás aceptar, aunque podía lícitamente, muchos donativos de millares de escudos, que le ofrecieron diferentes personas, libremente. Cuando tomaba algo era para emplearlo en servicio de la Iglesia o de los pobres. Tenía mucho derecho a ciertos bienes en Castel Franco, en el Valdarno, solar de la familia de los Neris y diciéndole Simón Grazini Florentín, penitente suyo, que hiciese lo posible por alcanzarlos, porque no era razón que los gozase quien no tenía derecho, le respondió: ***“Hazla tú de no hablarme más de esta materia”***. Viviendo aún en San Jerónimo de la Caridad, supo que su padre había muerto y que había constituido heredera a Catalina, su hija mayor, sin acordarse de él, certificado esto por su cuñado, respondió con mucha libertad, que no cuidaba de herencias, que ratificaba lo que había hecho su padre, haciendo donación de todos sus derechos a su hermana. Habiéndole ofrecido muchas veces la otra hermana toda la hacienda, porque no tenía a otro a quién hacer heredero, lo rehusó siempre, diciéndole que buscase a otro, porque había puesto los ojos en herencia mayor y más durable. Jamás quiso admitir cosa alguna de sus deudos en sesenta años que vivió en Roma. Y habiéndole enviado su hermana Isabel, dos camisas una vez, le respondió, que no lo volviese a hacer; sin embargo por negligencia del portador las camisas se perdieron.

Era costumbre, como lo es ahora, señalar a los sacerdotes cuando entran en San Jerónimo, dos aposentos y un tanto cada mes para su sustento, Felipe contentándose con los aposentos, no quiso admitir otra cosa. Aborrecía sobre manera el asistir a testamentos, porque el entrometerse en ellos, suele ocasionar en los seglares disgustos y sospechas; y así cuando visitaba enfermos, se iba en cuanto oía hablar de testamentos, sin volver hasta que hubiesen dispuesto cumplidamente de sus bienes. Le dejó un legado de cien ducados y algunas alhajas, Vicente Tecosi de Fabriano, lo

supo después de muerto el testador y pasando de legatario a ejecutor, hizo donación de todo a los sobrinos del difunto. Le trajeron una cláusula del testamento de Constancio Tasón, en el que le dejaba un legado de buena cantidad de dinero y despreciando el papel y lo que contenía, hizo de él cubierta de un baso, sin querer oír más palabras sobre la materia.

Próspero Criveli, apretado de una peligrosa enfermedad, trató de hacer testamento e instituyó heredero universal a Felipe. Lo entendió el Santo y dejó de visitarlo como solía, de manera que, recibió el Viático y la Extremaunción, sin que le viese, pero movido a compasión, no quiso dejar de visitarle en el extremo de su vida. Fue a verle y Próspero, comenzó a quejarse diciendo: “Ay Padre, cual es la causa por la que habéis tardado tanto en venir a verme? Sabed que los médicos me diagnosticaron la muerte si hoy venía el crecimiento y ha venido”. Le respondió: ***“Aunque he dejado de verte, no me he olvidado de ti ni he dejado cosa de las que hubiera hecho si te visitara cada día; pero porque por Roma se va diciendo, que me dejas heredero, no he querido venir, porque ni quiero tu herencia, ni tu dinero y para mostrarte que no acepto, ninguna cosa tuya, quiero irme a San Pedro a rogar a Dios, que te restituya en todo la salud, y si no hay otro remedio, le pediré que me dé tú enfermedad”***. Con esto puso sus manos sobre las del enfermo y casi llorando se fue. El enfermo, durmió un rato y despertó del todo bueno.

De esta aversión a la hacienda, nació un grandísimo deseo de pobreza, que si bien no la ejercitó en la manera que deseaba, por no permitirlo el estado del Instituto de su Congregación, la amo interiormente como su carísima esposa; de modo que, muchas veces decía que quisiera rebajarse a ir pidiendo limosna y llegar al punto de verse necesitado de incluso hasta un real o medio para vivir y no hallar quien se lo diese. Que reconocería por Gracia singular de Dios, morir en un hospital y otras cosas similares. Por el mismo deseo de vivir como pobre, hacía que le diesen de limosna sus hijos espirituales su limitada comida.

Deseaba sumamente en los suyos el mismo aborrecimiento y reparando en que un penitente, había acumulado con codicia alguna hacienda le dijo: ***“Antes de que tuvieses estos bienes, hijo mío, tenías un aspecto de Ángel, yo me complacía en mirarte, ahora has mudado de rostro, has perdido tu acostumbrada alegría, esta melancólico, anda advertido en tus acciones”***. Le salieron los colores a oír estas palabras y de allí en adelante, dejando aquél cuidado, puso todo su empeño en atesorar riquezas para la eternidad. Preguntó a uno de la Congregación, si quería dinero, le respondió: ***“Si, así es, quiero, que vamos al cielo, y te quiero llevar yo mismo, pero con tal que ruegues a Dios, no permita que jamás tengas deseos de bienes temporales”***. Esto mismo iba siempre recordando a sus penitentes, teniendo continuamente en la boca esta sentencia: ***“Cuanto amor se pone en las criaturas, tanto se quita al Criador”***.

Es bien raro el caso que sucedió a Francisco Zázara. Procuraba éste, siendo mozo, estudiar para hacerse consumado en la facultad de leyes y conseguir gran opinión en la Corte. Lo llamó un día el Siervo de Dios, se le arrodilló Francisco delante y el Santo comenzó a hacerle extraordinarios agasajos, manifestándole sus intentos y diciéndole: “ **Dichoso tú que estudias ahora, luego te graduarás, comenzarás a ganar opinión, serás abogado, adelantarás tu casa y un día podrás llegar a la Prelatura**”. Y de esta suerte le fue contando las grandezas que le podía dar el mundo y las que se había imaginado. Le volvió a repetir: “**Dichoso tú, entonces no te dignarás**”. Pensaba Francisco, que Felipe hablaba de veras, pero al fin, cogiéndole la cabeza y llegándose a su pecho le dijo al oído: “ **y después**”. Quedaron tan impresas estas palabras, en el corazón del joven, que vuelto a su casa se puso a pensar: “Yo estudio para pasar adelante en el mundo, y después?” Discurriendo de esta manera por todas las dichas del siglo, sin poder quitar del corazón estas palabras, resolvió el encaminar todos sus designios y pensamientos a Dios. Entró en la Congregación, donde inmediatamente después de la muerte del Santo, comenzó a solicitar su canonización y la prosiguió con grandes trabajos hasta que se vio consolado de Dios, habiéndole dado al parecer la vida, solo para concluir, pues luego que hubo sacado la Bula de la Canonización, y obtenido el Oficio con las Liciones y Oración propia del santo, murió con gran edificación de todos los que le conocieron.

Lo mismo que Francisco Zázara, sucedió a un mercader, también penitente de Felipe, que se preciaba de haber ahorrado mucho dinero y esperaba dentro de pocos días hacer una gran ganancia. Le dijo Felipe estas dos palabras: “ **Y después?** Lo hizo resolver a dejar los negocios y ordenado sacerdote, salió gran siervo de Dios.

Si deseaba este desapego en todos sus penitentes, mucho más lo procuraba en los de la Congregación, y así nombrando a uno de ellos por confesor, le advertía primeramente, que no tocara la bolsa de los penitentes, que no se pueden ganar juntamente almas y dinero. Solía repetir a menudo: “**Si queréis hacer fruto en las almas, dejad las bolsas**”. A los penitentes les decía aquellas palabras de San Pablo: “**No busco vuestras cosas, sino a vosotros**”. Daba en esta materia, los documentos a los confesores y generalmente a todos los de la congregación: que de ninguna manera se entrometiesen en testamentos, porque es grande la sospecha y ocasión en los seglares, aunque se haga con buenísima y santa intención. Que nunca haría provecho en la virtud el que estuviese poseído, aunque poco, por la avaricia. Que por experiencia había echado de ver, se convertían más fácilmente los entregados al vicio de la sensualidad, que de este. Por esto llamaba a la avaricia: “**Peste del alma**”, y tenía mal concepto de los avaros. Cuando uno de estos le pedía licencia para ayunar, le respondía: “**Señor no, dad algo de limosna**”. Cuando quería reprender

tácitamente sobre esto a alguno, solía ingerir en la conversación este dicho: ***“Quien quiere hacienda, nunca tendrá espíritu”*** Y otras veces: ***“Guárdese el mozo de la carne y el viejo de la avaricia y seremos Santos”*** En suma, tenía por tan importante y santo este aborrecimiento, que solía decir: ***“Dadme diez personas, verdaderamente desapegadas de este afecto y me bastará el ánimo para convertir al mundo”***. A los de la Congregación les decía: ***“Dios no faltará en daros hacienda, pero estad advertidos, de no perder el Espíritu cuando la tengáis”***.

CAPITULO XVII

Cuan ajeno estaba de todo genero de ambición Felipe.

No se mostró Felipe menos desasido de las honras del mundo que de sus bienes. Vivía en Roma con gran concepto de santidad, no solo entre los hombres ordinarios, sino entre los principales de ella. Hasta de los Sumos Pontífices era bien visto, estimado y venerado. Pero entre estas grandezas y ocasiones de adelantarse, se conservó con la acostumbrada humildad y desprecio de sí mismo, sin querer, por ningún motivo aceptar, pensiones, beneficios ni dignidades. Antes sabiendo que no es menor gloria entre los sabios, la que se consigue renunciándolas, las dejaba con tanta destreza, que los mismos que las querían dar no lo advertían. Poquísimos le penetraron en esto, si bien es cosa muy constante, que no solo renunció a los primeros Canonicatos de Roma sino Obispados grandes y Capelos.

El electo Pontífice Gregorio XIV, fue a besarle el pie y darle la enhorabuena, le abrazó el Papa, que le amaba tiernamente y después de algunas razones, tomó el mismo bonete que llevaba siendo Cardenal, se lo puso de su propia mano en la cabeza, en presencia de muchos y le dijo: “Os hacemos Cardenal”. El Santo, viejo, desapegado, se acercó hasta el oído de su Santidad y le dijo algunas palabras en secreto y tomando la cosa de burlas, se fue. Poco después le envió el mismo bonete, con un recado en la misma conformidad. Felipe le dio las gracias y le respondió, que le haría saber a su beatitud, cuando sería tiempo de admitir aquella honra, con que diestramente devolvió al Papa de su intento, y si bien a algunos le parecía esta acción de burla, los que estaban presentes, sabían que la intención del Papa, era hacerle verdaderamente Cardenal y el Santo lo dijo muchas veces a los suyos. Lo hizo su Santidad para mostrar la buena voluntad que tenía, aunque persuadido de las razones, que Felipe le propuso no quiso violentarle.

Más claramente manifestó esta verdad Clemente VIII, porque deseando Felipe una merced de su Santidad, para una doncella hija espiritual suya y

hallándose enfermo en la cama, se lo suplicó por un memorial, en cuya respuesta mostró el Papa expresamente, firmándolo de su mano, que había querido hacerle Cardenal y que no lo había querido aceptar Felipe. Y para que conste a todos, me ha parecido poner aquí el memorial del Santo y la respuesta del Papa. Dice el memorial:

“ Beatísimo Padre, quién soy yo para que vengan a visitarme Cardenales, principalmente el de Florencia y Cusano, que estuvieron aquí ayer por la tarde y porque yo había de menester un poco de maná en hoja, el Cardenal de Florencia me mandó traer dos onzas de Sanctis Espiritus, a donde había mandado mucha cantidad de él. Estuvo acá hasta dos horas de noche y alabó tanto a su Santidad, que me pareció sobrado; porque siendo Papa, debería ser la humildad misma. Cristo a siete horas de noche, viene a incorporarse conmigo y V. Santidad, ni una vez viene a nuestra Iglesia. Cristo es hombre y Dios, y viene a visitarme todas las veces que quiero y V. B. es un hombre puro hijo de otro hombre Santo y de bien. Él nacido de Dios Padre y V. Santidad de la señora Inefina, santísima mujer; pero Él de la Virgen de las Vírgenes. Tendría más que decir, si hubiese de dar lugar a la cólera que tengo. Mando a Vuestra Beatitud, haga mi voluntad en orden a una doncella, que tengo deseos de que entre monja en Torre de Espejos, es hija de Claudio Neri a quien V. S. ha ofrecido la protección de sus hijos. Acuérdesse de que es cosa de Papas cumplir las palabras. Y así V. B. me remita este negocio, porque cuando sea necesario, pueda valerme de su autoridad, mayormente sabiendo yo, la voluntad de la doncella y confiándome que la mueve meramente inspiración divina. Beso los pies Santísimos de V. B. con la humildad que debo”.

Al pie del memorial respondió el Papa estas palabras de su propia mano: “Dice el Papa, que el billete en la primera parte, contiene un poco de Espíritu de vanidad, queriendo que sepa que van a visitarle Cardenales tan frecuentemente, sino es para que entienda que esos señores son hombres espirituales, que es cosa bien sabida. En lo que toca el no haber ido a verle dice que V. R. no lo merece, pues no ha querido aceptar el Capelo, que tantas veces le hemos ofrecido. Cuanto al mandato viene bien, que con su acostumbrado imperio, reprenda a aquellas buenas religiosas, sino le obedecieren. Y también le mando que mire por sí, y que no vuelva al confesonario sin su licencia. Y que cuando Nuestro Señor, venga a verle, ruegue por él y por las necesidades urgentísimas de la Cristiandad. En confirmación de esto, yendo Felipe a besarle los pies al principio de su Pontificado, en presencia de Joseph Carroddoro, canónigo de San Juan Laterano, le dijo al Papa: “Ahora si que no podréis escapar de Cardenal”.

Tres meses antes de que muriese, hablando en su aposento con Bernardino Corona, hermano de la Congregación, con quien discurría Felipe, con toda familiaridad, le dijo: “El Papa me quiere hacer Cardenal,

qué te parece?. Le respondió, que V. R. debe aceptar esta dignidad, por sí, para hacer bien a la Congregación. El Santo levantando alto el bonete dijo: **“Paraíso, paraíso”**.

Otra vez hablando alguno de sus penitentes de las prelaturas y grandezas de Roma con ocasión de la estrecha familiaridad que tenía con los Papas, dijo: **“Hijos míos, entended el buen sentido de mis palabras, primero rogaría a Dios, que me enviase la muerte como un rayo, antes que pensar en estas dignidades. Deseo bien el Espíritu y las virtudes de los cardenales y Papas, más no sus grandezas”**.

Considerando este desapego, decía el Abad Marco Antonio Massa, que se podían decir de Felipe, con justo título, aquellas palabras de San Jerónimo en la vida de San Hilarión: **“ Mirentur alii signa, que fecit, mirentur incredibilem abstinentiam, scientiam, humilitatem: ego nihil ita stupeo, quam gloriam et honorem illum calcare potuisse”**. **“Admiren otros los milagros que hizo, admiren su increíble abstinencia, su ciencia, su humildad; nada me asombra, como el haber podido despreciar la estimación y las honras”**, principalmente habiéndolas hallado Felipe en Roma en medio de tantas grandezas y de tantas ocasiones.

No solo estuvo ajeno Felipe a las dignidades del mundo, pero las que por ser Padre y Fundador de la Congregación eran suyas, renunció, y así siendo elegido Prepósito perpetuo de ella, hizo instancia a los Padres para renunciar al cargo, dos años antes que muriese, diciendo que estaba ya caduco y que deseaba un poco de tiempo para prepararse para la muerte. No quisieron venir en ello, por saber que le movía el espíritu de humildad y no el deseo de descansar, pero se valió de los Cardenales Federico Borromeo y Agustino Cusano, para que diesen cuenta de ello al papa Clemente VIII, y con orden de su santidad dijeron a la Congregación, que era su gusto que se le diese a Felipe, satisfacción en esto que pedía. Con esto en el año 1593, el veintinueve de Julio, dejó de ser Prepósito y en su lugar se eligió a Cesar Baronio, que también hizo cuanto pudo por no serlo, pero siempre prosiguieron los de la Congregación, particularmente Baronio, en tener a Felipe el mismo respeto y reverencia que antes, consultándole cuando era necesario. Y así el Santo jamás rehuyó trabajo alguno en servicio a la Congregación, como si lo siguiera siendo. El mismo aborrecimiento que tuvo de las grandezas, deseaba sumamente en los suyos, mayormente en los de la Congregación. De ninguna manera sentía bien de los que andaban por Palacios y Cortes; y porque Germánico Fideli, iba tal vez aunque con gran causa, por la capacidad que tenía para tratar con personas grandes, le dijo muchas veces: **“ Germánico mío, tú te quedarás y no por esto te harán Prelado”**. Sucedió puntualmente, porque Clemente VIII, le sacó de la Congregación para ayo de Silvestro Aldrobadino, su Nepote, después Cardenal de San Cesáreo; pero quedó

Germánico, Canónigo de San Pedro y al final renunciando al Canonicato, murió pocos años después como un simple sacerdote.

Y no solo quería que los que vivían debajo de su disciplina, no codiciasen dignidades, para que no tuviesen más que un beneficio.

No quería confesar Prelados, que con obligación de residencia, se detenían en Roma, sin causa legítima. En esto no perdonaba ni a los mismos Cardenales. El Cardenal Baronio dice, que Felipe fue hombre de gran libertad en reprende lo que sabía que estaba mal hecho, principalmente a los Prelados y Príncipes; pero siempre a su tiempo y sazón.

En las Pláticas familiares, discurría tal vez Felipe contra la vanidad del mundo, con tanto Espíritu, que muchísimos oyéndole, hacían resoluciones grandes. Al final de estos discursos, solía añadir con gran eficacia: ***“Vanitas vanitarum, et omnia vanitas”***. No hay cosa buena en este mundo y otras sentencias con las que penetraba los corazones. Solía decir, que el desprecio de las riquezas y de las honras era más necesario en Roma que en ningún otro lugar del mundo. Finalmente estuvo tan desasido de la hacienda y de las grandezas del mundo, que muy ordinario decía: ***“No hallo en esta vida cosa que me agrade, solo me agrada que nada me agrade”***. Añadiendo que, si un alma pudiese abstenerse del todo de los pecados veniales, no podría sentir mayor pena, que el detenerse en el siglo.

CAPITULO XVIII

Humildad de Felipe

Esta aversión a las grandezas del mundo, nació en Felipe, del conocimiento de las cosas por sí mismas y de su profunda humildad, que fue en él tan eminente, que a imitación de San Francisco, se tenía por el mayor pecador del mundo y mostraba que lo decía de corazón. De manera que, si oía algún pecado grave de otro, decía: ***“Plegue a Dios, no lo haya hecho yo peor”***. Por esta razón leía a menudo y con afecto grande, la vida de Santa Maria Egipciaca, a quien sino imitó en los delitos, deseo imitar en la penitencia. Protestaba cada día a Dios, que se guardase de él, que le haría traición durante toda su vida. Unas veces decía: ***“La llaga del costado de Cristo es bien grande, pero si Dios no me tuviese de su mano yo la haría más grande”***. Otras, cuando estaba para comulgar, decía con todo afecto: ***“Yo me digo que no soy bueno sino para hacer mal”***. Solía decir, que su preparación para la Misa, era hallarse aparejado para cualquier mal, si Dios no le ayudaba. En los últimos años de su vida, como había llegado al

conocimiento de su nada, siendo así, que cuando antes estaba enfermo, solía proponer vida nueva y comenzar a hacer buenas obras. Decía lo contrario: “Señor, si estoy bueno, en cuanto a mí siempre seré peor. Tantas veces en el pasado o he ofrecido cambiar y no lo he hecho, que estoy desesperado de mi mismo. Cuando se confesaba solía decir con lágrimas en los ojos: **“Nunca hice cosa buena”**. Tenía tan impreso este pensamiento, que cuando veía personas de poca edad, considerando que tenían tiempo para hacer el bien, decía: **“O dichosos vosotros, dichosos vosotros que tenéis tiempo de hacer lo que yo no he hecho”**. Cuando se topaba con religiosos: **“ Dichosos vosotros, que habéis dejado el mundo; no tuviera ánimo para dejarlo yo”**. Y otras razones a este tenor, con tanta verdad que a menudo le venía a la boca: **“estoy desesperado”**. Un día pasó por medio de dos religiosos, diciendo: **“ déjenme pasar, que estoy desesperado”**. Y creyendo ellos que lo estaba en el sentido que comúnmente suele entenderse, lo detuvieron y comenzaron a consolarle, haciéndole muchas preguntas y al final les dijo: **“Estoy desesperado de mí, pero confío en Dios”**.

Diciéndole una Hija Espiritual, que quisiera alguna cosa suya por devoción, porque sabía que era un Santo, se volvió a ella tan enojado que se le escaparon estas palabras: **“Vete con Dios, que soy un demonio no un Santo”**. Estando enfermo le dijeron algunos de los suyos, que hiciese a Dios la Oración de San Martín: “Domine adhuc populo tuo sum necessarius, non recuso laborem”. Les respondió: **“Yo no soy San Martín, ni me he tenido jamás por tal, y si me juzgase hombre necesario para algo, me tendría por condenado”**. Le rogaba una persona noble, estando otra vez enfermo, que no quisiese dejar tan aprisa a los suyos, que le pidiese a Dios larga vida, ya que no por interés propio sino por hacerles bien a ellos y a los demás. Le respondió con el mismo sentimiento de humildad: **“No me ha pasado jamás por la cabeza que sea capaz de ayudar a nadie”**. La misma persona, considerando los grandes dones que Dios le había comunicado, le dijo un día: Padre, que grandes cosas hacen los santos. Le respondió: **“No has de decirlo así, sino grandes cosas hace en sus Santos Dios”**. A otro que le dijo: Padre, me ha venido a la imaginación, que no sois cual os juzga el mundo. Le respondió: **“sabe que soy un hombre, como los demás y nada más. Pero no te de pesadumbre esa tentación, que no es de importancia”**.

Como se tenía por grandísimo pecador y sin ningún mérito delante de Dios, solía encomendarse a las oraciones de todos; por eso enviaba a decir, que regasen por él en los Conventos Religiosos, particularmente a los novicios, con gran confianza en sus oraciones.

Hacía decir Misas por sí en diferentes conventos, principalmente en la Iglesia del santo, cuya fiesta se celebraba, no solo en caso de enfermedad, sino en cualquier necesidad temporal o espiritual, confiando alcanzar por

este medio, lo que no esperaba por sus oraciones. Atribuía siempre a las de los demás cualquier favor que recibía de la divina mano. Una mañana diciendo Misa, en San Jerónimo de la Caridad, se escuchó un grandísimo terremoto en la Iglesia, donde estaban solamente un clérigo y una viejecilla y acabada la Misa, le preguntaron si había escuchado el ruido, él respondió que el terremoto lo había causado la oración de aquella mujer. Por la misma razón, cuando imponía la penitencia, rogaba a sus hijos espirituales, que aplicasen la mitad de ella por él y si eran sacerdotes, que dijese por él la Misa.

Se tenía en tan bajo concepto, que se afligía notablemente de ser tenido por bueno. Cuando sabía que alguno le juzgaba de esa manera, solía decir: ***“Miserable de mí, cuantos labradores, cuantas pobres doncellas, serán mayores que yo en el cielo?”***. Porque un penitente suyo, que venía de visitar a la Virgen de Loreto, le dijo, que en todos los lugares por los que había pasado, lo tenían por Santo y como tal se encomendaba a sus oraciones, estuvo una noche lamentándose y diciendo: ***“Pobre de mí, desdichado de mí, Dios me dé su gracia para ser lo que estos piensan”***. Huía de la honra como de la peste. No podía sufrir que le venerasen, no quería que nadie estuviese descubierto en su presencia, aunque fuese persona de bajísima condición, no le gustaba que le besasen las manos, si bien se lo permitía a muchos por no desconsolarlos y a otros porque de ordinario estaban en su compañía. Por la misma causa no hablaba de cosas del Espíritu con personas que tuviesen nombre de espirituales. Jamás quiso que le llamasen los Padres de la Congregación “Padre Prepósito”, ni “Padre Rector”, sino padre solamente, gustando de este nombre porque arguye más amor que superioridad (esta es la causa que el superior de la Congregación se ha quedado con el nombre de Padre). Sentía mucho ser llamado Fundador de la Congregación, diciendo expresamente a cuantos le hablaban de esto, que nunca tuvo intento de hacer tal. ***“Dios por su bondad, decía, se ha servido de mí, como instrumento muy flaco, para que resplandezca más su poder”***. Hacía muchas veces reflexión sobre esto y se espantaba de que hubiese querido Dios servirse de su persona.

Fue capital enemigo de todo genero de contenciones, aborreció sobremanera toda afectación en sí y en los demás, en la conversación y en el vestido, huyendo especialmente de algunas ceremonias, que tienen mucho de secular y otras que se usan en los palacios. Era muy amigo de la sencillez cristiana y así no se aplicaba con gusto a tratar con personas de prudencia mundana, y mucho menos con gente doble y que no procedía con lisura en los negocios. Fue gran enemigo de la mentira y recordaba a menudo a los suyos que se guardasen de ella como de la peste.

En las resoluciones de su persona, del gobierno de la Congregación y de otros negocios, aunque no grandes, siempre pedía consejo y no se contentaba de consultar personas inteligentes y a sus mayores, sino que

consultaba con los que eran inferiores suyos, queriendo que en todo caso diesen su parecer. Gustaba en extremo ser desestimado y tenido por hombre de poca sustancia, teniendo siempre fijo en el corazón el dicho del Apóstol: “Si quis videtur inter Vos sapiens, flutrus fias vi fit sapiens” Se podía decir de Felipe lo que de San Efrén, dijo San Gregorio Niseno: “Más quiso ser que parecer”. Cuando la Divina Bondad se compadecía de hacer milagros por medio de Felipe (que era tan común que se puede decir que era su vida un continuo obrar milagros) los ejecutaba con un modo, que nadie o pocos lo advertían, porque como San Francisco de Paula, usaba yerbas y otro medios para encubrirse, Felipe hacía cosas al parecer del todo opuestas a los afectos. Hacía, como veremos, los milagros casi como burlando, con lo que la gente apenas reparaba en ello. Muchos que después de su muerte advirtieron su milagrosa vida, espantados de que con tan manifiesta, hubiese, por decirlo así, pasado en silencio, no supieron dar otra causa, sino que el Santo lo alcanzó de Dios con la oración a imitación de Simón Saló. Si algunos reparaban en ello, por saber el disgusto grande que le harían al publicarlo, no osaban hablar de la materia. Todos os milagros son efecto de su profundísima humildad.

Le alababa muchas veces Baronio en esta materia y le respondía con gran sentimiento: ***“Has de saber que siento mucho ser tenido por los hombres en algo. Continuamente ruego a Dios, no quiera obrar cosa alguna por mi medio, porque es dar ocasión a los hombres, para que me tengan por lo que no soy. Créeme, que si tal vez a sucedido algo sobrenatural, ha sido por la fe de los demás y no por mis merecimientos”***. Otras veces cuando los enfermos a los que visitaba, le rogaban que les tocara con las manos o hiciese oración por ellos, decía mostrando gran sentimiento: ***“estos quieren que en todo caso haga milagros y no sé hacerlos”***. Finalmente fue muy humilde con todos, reportado en mandar, receptivo en cansar a los suyos, muy apacible en el trato, dulcísimo en la conversación, tan compasivo, que no podía llevar, que padeciese alguno el más leve trabajo por su causa. Y así, cuando caminaba por sus aposentos, se ponía unos escaupines de fieltro, por no inquietar con el ruido, a los que vivían debajo. Tan desasido de su estimación, que nunca mostró señal de complacencia en sus acciones, así lo observaron muchos de los que se comunicaban. Tan enemigo de la soberbia, que si bien trataba con todo genero de pecadores, por ganarlos a Cristo, no sabía domesticarse con los soberbios y altivos. Finalmente fue tan humilde, que como se lee de Santo Tomás de Aquino, nunca sintió estímulo de vanagloria.

Procuró como hemos dicho de los demás, pero con mayor esfuerzo, que alcanzasen los suyos esta virtud y como San Juan Evangelista, decía continuamente a sus discípulos: ***“Amaos los unos a los otros”***. Así Felipe: ***“Sed humildes, estad bajos”***. En esto instaba mucho. Exageraba en una Plática Francisco Maria Tarugui con mucho Espíritu y con aplauso general

de los oyentes, la excelencia del padecer. El Santo Padre se hallaba presente y porque no le ocasionase vanagloria, la aprobación del auditorio, comenzó a abatirse con sus acostumbrados movimientos y levantándose en pie, sacudía con la mano un pilar, llevándose los ojos de todos. No paró hasta que acabó la Plática y luego subió al lugar de Francisco, donde a voces dijo, que ninguno de la Congregación podía desvanecerse, pues hasta entonces ninguno de ella, había derramado su sangre por Cristo, sino que por servirle, conseguían mucha honra y estimación. Y dilató este discurso con mucha edificación de los oyentes. Decía también que, ni aún de burlas se han de decir palabras en alabanza propia. Que se debe tener gusto, o por lo menos no mostrar sentimiento, cuando se atribuye a otro la buena obra que uno hizo, usurpándole con esto la estimación de los hombres, supuesto que, con mayor aumento la cobra delante de Dios. Les decía muy a menudo a los suyos: ***“Echaos en las manos de Dios; sabed que si quiere algo de vosotros, él os hará capaces, para todo aquello en que quisiere emplearos”***. Los exhortaba que rogasen a Dios, que si les daba alguna virtud o algún don, lo tuviesen escondido, para que se conservase sin ocasión de soberbia. Cuando decían algo en alabanza propia, los reprendía al punto con estas palabras: ***“Secretum meum mihi; secretum meum mihi”***. Decía que era señal caer en algún pecado y con gran ruina del alma, meterse en la ocasión diciendo, que no lo cometiera y así exhortaba, que se repitiese muy a menudo y de corazón: ***“ Señor, no os fiéis de mí, porque sin duda caeré si no me ayudas. Señor mío de mí no esperes sino pecados”***. Aconsejaba no prevenir las tentaciones, con yo haría o diría, sino con humildad se lo que debería hacer, pero no lo que haré en la ocasión. Que se confesasen primero de los pecados más graves y de mayor vergüenza, porque con esto se confunde al demonio y se saca mayor fruto de la confesión. Le parecían muy mal las disculpas diciendo, que quien deseaba ser Santo, jamás se ha de disculpar (quitados algunos casos) sino confesarse culpable siempre, aunque uno no halla cometido el delito que le reprenden. Llamaba a los que así lo hacían: ***“La madre Eva”***. Tenía por cosa asentada, que el verdadero remedio para abstenerse del pecado, es reprimir y humillar la altivez del ánimo. Así nadie debe afligirse de ser reprendido, porque muchas veces suele ser mayor la culpa, la que se comete en la tristeza de la reprensión, que en la causa de ella. Además que la sobrada tristeza, siempre suele tener su origen en la soberbia. Por esta causa quería que después de haber cometido una culpa, se reconociese de ella el que la cometió, con estas palabras: ***“Si yo fuera humilde no caería”***. No seguía el espíritu de los que sobrado confiados en sus fuerzas, pedían a Dios tribulaciones. Exhortaba a pedir paciencia en los trabajos, que pueden suceder a un hombre durante el día. También tenía por cosa muy peligrosa, en un principiante en el Espíritu, querer hacer de maestro y gobernar a los demás. Por evitar peligros de vanagloria, quería que se hiciesen en secreto

las devociones particulares, diciendo que, los gustos y consuelos del Espíritu, no se han de buscar en público. Por esto aconsejaba que se huyese de toda singularidad, que por lo más es origen y fomento del espíritu de soberbia, pero que no por esto se dejasen las buenas obras. Y así conforme a la doctrina de los Santos Padres, solía distinguir tres géneros de vanagloria: a la primera le llamaba “Señora”, que va delante y se toma por fin de la obra que se hace. A la segunda “compañera”, esta es, cuando se hace la acción por vanagloria, pero se tiene cuando se ejecuta. La tercera la llamaba “La Esclava”, que se siente por la obra que se hizo, pero se reprime luego y advertía: “Por lo menos, no sea la vanagloria, la Señora”.

CAPITULO XIX

Ejercicio de Mortificación de Felipe en su persona.

Juntó Felipe a su humildad la mortificación, en grado tan excelente, que con justa razón fue tenido por singularísimo maestro de ella. Tanto en mortificarse, como mortificar a los que seguían su disciplina. En cuanto a su persona, su principal estudio era, procurar ser tenido por todos, hombre vil, y dejaba condición, no perdiendo en cuanto le era lícito, la menor ocasión de parecerlo. Muchas veces decía y hacía cosas, que considerándolas en lo exterior solamente, parecían liviandades y locuras. Pero los que penetraban en el fin, luego advertían, que le llevaba por aquel camino, y le movía a guiar por él a los demás, el amor de la sabiduría, que el mundo llama ignorancia.

Se ejercitó pues Felipe en casa y fuera de ella, en público y secreto en todo género de mortificación. Solía el Santo Varón por este fin, saltar muchas veces en presencia de personas de calidad, Prelados y Cardenales; y no solamente en lugares remotos y no habitados, sino en palacios, en las calles y en las plazas donde suele concurrir la gente con mayor frecuencia. En la Plaza de San Pedro in Vincula, se puso a saltar el primer día de Agosto, que es día de mucho concurso, por la Fiesta de San Pedro y dijo uno: “Mirad lo que hace aquel viejo, loco”; con lo que alcanzó Felipe lo que tanto deseaba.

Otra vez, encontrando un aguador, encontró al Beato Fray Félix de Cantalicia, varón de santidad de vida, que la conoce el mundo, y después de haberle hecho entre los dos muchos agasajos, le preguntó el Beato Félix, si tenía sed? Le respondió que sí. Ahora pues, dijo Félix, veré si eres verdaderamente mortificado. Le dio un frasco que traía en el cuello y Felipe al punto se puso a beber en medio de la gente. Concurrió mucha a la

ocasión, sin escandalizarse, diciendo: “ Un Santo da de beber a otro Santo”. Luego Felipe le dijo, que también quería ver si estaba mortificado y le puso su sombrero sobre la cabeza diciendo, que caminase así. Félix le respondió, de muy buena gana, pero si me hurtan el sombrero, será por tu cuenta; y caminó un trozo de la calle. Pero Felipe que conocía su bondad y mortificación, envió por el sombrero y cada uno prosiguió su viaje, dejando en duda, quien de los dos quedaba más mortificado. Le dio una ropa forrada de martas, el cardenal Alfonso Gesualdo, juzgando que le haría falta así por su edad como por asistir al confesionario. Quiso que en todo caso le diese palabra de ponérsela. Obedeció Felipe y por mortificarse, la llevó un mes entero y para que le notasen todos, andaba muy grave mirándose por ser así cual otro Simón Saló, burlado de todos.

Convidado a comer por el Cardenal Alejandrino, llevó consigo un hijo de confesión y le mandó llevar una olla de lentejas. Se sentaron a la mesa, la hizo poner en medio, y el Cardenal que conocía su virtud, no solo no lo llevó mal, pero quiso comer de ella con los demás convidados, que no siempre conseguía este fin, que deseaba con estas acciones, porque manifestaban los demás cuan Santo era, cuan sabio, y no podían empañar el esplendor de su virtud estas demostraciones de liviandad. El día de la traslación de los cuerpos de los Santos Papía y Mauro, no quiso perder la ocasión de mortificarse en fiesta de tanta alegría. Esperaba a las puertas las Sagradas Reliquias, llena la iglesia de gente, asistía la guarda de los Esguizaros del Papa, y el Santo agarró de la barba a uno de ellos, que la tenía bien larga, y le tiró varias veces de ella, haciéndole extraordinarias fiestas, con admiración y risa del pueblo que le miraba. Una vez por ser tenido por loco, salió en público medio hecha la barba, saltando como si estuviera alcanzando una victoria grande.

Otras veces por mortificar a Julio Savera, hermano de la Congregación, que sabía hacer la barba, le llamaba delante de mucha gente y en presencia de todos, le mandaba que le hiciese la barba y le quitase el cabello, y le decía: **“Ahora si que lo haces bien”**. Muchas, salía de casa con sus penitentes, llevando un manojo de retama bien grande, para dar ocasión de que se burlasen de él y mortificar juntamente a los que con él iban.

Muchas veces salía por Roma sin capa, tal vez se ponía a leer en público, haciendo muchos barbarismos, principalmente si advertía que le escuchaban personas doctas y prudentes. Preguntaba después a los suyos, lo que habían dicho, alegrándose si le despreciaban. Finalmente, pocas veces salía de casa sin hacer alguna mortificación, que cediese en menosprecio de su persona. En casa hizo tantas que puedo llamar su vida, continua mortificación. Por no cansar referiré solamente algunas.

Primeramente estaba muchas veces en el aposento con zapatos blancos, con bonete pequeño, con una armilla roja sobre el jubón, que le cubría hasta la rodilla. Con este hábito, recibía cualquier visita, aunque fuese con

personas grandes y de calidad, para que le despreciasen viéndole con aquel traje.

Bajaba algunos días de fiesta a la iglesia, con una ropa de levantar, puesta al revés, con el bonete a lo de gala, a veces se ponía un jubón de raso blanco, que fue de la gloriosa memoria de San Pío V. Un día de Nuestra Señora de septiembre, fiesta principal de la Iglesia Nueva, donde antes vinieron muchos Cardenales, se apareció en el Coro en lo mejor de las Vísperas, con un vestido muy extravagante, para que alguno de ellos le reprendiese, pero era tanto el crédito, tanto el concepto de su Santidad, que los Cardenales se levantaron en pie y le rogaron que se sentase junto a ellos, haciéndole todos mucho agasajo, en particular el Cardenal Pedro Aldobrandino y el Santo sonriendo dijo: ***“bastará sentarme entre los caudatarios”***, donde estuvo hasta la finalización de estas. Ni esto causó escándalo entre los asistentes, sino admiración en los que no lo alcanzaban y edificación en los que sabían su intento.

Por el mismo fin tenía en el aposento libros de fábulas, de entretenimientos y otras materias de risa y cuando iban a verle algunas personas principales cualificadas, se ponía a leer algunos de ellos, mostrando grandísima atención y gusto en oírlos.

La gloriosa memoria de Clemente VIII, envió una vez ciertos caballeros Polacos muy importantes a visitarle, con el deseo que de su conversación coligiesen su santidad y virtud. Le avisaron a Felipe que venían y antes que llegasen, mando a uno de los suyos, se pusiese a leer un libro de aquellos sin parar hasta que le hiciese la señal. Llegaron, y sin otro cumplimiento les dijo: ***“Esperad por hacerme merced que se acabe de leer esta fábula”***, y mientras se leía, iba diciendo: ***“No tengo buenos libros, no hago leer materias de importancia, sin hablar de Espíritu”***. Con lo que aquellos caballeros, después de haber estado de esta suerte un rato, mirándose los unos a los otros, se fueron admirados; y cuando se fueron, mandó dejar el libro diciendo: ***“Hemos hecho lo que convenía”***.

Lo solo los hacía leer cuando iban a verle personas grandes, sino que iba diciendo pedazos de ellos, conforme se ofrecía la ocasión, para que le tuviesen por hombre liviano y de ninguna prudencia. Un día hallándose en la casa de la Marquesa Rangona, Embajadora de España, le preguntó después de algunas razones, cuanto tiempo hacía que había dejado el mundo, Felipe le respondió: ***“No sé que le haya dejado aún”***. Comenzó a contarle muchas cosas de burlas y gracias de los libros que tenía, porque oyendo aquellos discursos, la Embajadora tomase otro concepto de él.

Fue a visitarle un noble romano, que no le había tratado ni le conocía y admirado de verle tan jovial y de que hablase tan libremente, dijo a Ángelo Buñarea, a cuya instancia le visitó, que se había edificado poco de aquel modo de proceder. Le respondió Ángelo, que el Santo lo hacía así por esconder su Santidad; le creyó el caballero y haciendo reflexión se

encendió en deseos de volver otra vez. Refirió Ángelo lo que pasaba al Santo padre y le rogó que cuando volviese aquel hidalgo, estuviese con más severidad. Le respondió Felipe: “***Que he de hacer. Quieres por ventura que me ponga grave, para que se diga de mí: este es el Padre Felipe, el entendido el de buena conversación? Sábeta que si volviere, lo haré peor***”. Volvió el caballero y prosiguió el trato con Felipe, y conociendo que debajo de lo que descubría exteriormente, estaba escondida otra mina, no solo no le causaba escándalo, sino que le edificaba sumamente. Con los de casa iba haciendo continuamente acciones, que le manifestasen hombre de poco juicio o por lo menos nos descubriesen quien era. Tal vez los desafiaba a correr y de echo corría, tal vez a saltar, tal vez retirado a su aposento se ponía el bonete que le regaló Gregorio XIV, esperando que fuesen a verle; y porque algunos viéndoles con él, no osaban entrar, los llamaba preguntándoles por qué no entraban y le respondían, porque no sabemos si tenemos que tratarle de V. Reverendísima o de Ilustrísima, título de los Cardenales en aquel tiempo. Viéndole con bonete de Cardenal, entonces sonriendo, se lo quitaba y decía: “***A que soy lindo menguado, no es verdad?***”. Hacía infinitas de estas cosas, pero no por eso perdió jamás con los suyos, el concepto de Santo en que le tenían.

CAPITULO XX

Mortificaciones con que Felipe ejercitaba a los suyos.

Como su deseo era aprovechar tanto a los suyos, como a sí mismo, era la mortificación uno de los ejercicios en que solía ocuparles. Casi infinitas son las que usó en todo genero, bastará referir algunas de las más comunes, como hemos dicho en las de su persona. Solía enviar muchas veces a sus penitentes, aunque fuesen personas nobles y de mucha calidad, a pedir limosna a las Iglesias, donde concurría más gente, mandándoles barrer delante de las puertas y llevar a otras partes la basura. Les hacía también pedir limosna en los sermones, que entonces no se usaba en Roma como ahora y se tenía acaso de menos valer. Cuando labró los aposentos en San Jerónimo, le hizo traer mucha parte de los materiales para su construcción, como aprendices de albañiles. Otras veces los enviaba por las puertas de las casas particulares a pedir pan por Amor de Dios, tal vez a los Coros de los Frailes a oír Completas, mandándoles estar tendidos como muertos, sobre algunos bancos hasta que se hubiese cantado la Salve. Les hacía poner anteojos; tenía muchos pares aunque los usaba poco, principalmente a los mozuelos y los enviaba de aquella manera a diferentes partes. De estas

cosas les mandaba sin número, solo por tenerlos humildes, por quitarles el aprecio de sí mismos y de su propia estimación. Mandó una vez a un mozo que fuese tocando una campanilla por Campo de Flor y por la Calle de los Jubeteros, lugares de gran concurso y de lo más habitado de Roma. La gente viendo cosa tan extraordinaria, hacía burla de él teniéndolo por loco. Otra vez envió otro penitente suyo, con una cubierta de caja de gran tamaño, pegada a las espaldas y un letrero grande que decía: “Por haber comido turrónes”.

Fue un día a casa del Cardenal Alejandrino, con muchos de sus penitentes y antes de irse, le pidió algo para ellos. Le entendió el Cardenal, mando sacar una rosquilla muy grande y se la dio. Felipe la dividió entre ellos y les mandó que todos a un tiempo la comiesen, obedecieron y la comieron por las calles de Roma. Le pidió licencia un penitente suyo para que le dejase el copete y Felipe, no solo se lo consintió, sino que le mando cortar los cabellos de él y por mortificarle más, le dijo que fuese al Padre Fray Félix, Capuchino, que le haría la Caridad. Fue el mozo y el Beato Félix, que había quedado con el Santo de acuerdo, en vez de cortarle el cabello, le rayó toda la cabeza. Llevó con grandísima paciencia la mortificación el joven. Alberto carpintero, le pidió licencia, para traer cilicio, Felipe se la dio, con tal que lo trajese sobre la ropa. Obedeció con toda prontitud y lo llevó hasta la muerte, y por esto le llamaron después Alberto el del cilicio.

Una de las personas de las principales de la Corte, tenía un perro al que cuidaba muchísimo, mostrándole particular afecto y haciéndole extraordinarias caricias. Un gentil hombre suyo, lo trajo consigo una mañana a San Jerónimo. Le hizo Felipe caricias y el perro se le aficionó tanto, que jamás quiso salir de sus aposentos, aunque muchísimas veces le echó el Santo y le volvió a mandar a su casa. Sintió mucho el caballero al principio la falta del animal pero viendo que cuando se hallaba libre se encaminaba hacia San Jerónimo, dijo riendo: “No le basta a Felipe quitarme los hombres que también me quita los perros?. Dando a entender que por su persuasión habían dejado algunos de servirle, por darlo con mayor perfección al servicio de Dios. De este perro se sirvió Felipe, para la mortificación de muchos de sus hijos espirituales, porque a veces les mandaba que lo llevasen en brazos, lavarlo, peinarlo, llevarle detrás con una cadenilla y él se mortificaba juntamente con ellos. Duraron las mortificaciones de este perro catorce años, y fueron tales que el Cardenal Tarugui, solía llamarlo: “Cruel azote de entendimientos humanos”. Por el mismo fin cuando se fue a vivir a la Vallicela, dejó en San Jerónimo una gata y por seis años continuos, envió a uno de los suyos a la carnicería a comprarle que comer y llevárselo. Les preguntaba cuando volvían (aunque fuesen personas nobles y en preferencia de Prelados y Cardenales) si

habían dado de comer a la gata, como estaba, y si había comido con gusto y muchas otras cosas, como si fuera algo importantísimo.

Recién llegado a sus manos Baronio, para acostumbrarle al desprecio de la estimación, le envió muchas veces a la hostería, con un frasco en el que cabían seis azumbres, dándole orden de que comprase un cuartillo de vino. Que hiciese lavar primero el frasco, que bajase a la cantina a verle sacar de los toneles, que se hiciese restituir la cesta de un testón o de un escudo de oro. Los huéspedes viendo que Baronio quería hacer todas estas cosas, juzgando que se burlaba de ellos, no solo le trataban mal de palabra, sino que le amenazaban diciéndole que le iban a dar de palos. Mortificó al mismo Baronio, mandándole, cuando estaba en San Juan de los Florentinos, que llevase la Cruz en los entierros, aún después de sacerdote.

Luego que llegó a sus manos Bernardino Cotona, gentil hombre del Cardenal Sirleti, comenzó Felipe a mortificarle de manera que muchas veces lo hizo pasar por delante del Palacio de su amo, con un caballo del diestro, como lacayo. A este, porque traía la barba crecida, le mandó que (como había hecho él mismo) se quitase la mitad. Fue a obedecerle diligente, pero el Santo se contentó con su prontitud. A cuanta pureza de vida llegó este hombre por estas y otras mortificaciones, lo saben los que vivieron con él en la Congregación. Fue tan puro como un niño de teta y por su sencillez muy amado de Felipe. Un día de verano, bajó Felipe a la Iglesia, llamado por una señora, con la loba aferrada de pieles y encontrándose a volverse a un noble romano, hijo espiritual suyo, se la echó sobre los hombros, mandándole que fuese de aquella manera a dar un recado a Baronio, superior entonces, que estaba en el coro cantando las Vísperas. Corrido el mozo de salir a la iglesia de aquella manera, fue a dar el recado por detrás de los bancos del coro (que en aquél tiempo había lugar) pero no satisfecho el Santo, le mandó que pasase por medio y así lo hizo. Al Padre Antonio Gallonio, hombre de natural muy fogoso, que en invierno no llevaba más que una loba de faja, le mandó traer sobre la sotana, una ropa de marta tres meses continuos en el Verano. A este mismo (por otra parte persona venerable) porque sabía cantar algunas canciones a lo pastoril, en viniéndole a visitar personas importantes, le mandaba que cantase aquellos tonos en su presencia, mortificando a un mismo tiempo al sacerdote y a los que le oían.

Incitó el demonio a uno de la Congregación con pensamientos de desprecio hacia Felipe, para que no le diese fe en la confesión, pero descubriéndoselos fuera de ella el Santo, le mandó por mortificarle (como solía) que los dijese en medio del refectorio en presencia de todos, escuchándolo con grandísimo gusto. Esto de hacer confesar las tentaciones en público, solía hacerlo cuando veía a los sujetos capaces, para el remedio de las tentaciones mismas.

El Padre Ignacio Festíni, Dominico, confiesa que, antes de entrar en la religión, decía algunas tentaciones en público, por mandato de Felipe, que no las hubiera dicho por ninguna otra cosa del mundo, y que recibía indecible contento al hacerlo y juntamente el remedio deseado.

Agustín Manni de Cantiano, Presbítero de la Congregación, que murió en el Señor el año 1618, hombre de gran caridad y espíritu, hizo un día entre otros una gran Plática en la iglesia, le mandó el Santo que la repitiese seis veces seguidas, sin cambiar ni una palabra. Se mortificó y cuando subía a la silla, decían los oyentes: “Este es el Padre que solo sabe un sermón”. Y porque se vea lo que deseaba Felipe mortificar en los suyos el discurso, principalmente cuando se fundaba en alguna apariencia de buena razón (cosa tan difícil, cuanto alabada con encarecimiento de los Santos) me parece bien poner en este lugar lo que sucedió con Baronio.

Le había señalado el Papa cierta cantidad de dinero, para que pudiese pasar adelante, la impresión de los anales. Lo supo el Santo y de contado tomó la decisión de mortificarle. Le dio a entender, que pues tenía con que contribuir, lo hiciese como los demás, conforme a la costumbre de la Congregación, pues no podía alegar, como hasta entonces, imposibilidad. Le pareció a Baronio, áspera la resolución y si bien obedeció al Santo, en esto “passus est aliquid humani”, como quién se hallaba sin otro dinero y aquél lo había de gastar cada día en copias de manuscritos de la Librería Vaticana, puso muchos medios para divertir al Santo de este intento, pero Felipe que deseaba aprovecharle, siempre estuvo firme sin dejarle vencer. Creció tanto la tentación en Cesar Baronio, que con gran instancia, rogó al Padre Tomás Bosio que persuadiese a Felipe y cambiase la resolución y que no le violentase en cosa como aquella, porque se veía tentado en primer lugar de abandonar la Congregación que contribuir con aquél dinero. Tomás hizo los oficios con mucho calor, pero el Santo más fuerte que nunca, le respondió: **“Decidle a Baronio, libremente, o que contribuya o que se valla, porque Dios no tiene necesidad de hombres”**. Con esta respuesta, sin saber que hacerse Tomás, exhortó a Baronio a que se sujetase en todo al mandato del Santo, como era justo, y considerase que cuanto tenía de Espíritu y letras se lo debía a él. Admitió Baronio el consejo y vuelto en sí, se fue derecho al aposento del Santo Padre, donde arrodillado a sus pies le pidió perdón de la renitencia, ofreciéndole no solo el poco dinero que le había señalado, sino todo lo que podía tener en su vida y su persona misma. Entonces Felipe le dijo: **“Ahora hiciste lo que era razonable, ve en paz, que nada tuyo quiero, sino que aprendas para otra vez a remitirte pronto a la obediencia”**. Instaba de tal forma que se pusiese todo el estudio en mortificar el entendimiento, que solía decir tocándose la frente: **“La santidad del hombre está en estos tres dedos de espacio”** y añadía declarándolo: **“Toda la importancia está en mortificar la racional”**, entendiendo por esta el sobrado discurso. De suerte, que

cuando le venía a las manos alguna persona con nombre de santidad, solía probarla con mortificaciones. Si la hallaba mortificada, hacía cuenta de ella y si no lo estaba, la tenía por sospechosa.

Finalmente como otro Beato Juan Colombino (cuyo espíritu bebió) tenía a los suyos en cuanto convenía al estado de sacerdotes seculares, en continuo ejercicio de mortificación, porque tal vez, cuando estaba uno en lo más fervoroso de la Plática, le mandaba bajar de la silla porque quería subir a predicar. Muchísimas veces mandaba a alguno a hacer Pláticas de repente. Sabía en esto lo que hacía, pues cuando intervenía su mandato, eran mejores las de repente que las muy pensadas, Los enviaba a las librerías a buscar los libros de títulos extravagantes, como: El Piovano Arroto, Mateo Maria Boyardo, las fábulas de Hisopo y otros semejantes, con orden expresa de que los pidiesen en alta voz para que los oyesen todos y padeciesen aquella vergüenza. Muchas veces los hacía ir desde la Vallicela a San Jerónimo de la Caridad sin capa o con las mangas y el vestido roto. Un día ofreció un caballero, unas mangas a uno de ellos, viéndole en aquél traje y sabiendo el Santo que había querido aceptar la limosna, le mandó volver a buscar al que se la ofreció y que le dijese, que si bien antes no la había aceptado, aunque tenía necesidad, la recibía de muy buena gana. Le dio el caballero las mangas y el Santo se las mandó llevar. A algunos les hacía besar los pies a los que venían a visitarle, a otros que cantasen, a otros que bailasen en presencia de Prelados y Cardenales. A muchos les hacía traer el bonete de tela blanca y a otros el sombrero ancho con un cordón debajo de la barba a lo antiguo. A otros les ponía un rosario gordo de ermitaño y una banda de tafetán con trenzas de oro. En fin a cada uno daba la mortificación que juzgaba conveniente, repitiendo muchas veces; ***“Hijos mortificaos en las cosas pequeñas para que podáis mortificaros más fácilmente en las grandes”***.

Pero fue cosa muy maravillosa, que ninguno dejó de admitir la mortificación que se le imponía por extravagante que fuese. En todas supo muy bien quien era capaz y quien no lo era, pues a muchos en treinta o cuarenta años que le trataron, jamás de obra o de palabra les dio mortificación alguna y a otros apenas llegaban a sus manos les mandaba cosas muy extravagantes. No solo conocía a los sujetos aptos para recibirlas, sino las calidades de las mortificaciones que habían de menester y así se las daba a unos grandísimas, medianas a otros y a otros menores, según creía conveniente a cada uno. Estimaba esta virtud, que ordinariamente tenía en la boca el dicho de San Bernardo: “Spernere mundum, spernere nullum, spernere se ipsum, spernere se sperni”. “Despreciar el mundo, despreciar a ninguno, despreciarse a sí mismo, despreciar ser despreciado”. Y añadía considerando la dificultad de llegar al segundo grado principalmente: ***“Et hec sunt dona superni. Y estos son dones de Dios soberano, a estos no he llegado yo, a esto quisiera llegar”***,

o razones semejantes, mostrando con ellas cuanto se ha de estimar la mortificación y cuan difícilmente se alcanza.

Si bien fue muy singular Felipe en mortificarse y mortificar, con todo en sus últimos años, no había tantas mortificaciones exteriores porque, decía, que cuando se manifiesta mucho el Espíritu de esta virtud, no son de tanto fruto, antes en algunos pueden ocasionar vanidad y soberbia.

CAPITULO XXI

Paciencia de Felipe.

Llegando a la virtud de la paciencia, tan ensalzada por los santos, tenida por piedra fundamental de toda la santidad, además de lo que dijimos en el libro primero con ocasión de los ejercicios que introdujo en San Jerónimo de la Caridad, se puede decir, que como fue continua mortificación la vida de este Santo, así fue paciencia continua, por las contradicciones que padeció en todo lo que ejecutaba.

Primeramente, en todos los palacios, hacían burla de todos los cortesanos, diciendo cuanto se les venía a la boca. Mientras estuvo en San Jerónimo, de ordinario, cuando llegaba a su antecámara un penitente suyo, le preguntaban: ¿Qué hace el Padre Felipe? ¿Qué regalos ha comido esta mañana? ¿Cuántos capones le han dado? ¿Cuántos pucheros le han mandado sus hijos espirituales? Y otros muchos dichos semejantes, sin respeto alguno. Duró esto muchos años, de manera que se llenó toda Roma: por las tiendas, los bancos no hacían otra cosa los ociosos y poco temerosos de Dios. Se burlaban del Santo y de sus penitentes. Pero espantaba a todos cuando se refería su paciencia y el gusto que mostraba por sufrir de aquella manera el desprecio de los demás. Cierta persona de calidad, que se había burlado de él otras veces, desde que observó tan gran paciencia comenzó a estimarle de gran manera y continuamente enviaba a que le encomendara en sus oraciones. Y cuando hablaba de él, se blasonaba de que era hombre de suma y maravillosa bondad.

Los que por emulación o por otros particulares respetos no podían llevar que siguiesen adelante los Ejercicios del Oratorio, ni que fuese creciendo en olor de sus virtudes, buscaban cualquier ocasión para borrar el crédito de su santa vida, y así un día se levanto voz en Roma de que el Padre Felipe estaba en la cárcel por alguna liviandad de mujeres. El motivo fue, que un mozo llamado Felipe que acudía a San Jerónimo, fue preso por esta causa y los émulos valiéndose de la equivocación del nombre, esparcieron la fama en el del Santo, de que no solo, no mostró pesar, sino que la escuchó con grandísima tranquilidad, sonriendo cuando se lo

dijeron. Una vez fue a hablar con cierto prelado, por un caballero romano, penitente suyo, acusado falsamente de una muerte y que el Santo aseguraba que no había sido. El prelado no solo no negó los oídos a la verdad sino que injurió de tal manera a Felipe que los circunstantes quedaron sobremanera admirados de la paciencia y la mansedumbre de Felipe en aceptar las injurias con apacible rostro, que del mal proceder del Prelado. Después se probó la inocencia del caballero y salió del todo libre.

Otra cosa parecida ocurrió en San Juan de los Florentinos, donde un criado de cierto caballero, sin razón alguna, comenzó a tratar a Felipe, con tanta desvergüenza, con palabras tan injuriosas, que no pudiendo sufrir su insolencia, Fabricio Manqueti, Canónigo de San Pedro, hombre de muchas letras, estuvo por darle de pescozones, pero le reprimió la alegría con que el Santo llevaba aquellos oprobios y se edificó tanto de su paciencia, que desde entonces lo veneró siempre como Santo.

Yendo Felipe con los suyos, un día encontró a cierto cardenal, tan mal informado de su persona, que viéndole paró su carroza y en público le reprendió severamente. El santo conociendo su recta intención sin turbarse, con su acostumbrada risa, se acercó diciéndole algunas palabras en secreto, a las cuales serenó su rostro el cardenal, le hizo muchas caricias y le dijo que prosiguiese en sus ejercicios. No solo ejercitó Felipe la paciencia con los extraños, más la hubo menester con los suyos tal vez, y aún con los que había beneficiado mucho. Se trataba de un negocio grave en la Congregación, en razón del cual se le dio al Santo como superior una carta para que la leyese. La comenzó a leer y uno de los suyos temeroso de que hubiera algo en ella que no estaba bien que se supiese, se la quitó de las manos con mucho atrevimiento diciendo: No es menester leerla. Lo llevó el Santo con tanta mansedumbre, que no hizo la mayor demostración; si bien es verdad, que pasado algún tiempo mandó que después de su muerte, se le diese la corrección que debía, para que reconocido hiciese la penitencia que convenía y alcanzase de Dios el perdón por su yerro.

Muchas otras injurias padeció Felipe, que por la brevedad dejó, solamente quiero añadir que, Francisco Rosano, Filósofo y teólogo de gran nombre, considerando los grandes agravios, que cada día se le hacían, principalmente cuando introdujo los Ejercicios en San Jerónimo de la Caridad, dijo que estaba bien en San Jerónimo Felipe, porque se podía llamar otro San Jerónimo, pues cuanto le duró la vida le duraron las persecuciones. Pero es cosa bien notable, los que de cualquier manera persiguieron al Santo, llegaron a pedirle perdón arrepentidos de su error o experimentaron en breve castigos de Dios si fueron obstinados. Cierta persona que una noche le murmuró, al día siguiente, al salir de su casa, cayó por un precipicio con evidente peligro para su vida, se le quebró una pierna, confesando que la desgracia de su caída fue la murmuración hecha y añadiendo que tenía por cierto, que se hubiera hecho pedazos si su

murmuración hubiera sido realizada con mala intención. Desde entonces no pudo sufrir que se dijese mal de Felipe.

Una señora anciana de sangre esclarecida, estuvo por una enfermedad, muy cercana a la muerte. La visitaba el Santo muy a menudo como confesor suyo. Un sobrino de la enferma, persona de mucha autoridad, temeroso de que su tía dejara la heredad a la Congregación, llevaba mal la frecuencia con que Felipe la visitaba y le dijo que no era de su gusto que entrara en su casa, pero sin embargo como la intención del Santo era solamente ayudarla en el alma, prosiguió sus visitas. Enojado y más sospechoso de sus acciones, el sobrino, mandó sus criados que de ninguna manera le dejaran entrar, pero ni esto, ni las amenazas, ni cosa que maquinase contra él, bastaron para desterrarlo. Llegó esto a los padres de la Congregación y todos le rogaron que suspendiese las visitas para que no se pusiese en peligro y les respondió: ***“Yo voy a visitar a la enferma por su alma y cuando esto fuese causa de mi muerte, no podría sucederme mayor dicha”***. Le replicaron que era forzoso algunas veces ceder al tiempo y respondió entonces: ***“No dudéis, no tengo peligro alguno. La tía que es enferma ahora, curará luego y el sobrino que está sano, dentro de quince días morirá”***. No faltó al suceso una palabra. En el dicho termino recobró la tía la salud y perdió el sobrino la vida.

Murmuró cierta persona sobre la jornada de las Siete Iglesias, diciendo a un amigo suyo: no sabes que esos Jeronimianos (así llamaban entonces a los de la Congregación del Oratorio) han ido a las siete iglesias, donde han llevado siete cargas de tortas y otras cosas parecidas con burlas y risas contra ese ejercicio. Antes de que pasaran muchos días, mataron al que había dicho aquello y murió el que lo había escuchado. Un Prelado (cuyo nombre se calla por justos respetos) informó a un Cardenal sobre Felipe con la intención de ponerlo en su contra y así suspendiese los Ejercicios de San Jerónimo y le persuadió de tal manera, que el cardenal habló de ello con el Papa. Aunque Felipe lo supo todo, jamás habló cosa alguna contra el Prelado, antes iba muchas veces a visitar al Cardenal, de quien recibía diversas mortificaciones, procurando por este medio ser dueño de sí mismo. En este tiempo, salieron contra el Prelado los Monjes de Monte Olivete, diciendo que era apostata, que había sido durante cinco años de su Religión y a pesar de esto murió a los pocos días casi desesperado. Pero Felipe olvidado del agravio, lo visitó en su enfermedad muchas veces y sintió mucho su muerte. Cuando se la refirieron, pidió a uno de los suyos la Biblia y abriéndola, encontró aquellas palabras de los Proverbios, en el capítulo 6: ***“Homo apostata, vir inutilis, graditur ore perverso, annuit oculis, terit pede, digito liquitur pravo corde machinatur malum, et omni tempore iurgia feminat. Huic ex templo veniet perditio sua, et subito coneretur, nec habebit ultra medicinam”***.

No se puede hacer mención de todos los sucesos, para que no se descubran a las personas, si bien muchísimas familias enteras, por perseguirle, se perdieron. Volviendo a la paciencia, se adelantó tanto con ella, que no solo sufría a sus perseguidores, más los amaba tiernamente. Ni se contentaba de rogar a Dios por ellos, yendo muy a menudo a San Pedro y a la Transpontina vieja a hacerlo. Hacía rogar a sus penitentes, mandándoles muchas veces que dijese un Padre Nuestro y un Ave Maria por sus enemigos. Estaba tan habituado a la Paciencia que nunca le vieron enojado y mostraba no saberlo estar. Si tal vez, por provecho de sus hijos espirituales, les hacía alguna corrección o los miraba de manera severa, se volvía a algunos de los que quedaban diciendo: **“¿No te parece que me he enojado?”**. Y al punto se ponía con el aspecto sereno que tenía. Alguna vez se le veía con la persona a la que reprendía, al instante diciéndole: **“¿Te has escandalizado de mí?”**. Una mañana después de haber reñido con severidad a Galonio, advirtiéndole que le había turbado algo en lo más fuerte del enojo, quiso que le abrazase, para apartar de su corazón el menor desabrimiento.

Jamás le vieron melancólico, siempre le hallaban con el rostro alegre, era esto tan notorio entre los suyos que decían: **“al Padre Felipe se le puede hacer y decir cualquier agravio, porque jamás se inquieta”**. Y así una vez, refiriéndole que decía algunos, que era un bárbaro, hizo gran demostración de alegría. Y otras diciéndole, que se había predicado en público en contra del Instituto de la Congregación, no respondió palabra, ni dio la mayor señal de perturbarse. No fue menor su paciencia en las enfermedades largas, que ocasionadas por el constante trabajo, padecía casi cada año. En cuatro de ellas estuvo oleado y siempre le vieron con aspecto alegre y rostro severo. Una vez, ya desahuciado de los médicos, viendo a todos afligidos por su muerte, dijo con ánimo constante e intrépida voz: **“Paratus sum, et non sum turbatus”**. No hablaba de su enfermedad sino con los médicos, nunca dio muestras de dolor aunque fuera grande su padecimiento. Siempre confesó a sus penitentes a no ser el caso que se lo prohibiesen los médicos. Si los de la Congregación le decían que lo dejase por estar enfermo, le respondía que lo dejaran hacer, porque el oír las confesiones eran la recreación de su alma y el deseo de la salud para sus prójimos. Nunca mudó la voz como suelen hacer los demás enfermos; tan sonora la tenía, como cuando estaba sano. En vez de consolarle los que le visitaban, los consolaba él y los entretenía de diferentes modos recibiendo así mayor consuelo quien le visitaba que el mismo Santo que se encontraba enfermo. Se tuvo por milagro, que aún siendo viejo, aunque la enfermedad hubiese sido grande, se levantaba y decía Misa y hacía las demás funciones sin pasar por la convalecencia. De suerte que muchas veces en la noche parecía muerto y a la mañana siguiente acudía a los Ejercicios acostumbrados, con la misma libertad que si no hubiera estado enfermo.

Maravillados un día dos médicos por sus repentinas convalecencias, le dijeron a Felipe mostrando que su salud venía de lo alto: ***“Sabed que no me habéis curado vosotros, sino aquél Relicario”***, señalando a uno que le dio San Carlos.

Con esta ocasión quiero contar lo que una vez sucedió con una enfermedad importante que tuvo en San Jerónimo de la Caridad. Pidió a Julio Petrucio un poco de agua mezclada con vino de granadas. Julio, acertadamente pensó que sería bueno echarle un poco de azúcar, para templar la crudeza del agua y lo agrio de la granada; y afligido por no tenerle, pensando como lo haría, se halló delante de él un mozuelo que jamás había visto ni conocido, con un pan de azúcar en las manos. Atendió a su función, sin reparar entonces. Tomó Felipe el agua y vuelto del otro lado, después de haber dormido un rato, recordó diciéndole que estaba bueno. Por la mañana se levantó a todas sus ocupaciones. Haciendo reflexión después, Julio Petrucio sobre lo que sucedió con el azúcar, no habiendo visto más al mozuelo, conoció, que la bondad de Dios enviando milagrosamente el azúcar para socorrer la necesidad de su siervo; teniendo por infalible y cierto que el que trajo el azúcar fue un ángel.

Otra vez (también en San Jerónimo) enfermo de tal manera, que los médicos le dieron por muerto y recibidos los sacramentos, se esperaba todas las horas que acabase. Le asistía de guardia Pedro Victrici, Parmesano, penitente suyo y gran bienhechor de la Congregación, criado del cardenal Boncompaño (que fue después Gregorio XIII), le pidió el Santo un poco de agua para refrescarle la boca, la tomó, se puso en medio de la cama, vuelto el rostro (como Ezequias) a la pared, y al pasar un cuarto de hora, se encontró totalmente restablecido y asistió sin otro problema a sus acostumbradas funciones.

Finalmente, dio muchos documentos en orden a la paciencia. Primeramente, decía, que no puede sucederle a un cristiano más cosa gloriosa, que el padecer por Cristo, ni quien amaba a Dios, cosa de mayor disgusto que faltarle ocasiones de padecer; siendo así que la mayor tribulación de un siervo de Dios es no tenerla. Por esto, cuando a veces los suyos le decían que no podían llevar las adversidades, respondía: ***“Antes decid, que no sois dignos de tanto bien, pues no hay argumento más cierto, ni más evidente del amor de Dios, que ellas”***. A cierto confesor que se quejaba con él, de que padecía persecuciones injustas, le dio esta corrección: ***“Cómo queréis enseñar la paciencia a los demás, siendo tan impaciente? Hijo, la grandeza del amor de Dios se conoce por la grandeza del deseo de padecer por su Majestad”***.

Decía, que nada causaba más deprisa el desprecio del mundo, que el verse atribulado y afligido. Que se podían llamar infelices los excluidos de esta escuela. Que en esta vida no hay Purgatorio sino Infierno, o Cielo; en este viven los que padecen tribulaciones con paciencia y en aquél los que

las padecen sin ella. Que cuando Dios envía al alma gritos extraordinarios, se ha de aceptar para una gran tribulación, porque de ordinario, el gusto espiritual es su mensajero.

Para animar a los suyos a esta virtud, los exhortaba a no perder jamás el ánimo, porque es costumbre de Dios tejer la vida humana con un trabajo y con un consuelo. Que no procurasen huir de la Cruz, porque hallarían otra mayor sin duda. Que no hay otra cosa mejor, que hacer de la necesidad virtud, si bien os hombres por lo más, se labran la Cruz ellos mismos. No aconsejaba pedir a Dios tribulaciones, quería que se anduviese en esto con grandísima atención, porque no hace poco el hombre en llevar las que Dios le envía cada día; pero enseñaba a algunos ejercitados mucho tiempo en el servicio de Dios, que en la Oración se imaginasen muchas afrentas, como bofetones, heridas y cosas semejantes y que con gran caridad, a semejanza de Cristo, procurasen acostumar el corazón a perdonar de veras los agravios porque de esta manera alcanzarían el Espíritu grande. Con todo esto, a cierta persona que rogó le enseñase este ejercicio, le dijo: **“No es para ti, ni para todos”**. Con estas y otras advertencias semejantes, se confirmaban y confirmaba a los demás en la paciencia nuestro Santo.

CAPITULO XXII

Perseverancia y firmeza de Felipe en las buenas obras

Muy bien sabía Felipe, que ninguna acción, por grande y heroica que fuese, podía llamarse del todo virtuosa, cuando no está acompañada por la Perseverancia y la firmeza. Ya desde niño procuró tener constancia en sus obras.

Primeramente, después de llegar a Roma, conoció que la voluntad de Dios era que trabajase en aquella viña. Fue tan constante que en el espacio de sesenta años, no salió de las puertas de la ciudad más de lo que le suponía la vuelta de las Siete Iglesias. Y aunque muchos amigos le rogaban, con grandísima instancia para que fuese con ellos a diferentes partes y particularmente sus parientes a Florencia, jamás fue posible que cediera a hacerlo. Ordenado Sacerdote y confesor, atendió a ambas obligaciones, tan continuamente, que se puede decir, que su vida no fue otra cosa, que tener oración, leer libros devotos, oír y administrar la Palabra de Dios, visitar la iglesias, los enfermos y hacer obras de piedad y religión. Fundada la Congregación, por asistir mejor a lo que había ordenado principalmente en ella, ni quiso tomar otro oficio, ni acumular ejercicios,

contentándose, como decía, con tres cosas: Oración, administración de Sacramentos y Palabra de Dios; esto a fin de que, así él como los de la Congregación, se confirmasen en ellos. Pero porque, como hemos dicho otras veces, no se contentaba de ser él solo virtuoso, procuraba imprimir esta virtud en los pechos de sus penitentes con varios documentos, teniendo siempre en la boca aquella sentencia de Cristo nuestro Redentor: ***“Non qui inceperit, se qui perseveravit usque in finem, hic salvus erit”***. Decía, que para alcanzarla, es muy buena la dirección y que para esto es menester, no querer hacerlo todo en un día y ser Santo en cuatro; que le parecía más dificultoso moderar a los que querían hacer mucho, que incitar a los que hacen poco. Que no conviene pegarle tanto a los medios, que se olviden del fin. Que no es conveniente darle tanto a la mortificación de la carne, que se deje mortificar el entendimiento, que es lo principal. Que es importante no dejar en cualquier ocasión las devociones, y para esto no está bien cargar demasiado de ejercicios espirituales, porque hay algunos que poco a poco se ponen a decir tantos Rosarios, tantos Oficios, que después cansados no perseveran y si perseveran, no los rezan con devoción. Por esta causa, aconsejaba, que se emprendiese poco y se observase sin intermisión, porque si el demonio hace dejar una vez un ejercicio, fácilmente lo hará una segunda vez y luego una tercera, hasta que quede todo en nada. Y así acostumbraba a decir muy a menudo: ***“Nulus dies sine linea”***. Exhortaba a renovar a menudo los buenos propósitos y a no perderlos jamás por tentaciones, diciendo que acostumbraba Dios cuando quiere conceder una virtud, permitir que sea uno trabajado primero del vicio contrario. Solía decir también, que el Espíritu suele ser al principio grande, pero después, el Señor: ***“fingis se lorigius iqe”***, y que en estos casos es menester permanecer firme y no conturbarse, porque sin duda volverá. A este propósito, enseñaba que en la vida espiritual hay tres grados: el primero lo llamaba ***animal***, este es el que va tras devoción sensible que la suele dar Dios a principiantes, porque llevados de aquél gusto, como los animales del objeto sensible, se dan a ella. El segundo, lo llamaba ***vida de hombre***, y es de los que sin probar dulzura sensible combatían por la virtud contra las pasiones propias, cosa propia de hombres. El tercero ***vida de ángeles***, donde llegan los que ejercitados mucho tiempo en domar sus pasiones, reciben de Dios vida tranquila y quieta y casi angélica aún en este mundo. De estos tres grados, aconsejaba a los suyos, que perseverasen en el segundo, porque a su tiempo Dios, concedería el tercero. En cuanto a la gente moza, decía, que les era tan necesario para perseverar en la virtud, huir de las malas conversaciones, y acompañarse de buenos, como la frecuencia de los Sacramentos. No los creía fácilmente, aunque diesen muestra de gran Espíritu. Y así, cuando alguna vez le referían de algunos jóvenes, que caminaban bien en el Espíritu, respondía: ***“Dejad que echen las plumas y veréis que vuelo darán”***. Exhortaba a rogar continuamente al

Señor, que por su bondad les concediese el don de la permanencia y así ordenó, que le dijese, como se dicen, cada noche en el oratorio cinco veces el Padre Nuestro y cinco Ave Maria, para que conceda el Señor la perseverancia en su santo servicio. Así mismo decía, que para comenzar bien y acabar mejor, era muy necesaria la devoción a la Santísima Virgen Madre de Dios y oír Misa cada día, cuando no hubiese legítimo impedimento.

Mortificaba a los que tenían Espíritu de Religión, mucho antes de entrar en ella para que perseverasen, deshaciéndoles la propia voluntad en lo que conocía mayor repugnancia. Esta es la causa de que muchos que por su consejo fueron religiosos, han confesado muchas veces, que si en Santo no los gobernara de aquella manera, por ningún caso perseverarían. Un religioso Capuchino, fue a visitarle una vez y besándole la mano le dijo: “O Padre, las mortificaciones que V. Reverencia me dio, son nada respecto a las de la Religión, pero le aseguro, que sin aquellas no hubiera podido llevar estas”. Decía Felipe que, si un religioso vivía con edificación y observancia en una religión relajada, debía perseverar en ella sin buscar otra, porque quizás quería Dios servirse de él para renovar el Espíritu en aquella.

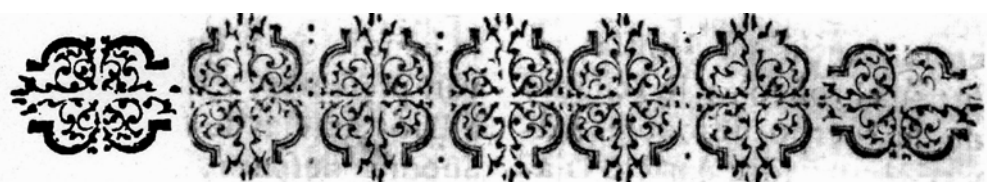
Tenía por sospechosa cualquier mudanza, no le parecía bien pasarse de un estado a otro, aunque fuese mejor, sin gran consejo, diciendo, que el demonio se sabe transfigurar en ángel de luz y con el pretexto de lo mejor, hacerle dejar lo bueno. No deseaba esta firmeza en los claustrales solamente sino en los seglares también, procurando que sus penitentes, después de haber hecho una vez la elección del estado, prosiguiesen y perseverasen, viviendo bien en él y por leve o pequeña causa, no mudasen lugar ni profesión.

Maximiliano Borgo, Veronés, estaba en el servicio de una persona grande, donde había entrado con poco gusto y con pacto de no ocuparse en algunos negocios seculares, para atender a sus ejercicios y servir a Dios más libremente. Viendo que su dueña no le guardaba en todo la palabra, quiso tratar de dejarla. Se lo comunicó al Santo Padre, que era su confesor, el cual le aconsejó que tuviese paciencia, diciendo expresamente, que no lo hiciese, porque si huía de aquella Cruz, la hallaría mayor. Sucedió así, pues mal aconsejado por otros se salió y desde entonces jamás estuvo quieto ni constante en ningún lugar, aunque por otra parte vivía sin ningún escándalo.

Deseaba sobre todo esta virtud en los de la Congregación, no dándoles fácilmente licencia para salir de Roma por mucho tiempo, diciendo, que el Espíritu se relaja y siente volver a los ejercicios y vida que solía. Entró en la Congregación un joven de buenísimas partes y de grandes esperanzas y aconsejado que mudase de aire por remedio de una enfermedad, trató de hacerlo. No le agradó al Santo Padre la resolución, pero instado por el

joven, principalmente porque quería irse con otro, que tenía que salir forzosamente por otros negocios de Roma, vino en ello, pero dijo a algunos: ***“Partirán dos pero volverá uno”***, y así sucedió, porque el mozo, vencido por el amor a la patria, se quedó en ella. Con todo le escribió Felipe una carta, de la que pondremos algunas razones, para que se eche de ver mejor el deseo del Santo en esta parte: ***“ Yo quería, dice, que no se partiera tan deprisa y que se detuviera poco entre la carne y la sangre, entre el amor de la madre y los hermanos, no dudando con el ejemplo de San Marcos y Marceliano, que habiendo estado fuertes a tantos martirios, últimamente estuvieron cerca de negar a Cristo, movidos por el Padre y por la Madre, si San Sebastián no los confortara con sus santas razones. Al final añade: ora bien, en tú voluntad está el volver o quedarte, que acá no buscamos gente a la fuerza”***. El Padre Juan Antonio Luchi, de quien otras veces hemos hecho mención, quiso ir a Bañarca, patria suya, procuró Felipe entretenerle diciéndole: ***“Antonio, no te vallas, mira que sé lo que digo”***. Y añadió: ***“ Puto ego quod spiritum dei habeam”***. Partió embelesado de la patria y no volvió más a la Congregación. Lo mismo les sucedió a otros de los suyos, que yéndose a sus patrias contra el parecer del Santo, murieron unos y otros no volvieron.

No daba licencia tampoco, para que fuesen a fundar Congregaciones en otras ciudades, deseaba que estuviesen firmes en la de Roma, atendiendo con todas sus fuerzas a cumplir con sus obligaciones en ella. Cuanto apretaba en esto, se puede colegir de una carta que escribió a San Carlos, tan querido y venerado por él. Le pedía San Carlos, algunos sujetos de la Congregación y le respondió estas palabras: ***“ Habiendo entre ellos estudiantes no sazonados, no conoce mi discurso, que le deje hacer yerro en sacarlos del estudio. Y un poco más abajo: los sazonados no los podemos enviar, porque tenemos mucha necesidad de ellos y aún dudo y tiemblo la vez que he de hacer elección de alguno para enviarlo a alguna parte o darle algún oficio y me encomiendo a Dios muy de veras”***. De esto se colige, cuan lejos estaba de alejar a los suyos de la Congregación de Roma.



LIBRO TERCERO

DE LA VIDA DEL GLORIOSO

PATRIARCA SAN FELIPE

N E R I.

REFIERENSE LOS DONES
que Dios le concedió.

CAPITULO I

Éxtasis y raptos de Felipe

Quiso la Divina Majestad lustrar con los más excelentes dones, las virtudes de Felipe. Primeramente, parece que no contento el Señor de haberle subido a tan alto grado de caridad y dándole el Espíritu de Oración tan eminente, como hemos referido, quiso levantar a la Sabiduría de los

secretos inefables de su divina grandeza con admirables éxtasis y arrobos, que fueron frecuentísimos a lo largo de su vida. Si bien por su humildad hacía todo lo posible y ponía cualquier medio para evitarlos.

Se puso la Oración de las cuarenta horas en la iglesia de Nuestra Señora de la Minerva, Convento de Santo Domingo en Roma, por un negocio grave de religión que se trataba delante del Papa. Fue allí Felipe con Francisco Maria Tarugui y otros, se arrodilló en oración delante del Santísimo Sacramento y de repente fue arrebatado en éxtasis, quedando con los ojos fijos en la Santísima Hostia, risueño el rostro y el resto de su cuerpo inmóvil. Le advirtió el Padre Ángel Diacheti, Prior de Minerva entonces y después Obispo de Fesoli, muy amigo de Felipe, se pegó a él otro religioso y le llamaron muchas veces, tocándole y viéndole como el hielo, pensando que le había dado algún desmayo, le levaron a una celda del noviciado. Aquí, después de haber estado buen rato en aquella postura, volvió con estas palabras: ***“Victoria, Victoria, exsaudita est oratio nostra”***. Admirado el Prior, y desengañado, porque no había sido desmayo como pensaba, le hizo grandísima instancia para que le dijese la causa de su repentino cambio y la victoria de la que hablaba. Se resistió al principio el Santo, pero vencido por sus ruegos, le dijo: ***“Sabed, que el negocio por el que se ha puesto la Oración de las Cuarenta horas, va bien, hemos sido oídos”***. Le preguntó más en particular sobre el éxtasis y respondió que había visto en la Hostia consagrada a Cristo Nuestro Señor, que con su Santísima mano, daba la bendición a cuantos estaban presentes y que diesen a Dios gracias por la victoria. Se supo después, que en el mismo tiempo, que volvió el Santo del éxtasis, había declarado su Santidad a favor de los Padres Dominicos.

Fabricio de Maximis, yendo una mañana a reconciliarse con Felipe, halló entornada la puerta de su aposento, la abrió despacio y vio al Santo en oración elevado sobre las puntillas, vueltos al cielo los ojos y levantadas las manos, haciendo particulares gestos. Le estuvo mirando un rato, luego se fue a él y le saludo. Pero aunque tenía la cara vuelta hacia Fabricio y por fuerza tenía que verle, ni le saludo ni le dijo palabra. Se puso a mirar Fabricio con gran gusto de verle en aquella forma y después de medio cuarto vuelto el Santo en sí, y reparando que estaba allí Fabricio, le preguntó por donde había entrado y le respondió que había hallado abierta la puerta y sin replicar se reconcilió. Francisco de la Molar, halló también una mañana yendo a confesarse, abierta la puerta y el Santo en oración, sentado. Se arrodilló delante de él para reconciliarse, pero reparando que estaba en éxtasis, esperó que volviese un cuarto de hora y le sucedió lo mismo que a Fabricio.

Estaba un día en la Capilla de la Visitación (Capilla de la Iglesia Nueva, donde se detenía con gusto, porque le agradaba sumamente aquella pintura de Federico Baroccio) y sentado, como solía, en una silla baja, fue

arrebatado sin advertirlo en dulcísimo éxtasis. Llegaron algunas hijas espirituales que estaban presentes y después de haber mirado un rato le llamaron, le menearon de manera que volvió en sí. Pero el Santo, enemigo de que observasen estas acciones, se levanto dando voces al Padre Antonio Gallonio, para que echase a aquellas mujeres de la iglesia, porque le daban pesadumbre y no le dejaban reposar, mostrando grandísimo enojo, por desviar la opción de verle arrobado podían haberle concebido.

Pablo Recuperati, Referendario de ambas signaturas, muy familiar del Santo, fue a reconciliarse con él una tarde a San Jerónimo y le halló cenando con Juan Animucha. Se levantó de la mesa Felipe, le reconcilió y al ponerle las manos en la cabeza para darle la absolución, se elevó quedando sin movimiento un gran rato, con admiración de ambos y vuelto en sí, le absolvió. Muchos otros penitentes yendo a reconciliarse le hallaban muchas veces elevado.

Cerca del año del Señor de mil quinientos ochenta y cinco, halló a Felipe el Padre Antonio Gallonio, en la cama como muerto. Llamaron enseguida a los médicos, que juzgando había sido gota coral, le hicieron dar un cauterio en la cabeza y cantáridas en los brazos y otros remedios en las espaldas. Viendo que nada aprovechaba, le oleó el Padre Francisco Bordino e inmediatamente después de oleado volvió en sí y dio una vista a todos los Padres, que estaban presentes. Llorando dijeron algunos: Padre gran mal ha tenido, respondió: **“no más que el que.... vosotros”**, con que repararon que el Santo de ninguna manera había padecido enfermedad, sino éxtasis. En la Misa se elevaba muchas veces y son testigos, además de los que le oían, todos los que le ayudaron, en particular el Cardenal Octavio Paravisino, que desde joven le ayudó por un espacio de veinte años.

Cuando iba a ver al Papa, conociendo cuan dificultoso le era dejar de elevarse en su presencia por las diferentes aplicaciones y afectos de corazón, solí decirle a los Padres: “Rogad a Dios para que no haga ningún disparate”. Además de esto muchas veces le vieron levantado el cuerpo en el aire, entre otros el Cardenal Pablo Strondato de Santa Cecilia, le vio en oración elevado muchos palmos del suelo, casi cerca del techo, como poco antes que muriese contó el mismo Cardenal a Paulo Quinto.

Juan Bautista Modio (de quien hablamos arriba), llegó por una enfermedad al termino de su vida. Los de su casa esperaban cada hora que se produjese su muerte, en la sazón fue a verle el Santo y como familiar de casa, después de haberle visitado, se metió en otro aposento a hacer oración por él. Pasada media noche, algunos de los que asistían al enfermo lo buscaron, para ver donde se encontraba y le hallaron en el aire rodeado de lúcidos rayos. Llamaron a los demás a voces y todos le vieron en la misma postura, tan levantado que casi tocaba el techo con la cabeza, rodeado de resplandores. Después de media hora, volvió en sí, se fue hacia el enfermo y le puso las manos en la cabeza, diciéndole: **“ Ten buen ánimo que no**

morirás". Al punto, recobró la palabra y habló con el Santo de varias maneras tan expeditamente, como si no hubiera tenido enfermedad alguna y dentro de pocos días se encontró recuperado del todo.

El Padre Fray Gregorio Ozes, Romano, de la Orden de Predicadores, testifica que, antes de que entrase en la Religión, lo vio elevado en el aire y rodeado de luces. No solamente en lugares particulares o secretos, sino en las iglesias y en otras partes públicas fue visto arrebatado y en el aire. Haciendo un día oración en San Pedro, a los cuerpos de los Apóstoles, se levantó en alto todo el cuerpo, con los vestidos recogidos como cuando estaba arrodillado y en un instante bajó al suelo. Le pareció después que alguien había visto aquella acción y huyó de la iglesia a toda prisa. Lo mismo le sucedía otras veces en otras iglesias y así por evitar esto, cuando no iba solo decía un Padre Nuestro y un Ave Maria y se levantaba sin detenerse.

Celebrando la Misa, le vieron también levantado todo el cuerpo, muchos que afirman haber hecho sobre esto particular reflexión. En el Convento de Torre de Espejos, le vieron muchas monjas, tres y cuatro palmos elevado sobre la tierra, en el aire diciendo Misa. Viéndole de esta manera en la Misa en San Jerónimo de la Caridad, una niña admirada dijo a su madre con sencillez: madre, aquél sacerdote me parece que esta endemoniado, mirad como está en el aire, su madre le respondió: calla que es un Santo que está elevado.

Sulpicia Sirleti, hija espiritual de Felipe, viéndole una vez levantado un palmo de tierra, dijo entre sí: este Padre debe estar endemoniado, que se levanta en el aire. Fue después a confesarse con él y con vergüenza le manifestó este pensamiento, comenzó a referirle entre dientes sin atreverse a proseguir. Felipe entonces le dijo: **"Di más cuitaza, has murmurado de mí? No es verdad? "** Le respondió que si. Le preguntó ¿Qué?. Ella entonces comenzó a decir. La otra mañana, estando V. R., diciendo Misa le vi levantado de tierra. Le señaló con el dedo que callase, pero ella le contó todo lo que había pensado, a lo que el Santo con gran risa respondió, repitiendo muchas veces: **" Es verdad, estoy endemoniado"**.

Vieron muchos, rodeada su cabeza de resplandores mientras celebraba. En el año primero de Sixto V, oyendo su Misa en el altar mayor de la Iglesia Nueva, Aurelio Bachi de Sena, vio en el momento de vivos al contorno de su cabeza un resplandor como de oro, pero más vivo y cuatro dedos de ancho como una diadema. Dudando, no fuese cosa de su vista o de su cabeza, miró a diferentes partes para variarla, volvió a mirarle y vio lo mismo. Se restregó mucho los ojos con las manos y un pañuelo, miro las cabezas de los circunstantes para ver si veía eso en ellas, pero solo en la de San Felipe veía aquella luz, que duró en su mismo ser, hasta que hubo consumido en Santísimo Sacramento. En San Jerónimo, le veía a menudo en la Misa una muchacha de doce años, levantado sobre la tierra durante un

cuarto de hora, rodeado de una nube blanca y resplandeciente, que le cubría todo y aunque el ornamento fuese rojo o verde, siempre le parecía blanco.

Mucio Aquilei, sacerdote de San Severino, penitente suyo, le vio también celebrando con la cara brillante como el oro. Vicente Lanterni, Arzobispo de Ragusa, a quien siendo joven, solía el Santo cuando se topaba con él en la calle, tirarle de los cabellos y dar de papiroles, un día, por evitar en una calle pública, se anticipó cogiéndole de la mano, se la besó con respeto y la vio dorada en forma de sol, saliendo de en medio de ella lucidísimos rayos que le deslumbraban. Atónito por esto se fue a la Iglesia Nueva y se lo refirió al Padre Tomás Bosío, que le aseguró, que muchos otros habían también visto la mano de Felipe, como el oro. Muchos más raptos y éxtasis, se podrían referir, pero por ser semejantes a estos y no cansar con la prolijidad se dejan.

CAPITULO II

Visiones de Felipe

Además de los éxtasis y arrobos del Espíritu, fue muy favorecido de Dios en visitas celestiales y soberanos consuelos, como hombre que vivió siempre con el entendimiento en el Cielo. Casi todas las noches, tenía varias visiones, referiré las más singulares. Primeramente, antes de ser Sacerdote, ni haber resuelto cosa alguna en orden a su estado, hacía particular oración deseoso de saber la voluntad de Dios y se le apareció el glorioso Precursor, San Juan Bautista una mañana al salir el sol, en cuya presencia se sintió tan lleno de Espíritu, que su abundancia le causó su temblor acostumbrado. Después de haber estado así un rato, como arrebatado, acabó la visión, de la cual y de las cosas que sucedieron en ella, como refirió el Cardenal Federico Borromeo, se satisfizo que era voluntad de Dios que viviese en Roma, para provecho de los prójimos, pero desasido de todas las cosas de esta vida. Esto mismo se le manifestó en otra que tuvo de dos Santas, que con lo que además le había dicho el Padre Agustín Guetini de las Tres Fuentes, quedó con certeza de su estado, con grandísima alegría de Espíritu que le duró toda su vida.

Siendo ya sacerdote, una noche de Navidad, haciendo oración con Constanzo Tasón y otro penitente suyo llamado Sebastián, músico, de quien hemos hablado antes, vio en lo fervoroso de ella, a Cristo niño sobre el altar y vuelto a los compañeros, creyendo que lo veían también, les dijo:

“No veis a Cristo niño sobre el altar?”. Le respondieron, que no. Y reparando que el solo había sido participe de aquél favor, prosiguió su oración callado. Cesar Tomasi, de Ripa Transona, penitente del Santo, observó un día, que en la Misa, después de haber levantado la Hostia, estuvo gran rato en éxtasis, sin levantar el Cáliz, y que acabada la Misa, volvió a la Sacristía con la cara muy risueña. Le preguntó después la causa de tanta detención antes de alzar el Cáliz y de haber vuelto a la Sacristía tan alegre, el Santo poniéndole la mano en la cabeza, se rió sin responderle, pero haciéndole vivas instancias. Cesar, con muchísimas preguntas, últimamente vencido a tantos ruegos, dijo: **“ A veces después de la elevación de la Hostia, me hace Dios la merced de mostrarme la gloria del Paraíso”**. Y le mandó que no dijese palabra a ninguna persona.

Tuvo la gracia de ver subir al Cielo las almas de muchos amigos y penitentes suyos. Después de morir Marco Tusin, uno de los primeros de la Cofradía de la Santísima Trinidad, hombre de bondad singular, cuya vida escribió Monseñor Cachiaguerra, se le apareció a media noche al Santo y con voz crecida le llamó dos veces: “Felipe, Felipe”. Levantó los ojos y vio subir el alma de Marcos resplandeciente al Cielo. Al día siguiente por la mañana, supo que había muerto a la hora misma que Felipe tuvo la visión. Esto contó el Santo en buena sazón a algunos de sus espirituales, hablando de la virtud de aquél siervo de Dios.

Vicente Iluminador, también de los primeros cofrades de la Santísima Trinidad, penitente del Santo y hombre de gran perfección, en el mismo punto en el que acabó su vida, se le apareció glorioso y Felipe lo vio subir al Cielo. Por la mañana fue a consolar a la mujer y la dijo: **“ Vuestro marido, ha llamado esta noche a mi puerta y me ha encomendado a vos y a vuestra familia”**. Desde entonces, socorrió Felipe aquella casa en lo que hubo menester como dijimos arriba.

Murió Marco Antonio Correseli, de cómo, cajero del banco de Chévoli, uno de sus amados hijos espirituales, muy dado a la oración y a las obras de caridad, que por muchos años tuvo a su cargo los negocios de los Padres Capuchinos. Fue el Santo con Antonio Gallonio y otro Sacerdote a ver su cuerpo que estaba en la iglesia de Santa Caterina junto a San Jerónimo de la Caridad, y después de haberle mirado gran rato con mucha atención, hizo que lo retratara un pintor. Extrañó esto el sacerdote y Gallonio le dijo que no tenía razón, porque el Santo le había contado, como la noche de antes se le apareció el alma de Marco Antonio y habló con él, cuatro o cinco horas y desde allí voló al Cielo. Este siervo de Dios estimaba mucho al Santo y profetizó la estimación que habían de hacer de él todos, porque hablando un día con pablo Magi, sacerdote y Procurador de la Sacra Penitenciaría, le dijo: “Pablo este padre no es conocido, pero lo será después de su muerte”.

Tenía Fabricio de Máximis una hija llamada Elena de trece años de edad, fue esta doncella muy ferviente en el amor a Cristo, muy obediente

en la más mínima cosa a su confesor. Lloraba amargamente la Pasión de Cristo Señor Dios nuestro, comulgaba tres veces en la semana por lo menos, con gran copia de lágrimas. Gustaba tanto de la oración como se suele gustar de la comida. Se despreciaba posponiéndose a todas las criaturas. Deseaba en extremo padecer por corresponder en algo a la Pasión del redentor. En la última enfermedad, llevándole Baronio la comunión, vio a Jesucristo esparciendo su Sangre sobre su alma. Finalmente, prevista su muerte con señales de grandísima devoción, se fue a gozar en el Señor. Luego que hubo expirado, oyó Felipe cantar a los Ángeles y vio, como dijo a Baronio, que llevaban el alma de aquella virgen con música al Paraíso.

Últimamente, entre los que tenían familiaridad con Felipe, era cosa asentada que no moría ninguno de los suyos, que no tuviese infalible noticia del estado de su alma. Además de las apariciones que hemos dicho, le sucedió lo mismo en la muerte de Lavinia Rustici, primera mujer de Fabricio de Máximis, de Sor Elena y Escolástica, Monjas en Torre de Espejos, hijas espirituales suyas, de Patricio Patrici, de Virgilio Crescenti, a cuyos hijos consoló diciéndoles: ***“Tened buen ánimo, que vuestro Padre está en el Paraíso y os lo digo yo”*** y se las repetía muchas veces, y de muchos otros, que dejo por la brevedad. De esto dice el cardenal Federico Borromeo, hablaba conmigo Felipe como cosa muy normal. Se añade a esto que, como estaba acostumbrado atener estas visiones, solía decir hablando del alma: ***“No se puede encarecer la hermosura de un alma, que muera en Gracia de Dios”***. Era tan notorio que tenía Espíritu del Señor, en saber el estado de las almas de los difuntos, principalmente de sus penitentes, que el Padre Juan Antonio Luchi, habiéndose muerto su madre, le rogó que hiciese oración por ella, con el fin de saber el estado de su alma. Felipe, después de haber hecho oración, le dijo: ***“Consuélate, que tu madre está en el Cielo”***, a cuyas palabras se enterneció Antonio de contento. Lo mismo le dijo de la muerte de su padre y preguntándole como lo sabía, le respondió: ***“Porque me ha sucedido lo que en la muerte del mío”***. De donde se colige que el padre de Felipe goza de Dios y se puede bien creer por los merecimientos y oraciones de tal hijo.

Murió Juan Animucha, insigne músico y maestro de capilla de la Iglesia de San Pedro, hijo espiritual del Santo, que acudía todos los días al Oratorio y llevaba muchos músicos, para que cantasen después de las Platicas, hombre de tanta pureza, que siendo casado después que se entregó en manos de Felipe, vivió conservando la castidad, tratando a su mujer como si fuera una hermana, a quien hizo un favor, señalado, que padeciendo muchos escrúpulos en el discurso de su vida, en la última enfermedad se halló libre de ellos y murió con gran quietud y alegría. Este, una tarde, tres años después de su muerte, acabadas las Platicas del Oratorio, una hora antes del anochecer, se apareció a un portugués, amigo suyo llamado Alonso y le preguntó, si se había acabado el Oratorio. Le

respondió que sí, sin reparar entonces que había muerto. Pues hazme merced, le dijo Animucha, de decir al Padre Felipe, que ruegue por mí a Dios y desapareció. Entonces, acordándose el portugués, que había muerto mucho antes volvió a buscarlo, pero en vano, y se fue sobresaltado al Santo y el contó el suceso. A la mañana siguiente, lo hizo referir Felipe en el Oratorio delante de todos, luego hizo decir Misas en diferentes iglesias por aquella alma y le hizo cantar una en San Juan de los Florentinos. Hecho esto, dijo después a los del Oratorio: ***“Animucha ha llegado”***, queriendo decir, que había salido del Purgatorio y estaba en el Cielo.

Vio también la belleza de las almas aún estando en los cuerpos. Hablando de San Ignacio, fundador de la Compañía de Jesús, dijo que era tanta la hermosura interior de aquél Santo, que se le traslucía en la cara, asegurando que le había visto despedir rayos de resplandor de ella. Lo mismo dijo de San Carlos Borromeo, que le veía también hermoso y resplandeciente como un Ángel. Vio también un gran resplandor en la cara de un mozo penitente suyo, llamado Juan Bautista Sarraceno de Collescépoli, que entró en la Religión de Santo Domingo y se llamó Fray Pedro Mártir, y tuvo en ella por su virtud y partes, los cargos más importantes. Fue Vicario general de la Orden y murió en ella como vivió, santísimamente. Vio, así mismo, las caras resplandecientes de otros Cartujos, cuando salían de la oración.

No solo tuvo Felipe visiones de espíritus buenos para consuelo suyo, sino también de malos para su ejercicio y la instrucción de los demás. Viviendo en San Jerónimo, mandó al Padre Juan Antonio Luchi, que conjurase a una endemoniada y que en desprecio del demonio. La diese muchos latigazos. Por esto, enojado el espíritu maligno contra Felipe, se le apareció en la noche siguiente en figura feísima para espantarlo, dejando en el aposento mal olor, que no desapareció en muchos días.

Un día en el Oratorio de San Jerónimo, donde además de los cofrades, estaba Gabriel Paleoto, antes que fuese Cardenal, hablando de cosas de Dios, se levantó de repente Felipe, diciendo: ***“Hermanos, aquí está el demonio, arrodillaos, poneos en oración”***. Se arrodilló y haciendo la señal de la Cruz, le dijo: ***“No entrarás”***. Con esto desapareció y prosiguieron en paz los ejercicios.

Sobre una antigualla de las Termas de Diocleciano, cerca de Santa Maria de los Ángeles, vio una vez al demonio en la figura de un joven y mirándole, observó que mudaba la cara, pareciendo el mozo ya viejo, ahora hermoso, después feo. Advirtiéndole que lo hacía para burlarse, le mandó de parte de Dios, que se quitase de allí y al punto se desvaneció, dejando también mal olor. Era este mal olor como de azufre y si bien de ordinario lo sentía el Santo solamente, había veces que otros lo sentían. Una mañana, poniendo la manos sobre la cabeza de un endemoniado, se imprimió en ella un hedor tan pestífero, que por más que se las lavó con jabones y otras

cosas odoríferas, le duró muchos días y daba la mano a otros para hacérselo sentir y darles ocasión de que se conservasen lejos del pecado. Otra vez, estando en la Iglesia Nueva, se le apareció el demonio en forma de niño de seis o siete años, con un panzuelo en la boca, haciendo acciones para burlarse de él, pero solo con mirarlo severo, lo echó de allí. Preguntó después a Gallonio, que estaba presente, si había visto al niño, le respondió que si y le dijo: ***“Sabe pues que era el demonio, que había venido a la iglesia a hacer algún daño”***.

Finalmente, le tenía el demonio tan intrínseco odio, que casi siempre procuraba estorbarle si oraba o hacía otra acción cualquiera, que tuviese algo de piedad. Una noche en la oración, se le puso delante de los ojos, con aspecto horrible para espantarlo, pero acudiendo Felipe al Socorro de la Reina del Cielo, desapareció al punto. Otra vez retirado el Santo en un desván sobre su aposento, no pudiendo hacerle otro daño, le ensució de basura toda la loba. Otra para estropearle, procuró hacer caer sobre él un madero. De ordinario le mataba la luz, que solía dejar de noche mientras dormía. Casi siempre le hacía ruido en el aposento, de manera que, Gallonio que dormía debajo de él, solía levantarse muchas veces sintiéndolo y no hallaba la causa que lo podía haber causado. Decía el Santo muchas veces: ***“Esta noche me quiso espantar el demonio, pero me encomendé a la Virgen Santísima y me libró”***.

Siendo así, que Felipe por la santidad de su vida, por su experiencia larga, tenía grandísimo conocimiento y sabía muy bien discernir las visiones verdaderas de las falsas. Siempre que se trataba de especulativa o prácticamente de esta materia, solía traer la doctrina de los Santos Padres, que por lo ordinario no se debe dar crédito a las visiones. Y aunque favorecido de Dios con tantas ilustraciones y arrobos, no le agradaban las elevaciones y éxtasis en público. Él los juzgaba muy peligrosos y decía que los gustos y recreaciones de espíritu se deben desear en el aposento y mantenerlos escondidos todo lo posible. Que las visiones buenas y malas suelen suceder aún a los que no las desean y así, que nadie confiese no desearlas, porque no les aseguraba ello, el no tenerlas. Que es cosa muy difícil tenerlas y no ensoberbecerse y más difícil el no creer ser digno de tenerlas y muy dificultoso juzgarse indigno, como también lo es no preferir la suavidad de ellas a la paciencia, obediencia y humildad. Añadía que las visiones, si no son en particular útiles al que las tiene, o en general a la Santa Iglesia, no se habían de estimar por ningún caso. Advertía a los confesores, que no hiciesen caso de las revelaciones de sus hijos espirituales, principalmente de las mujeres, porque suelen mostrar grandísimo espíritu y por lo más se resuelven en nada; añadiendo que muchos habían padecido ruina por andar tras cosas como estas. Por esta razón aconsejaba y mandaba muchas veces a los suyos las resistiesen con todas sus fuerzas y no temiesen dar en ello disgusto a la Divina Majestad,

porque esta es una de las mayores pruebas para distinguir las visiones falsas de las verdaderas. Un día sintiéndose arrebatado el Espíritu en una Plática pública, hizo cuanto pudo por evitarlo y viéndose imposibilitado de seguir adelante, se dio un golpe con la mano sobre la rodilla y dijo: ***“Quien desea éxtasis y visiones no sabe lo que busca”***. Y desecho en llanto, bajó de la silla y se fue. Otra vez habiendo discurrido de éxtasis en la Plática el Padre Francisco Bordini, subió después de él a la silla y dijo, que añadiría a lo que había dicho aquél Padre solo estas palabras: ***“Yo he conocido una mujer de santa vida, que tuvo continuos éxtasis durante mucho tiempo y después se los quitó Dios. Pregunto ahora: ¿Cuándo pensáis que la estimó más, cuando los tenía o cuando no los tuvo?. A mi parecer no tiene comparación, era más querida de Dios cuando no los tenía”***. Dicho esto se bajó. Habiéndole referido que a una doncella Beata de Santo Domingo, se le aparecía frecuentemente Nuestro Señor y de continuo Santa Catalina de Siena, respondió: ***“ Las mujeres fácilmente se engañan, decidle, que cuando le vengan estas visiones las escupa en la cara, sea quien sea y que no haga estimación alguna de ellas sino que las desprecie”***. Mujer por el temor de ser engañada, siguió el consejo del Santo para grandísimo fruto de su alma.

A uno de los primeros hijos espirituales, llamado Francisco Maria, comúnmente “El Ferrarés”, de quien hemos hablado más arriba, se le apareció una noche el demonio, enseguida de la Virgen con muchos resplandores. Por la mañana, refirió al Santo la visión y él dijo, que había sido el demonio no la Virgen. Si volviese otra vez, escúpele en la cara. Volvió a la noche siguiente, la escupió y desapareció. Continuando en su oración, poco tiempo después se le apareció la Santísima Virgen y quiso hacer lo mismo, pero la Virgen le dijo: “Escupe si puedes”. Quiso hacerlo y tenía la boca tan seca que no pudo. Luego le dijo Nuestra señora, que había hecho muy bien en obedecer a todo lo que se le había mandado y desapareció dejándole lleno de consuelo.

Antonio Fuchi, de quien hemos hablado otras veces, visitaba una monja de santa vida, muy enferma. La halló un día elevada, esperó a que volviese y la monja en el mismo punto que volvió en sí, le dijo estas palabras: “ O cómo os he visto ahora en el cielo”. Antonio, hizo reflexión por lo que oyó, lo comentó con el Santo Padre y el mismo día cayó enfermo. La enfermedad fue a más, el demonio iba cada día a visitarle en figura de médico, prometiéndole larga vida y diciéndole: que por ningún caso moriría. Le comunicó esto también a Felipe, que cada día le visitaba el demonio y el Santo le desengañó, que no era el médico, sino el demonio. Antonio, reconociendo el engaño, después de varios días, entregó el Espíritu resignado a la voluntad de Dios. Con este ejemplo, solía enseñar a los suyos, que hallándose en peligro de muerte no debe darse con facilidad crédito a las visiones, especialmente si prometen larga vida, porque por lo

demás son engaños del demonio, deseoso de que muera el hombre desapercibido con esperanza de la vida, A esto añadía que es menor peligro dejar de creer las visiones verdaderas que dar crédito a las falsas.

Matías Matei, Presbítero y penitente del Santo, a quién restituyó la salud milagrosamente, como veremos en su lugar, la noche inmediata al milagro tuvo un sueño, que por ser muy moral, me ha parecido bien referirlo. Soñó que le conducía en Santo Padre por un prado muy grande, donde vio innumerables príncipes, rica y soberbiamente vestidos y que estando mirando, en un instante se hundió todo y se resolvió en flama, compareciendo numerosa multitud de demonios y quedando en una senda del prado muy angosta, de donde procuraba cuanto podía un demonio tirarle con garfios al incendio. Mientras estaba defendiéndose, le miraba y le sonreía Felipe, pero al final le cogió de la mano diciéndole: **“Ea Matías, no tengas miedo”**, y le llevó por un espesísimo zarzal, de agudísimos abrojos, por donde el Santo caminaba sin daño, pero él arrastrado con gran dolor. Luego le puso en un dilatadísimo prado, en lo último del cual se descubría un pequeño collado, en cuya falda estaban tres ángeles vestidos de resplandor: uno con una Cruz en la mano y los dos candeleros y velas encendidas y en su seguimiento iba una muchedumbre de viudas, casadas y doncellas, de las cuales muchas hacían reverencia al Santo Padre, muchas le convidaban a él si quería ir con ellas, pero faltándole atrevimiento para responder lo hacía por él Felipe diciendo: **“No es aún tiempo, porque no es aún del todo hombre de bien”**. Pasaba aquella numerosa multitud por un ancho camino de floridos árboles, cuyas flores cogían numerosos ángeles y las iban derramando sobre ella, cantando muy de manera suave: “Gloria in excelsis Deo” y el himno: “Iesu corna virginum”. Llegada la copiosa compañía a la cumbre del collado, se entró en un bellissimo palacio, con lo que recordó y termino la visión. Luego por la mañana fue a confesarse con el Santo y antes de que comenzase a referir alguna palabra, le preguntó Felipe, si creía en los sueños, Matías con esta ocasión quiso contarle el que había tenido, y el Santo, mostrando con los ojos severo enojo, le dijo: **“El que desea ir al cielo, es menester que sea hombre de bien y buen cristiano y no creer en sueños”**.

Finalmente traía muy a menudo a la memoria, aquella doctrina, que es menester tomar por los pies a los que quieren volar sin alas y tirarlos a brazos a la tierra para evitarles la caída y las redes del demonio, entendiendo por estos a los que se van tras las visiones, sueños y cosas semejantes.

CAPITULO III

Don de Profecía de Felipe. Primeramente pronostica la muerte de muchos

Al don de las visiones, se añadió el de profecía, en el que realmente fue singularísimo el Santo padre, porque profetizaba las cosas venideras, veía las ausentes y penetraba los secretos del corazón. Pero porque sería prolijo, si quisiese referir todas las pruebas de esto siendo así, que de los procesos se podrían sacar como enteros de ellos y la Sacra Congregación de Ritus declaró, que el don de profecía: “non est inventus similis illi”, bastará escribir algunos de donde se podría inferir claramente cuan singular fue en esto, privilegiado de Dios, comenzaré por los vaticinios de la muerte de muchos.

Llegó a Roma desde Milán, llamado por el Papa S. Pío V, de gloriosa memoria, Constancio Tasón y fue a apearse en San Jerónimo de la Caridad. Le vio desde una ventana de la casa un hijo espiritual del Santo y fue al momento a darle aviso. Felipe mandó a Octavio Paravicini y Germánico Fideli, que eran entonces mozuelos, que se tendiesen como muertos en el lindar de la puerta, por donde tenía que pasar Constancio. Le obedecieron, llegó Constancio, sobresaltado al verlos tendidos en el suelo, rogó para que le diesen lugar, pero no se movieron hasta que Felipe se lo mandó, a quien corrió a abrazar Constancio. De allí en pocos días enfermó y a los quince días paso a la Eternidad, que es lo que con aquella acción pronosticó Felipe. Juan Ángelo Criveli, fue a confesarse con Felipe un Jueves Santo, con buenísima salud, le miró fijamente y le dijo: ***“Ángelo mío, aparéjate, porque alguna cosa quiere Dios de ti”***. Respondió Criveli: haga el Señor su voluntad, yo estoy pronto a recibir cualquier cosa de su mano. ***“¿pero si quisiese Dios dar sobre ti una gran tribulación, la llevarías de buena gana?”***. Confiado, dijo en su auxilio que con mucho gusto la llevaría. ***“Ora pues, dijo el Santo, para que estés aparejado, porque en las fiestas de Pascua, te llamará el Señor”***. Se fue con esto Ángelo, aquella misma tarde le dio calentura y al cuarto día murió.

Llamó Felipe una mañana a Francisco de Molar y le dijo: ***“Qué harías Francisco si muriese tu mujer?”***. Le respondió: no lo sé Padre. ***“piensa bien pues, replicó, lo que habías de hacer si realmente muriese”***. Dicho esto aunque Fulvia Cavalieri, que así se llamaba la mujer, era joven y se hallaba sin sospecha de enfermedad, no pasaron diez días y enfermó de calenturas malignas y en quince días acabó los días de su vida.

La mujer de Jerónimo Gordella, medico insigne y amigo del Santo, le envió un recado haciéndole saber que su marido estaba enfermo y le suplicaba que rogase por él. Bajó un Padre de la Congregación a saber quien llamaba a Felipe y que quería y mientras comenzó a decir en su

apuesto: ***“O pobre Gordella, esta se muere sin duda, llegó su hora”***. Se admiraron con estas palabras los presentes, principalmente, no teniendo aún las nuevas de la enfermedad. Subió el Padre y le dijo que Gordella estaba enfermo y que se encomendaba a sus oraciones y volvió a repetir: ***“O pobre Gordella, acabó el curso de sus días, morirá pronto”***. Le dijeron entonces los presentes: “ora bien Padre que si no podemos ayudar su cuerpo lo haremos por su alma”. Respondió Felipe como solía: ***“Eso si, eso si”***. El octavo día de la enfermedad, bien de mañana, yendo algunos Padres de la casa a traerle luz a su aposento, les dijo: ***“Y pues, murió Gordella a tal hora?”***, pero advirtiéndolo, que ellos no podían saberlo aún, mudó la conversación al punto. Después enviaron los Padres a saber del enfermo y hallaron que había muerto a la hora que el Santo dijo. Aquí no se ha de pasar en silencio, lo que dijo al Cardenal Cusano: ***“Yo me he hallado en la muerte de Jerónimo Gordella aunque en aquél punto me encontraba en mi aposento”***.

Adoleció Orintia, mujer de Pompeyo Colona, señora, además de nobleza de sangre, de mucho espíritu, que visitaba a menudo el Hospital de Santiago de los incurables, socorriendo con limosnas en el cuerpo y en el alma a aquellos pobres enfermos. La visitaron los médicos mejores de Roma y todos dijeron, que no era el achaque de consideración. Orintia, no fiándose de ellos, hizo gran instancia para que Felipe la fuese a visitar. Fue el Santo y después de haber discurrido durante un gran rato sobre las cosas del Espíritu, antes de despedirse, bañando su dedo en agua bendita, la hizo la señal de la Cruz y la encargó mucho la memoria de la Pasión del Salvador. Al salir del palacio se encontró con los médicos y les dijo que aquella señora se encontraba muy enferma. Ellos se burlaban y Felipe les dijo: ***“Ahora vosotros os burláis, yo digo que tal día morirá”***. A estas palabras, los médicos contestaron con gran risa, pero sin embargo murió aquél mismo día que Felipe señaló.

Enfermaron Elena Cibi y Domingo Matzei su marido, Tamira Cevoli madre de Elena, dudando de la vida de ambos, según lo que mostraban las enfermedades, se fue al Santo Padre, encomendándolos a sus oraciones y les dijo: “Padre temo que han de morir los dos”. Felipe le respondió: ***“No, basta uno”***, Murió Domingo y sanó Elena, que dejada después de los cuidados del mundo entró de religiosa en el Convento de San Vicente del Prado de Toscana. Una hermana de Elena llamada Vitoria, fue un día a confesarse con Felipe y la preguntó: ***“Cuanto hace que no has visitado a tu hermana Vicenta, monja en Torre de Espejos?”***. Le respondió: muchos días. ***“Ve pues, le dijo el Santo, a visitarla muchas veces, pues morirá pronto”***. Después de poco tiempo, salteada de aguda y maligna fiebre, aunque la halló con muy buena salud y de complexión robusta, en dieciocho días murió.

Marcelo Ferro, quería irse de Roma con el Cardenal Gambara, le previno el Santo, que no partiese porque su padre moriría en poco tiempo. Obedeció Marcelo y aunque su padre estaba entonces con muy buena salud y de buena apariencia, murió a los veinte días. Un primer día de Agosto, fue a visitarle Alejandro Crescencio, con buenísima salud y viéndole el Santo, le dijo: **“Aparéjate, que morirás pronto”** y a los dieciséis días murió. A Francisco Buca, le dijo el Santo Padre, que su hermano Guillermo Buca, moriría de la enfermedad que padecía, pero que no se afligiese, porque para el mismo Guillermo era mejor que muriese entonces, como sucedió. Enfermó Virgilio Crescencio y aunque los de su casa no temían su muerte, por ser al principio muy leve, Felipe visitándole, dijo a su mujer: **“Constanza, es menester contentarse con lo que Dios quiere”**. Se alteró al escuchar esto la mujer, pero sabiendo las mercedes que Dios hacía a los que se encomendaban a las oraciones de Felipe, afligida y llorando vivamente, se arrodilló delante del santo y le rogó con toda instancia que intercediese a Dios por la vida de su marido. Felipe le respondió: **“Dios lo quiere así, queréis vos más que la salud de su Alma?”**. Y rogándole después los hijos, con la madre juntamente, les habló claro diciendo: **“Es bien para su Alma”**. Después de muerto dijo, que había querido rogar a Dios por su salud y no había podido hallar el modo de hacerlo y que oía interiormente estas palabras: **“para su bien es necesario que muera”**.

Semejante a esto fue lo que ocurrió en la muerte de Patricio Patrici, porque siendo su enfermedad leve en apariencia, de manera que trataba de levantarse, los médicos le juzgaban el final de la calentura, quiso Felipe que Comulgase muy deprisa, que hiciese testamento y se aparejase para morir. La mujer del enfermo, pareciéndole que Felipe les apretaba demasiado, dijo: “pienso que este viejo está fuera de sí”. Y el mismo patricio juzgó algo precipitada la resolución, pero no obstante después de hacer el testamento y recibidos los Sacramentos murió. Fue este hombre gran siervo de Dios de quien tuvo gran concepto el Santo y se encomendó a él después de su muerte.

Fray Desiderio Gonzalvi de la Orden de Santo Domingo, enfermó de fiebre maligna con frenesí, llegó a estar desahuciado de los médicos. En este mismo tiempo, se encontraba también enfermo Fray Francisco Bencarri de la misma Orden, pero no tan fatigado. Visitó Felipe a los dos y de Fray Francisco, al que visitó primero le dijo: **“Este morirá”**. A Fray Desiderio le puso las manos en la cabeza y al punto le dejó la fiebre y le dijo: “Alégrate que sanarás” Respondió el enfermo: “In te confido Pater, ora pro me et pro salute mea”. Al despertarse le dijo otra vez: **“Ten buen ánimo que curarás así sin dudas”**. Y sucedió así contra la opinión de todos.

Finalmente, predijo la muerte de San Carlos, porque estando Checolino Maraguchi, Presbítero de San Severino y Protonotario Apostólico en su

patria con licencia de San Carlos, a cuyo servicio entró por medio de Felipe, para dar asiento en algunos negocios suyos, le deseó que su amo le hiciese alguna merced antes de volver de Milán, escribió a Felipe que se le procurase. Le respondió diciendo que no había que tratar de ello porque en el tiempo que él deseaba volver a Milán concediera cosa que le posibilitaría regresar a su servicio. No entendió entonces Maraguchi a Felipe, pero si cuando previniéndole para la vuelta a Milán, le avisaron de la muerte de San Carlos. Esta carta la escribió Felipe un mes antes de la muerte del Santo Cardenal, no habiendo la menor sospecha de enfermedad. Después de algunos meses vino Maraguchi a Roma y le dijo el Santo: “No te escribí yo que sucedería cosa que te obligara a volver al servicio del Cardenal Borromeo.

CAPITULO IV

Felipe profetiza la salud a muchos.

Porque no parezca Felipe profeta de la muerte solamente se han de referir algunos casos en los que lo fue de la vida. Estando el cardenal Francisco Esforcia, fatigadísimo con veinte días de calenturas continuas y pestilencial disentería, inapetencia y otros accidentes gravísimos, ya comulgado por Viático, su madre Caterina Esforcia, encendió una vela a Felipe, suplicándole hiciese oración por el Cardenal, le respondió que estuviese con gran ánimo, porque su hijo en ninguna manera moriría y así ocurrió.

Lo mismo aconteció en la persona de Miguel Mercari de San Miniato, Medico famoso, familiarísimo amigo, que habiendo llegado al punto de su muerte, le dijo siempre Felipe, que no moriría. Pedro Mercari, también medico, le dijo que nunca dudase porque no moriría su hijo, y diciéndole todavía: Padre, el Santo le respondió: ***“no te he dicho que no dudes, que no morirás, sabe que el Señor quiere aún guardarte algún tiempo”***. Vivió después once años y fue medico de Clemente VIII, que le hizo Prelado por su virtud. Le profetizó después Felipe la muerte como le había profetizado la vida.

A Juan Bautista Altrovidi, le tenían los médicos por muerto, por una enfermedad, hizo el Santo oración por él y dijo al Padre Francisco Maria Tarugui: ve a decirle de mi parte a Juan Bautista, que no solo no morirá, sino que mañana por la mañana, comenzará a mejorar y estará bueno. Y así sucedió. Hizo testamento Bartolomé Dotis, Modenés, estando enfermo de

calentura continua y dudando de su vida, los de su casa, le velaban. Tenía este por oficio, Escudier del Papa, en su cabeza y un sobrino suyo fue a visitar al Santo para que rogase por su tío, así porque con su muerte se perdía su oficio y padecería gran daño su casa, porque su Tío había dicho muchas veces lo quería renunciar en su favor. Le respondió el Santo: ***“Por esta vez estará bueno, si bien la primera enfermedad que tenga después de esta, morirá sin duda, pero en cuanto a renunciar al oficio, sabe que no hará nada”***. Curó entonces, no le renunció el oficio y de allí en cuatro años, tuvo una enfermedad de la que murió.

Olimpia de Nero, mujer de Marco Antonio Vitellel, adoleció de calentura con tres crecimientos uno consecutivo a otro, con señales evidentes de muerte, de forma que Jerónimo Gordella, que la visitaba, dijo que en toda su vida había visitado más que otros tres enfermos como ella y todos habían muerto. No obstante, siempre dijo Felipe a Marco Antonio y a otros de su casa, que no dudasen, porque tenía compasión de aquella familia y que sería gran daño para su casa su muerte, por eso rogaba a Dios con todo afecto. Y yéndose de allí Felipe, comenzó a mejorar en contra de la opinión de los médicos y en pocos días estaba totalmente sana.

El Cardenal Jerónimo Panfilio, siendo Auditor de Rota, tuvo una enfermedad, al parecer mortal. Felipe solía ir a visitarle dos veces todos los días, y estando la enfermedad en lo más fuerte, movido por el Espíritu de Dios, le cogió de la cabeza y teniéndola entre ambas manos, agitándose como solía, hizo oración por él y al final de ella le dijo: ***“V.S., tenga buen ánimo y no dude, que no morirá por esta vez”***. Así ocurrió, que comenzó a mejorar y recobró en breve su salud. El mismo Cardenal, hace fe de que le sucedió lo mismo en la persona de su sobrino Alejandro, que visitándole Felipe, cuando estaba ya desahuciado de los médicos, le tocó solamente con unas Reliquias, hizo oración por él y dijo que no sería nada y al punto comenzó a mejorar y curó cuando ya no había ninguna esperanza.

Estaba en el extremo de la vida Faustina Chenchì, mujer de Carlos Gabrielli y visitándola el Santo Padre, le puso la mano en la cabeza diciéndola: ***“No dudes que no morirás”***. Hizo después oración y dijo ella Padre estoy muerta, le replicó: ***“Ten buen ánimo, yo te aseguro que no morirás de esta vez”***. No fue vana la seguridad, pues en breve tiempo estuvo curada. Estando también Constanza de Drago, enferma de peligro, fue a visitarla el Santo y la dijo: ***“No dudes que enseguida vendrás a confesarte a San Jerónimo”***. Así ocurrió y de esta manera fue hija espiritual suya confesándose con Felipe toda su vida.

Otro tanto le ocurrió a la mujer de Juan Francisco Buca Romano. Cuando estaba espirando, ya avisadas las Cofradías para acompañar en su entierro, tocándola con algunas Reliquias, hizo oración por ella y dijo a su marido: ***“Vuestra mujer de ninguna manera morirá”***. Así sucedió para asombro de todos los que la habían visto cerca de la muerte.

Juan Antonio Lucci, de más de setenta años, cayó de un caballo cuando venía de Roma y se hizo en la cabeza una gran herida, sacándole de su lugar un hueso de la espalda y sobreviniéndole una gran calentura, por lo que todos le juzgaron muerto así como los médicos. Juan Antonio mandó que llamasen a Felipe, diciendo que quería confesarse. Fue allá el Santo y el enfermo le instó mucho para que rogase por su curación, porque sentía mucho morir, no por miedo a la muerte, sino por no tener ajustadas sus cosas como deseaba. Le abrazó Felipe oyendo esto y le dijo: **“No dudes, acomodarás tus cosas como desees y tendrás tiempo de hacer testamento para tu satisfacción”**. En ese mismo momento, comenzó a mejorar y en breve estuvo del todo bueno, contra la opinión de todos y sobrevivió algunos meses.

Lo mismo dijo Felipe a Juan Bautista Bernardi, Presbítero de la Congregación, que habiéndole oleado contra la opinión de todos, sanó.

E Ignésina Colona, mujer tan esclarecida en piedad, como en sangre, estando en opinión de los médicos, sin esperanza de vida, le dijo el Santo: **“No dudes, que no morirás esta vez”**. Y así sucedió.

Visitando a Juan Bautista Cirveli, que enfermo de calentura continua, esperaba que esta subiera y le dijo: **“No dudes que en ningún caso vendrá”** y no vino. Finalmente los enfermos que decía Felipe que curarían, recuperaban la salud, aunque desahuciados de los médicos estuviesen expirando y si fuese el mal de poca o ninguna consideración morían.

Montezarzara testifica haber tenido en su casa muchas veces tres o cuatro enfermos, con tabardillo y otros pestilenciales accidentes y refiriendo todo lo que pasaba al Santo, le respondía que no dudase, que no morirían.

CAPITULO V

Otros Vaticinios de Felipe.

Predijo Felipe otras cosas de diferentes géneros. Una hija de Sulpicia Sirleti, mujer de Pedro Focile, de quien ya hemos hablado, niña de cuatro años, enfermó de una enfermedad mortal, su madre envió a llamar al Santo y le rogó con muchas lágrimas la curase y Felipe la dijo: **“Sosegate, que Dios la quiere y te basta haber sido amada de Dios”**. Viéndola algo suspenso, sin la resignación que convenía, añadió: **“Ora bien, tendrás un hijo, que te dará mucha pesadumbre”**. A los dos años tuvo un hijo y toda

su vida no hizo otra cosa que dar disgustos a sus padres, como si hubiera nacido para ello.

Elena Cibi, mujer de Domindo Mazzei, estando con los dolores de parto, mandó llamar al Santo Padre para confesarse, y después de confesada le rogó que sacase de la pila a su hijo, o por lo menos que le diese algún padrino a su gusto. Le respondió Felipe: **“No le hará falta”**, al día siguiente parió una criatura muerta.

El padre de Pedro pablo de Petris, hermano de la Congregación del Oratorio, ganó cinco o seis mil escudos en ciertas apuestas que se usaban en aquellos tiempos y viéndose con este dinero, siendo por otra parte pobre, quería en todo caso que saliese su hijo de la Congregación, que atendiese a estudiar, que fuese Clérigo y por este camino sacase su casa adelante. Pedro pablo por evitar las instancias grandes que hacía su padre, resolvió con consejo del Santo irse a Nápoles. Cuando fue a tomar la bendición, cambiado de parecer, Felipe le dijo: **“No quiero que vayas y no dudes, que Dios proveerá”**. De allí en tres meses se jugó todo el dinero, el padre y no inquietó más al hijo.

Olimpia de Nero, de quién hemos hablado arriba, tenía siete hijas y deseaba un varón. Se fue al Santo y solamente le dijo: padre, tengo siete hijas. La respondió: **“No dudes, que no tendrás más”**. Parió después tres varones y pareciéndole que crecía sobrado de familia, volvió al Santo y le dijo: Padre tres hijos varones. La respondió: **“Vete que no tendrás más hijos”** y no los tuvo.

El Condestable Marco Antonio Colona y Felice Urbina, su mujer, estaban con mucha pena porque su hijo no tenía sucesión. Ana Borromeo, hermana de San Carlos, mujer de Fabricio, que se confesaba con el Santo, deseó tenerla, se encomendó a sus oraciones para que Dios le alcanzase esa merced, una mañana sin pensárselo, le dijo Felipe: **“Ana, no dudes, que pronto tendrás un hijo”**. Le mostró el efecto, porque pasado un año, parió un hijo a quien puso por nombre Marco Antonio y al año siguiente, otro que llamó Felipe, hoy Condestable. Confesaba haberlos tenido por intercesión del Santo y los solía llamar hijos suyos.

Tomás Bineberti y Pedro Antonio Morelli, fueron a San Jerónimo, aconsejados por un Padre de la Compañía, para que Felipe les diera parecer sobre las resoluciones que habían tomado entre ambos. Le dieron cuenta de ellas. Pedro Antonio, deseaba ser monje de San Benito, Tomás Clérigo, y para esto pedían su consejo. Se levantó en pie Felipe y con la cara alegre dijo tocando a Juan Antonio con un palo que tenía en la mano: **“Tú no serás monje y a Tomás, tú no serás Clérigo”**. Lo mostró el tiempo, pues aunque Tomás se ordenó de menores con el intento de ser sacerdote, se casó y Pedro Antonio, aunque hizo todos los esfuerzos por ser monje, murió Plebano de Santa Flora.

El Capitán Otóñelo Otoneli de Fano estado de Módena, vino a Roma a tratar de la erección de un Monasterio de Monjas, halló en ello muchas dificultades y el Padre Germánico Fideli, le trajo al Santo Padre con la intención de que le ayudase con sus oraciones. Apenas lo tuvo delante, vuelto a los Padres de la Congregación, que estaban presentes les dijo: **“Sabed que este hombre es vuestro hermano”**. Luego preguntó al Capitán, que profesión tenía. Respondió: la milicia. Y el Santo replicó: **“No soldado, no soldado, hermano de estos”**. Y le puso la mano en la cabeza dándole la bendición. Estando este hombre casado y con muchos hijos, siempre con pensamientos militares, en brevísimo tiempo murió su mujer y la mayoría de las hijas se hicieron monjas y el año mil seiscientos nueve, se hizo sacerdote secular y poco después entro en la religión de Schola pia.

El año mil quinientos setenta y seis, envió la Congregación a Milán, cuatro Padres para algunos asuntos. Un día de improviso llamó el Santo a Francisco Maria Tarugui y le dijo: **“Escribe luego a nuestros Padres, que se vengan de Milán lo más pronto posible”**. Y le replicó que no estaba bien llamarlos, por no haber concluido el asunto por el que fueron enviados. El Santo Añadió: **“No hay que replicar, obedece, escribe ahora mismo”**. Apenas llegó la carta a Milán, se descubrió la peste, aunque antes no se tenía sospecha alguna y fue tan de repente, que dos de aquellos Padres tuvieron dificultad en los pasos para la vuelta.

Un plebano, viéndose en peligro de perder su plebanía, por el favor que su contrario tenía en un Prelado de mucha cuenta, llegó a tanta desesperación que dejando de rezar y decir Misa, determinó tirar un escopetazo a su competidor. Sucedió que un hermano suyo le trajo una mañana a la Iglesia Nueva y arrodillados ante el Altar Mayor, volviéndose el Plebano, vio a Felipe en el confesionario y al punto, aunque nunca le había visto, se sintió tirar de manera que se vio forzado a ir hacia él. Viéndole el Santo pensativo y sin hablar palabra, cogiendole de la oreja, le dijo: **“Eres tentado, ¿no es verdad?”**. Le respondió: Padre, muy tentado, que estoy resuelto a hacer mucho mal y le refirió todo su ánimo. Felipe entonces le dijo: **“Ve, no dudes, que dentro de quince días estarás fuera de estos trabajos”**. Al cabo de ellos encontró a su contrario, que le dijo: Yo os cedo mi derecho y os doy vencida la lid, porque ha sido depuesto del oficio el que me favorecía. Se acordó entonces el Plebano de lo que le dijo Felipe y dio gracias a Dios de no haber ejecutado su desacertada resolución.

Un caso semejante le sucedió a Horacio Ricci, Caballero del Hábito de San Juan. Gentilhombre del Cardenal Federico Borromeo, porque muy afligido de una persecución grande, que padecía en materia tocante a su honor, se levantó una mañana temprano a tomar el aire y desahogar en parte su pasión. Le encontró Felipe en el camino y le preguntó donde iba, le respondió de manera cortés: a tomar el aire si V.M., no manda otra cosa de

su servicio. El Santo, prevista en el Espíritu su tribulación, le llevó consigo a casa del Auditor de la Cámara, Octavio Burgesio entonces, hermano de Paulo V, de gloriosa memoria, con el que el Santo tenía un negocio de mucha consideración. Hubieron de esperar gran rato la audiencia por ser muy temprano y entre tanto se puso a leer Felipe. Cuando el Santo le vio, a no poder más de cansado, se levantó de improviso y apretándole la mano, le dijo mirándole fijamente: ***“No dudéis, todo irá bien no será nada y os lo digo yo”***. A estas palabras admirado y esparcido el Caballero, quedó con la esperanza viva, que sus cosas habían de suceder como lo había insinuado Felipe. De allí en quince días echó de su servicio el Cardenal a uno que le perseguía, quedando en él gracia de su amo y con su amparo fue después recibido por Camarero de la Santidad de Clemente VIII, sucediéndole todo en su favor, como lo había dicho el Santo padre.

Domingo Ridolfi, de la religión de los Clérigos Reglares, enviado por sus superiores de Nápoles a Cremona, llegó a Roma, donde teniendo noticia de Felipe, fue al punto a buscarle y hallándole en el confesionario le hizo cortesía, besándole la mano. Felipe con rostro alegre, le dijo: ***“Id con gusto donde os envía la Santa Obediencia y atended a la salud de las almas. sabed que con el tiempo seréis Obispo, para que podáis trabajar más en lo que os digo. Andad advertido, porque en esta jornada os veréis en un grande peligro de la vida, si bien con la Gracia del señor y su Santísima madre, saldréis libre, pero con gran trabajo”***. Partió el Padre hacia Cremona y en los Alpes de Florencia, pensando caminar sobre firme, cayó con el caballo en un hondo cenagal, que cubrió a ambos de lodo hasta la garganta. Los que le acompañaban, no pudiendo socorrerle, se pusieron a recomendarle el Alma. Se acordó en aquél punto el religioso de Felipe, e invocando su auxilio, al instante pudo ayudarse con las manos, de suerte que poco a poco salió fuera del cenagal, casi muerto. Al caballo lo sacaron con la fuerza de cuatro bueyes. Llegó a Cremona, prosiguió en trabajar en su religión, hasta el año mil seiscientos diecinueve, que fue elegido Obispo de Oria, por la feliz recordación del Papa Paulo V, cumpliéndose puntualmente todo lo que profetizó el Santo.

Observaron los de la Congregación, que cuanto decía, aunque pareciese que tenía efecto y no solo mientras vivió, sino después de muerto, se ha visto verificado a su tiempo lo que expresamente dijo, o en algún otro modo significó, y cada día se van cumpliendo diferentes cosas, que experimentan los que le conocieron.

CAPITULO VI

Profetiza a muchos que serán Cardenales, a otros Papas.

Predijo también Felipe a muchos el Capelo y a otros el Sumo Pontificado. Estando en su aposento algunos jóvenes, entre ellos Pedro Aldobrandino, el Abad Crescencio y Marcelo Vitallesqui, llamó al primero y sin ocasión alguna de estar la Sede vacante u otro accidente, le mandó que por obediencia dijese a sus compañeros: El Padre Felipe me ha mandado que os diga que dentro de poco tiempo me habéis de tratar de Ilustrísima, que era el título de los Cardenales entonces, y que tendréis dificultad para hablarme. Obedeció Pedro por el respeto que tenía al Santo, si bien algo corrido. Luego sucedió la Sede vacante, fue Papa el Cardenal Hipólito Aldobrandino, su tío, y el Cardenal Nepote. Poco antes ya se lo había dicho el Santo a él mismo, casi burlándose con estas palabras: ***“Mira a qué he llegado, que he de tratarte de Ilustrísima dentro de poco tiempo”***.

Juan Francisco Aldobrandino, Nepote del Papa Clemente VIII, General de la Iglesia, viendo un día en la pared del aposento del Santo, pintadas en papel dos armas Cardenalicias, con dos testas de la muerte en los escudos, deseó saber lo que significaban. Se lo preguntó al Santo y le respondió mostrando cierta reticencia al decirlo: ***“Significan que después de mi muerte, habrá dos Cardenales de mi congregación”***. Sucedió puntualmente, porque el año inmediato a ella, fueron creados dos Cardenales, Francisco Maria Tarugui y Cesar Baronio. De esto mismo había discurrido veinte años antes de la promoción de Pablo Recuperati y otras veces se lo dijo a otros, en particular a Francisco Neri, hoy de la Compañía de Jesús, a quien preguntándole si Baronio sería Papa, respondió expresamente que no. De suerte que estando Baronio en Cónclave, cuando quedó la vacante por la muerte de Clemente VIII y según se decía, muy cerca de ser Sumo Pontífice, siempre dijo Francisco que no lo sería, porque así lo había dicho Felipe. Jerónimo Panfilio, testifica, que le profetizó el Capelo con estas palabras: “Reconciliándome un día con el Santo Padre, que estaba en la cama enfermo, si quería ser Cardenal, le dije que no pensaba en ello. Y me dijo, serás Cardenal. Me reía yo diciéndole: ¿quién queréis que me haga Cardenal? Y el bendito Padre me dijo dos veces: ***“Te digo que has de ser Cardenal”***. Le dio el Capelo el Papa Clemente VIII, algunos años después de la muerte de Felipe.

El Cardenal Inocencio del Búfalo, también dice de sí mismo estas palabras. El año de mil quinientos ochenta y cuatro, me acuerdo bien, me decía el Santo Padre, que había de tener yo un Canonicato de San Pedro. Yo me reía, porque entonces no estaba ni en el servicio del Papa, ni como pensaba, era conocido de él y cuanto más lo aseguraba el Santo, tanto menos me lo creía. Sin embargo en el año de mil quinientos noventa y cuatro, me mandó llamar el Cardenal Aldobrandino impensadamente y sin

instancia alguna me dijo: Que su Santidad quería hacerme merced con el Canonico de San Pedro, vacante por la muerte de Monseñor Massei. Y poco después añade: al día siguiente o pocos después, hallándome con el Beato Felipe y mostrando gran contento, como verdaderamente tenía, por el Canonico, me dijo que era nada, pues este mismo Papa me iba a hacer Cardenal. Por lo que riéndome yo extraordinariamente, como de algo que no era verosímil y a mi parecer imposible, el Santo padre me lo repitió varias veces aquel día. Después que por la Gracia de Dios, me ha creado Cardenal su Santidad, he sabido que el Beato Padre, lo había dicho muchas veces a Sor Silvia del Búfalo, mi hermana monja en Torre de Espejos. Y habiendo venido nueva a Roma de una enfermedad grave que tuve en Francia, siempre dijo mi hermana que de ninguna manera moriría, porque había de ser Cardenal primero, conforme a la Profecía del Beato Padre Felipe. Hasta aquí Inocencio Cardenal del Búfalo.

El Cardenal Francisco Diatristán, dice como prueba de esto mismo: estando yo aún joven en Roma, y siendo camarero de honor de Clemente VIII, me llevó el Cardenal Pedro Aldrobadino, a la Iglesia de Santa Maria de la Vallicella a visitar al Padre Felipe Neri, subimos a su aposento y viéndome el Santo, entró en otro y sacó de una canastilla un bonete de Cardenal, harto viejo, y riendo me lo puso en la cabeza diciendo: ***“Oh, que lindo cardenalillo”***. Yo ignorante de su espíritu profético, pensando que se burlaba de mí, me moví algo, pero la vergüenza, el respeto a su vejez y la autoridad de los presentes me reprimieron. No pasó mucho tiempo, aprobó el suceso la acción y condenó juntamente mi movimiento, que yo mismo condeno ahora. Para gloria del Santo, he contado como pasó firmándolo de mi mano y sellándolo con mi acostumbrado sello.

En cuanto al Pontificado, casi siempre le sucedía en sede vacante, oír una voz que le manifestaba el Cardenal que había de ser Papa. En la Sede vacante de Pío IV, estaba Felipe con uno de sus hijos espirituales, cuatro o cinco días antes de la elección y alzando os ojos al cielo, casi puesto en éxtasis, dijo: ***“El Lunes se elegirá Papa”***. Otro día, yendo con el penitente, le rogó que le dijese quien sería Papa, pues había señalado el día en que sería electo, le respondió Felipe: ***“Ahora bien, a ti te lo quiero decir, lo será el Cardenal Alexandrino, el Lunes por la tarde sin duda”***. Fue la gloriosa memoria de San Pío V, de quien había hecho otras veces el mismo vaticinio.

En la Sede vacante de San Pío V, acordándose el mismo penitente, que la otra vez le había dicho quien iba a ser Papa, le rogó con mucha insistencia le dijese quien lo sería entonces. Felipe le preguntó: ***“Qué se dice por Roma?”***. Le respondió: que el Cardenal Morón. ***“no será él, dijo, sino el Cardenal Boncampañó”***. Que luego sería Gregorio XIII, de feliz recordatorio.

Cuando vació la iglesia por la muerte de Sixto V, yendo un día a visitarle el Cardenal Nicolás Strondato, le envió a decir que no subiese a su aposento, que bajaría a besar su mano. Llegó a una sala donde estaba Pedro Pablo Crescencio, su hermano, Marcelo Vitellesqui y otros y antes de hablar palabra el Cardenal mandó a todos que le besasen los pies y lo hicieron. Pasando un día, habiendo llegado el Cardenal a la iglesia, fue Francisco de la Molara a visitarle y le dijo que estaba el Cardenal Strondato abajo, le dijo Felipe: **“El Papa, no es verdad?”**. Viviendo Sixto V, había significado por diversos caminos que dicho Cardenal sería Papa. En particular, un año antes de la muerte de Sixto, estando como solía el cardenal en los aposentos del Santo, donde se halaron Marcelo Vitellesqui y otros, mandó Felipe a Marcelo que abriese un armario y le diese un birrete Papal (era de San Pío V, que el Santo lo tenía como Reliquia) y fue a ponérselo: **“probáoslo a ver si os está bien”**. Significando con aquella acción el suceso. Fue después este Cardenal sucesor de la gloriosa memoria de Urbano VII, se llamó Gregorio XIV y vivió Papa solo catorce días.

Más que todas fue maravillosa la profecía del Pontificado del Cardenal Aldobrandino, porque mucho antes estando este Cardenal con el Cardenal Cusano y otros Prelados en el jardín de Curcio de Máximis, con el Santo Padre, se llegó hasta allí y le dijo que tendría gusto de entrar por su medio en el servicio del Cardenal Aldobrandino. Felipe le respondió: **“Quiero hacerle de todas maneras, déjame hacer a mí y te digo más, que este Príncipe no ha de morir Cardenal”**. Antes de cuatro meses fue Papa. No sólo le pronosticó el Pontificado, sino el día que lo había de tomar, porque la tarde antes de la elección, dijo al Abad Marco Antonio Massa: **“Será Papa, Aldobrandino y se llamará Clemente”**. A León XI, siendo Embajador del gran Duque de Florencia, le profetizó en pocas palabras, tres cosas: que sería Cardenal y Papa y que duraría su Pontificado poco. Esto dice el Padre Jerónimo Grutti, Agustino, lo oyó al mismo Papa siendo Cardenal y lo dijo predicando en Roma en la Octava de la Canonización del Santo. Lo confirmo Gregorio XIV, de gloriosa memoria, porque oyendo referir lo que había predicado el Padre Fray Jerónimo, dijo: Creemos que es verdad, porque cuando fuimos a besar los pies a León X, que entonces éramos Auditor de Rota, entre otras cosas nos dijo: Daremos poca pesadumbre, porque viviremos poco. Si bien Felipe preveía casi siempre el papa venidero: cuando lo decía (que no era sin urgentísima ocasión o a algún penitente en los discursos familiares como burlándose) advertía siempre que no se debía dar crédito a semejantes cosas, porque en ellas suelen estar escondidos muchos lazos de Satanás.

CAPITULO VII

Felipe ve las cosas Ausentes.

Veía Felipe las cosas ausentes, como si las tuviera delante de los ojos. Un Domingo por la mañana, yendo a confesarse ya tarde Baronio, le dijo el Santo sin quererle oír: “ ***Ve al hospital de Sancti Spiritus a visitar los enfermos***” y le respondió, que había pasado su hora de decir Misa, le replicó: “***Ve y haz la obediencia***”. Fue al hospital y halló un enfermo con el Crucifijo y la lámpara en la cama (como se pone a los agonizantes), que por haber llegado el día de antes fuera de la hora ordinaria, se había puesto en la cama sin confesarse y apretándole la enfermedad le habían oleado. Se llegó al enfermo Baronio, supo que no se había confesado, le confesó, le hizo comulgar y murió al punto. Volvió a casa Baronio, le refirió al Santo lo que pasaba y le respondió: “***Vete con Dios y aprende a obedecer otra vez sin réplica***”.

A Francisco Maria Tarugui, yendo también a confesarse una mañana, le preguntó si sabía algo de cierta mujer y prosiguió diciendo: “***Cuánto hace que no la has visto? Ve a verla y vuelve después a confesarte, porque siento un poco turbado el corazón por su alma***”. Era esta una de las que servían en el Hospital de Santiago de los Incurables, mujer diligente y devota. Fue Tarugui y la halló con la Cruz en la cabecera de la cama espirando y la ayudó a bien morir.

Lo mismo sucedió a un capitán, también penitente de Felipe, porque una mañana le envió a buscar de improviso con gran diligencia y le hallaron muy cercano a la muerte, por lo que fue socorrido con todo lo que necesitaba en aquél trance.

Yendo una mañana Antonio Fantini a la Iglesia Nueva, le sucedió un caso, que por justos respetos no se refiere; llegó a confesarse con Felipe y antes de escucharle le reprendió contándole por menudo todo lo que había pasado. Quedó Antonio admirado porque estaba muy seguro de que nadie podía haberle referido el suceso porque nadie lo había visto, porque como había tardado en llegar tan poco tiempo no se lo podían haber contado tan minuciosamente sobre todo refiriendo al Santo menudísimas circunstancias.

Iba Felipe otra mañana con muchos de sus hijos espirituales y llegando a Campo de Flor, preguntó a Marcelo Ferro uno de ellos: “***Qué gente tenía en su casa?***”, le nombró quienes eran y replicó que advirtiese que era forzoso en todas maneras poner remedio porque estaban dispuestos a hacer algún mal y si no se remediaba pronto sucederían muertes de hombres y añadió: “***A la noche conocerás que es verdad lo que digo***”. Esto se lo dijo estando absorto y puesta la mano en la cara. Quedó Marcelo con estas palabras fuera de sí y con grandísima aflicción de ánimo. Llegado a su casa se puso en Oración, rogando a Dios para que le diese alguna señal de lo que

Felipe le había dicho. Estando después sobre el caso, considerando las acciones de sus huéspedes, tocó con las manos la verdad y puso con ello remedio con destreza. A Pablo Recuperati, Referendario de ambas signaturas, yendo una mañana a San Jerónimo, le refirió Felipe toda la conversación que había tenido la tarde de antes con un beneficiado de San Pedro, de cosas particulares suyas con todas las circunstancias de ella. Espantado el Referendario, aunque no sabía que el Beneficiado tuviese comunicación con el Santo, ni aunque le conociese, por apurar la verdad fue a buscarle y le preguntó si había hablado con alguna persona de lo que los dos habían discurrido. Le respondió que no y reconoció que Felipe lo había visto en Espíritu.

Mucio Aquilei, Sacerdote de San Severino, vuelto de Roma a su Patria, se dio a creer en sueños y visiones y a buscar gustos y devociones sensibles y sin haber conferido esto con nadie, ni escrito a Felipe, le escribió el Santo que no había de seguir por ese camino, porque le engañaría el demonio fácilmente y ponía en peligro su salud. Además de esto le advirtió en otra ocasión de pecado, de que más por imprudencia que por mala intención, se había dejado llevar avisándole como se había de gobernar para huir de semejantes escollos. Todo esto afirma el mismo Mucio, que no podía saberlo el Santo por medio humano, por no haberlo descubierto él a persona alguna.

Juan Bautista Lamberti, hijo espiritual de Felipe, tuvo aviso de muerte de un tío suyo en Mecina, que siempre le había dicho que quería dejarle heredero suyo, con una cantidad que ascendía a más de cuarenta mil ducados. Fue a comunicar la nueva con el Santo, para pedirle permiso y partir y confesar, y Felipe cogiéndole de una oreja, le hizo inclinar la cabeza sobre su seno, le tuvo de aquella manera un rato con que Juan Bautista sintió tan suave olor, que nunca jamás le parecía haber sentido, le levantó la cabeza y mirándole fijo con aspecto risueño le dijo: ***“Hijo no te alteres, no es menester que salgas de Roma, porque tu Tío esta ya bueno, pronto tendrás cartas tuyas, holgándose de que hayas venido a la Corte y te enviará algo en señal de su buena voluntad”***. Juan Bautista, por la fe que tenía en el Santo no se marchó y al martes siguiente tuvo carta de su tío haciéndole saber sobre su salud y le envió un presente. Quedó admirado y luego fue a dar las gracias al Santo, comentándole lo que pasaba, pero Felipe le recibió con rostro severo y le mandó que no hablase de ello palabra alguna, como lo hizo mientras vivió el Santo.

Juan Acrina de Marsico, Reino de Nápoles, penitente del Santo, tuvo noticia de la muerte de su madre y le hizo decir una Misa, que no pudo hacer más por su pobreza. Se fue a dar cuenta al Santo de lo ocurrido para que la encomendara en sus oraciones y no dejándole decir palabra el llanto, le dijo Felipe: ***“vete con Dios que no es verdad, tu madre esta sana”***. A los pocos días recibió cartas suyas.

Iba una mañana a confesarse con el Santo, Julio Savera, hermano de la Congregación y en el camino recibió cartas de aviso de la muerte de su madre, de cuya enfermedad no tenía noticia. Llegó a arrodillarse sin haber hablado con nadie y antes de que abriera la boca, le puso Felipe su bonete sobre la cabeza y al cuello un Rosario que tenía en las manos, diciéndole: ***“Hijo no hay más que llorar, tu madre llegó a salvamento, alégrate, haz fiesta por ello”***. Julio, que no había hablado de esto con nadie, apenas él lo sabía, quedó atónito y dando fe a las buenas nuevas que le dio Felipe, cesó el dolor y con gran gusto de tenerla en el Cielo.

No tengo por fuera de propósito, antes de dar fin a este capítulo, referir un cuento semejante al que escribe San Gregorio en sus diálogos sobre la vida de San Benito, de un criado que habiéndole mandado su amo, que trajese dos frascos de vino a San benito, escondió uno y viéndolo en el Espíritu el Santo, le reprendió con caridad y prudencia como cuenta difusamente San Gregorio. Marcelo Vitellesqui, envió a Felipe en señal de voluntad, dos frasquillos de agua de azahar. Descuidando el mozo que los llevaba, quebró por el camino uno y llegó al Santo con otro. Felipe le preguntó: ***“Dime la verdad, te bebiste la mitad por el camino, no es así?”***. Entendiendo el criado lo que decía, quedó medio espantado y le refirió lo que pasaba. Se volvió a su casa y le preguntó a su amo si le había dicho a Felipe, que le habían de enviar dos frasquillos de agua y viendo que no, él y todos los de casa advirtieron que lo había sabido en espíritu el Santo Padre.

CAPITULO VIII

Penetra los secretos del Corazón

Felipe penetraba en lo secreto del corazón de sus penitentes y no solo sabía si habían hecho oración y cuanta, sino que además conocía que pecados habían cometido y veía sus pensamientos. Era entre ellos tan asentada esta verdad, que los que se sentían con la conciencia manchada, si estaban en su presencia, les parecía estar en ascuas vivas, pero los que la tienen limpia, estaban como en el Paraíso. Muchos de sus hijas de confesión, sabiendo que veía el Santo en Espíritu sus acciones y penetraba sus pensamientos, si hallándose juntas entraban en alguna conversación escrupulosa, la dejaban al punto diciendo, no, no es menester estar en el caso, porque el Padre Felipe nos descubrirá. Además de ser esto notorio entre sus penitentes, el mismo Santo dijo muchas veces con buena sazón: ***“Yo conozco muy bien cuando proceden mis penitentes con verdad y cuando con fingimiento”***. Rafael Lupi, Romano, joven muy divertido, fue

un día persuadido por un amigo a las Pláticas de San Jerónimo. Acabado el Oratorio, deseando el amigo reducirle a la vida espiritual, le subió al aposento de Felipe y le dijo: este mozo desea continuar acudiendo a las Pláticas y quiere hacer primero una confesión general”. Se enojó mucho Rafael al oírlo, porque no solo no tenía tal ánimo sino todo lo contrario, pero por ponerle delante del Santo, se arrodilló y comenzó a confesarle fingidamente. Se dio cuenta Felipe, le cogió de la cabeza y apretándola como solía, fuertemente le dijo: **“El Espíritu Santo me ha revelado, que nada de lo que me has dicho es verdad”**. Oídas estas palabras, se sintió compungido y exhortándole el Santo a que se confesase bien, hizo tal cambio que confesó generalmente de toda su vida, continuando desde entonces confesándose con el Santo, por cuyo consejo entró en la Religión de San Francisco y murió como vivió, santamente.

Llegándole un día a confesar una hija espiritual suya, la miró el Siervo de Dios y la dijo: **“Pensadlo mejor”**. Se retiró, hizo examen de conciencia y se acordó de algunos pecados. Después de haberse confesado, llena de admiración dijo: “Padre, veis mi conciencia, decidme si hay alguna otra cosa”. Le respondió: **“Tranquila, que no la hay”**. Dudó después si las palabras del Santo habían sido acaso, o que verdaderamente, le había conocido sus pecados, pero confesándola otra vez Felipe, antes de que hablase palabra la dijo: **“Calla que diré yo y la descubrió todo de lo que se había de confesar”**. De esta manera, previó y curó juntamente la tentación de su penitente y desde entonces lo veneró la mujer, así lo decía ella, como Profeta.

Un noble Romano, cuyo nombre se calla porque vive aún, además de testificar, que ordinariamente le descubría el Santo sus pensamientos, dice: “Que una vez entre otras, temiendo tener algún pecado oculto de que no se hubiese confesado o tenido escrúpulo por ignorancia, se encomendó a Felipe, para que con sus oraciones le ayudase”. Le respondió: **“Ten buen ánimo y no dudes, porque cuando te olvidases o no conocieses alguna culpa grave, que importase Dios me la revelará. Estate seguro de esto”**.

A otro noble Romano, yendo a reconciliarse, después de una confesión general, le dijo Felipe: **“Hijo, no cometiste este y este pecado?”**. Le respondió que sí. Y le replicó: **“Pues, porqué no los confesaste?”**. Por que pensé, dijo haberlos confesado otra vez. Felipe le respondió: **“Pues has de saber, que nunca lo hiciste”**. Hizo reflexión el caballero y se acordó que nunca los había confesado y dio gracias a Dios de que por medio de su Siervo se los hubiese traído a la memoria.

A Jusepe Zerla, caballero, no solo le decía Felipe cuando se confesaba los pensamientos que había tenido, además le contaba los que tendría, dándole remedio para todos. Y así, como le decía Felipe las cosas, se sucedían. Y solía decir, mejor sabe el Padre Felipe lo que tengo en el corazón que yo mismo.

En el año de mil quinientos noventa y uno, vino a Roma por algunos negocios importantes para la salud de las almas, Teo Guerri de Sena, hombre de gran espíritu y de virtud eminente y fue hospedado en la Congregación. Vió un día al Santo padre en conversación con otros Prelados, que reían como los demás, le pareció aquella acción algo liviana e indigna de su persona y se le pasó por la imaginación, que no sería tan Santo como lo decían habitualmente. A la mañana siguiente se confesó con Felipe, sin decirle palabra del escándalo que había padecido el día de antes. El Santo, que lo había visto en el Espíritu, le advirtió que procediese con sinceridad en las confesiones y le aconsejó que no acallase jamás al confesor, por respeto humano, pecado alguno aunque fuese leve y luego le dijo: ***“Porque no te confiesas de que ayer te escandalizaste de mí?”***. Y le contó por orden todo su pensamiento. Desde entonces, viendo que Felipe conocía sus ocultísimos pensamientos, hizo mejor concepto de su santidad.

En un año de gran hambre, se le arrodilló un día delante, una mujer pobre, diciéndole que quería confesarse, con el intento de que le hiciese dar limosna, del pan, que suele distribuirse en San Jerónimo de la Caridad. Felipe viendo en Espíritu su intención, , la dijo: ***“Mujer vete con Dios, no hay pan para ti”***. Y no quiso confesarla. Estaba muy advertido el Santo, en que por interés no se abusase del Sacramento de la penitencia, si bien tenía las entrañas llenas de Caridad, no quería que se confesase nadie por limosna. Cuando sospechaba esto y por otra parte le constaba la pobreza, solía dar dinero a otros para que lo diesen a los que la padecían, por quitarle la ocasión de querer parecer buenos por ganar crédito con el confesor para estos fines.

Avisaba bien a menudo a sus penitentes, cuando por vergüenza habían callado alguna culpa grave o tentación. Un día, dejando de confesar por vergüenza, tentaciones de pensamientos deshonestos, Héctor Modio, se lo dijo el Santo, que era negligente en desviarlas y que lo peor era no acusarse, con lo que le enmendó de aquél error.

Otro penitente suyo, viéndose asaltado una noche de tentaciones graves, se avergonzaba de comparecer ante su presencia, quizás por no haberse portado como debiera. Dejada la confesión aquella mañana, acudió al Oratorio por la tarde y aunque se puso en lugar para que no le viesen, no pudo esconderse de los ojos de Felipe y llamándolo el Santo le dijo: ***“Hombre de bien, tú huyes de mí?”***. Le corrigió aparte y le refirió a conciencia toda la tentación, dejándole admirado y compungido. Al mismo le descubrió otra vez una cosa ocultísima en provecho de su alma, que conforme a lo que él dice, no lo pudo saber otro que Dios.

Un mozo dejó en la confesión, algunos pecados por vergüenza y al final de ella le dijo el Santo: ***“Hijo, tú no has procedido con sinceridad, has dejado estos pecados”***. Y le refirió los pecados, con todas sus circunstancias, de los que no podía haber tenido noticia, según dijo el

joven, sino por Divina revelación. De esto nació, que reconocido de su culpa y compungido, se puso a llorar y confesó generalmente para grandísimo fruto de su alma.

Otra persona, con prisas por confesar su pecado, se puso a temblar, sin poder pronunciar palabra. Le preguntó el Santo la causa de su silencio. Le respondió que estaba avergonzada de confesar el pecado que había cometido. Y entonces, compadecido, la cogió de la mano y la dijo: **“No temas, yo quiero decírtelo”**, y se lo refirió puntualmente como había pasado. El penitente recibió la absolución muy satisfecho y se fue atónito de haber hallado un hombre que tan claramente veía las culpas, que él no osaba pronunciar.

Lo mismo le sucedió a otro penitente suyo, que por vergüenza se confesó de un pecado grave con otro y después fue a confesarse de los demás con Felipe y viéndole le dijo: **“Hijo, tú has cometido un pecado que no quieres que yo sepa y te has confesado de él con otro”**. A estas palabras, compungido, descubrió la verdad e hizo muy buena confesión. A otro que teniendo vergüenza de confesar con el Santo, buscaba excusas para no hacerlo, le dijo: **“Tú no vienes por los pecados grandes que has cometido”**. Y a otro con mucha caridad, llamándole en secreto: **“Dime, porque no te confiesas de este pecado?”**. Se podrían escribir infinitos casos como estos en los que refería a sus penitentes los pecados y las tentaciones, cuando dejaban de confesarlos por vergüenza.

En materia fuera de la confesión, Vicente Veger, salió una mañana de casa sin pensamiento de ser Religioso y viniéndole por la calle inspiración de serlo de Santo Domingo, se fue a hablar al Padre Fray Pedro, Maestro de Novicios de la Minerva, de quien hemos hablado en otra parte, solo para aconsejarse con él, porque ni de aquél ni de otro negocio le había hablado en toda su vida. Le dijo el Padre Fray Pedro, después de haberle dado cuenta Vicente de su inspiración, id a San Jerónimo de la Caridad al Padre Felipe y de mi parte decidle lo mismo que me habéis dicho a mí y volved si dijere que es bien, os ofrezco procurar consolación. Al punto fue Vicente y con tal diligencia que no pudo prevenirle el Religioso ni otra persona. Halló al Santo junto a la Sacristía hablando con otro y viéndole le dijo: **“Esperad que sé lo que queréis”**. Despedido el otro, se volvió a él y tirándole de los cabellos y orejas le dijo: **“Sé que te envía acá, Fray Pedro Mártir para que te diga si es bien que seas Religioso o no. Vuelve y dile de mi parte que es inspiración de Dios”**. Volvió al punto el joven a la Minerva, atónito y admirado de lo que había oído. Le contó a Fray Pedro el suceso, diciendo que, como otra samaritana había hallado un hombre que le revelaba los secretos del corazón. El Padre Fray Pedro, haciéndole la señal de la Cruz en la frente y sonriendo, le dijo: “Bien sabía yo a quien os enviaba y si pues el Padre Felipe aprueba vuestra vocación, no dudéis, seréis consolado”. Después de algunos días, en presencia del Santo y otros de la

Congregación, le dio el hábito el Padre Fray Antonio Branqueti, Provincial entonces, y se llamó Fray Jerónimo. Muchas veces le certificó el Padre Fray Pedro, que de ninguna manera había dado a Felipe noticia del caso, con lo que se confirmó más que lo ocurrido fue por revelación Divina.

Yendo a Roma, Domingo Scopa, Clérigo Regular, para hacerse Religioso, quiso Tarugui que hablase primero con el Santo. Le aconsejó Felipe, que lo ejecutase sin falta y llegándose al oído le dijo: ***“No dudéis en hacerlo, por lo que interiormente os causa alguna dificultad, porque dentro de la Religión, no os dará pesadumbre alguna”***. Quedó espantado Domingo que supiese tan puntualmente su repugnancia interior, no habiéndolo comunicado a nadie y más de que le previniese el suceso de ella, que después experimentó.

El Padre Blas Betti de la misma Religión, habiendo padecido todo un año pasiones de ánimo y rogando muchas veces a Dios que le librase de ellas, haciendo a este fin diferentes mortificaciones, no hallaba alivio alguno, aunque se lo comunicó a su confesor. Se fue a buscar a Felipe, esperando de él, por la gran fe que le tenía, remedio, lo halló confesando, se puso a pasear para esperarle y a dos o tres vueltas, llegó el Santo a él y antes que abriese los labios, le dijo: ***“No es menester que me digáis cosa, id y haced lo que os dirá vuestro confesor, que eso os basta”***. Quedó el religioso grandemente admirado por no haber conferido sus pensamientos, sino con su confesor, y con la esperanza segura de ser libre con la palabra que le dio el Santo, regresó a su Padre Espiritual, al que le comunicó de nuevo sus pasiones y cesaron del todo.

Luis de Torres, Arzobispo de Monreal, después cardenal de la Santa Iglesia, siendo joven, hablando un día con el Santo padre y observando que traía la loba rota y que de ordinario vestía pobremente, pensó hacerle una y para esto le puso dinero en la bolsa, pero quiso ir primero a las Pláticas de San Jerónimo. Acabado el Oratorio, habiendo previsto el Santo su intención, le subió a su aposento y abriendo un armario le dijo: ***“Mira que no me faltan vestidos y no es necesario que gastes por mí”***. Quedó Luis admirado porque a nadie había comunicado su intención. Y cuando después fue Arzobispo y Cardenal, lo contaba a todos en prueba de que Dios había concedido a Felipe gracia para conocer los secretos del corazón.

Claudio Neri, ciudadano romano, padecía una tribulación tan grande en su entendimiento, que le estorbaban muchas buenas obras, principalmente el comulgar a menudo. Pensó muchas veces comunicar esto al Santo, pero nunca se acababa de atrever. Fue un día a visitar a Felipe, enfermo, y después de haber hablado un buen rato le pregunto el Santo: ***“Que es lo que queréis comunicarme?”***. Le respondió que no sabía que tuviese cosa particular que decirle, que solamente había ido a visitarle. Le replicó muchas veces el Santo, le dijese libremente, si quería algo y siempre respondió lo mismo. Felipe entonces le refirió su tribulación en tercera

persona, en forma de parábola diciendo: ***“Un amigo mío padecía cierta aflicción que le fatigaba mucho”***, y de esta suerte prosiguió contando lo que Claudio sentía. Luego le dijo el remedio por el que había curado aquél. Con lo que Claudio, no solamente entendió que hablaba de su pasión, pero quedó consolado y libre, usando el remedio que Felipe dijo había dado a su amigo.

El mismo tenía una hija deseosa de entrar en un convento por lo que Claudio no se podía negar, porque tenía el gusto de entrar en Torre de Espejo. El Santo, sin haberle dicho cosa alguna sobre su pensamiento, conociéndole el espíritu, procuró que la aceptasen en el convento, como deseaba su padre, donde entró por gusto suyo y se llamó Sor Eufrasia.

Francisco de Rustici, noble romano, habiendo discurrido durante toda una noche, como podía acomodar cierto negocio con un cuñado suyo y pensando en comunicárselo al Santo al día siguiente, fue a buscarle a su aposento sin haberle dicho palabra de esto a persona alguna. Luego que vio a Felipe, le dijo: ***“Sé lo que buscáis, volved dentro de dos días que os daré satisfacción”***. Estuvo pensando un rato en otros negocios y se fue Francisco sin decirle más. Volvió al cabo de los dos días y halló que el Santo había ajustado el negocio con entera satisfacción suya aunque corría en el interés millares de escudos. Se quedó atónito al ver que el Santo hubiese adivinado su pensamiento y ajustado tan deprisa el negocio tan grande.

Juan Andrés Pomo Lucatelli, Sacerdote y Teólogo Boloñés, solía leer en presencia del Santo, algunos libros Escolásticos. Felipe le decía cuando llevaba leyendo un rato: ***“Lucatelli mío, tú no estabas atento cuando leías”***, y le refería los pensamientos que le divertían uno por uno puntualmente, dejándole algunas veces fuera de sí de admiración.

Habiéndosele muerto el marido a Constanza del Drago, y viendo que Felipe iba a consolarla, dijo entre sí: este Padre siendo tan viejo vive y mi marido que respecto de él, era joven ha muerto. Se llegó Felipe a ella y la dijo sonriendo: ***“Yo que soy tan viejo vivo y tú marido que respecto a mí es joven ha muerto”***. Quedó Constanza muy maravillada al oírle repetir inmediatamente el pensamiento, que apenas ella había formado. Habiendo tenido ella misma la intención de hacer una obra pía, que no comunicó a persona alguna y mudando después de parecer, fue un día a confesarse con el Santo y la dijo: ***“Porque no has puesto en ejecución lo que tenías pensado?”***. Ella quedó admirada de que hubiese sabido su resolución y su mudanza.

En el Convento de Santa Marta, Sor Escolástica Gatzzi, salió a la reja a hablar a Felipe queriéndole comunicar un pensamiento, que nunca había dicho a nadie, era que le parecía que estaba condenada. Antes que le comenzase a decir palabra, le dijo: ***“Qué haces Escolástica, qué haces, el Paraíso es tuyo”***. Antes dudo Padre, dijo, no sea lo contrario, porque me

parece que estoy condenada. Felipe le contestó: ***“Digo que el Paraíso es tuyo y lo quiero probar. Por quién ha muerto Cristo?”***, por los pecadores, respondió la monja, ***“y tú que eres?”***, la preguntó el Santo. Una pecadora, dijo. ***“Según esto, replicó, el Paraíso es tuyo si te has arrepentido de tus pecados”***. Con esta consecuencia, quedó la monja consolada y le quitó aquella imaginación sin que le diese mayor pesadumbre, pareciéndole que le resonaban en los oídos aquellas palabras: ***“El Paraíso es tuyo”***.

A Sor Maria Vitoria, y a Sor Práxedes, monjas del mismo convento, les reveló el Santo dos cosas ocultas, que jamás habían comunicado a persona alguna. A la primera un secreto de su corazón para provecho de su alma. A la segunda una tentación que tuvo en el siglo de no ser monja, persuadiéndola el demonio con que también en el mundo podría salvarse.

Antes de que se pusiese en ejecución el Concilio de Trento, estando aún el Santo en San Jerónimo de la Caridad, llegó a sus manos Tomás de San Germiniano, joven de dieciséis años, poco más o menos, vestido de seglar y mirándole fijo le dijo: ***“Di la verdad, no eres Sacerdote?”***. Respondió admirado, que sí y le contó que sus parientes por sucederle en una herencia de sesenta mil escudos, le hicieron ordenar casi a la fuerza. Felipe compadecido de él, le hizo quedar en San Jerónimo y le procuró la ocasión para estudiar y buscó entre parientes, suficiente dinero para su decente sustento y acabados los estudios le envió consolado a su patria. Refirió el Santo después a Francisco Maria Tarugui, que había conocido ser sacerdote a aquél joven, por el resplandor del carácter sacerdotal que vio en su frente.

Por mostrar que no ha sido encarecimiento lo que se ha dicho en esta materia, sino que antes se ha procedido con toda limitación y modestia, no será fuera de propósito añadir lo que en ella dicen muchos y se verá cuan privilegiado era en esto Felipe. Primeramente del conocer Felipe lo intrínseco de los corazones con solo la vista, dice así el Cardenal Federico Borromeo: Tuvo Felipe este conocimiento, en tan alto grado, que conocía la mudanza del buen estado al malo y de este al bueno, aunque se hiciese en brevísimo tiempo. De manera que, viniéndole un día, delante cierta persona, le dijo: ***“Tu tienes mal aspecto”***. Se retiró he hizo algunos actos de contrición y volviéndole a ver al poco tiempo, sin haber sabido Felipe que hubiese hecho oración, dijo: ***“Desde que te has ido has mudado de rostro”***.

El Cardenal Francisco Maria Tarugui, dice al mismo propósito: a mí, particularmente, me sucedió muchas veces, ver el Santo mis pecados ocultos antes de confesarlos y decirme: ***“Hijo, tú has corrido este peligro, has cometido esta culpa, yo lo he oído en la oración”***.

El Cardenal Octavio Paravisino, dice con gran admiración: puedo decir del conocimiento de Felipe, de los pensamientos de los que le comunicaban, que a mí me sucedía muchas veces, dejándome espantado,

que pudiese comprender lo que entonces me pasaba por la cabeza y lo mismo le he oído decir a otros.

El Cardenal Jerónimo Panfilio dice: deseando yo comunicar con el Beato Padre, un pensamiento, que nunca había dicho a nadie, me cogió de la mano un día en la Sacristía y sin decirle palabra me dijo: **“Quiero que hagamos esto y esto”**, refiriéndome puntualmente todo lo que yo quería decirle y me dejó espantado. Cuando me confesaba, solo con darme una vista conocía todo cuanto tenía que decir y muchas veces antes de que yo hablase me lo refería todo.

El Cardenal Pedro Pablo Crescencio: yo se que penetraba el corazón de los hombres, porque lo he experimentado, pues me decía cosas que naturalmente no las podía saber nada más que yo. Otros me han dicho que les ha sucedido lo mismo.

Marcelo Vitellesqui dice: Cuando yo tenía repugnancia en decirle algún pecado, solía preguntarme el santo, ante que yo comenzase a confesarme. Esto me sucedió muchas veces, si antes de confesarme había tenido escrúpulos muy grandes, con solo mirarme de buena gana se tranquilizaba mi conciencia, satisfecho de que si tuviera cosa que la inquietase me la hubiera preguntado.

Pablo Magui: algunas veces yendo a confesarme, antes de que le dijese palabra, me decía: **“Tu has hecho tal, o tal pecado y esto es verdad”**. Me dejaba atónito porque eran pecados que nadie podía haberlo referido.

Marcelo Ferro, dice: el Padre Felipe, muchas veces con solo mirarme y hablando conmigo en el confesionario, me decía todas mis acciones, como si estuviera dentro de mi corazón. Cuando me ponía la mano en la cabeza o me daba la absolución o me despedía, sentía un temblor por todo el cuerpo acompañado de grandísima devoción y parecía que me llenaba de espíritu.

Mucio Aquilei dice: yo sé por experiencia, que el Beato Padre penetraba los corazones y el estado de las conciencias. Me acuerdo muy bien y lo tengo anotado en un libro, que en el año de mil quinientos setenta y tres, corriéndome yo de manifestarle algunos pecados en que había caído, los callaba. Y un día en mi presencia, reprendiendo a una vieja de no se que falta fuera de la confesión, la dijo: **“Tú irás al infierno”**. Me reí yo con liviandad, pero se volvió a mí y me dijo: **“Tú también irás allá”**. Esto me lo dijo para decirme mi mal estado. Yo como joven distraído, que no conocía perfectamente la santidad del Beato Padre, sin consideración de lo que debiera, perseveré en mi pecado; pero volviendo a confesarme con él, me manifestó clara y distintamente los ocultos delitos, que yo procuraba encubrirle. Con lo que reconocido mi error, me dispuse para confesarme bien y así confundir al demonio.

Marco Antonio Vitellesqui dice: yo iba muchas veces a ver a este Beato Padre y me descubría cosas que no podía saber otro mas que Dios y yo. Cuando me ponía delante de él con algún defecto, temblaba, temiendo que

me descubriese; cuando no lo tenía parecía que estaba en su presencia un Paraíso.

Antonio Victori de Bañarea dice: yendo yo algunas veces a ver al Beato Felipe, diciéndole que rogase por mí, respondió: ***“Absteneos de tal y tal defecto”***, especificando los que conocía, sin habérselos dicho yo ni ninguna otra persona, porque no me confesaba con él y eran cosas ocultísimas.

Pedro Fócile dice: El Beato Felipe me ha dicho muchos pensamientos ocultos, pecados, imperfecciones y desobediencias mías. Esto lo hacía en cuanto me ponía delante de él, ante de que comenzase mi confesión. Eran cosas que solo las sabía Dios y yo y él no podía tener noticias de ellas, a no ser por revelación Divina, porque no salían de mi corazón.

Cassandra Raidi, dice: Yo he tenido al Padre Felipe por Santo, porque la primera vez que fui a San Jerónimo a confesarme con él, antes de que le dijese palabra, me refirió todos mis pensamientos, aún los que no habían salido de mí. Si él no fuera Santo no los podría saber y además me dijo la oración que hacía y por que fin.

Antonia de Pecorilis, dice: Dos años antes de que muriese el Santo, hablando conmigo me descubrió pensamientos que jamás había yo manifestado a nadie. Viéndome convencida, quedé admirada porque estaba segura que no os podía saber, a no ser por revelación Divina, por ser secretos ya que no habían salido de mi corazón. Esto no lo he querido decir a nadie ni lo he hecho público hasta ahora.

Finalmente, por no cansar, puedo decir, que casi todo el proceso esta lleno de esta verdad, sin hallarse persona familiar suya que no lo testifique. De manera que en este don, más que en los otros, puede decirse de nuestro Santo: ***“Non est inventus similis illi”***.

CAPITULO IX

Prudencia y discreción de Espíritus de Felipe. Muchos documentos suyos para encaminar bien las almas.

Si bien Felipe, como hemos dicho, procuró siempre que el mundo le tuviese por hombre de poco juicio, con todo eso fue estimado como persona de singular prudencia y consejo, no solo en las cosas del espíritu, sino en las concernientes a los negocios del mundo y así acudían a él personas de todos los estados como a un Oráculo, hasta los Sumos Pontífices, hacían gran estimación de su parecer.

Gregorio XIV, envió a menudo a consultarle en asuntos muy graves. Lo mismo hizo muchas veces Clemente VIII, valiéndose de su consejo en cosas importantísimas, principalmente en las relacionadas con la reconciliación con Enrique IV, Rey de Francia. León XI, siendo Cardenal, iba a verle muchas veces durante la semana y estaba con él cuatro o cinco horas, por consuelo de su conversación y por consultarle asuntos de importancia. Y siendo él tenido en la Corte por hombre de gran prudencia, entre los epítetos que le dan, en el testimonio que hizo en los procesos, es uno de ellos llamarle Prudente. Lo mismo hacían otros Cardenales. San Carlos Borromeo, además de estar con él muchas horas seguidas, no solo para tratar cosas del espíritu sino del gobierno de su iglesia, depuse de la muerte de su tío Pío IV, le encargó a Ana Borromea, su hermana, para que le dirigiese en la resolución de su estado.

Claudio Aquaviva, quinto General de la Compañía de Jesús, hombre de grandísima prudencia, cuando iba a visitarle, estaba con él cuatro o cinco horas. Finalmente iban a aconsejarse con él superiores y cabezas de Religiones importantes. Teo de Sena, hablando de su prudencia dice: He tratado con muchas personas, con varios y diferentes religiosos, pero en ninguno he visto que, con tanta madurez, santidad y prudencia aconsejase. Lo de mayor ponderación es lo que por lo más, mostraba dar las resoluciones como acaso, pero lo hacía con grandísimo fundamento y consideración, como lo mostraban los efectos claramente. Procedía en sus cosas con grandísima cautela, de manera que, si bien de su natural era muy oficioso, no se entretenía más de o que era menester. Cierta persona de calidad le rogó un día, que hiciese buenos oficios con el Papa, por un asunto importante suyo y respondió, que podría hacerlos por otro medio, que no era necesario valerse de él, y que no quería privarse de hacer bien a quines no tuviesen quien los favoreciese.

En cuanto al don que comúnmente llaman los Santos, discreción de espíritus, era tan ilustrado que conocía lo que era conveniente a cada uno y se valió de los medios más a propósito, para encaminarlos en el servicio hacia Dios. De aquí nació que cuantos entraron por su consejo en Religión, perseveraron en ella, pero no los que contra su parecer lo hicieron. Lo mismo se ha observado en la Congregación. Los admitidos a ella con la satisfacción del Santo han perseverado con fruto suyo y de los otros. No los pocos que entraron con alguna aversión suya. De la misma suerte probaron muy bien los que por justas causas aconsejaba que le quedasen en el siglo.

Esto ha mostrado la experiencia en la persona de Juan Bautista de Foliño, hombre muy conocido por su bondad, que murió el veinticinco de Septiembre de mil seiscientos veinte a la edad de ochenta y tres años. Porque teniendo gran deseo de saber sobre su vocación y el estado en que gustaba la Majestad Divina que le sirviese, habiéndose en su tiempo divulgado ya la fama de Santidad de Felipe, se entregó al Santo, solía decir,

como hombre muerto, en el principio del año Santo de mil quinientos setenta y cinco, para que dispusiese de él conforme a su dictamen. Primeramente fue a verle para hacer una confesión general y arrodillándose a sus pies quiso comenzar a leer el papel. Se lo quitó Felipe de las manos y lo rompió. En esta ocasión Juan Bautista, encogiéndose de hombros, se dejó guiar por él y le iba dando diferentes mortificaciones. Perseverado Juan Bautista en hacer oración, para saber la voluntad de Dios en orden a su estado, un día en la iglesia de San Buenaventura de los Capuchinos, al pie del Monte Caballo, oyó una voz interior que le decía: Ve a Foliño, Juan bautista, ve a Foliño. Y aunque solía comunicar cualquier cosa interna con Felipe, no le comunicó esta enseguida, por tener sospechas de que sería deseo propio el volver a su patria, pero el Espíritu que había hablado a Juan Bautista, inspiró a Felipe que dijese lo mismo. Y así un día claramente le dijo: ***“Te mando que vuelvas a Foliño, porque esta es tú vocación”***. Pero quiso que estuviera preparado para salir de ella a la mayor seña suya, por hacerle merecer más y tenerle despegado del afecto que suele llevar de ordinario la patria. En ella perseveró hasta su vejez y llegó a tal grado de santidad que comúnmente, aún viviendo, le llamaban el Beato Juan Bautista de Foliño.

Lo mismo se vio también claramente en Cesar Baronio, que rogando muchas veces a Felipe le diese licencia para entra de Capuchino, nunca quiso. De suerte que algunos, sabiendo la reticencia del Santo, se escandalizaban, juzgando que retiraba a los hombres de la Religión, no considerando que sabía Felipe que no era su vocación aquella y que Dios quería servirse de él en otro estado.

Aconsejó también a quedar en el siglo a Francisco Puchi de Palestrina. Le pidió licencia para entrar como religioso en los Capuchinos y se la negó diciéndole libremente: ***“Tu no eres bueno para la Religión, vive y vive en Palestrina, que harás en ella mayor fruto”***. Y esto se lo repitió muchas veces. No se quietó con esto Francisco Puchi y le dijo el Santo: ***“Ve pues, si quieres ir, pero no durarás”***. Se fue a Viterbo a ponerse el hábito y en el camino tuvo un accidente tan grande que los Capuchinos que le acompañaban le aconsejaron que se volviese. Llegó a Roma, de allí a Palestrina, donde pasó una grave enfermedad y temiendo que había hecho mal en volverse hizo voto de ser Capuchino en todo caso si curaba. Vino bueno a Roma, comunicó su voto al Santo y le respondió: ***“Dios te lo perdone, no te he dicho que esa Religión no es para ti, que te estés en Palestrina?”***. Y le persuadió para que procurase la dispensa del voto. Viendo que no se aquietaba con aquello, por quitarle escrúpulos, habló al General de los Capuchinos y después envió a Francisco para que le hablase del asunto. Llegando a su presencia, le dijo el General prevenido por Felipe: Qué decís, qué habéis hecho voto de entrar en esta Religión?. Si Padre, le respondió Francisco. Reza pues, le replicó el General, si vos lo

habéis hecho por entrar en ella nosotros no lo hemos hecho de admitiros, id con Dios, que no os queremos. Con esto quedó Francisco satisfecho y sosegado. Conoció después que el Santo había tenido Espíritu de Dios, pues ordenado Sacerdote, siendo Arcipreste de Palestrina, redujo innumerables almas al servicio de Dios, no solo de gente humilde sino de Títulos y personas grandes, con grandísimo ejemplo para toda aquella provincia.

A un noble romano, que no era para el estado de la Religión, después de haberle presentado todas las obligaciones de un buen Religioso y con mucha particularidad muchas cosas de aquél estado, le llegó a decir: ***“Esta no es tu vocación, el demonio te tienta con este pensamiento para inquietarte a ti a toda tú familia y añadió, además te digo que no solo no serás religioso sino que te casaras”***.

Con el tiempo dejó aquellos intentos y sucedió lo que dijo el Santo puntualmente.

En las resoluciones del estado que convenía a cada uno, estaba tan seguro que muchas veces decía a los suyos: ***“Haced esto porque Dios lo quiere así”***. El Cardenal Federico Borromeo, decía que pocos o ninguno, pudieron tener aquél modo de hablar. Algunas veces solía decir a uno que perseveraría, a otro que no y siempre sucedía como él lo decía. Queriendo Francisco y Juan Bautista Sarraceni, ambos hijos espirituales de Felipe, dejar totalmente el mundo, al mismo tiempo y entra en la religión de Santo Domingo, les dijo el Santo: ***“Juan Bautista será Religioso, perseverará, pero Francisco, que vencido de las tentaciones, saldrá antes de cumplir el año”, y así sucedió”***.

Tenían deseo los Padres de la Congregación, de aceptar un joven de buen talento y de grandísimas esperanzas, así en materia del Espíritu como en las letras. A esto no asentía el Santo, pero como no siempre usaba de su autoridad y condescendencia muchas veces, esperando de la experiencia del desengaño, aunque dio razón de su parecer porque no había de perseverar, permitió que se le admitiese. A los pocos meses, sin mediar ocasión ni motivo, se salió el joven.

Tenía Felipe entre otros dos penitentes, uno italiano y otro francés, y aunque ambos atendían al Espíritu, se mostraba el italiano más devoto. Un día, casi de repente, dijo el Santo: ***“Este italiano que parece más devoto, no durará en el Espíritu, será hombre mundano; este francés que no lo parece tanto, perseverará hasta el final”***. Así lo mostró el suceso.

Acudía un joven bien tratado a las Pláticas a San Jerónimo de la caridad, no por aprovecharse, sino por burlarse de los que las hacían y desviar a los que cursaban el Oratorio. Un día, no pudiendo sufrir los del Oratorio, que los estorbase porque hacía ruido en él, acudieron al Santo para que pusiese remedio. Felipe, riendo les respondió: ***“Dejadle, que más hará que vosotros”***. De allí en pocos días se convirtió, entró en Religión y

vivió con mucha observancia. Otro penitente que tuvo que era de Portugal, criado del Cardenal Monte Pulciano, que a la edad de diecisiete años había llegado a tanta altura espiritual, que hablaba de buena manera de las cosas de Dios y admiraba a los hombres doctísimos. Le dio a este deseo el entrar en Religión y aunque Felipe no aprobaba su pensamiento, molestado de sus importunaciones se lo permitió. Llegó el día de tomar el hábito y quiso el Santo hallarse presente y llevó consigo a Francisco Maria Tarugui y otros. Mientras el joven con las acostumbradas ceremonias se vestía, Felipe aparte, se puso a llorar amargamente y Francisco Maria Tarugui, le preguntó la causa de dicho llanto y le respondió: “ **Lloro las virtudes de este joven**”. Tarugui en aquél momento no le entendió, pero si al poco tiempo, porque si bien no dejó el hábito, ni apostató, dejó el Espíritu dándose a licenciosa vida, para escándalo de los religiosos y de cuantos le conocieron.

Era tan notorio que tenía Felipe este don, que Gregorio XIII, queriendo conocer el Espíritu de Sor Úrsula Benincasa, recién venida de Nápoles a Roma, con fama de santidad, se la remitió juzgando que, no había otra persona más a propósito para este efecto, pues los arrobos grandes que tenía esta mujer, principalmente habiéndose elevado su beatitud tres veces, sin poder hablar palabra de los asuntos con los que iba. La tomó Felipe a su cargo y la probó con diferentes mortificaciones durante mucho tiempo. Mostraba no hacer caso de sus éxtasis y raptos; la privó durante muchos días de la Comunión y después de varias experiencias aprobando su Espíritu, hizo la debida relación al Papa. Cuando esta mujer se fue de Roma, la dio diferentes documentos, para que se conservase en aquél estado sin peligro diciendo a muchos, que por ser tan pura y sencilla, la llevaba Dios por aquél camino a la perfección. Vivió en Nápoles con gran temor y humildad, acordándose de los consejos de Felipe, diciendo que ninguno la había conocido como él. Murió después en el año de mil seiscientos dieciocho, el dieciséis de Enero con opinión de Santa.

Un sacerdote, Siervo de Dios, tenía en la Oración maravillosas y extraordinarias ilustraciones en su entendimiento. Confirió esto con diferentes personas de Espíritu para no caer en el engaño y no halló quien le diese satisfacción, ni le dijese donde podría estar el peligro. Encontró a Felipe a quien le comunicó todo quedando plenamente satisfecho.

Acostumbraba Felipe a probar el Espíritu con la mortificación, juzgando que, **donde no la había grande, no podía caber gran santidad**. Estaba retirado para predicar un día el Padre Fray Alonso, Capuchino, comúnmente llamado el “Padre Lobo”, hombre de gran bondad y predicador famoso, fue a Felipe movido interiormente por Dios y comenzó a decirle con severo aspecto: “**Et tanquam auctoritarem habens: Sois vos acaso aquél Fray Lobo, Predicador célebre, que por el aplauso del mundo se tiene en más de lo que es y hace alarde de subir en los mayores**

púlpitos de la Cristiandad? No pensáis que en Italia hay predicadores más doctos y más Santos que vos?”. Y prosiguió, dándole un vejamen tan áspero y tan picante que los circunstantes quedaron admirados. El Padre lobo, como mortificado, sin turbarse, se echó en el suelo desecho en lágrimas, diciendo con gran sentimiento: vos realmente me decís la verdad. Entonces Felipe, serenó el rostro y con su acostumbrada alegría, le abrazó, diciéndole: **“ Proseguid, Padre mío, proseguid, predicad el Evangelio de Cristo a los pueblos como hacéis y rogad a Dios por mí”.** Dicho esto se fue sin decir más, como quien sabía lo que había ganado en su persona y en la de aquél Santo religioso.

Fue a visitar a una Sierva de Dios, llamada Sor Antonia, de quien se decía en Roma que tenía Santidad, era ciega y estaba continuamente enferma en la cama. Y queriendo hacer prueba de su Espíritu, la mortificó como solía con obras y con palabras, por diferentes caminos. La mujer en las mortificaciones, muy resignada, sin turbación alguna, después de haberla mortificado el Santo, por descubrir antes de irse a los que estaban presentes, la luz que ciega en el cuerpo le comunicaba Dios en el alma, cogió de la oreja a un Clérigo del estado de Florencia que trajo consigo de incógnito a todos los que estaban presentes y le hizo arrodillarse delante de ella y la dijo: **“Sor Antonia, roguemos a Dios por este pobrecillo”.** Extendió ella la mano, la cogió al Clérigo y la besó, diciendo: Este es sacerdote y esta mañana ha dicho Misa, yo soy la que debo encomendarme de corazón a sus oraciones. Felipe entonces, sin decir nada se fue.

Fray Felipe, lego de la Orden de San Francisco, hombre en la común opinión de singular virtud, por las obras de caridad, por la austeridad de su vida, fue remitido por el Cardenal Agustino Cusano, Protector de la Orden, al Santo para que examinase su Espíritu. Llegado Fray Felipe a la presencia del Santo, le miró severo y preguntó, como despreciándole: **“ Quién es este?”.** Luego hizo traer una cazuela donde había algunos cuatrines y le dijo, que tomase los que quisiese. El religioso, mostrando gran codicia y deseo de tomar muchos, tomó solo uno. Pagado de la acción, prosiguió en mortificarle y le dijo: **“ Ahora bien, este debe tener más hambre que codicia, traedle pan”.** Cuando Fray Felipe vio el pan, lo tomó mostrando mayor apetito al comer, que codicia del dinero. Como que no podía sufrir más el hambre le dio un gran bocado y lo echó en la alforja. Luego le preguntó al Santo, que vida y oración hacía y el lego batiendo pies y manos, respondió que no sabía hacer otra oración. El santo gustoso sobremanera de su alegría, aunque mostrándole desgastado se despidió. Se fue Fray Felipe diciendo: realmente este viejo tiene Espíritu de mortificación. Y Felipe quedó teniéndole en concepto de hombre de gran sencillez y pureza de vida, porque siempre le halló después firme para recibir las mortificaciones.

Daba diversos documentos en materia de gobierno de las almas. En primer lugar decía a los confesores que no era necesario guiar a los penitentes por el camino que lo habían sido ellos, porque muchas veces los confesores, hallan Espíritu y gusto en algún género de ejercicios y meditaciones y que si quisiesen ejercitar a sus penitentes, les escucharían a perder la complexión, que tampoco convenía dejarles hacer todo lo que deseaban o pedían. Que era cosa utilísima hacerles interrumpir a veces, aún las propias devociones, así porque se recreasen algo, como porque se mortificasen si se mostraban sobrado asidos a ellas. Quería que no se mudasen ordinariamente de confesor, ni que los confesores admitiesen fácilmente, quitados algunos casos, los penitentes de los otros y así cuando llegaba a confesarse con él alguno, que tuviese su confesor en otra parte, no quería que le dejase por él y le enviaba a su confesor antiguo. Esto hizo con Nero del Nero a quien amaba tiernamente, porque confesándose en Santa Maria in Vía, con el Padre Maestro Damián, religioso de aquél convento, siempre le remitió a él y hasta que se fue aquél Padre nunca quiso admitirlo como su penitente.

Al mismo propósito dice Peregrino Altovello, Canónigo de San Marcos de Roma, estas palabras: por la buena fama del Beato Felipe y porque era tenido por hombre Santo, deseaba mucho yo comunicarle con ocasión de que el Padre Juan Francisco Bordino, confesor mío entonces y ahora Arzobispo de Aviñón, fueron el Cardenal Hipólito Aldobrandino, después Clemente VIII, a Polonia, me fui a confesar con el Beato Padre Felipe y desde entonces hasta su muerte le comuniqué, si bien solo me confesé un año entero, que fue mientras el Padre Juan Francisco estuvo en Polonia, porque arrodillándome para confesarme ya vuelto a Roma mi confesor, me dijo el Beato Padre: ***“Habéis visto a vuestro Padre Juan Francisco?”***. Le respondí que no y me dijo: ***“De aquí en adelante id a confesaros con él”***. Le repliqué dos o tres veces deseoso de que fuese el Santo mi confesor y me respondió: ***“importa hacer lo que digo”***

Alababa mucho que marido y mujer, se confesasen con un mismo confesor para tranquilidad y paz de su familia y suya, si espontáneamente lo hacían, porque sabía que voluntaria debe ser la confesión. Daba además este documento; que para curar una persona espiritual, que después de haber caminado mucho en el Espíritu, cayese en algún yerro de consideración, no había otro remedio como exhortarla a manifestar su tropiezo a personas de buena vida, con quien tuviese particular confianza, porque con esta humildad, Dios la restituiría a su primer estado. Decía que los confesores en los principios no dejasen hacer a los penitentes todo cuanto quería, porque así se conservarían vivos en el Espíritu, de otra manera se relajarían, con peligro de volver atrás y dejarlo todo. Amonestaba a los penitentes que no violentasen jamás al confesor en darles licencia para cosas a las que no se inclinaba, y en caso de que no hallasen

fácilmente al confesor, era bien interpretar su mente y gobernarse por ella. Que ni las disciplinas ni otras cosas semejantes se habían de hacer sin licencia del confesor y quien la hiciese de propio parecer o se le gastaría la complexión o se ensoberbecería juzgando haber hecho una cosa grande. Que no era menester pegarse de manera que se olvidase el fin, que es la caridad y el amor. No le agradaba que los penitentes hiciesen votos sin consejo de su Padre Espiritual. No daba licencia fácilmente para hacerlos por el peligro que hay de no cumplirlos. Tampoco era fácil el conceder licencias para mudar de estado, queriendo que cada uno se conservase regularmente en la vocación a la que Dios le había llamado desde el principio como si se viviese sin pecado, añadiendo que aún en medio del mundo se puede atender a la perfección y que ni el arte, ni el trabajo son impedimentos para el servicio de Dios. Y así aunque envió a gran número de Hijos e hijas espirituales a todas las religiones, principalmente a la de Santo Domingo, a la Compañía de Jesús, Capuchinos, Teatinos y otras. Tenía particular gusto y deseo de que, los hombres fuesen santos en sus casas y por esta razón, no consentía que se partiese de la Corte los que se hallaban en ella por gusto suyo y edificación de los demás, diciendo que, para pasar de estado malo a bueno no es menester consejo, pero para pasar de bueno a mejor es menester tiempo, consejo y oración, porque no todo lo que en sí es bueno es bueno para cada uno. Y si bien el estado de la Religión, es más eminente, no por esto es conveniente a todos. De manera que cuando veía indicios de vocación al estado Religioso, era ferventísimo en enviarlos. Y en fe de esto, fueron tantos los que entraron en la de Predicadores, por su medio, que los mismos Padres le llamaban otro Santo Domingo. Cuando no reconocía vocación por ningún caso quería consentirlo. Para conservar la paz con los prójimos, decía que era conveniente no decir a nadie sus defectos naturales. Que convenía hacer la corrección a los Príncipes en tercera persona, como Natán lo hacía a David. Que cuando alguno recibiese alguna reprensión de Príncipes o superior grande, aunque sin causa, no había de mostrar sentimiento, sino volver a sus ojos con la misma alegría que antes. Porque de esta manera volvería presto en su gracia y desharía la sospecha si la habían concebido de mal proceder. Aconsejaba a las mujeres a quedarse en casa y no salir fácilmente en público. Un día alabando mucho a Marta de Espoleto, mujer célebre por su virtud, le preguntaron algunos la causa y respondió: ***“Porque atiende a hilar”***. Aludiendo al dicho de la Escritura: “Manum eius misit ad fortia et digiticius aprehenderunt fusum”. Era esta mujer devotísima del Santo, todas la veces que venía a Roma, iba a buscarle y se le echaba a los pies, encomendándose a sus oraciones recibiendo un extraño gozo por su presencia, como mujer a quien había Dios concedido el don de conocer la hermosura interior de las almas. Que en fe de esto cuando veía a Felipe, quedaba como absorta, contemplando la abundancia de su gracia y su

belleza sobrenatural. Muchos otros documentos y advertencias daba Felipe en esta materia, que por no ser sobrado prolijo dejo de referirlos.

CAPITULO X

Felipe libra muchos endemoniados

Aunque Felipe no estaba inclinado a conjurar, con todo le favoreció Dios con el don de librar a muchos poseídos por el demonio.

De Aversa, Ciudad de Nápoles, fue traída a Roma una mujer, llamada Caterina, para que Felipe la librase del demonio. Hablaba Griego y Latín como si hubiera cursado muchos años en las escuelas, siendo por otra parte joven y sin estudios. Tenía tanta fuerza, que muchas personas juntas aunque fuertes, no la podían contener. Conocía siempre, cuando el Santo Padre enviaba a alguien a por ella, para exorcizarla y decía: ahora envía por mí aquél clérigo y se escondía de tal manera por la casa que con grandísima dificultad la podían llevar a la iglesia. Un día la llevaron sus parientes a San Juan de los Florentinos para conjurarla, y Felipe compadecido de todos se puso en oración, con tanto fervor, que sin otro exorcismo quedo Caterina libre de los espíritus malignos. La mandó volver a su patria y nunca la volvieron a molestar.

Lucrecia Cotta, Romana, dos años antes de que muriese el Santo, hacía ocho que padecía grandes versaciones del demonio por un hechizo. Atormentada, principalmente en los ojos, haciéndola torcer la vista y casi perderla del todo y en el corazón le causaban penas tan intolerables que muchas veces pensando que moriría, trataban de olearla y otras se sentían conmovier con tan grandes abatimientos que para quitárselos se ponían muchas mujeres sobre su pecho y después quedaba como muerta. Tan extraños accidentes, la causaron grandísimo desasosiego. No podía comer, ni dormir y no hallaba tranquilidad en nada. Llegó a no poderse poner en pie y era necesario que la sujetaran para caminar. Confesándola un día el Santo, compadecido de su miserable estado la mandó arrodillar y puesta

una mano sobre el corazón de la mujer y otra sobre sus ojos hizo oración por ella durante media hora. Y quitando la mano del pecho quedó la mujer libre de la quietud y del dolor, sin volverle más los accidentes del corazón. De allí en poco tiempo y viéndola el Santo maltratada en los ojos, movido también a compasión de su miseria, porque además de la fealdad, no podía hacer labor, la dijo: ***“No dudes Lucrecia yo quiero curarte también los ojos”***. Volvió otro día a confesarse y tuvo sobre sus ojos la mano como un cuarto de hora, se la quitó y la mujer comenzó a quejarse, dando voces: hay de mí, hay de mí, Padre me habéis cegado del todo. Sonrió entonces el Santo y la dijo: ***“No dudes, no quedarás ciega”***. Admirable cosa. Pasada una hora, en un instante, sintió caer de sus ojos como un velo y vio muy bien, sin quedarle secuelas alguna. Le quedó tan mejorada la vista que desde entonces labró con aguja, lindísimas labores y finísimas telas.

Se halló un día el Santo con Otón Tucses, Cardenal de Augusta, en Santa Cruz de Jerusalén, donde conjuraban a una señora de las principales familias de Germania. Al mostrar el Lignum Crucis y las demás Reliquias, padeció grandísimos tormentos y si bien por las acciones juzgaron algunos, que había partido el demonio advirtieron que no estaba libre y así rogaron al Santo Padre los ayudase en lance tan digno de lástima. Felipe entonces, movido de ruegos de los presentes y de compasión por aquella señora, se fue hacia ella, bien de mala gana y obligó al demonio que dijese el día en el que se iría. Hecho esto, vuelto a los presentes dijo: ***“Sabed que esta señora no ha quedado libre ahora, por la incredulidad de una persona que está presente, pero en el día que me ha dicho lo estará sin falta”***. El mismo día que Felipe señaló, la dejó libre el demonio en la Iglesia de Santa Maria de la Rotunda, con grandísima alegría de sus parientes que la llevaron a su patria sana y salva.

Entrando con Pedro Victrici en San Juan de Letrán en el día que se mostraban las cabezas de San Pedro y San Pablo, llena la iglesia de gente, vio a una mujer endemoniada, que al mostrar las Sagradas Testas, comenzó a dar fuertes voces. Lastimado de ella el Santo, conociendo que estaba verdaderamente endemoniada, la cogió de los cabellos y la escupió en el rostro diciendo: ***“Me conoces tú?”***. Así, no te conociese, respondió, cayendo al punto en el suelo como muerta y quedando libre del demonio. El Santo Padre, viendo que acudía la gente, se fue a otro asunto para no ser descubierto.

Tenía tal imperio sobre los demonios, que cuando una persona endemoniada no se podía confesar o comulgar, los reprimía con su autoridad para que no se lo impidiesen. Una mañana llegó a la Iglesia Nueva una mujer vestida de capuchina, juntamente con otras de su patria, no sabiendo los de la iglesia que era endemoniada, se puso en el puesto para comulgar, y cuando el Sacerdote fue a darle la Hostia Sagrada, de ninguna manera quería recibirla. El Santo que desde el confesionario veía

el suceso, se levantó y llegando hasta ella, le puso la mano en la cabeza y al punto comulgó con grandísima tranquilidad.

Otra mañana llegaron también a la iglesia, dos viejas pobres y una de ellas rogó al sacristán, que llamase al Santo. La respondió que no podía bajar y le replicó: por favor, llamadlo, porque desearía que confesase a esta compañera mía que está endemoniada. Volvió a decirla el Clérigo, que no podía bajar, pero le importunó la mujer tanto que por compasión fue a llamarlo; le dio razón de que estaba abajo una endemoniada a quien el espíritu no la dejaba confesar ni comulgar y que le rogaba que bajase a confesarla. Felipe respondió: ***“Envíala a pasear, que tengo yo que hacer con la endemoniada?”***. Pero suspenso un rato, conmovido por la lástima, dijo: ***“Dile que espere”***. Bajó a la iglesia, se fue al confesionario y la mujer al verlo comenzó a turbarse y llevada a su presencia a la fuerza, solo con decirla estas palabras: ***“Arrodillaos mujer”***, tranquila y pacífica se arrodilló y se confesó sin dificultad, luego comulgó y todas las veces que volvía, confesaba y comulgaba en su presencia tranquilamente.

No pudo el soberbio espíritu llevar el imperio de Felipe las veces que lo comprimía a salir o callar, siempre daba demostraciones de rabia contra él. Conjuró al Padre Juan Antonio Luchi una persona por comisión del Santo, como en otra parte hemos dicho, y por su orden la dio de latigazos en desprecio del demonio. Lo sintió de manera que la noche siguiente se le apareció a Felipe, negro y espantoso, amenazándolo porque lo había despreciado de aquella manera, y dejando en el aposento el mal olor que solía, desapareció. No podía sufrir el espíritu diabólico, porque cuando lo llamaban para conjurar, Felipe enviaba algún hijo espiritual suyo, pareciéndole que era hacer poco caso de él. Y así, habiendo conjurado un día por orden de Felipe, Juan Bautista Boniperti, Canónigo de Novares y penitente suyo, una doncella poseída del demonio, vuelto por la tarde a su casa y subido en un banquillo para clavar en la pared un clavo, se lo volcó el demonio de modo que a poco le cuesta la vida. Averiguó después, que el demonio, conforme se lo refirieron los de su casa, al mismo tiempo que calló el Sacerdote, dijo por boca de la endemoniada: yo creía haberle matado.

Si bien Dios le había concedido la gracia de liberar a los poseídos del demonio, raras veces y casi por la fuerza se ponía a hacerlo, diciendo: ***“Que no se debe creer fácilmente por cualquier señal, que son endemoniados los que lo muestran, porque muchos de estos efectos suelen nacer de complexión natural de melancolía, de liviandad de cabeza y causas semejantes”***. Y en las mujeres de imaginación vehemente, de diversas enfermedades y muchas veces de ficciones por causas diferentes.

Le llevaron al Padre Nicolás Gilli, una doncella que decían los de su casa que estaba endemoniada, porque de noche iba gritando por ella,

haciendo muchas locuras, rompiendo los platos y destruyendo lo que le venía a las manos. Se lo refirieron al Santo y le rogaron que fuese a visitarla, para ver si estaba verdaderamente endemoniada. Fue allá y conociendo el capricho de la mujer y no la verdad, llamó al hermano de la doncella y le dijo: ***“Si quieres curar a tu hermana, sacúdele muy bien todas las veces que haga estas locuras porque sanará sin duda”***, lo hizo así y la mujer confesó que de ninguna manera estaba endemoniada y que por otras causas hacía aquellos desatinos.

Le llevaron otra vez por los mismo, una joven que también se hacía la endemoniada y viéndola el Santo, dijo a los parientes que la acompañaban: ***“Esta no esta endemoniada en ningún caso”***. Como en efecto los desengañó la verdad.

Sidera, mujer de Juan Camilo Palochio, fue traída de Sabina a conjurar a Roma, juzgándola todos verdaderamente endemoniada, una mañana en la que los suyos habían resuelto llevarla a San Pedro para que el Papa la bendijera, fue a echarse un poco, donde acudieron muchas personas que la libraron del peligro. La llevaron entonces a la bendición y después de muchos días a la Iglesia del Espíritu Santo de los Napolitanos, en la calle Julia, para que la curasen algunos sacerdotes, donde maltratándola con los golpes que la daban y casi ahogándola con los tormentos que la hacían, últimamente aconsejaron a sus parientes, la llevasen al Santo Padre. La vio Felipe, rezó por ella y les dijo: ***“Esta no está endemoniada, loca sí, pero tened paciencia y no la dejéis atormentar más”***. Vivió después medio loca, haciendo de cuando en cuando algún desatino.

Por esta razón advertía a los suyos, que no fuesen fáciles en creer estas cosas, ni conjurasen mujeres jamás, sino en público, por muchos y graves peligros, que traen consigo semejantes ocasiones.

CAPITULO XI

Felipe aún vivo, se aparece a muchas personas en diferentes lugares.

Tuvo también Felipe, singular don de Dios en aparecerse en muchos lugares, aún estando vivo, particularmente para socorrer a los suyos y a los que se le encomendaban en los peligros del cuerpo y del alma.

Un Presbítero de la Congregación, juzgando haberse puesto en peligro por alguna ofensa a Dios, por haber tomado a su cargo un negocio, que le había encomendado el Santo Padre y hallándose por esto muy afligido, oyó una noche estando en la cama, abrir la puerta de su aposento, que tenía muy bien cerrada por la parte de adentro, desvelado por el ruido, aunque sin luz,

vio entra a Felipe, que entonces vivía en San Jerónimo, que acercándose a la cama, le preguntó como estaba. Le respondió: malo. Queriendo significar la aflicción de ánimo que padecía y los pensamientos que le acongojaban. Felipe entonces le hizo con su mano la señal de la Cruz y le dijo: **“No dudes”** y desapareció. Al punto le dejó toda la aflicción sin darle más pesadumbre y por la mañana halló cerrada la puerta como si nadie hubiera entrado.

Comunicándole un penitente suyo que quería ir a Nápoles, le respondió que no fuese de ninguna manera, porque o lo capturaban los moros o tendría peligro de ahogarse. Sin embargo quiso ir y entrando en la mar dieron al Bajel asalto los Turcos con que fue forzoso a los que iban embarcados echarse al agua y él que no sabía nadar se ahogaría, si viéndose cercano a la muerte no se acordara de lo que le dijo el Santo Padre. Se le encomendó de todo corazón para que lo librase de aquél peligro. Al punto se le apareció y cogiéndole de los cabellos le dijo como solía: **“No dudes”** y lo sacó a la orilla.

Volviendo de Egipto a Italia, un viejo penitente del Santo, fue presa en la nave en la que venía de dos galeras Turcas junto a Chipre. Mientras los Turcos encadenaron a todos los mercaderes, él puesto en oración se encomendó a Dios con grandísimo afecto, rogándole por los merecimientos del Padre Felipe, su confesor, lo librase de tan gran peligro. En el mismo instante le pareció ver a Felipe, que le decía sus ordinarias palabras: **“No dudes, encomiéndate a Dios, que no serás esclavo”**. Se lo mostró así al momento, ya que queriendo echarle las cadenas como a los demás, el patrón de la nave Cristiana dijo al renegado: qué vais a hacer a este viejo enfermo, que para mí es tan bueno?. A cuyas palabras, conmovido el renegado lo dejó en libertad y el viejo volvió a Roma, donde supo que en aquél tiempo en que se encomendaba al Padre Felipe, había dicho a algunos Padres de la Congregación: **“Roguemos por un penitente mío, que se halla en gravísimo peligro”**.

Cierta señora romana, tuvo una pesadumbre con una persona muy suya y ni quería hablarla ni humillarse en manera alguna, antes por esto dejó de confesarse con la frecuencia que solía. Perseverando en el enojo muchos días, una mañana estando medio dormida despertó sacudida por un golpe y oyó esta voz del Santo: **“Hasta cuando quieres estar enojada?”**. Despavorida, reconoció su yerno, por la mañana fue a confesarse con el Santo y le contó todo el suceso. Pero Felipe disimuló sin responderla nada.

A Lucrecia Giol, mujer de Juan de Animucha, hija espiritual suya, de gran espíritu, le tenía el Santo señalado el tiempo de oración y la hora en la que de noche debía levantarse para hacerla y porque vencida del sueño no se levantaba muchas veces la dijo: **“Si tú no te enmiendas de esta negligencia yo te despertaré”**. Así lo hizo, porque todas las veces que ella no se despertaba, oía la voz sensible del Santo, que la llamaba: **“Lucrecia,**

levántate” . Y cuando iba a reconciliarse la solía decir: **“No te he llamado yo esta noche?”**.

Adoleció gravemente en San Juan de los Florentinos Cesar Baronio y ya perdidos los sentidos, oleado y dándole un poco de sueño, vio en él al Santo, que vivía en San Jerónimo de la Caridad, delante del Cristo y su Madre rogando por su salud con estas palabras: **“Dádmelo Señor, dádmelo, restituídmelo, yo lo quiero”**, Y que durándole mucho esta petición, Cristo se lo negaba siempre. Últimamente vio que vuelto al Santo Padre, a la Virgen Nuestra Señora, la rogaba con grandísima instancia le alcanzase esta gracia de su Hijo a cuyos ruegos se le concedió Cristo. Despertó Baronio seguro de no haber muerto de aquella enfermedad y al punto comenzó a mejorar y con admiración de todos quedó en brevísimo tiempo libre de la enfermedad. Dando fe de esto, confiesa Baronio en muchos lugares, deber su salud a las oraciones de Felipe.

Visitó Felipe a Matías Masei, cuyo sueño contamos anteriormente, estando ya desahuciado de los médicos en una enfermedad, le trajo dos cajuelas de Reliquias y le dijo: **“No dudes, ten fe en Jesucristo, que no morirás”**. Al despedirse, le puso la mano sobre el corazón, apretándola fuertemente y le dio su bendición. A las tres de la noche oyó Matías esta voz del Santo tres veces: **“Ponte en pie”**, tan recio que le causó algún espanto. Despertó, hallándose libre de la calentura y en dos días se levantó de la cama curado.

El Cardenal Federico Borromeo, cuenta que a un penitente del Santo Padre, le sobrevino hacia la media noche una terrible visión, en la que parecía estar en torno a su cama un perro grandísimo y horrible u otra semejante bestia para ofenderle. Le duró aquella agonía gran rato y despertó con increíble aflicción, como si le hubieran apaleado. A la mañana siguiente fue a referir al Santo el suceso y le respondió: **“Sabe, que estuve contigo esa noche rezando por ti”**. Luego le dijo: **“Te ha enviado Dios esta visión por esta causa (y se la refirió) y yo se lo he rogado”**.

Un sacerdote, amigo de Felipe, se fue de Roma a una Abadía donde estuvo dos años, tan trabajado de un corrimiento, que llegó a no poder ayudarle, aún para las funciones forzosas naturales, no bastaba un hombre solo para levantarlo. Para curar de esta enfermedad, que juzgaron los médicos incurable, probó todo género de remedios pero sin provecho. Al final, aconsejado de ellos, se puso en una litera camino de Roma, donde al llegar creció el mal de tal manera, que rogaba a la Misericordia Divina, que lo sacase de esta vida en paz, porque tan excesivo dolor le daba muchas muertes cada día. En este tiempo lo visitó un sacerdote de la Congregación con un recado de parte de Felipe, que por la tarde iría a verle y consolarle. Después de haber cenado y maltratándolo mucho el acostumbrado dolor, le obligó el sueño al cansancio y en un momento se le apareció Felipe y le apretó la cabeza con sus manos. Despertó con temor, no sabiendo como

podía haber entrado porque estaba cerrada la puerta y no pudo pronunciar palabra. Le preguntó Felipe que como estaba y al fin desenvolviendo la lengua, se le encomendó de corazón, rogándole le alcanzase la salud de Dios. Entonces, el Santo Padre le cogió las manos, se las acomodó en forma de Cruz y teniéndole un rato en esta posición, ignorante el enfermo y temeroso del fin que había de tener aquella acción le dijo Felipe: ***“Levántate en pie”***. A estas palabras se sentó, cosa que antes no podía hacer, puso los pies fuera de la cama para salir de ella y el Santo le dijo: ***“Ves como no tienes mal? Pero no digas palabra”*** y desapareció, dejando al sacerdote tan libre del mal que esa misma semana salió de casa y en breve tiempo estuvo del todo bueno.

Visitando Juan de Animucha en el Prado de Toscaza a Sor Caterina Ricci, Florentina, de la Orden de Santo Domingo, llamada hoy comúnmente la Beata Caterina del Prado, cuya vida escribió el Padre Fray Serafino Razzi de la misma Orden, le preguntó si conocía a Felipe Neri. Respondió la Sierva de Dios, que lo conocía por la fama no por la vista, pero que tenía gran deseo de verle y hablarle. Al año siguiente, volviendo el mismo Juan al Prado, la visitó otra vez y ella le dijo: He visto ya y he hablado con el Padre Felipe; siendo así que Felipe no había abandonado Roma ni ella el Prado. Vuelto Juan a Roma, le contó al Padre lo que le había sucedido a Sor Caterina y el Santo lo confirmó. Muerta Sor Caterina el año mil quinientos noventa, dijo el Santo Padre, libremente en presencia de muchos, que la había visto viva y describió todas sus facciones, con ser así, como hemos dicho, que ni él había estado en el Prado ni ella en Roma.

CAPITULO XII

Resucitan un muerto y a una señora moribunda, que si tardaba en morir, estaba en peligro de caer en las tentaciones del demonio, manda que muera y expira al punto.

Le concedió Nuestro Señor a nuestro Santo, el don de los milagros, en el cual fue admirable en vida y después de muerto, porque como veremos, en ambos estados restituyó la salud a los enfermos, libró a muchos de diversos peligros y resucitó muertos. Esto último lo referiremos ahora, porque de los milagros en particular, tratan los dos últimos Libros de su Vida, para que queden todos sin interrumpir, el hito de su Historia y ver cuanto resplandeció en este don el Santo.

Fabricio de Máximis tenía cinco hijos de Lavinia, su mujer, y teniéndola de nuevo preñada, ya con los dolores del sexto parto, suplicó a Felipe que rogara por ella. Suspenso un poco el Santo le respondió: ***“Tú***

mujer esta vez te dará un varón, quiero que le pongas un nombre a mi gusto. Te contentas?”. Le respondió que si y Felipe le replicó: **“Le llamarás Pablo”**. Esto ya se lo había dicho muchas veces. Se fue Fabricio a casa y por el camino encontró un criado con la nueva del nacimiento de su hijo, a quién Fabricio puso el nombre que le ofreció Felipe. Muerta después Lavinia, y llegado el niño a la edad de catorce años en el año mil quinientos ochenta y tres, a dieciséis de Marzo, enfermó de calentura continua, que le duró setenta y cinco días, en el discurso de los cuales, le visitaba Felipe todos los días ya que le amaba tiernamente por haberle confesado desde la niñez. Él era tan bueno y llevaba con tanta paciencia un mal tan largo y penoso, que preguntándole Germano Fideli, si trocaría la enfermedad en que se hallaba con su salud respondió: no trato de trocarla con la salud de nadie y estoy contento con ella. Llegó el mozo a lo último de su vida y porque Felipe había mandado que se le llamase cuando estuviese para expirar, le enviaron a decir que fuese pronto, porque estaba acabando. No pudo el que fue darle el recado, porque lo halló en San Jerónimo, diciendo Misa y mientras expiró el joven. Su padre mismo le cerró los ojos. El Sacerdote que le había dado la Extremaunción y dicha la recomendación del alma, se fue y los de casa aparejaron el agua para lavarlo (que allá se usa) y la ropa para vestirlo. De allí en media hora, llegó el Santo, salió a recibirle Fabricio a la escalera y llorando le dijo: Pablo murió, Padre. Le respondió el Santo: **“Porqué no me llamaste?”**. Ya lo hice, pero Vuestra reverencia estaba diciendo Misa. Entró Felipe en el aposento del difunto, le echó los brazos sobre la cama, hizo oración durante un cuarto de hora, con sus acostumbrados temblores y palpitación, luego tomó un poco de agua bendita, echó parte sobre la cara del niño y parte dentro de la boca y soplándole el rostro, puesta sobre la frente su mano, le llamó dos veces con voz alta: **“Pablo, Pablo”**. El muchacho, como despertando del profundo letargo abrió los ojos y respondió: Padre. Y luego: yo me había olvidado un pecado y quisiera reconciliarme. Mandó Felipe que se apartaran todos y dándole un Crucifijo en las manos le reconcilió. Volvieron después todos y el Santo se puso a hablar con su madre y su hermana, ya difuntas. Duró la conversación media hora, respondiendo a todo el mozo con la voz clara y con el color en la cara, como si estuviera sano. Al final le preguntó Felipe, si moría de buena gana. Respondió que si. Le volvió a preguntar por segunda vez y respondió lo mismo, añadiendo que con mucho gusto se iría al Cielo a ver a su madre y hermana. El Santo Padre, entonces dándole la bendición le dijo: **“Vete con la bendición del Señor y ruega por mí”**. En aquél momento con el rostro alegre, sin movimiento alguno, volvió a morir en los brazos de Felipe. Estuvieron presentes en todo, Fabricio su padre, sus dos hijas, ambas monjas en Santa Marta, Violante Santa Cruz, su segunda mujer, la criada que le asistió en la enfermedad y otros.

Porque no es quizás menor milagro, hacer morir a un vivo con poder, que restituir la vida a un difunto, pues en ambos casos requieren la omnipotencia Divina, se verá que tuvo dominio sobre la muerte Felipe y como otro San Pedro, con solo su palabra separaba el alma del cuerpo. Y si bien podría ser bastante prueba de esto el suceso referido, pues el joven solo a las palabras de Felipe volvió a morir contento, con todo se mostrará más clara esta verdad en lo que referiremos. Una de las señoras principales de Roma, después de un mes de enfermedad en que Felipe la visitaba a menudo, llegó al extremo, la halló el Santo un día ya agonizando y al parecer muy trabajada de tentaciones. Después de haberla ayudado, un buen rato y confortándola en aquél lance, la despidió con resolución de volverse a su casa. Y a buena distancia de la casa de la enferma se paró, diciendo a los que le acompañaban: ***“Me siento forzado a volver a la enferma”***. Volvió y la halló en el mismo estado y llegándose a ella hizo que se retiraran algunas señoras que estaban presentes, le puso la mano sobre la cabeza y le dijo estas palabras: ***“Alma, yo te mando de parte de Dios, que salgas de este cuerpo”***. Expiró al punto. Dijo después a los que se hallaron presentes al suceso, que si tardara más en morir, estaba en peligro de consentir las tentaciones y que por esta razón había alcanzado de Dios la aceleración de su muerte.

CAPITULO XIII

Opinión de Santidad de Felipe.

Dotado de tantas virtudes y esclarecido con dones tan singulares, se hacía admirable Felipe a los ojos de los hombres y así le tenían todos por Santo y era venerado como tal hasta por los Sumos Pontífices.

Paulo IV, habiendo, como se ha dicho, experimentado su santidad, hizo tanta estimación de él, que no solo enviaba a encomendarle a sus oraciones sino además que le pesaba no poder asistir a los Ejercicios del Oratorio.

Pío IV le tuvo en tanta veneración, que además de las demostraciones que dio de ello mientras vivió, quiso que le asistiese en su muerte, como quien sabía cuanto socorro podían darle sus oraciones en aquél último momento al final de su vida y al principio de la eternidad.

Pío V, de cuyas heroicas virtudes además de ser tan notorias en el mundo se forman ahora procesos, cuando en las persecuciones arriba referidas, aprobó los Ejercicios del Oratorio, dijo que se alegraba sumamente de tener en Roma hombres que tuviesen siempre el Espíritu desvelado sobre las almas, como lo hacía Felipe. Correspondía con esto la

opinión grande que tenía Felipe de su Santidad, pues en fe de ello tenía uno de sus zapatos, como Reliquia de tan Santo Pontífice y cuando le llamaban para visitar enfermos, lo llevaba consigo. En particular visitó a una enferma y después de haber hecho oración, la tocó con el zapato la zona donde tenía el mal y luego mejoró.

Gregorio XIII, por la gran fama que tenía como prudente, le consultaba grandísimos asuntos para obtener consejo del Santo por el gran concepto que le tenía. Le mandaba sentar y cubrir cuando le daba audiencia y trataba con él como cordial amigo.

Sixto V, por la estimación que hacía de su persona, concedió con gran facilidad los cuerpos de San Papía y Mauro y muchos privilegios y gracias a la Congregación.

Gregorio XIV, no solo tomaba su parecer y consejo en asuntos importantes, haciéndole sentar y cubrir, pero le veneraba de tal manera que, la primera vez que Felipe fue a visitarle, después de haber sido elegido Sumo Pontífice, no permitió que le besase los pies, ante como yendo a encontrarse con él, le abrazó diciéndole: Padre mío, aunque soy mayor que vos en dignidad, vos sois mayor que yo en virtud.

Clemente VIII, casi en todos los sucesos se encomendaba a sus oraciones. Muchas veces estando enfermo, dijo a un familiar suyo: El Padre Felipe no ruega por Nos; aludiendo a que por eso no se curaba. Deseó que fuese su confesor, siendo Papa, como lo era antes, pero Felipe se excusó por la vejez y le dio a Cesar Baronio. Cuando el Santo padre iba a visitarle, que era muchas veces, solía el Papa abrazarle y hacerlo sentar a su lado cubierto. Cuando se despedían se hacían grandes halagos, pero de mayor ponderación es, que muchas veces el Papa, le besó la mano con grandísima ternura, como lo hizo Gregorio XIV. Antes de que Clemente VIII fuese Papa, no mostraba gusto por otro que de estar con Felipe. Le informaba cierta persona en una causa propia, siendo Auditor de Rota y diciéndole en el discurso, que se confesaba con Felipe, respondió: es verdaderamente Santo, algún día será canonizado.

La estimación en que le tenían los Cardenales se puede colegir de lo que escribieron sobre él y que depusieron en el proceso. Primeramente el Cardenal Valerio de Verona, aún viviendo Felipe, compuso un libro y lo tituló **“Philipus, sive de laetitia christiana”**.

El Cardenal Gabriel Paleoto, primer Arzobispo de Bolonia, que fue penitente del Santo Padre, en el libro que escribió de “Bono Senectutis”, propone a Felipe, aún vivo, por verdadero ejemplar de un viejo Santo y venerable, haciéndole un bellissimo elogio con estas palabras: no hay duda que de las historias antiguas, principalmente de las sagradas, se pudieran escoger fácilmente muchos viejos admirables en santidad y juntamente ricos en los dones de los que en su lugar tratamos en esta obra. Pero con todo esto, porque los que tenemos a los ojos, tocamos con las manos, se

imprimen en la memoria con más fuerza y la verdad con ellos se ilustra más y se confirma, hemos resuelto valernos de un hombre que aún vive, para poner a la vista de todos un retrato más expreso, honra de la vejez. Decimos de un hombre que aún vive y que se deja ver por todos fácilmente. En Roma vive en el teatro del mundo desde hace más de cincuenta años, donde ha empleado sus días con mucha alabanza, encaminando todo genero de gente por el camino de la virtud, animando y ayudando a todos en el servicio de Dios con admiración. Este es el Padre Felipe Neri Florentino, que llegado a la edad de ochenta años, en el discurso de tan largo tiempo, cual árbol dilatado, repartió varios frutos de sus virtudes al pueblo. Hizo también este cardenal estampar la imagen de Felipe, aún vivo, en el principio del Libro, sin bien cuando salió a la luz ya había muerto.

El cardenal Agustín Cusano, le veneraba de tal manera que, casi de continuo estaba en su aposento y hablando de su santidad dice así: No he conocido persona religiosa, ni seglar, de mayor estimación con los hombres, así particulares como príncipes, que Felipe, por la gran opinión de santidad que tenía, por el fruto que se experimentaba en el logro de tantas almas, que por su industria habían sido encaminadas a la salud. Yo he estimado siempre sus virtudes que se manifestaban más eminentes cuanto más procuraba encubrirlas.

El Cardenal Federico Borromeo, a quién junto con el Cardenal Cusano llamaban alma del Padre Felipe, manifiesta en gran concepto que tuvo de su santidad, con estas palabras: En todo el tiempo en el que comuniqué con el Venerable Padre, me pareció siempre tan eminente en virtud, tan lleno de dones divinos, que se podía cotejar con muchos de los que han admirado los escritores antiguos. Tuvo tanta noticia de las cosas espirituales e interiores, que se puede decir de él, que obró en sí y en los demás, según las diferentes ocasiones, cuanto en esta materia escribieron Casiano, Clímaco y Ricardo Santo Victore. Concluyo en suma que ningún hombre llenó mi corazón, de tal suerte que tal vez poniéndome a pensar, si había algo que desear en él de perfección, concluía admirado que nada. Este Cardenal, por el amor y por el gran concepto que le tenía, mandó hacer una imagen suya de cera y aún viviendo el Santo la guardaba con grandísima veneración.

El Cardenal Octavio Paravisino, habla de él así: Comencé a conocer por la gracia de Dios al Padre Felipe Neri, a la edad de seis años, desde este tiempo hasta los veintiocho, que me fue forzoso ir a España y después de regresar, toda su vida pude gozar continua y familiarmente de su conversación, observando con mucha particularidad todas sus acciones, movimientos y palabras. Siempre le tuve por hombre abrasado de la caridad de Dios. Poco después dice: Doy infinitas gracias al Señor, que por su benignidad me dio tal maestro, cuyas virtudes eran conocidas en todo el mundo y cuyas alabanzas duraran por todas las edades. Era este Cardenal tan devoto de Felipe, que parecía que no podía vivir sin él. Estaba a

menudo días y noches enteras en su compañía. Tenía gusto en particular de servirle en sus enfermedades, como lo hacía antes de ser Cardenal. Yendo a visitarles en sus últimas enfermedades, hizo salir Felipe a todos de su aposento y quedando solo con él le dijo: ***“Octavio, deseo hablar con vos, pero cuando haya menester la bacinilla para escupir, querría que me sirvieses como antes de tener el Capelo”***. El cardenal le respondió: esto Padre mío es un gran favor, Vuestra reverencia, me hace en ello sobrada merced. Dijo aquello el Santo, no porque lo dejase de estimar como era justo, sino por condescender con el deseo que reconocía en el cardenal de servirle. El mismo cardenal dice, hablando de esto: Que servía al Padre tan de buena gana, que a veces aún sintiendo frío, hambre y incomodidad en su persona, tenía gran gusto en hacerlo. Todas las veces que me acuerdo de los ratos que le he servido, recibo gran consuelo y me pesa de no haberlo hecho más veces.

El Cardenal Octavio Bandini, se gloria de haberle ayudado en Misa siendo niño y hablando de su santidad dice así: La opinión de su santidad fue tal que no solo era venerado por todos, pero los más, no querían hacer logro en el Espíritu, sino se entregaban a su enseñanza. Y así comúnmente se acudía al Beato Felipe, como a un Oráculo para tomar norma y preceptos de vida espiritual en cualquier genero de estados. Y poco después dice: Quien ha practicado con Felipe y ha visto el modo con que se ha tratado, la pura y santa vida que tantos años ha seguido, no puede duda que las gracias que Dios ha hecho por su intercesión en vida y por su invocación después de ella, son verdaderos e insignes milagros. Y por haber sido muchos y grandes, lo he tenido siempre por gran Siervo de Dios, y ahora por digno de ser venerado como Santo por la inocencia de su vida, por los milagros y por la voz común de todo el pueblo. Se gloria también este Príncipe de haber recibido siendo muchacho un bofetón de su mano, que le dio burlando para que le quedase más impreso en la memoria un documento que le enseñaba.

El Cardenal Francisco Maria Tarugui en una carta que escribe siendo Arzobispo de Aviñón, y viviendo aún el Santo, dice estas palabras: Quería ser uno de los que tenían el primer lugar en la estrecha capilla donde dice Misa el Santo Padre, y aunque ausente por tanta distancia del país, me hallo presente por la Divina Misericordia así como por la fe y por el amor que tengo a mi caro Padre, como porque creo tener particular puesto y no el último en su mente, cuando la levanta a la Contemplación de Dios.

Santa Catalina de Siena, se había hecho una celda en el corazón, donde entre la mayor frecuencia de gente estaba solitaria con Jesucristo. Yo quisiera hacerme una en lo más íntimo del corazón del Padre, porque juzgo que hallaría a Jesús, con todos los pasos de la admirable vida que hizo durante los treinta y tres años, que conversó con los hombres en la tierra. Y cuando el Padre siente aquellos júbilos, con los saltos que da por el superabundante amor de su corazón, saltaría también yo. Añade al fin:

Gozad señores de esta dicha mientras Dios os la concede, que pudiéndola gozar yo largo tiempo y no habiéndome sabido aprovechar, por justo juicio de Dios y por mis pecados, la he perdido.

El Cardenal Jerónimo Panfilio, que le comunicó largo tiempo, también lo engrandece, diciendo: Con grandísima caridad recibía a todos, socorría, consolaba de tal manera que ninguno se despedía de él, sin quedar muy satisfecho de que era hombre de gran santidad. Yo en particular le he venerado siempre y lo he tenido por Santo, dotado de todas las virtudes que se puedan desear en un verdadero Siervo de Dios. Cada día le he descubierto mayor en todas sus acciones, hasta su muerte.

El Cardenal Ludovico Mandruchi, le tenía en tan buen concepto, que no solo iba muchas veces a su aposento para hablarle, sino que gustaba sobremanera del Instituto del Oratorio, al que frecuentemente acudía para escuchar las Pláticas a San Jerónimo.

El Cardenal Fray Miguel Bonelli Alejandrino, Nepote de San Pío V, sabiendo cuan gran concepto le tenía su Tío, le amó tiernamente, siempre lo veneró como persona de gran Espíritu y santidad. Iba a menudo a verle y quería que a menudo fuese Felipe a visitarle.

El Cardenal Alejandro de Médicis, Arzobispo de Florencia, que fue después León XI, cada semana, como hemos dicho en otra parte, iba a verle por lo menos una vez y se estaba todo el día en su aposento, con extraordinaria familiaridad, pareciéndole un paraíso su compañía.

El Cardenal Pedro Antonio Chesi, honró singularmente al Santo y benefició mucho a su Congregación.

El Cardenal Guillermo Sirleto, le amaba y le estimaba de tal manera que, no se podía saciarse de hablar de su santidad. Lo mismo hacía el Cardenal Antonio Garrafa y Julio Antonio Santorio, Cardenal de la Santa Severina, que fue uno de sus penitentes, le tuvo siempre por singularísimo varón.

Además de estos le tuvieron en concepto de Santo los Cardenales:

- Alejandro Farnesio
- Ranucio Farnesio, Cardenal San Ángelo
- Jerónimo Leandro, Cardenal Ceneda
- Oron Trucles, Cardenal de Augusta
- Marco Antonio, Cardenal Colona
- Alfonso, Cardenal Iesualdo
- Juan Francisco, Cardenal Gambará
- Jacobo, Cardenal Savelli
- Guido Ferreiro, Cardenal Vercelli
- Antonio Maria, Cardenal Salviati
- Ascanio, Cardenal Colona
- Vicente Lauro, Cardenal Mondovi
- Henrico, Cardenal Gaetano

- Jerónimo, Cardenal de la Rovere
- Escipión, Cardenal Gonzaga
- Juan Francisco, Cardenal Morosito.

Todos los cuales tenían relación estrecha y amistad con Felipe.

Era además de esto, estimado por el Santo y sobremanera querido por religiosos, en particular los Dominicos, a cuya religión, como se ha dicho, envió muchísimos. Por esta causa, cuando iba con los suyos a la Minerva, o a San Silvestre de Monte caballo o a Santa Maria de los Ángeles, o a otras Iglesias de Religiosos, salían a recibirle, le besaban la mano pidiéndole la bendición, como si vieran un ángel.

No solamente le veneraban como Santo los Religiosos ordinarios, sino los primeros sujetos de las Religiones. El Padre Francisquini, Claustal de San Francisco, hombre de Santa vida y predicador famoso, no solo iba a consultarle sus cosas, sino que oía con gran atención las Pláticas del Oratorio y muchas veces quiso hacerlas. También le tuvo en veneración Fray Evangelista Marcelino, de la Orden de la Observancia de San Francisco, famosísimo predicador y hombre que murió en el Convento de Ara coeli, en opinión de gran santidad. Fray Francisco Panigarola, de la misma Orden, Obispo de Asti y Predicador insigne, muy estimado del Beato Padre, tenía tan gran concepto de su santidad, que llamaba a Felipe según dijo a muchos: Reliquia animada. El Padre Alfonso Lobo, Capuchino, le reverenciaba con todo obsequio, dependía de sus palabras y se le humillaba hasta el suelo. El Padre Maestro, Fray Paulino de Luca, Dominico, hombre raro en su Religión, por su doctrina y por su integridad de vida, estaba tan sujeto al parecer de Felipe y lo tenía por ilustrado en las cosas de Dios, que no queriendo por humildad aceptar un oficio principal en su religión, aunque se lo rogaron muchos, luego que Felipe le dijo, que le admitiese, le obedeció sin ninguna reticencia. Finalmente muchísimos otros religiosos en letras y en Espíritu eminentes que por brevedad se dejan, veneraban a Felipe por sus milagros y por sus virtudes como Santo. Cuan reverenciado era y estimado de sus hijos espirituales y en que concepto era tenido por ellos y además de lo que hemos dicho en otra parte, se colige claramente de que, aún viviendo, guardaban sus cosas como reliquias. Cuando se quitaba el cabello, lo cogían a escondidas y le tenían en mucha veneración; y advertido de ello el Santo mandó echar los cabellos por la ventana y bajaban a recogerlos. Algunos guardaron su sangre y se conservó en una garrafilla, parte de la que con tanta abundancia, como hemos referido, derramó en sus últimas enfermedades. No faltaron otros, que excediendo los límites de la estimación de su santidad, tomaron por devoción decir todos los días, aún cuando vivía, unos tres otros sesenta y tres veces cada día: ***“Sancte Philippe, ora pro me”***. Algunos tenían su retrato en su aposento y cada mañana se le arrodillaban al salir de casa. Muchos no dejaban de ir cada día a por su bendición y algunos le besaban

los pies, otros estaban con tanto gusto que aún siendo jóvenes y tal vez convidados de sus camaradas a recreaciones, no gustaban de ir y temían mucho que no se lo mandase el Santo; juzgando, que la mayor recreación era su compañía. Muchas veces le suplicaron, por no quedar privados de su conversación, que rogase a Dios que muriesen ellos primero.

Confiados sobremanera en sus oraciones, decían unos que esperaba de la bondad de Dios que le iba a conceder, sin duda cuanto pidiesen por medio de Felipe, siendo gloria suya. Otros decían, si miro mi vida me doy por condenado, por las oraciones del Padre espero salvarme. Le tenían algunos por tan infaliblemente Santo, que decían que no les causará admiración si les dicen que ha resucitado algún muerto ni que los resucite en nuestra presencia. Yo mismo puedo dar fe de haber oído decir a muchos, que ni la Beatificación ni la Canonización, habían aumentado en ellos la opinión de santidad, pareciéndoles que pueden decir: Manus nostra contrectaverum. Nuestras manos han tocado lo que la Santa Iglesia y el Sumo Pontífice han declarado.

Parecen increíbles los títulos y alabanzas que le daban: unos le llamaban ángel, otros profeta, otros Moisés. Le honraban con diferentes nombres, como cosa del Cielo. Queriendo ir a Roma un amigo de cierto Padre Capuchino, que había sido hijo espiritual del Santo, le exhortó que se entregase a sus manos y cuidado diciéndole: Es un Apóstol, un San pedro, un San Pablo. Le pareció al amigo sobrada exageración esta, pero llegado a Roma, comunicando al Santo, echó de ver que hablaba con fundamento el Religioso.

Un Padre Dominico llamado Francisco Cardón, hombre que habló con el Santo durante cuarenta años, admirado por la conversación de Felipe, decía de este encomio: Philipus in humilitate magnus, in castitate Ángelus, et in paupertate dives. “Felipe en la humildad grande, men la castidad Ángel y rico en la pobreza”.

Muchos tenían por cierto que había llegado el colmo de todas las virtudes y que era Señor de sus pasiones sin repugnancia alguna. Mostrava dominio sobre los primeros movimientos. Caballeros nobilísimos, hijos espirituales suyos, tenían por dicha hacerle la cama, barrerle el aposento y limpiarle los zapatos, hacían alarde de servirle en sus enfermedades. Era para ellos sus razones, oráculo. En el proceso no hay testigo que no le llamase Santo y comúnmente sentían los suyos que debía ser canonizado. Muchos testifican que cuando le miraban, parecía ver a un Santo, porque su rostro reflejaba santidad.

El Abad Marco Antonio Massa, por la estimación grande que hacía de sus prendas, parece que no acertaba a hablar de él sin encarecimientos y tratando de su santidad dice así: Yo sé bien que soy el más vil pecador del mundo, desde que conocí al Padre domésticamente le veneraré siempre por Santo, cuando me reconciliaba le sentía espirar santidad, sobre todo al

darme la absolución, causándome durante la Misa particular devoción, cosa que no me sucedía si me reconciliaba con otros. En suma, Cardenales, Obispos, Prelados de todo género que le hubiesen tratado, le veneran extraordinariamente y casi todos le besaban la mano con devoción grande.

Finalmente fue tenido por Santo de los Santos mismos. San Carlos, cuando venía a Misa a Roma, solía citarse con él durante cuatro o cinco horas. De Milán le escribía a menudo, pidiéndole su consejo en diferentes materias. Algunas veces le vieron arrodillarse delante y besarle la mano con abundancia de lágrimas. Le blasonaba Santo a todos los suyos y se encomendaba muy de veras a sus oraciones. Un día saliendo de los aposentos de Felipe, dijo a algunos: Es este un hombre de gran santidad y sinceridad admirable. Gustaba tanto de estar con él y se gozaba tanto con los Ejercicios que había instituido que quiso estar todo un día de San Francisco en la Iglesia Nueva, donde después de haber celebrado, comulgó infinito número de personas, comenzó al alba y terminó pasado el medio día. El Doctor Martín Navarro, hombre bien conocido, dejó de decir Misa ese día para comulgar de su mano. Después quiso informarse del Instituto de la Congregación y ver la fábrica de la Iglesia. Asistió a las Pláticas de la tarde, en el Oratorio de la Noche, cenó y durmió en la Congregación y por la mañana al despedirse, muy edificado, dijo a los de Ella: Bienaventurados vosotros que tenéis un hombre que os ha dado tan Santos Institutos. Hizo predicar a Felipe en San Ambrosio del Curso y le escuchó con grandísima atención, Felipe oyó muchas veces a San Carlos, como lo manifiesta una pintura de aquella Iglesia. Muchas veces rezaron el Oficio Divino juntos.

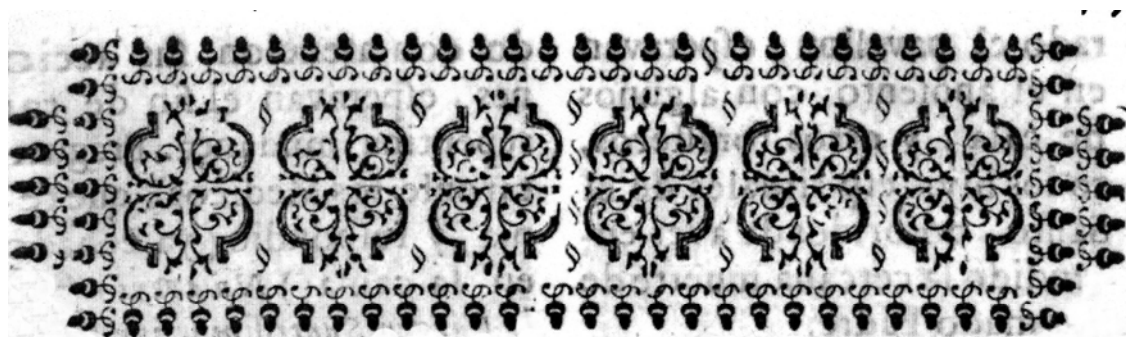
El Beato Fray Félix, Capuchino, además de los que hemos dicho en otra parte, le veneraba de tal manera, que se iba a pedirle la bendición arrodillado. Viéndole un día de lejos en Monte caballo, se puso a correr, se le echó a los pies y le besó las manos. Felipe le abrazó estrechamente y habiendo estado ambos abrazados gran rato sin hablar palabra, se separaron, como San Luis Rey de Francia y Fray Egidio, compañero de San Francisco, que encontrándose se saludaron y se despidieron, entendiéndose entre ambos sin hablarse. Otro día fue el mismo Fray Félix a verle a San Jerónimo de la caridad y le pidió como acostumbraba la bendición de rodillas. Felipe no se la quiso dar y se arrodilló también pidiéndosela a él y estuvieron arrodillados y abrazados buen rato en santa contienda. Ordinariamente el Beato Félix como Fray Raniera, su compañero, hombre también de gran bondad, se arrodillaban delante del Santo Padre y le pedían la bendición y tenían tanto gusto de estar con él que parecía que no se podían ir de su presencia.

La Sierva de Dios Sor Caterina del Prado, le escribía como a Santo y como tal se encomendaba a sus oraciones.

Sor Úrsula de Nápoles dice de Felipe estas palabras, de donde se infiere la veneración que le tenía: Por orden del Papa Gregorio XIII, fui remitida al

Beato Felipe y aunque yo no me entienda de Espíritu, digo que conocí en aquél Padre gran Amor de Dios, vi su pecho abrasado en fuego de Amor Divino. Cuando me hablaba, parece que temblaba todo, con gran deseo de tirar almas al Señor. Tomó gran trabajo en experimentar mi Espíritu y habiéndome dicho muchas injurias para probarme me arrodillé diciéndole, que con verdad me conocía y le besé los pies. Él me dijo entonces: volved vos a decirme ahora otro tanto, haciendo muchas instancias para que lo hiciese, con lo que conocí su gran humildad. Cuando sucedía mi acostumbrado éxtasis, que lo tengo por Cruz, delante de él, no oía palabra a las voces de los demás y cuando el Beato Felipe me llamaba con el Santísimo nombre de Jesús, aquella bendita voz me penetraba el corazón, haciéndome volver del éxtasis, cosa que no acostumbraba. Conocí en él la Virtud de Dios. Habiendo comulgado de su mano, me sucedió el éxtasis en San Jerónimo acabada la Misa, me mandó que caminase con él por la Iglesia y aunque estaba fuera de mí, lo hice.

Francisca del Serrone, de San Severino, cuya vida ha sido recogida de los Procesos, por uno de los Padres de la Congregación, habiendo venido a Roma por el Jubileo del Año Santo de mil quinientos setenta y cinco, habló muchas veces, largamente, con el Santo y solía decir de él, que le había nacido Jesús en su corazón y que tenía el Espíritu de Santa Catalina de Siena. Le estimó tanto, que no solo observó sus documentos, teniéndolos por preciosas joyas, sino que guardó por Reliquia una cosa que llevaba ella desde hacía tiempo, desde que la confesaba el Santo, solamente por haber sido tocada por su mano cuando la absolvía. En suma era tan común la opinión de Santidad de Felipe, que la gente concurría a él no solo de Italia, sino de Francia, España, Alemania y de toda la Cristiandad, hasta los Hebreos y otros infieles que le trataron lo veneraron.



LIBRO QVARTO

DE LA VIDA DEL GLORIOSO

PATRIARCA SAN FELIPE

N E R I.

REFIERENSE SVS ENFERME-
dades, y muerte.

CAPITULO I

Enfermedades de Felipe y Aparición de Nuestra Señora

Cargado de años y colmado de merecimientos, ya cercano a la muerte, un año antes de ella, enfermó en el mes de Abril de “tercianas dobles”, que le duraron muchos días. No del todo libre de ellas, sobrevinieron en el de Mayo tan excesivos dolores de riñones, que en pocos días le libraron del pulso. No podía comer y hablaba tan embarrancado, que apenas se le entendía, pero siempre con grandísima tranquilidad, sin quejarse, sin hacer movimientos descompensados, solo le oían con voz baja decir estas palabras: **“Adange dolorem, sed adange purientiam”**. Reducido a este término, cerca de las cinco de la mañana, llegaron los médicos Ángelo Bañarea y Rodolfo Silvestri, quienes reconociéndole en el momento el pulso, juzgaron que duraría poco y cerrado el pabellón, esperaban en el aposento con algunos de su casa y otros forasteros, todos hijos espirituales de él, doloridos de haber entendido la cercana muerte de su amado Felipe.

Mientras todos estaban en silencio, comenzó de repente Felipe a dar estas voces: **“A Señora mía Santísima, Señora mía, hermosa, Señora mía bendita”**, con tanto afecto de corazón, con tanta vehemencia de espíritu, que hacía menear toda la cama. A las voces, abrió uno de los médicos el pabellón y los demás que estaban en el aposento se fueron hasta la cama y todos vieron al Santo Padre, que elevado en el aire y levantadas las manos hacia el cielo, abría y cerraba los brazos, mostrando abrazar con mucho afecto a alguna persona, añadiendo a las referidas voces: **“Yo no soy digno, yo no soy digno, quién soy yo, Señora mía, querida, para venir a visitarme?”**. Admirados todos los asistentes, unos lloraban enternecidos, otros sentían grandísimo terror, aunque no veían a nadie y otros mirando con atención sus acciones, esperaban el fin de tan repentina mudanza. Le preguntaron los médicos que tenía y respondió, ya echado en la cama: **“No habéis visto a la Virgen Santísima, que ha venido a quitarme los dolores?”**. Dichas estas palabras, como volviendo en sí, miró a todos y viendo tanta gente, se cubrió el rostro con la sábana, deshecho en llanto. Estuvo llorando un buen rato, pero temiendo los médicos, no le causase notable daño el esta mucho tiempo haciéndolo, se llegaron a la calma y les dijo claramente: **“No os he menester a vosotros Nuestra Señora ha venido y me ha curado”**. Le tomaron el pulso y le hallaron sin fiebre y a la mañana siguiente se levantó bueno del todo. Ángelo de Bañarea escribió

todo el suceso y aunque rogó el Santo con mucha instancia a todos que lo callasen, lo refirieron luego a muchos. Llegó la nueva a los Cardenales Cusano y Borromeo y al punto fueron a darle la enhorabuena de la salud y de la visita de la Virgen, que habían entendido. Le hicieron gran instancia para que la refiriese, lo rehusó mucho, pero después vencido por sus ruegos, por no desconsolarlos, porque los amaba tiernamente, les contó la visión puntualmente como había sucedido. El Cardenal Borromeo, que sabía que al Papa Clemente VIII, le encantaría escuchar estas noticias ya que siempre esperaba tenerlas de Felipe, escribió un papel comunicándoselo. El Santo no hizo otra cosa aquella tarde, que encomendar con tiernísimo afecto y con grandísimo fervor la devoción de la Virgen, diciendo a cuantos entraban en su aposento: ***“Sabed, creedme hijos, yo se que no hay medio más poderoso para alcanzar la gracia de Dios, que la Virgen Santísima”***. Les exhortaba a que dijese muy a menudo aquellas palabras de las que hicimos mención en otra parte: ***“Virgen Maria, Madre de Dios, rogad a Jesús por mí”***.

El año de mil quinientos noventa y cinco, enfermó otra vez el último día de Marzo, de frío y fiebre, con tan excesivo temblor, que visitándole el Cardenal de Verona, ni pudo hablarle ni responderle palabra. Le duró esta enfermedad todo el mes de Abril, pero el primero de mayo, suplicando a Nuestro Señor le hiciese merced de que pudiese decir Misa en hora de los gloriosos Apóstoles San Felipe y Santiago, particulares abogados suyos, le concedió el Señor su petición y dio la Comunión a algunos de sus hijos espirituales, con tanta expedición que se conoció bien que había sido su recuperación milagrosa, pero por obedecer a los médicos que le aconsejaron que la asegurase, estuvo tres días después sin decirla, si bien Comulgó todos ellos, y luego la dijo hasta el doce de Mayo.

Este día que es de los gloriosos mártires, Nero, Achileo y Flavia Domitilla, Abogados de la Congregación, le sobrevino de repente un vómito tan grande que lo dejó sin pulso y sin esperanza de vida. Cesar Baronio, superior de la Congregación entonces, viendo que no podía darle la Comunión porque se esperaba su muerte a cada instante, le oleó en presencia del Cardenal Federico Borromeo. Recibido este Sacramento se recuperó algo y el cardenal quiso Comulgar de su mano. Apenas entró Borromeo con el Sacramento, al punto, con los ojos abiertos, ya que los tenía cerrados como si fuera un difunto, dijo en voz alta: ***“Este es el Amor mío, e aquí a mi bien, dadme aprisa a mi Amor”***, con tanto afecto que obligó a llorar a todos los presentes. Cuando el cardenal llegó a decir: Domine non sum dignus, lo repitió con tanta devoción, con tanta voz crecida, que mostraba no haber tenido enfermedad alguna, añadiendo deshecho en lágrimas: ***“Señor mío, no soy digno, no soy digno, jamás lo he sido, ni he hecho cosa buena”***. Prosiguió durante un rato diciendo diferentes razones afectuosas, en particular cuando llegó a recibir el

Sacramento, dijo fervorosamente: ***“Veni, veni oh Señor”, y comulgó diciendo: “Ahora he recibido al verdadero médico de mí alma, vanitas vanitatum et sum a vanitas; quien quiere otro que Cristo, no sabe lo que busca”***. Estuvo de esta manera el resto del día tranquilo y consolado y durante la noche le volvió el accidente que le obligó a derramar gran cantidad de sangre, tres o cuatro veces, con extraños dolores, de que nada turbado, dijo levantando los ojos al cielo: ***“Sea Dios alabado, que puedo en alguna manera recompensar sangre por sangre”***. Y vuelto con el rostro alegre a uno de los suyos que le miraba atónito, le dijo: ***“Tú tienes miedo, no es verdad? Pues yo no lo tengo”***. Y realmente era sí, porque le sucedía lo que, como hemos dicho en otra parte, deseaba tanto. A este accidente se le unió una tos cruel, con ansias tan mortales que él mismo dijo muchas veces, si bien con aspecto alegre, que se sentía morir. No le aprovechaba remedio ninguno de los que le aplicaban, pero por la mañana cuando fueron los médicos a visitarle les dijo: ***“ Id con Dios, que mis remedios son más eficaces que los vuestros. Esta mañana envié a decir Misas para rogar por mí y desde entonces no echo sangre, me siento descargado, me han dejado las congojas y estoy tanto mejor que me juzgo del todo bueno”***. Hallaron los médicos la verdad en el pulso y quedaron admirados y lo tuvieron por milagro. Desde este día hasta el veintiseis de mayo, estuvo siempre con salud, sin achaque alguno. Rezó el Oficio y dijo todos los días Misa, confesó y administró la Comunión con lo que se persuadieron todos de que había de vivir por lo menos otro año.

CAPITULO II

Felipe Profetiza su Muerte.

Mucho tiempo antes, había profetizado Felipe su muerte, señalando el día, la hora y el modo de ella así como el lugar de su sepultura.

Primeramente la predijo asegurando en sus enfermedades, que no moriría por ellas, porque la bondad de Dios le iba descubriendo de uno en otro, todo lo que había resuelto de su persona. Y así habiéndole puesto en el extremo de su vida, en el año de mil quinientos setenta y dos, un dolor excesivo en el brazo, al que se le añadió fiebre, desconsolado por su salud Hipólito Salviati, Esteban Cernio, Bartolomé Eustaquio, principales médicos de Roma y tratando los que le asistían de darle los Sacramentos, llamó a Francisco Maria Tarugui, le dijo: ***“Yo no quiero dejar de prepararme para la muerte, pero sabe que de ninguna manera moriré de esta enfermedad, porque Dios que por su misericordia me ha hecho***

tantas siempre, no me dejará tan exhausto de devoción como estoy si esta fuera la hora de mi muerte". Solía decir en sus enfermedades, que Dios no le dejaría morir sin hacérselo saber antes y darle Espíritu extraordinario. Y así recibido el Viático y la Extremaunción, le dejó al punto la fiebre y posteriormente los dolores y levantándose de la cama sin otra convalecencia, como acostumbraba, volvió a sus ordinarios Ejercicios.

En el año de mil quinientos noventa y dos, cerca del veinte de Noviembre, tuvo una enfermedad gravísima por la que todos le juzgaban muerto. Una tarde después de haberle visitado el Doctor Jerónimo Cordella, dijo a los de la Congregación: El Padre está muy cerca del fin. Pero por la mañana volviendo para ver si estaba aún vivo, lo llamó Felipe y le dijo: ***"Sábeta, Cordella mío, que no moriré esta vez, como tú piensas"***. Al día siguiente atendió a sus acostumbrados Ejercicios.

En la misma enfermedad, por haber sido larguísima y tan grave, le pidieron los suyos licencia para confesarse con otro el día de Navidad, que estaba ya muy cerca, se lo negó diciendo: ***"Tened un poco de paciencia, que yo mismo os confesaré"***, y así lo hizo.

El último día de Marzo del mismo año en el que murió, mandó escribir al Padre Flaminio Ricci Firmano, que se volviese de Nápoles a Roma muy deprisa, porque deseaba verle antes de morir (era este Padre muy querido de Felipe, fue el tercer Prepósito de la Congregación). Respondió Flaminio, que volvería de muy buena gana si justos impedimentos no le detuvieran hasta Septiembre. Dio orden de que se le volviese a escribir, que viniese en todo caso entonces. No le dejaron partir tan deprisa algunas personas principales y grandes en particular el Arzobispo de aquella ciudad y le hizo escribir de nuevo dos cartas, diciéndole que volviese, pero cuando se le escribió la segunda dijo que no llegaría a tiempo y así sucedió.

Doce días antes de su muerte dijo a Nero de Nero, que le daba el parabién de la salud: ***"Nero mío, yo he curado, ahora no me siento con achaque alguno, pero sabe que no he de tardar muchos días en morir, mi muerte será entre pensar y no pensar"***. Y así sucedió realmente. Sabiendo que su muerte había de ser casi repentina, iba diciendo a todos: ***"Hijos, es necesario morir"***, y lo repetía tantas veces que casi cansados algunos de oírle dijeron: Padre ya sabemos que se ha de morir. ***"Basta, replicó Felipe, yo os digo que es necesario morir y vosotros no lo creéis"***.

En los mismos días le sobrevino el accidente de los vómitos de sangre (de los que hicimos arriba mención) y diciéndole al Abad marco Antonio Massa: No dudéis Padre, que Dios os alargará la vida, para provecho de las almas. Felipe le respondió: ***"Si tú ánimo llega a hacerme pasar de este año, te quiero dar una joya"***.

Había ofrecido el Padre Francisco Zazzara, siendo joven decirle antes que muriese lo que había de hacer después de su muerte. Francisco le pedía muchas veces le cumpliese la palabra, pero siempre le respondía: ***"No***

tengas pena, que cada día ruego por ti en la Misa y te diré lo que me ha de revelar el Señor. No temas que yo muera sin decirte lo que de ti quiero, tú confía en mí, y por ningún caso quiero que te halles burlado". En tantas enfermedades, nunca le dijo palabra y nueve días antes de su muerte, sin bien sin riesgo de ella al parecer, le llamó de improviso y le dijo lo que le tenía ofrecido, con lo que Francisco al punto se puso a llorar juzgando cercana la muerte del Santo Padre.

Diez días antes de que muriese, preguntó a Juan Bautista Guerra, familiar de la Congregación: A cuantos estamos?, le respondió ***"Quince, dijo el Santo, y diez y veinticinco y después nos iremos"***.

Poco antes de su muerte, dijo muchas veces al Padre Germánico: ***"Tú has tenido trabajo por mí, pero de aquí en adelante no lo tendrás"***. Y una tarde apretándole la mano le repitió otras veces: ***"O Germánico, que has de ver dentro de pocos días"***. Germánico quedó atemorizado, temiendo algún mal en la Cristiandad, pero cuando sucedió la muerte de Felipe, entendió lo que quiso significar con aquellas palabras.

El dieciocho de Mayo le pidió el mismo Germánico la bendición para ir a Carboñano, a una jornada de Roma, donde la Congregación posee algunos bienes y le dijo el Padre, yo no voy de buena gana, si Vuestra Reverencia, no me ofrece que lo he de hallar vivo cuando vuelva. Felipe le preguntó, cuanto había de detenerse. Le respondió que como mucho estaría en Roma la Víspera del Corpus. Estuvo el santo algo suspenso y luego le dijo: ***"Ve y vuelve el día que dijiste"***. La noche antes de la Víspera del Corpus, soñó Germánico que estaba en el aposento del Santo ya enfermo y que le decía: ***"Germánico, yo me muero"***. Recordó el sueño y temeroso de la verdad de él, resolvió partirse aunque le hizo gran violencia el pueblo, para que se detuviese hasta el día del Corpus. Partió aquella mañana muy temprano, llegó a Roma, fue luego a ver al Santo, le besó la mano y le halló con muy buena salud, Felipe le dijo: ***"Bien has hecho en venir y hubieras herrado si tardaras"***. A la noche siguiente murió.

La Víspera del Corpus, llamó a su aposento al Padre Pedro Consolino, y haciéndole poner la mano sobre el pecho y tocar las costillas levantadas y rotas, casi despidiéndose le dijo: ***"Mira, que me digas la Misa"***. Le respondió, ya la he dicho, que cuando no tengo particular ocupación, casi siempre la digo por Vuestra reverencia, si bien no sé que por ahora haya necesidad, pues tiene salud. ***"La Misa, replicó, que pido, no es de las que sueles decir por mí, sino la de difuntos"***. Esto dijo la víspera del Corpus y la noche siguiente a la fiesta del sacramento, como diremos, murió.

Este mismo día estando ya en el tránsito, sin esperanza de vida, una mujer de cerca de ochenta años, se despidió de ella el rector de la Parroquia, diciendo que la quería encomendar a las oraciones del Padre Felipe. Se fue a buscarle y le rogó que hiciese oración por Bernardina, que así se llamaba la mujer, porque estaba acabando. Felipe, poniéndose en

oración, le respondió: ***“Ella curará, yo moriré”***. En el mismo punto comenzó a mejorar la mujer y el Santo murió a la noche siguiente.

Predijo también el lugar de su sepultura, porque poco antes de su muerte, dijo al Padre Francisco Bozio: ***“Quiero venir a ser tu vecino”***. Y le respondió que no era a propósito del aposento para su Reverencia. Replicó: ***“Ha de ser en todas maneras”***. Sucedió el caso, porque su cuerpo fue depositado, como diremos en su lugar, en una capilla sobre los arcos de la Iglesia frente al órgano de la parte de la Epístola, junto al aposento del Padre Francisco Bozio.

Juan Bautista Guerra, asistente a la fábrica de la Iglesia, le dijo un día que había acabado la sepultura para los Padres y familiares de la Congregación. Le preguntó: ***“Hiciste un lugar para mí?”***. Si padre, respondió, debajo del Altar Mayor, junto a la Epístola: ***“No me dejarás tú allí?”***, dijo Felipe. Si Padre, replicó Guerra, os dejaremos, porque se ha hecho para Vuestra Reverencia. Entonces el Santo dijo: ***“sabe que me pondrás, pero no me dejarás en ese lugar”***. Calló Juan Bautista entonces y al efecto mostró cuan de veras había dicho el santo aquellas palabras, porque el mismo Guerra lo hizo poner en el puesto que había prevenido, y por orden de los Cardenales de Florencia y Borromeo le sacó al día siguiente y le depositó en la Capilla que hemos dicho.

CAPITULO III

El Veintiseis de mayo del año Mil quinientos noventa y cinco, muere Felipe con mucha quietud la noche después del Corpus.

El solemne día del Santísimo Sacramento, que fue aquél año el día veinticinco de Mayo, mando Felipe que dejasen entrar a todos los que quisiesen confesarse y muy de mañana comenzó a confesar, como si estuviese bueno. Rogaba a muchos que rezasen un Rosario por él después de su muerte. Daba a todos diversos documentos espirituales, en particular que frecuentasen los sacramentos, que oyesen los sermones y leyesen las vidas de los Santos, los atacaba con mucha ternura y les hacía extraordinarios agasajos. Acabadas las confesiones, rezó la Horas Canónicas con singular devoción, celebró la Misa dos horas antes de lo que solía en una Capilla desde donde se divisa el Monte de San Onofre. Encomendándola, fijó los ojos en él, tan absorto, como si tuviera alguna gran visión y cantó el Gloria, cosa que no acostumbraba, con grandísimo alborozo del espíritu, en la Misa dio la comunión a algunos y dio gracias. Luego le trajeron un caldo para que no se desmayase y dijo: ***“Estos***

piensan que yo estoy bueno y no es así". Volvió de nuevo a confesar, recibiendo a todos con grandísima afabilidad y haciéndoles más fiestas de las que solía. Llegaron después los Cardenales Agustín Cusano y Federico Borromeo, que volvían de la Procesión del Santísimo Sacramento y en conversación espiritual, paso el tiempo con ellos desde entonces hasta la hora de comer.

Partidos ellos, tomó su acostumbrado alimento y reposó un rato, rezó después con más que la ordinaria devoción Vísperas y Completas. El resto del día lo empleó en recibir a los que venían a verle, mostrándoles al despedirse, que sería aquella la última vez que los vería: parte en oír vidas de santos, particularmente la de San Bernardino de Siena que sin esta se la hizo leer otra vez a la hora de su muerte. Dadas las seis de la tarde, volvió el Cardenal Cusano con Jerónimo Panfilio, entonces Auditor de la Rota, poco después llegó Espinelo Banqui, primer Obispo de Monte Pulciano y con ellos rezó los Maitines del día siguiente, habiendo de ir a acabar de rezar el Oficio con los Ángeles. Acabados Maitines, se volvieron a su aposento, donde llegó el Doctor Ángelo de Bañarea y tocándole el pulso dijo: Padre esta mejor que en toda su vida, de diez años a esta parte no le he hallado con tan buena disposición. Reconcilió al cardenal Cusano y al despedirse le acompañó hasta la escalera, que no solía, mirándole fijo al rostro, le apretó estrechamente las manos y como queriéndole decir, no nos veremos más. En el resto del tiempo que le sobró hasta cenar, confesó a muchos.

Cenó, como acostumbraba solo, luego reconcilió a los que por la mañana habían de decir las primeras Misas. Fueron muchos después de cenar, como solían, por su bendición y se la dio hablándoles con extremada dulzura. A tres horas de la noche, que serían la once, hechos sus acostumbrados Ejercicios espirituales, se puso en la cama sin la menor señal de enfermedad, pero como sabía bien que había llegado su hora, repitiendo con gran sentimiento las palabras que tantas veces había dicho en días pasados: ***“Finalmente es necesario morir”***, preguntó que hora era. Le respondieron que las tres de la mañana dadas, les respondió como hablando entre sí: ***“tres y tres seis, después nos iremos”***. Y despidió a todos, queriendo tratar lo poco de la vida que tenía con su Señor que con tan ardentísimo deseo le esperaba. A las cinco horas de la noche, serían las una de la mañana, se levantó a pasearse por el aposento, le oyó Antonio Gallonio, que tenía su habitación debajo, subió y le halló en la cama, con un poco de destilación en la garganta. Le preguntó como estaba y le respondió ***“Me voy muriendo”***. Gallonio entonces envió enseguida a por los médicos y vuelto al aposento con algunos de casa, lo halló sentado sobre la cama. Le dieron muchos remedios, pensando que sería el accidente de la sangre de los días pasados y dentro de un cuarto de hora cesó la destilación, con lo que le juzgaron restituido a la salud, pero como conocía

su fin les dijo, que no se cansasen en darle más remedios. Llamaron entonces a los Padres de la Congregación y en hecho de verdad, para que esperó para morir que no faltase ninguno. Llegaron todos y arrodillados alrededor de la cama lloraban al difunto, si bien vivo, su amado Padre.

Dijo la recomendación del alma Cesar Baronio, superior entonces, y viéndole acabar le dijo con alta voz: Padre, vos os vais, sin decirnos palabra, dadnos por lo menos vuestra bendición. A cuyas voces, vueltos al cielo los ojos, levantando algo la mano y bajándola después de un buen rato, como que les había alcanzado la bendición de Dios, sin otro movimiento, no de otra suerte que si se durmiera, espiró.

CAPITULO IV

Luego que muere se aparece a muchos.

En el mismo momento en el que murió, se apareció a muchos en diversos lugares. Primeramente en Siena a Teo Guerri, que dormido le pareció ver al Santo Padre resplandeciente y que fijos en él los ojos le decía: ***“La paz sea contigo, yo me voy a mejor tierra”***. A estas palabras, desvelado, oyó tres veces las razones mismas, con las que desapareció la visión. Después supo por cartas, que Felipe en aquella hora misma, había pasado a la Eterna Vida.

A una Monja de Santa Cecilia, trans Tiberium, se le apareció en esta forma: la pareció que le llevaban dos Ángeles en una silla, vestido de blanco y que la dijo estas palabras: ***“Yo voy a descansar, prosigue en trabajar en la Religión, porque vendrás a donde voy no dudes, que rogaré mucho más por ti ahora que antes”***. A la mañana siguiente, divulgada la muerte del Santo, advirtió que había sido la hora misma de su visión.

En el Monasterio de Santa Maria Magdalena de Monte Caballo, se le apareció a la maestra de Novicias, que viéndole le quiso hablar de algunos asuntos particulares suyos y el Santo la dijo: ***“Déjame ir, no puedo***

detenerme, porque me he entretenido sobrado con otros". Despertó con esto la Monja y por la mañana supo de la muerte del Santo.

En el Convento de Santa Marta, se apareció la misma noche a otra Monja, su penitente, y la dijo: ***"He venido a visitarte antes de partirme, para que no te quejes de mí"***. Al padre, respondió la monja, vos queréis ir al cielo?, y Felipe la enseñó una campiña llena de espinas, diciéndola estas palabras: ***"Por aquí has de pasar, si quieres venir donde voy"***. Despertó ella al punto diciendo: Padre, es que no os he de ver más?. De allí en un cuarto de hora dieron las dos de la noche y desde entonces hasta los Maitines, estuvo encomendándose al santo padre, teniendo muy impresa la visión, muy cierta de tener por la mañana la nueva de su muerte como la tuvo.

En Morlupo, a dieciséis millas de Roma, después de haber Comulgado, una doncella beata de Santo Domingo, la misma mañana que el cuerpo del Santo se sacó a la Iglesia, sin conocerle más que por la fama, ni haber sabido de su muerte, le pareció, estando bien despierta, que veía sentado en Gloria un venerado viejo, vestido de hábitos sacerdotales blancos, al contorno de cuya silla, en gran espacio de lugar, en letras de oro estaban escritas en diferentes ornamentos las virtudes en las que más se le había señalado. Debajo de él había gran número de almas de diferentes estados, que deseando saber quienes eran, oyó esta voz en respuesta de su deseo: ***"Estas son las almas de los que se han salvado, por medio de este Santo varón"***. Refirió ella después la visión a su Padre Espiritual. El le preguntó por la efigie del viejo y la edad que mostraba y ella le describió con toda exactitud, mostrándole el Confesor un retrato de Felipe, que hizo pintar cuando vivía, dijo al punto: Este es sin diferencia a quien admiré en la visión.

No quiero dejar de contar como pocos días después de la muerte del Santo, hablando Artemisa Cheli, Religiosa del Convento de la Purificación de Roma, con su madre, de la santidad de Felipe la dijo: Creo que el Padre Felipe ha sido gran siervo de Dios, pero quisiera saber que ha resucitado muertos, dado la vista a ciegos, pies a cojos: y sería en mí mayor el concepto de su santidad, tenerle sin duda por Santo, porque si bien se dice que ha hecho muchos milagros, con todo, parte por no haber visto ninguno, parte porque encarecen muchas cosas más de lo que son, no estoy totalmente satisfecha. La noche siguiente, entre sueños, si bien de manera que oía a la gente que iba por la casa, tuvo esta visión: La pareció estar en la Iglesia de San Pedro, debajo de cuya cúpula vio un grandísimo tablado y sobre él a Felipe y en la cima de la cúpula una mesa lucidísima redonda y el Santo la dijo: ***"Artemisa, si no has visto lo que he hecho antes y después de mi muerte, atiende un poco a lo que haga ahora"*** Se subió por el aire desde el tablado a la mesa y desapareció. Con esto se despertó del todo, hizo reflexión sobre lo que había visto y lo que poco antes había

dicho. Refirió el suceso a su madre y se arrepintió mucho de haber hablado con tan poca devoción de Felipe. Quiso quizás, el santo aludir con aquello a su canonización en San Pedro, dándola a entender que no había de dudar de su Santidad.

CAPITULO V

Concurso del Pueblo al cuerpo de Felipe antes de enterrado.

A siete horas de noche, serían en nuestra cuenta las tres, lavado el cuerpo y vestido de hábito sacerdotal, le llevaron a la Iglesia acompañado de todos los Padres y hermanos familiares de la Congregación. Por la mañana divulgada la fama de su muerte, concurrió a verle gran número de personas de todos los estados. Espiraba su cuerpo santidad, su cara resplandecía muy hermosa y convidaba a mirarla, no se esparcían tantas flores sobre él, cuantas se llevaban por devoción la gente. Hicieron la exequias y se dijo la Misa solemne y Oficio de Difuntos, con la asistencia de muchos Prelados.

Mientras se decía el Oficio de Difuntos, yendo Antonio Carrati, Clérigo, penitente del Santo, de la Congregación, con su sobrepelliz al Coro, se le encomendó de todo corazón, inmediatamente se vio libre de una grandísima tribulación que le afligía el alma.

Visitaron el Cuerpo muchos Cardenales, entre ellos Cusano y Borromeo, le besaron las manos y los pies con muchas lágrimas. El Cardenal Paleoto, recibió gran dolor, de ver a sus ojos muerto el objeto del libro que escribió de ***“Bono senectutis”***. Es indecible el sentimiento del cardenal Octavio Paravicino, que lo amaba tiernísimamente. Fueron a visitar su cuerpo venerándole con mucha devoción, muchos señores y señoras principales de la Corte, entre otras La Embajadora de España, Duquesa de Sessa, que le llamó muchas veces Santo.

Aquí no quiero dejar de contar, como perplejo, Baronio, sobre la oración que haría por él, no resolviéndose de decir el “de Profundis”, como a los demás difuntos, se encomendó al Señor que le dijese su voluntad y abriendo el Breviario, topó con aquellos veros: ***“Respice de Coelo, et vide, et visita vineam istam, et perfice eam, quam plantavit dexteratua”***. Palabras que, por consejo del mismo Baronio, se valieron mucho tiempo los de la Congregación para encomendarle al Santo sus asuntos.

Casi lo mismo sucedió a Marcelo Vitellesqui, porque estando enfermo y refiriéndole la muerte de Felipe, nunca pudo aplicarse a decir el “De

Profundis” y en su lugar dijo: “Laudate Dominum omnes gentes”, que suele cantarse a los que mueren en la inocencia pueril.

El Abad Jaime Crescencio, sintió grandísima repugnancia en decir Misa de Réquiem por Felipe y Fray Jerónimo Beger, de la Orden de Santo Domingo y predicador general de ella, predicando el mismo día en la Minerva, hizo un sermón en su alabanza, como de Santo diciendo: Que no era menester rogar por Felipe como difunto, pues vivía en la Gloria y que las Misas de Réquiem ayudarían a las Ánimas del Purgatorio, no a la suya. Muchos dijeron que podía el Papa canonizarle, recién muerto, para que gozase en el suelo la gloria que sin duda creían que en el Cielo gozaba.

Los dos días que estuvo el cuerpo en público, concurrió mucha gente de manera continua a visitarle, a besarle las manos y muchísimos, como he dicho, los pies, tocándole con Rosarios. Los que no podían llegar a él, besaban el túmulo, otros, aunque se tenía gran cuidado en que no lo tocara nadie, le cortaban los vestidos y los cabellos, hasta los de la barba, algunos le cortaron las uñas, muchas señoras sacaban de sus manos las sortijas, las ponían en los dedos del Santo y las cobraban como Reliquias.

No fue el concurso de solo los seculares, fueron a visitarle muchísimos religiosos y letrados, besándole las manos y venerándole como Santo. Entre otros estuvo el Maestro de Novicios de Santo Domingo, con todo el noviciado, que rodeando el féretro, admiraban al difunto Santo Padre, de quien vivo había recibido tantos espirituales consuelos.

Se oían a las personas lastimarse de todos los estados, refiriendo cada una a su manera sus virtudes. Unos decían doloridos, que había muerto un ejemplo de santidad, otros, considerando el gran fruto de sus Ejercicios, no solamente en Roma sino en muchísimas partes de la Cristiandad, decían: Ha muerto una gran lumbrera de la Iglesia de Dios. Otros espantados de su desapego de ambición, habiendo tratado siempre con los primeros sujetos de la Corte y con tantos Sumos Pontífices, le admiraban por hombre singular. Discurrían algunos de su gran humildad, en haber sabido encubrir sus virtudes, principalmente los milagros que obraba todos los días. Y otros le daban mil alabanzas, mil bendiciones por el Instituto del Oratorio. Los necesitados a quien con tanta abundancia había socorrido, se lamentaban diciendo que se había muerto el Padre de los pobres. Finalmente, cuantos mirándole se acordaban de su benignidad, de su trato, viéndose privados de su apacible conversación, no sabían que hacerle, sino resolverse en lágrimas.

CAPITULO VI

Milagros que sucedieron antes que se enterrase el Cuerpo.

Quiso Dios ilustrar a su Siervo con milagros, antes que la tierra poseyese su cuerpo. Agustín de Magistris de once años de edad, hacia seis o siete que estaba enfermo de lamparones, con una llaga dentro de la boca que pasaba a la otra parte del cuello, sin que le aprovecharan los remedios posibles, que le aplicaron los mejores médicos de Roma. Y oyendo decir en la escuela donde acudía con otros niños, que había muerto un Santo Padre, que hacía milagros, se fue al punto a la Iglesia Nueva a visitar el cuerpo. Llegó al túmulo, aunque con gran dificultad y hecha antes la oración le tocó el cuello con mucha fe con la mano del Santo y al punto curó. Antes que saliese de la Iglesia se le cayó el parche y llegado a su casa no se halló señal de las heridas ni de las llagas en la boca. El Cardenal Paleoto, oído el milagro, quiso tocar con sus manos el lugar del mal y experimentando la verdad, quedó alabando la Majestad Divina, que en todos tiempos se manifiesta admirable por sus Santos.

La madre de Agustín, viendo el milagro, quiso valerse de la ocasión para curar a Margarita, su hija, que desde hacía seis años padecía el mismo mal que su hermano, la trajo a la Iglesia Nueva y levantándola sobre el túmulo, no pudiendo tocar las dos partes del cuerpo por el concurso de la gente, por haber llegado la Embajadora de España, tocó la una y al punto curó, y no habiendo podido tocarle como deseaba una pierna, que desde hacía dos años no se valía, cogió algunas rosas y haciéndole con ellas aquella tarde un baño, luego comenzó a caminar con toda facilidad.

A el padre de estos, Alejandro Magistris, de más de sesenta años le acudía un humor a los ojos que no le dejaba ver la luz de noche, efecto de una enfermedad que padeció en ellos durante dos años, temiendo quedar ciego, se fue a visitar el cuerpo del Santo sabiendo que había muerto. Llegó a la Iglesia Nueva, se tocó los ojos con gran fe con la mano del Santo y al punto notó mejoría, dejándole en breve libre de la enfermedad.

Ángelo Contini, hijo de Pedro, estaba tan enfermo de fiebres y dolor de costado, que los médicos le tenían por muerto. Un hermano suyo trajo en este tiempo algunas flores de las esparcidas por la casulla del Santo cadáver y con viva fe las puso sobre la cabeza de su hermano. Llegó en este momento la madre y viendo el rostro de su hijo muy negro, juzgándole muerto, se retiró a llorar a su aposento. Luego el que trajo las flores fue a buscarla y referirla lo que había hecho con su hermano. Salió a verlo la madre y le halló sin la negrura en la cara, vuelto a su ser y siendo así, que antes ni conocía ni hablaba, comenzó a hablar, reír y burlar con sus hermanos, de tal manera que cuando llegó el confesor, que venía con ánimo de hacerlo olear, le halló curado del todo con gran admiración.

Epifanía Coliquia de Recanati, había padecido siete meses asma en el pecho, que la impedía respirar, al dormir, al estar echada, al caminar y subir escaleras, le causaba continuos dolores. Oyendo decir que había muerto el Padre Felipe de la Iglesia Nueva y que hacía milagros, fue a visitarle, se arrodilló y le rogó con muchas lágrimas, que la restituyese la salud y tomando de las flores que estaban sobre el cuerpo, se las puso sobre el estómago y al punto quedó libre de la enfermedad y de los dolores sin haberse aplicado otro remedio.

Curó también a esta mujer entonces de una sarna muy gruesa, que además de causarla grandísimos dolores, le había puesto las carnes como una tinta, porque inmediatamente después que hubo tocado las flores, comenzó a secarse aquella materia y en breves días quedó tan limpia como si no la hubiera tenido.

No habiendo podido curar a Maria Justiniani de una enfermedad en la cabeza por ningún medicamento, la llevó su madre a visitar el Santo Cuerpo, llegaron a la tumba y cortó a escondidas algunos cabellos del Santo y segura de haber hallado remedio a la enfermedad de su hija se volvió a su casa y le restregó la cabeza con ellos, diciendo con mucha fe: O San Felipe, te ruego por aquellos pensamientos que tuviste siempre de ayudar a las almas, que ahora quieras curar a mi hija. Y en ese mismo instante mejoró quedando en breve tiempo del todo buena.

Dorotea Brumani, tenía un hijo de veintiséis meses con las dos piernas tuertas y las rodillas de tal manera metidas que no podía caminar y era forzoso tenerle siempre en brazos o sentado. Persuadida de que su hijo había nacido así, porque jamás había podido hacerle dar un paso, ni regir las piernas, por muchas pruebas que hizo para ello y no habiendo tenido ocasión como deseaba de hacerle poner una vez a Felipe la mano sobre su cabeza, tuvo siempre fe viva en que si moría, con tocar las piernas de su hijo el difunto Cuerpo del Santo, alcanzaría agilidad sin duda. Una mañana de las que estuvo en público, mandó al ama que le llevase a la Iglesia, poco después llegó ella y tomando a su hijo de los brazos del ama, le quitó las medias tocó el Cuerpo del Santo con sus dos piernecillas y lo volvió a enviar a su casa, quedándose a rezar en la Iglesia. Acabada su oración se fue y el ama salió a recibirla alborozada, diciendo que caminaba el niño. Experimentó la verdad y desde entonces caminó sanísimo de las piernas.

CAPITULO VII

Lo que sucedió al abrirse el Cuerpo y de su entierro.

La noche del veintiséis de mayo a las once, llamados los médicos y cirujanos, se abrió el Cuerpo del Santo, con asistencia de muchos de la Congregación y sucedió una cosa de muy digna admiración, porque al desnudarle y revolverle iba cubriéndose el mismo Santo con la mano, como si viviera, lo que a su honestidad y a la de los presentes pudiera ofender con la vista. Admirado Ángelo de Bañarea, dijo a los asistentes: Notad cuan casto era viviendo el Santo Padre, pues se manifiesta tal después de muerto. Lo mismo le sucedió cuando le lavaron los Padres, señales evidentes de su pureza virginal. Abierto el Cuerpo, vieron que el tumor que tenía debajo de la tetilla izquierda, le afectaba a las dos costillas rotas, de las que hablamos largamente en la palpación de su corazón, los intestinos se hallaron enteros, sin detrimento alguno.

No quiero dejar de contar, para consuelo de muchos de sus devotos, que deseaban su imagen, permitieron los de la Congregación que se sacase un molde de su cabeza, de donde se han formado muchas testas de cera muy al natural. Era Felipe de estatura mediana, de color blanco, de cara alegre, levantada y espaciosa la frente, pero no calvo, la nariz aguileña, los ojos azules pequeños, pero muy vivaces, la barba negra y no muy larga, si bien en los últimos años se torno cana.

Hecho lo que era necesario, lo volvieron al mismo lugar, donde estuvo en público todo el día siguiente. El veintisiete de Mayo, por la noche, por orden de la Congregación, fue enterrado en la sepultura común debajo del coro, junto al Altar Mayor, en un ataúd ordinario, pero el Cardenal Federico Borromeo, considerando poco decente para tan gran Varón aquel entierro, lo representó a los Padres y lo trató con el Cardenal Alejandro de Florencia, que fue también de parecer que había sido yerro enterrarlo en la sepultura común, que si los Padres no querían ser los primeros en tratarle como Santo, debían por lo menos depositarle en algún lugar aparte, esperando lo que Dios dispondría de su Siervo. Por estas razones se sacó el Cuerpo de aquel puesto y en un ataúd de nogal, donde se metió una tarjeta de bronce con el nombre esculpido de Felipe, se depositó en una Capillita, sobre el primer arco de la nueva Iglesia en la parte de la Epístola, como insinuamos anteriormente, y sobre el arco se fabricó una pared al soslayo. Fue cosa admirable que al sacarle del ataúd, no despidió mal olor, y le hallaron con todos los miembros tratables, particularmente las manos, tan jugosas como si viviera, sin ninguna señal de corrupción, la cara hermosa sin deformidad alguna, como si estuviera dormido.

Luego comenzó la frecuencia del pueblo a aquél lugar y se presentaron muchos votos, se hicieron muchos donativos y muchas personas sintieron en él un suavísimo olor. En particular confiesa Julia Ursina, Marquesa Rangona, mujer de gran virtud, que haciendo muchas veces oración al

Santo debajo de aquel arco, sentía un olor suave confortable a rosas y de flores, no siendo la estación del año que las produce. Muchos otros, diversas veces sintieron lo mismo, solo con visitar el sepulcro, sentían el corazón alborozado y encendido en devoción.

No se ha de pasar en silencio, que pasados ocho meses, viendo la Congregación al Cardenal Cusano, con gran deseo de poseer alguna Reliquia del Santo Padre, el día veintiséis de Enero de mil quinientos noventa y seis, dio orden de que se desenterrasen los interiores, que cubiertos de tierra, se habían dejado en la sepultura común, dentro de un baso. Se sacaron en presencia del mismo Cardenal, frescos, blancos, sin ninguna corrupción, como si los acabaran de enterrar entonces. Lavados con diligencia, los pusieron a secar. De ellos hay una parte en Roma engastada en un Relicario riquísimo, los demás se han distribuido a diferentes lugares y personas.

CAPITULO VIII

Siete años después de su muerte, se trasladó el Cuerpo de San Felipe a su Capilla.

Nero de Nero, Caballero principal de Florencia, mostró siempre gran devoción al Santo, se gloriaba mucho de haberle conocido y tratado familiarmente, afirmaba que cuando el Santo viejo le abrazaba, que era todas la veces que le reconocía alterado de alguna pasión, se sentía consolado y confortado el corazón, se deshacía en lágrimas y quedaba libre de cualquier trabajo. Y lo mismo le sucedió muchas veces visitando su sepulcro después de su muerte. Viéndose pues sin hijos varones y con mucha hacienda, trató de hacer una fina Arca de plata, para colocar en ella el Santo Cuerpo. La Congregación resolvió, que era bien reconocer primero el Sacro Cadáver y así el siete de Marzo de Mil quinientos noventa y nueve, después de haber estado cuatro años en el lugar que hemos dicho, se deshizo la pared, se abrió el ataúd y se halló el Cuerpo cubierto de argamasa, que con la humedad había caído dentro de un resquicio de la madera. Estaban los vestidos como lodo, la casulla tan podrida que se venía a pedazos, la tarjeta donde se esculpió su nombre, cubierta de hollín, sin conocerse las letras, de donde infirieron todos que el Cuerpo estaría deshecho y convertido en polvo.

La noche siguiente, quitado todo lo podrido, le descubrieron y no solamente hallaron enteros los brazos, pies, piernas y demás partes del Cuerpo, sino tan frescos el pecho y vasos, tan blanda la piel y la carne que se quedaron atónitos. Principalmente conservaba el pecho su natural color y blancura, cosa que la juzgaron sobrenatural los médicos de Roma. Andrés Chesalpino, Antonio Porto y Rodolfo Silvestre escribieron cada uno un papel probando que ni por naturaleza, ni por arte, cuando la hubiera, se podía conservar aquél Cuerpo, como se conservó sin particular concurso de la Divina Omnipotencia.

El Abad Jaime Crescencio, su hijo espiritual, había hecho un Arca nueva de ciprés, ricamente guarnecida y el trece de Mayo por la noche, se sacó el Cuerpo de la vieja para ponerlo en esta, sobre un colchoncillo de tafetán colorado, cubierto con una colcha del mismo color. A vista tan gustosa, acudieron todos los Padres y hermanos de la Congregación para ver y venerar el Cuerpo de su Santo Padre. Lloraban de alegría y se daban unos a otros los parabienes de tanto tesoro. Asistieron también los Cardenales, Alejandro de Florencia, Federico Borromeo y Cesar Baronio, que llenos de gozo dieron a Dios gracias por tan singular beneficio. El Cardenal de Florencia, dio luego orden de que se hiciesen nuevas vestiduras y el veintiuno de Marzo, le vistieron el nuevo hábito sacerdotal y la Casulla con la que celebró la Misa el día de su muerte. El mismo cardenal le puso una guirnalda en la cabeza y sacándose una sortija Pontifical, con un bellísimo zafiro, se la puso en un dedo. Se esparcieron por el Cuerpo muchas flores, sobre el pecho se le puso un Crucifijo de plata que para este efecto dio Julio Sansidonio, Obispo de Grosseto, y caro hijo espiritual del Santo. Acomodado en esta forma el Santo cadáver, le depositaron en la misma capilla donde estuvo hasta el veinticuatro de mayo de mil seiscientos dos. Pero porque la cara había padecido algo la cubrieron con una efigie de plata, verificándose sin pensar lo que el Santo había dicho mucho antes de que muriese, en el aposento de un príncipe, que sería engastada en plata su cabeza.

En este intermedio, habiendo escogido Nero a Felipe por singular y perpetuo Patrón suyo y de sus descendientes, unió con público instrumento con todas las solemnidades requisitas su familia, con la de Felipe y añadió a sus armas las de los Neri, que son tres estrellas de oro en campo azul. Acudió con gran fe a la intercesión del Santo, para que le diese Nuestro Señor hijos y al cabo de nueve meses le concedió el Señor uno por los méritos de Felipe a quien puso su nombre en reconocimiento del beneficio. Hoy único heredero suyo y devotísimo del Santo Padre.

En agradecimiento de este y de otros beneficios, que reconocía al santo, trocando Nero el intento del Arca de plata en cosa más digna de mayor Gloria de Dios y honra del Santo, dio principio a la suntuosa Capilla, donde esta hoy con la riqueza y adorno de piedras preciosas, que se ve. El seis de

Julio del año mil seiscientos, puso la primera piedra fundamental, el Cardenal Francisco Maria Tarugui y echó juntamente doce medallas de latón con otra grande de plata con la imagen de Felipe y la inscripción siguiente: **BEATUS PHILIPPUS NERIUS FLORENTINUS, CONGREGATIONIS ORATORII. FUNDATOR OBIIT ROMAE ANNO MILLESIMO QUINGENTISIMO NONAGESIMO QUINTO. Le puso también una tarjeta grande de plomo con estas palabras: SACELLUM HOC IN HONOREM B. PHILIPP NERII FUNDATORIS NERUS DE NIGRIS NOBILIS FLORENTINUS, AB SINGULAREM IN B. VIRUM PIETATEM A FUNDAMENTIS, SUIS SUMPTIBUS MAGNIFICENTISIME EXTRUENDUM CURAVIT, ANNO IUBILEI MILLESIMO SEXCENTESIMO, MESE IULIO, DIE OCTAVA SS. APOSTOLORUM PETRI, ET PAULI, CLEMENTE VIII, PONTIFICE, PONTIFICATUS ANNO IX.**

Mientras se solicitaba la construcción de la Capilla, llevada a término a los diez meses, permitió Nuestro Señor que el hijo de Nero, tenido por intercesión del Santo, enfermase de viruelas y llegase a tan apretado punto, que perdida la voz, apenas podía respirar y desahuciado de los médicos se esperaba a cada instante su muerte. Retirado el padre a un aposento sin ánimo para verle morir, se echó sobre una cama y dolorido dijo estas palabras: O Beato Padre, será voluntad vuestra que sea el primer empleo de la Capilla, que construyo en honor vuestro, dar sepultura a mi hijo único?. Apenas hubo pronunciado esto, el niño, como despertando de un profundo sueño, llamó tres o cuatro veces a su padre. La Condesa de Pitiliano, hija de Nero, corrió al punto a decírselo y le animó a volver al aposento. Volvió y con voz clara que lo entendieron todos, le dijo el niño: Padre, yo estoy bueno, el abuelo me ha curado. Llamaba abuelo al Santo, porque mostrándole un retrato suyo, le solían decir que era su abuelo. Para asegurarse más, le preguntaron, si era la abuela quien le había curado y el niño gritaba recio: No el abuelo y señalaba el cuadro que solían enseñarle. Le preguntaron el modo y señaló la cabeza, queriendo decir que tocándosela le curó Felipe. Luego tomó una presa de sustancia, comenzó a tomar el pecho y durmió y en el sueño le salió mucho humor por el oído derecho, con lo que se conoció abierta una hinchazón que tenía dentro de la cabeza y prosiguiendo muchos días aquella purgación puso al niño fuera de peligro y con salud.

Habiéndose reducido a buen término la Capilla, solicitándola más por esta gracia Nero, se trasladó a ella el Cuerpo del Santo siete años después de su muerte, el veinticuatro de Mayo de Mil seiscientos dos, con mucha reverencia y devoción, acompañado de muchos Cardenales, Prelados y Padres de la Casa, si bien secretamente y a puerta cerrada. A la mañana siguiente dijo la primera Misa en ella el Cardenal Tarugui y desde entonces se ha celebrado siempre con gran concurso y frecuencia del pueblo.

CAPITULO IX

Honras hechas a Felipe después de su muerte.

Creció tanto con los milagros la opinión de la santidad de Felipe que luego, recién muerto, se comenzaron a traer votos a su Cuerpo, aunque los Padres de la Congregación estuvieron al principio reticentes y en cuanto pudieron lo evitaron. El primero que se trajo, juntamente con una vela, fue del Abad Marco Antonio Massa, Visitador Apostólico y examinador de Obispos.

Fue la causa una visión que tuvo pocas semanas después de la muerte del Santo, estando enfermo de fiebre con letargo, sin aprovecharse remedio alguno. Le pareció que se quemaba su casa y que algunos procuraban derribar las paredes de ella y estando sobremanera temeroso, vio al Santo Padre, que enojado contra ellos daba voces: **“*Salvate abbatem, salvate Abbatem*”**. Después de cuyas palabras, se vio en un instante fuera de peligro. No fue vana su visión pues mejoró al punto y al día siguiente se halló tan bueno como sino hubiera tenido enfermedad, en cuyo testimonio puso la primera tablilla a su sepulcro de su mano, cuyo número crece cada día en cantidad innumerable, como se ve hoy en su Capilla.

El mismo Abad hizo también encender lámpara a su sepulcro y habiéndola mandado quitar la Congregación, dio grandes quejas al Papa Clemente VIII, y con su consentimiento, la hizo volver pocos días después. Con esta ocasión dio cierta señora principal una de plata de mucho precio y poco a poco se han dado las demás que hoy arden en su sepulcro.

El año mismo que murió se estampó con licencia de los superiores su imagen, con título de Beato, con rayos y milagros en el contorno y en diversos palacios y casas se reverenciaba con mucha devoción.

Del molde de su cabeza, que como hemos referido se sacó estando el Cuerpo en público, se hicieron muchas efigies que diferentes señores tenían en sus aposentos con gran veneración. Clemente VIII, tuvo una sobre un bufete además de su retrato que cubierto con un tafetán, tenía en su retrete entre otros Santos.

Muchos le hacían oración después de su muerte como Santo. Su sepulcro fue venerado desde entonces y visitado por muchos Cardenales,

Prelados y personas principales de todos los estados y gran número de personas del pueblo, con tanta devoción, que besaban muchos las paredes donde estaba encerrada su Arca y se llevaban por Reliquia el yeso que la recubría. Muchos Prelados tomaron del aceite de su lámpara, muchos de las flores que se derramaban sobre su sepulcro, por cuyo medio recibían de Dios muchos beneficios. Hubo muchos que por devoción le visitaban cada día, entre ellos personas de calidad, que iban descalzos hasta allí.

El año inmediato a su muerte, en vez del aniversario de difuntos, se hizo grandísima fiesta con innumerable concurso del pueblo, asistieron a ella muchos Cardenales y Prelados y se cantó la Misa del día y después de Vísperas se hizo un sermón en sus alabanzas, que se ha proseguido todos los años después, haciendo el Sermón no solo los de la Congregación sino muchos extranjeros y Prelados.

Hicieron muchísimos elogios en su alabanza, diferentes personas de consideración. El Cardenal Paleoto en el Libro de Bono Senectuti, prosiguiendo lo que anteriormente dijimos, hablando de la opinión de santidad de Felipe, dice: Estas cosas, pío y benigno lector, no solo las habíamos escrito y reducido poco menos que a esta forma mucho antes, pero concluido juntamente con toda la obra y solo a falta de imprimirla, cuando por eterno juicio del que lo gobierna todo el Varón de Dios, aunque no de manera que la enfermedad le obligase a hacer cama, ni le impidiese el acudir a sus acostumbradas funciones, en un momento se me quitó de los ojos el veintiséis de Mayo, llamado de este destierro a la celestial Patria. Después de cuya impensada muerte, no hemos querido dejar de proponerle por ejemplar vivo, con que se han de calificar los bienes de la senectud, porque si bien de cuatro meses acá, que nos falta, parece a nuestros ojos muerto, vive en la tierra de los vivos, como nos lo manifiestan sus heroicas acciones, vive en el mundo, en la memoria de los varones justos, vive particularmente en Roma, donde ha dejado gran número de hijos que engendró por el Evangelio en Cristo. Y un poco más abajo: Esperando que por tantas y tan ilustres obras ha de ir creciendo cada día y llegar a mayor noticia de los hombres su nombre, hemos procurado estampar aquí su efigie, para consuelo de muchos que le han conocido y amado por Padre en Cristo, como porque se incendian más en deseo de imitarle, aquellos a quien llegare la fama de su nombre. Finalmente, para que los venideros tengan delante de sus ojos un verdadero ejemplar en quien ponerlos, para aprender el conocimiento de los bienes de la vejez y venerarlos como un justo.

El Cardenal Federico Borromeo, en una carta que escribió al Padre Antonio Gallonio, dice así: V. Reverencia sabe cuanto he venerado este Santo, cuanto amor le he tenido. Después de muerto no ha menguado, antes ha crecido, y si fuese necesario derramaría la sangre en su memoria.

El Cardenal Agustín Cusano, dice: Quiso Dios después de ochenta años empleados en su servicio, llamar a sí esta Alma Santa, colmada de tantas virtudes, que con razón le podemos aplicar lo de Isaías: Qui ad salutem erudiunt multos fulgebunt, sicut stelle in firmamento. Y lo del Pfal.: Longitudine dierum replebo cum et ostendam illi salutare meum. Era tanta la devoción de este Cardenal al Santo padre, que además de infinitas demostraciones que le dio de ello mientras vivía, puso en su testamento estas palabras: Primeramente encomiendo mi alma, con toda humildad de corazón las manos de nuestro clementísimo Señor Jesucristo y de su Santísima Madre, de os Gloriosos Príncipes de los Apóstoles, S. Pedro, San Pablo, San Agustín y San Francisco, Felipe y todos los Santos, para que sea digna de la Divina Misericordia y de su compañía, en la bienaventuranza eterna.

El Cardenal Octavio Bandini, hablando de él, y como mirando unidas todas las acciones virtuosas que hizo en esta vida, forma estas palabras: Me parece que concurren en Felipe unidamente todas las calidades y virtudes, todas las prerrogativas y circunstancias, que separadas suelen admirarse en la vida y en la muerte de otros Santos venerados y canonizados por la Iglesia.

El Cardenal Cesar Baronio en las anotaciones al Martirologio el veintitrés de Agosto, con ocasión del Beato Felipe Benizii, fundador de la Orden de los Servitas, le ensalza diciendo: La ciudad de Florencia ha sido ilustrada con dos Felipes, el uno instituidor de la Religión de los Servitas, el otro Fundador de la Congregación del Oratorio, de quien hacen fiel testimonio los milagros que hace cada día desde que vive en la Gloria.

El Cardenal Jerónimo Panfilio, dice: Crece cada día la fama de este buen Padre, con la innumerable cantidad de milagros que obra. Yo particularmente recibo todo el día favores suyos en todas mis acciones y tengo esperanza que me ha de ayudar en mis sucesos, siendo así, que en todo y por todo, me he dedicado y me dedico a su protección, suplicándole muy de corazón que me admita debajo de su amparo.

Muchísimos han escrito encomios de las virtudes y excelencias de Felipe, en particular Rutilio Bensoni, Obispo de Loreto y Recanati en el Libro del año Sancto Iubilei y Juan Bautista del Tuso, Obispo de Cerra, en la Historia de los Clérigos Reglares. Don Silvano Razzi, en libro que hace de las vidas de los Santos Toscanos, pone al fin la de Felipe. Lo mismo hizo Alfonso Villegas en la Vida de los Santos. El Padre Maestro Arcángelo Giani Servita, en la historia de su fundador, hace elogios de Felipe. Lo mismo hacen Tomás Bozio en los Libros de Signis Ecclesix Dei & ruinis Gentium y Francisco Boqui en el de las personas ilustres nacidas en Florencia y muchos otros que dejo por no ser prolijo.

Le hicieron epitafios en muchos lugares particularmente Julio Sansidonio antes que fuese Obispo de Grosseto, gobernando la Casa de San

Jerónimo de la Caridad, hizo pintar en la entrada de ella una figura de San Felipe, que encomendaba a los suyos a Nuestra Señora con la siguiente inscripción:



BEATO PHILIPPO NERIO FLORENTINO.

Vt Vbi trigenta tres annos eximia sanctitatis, & miraculorum laude claruerat, innumerisque ad CHRISTI obsequium traductis, prima Congregationis fundamenta iecerat, ibi aliquod eius rei monumentum extaret; Templi huius Domus, ac Sacerdotum deputatus, annuente piissima Congregatione Charitatis, Parenti in spiritu optimo benemerenti posuit. Kalendis Septembris. M. D. C. V.

Se presentaron entonces y después se han presentado, muchos donativos a su sepulcro. El Cardenal Agustín Cusano, envió una colcha de brocado para ornamento de su sepultura. Alfonso Visconte, Obispo de Chervia, después Cardenal, dio un paño riquísimo para el mismo efecto. El Pueblo romano hizo público decreto, para que todos los años el día de la fiesta del Santo, trajese el Magistrado solemnemente, un Cáliz de plata y cuatro hachas a su Capilla. El Duque de Baviera envió una Lámpara de

plata de mil escudos de precio y quiso que ardiese continuamente en su sepulcro. El Cardenal Carlos de Lorena, envió por voto otra de gran valor y sucesivamente muchos Cardenales, Prelados y personas grandes, le han hecho varios donativos de estimación.

Cinco años después de su muerte, con Privilegio Apostólico del mismo Papa Clemente VIII, se imprimió la vida en latín y en Romance, con el título de Beato, compuesta por el Padre Gallonio, se la hizo leer el Papa muchas veces, oyéndola con gran gusto y la aprobaron muchos Cardenales con estas palabras: Omnia, que de B. Philippo Nerio conscripto sunt, partim propriis me oculis vidisse; partim certo gravissimorum virorum sermone cognovisse attestor. Ego N.

Muerto Clemente VIII, haciendo instancia muchos en particular el Cardenal Baronio al Papa León XI, su inmediato sucesor, por la Canonización de San Carlos dijo: Que con mucho gusto la haría, pero que también quería canonizar a Felipe. No pudo cumplir su deseo, porque le concedió Nuestro Señor pocos días de Pontificado.

En cuanta veneración le tuvo Paulo V, se echa bien de ver pues que, le beatificó, como veremos en el capítulo siguiente y concedió su Oficio y Misa a todas las Congregaciones, con que se puso en la Capilla su imagen en la forma que está hoy, con extraordinario gozo de los suyos, que lo deseaban sumamente. Además de esto, mucho antes de beatificarle, concedió varias veces el mismo Sumo Pontífice, viva vocis oráculo, indulgencia plenaria el día de su fiesta.

Cuan su devoto era Gregorio XV además de lo que se manifiesta con haberle Canonizado, saben muy bien los que siendo Auditor de la Rota hablaban con él del Santo. Siendo Cardenal significó con cartas, que si era voluntad de Dios constituirle en la silla de San Pedro, le canonizaría sin duda.

CAPITULO X

Canonización de Felipe y Actos de ella.

Para que se vea por menudo desde el principio al fin el orden y progreso de la Canonización de San Felipe, para que conste la diligencia y cautela con que procede la Santa Romana Iglesia en la de sus Santos, pondré aquí difusamente todos los actos que se hicieron desde el tiempo inmediato a la muerte hasta el día que la Gloriosa memoria de Gregorio XV lo refirió en el número de los demás Santos.

Viendo crecer cada día por su virtud y milagros la fama de la santidad de Felipe, hicieron instancia muchos, en particular el Abad Marco Antonio Massa, al Papa, que concediese licencia para formar el proceso de sus virtudes y de sus milagros. Respondió su Beatitud, poniendo en Cruz las manos sobre el pecho: Nos le tenemos por Santo. Y mandó vive vocis oráculo, a Luís de Torres, entonces Arzobispo de Monreal, después Cardenal y Audeono Ludovico, Obispo de cassano, ambos Visitadores Apostólicos, que adfuturam rei memoriam, hiciesen formar el proceso sobre las virtudes y milagros de Felipe. Estos, instando al Cardenal Cusano y Cesar Baronio, Superior de la Congregación entonces, en nombre de ella, ordenaron a Jaime Buzio, Canónigo de San Juan de Letrán, Notario del Cardenal Jerónimo Rusticucio, Vicario del Papa, que recibiese testigos para este efecto.

Se dio principio al primer proceso el dos de Agosto de mil quinientos noventa y cinco dos meses después de la muerte del Santo y se prosiguió con grandísima diligencia y cuidado el examen hasta el primero de Julio de mil seiscientos uno.

Murió en este tiempo Jaime Buzio, los Cardenales Francisco Maria Tarugui y Cesar Baronio, Bibliotecario Apostólico, con el Padre Flaminio Ricci, Superior de la Congregación, en nombre de ella, hicieron instancia que se pasase adelante el proceso comenzado dándole el deseado cumplimiento, con intención de ponerlo en la Biblioteca Vaticana, para la perpetua memoria de santidad de Felipe. El ocho de Febrero de mil seiscientos cinco, mandó el Cardenal Francisco Burguesio, Vicario entonces del Papa Clemente, después Paulo V, a Pedro Maziori, su Notario, que prosiguiese la información y concluyese el proceso conforme a la instancia que se le había hecho. Comenzó a recibir testigos el doce de Febrero de mil seiscientos cinco y acabó el veintiuno de Septiembre del mismo año. Se examinaron en este proceso, con el acostumbrado juramento más de trescientos sesenta testigos, entre los cuales hay Cardenales, Prelados y otras personas de Título. Este fue el primer proceso que se recibió en Roma “authoritare ordinaria”, como dicen, además de muchos que se hicieron fuera de ella y se puso en la Librería Vaticana el Cardenal Baronio.

Concluido el primer proceso llegó a Roma el año mil seiscientos ocho, Carlos Gonzaga, Duque de Nivers, Embajador extraordinario de su Majestad Cristianísima del Rey de Francia Enrique Cuarto entonces visitó el sepulcro de Felipe, con quien se había confesado muchas veces, cuando estuvo en Roma con su padre en tiempo de Clemente VIII y queriendo dejar esta vez demostraciones de su afecto y amor al Santo, hizo instancia a Paulo V, que concediese licencia a los Padres de la Congregación del Oratorio, para celebrar la Misa y rezar el Oficio del Beato Felipe, a cuya petición ordenó el Papa al Cardenal Domingo Pinelli, que como cabeza de

la Congregación de Ritus, lo tratase en ella. Lo trató y el diez de Enero de mil seiscientos nueve, salió este decreto de la Sacra Congregación: Que siendo este asunto gravísimo y casi una implícita canonización, se hablase de ello con Su Santidad y se le pidiese un “Breve” dirigido a la misma Congregación, para la revista del primer proceso, con facultad para recibir otros “authoritare Apostólica” así “in genere”, como “in specie” en Roma y fuera de ella.

En este intermedio hicieron instancias para la canonización de Felipe diversos Príncipes y Potestados de la Cristiandad, como Ludovico Decimotercero, Maria de Médicis, su madre, el ínclito Senado y Pueblo Romano, Fernando, Gran Duque de Toscana y después de su muerte Cosme, su hijo, Carlos Gonzaga Duque de Nivers, Catarina de Lorena su mujer, y la Congregación del Oratorio. A lo que mostrando asentimiento el Papa. Con “Breve Apostólico”, el trece de Abril de mil seiscientos nueve, cometió la causa a la “Sacra Congregación de Ritus”. El nueve de Mayo del mismo año, ordenó a la “Sacra Congregación”, que se recibiese el segundo proceso nombrando para este efecto al Cardenal Jerónimo Panfilio, Vicario del Papa. Este concluyó y se presentó a la Congregación el veinte de Junio del mismo año. La “Sacra Congregación”, lo entrego al Cardenal Belarmino, para que después de bien revisto hiciese relación, si se podía proceder al tercero, que llaman “in specie”. Lo hizo con gran diligencia con lo que salió el decreto de la “Sacra Congregación”, en la misma conformidad el veintisiete de Julio del mismo año y de todo hizo relación al Papa Paulo V el Cardenal Pinelo, Obispo de Ostende, Decano de la Congregación.

Hecho el segundo proceso, que como hemos dicho se llama “in genere” el catorce de Agosto del año referido, decretó la Sacra Congregación, que formase el tercero llamado “in specie”, pero porque se resolvió que lo recibiesen tres Auditores de la Rota, como se había hecho en la canonización de Santa Francisca y de San Carlos, fue acometida la causa por un nuevo Rescripto del Papa Paulo V el siete de Julio de mil seiscientos diez. A Francisco Peña, Decano de la Rota, a Horacio Cancelloto y a Dionisio Simón Marcamonte, que fue Arzobispo y después Cardenal, para que todos juntos o dos por lo menos formasen el proceso referido, despachando letras remisoriales y compulsorias, para examinar testigos y hacer otros procesos, aún fuera de Roma, en orden a la canonización de Felipe. Estando el proceso para concluir fue creado Cardenal Horacio Cancelloto y sustituido en su lugar Alejandro Ludovisio, que también fue luego Cardenal, Arzobispo de Bolonia y al final Gregorio XV. Dieron principio los dichos Auditores el proceso el diecinueve de Julio de mil seiscientos diez, en la Sacristía de San Luís de los Franceses.

Concluido este proceso con todas las solemnidades requisitas y así mismo los demás que se hicieron fuera de Roma, haciendo nueva instancia

los referidos Príncipes, dad la relación sumaria de los procesos a la santidad de Paulo V por el Cardenal Alejandro Ludovisio, Arzobispo de Bolonia y Dionisio Simón de Marcomonte, Arzobispo de León el cuatro de Octubre de mil seiscientos doce, remitió el Papa la dicha relación a la Sacra Congregación de Ritus y esta el veinte de Noviembre del mismo año, acometió de nuevo el asunto el Cardenal Belarmino, para que con intervención de Juan Bautista Espada, Abogado Fiscal y promotor de la Fe, se viese y examinase con diligencia la relación sumaria y para este efecto se mostrase el proceso a todos los Cardenales de la Sacra Congregación, a fin de que con toda averiguación, pudiesen conocer de la verdad y sinceridad de ella. Hecho esto, declaró la misma Congregación, en ocho Congregaciones que se tuvieron en diversos días, desde el cinco de Julio de mil seiscientos catorce hasta el cuatro de Abril de mil seiscientos quince, que contaba plenísimamente de la integridad de los procesos, de las virtudes y de los milagros del Siervo de Dios Felipe.

Después de las referidas diligencias, se hizo relación al Papa, que la Congregación del Oratorio, deseaba facultad para rezar el Oficio y Misa del Beato Felipe y su Beatitud, ordeno a la Sacra Congregación de Ritus, viese lo que convenía sobre este punto. El nueve de Mayo de mil seiscientos quince, declaró la Sacra Congregación, que se podía conceder lo que la del Oratorio pedía. Hizo relación de ello el Papa Antonio Maria cardenal Gallo, entonces Decano de la Sacra Congregación de Ritus. Y el Papa en Consistorio secreto, el once de Mayo del mismo año, aprobó el Decreto de la Sacra Congregación el día veinticinco del mismo mes, como consta del Breve, declaro *Authoritate Apostólica* a Felipe en el número de los Beatos y dio licencia a los de la Congregación del Oratorio, para rezar el Oficio y celebrar Misa del Beato Philippo, a todos los que la quisiesen decir en su Iglesia. Al año siguiente extendió esta gracia para las Congregaciones de fuera de Roma, donde consta en su Breve el día diecinueve de Marzo de mil seiscientos dieciséis. Y en el año de mil seiscientos veintiuno la amplió Gregorio XV, concediendo Indulgencia Plenaria perpetua a todos los que devotamente visitasen la Iglesia de la Congregación el día de su fiesta.

Muerto Paulo V y constituido en el Pontificado Gregorio XV, la Congregación del Oratorio y muchos otros de los referidos Príncipes, en particular los Cardenales romanos y Florentinos, hicieron otra vez instancia al Papa para que fuese servido de dar cumplimiento a la canonización. El Papa, como tenían tan particular afecto a Felipe, a quién tratado intrínsecamente, tocando con sus manos su santidad, acometió de nuevo la causa de la Congregación de Ritus el veintidós de Mayo de mil seiscientos veintidós. Y la Congregación Sacra, el diez de Julio del mismo año, estudiado con toda diligencia el dubio, con intervención y citación acostumbrada de Juan Bautista Espada, Abogado Consistorial, como

Promotor de la Fe en el lugar del Fisco, resolvió la Sacra Congregación “remine discrepante”, que constaba plenísimamente de ella.

Después de este, propuso el Cardenal el segundo dubio, si de los procesos tantas veces revistos y aprobados, se concluía verdadera y suficientemente la santidad de Felipe en orden a la canonización. Sobre esto se tuvieron tres Congregaciones, la primera el cuatro de Septiembre del dicho año de mil seiscientos veintiuno, en la cual se resolvió, constaba suficientemente la fama de la Santidad de Felipe y sus virtudes “in genere”, principalmente la fe, la Esperanza y la Caridad. Pero porque el diecisiete de Septiembre del mismo año fue a gozar de Dios el Cardenal Belarmino, se nombró en su lugar al Cardenal Pedro Pablo Crescencio y el veinticinco del mismo mes, se tuvo la segunda Congregación y se resolvió en ella, constaba así mismo “in specie” de sus virtudes y dones, la Humildad, Virginidad, Profecía, Perseverancia, etc. En la tercera y última que se tuvo el trece de Noviembre del mismo año, se declaró que constaba plenamente y estaban suficientemente probados los milagros propuestos, por consiguiente la Santidad de Felipe, que con razón se podía canonizar y referir en el número de los Santos.

Tenidas las referidas Congregaciones y de todo hecha la relación al Papa, porque su Beatitud había resuelto mucho antes canonizar al Beato Isidro Labrador y por otra parte se le hacía instancia por la canonización de los Beatos, Ignacio, Javier, Teresa y Felipe, cometido a la Sacra Congregación de Ritus, viese si era cosa conveniente canonizarlos a todos juntos. En dos Congregaciones, una el veintidós de Diciembre de mil seiscientos veintiuno y la otra el tres de Enero de mil seiscientos veintidós, resolvió que siendo gusto de Su Santidad, podía y debía canonizarlos juntos y que parecía más conveniente hacerlo así que de uno en uno, cinco veces, de cuya resolución recibió singular gusto.

Es costumbre de la Santa Iglesia Romana, para que los Cardenales y Prelados, que han dado sus votos, estén informados de todo, hacer tres Consistorios, uno secreto, otro público y otro semipúblico, antes de canonizar a un Santo. Y así resuelto por la Sacra Congregación de Ritus, que era conveniente canonizar a los cinco juntos, se dio principio a los acostumbrados consistorios.

El diecinueve de Enero de mil seiscientos veintidós, se tuvo el primer Consistorio secreto, donde Francisco Matía, Obispo Portuense, Cardenal del Monte Decano de la Congregación de Ritus, hizo la relación para la canonización de los Beatos, Isidro, Ignacio, y Javier. Y el veinticuatro del mismo mes para la de los Beatos Teresa y Felipe, el mismo Cardenal hizo la relación y entre ambas se dieron impresas a todos los Cardenales. Con estas relaciones, quedó el Sacro Colegio plenamente informado de la causa y viendo que se hallaban en ellas cumplidísimamente todos los requisitos,

para la canonización de los Santos, juzgaron que podía su Beatitud, si era su voluntad pasarla adelante.

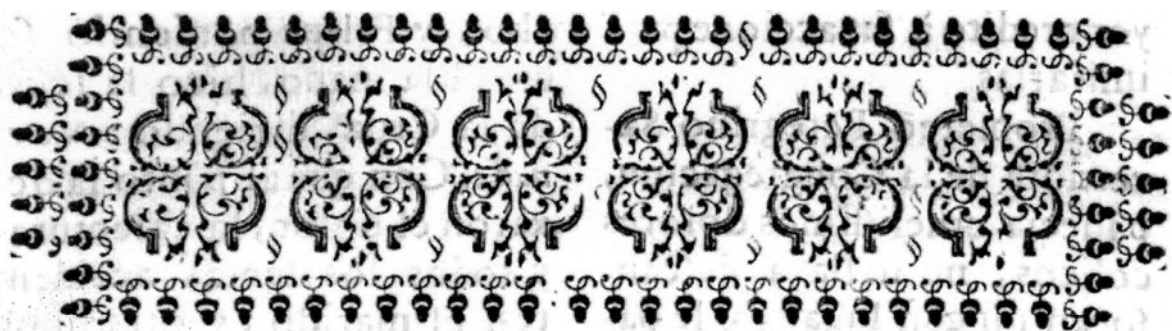
El veintisiete de Enero del referido año, se celebró el Consistorio público, por la canonización de los tres Beatos primeros en el cual Fausto Casarelli, Abogado Consistorial, Vicario Capitular de San Pedro, hizo la Oración Latina por el Beato Isidro y Nicolás Zambecaro, Abogado Consistorial, Secretario de la Congregación de Obispos, por los Beatos Ignacio y Javier. El primero de Febrero siguiente se tuvo el Consistorio Público de los Beatos Teresa y Felipe donde Juan Bautista Melino, Abogado Consistorial, hizo la Oración Latina por la Beata Teresa y Juan Bautista Espada Coadjutor del Abogado Espada, su tío, por el Beato Felipe. A ambas respondió Juan Chiampoli, Secretario de los Breves a Príncipes, en nombre de su Beatitud, como a las demás había respondido. En el fin, el papa exhortó a todos los Cardenales y Prelados, que con limosnas, ayunos y oraciones implorasen el auxilio de Dios, para que su Divina Majestad se dignase inspirar lo que fuese para mayor gloria suya y provecho de la Iglesia Santa.

El tercero y último consistorio semipúblico, se celebró el seis de Febrero por los Beatos Isidro, Ignacio y Javier y el veintiocho del mismo mes por Teresa y Felipe, donde intervinieron treinta y dos Cardenales, un Patriarca, nueve Arzobispos y dieciocho Obispos, con algunos Protonotarios participantes, los Auditores de la Rota y el Abogado Fiscal. Cerrado el Consistorio y prevenidos por Su Beatitud con un Breve y pío discurso a propósito de la causa, todos con votos conformes, concluyeron que su Santidad podía justamente, canonizar a estos cinco Santos. Y así el Papa con el consejo y consentimiento de todos los votos de los dos Consistorios no públicos, resolvió canonizarlos y exhortando a todos a la limosna, oración y ayunos, declaró su voluntad de celebrar la canonización el día doce de Marzo de mil seiscientos veintidós, día de San Gregorio Magno, el cual en la Iglesia de San Pedro, con las acostumbradas ceremonias, con suntuoso aparato, con universal aplauso, fue declarado Felipe e inscrito en el número de los Santos.

Promulgado el Decreto de la Canonización, hechas todas la ceremonias que la Iglesia usa en este acto, se cantó solemnemente el “Te Deum Laudamus”, implorando el Divino auxilio por la intercesión de estos Santos. Celebró la Misa con una Oración común a los cinco el Sumo Pontífice en el Altar de los Apóstoles y concedió Indulgencia Plenaria a todos los que, arrepentidos y confesados de sus pecados, se hallasen presentes. Se esparció luego la devoción por toda al Cristiandad y se hicieron en muchas ciudades de Italia y fuera de ella, solemnes procesiones, en particular en España, donde la Reina Doña Isabel honró la estatua de San Felipe con una bellísima Casulla, bordada y guarnecida de finísimos diamantes para la procesión, que se hizo en Madrid por los cinco

Santos. Se han erigido también Altares, Iglesias en diferentes lugares, escogiendo muchos de ellos como protector y Abogado a Felipe. Últimamente, la Religión de Santo Domingo, ha hecho Decreto, que en toda ella se rece el Oficio del Santo, doble. Además de esto, algunas ciudades han determinado guardar su fiesta, correspondiendo a la bondad de Dios con diversos milagros y favores a los que con devoción acuden al amparo del Santo padre, como referiremos en el libro sexto.

En esta forma se verificó lo que el mismo Santo había dicho muchas veces viviendo: ***“Basta, decía, vosotros veréis un día honrar mi cuerpo como el de los demás Santos y presentar votos a mi sepulcro”***. Hiziendole instancia, que fuese a Florencia a visitar la Patria, respondió: ***“A Florencia iré ahorcado”***. Cosa que no se entendió, hasta que después de canonizado, se colgó su estandarte en la Iglesia de Santa Maria de Flor de dicha ciudad. A imitación de San Pedro, ofreció a algunos de los suyos, rogar por ellos después de la deposición de su Tabernáculo, diciéndoles muchas veces, que confiasen, porque iría a parte donde los podría ayudar mejor. Dio palabra a todos de hallarse presente a la hora de su muerte, en particular dijo a Constanza de Drago: ***“No dudes, que jamás te desampararé y haré contigo lo que San Francisco y Santa Clara hicieron con sus devotos”***.



LIBRO QUINTO

DE LA VIDA DEL GLORIOSO

PATRIARCA SAN FELIPE
NERI.

REFIERENSE LOS MILAGROS
que hizo viviendo.

CAPITULO I

Milagros de Felipe con la Señal de la Cruz.

Hemos referido en los cuatro libros anteriores, las acciones de Felipe desde su nacimiento hasta su muerte, con las circunstancias que parecían forzosas, para mostrar su Santidad. Queda ahora que refiramos sus milagros. Dejando los que hemos contado en otras ocasiones, trataremos en este libro de los que hizo viviendo y en el siguiente de los que hizo después de su muerte, porque con esto los que quisiesen leerlos podrán con mayor comodidad y los que no quisiesen, dejarlos sin dejar la historia interrumpida o imperfecta. Bien creo que no será menor el fruto que se sacará de leer los milagros que la vida, pues siendo tantos y tan portentosos, confirmaran su Santidad y darán mayor crédito a sus acciones para imitarlas.

Prometeo Peregrino, sacerdote de la Congregación, padecía fuertes dolores por cólicos, no hallaba consuelo en ningún lugar y le parecía que le sacaban las entrañas con gran violencia. Fue a visitarle el Santo Padre, le

puso la mano encima, haciéndole la Señal de la Cruz y quedó del todo sano.

Antonia Caraci, mujer de Antonio Pasquini y hermana de Gerardo, estuvo quince días oprimida por un dolor de ijada, con agudísima fiebre, sin poder moverse de un lugar, ni hallar a su mal remedio humano. Fue su marido a comunicar al Santo la enfermedad de su mujer y le respondió: **“Ve, que no será nada, rogaremos a Dios por ella”**. Se fue, pero aumentándose el mal y poniéndola en termino de aborrecer la comida y perder el sueño, volvió Felipe diciéndole: Padre, Antonia se esta muriendo. Le respondió entonces: **“No dudes, te digo que no será así, luego iré yo allá”**. Fue, preguntó a la enferma donde le dolía, señaló ella el lado derecho y Felipe poniendo sobre él la mano, hizo la Señal de la Cruz diciendo: **“No es nada”**. Con lo que al punto la dejaron el dolor, la fiebre y todos los demás males. El marido y otros quisieron publicar el milagro, pero Antonia no lo permitió, diciendo, que lo sentía mucho el Santo, principalmente habiéndola mandado detener dos o tres días en la cama para no manifestar que la había curado en un momento.

Ángela Lippi, estuvo atormentada muchos años, día y noche, de un dolor que la impedía respirar y la había tullido el brazo derecho, de manera que no lo podía mover. La aconsejó su hija Julia, que rogase al Santo y que dijese solo un Padre Nuestro y un Ave Maria por ella, porque sin duda le aprobaría mucho. Se fue Ángela a Felipe y le dijo: Mi hija Julia me ha dicho que os rogase digáis un Padre Nuestro y un Ave Maria por este mal mío. La respondió: **“Porqué no lo reza ella?”**. A estas palabras se retiró Ángela desconsolada, pero Felipe la llama y la dice: **“Ahora bien, recemos los dos juntos”**. Sin haberla dicho ella donde tenía el mal, puso sobre él su mano e hizo la Señal de la Cruz y cesó el dolor en el momento, con lo que volvió a su casa del todo buena sin que la volviese a atormentar aquel dolor.

Virginia, mujer de Juan Bautista Martelli, antes de casarse con él, viéndose muy enferma de los ojos, se fue al confesionario de Felipe y le rogó para que le diese algún remedio para su mal. Tomó el Santo un poco de agua de una garrafilia, la hizo la Señal de la Cruz sobre los ojos y curó.

Maria Paganella, observó que muchas veces se veía libre del dolor de la cabeza con solo hacerle el Santo la Señal de la Cruz sobre la frente, sin decirle ella palabra. Y un día hallándose con dolor de estómago, rogó al Santo que la Santiguase, lo hizo y al punto quedó buena.

Cerca de la celda de Sor Isabel Materia, Monja en el Convento de Torre de Espejos, se hizo una hoya para matar la cal y una noche no echando suficiente agua, para apagarla, se halló toda la celda llena de humo. Al levantarse a Maitines, la causó el humo tan cruel vaguido de cabeza, que la derribaron tres veces consecutivas al suelo. Estuvo enferma cerca de un mes, padeciendo todas las veces que se levantaba la cabeza el mismo mal

de fuerte. Temiendo el médico que muriese de repente, mandó que la velasen. En este tiempo fue el Santo Padre un día a Torre de Espejos y la monja quiso por todos los medios levantarse para verle. Le refirió todo su mal y la respondió: **“No dudes, que te quiero curar”**. Y la apretó con sus manos la cabeza y le hizo sobre ella muchas Cruces. Antes que la dejase, la comenzó a lagrimar uno de los ojos donde sentía más el mal y a salir humor por la nariz, al punto se conoció la mejoría y desde entonces estuvo buena siempre.

CAPITULO II

Milagros de Felipe con el tacto de sus manos.

A cierto caballero romano, le nacieron unos granos en diferentes partes del cuerpo que además del dolor grandísimo le daban sospechas de carbúnculos. Medio espantado, sin saber que hacerle, recurrió al Santo Padre y al entrar en su aposento, antes de le hablase le dijo Felipe: **“Cierra la puerta y enséñame el mal”**. Lo hizo y el Santo puestos los ojos en el Cielo, hizo Oración con su acostumbrado temblor, le tocó dos veces con las manos y al punto sanó. Admirado el caballero, comenzó a dar voces: Milagro, vos sois un Santo, quiero ir gritando por Roma, que sois un Santo. El Padre le mandó que callase poniéndole la mano en la cabeza y no le dejó ir hasta que le dio palabra de hacerlo. Se la dio y la cumplió, pues hasta después de muerto Felipe, no lo dijo.

En el año de mil quinientos sesenta, estando en servicio del Cardenal Boncompaño, después Gregorio XIII, Pedro Victrici, Parmesano, cayó en una gravísima enfermedad, en la que ya desahuciado de los médicos y tenido por todos muerto, lo visitó Felipe. Llegado al aposento y hecha la Oración como solía por el enfermo, le puso la mano sobre la frente a cuyo tacto Pedro volvió luego a cobrarse y en dos días salió de casa, blasonando que había recibido la salud por medio del Padre Felipe. Fue este hombre por esta ocasión devotísimo del Santo, escogiéndole por Padre Espiritual y frecuentando los Sacramentos, confesando y comulgando tres veces en la semana, a la edad de noventa años, colmado de bienes pasó a la otra vida.

A Mauricio Anerio, penitente del Santo, le sobrevino una enfermedad con excesivos dolores de estómago y accidentes mortales. Teniéndolo ya por muerto los médicos, perdida la palabra y el pulso, fue a visitarlo Felipe. Llegando a su aposento, le hace Oración y dice a los presentes: **“Rezad un**

Padre Nuestro y un Ave Maria porque no quiero que muera este hombre por ahora". Luego le toca con la mano la cabeza y el estómago y sin decir palabra se va. En ese mismo momento Mauricio recuperó la salud, le volvieron el pulso y la palabra y cesaron los dolores, en imbecilidad, de tal manera que a la mañana siguiente se levantó de la cama del todo bueno.

Era este hombre, antes que platicase con el Santo, inclinado a las cosas del mundo. Se confesaba raras veces y no pudiendo sufrir que Fulginia, su mujer, se confesase a menudo con Felipe, al fin, llegó a prohibírselo. Ella afligida se lo refirió al Santo y la respondió: ***"No dudes, que tu marido vendrá a confesarse conmigo y será mejor que tú"***. Sucedió así, porque comenzó a confesarse con el Santo y salió hombre de grandísimo espíritu.

Juan Francisco Anerio, hijo de Mauricio de catorce años de edad, llegó a estar desahuciado de los médicos en una enfermedad de fiebres malignas. Estuvo diecisiete días como muerto, sin moverse ni hablar, sin conocer y sin comer bocado y sin dar otra señal de estar vivo que la respiración y calor. Maravillada la Marquesa de Ragona, Julia Ursina, de que un cuerpo pudiese vivir de aquella manera tanto tiempo, quiso ir a verle como cosa prodigiosa. Fue también Felipe compadecido a visitarle, y haciendo rezar un Padre Nuestro y un Ave Maria a los presentes, le puso la mano sobre la frente, donde la tuvo, mientras echado sobre la cama hizo Oración por él. Llamó luego a su madre y la dijo como burlándose: ***"Linda cosa, hacer morir de hambre a este mozo, traerme acá malvasía, que lo quiero curar"***. Se la trajeron, se la puso en la boca del enfermo y al punto comenzó a gustarla y poco a poco la bebió. Volvió en sí y mejorando deprisa en pocos días se levantó de la cama bueno del todo.

Carlos Ursino, joven de trece o catorce años, estuvo por un dolor en el costado desahuciado de los médicos y pasó cuatro o cinco días sin probar alimento. Livia Destri, su madre, mandó llamar al Santo para que viniese a confesar a su hijo ya moribundo. Llegó Felipe, manda salir del aposento a toso y pregunta a Carlos cual es su enfermedad y donde siente el dolor. Le responde que debajo de la tetilla izquierda. Se arrodilla Felipe junto a la cama echándose sobre ella y apretando con la mano el lugar del dolor, tan fuertemente que le pareció a Carlos que le penetraba en las entrañas y sin moverse de aquél puesto le confiesa. Acabada la confesión, viéndolo cansado le dice: ***"Haré la penitencia por ti, no dudes, que no morirás de esta vez"***. Partido Felipe, entra la madre a quién dice el enfermo: estoy ya bueno. Se admiró sin podérselo persuadir. Pero la replica: que estoy bueno, que respiro bien y no siento dolor. Pide de comer, como y duerme muy bien, de manera que por la mañana lo halló el médico con entera salud.

Fabio Ursino, enfermo de fiebres, le salieron postillas y llegó al termino de no poder hablar, ni conocer, recibida la Extremaunción, estaba agonizando. La Marquesa de Rangona, su tía, a quién él había dicho, que tenía mucha fe en Felipe, le mandó llamar en este extremo. Fue el Santo

Padre y le cogió la cabeza, poniéndosela en su seno, con lo que el enfermo recobrando la palabra le preguntó: Quién sois? Soy Felipe, le responde y le pregunta que donde tiene el mal. Responde Fabio, que en el corazón. Y poniéndole la mano Felipe sobre él, lo cual le pareció al enfermo de piedra, al punto comenzó a decir a voces: Mi tía, ya estoy bueno. Luego se sentó sobre la cama y al poco tiempo estuvo del todo libre, con asombro y admiración de los médicos y parientes.

A Juan Bautista Boniperti, le obligó a ponerse en la cama un gran dolor de cabeza. Fue a visitarlo Felipe, le puso la mano sobre la frente y dando dos suspiros, curó al momento.

En el año de mil quinientos noventa, en el que hubo una gran inundación del río Tiber, ocasionó en Roma gravísimas u pestilentes enfermedades. Enfermó de ellas el Abad Marco Antonio Massa, con grandísimo dolor de cabeza, no mejorando con las sangrías, vómitos, purgas ni medicina alguna. Le visitó un día, el Santo Padre, movido por la compasión a su tormento, le cogió la cabeza y se la llevó hacia su pecho. Teniéndola entre sus manos y orando con su acostumbrada exultación de espíritu, le cesó el dolor y la fiebre y curó del todo.

Juan Bautista Cresqui, enfermó de fiebres con tan gran dolor de cabeza, que a su parecer se la amartillaban y vencido por él, a veces le pasaba por la imaginación echarse desde una ventana a un pozo, por librarse de aquella pena, que le obligaba a dar voces de día y de noche, sin hallar remedio. Desconfiado del socorro humano, envió a decirle al Santo que le encomendase a Dios en sus oraciones y le suplicaba que fuera a su casa. Fue Felipe y le rogó Juan que le impetrase de Dios o la disminución del dolor o la muerte, porque ya le faltaba el ánimo para sufrirlo. El Santo, puestas sus manos sobre la cabeza de Juan le dice: ***“Sea devoto de Nuestra Señora y guárdese de pecado”***. En un instante cesó el dolor y dentro de pocos días, también la calentura.

Al mismo, siendo muchacho, se le hincharon los ojos de sangre, de tal manera que no podía ver. Fue a visitarlo Felipe y poniéndole las manos sobre ellos, le dijo: ***“Tú no tendrás mal alguno”***. Al punto quedó curado.

Livia Vestri, mujer de Valerio Ursini, habiendo estado cuarenta días en la cama con vahídos y dolores grandísimos de cabeza, sin aprovecharla ningún remedio, sintiendo algo de mejoría se fue a la Iglesia Nueva a confesarse y cuando estaba en ello le vinieron los vahídos y su confesor la remitió a Felipe. Fue y el Santo Padre, poniéndole la mano sobre la cabeza le dijo: ***“No es nada”***. Le pareció a la mujer, que le penetraban el cerebro, pero antes que se levantase la dejó el dolor en un instante sin que le volviese más tal accidente.

Segismundo Rustici, mujer de Alejandro Vitellesqui, casi siempre padecía jaquecas y muchas veces la obligaba a hacer cama. Acertó a hallarse un día que padecía excesivo dolor, en el jardín de Rustici, junto a

la fuente de Trevi, donde solía tal vez después de los Ejercicios conducir el Santo Padre a sus hijos espirituales, por recreación, y llegando Felipe la apretó con ambas manos, fuertemente la cabeza, con lo que al punto la dejó el dolor, sin que jamás la volviese.

Caterina de Ruissi, hija de Jerónimo, teniendo cinco o seis años de edad, padeció un accidente tan notorio en la nariz, que sin bien con las medicinas que se le aplicaban, parecía mitigarse a los pocos días se renovaba. Su madre viendo que los remedios humanos no la aprovechaban y teniendo grandísima fe en Felipe, determinó llevársela una mañana y lo ejecutó encomendándose de todo corazón. Compadecido de ambas, Felipe tocó a la niña la nariz diciendo: **“Ahora bien, hija no dudes, no tendrás más el mal, no será nada”**. Al punto la comenzó a dejar la enfermedad, quedando en pocos días como si nunca la hubiera padecido y no le volvió más.

Pedro Ruissi, su hermano, estuvo enfermo con intensísimos dolores de cabeza y a instancias y ruegos de su padre fue a visitar a Felipe. Viendo el Santo en Jerónimo mucho deseo por la salud de su hijo, le dice: **“A Pedro le está mejor la muerte que la vida, pero haremos lo posible, para que Dios te lo dé”**. Y poniéndole la mano en la frente le dejó en el momento el dolor. Fue tanta la fe de Jerónimo en el Santo por esta acción, que de allí en poco tiempo, padeciendo Gaspar, otro hijo suyo, grandísimo dolor de cabeza con vahídos y desvanecimientos, lo envió a Felipe para que lo curase y con el mismo medio, le libró del dolor sin que le volviese más.

Victoria Vatesi, oprimida por un gran dolor en la espalda izquierda, que apenas la dejaba respirar y no dejándola dormir y el descanso de la cama, se acordó que otras ocasiones había recibido la salud de Felipe. Acudió a él y le contó su dolor. El Santo la responde desabrido: **“Que vergüenza es esta, no ha de haber que hacer, sino con tus males”**. Casi burlando la pregunta, donde tenía el dolor, ella señala la espalda izquierda y Felipe levantando la mano, la sacude en ella un golpe, diciéndola: **“Ahora bien, no dudes, que ya no tendrás dolor”**. Al instante mismo se sintió mitigar el dolor y antes de llegar a su casa, aunque era vecina, estuvo del todo libre, sin que ningún tiempo le volviese.

A Erfilia Bucca, desahuciada de los médicos, lloraban difunta todos los de su casa, pero Juan Bautista Bucca, su marido, teniendo gran fe en Felipe, le rogó que fuese a visitarla, la vio el Santo y luego dijo: **“Por esta vez no morirá Erfilia, infaliblemente estará buena”**. Se llegó a ella y haciendo oración le puso las manos en la cabeza diciéndola: **“No tengas miedo que no morirás”**. Se sintió tan alegre con la sola presencia del Santo, que aseguró no haberlo estado tanto en toda su vida. Al punto volvió las espaldas el mal y en tres o cuatro días estuvo del todo buena.

Lucrecia Gazi, enfermó de cáncer en un pecho y los médicos resueltos de darle en él un cauterio, la mandaron que no se levantara de la cama. Sin

embargo, pareciéndole cosa terrible padecer el fuego y movida por la fe que tenía en el Santo, se fue a la Iglesia Nueva y le refirió todo lo que le pasaba. La respondió Felipe: **“Pobrecilla, donde tienes el mal?”**. Ella señaló el lugar y le tocó con la mano el Santo diciéndola: **“Vete alegre y no dudes, que no lo tendrás más”**. Se fue a su casa y estando en la mesa, impensadamente comenzó a reconocerse buena y dijo: No siento ya dolor ni dureza, creo haber curado. Reconociéndose el pecho se halló sin cáncer y así cuando vinieron los médicos a darle el cauterio, la hallaron con salud y quedaron admirados.

Jerónimo Moroni, tuvo una hija de doce o trece años, ya desahuciada de los médicos y llorada como difunta por todos los de su casa, ya oleada y dada la orden para su entierro, prevenidos los lutos y paños para la sepultura y el hábito de doncella, resolvieron sus padres llamar a Felipe, esperando algún socorro de su Oración, ya que no en la salud del cuerpo sino en la de su alma, con su asistencia en la última hora. La halló el Santo cuando fue con los ojos cerrados y no hablaba, se acercó a ella y movido del acostumbrado Espíritu, la sopló en la cara y luego como burlándose, la dio un bofetón y tomándola de los cabellos, comenzó a tirarla fuertemente, diciéndola: **“Di Jesús”**. A cuyas palabras Laura, que este era su nombre, abiertos los ojos, pronunciando el Nombre de Jesús, volvió en sí y en un instante comenzó a mejorar y en breve alcanzó enteramente la salud.

Julia Lippi, había padecido dos años seguidos de jaquecas, que le duraban dos y tres días seguidos las veinticuatro horas. Una mañana, trabajada del acostumbrado accidente, fue a oír Misa a la Iglesia Nueva, donde crecido el dolor, no la dejaba moverse por lo que quería volverse a su casa, se sentó a los pies de un confesionario, donde de allí en un momento llegó el Santo Padre. Julia, poniéndosele delante, le dijo: Padre, me quita el ánimo de volver a casa el dolor excesivo que padezco en la cabeza. Felipe entonces, haciendo Oración con su acostumbrado temblor, le cogió con las manos la cabeza, se la apretó un poco y le preguntó como se encontraba. Le respondió: Mejor, pero no del todo buena. Volvió a apretarla por segunda vez y de nuevo la preguntó como se sentía. Ella respondió: Del todo libre. Con lo que Felipe, echándole su bendición, la envió a su casa.

A Caterina Corradiana, la visitó el Santo Padre, estando ya oleada, le puso la mano en la cabeza y luego mandó cantar a algunos músicos que llevó consigo, un motete espiritual, donde se repite muchas veces el Nombre de Jesús. A la música, se veía que la enferma iba recobrando el aliento y en breve vuelta en sí, mejoró y sanó del todo. El Santo al despedirse, dijo: **“Esta mujer debía de morir ahora, pero Dios la deja para que de vuestra familia”**. Estando convaleciente, se le apareció en forma visible el demonio, haciéndola feísimos gestos y diciéndola: Qué ha

venido a hacer acá este Felipazo? Pero encomendándose de veras a Dios, desapareció sin hacerle daño alguno.

Sabiendo Felipe que el Papa Clemente VIII, de feliz recordatorio, estaba en la cama enfermo de gota, se sintió mover el espíritu de alcanzarle la salud para bien de la Iglesia Universal. Fue a visitarle y entrando en el aposento de Su Santidad, le mandó el Papa que no se llegase a la cama, porque el dolor no daba lugar a que le meneasen. Sin embargo, de esto, se fue acercando poco a poco y se metió dentro de los cancelos. El Papa le volvió a mandar que ni se acercase ni le tocase y respondió Felipe: **“Vuestra Santidad, no dude”**, le cogió la mano en la que padecía la enfermedad, se la apretó con afecto grande de espíritu y con el acostumbrado temblor, con lo que el dolor cesó en el momento. Y el Papa le dijo: Proseguid en tocarme, que siento grandísimo alivio. Este milagro, lo contó el mismo Papa, muchas veces al cardenal Baronio, lo refirió en presencia de ocho o diez Cardenales de la Congregación y lo solía contar en prueba de la Santidad de Felipe. Desde entonces, aún después de la muerte del Santo, se sentía mitigar el dolor de la gota, cuando la padecía con encomendarse a Felipe.

Renovó Dios este milagro por medio del Padre Juvenal Anzina, hijo espiritual del Santo y Presbítero de la Congregación, a quien hizo Obispo de Saluzzo, el mismo Clemente VIII, el año mil seiscientos dos, hombre por sus cualidades, raro y por la bondad de su vida célebre, de cuyas singulares virtudes se hace ahora los procesos en Saluzzo. Porque hallándose aquél año, este Siervo de Dios en la ciudad de Fosano, patria suya, Tomás Bava, Prefecto entonces de ella, después Senador de Turín, muy trabajado de la gota en la mano izquierda, cuyos dedos hacía tiempo que no podía menear, fue a visitar al Padre Juvenal, por mitigar algo, con su conversación los dolores. Salió a recibirle el Padre y ante que Tomás le hablase palabra, le dijo: Señor Tomás, lustra gota os atormenta. Nuestro Beato Felipe, la curaba con tocarla de esta manera y fue a cogerle la mano con las dos suyas. La retiró Tomás, temeroso de que le aumentara el dolor, pero dándole ánimo Juvenal, le dijo: No dude. Y le cogió la mano con las suyas, añadiendo: así curó el Beato Felipe a Clemente VIII. Dicho esto no sintió dolor, pudo mover los dedos y la mano. Nunca jamás padeció este accidente.

Un caso semejante al del Papa sucedió a Atilio Tinorzi, porque atormentado de crueles dolores de gota, no podía soportar que lo tocasen. Fue a visitarle Felipe como penitente suyo y le preguntó, cómo estaba. Le respondió: muy malo y le suplicó que no le tocase el pie. Le respondió Felipe: **“No dudes”**, y le tocó el pie, haciéndole la Señal de la Cruz. Con esto cesó el dolor y si bien solía muchas veces aparecerle la gota desde entonces no le molestó más.

Juan Manzoli, afirma de sí, que todas las veces que padeció la gota no usaba otro remedio, que irse al Santo para que le tocara la parte dolorida y al punto le dejaba el dolor.

Era cosa ordinaria curar el Santo la jaqueca, con solo poner sus manos sobre la cabeza. Ángelo Victori de Bañarea, su médico afirma, que muchas veces en lugar de curar él al Santo, recibía del Santo la salud, porque padeciéndola muy a menudo la conocía Felipe muchas veces con solo mirarle y se la curaba con tocarle. No solamente curó su Santa mano el dolor de cabeza y muchas otras enfermedades, que por esto le llamaba el Cardenal Tarugui, ***“Mano Medicinal”***, porque con el tacto consolaba afligidos y curaba enfermos.

CAPITULO III

Milagros de Felipe con la Oración.

Estando para espirar Lorenzo Cristiani, Beneficiario de San Pedro y penitente del Santo, ya recibido el Viático y la Extremaunción y perdida la palabra, fue a verle el Santo padre y con los acostumbrados temblores y exultación del Espíritu, se puso dos veces en Oración, levantándose de ella, dijo: ***“No morirá Lorenzo de esta vez”***. Se llegó a él y poniéndole la mano en la cabeza lo llamó: ***“Lorenzo”***. Abrió los ojos y le conoció y respondió. Hizo Felipe que le trajesen de comer y al punto le dejó la fiebre quedando con admiración de todos, con la salud recobrada, de forma que hallándose bueno, Pedro Crespo su médico, dijo a voz en grito: Este es un gran milagro. Pero sabiendo que había estado allí el Santo padre, repitió: no hay que admirar, porque Felipe es un Santo.

Bartolomé Fugini, Romano, en una gravísima enfermedad, desahuciado de los médicos, oleado y perdida la palabra, llegó al extremo de su vida. Le preguntó Felipe al Padre Ángelo Velli, su confesor y le respondió: camina y el médico ha dicho que no llegará a mañana. Estaban en esto presentes muchos Padres, a quienes el Santo dijo: ***“Queréis vosotros que este joven muera, o no?”***. Respondieron todos: deseamos que viva si es posible. Replicó el Santo: ***“Ahora bien, decid cinco veces el Padre Nuestro y cinco el Ave Maria esta noche por él que Dios nos ayudará”***. Por la mañana envió el Padre Ángelo Velli a saber como estaba el enfermo y lo encontraron del todo bueno.

Barsum Arcediano de Alejandría, enfermó de fiebres continuas con vómitos de sangre, llegó al término de su vida, ya que los médicos le

tenían por incurable. Jerónimo Vequieti, que lo había traído de Egipto a Roma, se fue a San Felipe y lo halló revestido para decir la Misa, le encomendó a Arcediano, rogándole que se acordase de él durante la Oración. Lo hizo el Santo y al tiempo mismo de la Misa, se durmió Barsum y reposó durante tres horas, si bien había pasado tres días con sus noches sin hacerlo. Mandó después Felipe que se le trajesen y Jerónimo fue a hacerlo levantar de la cama diciéndole, que el Padre Felipe lo quería ver. Le respondió, que era imposible levantarse. Jerónimo le replicó: que se levantase en todo caso porque así lo había mandado el Padre. Confiado Barsum en estas palabras, se levantó, lo llevaron en coche al Santo, que viéndolo fue a encontrarlo y le abrazó estrechamente con gran ternura. Con esta acción se sintió corroborar los espíritus el Arcediano y rogó a Felipe, prosiguiese la Oración por él, teniendo fe que alcanzaría lo que quisiese, como él decía, de Dios excelso. Respondió Felipe, que lo haría de muy buena gana y lo envió al Cardenal Federico Borromeo juntamente con Jerónimo. Después de haber hablado el Cardenal, dijo Barsum a Jerónimo: yo estoy bueno. Dentro de pocos días convaleció de manera que no le conocían y algunos burlándose decían que por ningún caso era Barsum sino otro que se le parecía.

Fuese este Arcediano entonces a Alejandría y vuelto otra vez a Roma, teniendo audiencia del Papa Clemente VIII, en presencia de muchos Cardenales y Prelados, refiriendo en una Oración Latina todos los favores y beneficios que había recibido en Roma, puso entre ellos el haberle restituido la salud Felipe.

Juan Manzoli, a la edad de sesenta años, padecía disentería, con fiebre continua y pestilencial, de suerte que los médicos le tenían por sin remedio. Ya oleado y casi perdida la palabra, dijo como pudo a un sobrino suyo: Ve y dile al Padre Felipe, que me envíe su Padre de la Congregación, para que me recomiende el alma, que me de sepultura donde quisiere y que ruegue a Dios por mí. Dio el recado el sobrino al Santo y le envió al Padre Matías Massei. Habiendo dicho los médicos en aquél intervalo, que espiraría dentro de una hora, se hizo la prevención de los lutos, se avisó a la Cofradía de la Misericordia para acompañar al día siguiente el cuerpo. Por la mañana, Monte Zarzara y otros de la Cofradía, dijeron al Santo, que Manzoli estaba muerto y respondió Felipe: **“No ha muerto, ni morirá de esta enfermedad”**. Llamó al Padre Massei y le preguntó: **“Qué hay de Manzoli?”**. Respondió: he vuelto esta mañana y he entendido que está muerto. El Santo replicó: **“No es así. Manzoli está vivo, vuelve y entérate como está y mira que lo veas con tus propios ojos”**. Fue y lo halló muy bueno. Había Felipe aquella noche orado por él y sabía que le impetró la salud de Dios.

Aquí no es razón pasar por alto, que muchos años antes, había rogado Manzoli a Felipe que estuviese en su muerte y le respondió el Santo: **“Yo**

moriré primero que tú". Cosa que repitió después en diferentes conversaciones. Sobrevivió Juan Manzoli a San Felipe muchos años.

Estando Alejandro Corvino, persona principal y práctica en la Corte, muy apretado, dijo el Santo una mañana: ***"Es menester ayudar a Alejandro"***. Se encaminó con alguno de sus penitentes hacia su casa. Llegó al aposento, dijo Misa en él. Que en aquellos tiempos se daba permiso, en algunos casos para decirla en los aposentos de los enfermos, ofreciéndole rogar por él y le sobrevino tan gran devoción, tanta copia de lágrimas, con suspiros tan vehementes, que se echaba de ver el deseo de alcanzar de Dios lo que le pedía. Acabada la Misa se llegó hasta el enfermo y le dijo: ***"Estad con buen ánimo, que estaréis bueno"***. Y se fue. Después de dos horas se levantó, salió de casa con admiración de los que le habían visto enfermo.

Visitando Felipe a Pompeyo Paterio, sacerdote de la Congregación, en una grave fiebre, después de haberlo reconciliado, le puso las manos en la cabeza y con el acostumbrado temblor, hizo un poco de Oración, diciéndole: ***"No dudes"***. Al punto le dejó la fiebre y aunque los médicos le habían mandado que no comiese hasta cierta hora, conociendo tener apetito, comió quedando del todo curado.

Yendo Felipe una vez hacia Nuestra Señora del Pópulo, con algunos de sus hijos espirituales, entró en el Hospital de Santiago de los incurables, donde halló un enfermo, en el extremo de su vida, sin comer, ni hablar, con la lámpara que suelen poner en la cabecera a los agonizantes. Felipe con los acostumbrados batimientos de Espíritu, se puso en Oración por él, mandando que la hiciesen todos los que iban en su compañía. Luego les mandó que se sentasen en la cama, con lo que al punto el enfermo volvió en sí y el Santo ordenó que le diesen de comer y se fueron. A la mañana siguiente, fue uno de ellos a ver al enfermo y lo halló bueno del todo.

Victoria Varesi, tuvo una fluxión en la mano derecha con dolores fríos, que difundiéndose por todo el brazo, le hinchó la mano hacia el dedo pulgar. Viéndose casi encogidos los nervios y que en vez de mejorar, la empeoraban diferentes remedios que se aplicaba, acudió al Santo Padre en quien tenía gran fe y le dijo: Padre yo siento que este humor se me extiende por todo el cuerpo, ya casi me ha mancado la mano y temo perderla, estoy casi desesperada. Felipe entonces, tocándole la mano enferma, levanta los ojos al cielo y con el temblor de corazón acostumbrado, apretando la parte lesa le dice: ***"No dudes, que estarás buena"***, y la despide. Llegada a su casa, dudando si reconocería el mal y echaría el parche o si proseguiría en medicarse como antes, últimamente resuelta dijo: No tengo yo a Felipe por Santo y verdadero Siervo de Dios? No he puesto en él la esperanza de recobrar la salud?. Pues para qué he de dudar?. Echó el parche en el fuego y al punto mismo empezó a mover la mano, ponerla en el agua y hacer cuanto estando buena y sin otro medicamento, se halló de nuevo con muy buena salud.

Juan Bautista Guerra, hermano de la Congregación, apareciendo una vez a media noche en la Capilla de la Piedad, en la Iglesia, cayó por una escalera de veinticinco palmos y dando con la cabeza sobre la losa de una sepultura, quedó como muerto. Los médicos juzgaron que no tenía solución y algunos fueron del parecer que se manifestasen las heridas y se barrenase el hueso. Refirieron el suceso a Felipe y mandando que se rogase por él, se retiró en Oración. Vino después el médico y diciéndole a Felipe que las heridas eran mortales, respondió sonriendo: ***“Yo no quiero que Juan Bautista muera por esta vez y rogaré tanto a Dios por él, que me lo concederá”***. Así fue, pues aquella noche, después de la Oración del Santo, durmió bien el enfermo y despertó a la hora acostumbrada, queriendo vestirse para ir a trabajar, sin acordarse de la caída. Le hicieron volver a la cama los médicos donde estuvo esperando la fiebre y de ninguna manera volvieron.

Bertino Ricardo de Vercelli, hermano de la Congregación, enfermó de tan maligna calentura, que al punto le dio frenesí y le sacó de juicio. Viéndolo el Santo padre cercano a la muerte, sin haber acomodado sus cosas, ni recibido los Sacramentos, le visitó e hizo Oración por él a este fin. Al punto volvió en sí perfectísimamente y se confesó muy bien. Comulgó de la mano del mismo Santo e hizo testamento. Acabado todo volvió el frenesí y poco después, recibiendo el Santo Óleo, murió.

Lo mismo le sucedió a Flaminia Gallonio, hermana de Antonio Gallonio, Presbítero de la Congregación, porque estando frenética, volvió en sí por la Oración del Santo, para disponer de las cosas de su alma y murió.

Otro caso semejante sucedió en el Hospital de Sancti Spiritus, donde entrando Felipe un día, con muchos de sus hijos espirituales, les dice, vamos donde me quiere el Señor y se encamina hacia el cuartel de los heridos diciendo: ***“No se que me siento en el corazón, que me llama allá”***, llega al lecho de un enfermo a quien no conocía, lo halló casi espirando, hace Oración, le pone la mano en la frente y al punto vuelve el enfermo en sí, comienza a hablar, se confiesa y comulga, con grandes señales de contrición, que no había dado lugar de hacerlo el mal y oleado, dando gracias a Dios por el beneficio tan grande recibido por medio de aquél Sacerdote a quien no conocía, acabó devotamente su vida.

Finalmente, por la unión continua que tenía Felipe con Dios en la Oración, no solamente le concedió la gracia de librar a otros de enfermedades, sino que guardó su persona de muchos peligros. Iba un día con algunos de sus penitentes a las Siete Iglesias, y sobrevino tan tempestuoso temporal de agua que les obligó al volverse del camino de San Pablo. Al pasar por la Marmorata, cayeron de la carroza con los caballos en una hoya, que había cubierto la gran cantidad de agua caída y juzgando hecha pedazos la carroza y muertos los caballos, salieron aunque con

dificultad, por la popa. El Santo Padre se fue a rezar a Santa Maria in Porticu y los demás a buscar búfalos para sacar la carroza, pero hecha la Oración por el Santo, sin ayuda ninguna salieron de un golpe los caballos y el coche fuera de peligro sin daño alguno.

Otra vez volviendo de las Siete Iglesias, con algunos penitentes suyos, se apearon todos del coche, quedando solo en él Felipe, y al pasar por un estrecho puente, viendo ellos las dos ruedas de una parte en el vacío, y las otras dos sobre el puente, dieron voces: Jesús, Jesús. Pero la carroza pasó como si las cuatro ruedas hubieran caminado sobre firme, cosa que todos atribuyeron a la santidad de Felipe y su continua Oración, principalmente cuando vieron que prosiguiendo el viaje, pasó así mismo con toda seguridad por un foso grandísimo, aunque los que le seguían juzgaban caso forzoso precipitarse si pasaba, como sucedió a un coche de señoras, que no queriendo dejar de pasar, aunque las avisaron, se hizo pedazos la carroza. Murió un caballo, una de ellas se quebró una pierna y otra un brazo.

CAPITULO IV

Milagros de Felipe mandando al mal que se fuese.

Enfermó Anna Marona, mujer de Mateo Massa y en pocos días empeoró de tal manera que todos la juzgaron y lloraron difunta. Fue a verla Felipe, puso sobre ella la mano y con su acostumbrado temblor, la llamó, diciéndola: ***“Anna, di así conmigo: Señor, Felipe me ha mandado de vuestra parte que no muera, porque no quiere”***. La mandó repetir muchas veces estas palabras y al punto comenzó a mejorar curando en breve del todo.

Maria Félix de Castro, monja de Torre de Espejos, había padecido durante cien días, fiebres continuas y sintiendo faltarle la vida, hizo llamar al Santo padre. Fue Felipe, la preguntó que mal tenía y respondió que fiebres. El Santo la replicó: ***“Confía en Dios y no dudes”***. Volvió a preguntarla: ***“Qué quieres?”***. Ella respondió: curar. Y entonces Felipe, poniendo la mano sobre la cabeza durante un rato, le dice a esta fuerte: ***“Calentura, yo te mando que dejes a esta criatura de Dios”***. Desde aquel día no volvió.

A Segismunda Capozuqui, también Monja en Torre Espejos, la atormentó una cruel “cuartana” desde el mes de Agosto hasta el fin de año, en cuyo día yendo el Santo al Monasterio, se le encomendó Segismunda, rogándole que hiciese Oración para que no la volviese y él,

levantando la mano, dijo: ***“Ahora bien, desde mañana, ya no quiero que vuelva”***. Y así sucedió.

Un día estando con él un montón de hijos espirituales, llegó otro encomendándole un enfermo. ***“¿Queréis que le curemos?”***. Le responden todos, que si. Y él dice al que le encomendó: ***“Ve, dile que no quiero que muera”***. Así sucedió entonces y muchas otras veces era lo mismo, cuando decía: ***“Quiero que sane fulano”***.

Enfermó el cocinero de la Congregación, hombre de Santo espíritu y tan favorecido de Dios, que cuando lavaba el pescado y se le ofrecía ir por otra cosa, mandaba a los gatos que se lo guardasen y le obedecían, y por amarle mucho el Santo, mandó a Baronio que le asistiese en esta enfermedad hasta la muerte. Causó a Baronio calentura el sobrado trabajo de la asistencia y Felipe le envió un recado, que despidiese la calentura de su parte. Baronio, entonces, lleno de su Santa Confianza, lo hizo con estas palabras: Calentura, te mando de parte del Padre Felipe, que me dejes, al punto le dejó libre y se vistió.

A Antonia Raydi, dijo Felipe una vez: ***“Mira que no enfermes sin mi licencia”***. Con esto, ella, cuando se sentía un poco indispuesta, se iba a preguntar al Santo si era su voluntad que enfermase, si la respondía que no, el mal la dejaba y esto ocurría muy a menudo.

Visitando a Lucrecia Violi, muchos días enferma de calenturas, la mandó que a la mañana siguiente, fuese a escuchar Misa a San Jerónimo. Cosa admirable, aquella noche curó del todo y por la mañana obedeció al Santo.

Alejandro Iluminati, hermano de la Congregación, que asistía al Santo en sus enfermedades, se le rompió una vena del pecho, lo supo Felipe, le mandó llamar y le dijo estas palabras: ***“Yo no quiero que tengas mal”***. Desde entonces, no escupió sangre y estuvo tan bueno como antes.

Lo mismo le sucedió a Pedro Focile, porque estando ya en la muerte, fue a visitarle el Santo, salió su madre a recibirle, diciendo: Padre, ayudadme, que mi hijo se muere. Y no murió, solo con responderla Felipe: ***“No dudes, que yo no quiero”***.

Un sacerdote de San Jerónimo, le rogó para que fuese a visitar a un enfermo, llamado Ambrosio, que contrechó no podía sentarse en la cama sin ayuda de muchos. Fue Felipe y llegando, le mandó que se levantara, al punto le obedeció, sentándose sin que nadie le ayudara. Y los de la casa dieron voces: Milagro, milagro. Desde ese momento y al poco tiempo salió de la cama del todo bueno.

CAPITULO V

Milagros de Felipe con diferentes medios.

Francisco Maria Tarugui, Presbítero de la Congregación, aconsejó a Torcuato Conti, en una grandísima enfermedad, que se confesase con el Padre Felipe, porque así curaría. Le obedeció Torcuato y en la mitad de la confesión le dejó el mal, quedando del todo bueno.

Un labrador vino de Palombaro a Roma con una enfermedad que no le dejaba descansar ni de día ni de noche. Deseó curar, encomendándose a las oraciones de Felipe. El Santo no le dio otro remedio que la confesión y luego curó. Entendiendo el suceso, algunos del mismo lugar que padecían la misma enfermedad, vinieron al Santo diciéndole: También queremos curar nosotros como fulano. Felipe, vista su sencillez los confesó y consolados los envió a su casa.

Eugenia Mansueti, de Colescépoli, padeció durante dieciocho meses una hinchazón tan grande en la nariz, que se escondía para que nadie la viese. Vertía por ella sangre y de una llaga que se le hizo dentro, muchísima materia. La aplicaron muchos remedios, pero sin ningún provecho. Lavaba esta mujer los parches en una fuente que tenía el Santo y viendo uno muy teñido de sangre, con gran devoción y fe, se lo puso sobre la nariz. En ese mismo instante, curó del todo, sin sentir más dolor en esa parte.

A Lucrecia de la Cítara, preñada de cuatro meses, la sobrevino gran flujo de sangre, la aplicaron los remedios posibles, pero todos en vano. La llevó Casandra Raidi amiga suya, que lavaba la ropa del Santo, una cofita suya, diciéndole, que se la pusiese encima y que tuviese fe en la bondad y santidad de Felipe, porque curaría. Obedeció Lucrecia y al punto le cesó milagrosamente la sangre, sin darla más pesadumbre. Conoció Felipe en Espíritu el milagro a imitación de Cristo, que sintió a la mujer que le tocó la fimbria, mandó a Antonio Gallonio, que cobrase toda la ropa de Casandra y a ella la reprendió ásperamente. No podía sufrir que se hiciese estimación de cosas suyas.

Esteban Calcinardi, estuvo treinta días con calenturas continuas y tan gran flaqueza de estómago, que no podía retener la comida. Recibido el Viático y la Extremaunción, lo visitó el Padre Francisco Zazzara y le dijo, que traía algunos cabellos del Padre Felipe, aún vivo, y que si tenía firme fe, de que como verdadero Siervo de Dios, le impetraría la salud, se los pondría encima. Aceptó Esteban la condición y con fe viva se los puso sobre el estómago, luego durmió una hora y comió después sin devolverlo,

al mismo tiempo se le quitó la calentura y en cuatro días estuvo perfectamente bueno.

Vino a Roma a casa de Monte Zazzara, Hércules Cortesini, Mercader de Carpi y oyendo hablar de la Caridad, virtudes y milagros de Felipe, se sintió con el deseo de verle y hablarle. El Padre Francisco Zazzara, lo llevó consigo a ver al Santo padre, en cuya presencia se arrodilló el mercader, pidiéndole la bendición y encomendándose con todo afecto a sus oraciones. Salió después diciendo: me parece haber visto un Santo, a su primer aspecto, me ha dado un temblor por todos los espíritus. Concibió este hombre tal devoción a Felipe, que en todo caso quiso llevarse alguna cosa suya por reliquia. Le dieron un par de escarpines y de los cabellos y pudo tanto con el santo, que le sacó un Rosario. Partió Hércules a Carpi, patria suya, en el mes de Agosto y si bien de ordinario solía ir a caballo quiso entonces irse a pie. Llegado a su país, le sobrevino un grandísimo dolor de cabeza, con un desasosiego tan terrible, que no hallaba descanso. Se acordó de las Reliquias y mandó a su mujer que las sacase de la maleta y se las pusiese sobre la frente. Ella viendo los escarpines e fieltro se puso a reír diciendo: que queréis hacer con esto?. Obedece, dijo él, que yo sé lo que hago. Mientras la mujer se los puso sobre la frente, el hizo esta Oración: Os ruego Señor, por la devoción que tengo al Padre Felipe de la Iglesia Nueva, queráis curarme de estos dolores. Apenas hubo acabado la oración, cuando se le fue el desasosiego y el dolor de cabeza, sin que le volviese más.

En un sobrino de este hombre, sucedió otro milagro con las mismas Reliquias, porque estando casi a la muerte por un dolor del costado, con fiebres muy altas, le pusieron uno de aquellos escarpines sobre el costado y al contacto con el, cesó la fiebre y curó del todo.

El Padre Germánico Fideli, fue a visitar de parte del Santo a Patricio Patrici, enfermo de dolores por cólicos y de estómago, le dijo Patricio: sabed Padre Germánico, que esta noche me crecieron mucho los dolores, hasta el punto de creer morirme y no sabiendo que hacer me acordé del padre y le dije encomendándome a él, como si estuviera presente: padre Felipe, ayudadme y rogad a Dios por mí. Dichas estas palabras, al punto se fue el dolor y ahora estoy bueno.

El mismo germánico, apretado por una enfermedad que le impedía hacer aguas, viendo que con los remedios no sentía alivio, acudió con gran fe a las oraciones del santo, diciéndole: Padre, con vuestras oraciones, si queréis, podéis curarme. Respondió Felipe: **“No dudes, que curarás”**. Dejadas las medicinas curó más tarde.

CAPITULO VI

Felipe libra a muchísimas mujeres de los peligros del parto.

Tenía Felipe gracia particular de Dios en librar a las mujeres de los peligros del parto. Isabella Bacioca, de Novara, preñada de ocho meses, abortó quedando con gran peligro para su vida. Se lo escribió a Juan Bautista Boniperti, que se halaba en Roma y él se la encomendó al Santo padre. Le respondió: ***“Escribe a tu cuñada, que no quiero que aborte más”***. Lo hizo y no salió de aquel peligro entonces, pero tuvo doce hijos con felicísimos partos.

A Delia Buscalla, de la Ciudad de Vincenzo, mujer de Gaspar Brissio Paduano, músico del castillo de Santángelo, preñada de siete meses y entrada en el octavo, le dieron los dolores del parto y echó media criatura fuera muerta, con un desmayo tan grande, que parecía haber muerto, sin sentirsele nada más que latir un poco el corazón, tan fría que no fue posible calentarla. Llamaron a los médicos, pero la comadre dijo que no había necesidad de otro médico más que Dios, advirtiéndole, que si acababan de tirar de la criatura, la sacarían a pedazos y moriría la madre. Dejando a Delia en este estado, fue su marido a diferentes partes a hacer rogar por ella. Luego se fue al Santo Padre y refiriéndole la apretura en la que estaban, le rogó que fuese a verla. Fue Felipe y llegando al aposento puso su sombrero sobre ella, levantó las manos al Cielo y arrodillado dio voces con suspiros y lágrimas: ***“Todos se arrodillen y digan cinco veces el Padre Nuestro con cinco Ave Marías”***. Luego se puso en pie y llegándole al oído la enfermedad la llamó con voz crecida: ***“Delia”***. A esta voz, vuelta en sí, como despertando de un profundo sueño, respondió: Padre, que queréis?. Dijo dos veces Felipe: ***“Que seamos Santos”***. Dios lo haga, replicó ella y luego: estoy muy enferma Padre. La respondió Felipe: ***“No dudes que no tendrás mal”***. La hizo la señal de la Cruz y salió del aposento, tomando a su marido de la mano, cuando estuvo a mitad de la escalera, le dijo: ***“Vuelve arriba, porque Delia tu mujer, ha recibido la gracia y sed buenos”***. Subió y la halló echada la criatura sin dolor y estaba fuera de todo peligro de muerte. La misma noche se levantó, como si no hubiera padecido mal alguno.

A esta misma enferma, una vez del mal de costado, le envió a decir el Santo por su marido: ***“No dudes, que no morirá, porque la noche misma le había dejado el mal, aunque ella no lo había advertido”***. Mostró el suceso la verdad.

A Faustina Capozuqui, mujer de Domicio Cequini, preñada de siete meses le sobrevino una enfermedad cruel que en veintidós días, la redujo a

la muerte, desahuciada de los médicos. La visitó el Santo padre y Tocándola, vueltos los ojos al Cielo, dijo estas palabras: **“Señor, yo quiero, el alma de este parto, yo la quiero Señor”** y se fue. De allí en poco tiempo nació una niña, que alcanzando el Bautismo, se fue con su madre al Cielo.

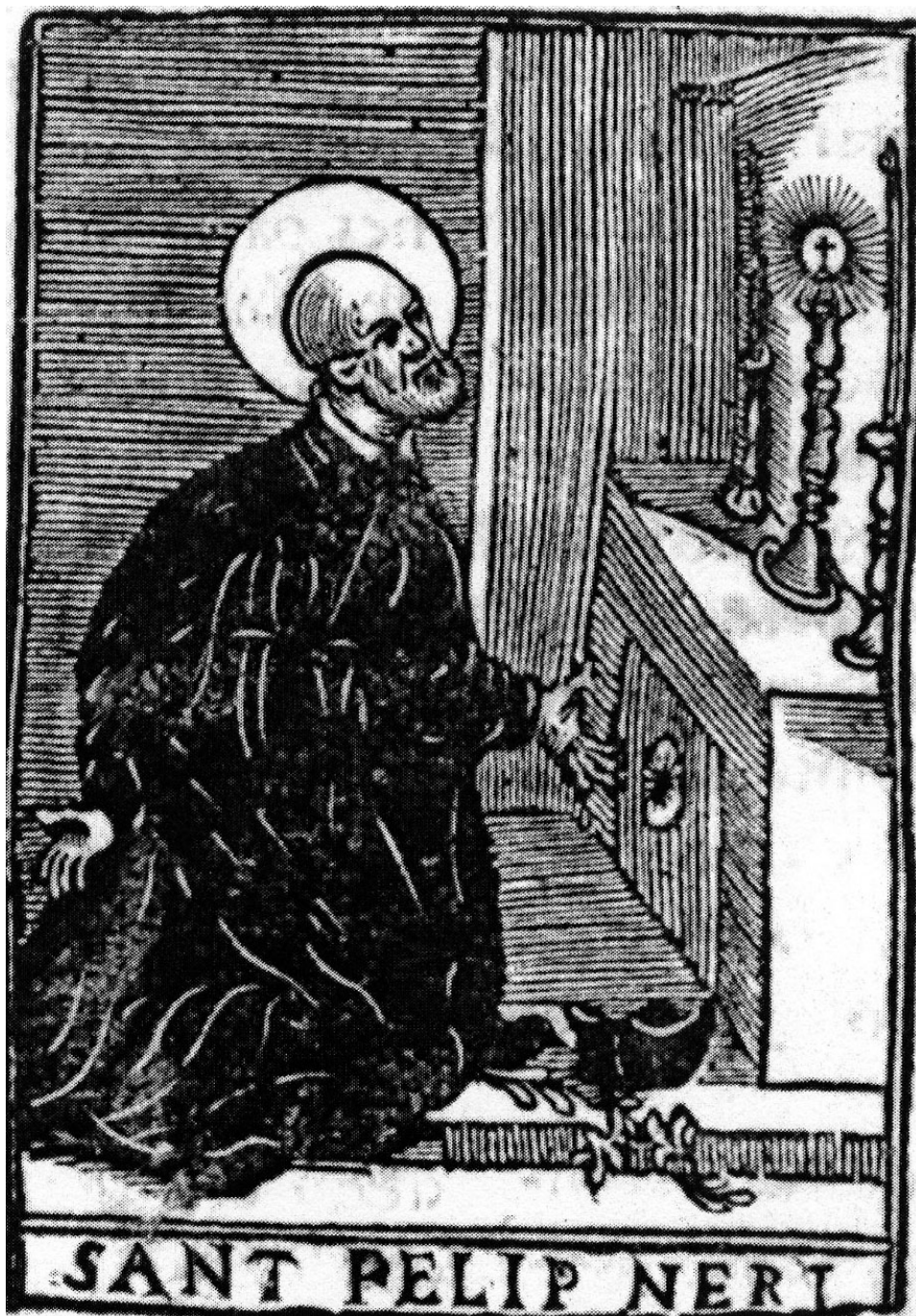
Olimpia Troyani, estaba tan al extremo de su vida, por no poder parir, que los suyos la lloraban como muerta. Afligidos, sin saber que hacer, como último remedio, enviaron a buscar a Felipe, a quien tenían por Santo y por hombre milagroso. Llegó allí y compadecido de Olimpia y de la criatura, para que no muriese sin Bautismo, hizo Oración primero y luego le puso la mano encima y se fue del aposento. Al punto parió Olimpia con grandísima facilidad una niña que alcanzó el bautismo y ella recobró la salud.

A la mujer de Juan Francisco Bucca, le dio melancolía estando preñada, de que había de morir en el parto sin falta y se le imprimió de tal manera en la imaginación, que nada bastaba a quitárselo de encima. Esto le causaba tan gran desasosiego que no había manera de tranquilizarla. Una mañana, saliéndose de la Iglesia Nueva, se encontró al Santo Padre, junto a la pila del agua bendita y la dijo: **“Mira que se ha puesto esta loquilla en la cabeza”**. Le puso la mano sobre ella, diciéndola: **“No dudes”**. A estas palabras sintió como le desaparecía la melancolía y se fue a su casa, alegre. Después de diez o doce días parió con grandísima facilidad.

Fueron muchísimas las mujeres, que por sus oraciones parieron felizmente. Y es de ponderar que en estos casos, no solía rogar a Dios condicionalmente, como de ordinario hacía con lo demás. Cuando veía peligro de que la criatura no alcanzase el Bautismo, rogaba a Dios sin condición: **“Señor, concededme esta gracia”**. Pero porque no se le atribuyese el milagro, llevaba consigo una bolsa que decía que era de Reliquias y que con experiencia, no la había puesto sobre mujer, que anduviese de parto, que o ella o la criatura no hubiesen librado bien.

Cleria Bonarda, mujer de Claudio Neri, a quien todos los partos la ponían en peligro evidente de la vida, rogó una vez al Santo la ayudase en lance tan apretado. No le dio otro remedio, que enviarle la bolsa de las Reliquias y parió tan felizmente, que apenas pudo advertirlo. Lo mismo les sucedió a muchas otras.

Después de la muerte del santo, desenvolvieron aquella bolsilla, deseando muchos saber que es lo que había dentro y hallaron después de siete u ocho envoltorios solo un purificador con una crucecita de seda encarnada en medio y una medalla con la efigie de Santa Elena, de las que ponen a los niños en el cuello. De donde se infirió, que el Santo se valía de ella, para encubrir su santidad.





LIBRO SEXTO

DE LA VIDA DEL GLORIOSO

PATRIARCA SAN FELIPE

N E R I.

REFIERENSE SUS MILAGROS
después de muerto.

CAPITULO I

Milagros con los interiores de Felipe

No solo se complació la Divina Bondad, en ilustrar a su Siervo con tantos milagros como hemos referido, estando aún vivo, pero quiso para mayor confirmación de su santidad, hacerle glorioso en ellos después de muerto, con tan grande número, que para referirlos todos, sería menester hacer otro volumen como este. Me contentaré con escribir los más importantes, de donde se podrá fácilmente colegir, que admirable ha sido el don de milagros en Felipe antes y después de su muerte, o por mejor decir, como quería el Santo que se dijese, cuan admirable se ha mostrado Dios en su Santo.

Sor Teodosia del Duque, religiosa de Santa Lucía in Sílice en Roma, padeció quince años continuos un achaque de bazo, tan penoso que le impedía la respiración y le causaba grandísima inquietud de estómago. Por tal motivo se llevaron al Convento algunas Reliquias de San Felipe, entre las cuales había de sus interiores, se las puso la monja con gran fe y devoción la parte doliente, encomendándose de corazón al Santo y al punto quedó libre sin padecer desde entonces semejantes accidentes.

Juan Antonio Lenmaro, Mercader Napolitano, estando en la cama, apretado de dolor de ijada, al que había aplicado por orden de los médicos, muchos remedios sin provecho, se encomendó de todo corazón a Felipe, cuyo retrato tenía en su aposento. Se acordó su hija, de la Reliquia de sus Intestinos, que le habían dado los Padres de la Congregación de Nápoles y le persuadió que tomase algo de ella, en un poco de vino, con fe firme de que le ayudaría el Santo, rezando tres veces el Padre Nuestro y tres el Ave Maria. Tomó su consejo el padre, pero no pudo por el dolor, congoja e imbecilidad rezarlos nada más que una, hizo poner la imagen del santo delante de sí y le invocó en su socorro, bebiéndose la Reliquia con el vino. Con esto se durmió al punto, hallándose cuando recordó tan bueno que admirado y lleno de gozo, corrió al cuadro besándolo muchas veces desecho en lágrimas y haciéndoselo besar a todos los de su casa. Envío después un voto de plata a la Capilla del Santo de la Iglesia de la Congregación en Nápoles. Ordeno que toda su familia, ayunase cada año su vigilia y él además de esto tomó por devoción rezarle cada mañana el Himno: “Iste Confessor”.

Lucrecia, hija de Antonio, enfermó en Nápoles de esquinencia, la cual le hinchó toda la garganta y le impidió el habla, de suerte que dudaba por su vida. Se acordó su padre del milagro que el Santo hizo en su enfermedad, con sus interiores. Puso la misma Reliquia sobre la cabeza de su hija, diciéndola que era aquella la Sagrada Reliquia del Beato Felipe, su devoto, que tuviese fe en él y le rezase un Padre Nuestro y un Ave Maria. Obedeció Lucrecia y a la mañana siguiente se halló sin dolor, sin inflamación y se levantó de la cama como si no hubiera tenido mal alguno.

A Juan Jaime Lenmaro, pariente de Juan Antonio, estando con mucho dolor de gota, enfermedad que solía padecer durante quince días y más de una vez, le aconsejó Juan Antonio que tomase un poco de agua, tocada con la Reliquia del Santo, la bebió y se durmió y por la mañana se halló libre de la enfermedad. En agradecimiento envió luego un cirio dorado a la Capilla del Santo de la Congregación de Nápoles.

Sor Gertrudis Tartallina, del Monasterio de Santa Lucía in Sílice, padeció durante mucho tiempo una opilación con fiebre y dolor de cabeza, que la redujeron a inapetencia grande y a perder el conocimiento. En este tiempo, pidiendo con señas la Extremaunción, llegó Sor Jerónima Marconi, con algunas Reliquias de los interiores del Santo Padre, que hasta entonces habían estado fuera del Convento y dijo a la enferma: he aquí las Reliquias que con tanta instancia y devoción pedíais, donde hay de los Santos Intestinos del Padre Felipe de la Iglesia Nueva. La enferma, si bien oyó lo que la dijeron, no pudo responder, pero se encomendó al Santo devotamente con el corazón y la monja le puso encima las Reliquias. Antes de que pasara un cuarto de hora se encontró consolada, comenzó a ver, a hablar, a conocer y a dar gracias a Dios, diciendo muchas veces con gran

afecto: Estas Santa Reliquias, me han curado. Las monjas al principio, juzgaron tan repentina mudanza o por mejoría para la muerte o por delirio. Pero perseverando en ella, en breve la vieron del todo buena y no solo libre de aquella enfermedad, sino de unos desmayos que por espacio de un año, todos los días por la mañana y por la tarde, había padecido.

CAPITULO II

Milagros con los cabellos de San Felipe. Resucita a un muchacho difunto con ellos.

Muchos, mientras vivía el Santo, tomaron en diferentes ocasiones, cantidad de sus cabellos y los guardaron como preciosas Reliquias, con los que también ha querido la Majestad Divina obrar muchos milagros. Enfermó de fiebres, Caterina Lotia, mujer de Jerónimo Martiñon, Milanés, estando preñada de ocho meses le dieron los dolores del parto y echó un hijo con la cara toda negra, muerto. La madrina que era mujer muy experimentada, se lo puso en el seno e hizo las diligencias posibles, por ver si lo estaba verdaderamente y conociendo que era así, afligida de que la criatura hubiese muerto sin Bautismo, la encomendó a Nuestra Señora y luego acordándose de que tenía algunos cabellos del Santo padre, los puso sobre el niño, diciendo estas palabras: Oh San Felipe, rogad a Nuestra Señora, quiera resucitar a este hijuelo, para que pueda recibir el Santo bautismo. Al punto resucitó y fue bautizado con el nombre de Juan Pedro. A los cinco días murió la madre y después de veinte el hijo.

Tenía aquella madrina tanta devoción a los cabellos del Santo Padre y los estimaba tanto, que no los cambiaba por ningún tesoro. Y el marido de Caterina, haciendo reflexión sobre el milagro, concibió tanta fe con el santo que se lastimaba que no hubiesen puesto los cabellos sobre su mujer, teniendo por infalible su vida, si la hubieran tocado.

Antonio de Parma, Genovés, tenía una hinchazón dentro de las entrañas, que le causaba crueles dolores y le parecía no haber sentido cosa como aquella en su vida. No le dejaba sosegar día y noche y los médicos no conociendo la causa, le aplicaban medicamentos contrarios. Después de muchos días agravada sobremanera la enfermedad, sin poder resistirse, llegó al extremo tenido por todos por muerto. Camillo Reli, su compadre, le puso al cuello algunos cabellos del Santo padre que tenía, diciéndole: Tened fe en estas Reliquias, que son del Beato Felipe y encomendaos a él de todo corazón. Al punto comenzó a mitigársele el dolor. A la mañana

siguiente salió de casa, admirando a cuantos le veían vivo, cuando pensaban verle en la sepultura.

En el Convento de San José de la Ciudad de Nápoles, había padecido Sor Inés Minutula, diferentes enfermedades, en particular histérica, con una fluxión tan mordaz y abundante que le causó una llaga maligna y hedionda, a la que se juntaba calentura continua con desmayos y una antigua opilación. La visitaron tres médicos de los primeros de Nápoles y aplicaron diversos medicamentos, para mitigar el cruel dolor, que no solo no templaban, pero le crecían y aumentaban la fiebre, con lo que la dejaron por incurable. De allí en pocos odias, visitándola uno de los médicos, Jerónimo Tomasi, y hallándola sin fiebre y sin dolor, totalmente buena, la preguntó admirado, qué remedio le había hecho y le respondió: habiéndome vos dejado, me trajo el Padre Antonio Talpa, de la Congregación del Oratorio, cabellos del Beato Felipe. La Priora me hizo beber algunos y después de haberlos tomado, me cesó el dolor y he conseguido la salud que veis. A cuyas palabras la dejó el médico, maravillado por el suceso.

Juan Antonio Destiti, Doctor en Leyes, Abogado en Nápoles, enfermo de esquinencia, apenas podía tragar la saliva, se encomendó de todo corazón y con gran fe al Santo Padre, poniéndose en el cuello algunas Reliquias de los intestinos y cabellos suyos. Al mismo punto, diciendo la Oración del Santo, se pasó el dolor y comprendido de un sudor por todo el cuerpo, quedó limpio de la calentura. Pero de mayor admiración es que habiendo enviado antes a comprar un aceite para ungirle la garganta, por orden de los médicos, quiso hacerlo aunque se vio libre, temerosa de que volviese el accidente y en el mismo instante volvió el dolor, reparando en el yerro y poca fe, enjugó el unto con un paño, tornó a ponerle la Reliquia, con lo que de nuevo cesó el dolor, con gran admiración suya.

Este hombre, con la gran fe que tuvo en el Santo, sabiendo que Pedro Antonio Chiaravelloti, amigo suyo, criado del Obispo de Lachera, estaba con fiebre, frenético y desahuciado de los médicos, le trajo la Reliquia, se la llevó a la boca y rezada la Oración del Santo le dijo que la besase. En el mismo punto volvió del frenesí y como recordado del profundo sueño, conoció a todos y consiguió la salud, que juzgaron los médicos imposible.

Fray Simón de Tillini, Capuchino de Valdarno, padecía dolores fríos, que no le dejaban extender los brazos y con gran trabajo podía alzar la Hostia en la Misa. De esta manera estuvo diez meses y habiéndose aplicado muchos remedios, sin provecho, bebió una taza de agua con algunos cabellos de San Felipe, haciendo voto de ayunar todos los años su vigilia. Luego extendió los brazos sin dolor, si bien para mayor evidencia de la intercesión del Santo, le quedó algo impedido el brazo izquierdo, que colocándose en Roma con un refajo de lienzo teñido en sangre del Santo, que le dio el Padre Antonio Gallonio, curó perfectamente.

Gora de Juan Antonio de Corneto, padeció una quartana cerca de tres años, le dieron algunos cabellos del Santo Padre y se los puso en el cuello al principio de la fiebre, diciendo cinco veces el Padre Nuestro y cinco el Ave Maria, para honra del Santo y al punto se sintió libre de la quartana. Pasados algunos días le volvió con ocasión de haberla salido un viaje, pero tornándose a poner en el cuello los cabellos mismos, sensiblemente conoció dejarla sin que le volviese más.

En Nápoles llegó a perder el pulso Antonio de Sanctis, enfermo veinticinco días de pestilencial calentura. Cuando se esperaba que muriese, le dieron un bolsillo donde había cabellos de San Felipe y poniéndoselos al cuello, se sintió bueno del todo. Envío luego a Roma en agradecimiento del milagro una imagen de plata al Sepulcro del Santo.

Juan Francisco Lemmaro, sobrino de Juan Antonio, de quien hablamos arriba, estaba con una fiebre altísima, dudaba Fulvio Verdiano, su médico, que pasase de aquella noche. El tío, que entre otras Reliquias, tenía algunos pelos de la barba del Santo padre, que se los había dado un hermano de la Congregación del Oratorio, tomó uno y deshecho, lo puso en una taza con agua, rogando al enfermo que se encomendase al Santo de corazón y la bebiese, que Dios le concedería la salud. Obedeció Juan y a la mañana siguiente se despertó sin fiebre y sano del todo.

Juan Antonio Martinelli, criado de la Congregación del Oratorio de Palermo, se hallaba enfermo de fiebre con grandísimos fríos e intolerable sed. Un día más trabajado que otros, dando voces, que moría de sed, acordándose el Padre Pedro Pozo, fundador de aquella Congregación, de los milagros grandes que había obrado Dios por medio de Felipe, comenzó a contarle algunos para disponerle a devoción al Santo, luego tomó algunos cabellos que tenía suyos, y con fe de ambos, se los puso sobre el pecho. En ese mismo instante dijo Juan Antonio: Padre, ya no tengo sed. Y dejándole la fiebre se curó.

Octavio Rositano de Nápoles, se hallaba enfermo de fiebres y disentería, daban los médicos poco por su salud. Ya comulgado por Viático, lo visitó como moribundo Don Juan Bautista Antonini, de la Ciudad de Lanciano, le trajo algunos cabellos del Santo Padre y le rogó que se encomendase con mucho afecto haciéndole algún voto, porque curaría sin duda. Se despidió Don Antonio y el enfermo invocando a San Felipe y ofreciéndole enviar a Roma, a su sepulcro, una imagen de plata, bebió de los cabellos, menudamente, cortados en un baso de agua, con grandísima devoción. Aquella noche misma se halló sin fiebre y en dos días libre de la enfermedad.

Al mismo le sobrevino como una erisipela en los brazos y no pudiendo descansar por el desasosiego que le causaba el dolor, aplicó el resto de los cabellos y al punto se mitigó y bueno del todo, envió la imagen de plata que había ofrecido, no saciándose de blasonar a Felipe por Santo.

Estando enfermo de gota Fabio de Apicella, médico de gran nombre en Nápoles, le sobrevino terrible dolor de ijada, causado por una piedra que no le dejaba descansar. Dejó las medicinas porque ninguna le aprovechaba, se tocó la parte del dolor con algunos cabellos del Santo y en el mismo punto curó, echando sin dolor la piedra. Siendo así que otras veces al echarla le parecía excesivo.

Un criado de Marco Antonio Vitellesqui, calló de un caballo y se rompió el hueso de la ceja y la herida fue grande. Le sobrevino fiebre, pero cesó poniéndose encima algunos cabellos del Santo y a los pocos días quedó sano del todo.

Diana de Montopoli, tenía a la muerte un sobrinillo, tan cubierto de viruelas que no podía ni mamar. Su madre le puso algunos cabellos de San Felipe y al punto comenzó a tomar el pecho y mejorar. Se le quitó y volvió al mismo estado que antes, pero volviéndoselos a poner curó del todo.

Fabio de Amatis, músico del Castillo de Santángelo, tuvo a su hijo Camillo enfermo de tercianas dobles y los médicos le daban por muerto. Le pusieron al cuello cabellos del Santo y al punto le dejó la calentura y se halló a la mañana siguiente con entera salud.

Hortensia Lelli, mujer de Mario Cavallesqui de Corneto, estando enferma de fiebres continuas y grandísimo dolor de estómago, sin que las medicinas le hiciesen provecho alguno, le puso al cuello con gran devoción cabellos de San Felipe y al punto le dejaron ambas enfermedades.

A Livia, mujer de Flaminio Mantellaqui, de la misma ciudad, habiendo enfermado de maligna calentura y con dolores de estómago, no aprovechándola remedio alguno de los que le ordenaban los médicos, la juzgaron todos muerta. En este estado fue a visitarla Hortensia Lelli y hallándose con algunos cabellos de San Felipe, la contó lo que le había sucedido con ellos. Con gran devoción de ambas, se los puso sobre el estómago y en el mismo momento se vio libre de la fiebre y del dolor, con gran asombro de todos los que la habían juzgado sin remedio.

En suma, son casi infinitos los milagros en los que se complació la Divina Majestad con los cabellos de este Santo. La feliz recordación del Papa Clemente VIII por la devoción grande que le tenía, pidió de ellos a Baronio y los guardó con gran veneración. Muchos que los han llevado consigo, aseguran haberse librado por ellos de muchas tentaciones, particularmente de los efectos que la flaqueza natural, suele en sueños ocasionar.

Estos años pasados hizo Sestilio Matzuca, Canónigo de San Pedro y caro penitente del Santo, un Relicario de plata donde se conserva buena cantidad de ellos y se los dio a la Iglesia de la Congregación en Roma.

CAPITULO III

Milagros con Rosarios de San Felipe.

Un año después de la muerte del Santo, enfermó Bárbara, hija de Pedro Contini de calenturas continuas, de tal manera que os médicos dudaban que saliera adelante. La dio su madre un Rosario del Santo para que rezase con él y la fiebre la dejó al punto y al día siguiente recobró la salud por completo.

Felicia Sebastiáni, madre de Bárbara, tuvo una fluxión de tan maligno humor entre ambas piernas, que surtiendo por diferentes partes le hizo quince llagas en ellas y una tan grande, que distintamente se le descubría el hueso, causándola excesivo dolor. Afligida por ver al cirujano con poca confianza por curarla, se encomendó llorando al Santo padre, rogándole que como había curado a Bárbara, su hija, de calentura, la alcanzase de Dios esta merced, con voto de presentar a su sepulcro dos piernas de plata si curaba. Tocó las suyas cuatro o cinco veces con el mismo Rosario de su hija, se puso a dormir y reposó toda aquella noche, cosa que no había podido hacer durante ocho meses, despertó por la mañana, reconoció las llagas y quitando uno a uno los parches, halló cerradas las heridas, la carne sólida y renovado el pellejo, sin sentir desde entonces más dolor.

Virginia, hija de Pedro Ruiz y Victoria Frangippani, siendo niña, curó de una agudísima fiebre, tocando su ama la cara con un Rosario del Santo.

Entre cuatro condenados a muerte, hubo uno tan resuelto de decir a voces, cuando pasase por casa del Gobernador al suplicio, que le había hecho injusticia y que lo citaba para más adelante, el Tribunal de Dios, que nadie, aunque lo procuraron muchos toda una noche, pudo apartarle de esta resolución. Últimamente, Monte Zazzara, uno de los que asistían, tomando un Rosario del Santo, le dijo: Yo quiero que reces una vez este Rosario con devoción en honra del Santo, para que interceda por ti, te libre de esta tentación y te alcance el dolor por tus pecados. Tomó Agustín, que así se llamaba el reo, el Rosario, preguntando el nombre del Santo, de quien había sido, respondió Zazzara, Felipe. Y el reo, inspirado por Dios, se puso a rezarle arrodillado. Al punto, deshecho en lágrimas, pidió a Dios misericordia por sus pecados y escuchó Misa, comulgo con mucha devoción y perseveró hasta lo último de su vida, con grandes señales de contrición. En vez de citar al Gobernador para el tribunal de Dios, rogó al todo el pueblo, antes de morir, que dijese un Padre Nuestro y un Ave Maria por su alma.

Francisca de Tivoli, que se había confesado muchos años antes con el Santo, enfermó de fiebre continua, tan maligna, que en vez de sangre, cuando la querían abrir alguna vena de cualquier parte del cuerpo, salía pudre y todos la tenían sin remedio. La dieron un Rosario de San Felipe y la dijeron que tuviese fe y al día siguiente, cesó la calentura y curó.

Pasando Tiberio Astali por un camino sobre Tíboli, oyó grandes alaridos y se encaminó hacia ellos, halló a mucha gente que llevaba arrastrando al lugar de San Ángelo, a una mujer que decían estaba endemoniada, sin poder hacerla caminar de otra manera, por haber pegado el rostro contra el suelo, porque aunque muchos no pudieron sacarla de aquella postura, se acordó que tenía un Rosario del Santo. Se bajó y sin que la mujer pudiese advertirlo se lo puso encima. Al punto comenzó a dar voces, diciendo: Me has puesto fuego encima. Y se puso a correr hacia el lugar, con lo que sin dificultad la trajeron donde deseaban.

CAPITULO IV

Milagros con retazos de lienzo teñidos en sangre de San Felipe.

Esteban Calcinardi, a pesar de una mujer paisana suya, que lo llamó pasando por su casa, estaba ya para consentir, pero sintió en el pecho, donde llevaba algunos cabellos y retacillos de lienzo, teñidos de sangre de San Felipe, un golpe como de un martillo que le quitó el aliento y lo derribó en el suelo. Y una voz que le pareció la del Santo le dijo: ***“Mira lo que haces, vete de aquí, huye del pecado”***. Con esto vuelto en sí, se fue sin cometerlo.

El mismo, poco antes, padeciendo una destemplanza de estómago, que no le dejaba digerir el alimento ni aún comer, porque al primer bocado se sentía harto, se puso uno de los retacillos sobre el estómago y si bien antes se había aplicado muchos remedios sin que le aprovecharan, luego que se tocó con la Reliquia, comenzó a comer con apetito, quedando en breve del todo libre de la indisposición y siéndole antes forzoso, sentarse a cada paso por no poder tenerse en pie, por la flaqueza del estómago, caminó desde entonces sin cansancio ni impedimento alguno.

Claudio Rangón, Obispo de Placencia, enfermó de fiebres continuas con peligro para su vida y de larga enfermedad, pero enviándole su tía Julia Ursina Rangona un bolsillo donde había un retaco de lienzo teñido en

sangre del Santo, se lo puso al cuello, sin saber que Reliquia tenía dentro y al punto cesó la fiebre sin volverle más.

El Conde Próspero Ventibolli, estuvo tres meses continuos enfermo de una hinchazón en la lengua, sin que los médicos conociesen su mal y dándole medicamentos contrarios, llegó a no poder hablar apenas y con grandísima dificultad podía tragar, padeciendo extraños dolores y casi intolerables. La Marquesa Nannina del Nero Ursina, su suegra, le preguntó si tomaría un poco de Reliquia del Santo. La respondió que tenía gran fe. Tomó una hila de un parche de la fuente del Santo, teñida de su sangre y puesta en un baso de agua, se la dio a beber. En el mismo punto se sosegó el dolor, habló sin impedimento, engulló muy bien y en pocas horas curó del todo y en breves días hizo una jornada de Florencia a Bolonia.

Segismundo, mujer de Fernando Sermei, tenía un hijo de cuatro años, llamado José enfermo de grandísima calentura con grandísimos dolores de barriga, pasó sin comer bocado tres días y llegó a estar desahuciado de los médicos. Yertas las piernas, contrechos los brazos, sudando y echándose como si expirase, le juzgaban todos muerto. Se acordó del Beato Felipe con ocasión de un retrato que tenía en casa, envió al Padre Agustino Manni, su Confesor, por alguna Reliquia del Santo y le dio un parche de los de la fuente envuelto en un papel, se lo trajeron y sin mirar los que era, se lo puso sobre el corazón de su hijo diciéndole solamente: José puede curarte en el espacio de un Miserere. Abrió el niño los ojos, comenzó a hablar, se levantó sobre la cama y pidió de beber y de comer. Aquella tarde estuvo en casa pero al otro día salió a jugar con los demás niños.

Luisa, hija de Nannina del Nero, Condesa de Pitilliano, estando con su madre en la aldea, tuvo cierta enfermedad en la que fue forzoso echarle sanguijuelas, se metió dentro del cuerpo una y no sabiendo que hacer, ni teniendo con quien aconsejarse, su madre y una criada, viéndose sin remedio humano, acudieron al Divino, recomendándose en particular al Beato Felipe, protector de su casa. Tomaron un retacillo de lienzo teñido en sangre del Santo, se lo dieron a beber a Luisa y en un instante echó fuera la sangre y la sanguijuela con asombro y alegría de toda la casa.

Sor Maria Francisca Strotzi, monja en San Juan Evangelista, fuera de Florencia, enferma de esquinencia, llegó a no poder comer ni hablar. Las enfermeras la hicieron beber un poco de agua bendita donde habían infundido un retacillo de lienzo teñido en sangre de Felipe, haciendo oración por ella al punto mejoró y en breve sanó. Y siendo así que antes solía padecer esta enfermedad dos veces al año en los grandes calores y fríos, desde entonces no le volvió más.

La misma estando una vez enferma de fiebres con hinchazón, acordándose del milagro de la otra enfermedad, tomó una cucharada de agua bendita, tocada con el mismo retacillo y hecha oración al Santo, dijo en voz alta: *Mirabilis Deus in sanctus suis*. Durmió, despertando sin dolor y

abierta la hinchazón, sanó perfectamente, aunque el médico la había juzgado sin remedio.

Sor Maria Magdalena de Tempis, del mismo Convento, de sesenta y nueve años de edad, dio una caída y tan gran golpe en la pared con su cabeza que la dejó en suelo como muerta. La trajeron en brazos a su celda y entonces salió un poco de sangre por la nariz, pero después derramó gran cantidad. Llamaron a los médicos y la aplicaron muchísimos remedios, pero no bastaron para estancar la sangre. Comulgó y esperando que muriese, compadecida de ella Sor Octavia Strotzi, le puso debajo de almejilla en una cajuela aquél retacillo de lienzo y rogando por su salud la hizo la señal de la Cruz con la cajuela misma y al punto la cesó la sangre y quedó buena del todo.

A sor Hortensia Anelli, del Convento de Santa Cecilia en Roma, la dio una enfermedad en el pecho, ella temiendo ser mal vista por las demás monjas, no quiso decir palabra a nadie en muchos meses. Creció la enfermedad, dio cuenta a su Confesor y él la rogó que se dejase curar y viéndola renitente, compadecido, la dio un parche de la fuente del Santo, diciéndola lo pusiese sobre el lugar del mal y confiase en Dios. Obedeció la monja y durante la noche se le apareció San Felipe y la dijo: ***“No dudes, no será nada, atiende a ser buena”***. Por la mañana despertó sana, sin que la volviese más la enfermedad.

Una hija de Juan bautista Simonceli a la edad de tres años, enfermó de viruelas en casa de Violante Martelli. Ya cercana a la muerte, le puso Violante al cuello, un bolsillo donde había uno de los parches de la fuente del Santo, que se lo dio el Padre Ángelo Velli. Y visitando este Padre a la niña, se lo volvió a poner de su mano diciéndola: hija ten fe, que curarás y la niña lo tomó y beso con gran ternura. Se fue Violante de su casa a la de la Condesa de Santa Flora para no verla expirar, volvió pensando verla muerta y preguntó a las criadas si había muerto y le respondieron que en el rato que había faltado la habían hallado los médicos sin calentura. Corrió alegre a la niña, la preguntó como estaba y respondió, que aquél Padre la había curado con el bolsillo y la sangre que había dentro, besándolo con grandísima devoción. Ninguna de las dos sabía que Reliquia había dentro del bolsillo, hasta que preguntando al Padre Ángelo, las dijo, que era un parche teñido en sangre del Santo.

Eugenia Mansueti de Colescepoli, enferma una vez de calentura, viendo que el médico temeroso porque se le aumentaba cada día, dio orden de que la confesasen y que comulgase, dijo a la mujer que la servía que sacase de su arca uno de los referidos parches que tenía y la trajese un poco de agua, se lo puso dentro de ella y la exprimió muy bien, que estaba bien teñido de sangre, bebió el agua y curó al punto. Tuvo después esta al Santo y a sus cosas tal fe, que sintiéndose con alguna indisposición, se aplicaba algún paño suyo o alguno de los parches y al instante curaba.

Sor Maria Victoria Trevi, Monja del Monasterio de San Pedro Mártir en Florencia y sobrina del Santo, tuvo una fluxión en el brazo izquierdo que la dejó baldía del todo. Rogó un año entero a su Tío para que la diese la salud y una tarde de entre otras, sintiendo en el brazo grandísima convulsión, se arrodilló delante de una imagen suya, diciéndole estas palabras formales: Tío mío, quisiera que me hicieras esta merced, pues de continuo las estáis haciendo a otros y yo soy de vuestra sangre. Luego se hizo muchas cruces en el brazo con un retacillo de lienzo, teñido con la sangre del Santo y al punto cesó el dolor, extendiendo el brazo y quedó libre, con admiración de todo el Convento.

CAPITULO V

Milagros con Bonetes de San Felipe.

Estando en Novara, Margarita Caccia, con grandísimos dolores, la dio Juan Bautista Boniperti, sacerdote Novarés, de quien hemos hecho muchas veces mención, Confesor suyo, un bonete del Santo y aplicándosele al dolor le desapareció al instante.

Padeciendo Sor Hipólita Cipriano, Monja de Santa Cecilia en Roma, crudelísimos dolores de ijada, de cuya enfermedad solían morir los de casa, le sobrevino fiebre y el médico la juzgaba peligrosa. Entendió esto el Padre Confesor de aquél Convento, que tenía un bonete del Beato Felipe y se lo envió diciéndola, que tuviese fe en aquél Santo hombre. Aplicó la monja el bonete a su mal y al punto cesaron los dolores y la calentura.

Antonio Fantini de Bañacaballo, sabiendo que un hijuelo de una vecina suya enfermó de mucho tiempo, había llegado a consumirse de tal manera que estaba en los huesos ya sin poder comer y muriendo, movido a compasión por sus padres, le dio un pedazo del bonete del Santo Padre y se lo puso la madre al cuello del niño y curó al instante. Antonia, la mujer corrió volando a la Iglesia Nueva a dar gracias al Santo de que había restituido la vida a su ya difunto hijo.

El mismo Antonio Fantini, oyendo decir que un gentilhombre del Cardenal Tarugui, enfermo de ardentísima calentura, estaba fatigado, habiendo experimentado las mercedes que muchos habían recibido, por medio de aquel bonete le dio un pedazo. El enfermo confiado le aplicó el mal y sin dilación curó y se levantó el día siguiente sin enfermedad alguna.

Estando Victoria Sciano, hija de Antonio médico de Nápoles, con los dolores de parto en el peligro de su vida, la envió Don Bartolomé de Curtis,

deudo suyo, un bonete del Santo, se lo pusieron encima, diciéndola que tuviese fe en el Padre Felipe Neri y en el mismo instante parió felizmente con admiración de todos que la daban por muerta con este parto.

No quiero dejar de contar con esta ocasión, si bien no a propósito del bonete, como esta mujer, siendo niña tenía dos horribles fístulas, la una en la mano y la otra en el cuello, que la habían hecho inclinar la cabeza de tal manera, que tenía pegada la barba al pecho, sin poder apenas mover el cuello. Causaba lástima a cuantos la veían. Su padre que era médico de opinión, la aplicó los remedios posibles, pero la empeoraron en vez de curarla. Y lavándose con agua, donde habían estado flores de las que pusieron sobre el cuerpo del Santo, cuando estuvo el cuerpo difunto en público, que se las envió también D. Bartolomé de Curtis y al punto se le comenzaron a curar las llagas y sin aplicar otro remedio, quedó en pocos días como si no hubiera tenido mal alguno.

Isabel Miramma, mujer de Juan Antonio Lemmaro, en todos los partos, solía llegar al extremo de la vida, porque tres o cuatro días antes, la atormentaban dolores vehementes, que la obligaban a darse bocados y a hacer otros extremos. Una vez estando en días de parir, temerosa de los dolores acostumbrados, la enviaron los Padres de la Congregación de Nápoles, donde vivía, un bonete del Santo y en el mismo punto que se lo puso sobre sí, parió un hijo, sin los dolores que solía y en agradecimiento de esta merced, lo llamó Felipe.

CAPITULO VI

Milagros con birretillos de San Felipe.

El Cardenal Jerónimo Panfilio, siendo Auditor de la Rota, volviendo una tarde a su casa como aturdido por un intenso dolor de cabeza, se encomendó de todo corazón al Santo, poniéndose en la cabeza un birretillo suyo y en un instante le dejó el dolor.

Lo mismo le sucedió al Abad Jacobo Crescencio, porque aplicando a un cruel dolor de estómago un birrete del Santo, curó al punto.

A Pompeyo Paterio, sacerdote de la Congregación, le asaltó poco después de la muerte del Santo, una calentura que, aunque al principio dio señales de catarro después de cuatro o seis días se descubrió maligna con pintas y con intensísimo dolor de cabeza. Tres médicos de Roma que lo visitaban, lo tuvieron por muerto sin remedio, por no aprovechar los que le daban. Advertido de esto el enfermo, se encomendó de todo corazón al Santo y los demás abogados suyos y se puso en la cabeza un bonetillo del Santo y en menos de una hora, consiguió tal mejoría que Bernardino

Castellani, uno de los médicos que por su caridad le asistía mucho, quedó espantado. A la mañana siguiente, le aseguraron todos los médicos que estaba fuera de peligro y que muy pronto saldría de casa.

En la Ciudad de Faenza, Antonio Severoli, tuvo una fluxión de maligno humor en la mejilla derecha y se le hinchó, desfigurándole la cara de tal manera que los suyos no le conocían. El médico le curó en unos días y aunque el mal pareció que menguaba, de allí en pocos días volvió, de suerte que su padre le juzgó sin remedio. Se fue a un Monasterio de Monjas de Santa Cecilia a encomendarlo a las oraciones de aquellas religiosas y hablando con una hermana suya, monja, le ofreció un bonetillo del Santo, lo aceptó con mucho gusto porque estaba bien informado de la Santidad de Felipe, pero quiso prepararse antes para recibirlo con la devoción que convenía y así a la mañana siguiente se confesó y por la tarde fue al Convento a por la Reliquia. Vuelto a su casa, lo puso en la cabeza de su hijo y al día siguiente restituyó el bonete a las monjas, diciendo que ya su hijo había recobrado la salud.

A Setimia Neri, de diez años de edad, la hirió Olimpia, su hermana menor, con el hierro de unos fuellecillos. De la herida se hizo una vejiga, que le causaba un dolor intolerable y la hacía temblar todo el cuerpo. Afligida su madre, le aplicó al mal algunos remedios y viendo que crecía siempre el dolor, dejadas las medicinas, se puso en el ojo herido Reliquias de San Felipe, en particular un bonetillo y arrodillada delante de una imagen del Santo, hizo voto de traer unos ojos de plata a su sepulcro, sino quedaba ciega de aquella su hija. En el mismo punto se deshizo la vejiga, se fue el dolor y durmió y a la mañana siguiente se levantó de la cama buena y sana, con el ojo herido más claro y hermoso que el otro. En cuyo agradecimiento trajo la niña misma el voto al sepulcro del Santo.

Lucía, mujer de Germiniano de Vequia, de la ciudad de Bolonia, padecía tan gran dolor de cabeza que le pasaba por la imaginación, darse con ella por las paredes. Esto le duró por un espacio de diez años. Un día estando más atormentada que nunca, le dijo una hija suya, que quería pedir a Lucia de la Cítara, un bonetillo del Santo padre, se lo pidió y se lo puso en la cabeza y al punto cesó el dolor, sin darle más pesadumbre.

Una monja lega del Convento referido, de Santa Cecilia de Faenza, ensordeció de un grandísimo y continuo rumor que sintió en los oídos por espacio de dos años y aunque aplicó muchos remedios fueron vanos. Una mañana Sor Serafina Rondinelli, del mismo Convento, le puso en la cabeza con gran fe una cofita de tela blanca, que tenía del Santo y al punto recobró el oído y nunca más sintió aquel rumor ni padeció sordez.

CAPITULO VII

Milagros leyendo la Vida de San Felipe.

Vicente Valerio, sacerdote y Doctor de ambos derechos, trabajando veinte horas continuas, de una dementísima tentación, sin dejarlo sosegar, ni haber podido librarse de ella aún diciendo Misa, se puso a leer en la Vida de San Felipe, el suceso de Esteban Calcinardi, a quien libró del peligro de pecar. Y levantando la mente al Santo, le dijo de corazón estas palabras: y a mí, oh Santo Padre?. Queriendo decir que como Esteban había escapado de aquél peligro, así deseaba librarse de la tentación que padecía. En un instante sintió partirse la tentación, de tal manera que no solo no le afligió más sino que nunca jamás se acordó de ella, y aunque hizo fuerza dos o tres veces, se acordaba menos, cuanto lo procuraba más. En rendimiento de gracias, hizo voto de decir cinco veces el Padre Nuestro y el Ave Maria en la Capilla del Santo, todas las veces que entrase en la Iglesia Nueva y puso una tablilla con la siguiente inscripción: **“ANNO DÑI MILLESIMO SEXCENTESIMO PRIMO, DUM VIGINTI HORAS ANGELUS SATANAE ME COLAPHIZAR, LICET PLURIES ROGAVI, ET A ME DISCEDERET, NON OBTINUI, SED DUM B. PHILIPPI VITAE, ET MIRACOLORUM LIBRUM PERLEGO, ET AD ILLUD STEPHANI DE ANNO MILLESIMO QUIGENTESIMO NONOGESIMO QUNINTO DEVENIO, IMPLORATO EIUSDEM BEATI AUXILIO STATIM RECESSIT.”**.

Alejandro de Benedictis, Médico de Águila, enfermó de calenturas continuas y grandísimo dolor de cabeza, oía leer la vida del Santo y entre otros milagros, le leyeron el de un enfermo de dolores cólicos. Él entonces, se encomendó de todo corazón a San Felipe, rogándole le librase del dolor de cabeza, como había librado al otro del cólico y en un punto se vio libre con gran admiración.

Tomás Grisón Florentino, Doctor en Leyes, pensando que una calentura con disentería y grandísimos dolores de barriga, que le dio en principios de otoño, era su última enfermedad, se confesó y se preparó para la muerte. Pero habiendo leído poco antes la Vida de San Felipe y las maravillosas obras de Dios por su intercesión, confiado de curar también por ella, se puso con gran fe en la parte donde sentía más grave el dolor algunas cosas del Santo, que le había dado uno de la Congregación, repitiendo muchas veces estas palabras: Maria, Madre de Jesús, y vos Beato Felipe, ayudadme. Luego cesó el dolor y la fiebre y curó del todo.

El Doctor Nadal Rondanini Faentini, leyendo un día la vida del Santo, dudaba si serían verdaderos dos sucesos: el uno cuando le sacó el Ángel de

los cabellos de la hoya profunda, donde cayó una noche, llevando pan a una familia pobre y el otro de la salud de la gota del Papa Clemente VIII. Se le apareció en sueños el Santo aquella misma noche vestido de blanquísimo hábito quejándose de que fuese tan incrédulo. Recordó atemorizado y se enmendó imprimiéndosele de tal manera aquella amonestación del Santo que en todas partes a cualquier persona que oyese hablar de Santos y de milagros, repetía aquel dicho común de Italia: Schersa cofanti, e lascia estarci i Santi. Burla con los criados y deja estar los Santos.

CAPITULO VIII

Milagros con diferentes Reliquias de San Felipe.

Felipe Nero, hijo de Nero del Nero, no le dejaba de reposar de día ni de noche, un dolor gravísimo de muelas. Le pusieron sobre la mejilla algunas Reliquias del Santo Padre, que se las dio la Marquesa de Nannina, su hermana y al punto le dejó el dolor.

A Cesar Marerio le visitó su hermana estando enfermo de gota y fiebre. Acercándose poco a poco, sin decirle palabra, le puso sobre el pie donde tenía la gota, una soleta del Santo Padre. Luego se durmió Cesar y se recobró tan bueno, que en toda su vida sufrió más esta enfermedad.

En la misma casa padecía un criado, cierta enfermedad que lo hacía temblar de pies a cabeza y después que se le puso encima aquella suela, cesó sin volverle a salir.

Claudio Neri Romano, estando en la cama, también con la gota en la rodilla izquierda y con dolores de lomos, que después de dos meses continuos se le acrecentaron, de tal manera que le obligaban a dar voces y no hallando remedio para su cura, se puso un bonetillo del Santo sobre la rodilla con gran devoción y fe y luego con los cabellos y con trozos de vestidos, se hizo tocar y se encomendó a él con todo el corazón. Apenas acabado de hacer esto, se halló libre de ambas enfermedades. Hizo lo mismo al día siguiente en la rodilla derecha y curó de la gota.

Carlos Castro, hijo de Pablo de Castro Romano, se hallaba con gota en la mano sin cesarle el dolor con ningún remedio. Fue a visitarlo el Padre Ángelo Velli una mañana, se confesó con él y le contó lo que le atormentaba la gota, le tocó el Padre Ángelo las manos con un trozo de Reliquia del Santo, diciéndole, ten fe, y al punto se le fue el dolor y jamás le volvió.

Juan Bautista de Rodolfo, Conde de Terni, se puso enfermo de fiebre pestífera con pintas, a la que se le unió una erisipela, que se extendía por todo el cuerpo y espantaba a cuantos la veían. Los médicos decían, que no habían visto cosa semejante y se temieron que llegase hasta el corazón y acabara con su vida. Últimamente, le sobrevino una melancolía, que de repente le hacía llorar, con grandísimo temblor en las manos. A los cuatro días, comenzó a delirar, y al undécimo perdió el sentido de la vista. En este momento, juzgado por todos muerto, le visitaron algunos Padres de la Congregación y le dijo, como devoto del Santo, que deseaba tener alguna Reliquia del Santo. Le trajeron un retacillo de una camisa, se lo pusieron en el cuello envuelto en una imagen del Santo y él de su mano se lo llevó al corazón. En el mismo momento sintió santa alegría y no cabía en sí, se levantó sobre la cama y le pareció que de los ojos le caían como dos paños. Comenzó a ver la luz y reconocer el aposento y recobró el discurso. Cenó, durmió muy bien, cosa que no solía, y en el sueño se le apareció el Santo con hábito sacerdotal, resplandeciente y que levantando la mano y dándole la bendición, le dijo: **“No dudes, hijo, que no será”**. Él, dormido, le dio gracias y en rendimiento de ellas ofreció traer un voto a su Capilla. Despertó por la mañana sin fiebre, sin pintas, sin erisipela y bueno del todo. Sin pasar por la convalecencia u acordándose muy a menudo del sueño. Confirmó el voto e hizo pintar una tablilla que él mismo trajo y colgó en su sepulcro con una breve narración del suceso.

A Bartolomé de Leonardo, Latzarvoli, sastre de Todi, se le hinchó todo el brazo izquierdo, de un dolor grandísimo que le dio en el codo y habiendo estado de esa manera cuarenta y nueve días, sin hallar remedio para su cura, se puso un pedazo de camisa de San Felipe sobre él y en espacio de una hora cesó el dolor, se deshinchó el brazo y se halló del todo sano.

Evangelista Mariotti, Canónigo de San Ángelo en Viterbo, estando enfermo de fiebres malignas, con grandísimos dolores y recibidos todos los Sacramentos, ya en el extremo de su vida, fue aconsejado que acudiese al amparo de San Felipe. Le trajeron un retazo de las medias del Santo y se puso un trozo en el cuello y otra deshecha en un vaso de agua, se la bebió y curó milagrosamente en el acto.

A Próspero Lucio de Espoleto, estando enfermo de tercianas, le sobrevinieron pintas, escupiendo y echando sangre por la boca. En este tiempo acertó a ir una hermana suya del Convento de Santa Caterina de la Rosa, de aquella ciudad y refiriendo el peligro de su hermano a Sor Ángela Ancayana, esta le dio un escarpín del Santo, diciéndola que tuviese fe en él, porque había experimentado milagros en su persona. Se lo trajo a su hermano, se lo puso encima y cesando al punto la fiebre, al día siguiente sanó del todo.

Tecla Lipantini de la misma ciudad de Espoleto, adoleció de fiebre con extraños dolores de estómago, ya para ella insufribles. Envío a

encomendarse a Sor Eugenia su hermana, monja del referido Convento, esta le envió un retazo del escarpín del Santo y poniéndoselo encima con fe y devoción, inmediatamente cesó el mal.

Enfermando después un sobrino suyo de tan ardiente fiebre que se dudaba que fuera a salir adelante y acordándose su madre, hermana de Tecla, del milagro que aconteció en ella, puso la misma Reliquia sobre el enfermo. Al punto dijo él mismo a su madre: estoy bueno y quiero levantarme y ya lo hizo libre de la enfermedad.

Juan Bautista Félix, sacerdote, de setenta y cinco años de edad, curó de un intensísimo e intolerable dolor de muelas, con tocarse los dientes y encías con un pañizuelo de San Felipe.

Aníbal Gerioni, hijo único de Ángel de Tiboli, teniendo dos años de edad, enfermó gravemente de un mal que no se conocía y en quince días llegó al extremo de su vida. Ordenó el medico un cauterio y viendo que en vez de aprovecharle le enfermó más, le dijo a sus padres que ya no podía hacer nada más por él. Prosiguió su empeoramiento y llegó a no poder tomar cosa alguna, ya frío y sin pulso, de tal manera que poniendo una mujer una vela junto a su boca, pasó un cuarto de hora sin conocerle respiración, por lo que sus padres le lloraban por difunto. Y aparejado el hábito para su entierro, recibían los pésames de sus vecinos y amigos. En este tiempo, una mujer muy de su casa, le rogó que hiciese algún voto al Beato Felipe de la Iglesia Nueva de Roma, que enviasen por algunas Reliquias del Santo, que tenía una tía suya y las pusiesen sobre el muchacho, que experimentarían la mano de Dios. Tomaron el consejo, fue su padre a por las Reliquias, se las puso en el cuello al muchacho y al punto abrió los ojos que había tenido cerrados durante dos días. Comenzó a comer y a beber y al cabo de varios días se levantó de la cama totalmente bueno. De suerte que espantado el Médico y viéndolo en brazos de su madre, le dijo: no lo llames Aníbal sino resucitado, porque ese era su verdadero nombre. Después fueron sus padres a Roma a visitar el sepulcro del Santo y le llevaron un voto en agradecimiento por lo ocurrido.

Francisca, hija de Domingo, tejedor de Viterbo, parió un hijo que en quince días no fue posible tomar el pecho de su madre y era forzoso que otra mujer le diera su leche. La abuela, que por ser pobre deseaba que el niño tomase la de su madre, instaba en aplicar diferentes remedios que le daban muchas mujeres. Pero temerosa de Dios no quiso aplicar uno sin aconsejarse por el Penitenciario, que fue a su casa y referido el caso y el remedio, la desengañó y que era supersticioso. Una hermana del Penitenciario, la dijo: porque no pedís a mi hermano unas Reliquias, que tiene de un Santo Varón, de quien se saben tantos milagros en Roma?. Se las pidió entonces la mujer y él se las dejó con mucho gusto, diciéndola: Tened fe y veréis grandes cosas. Vuelta a su casa, puso aquellas Reliquias al cuello de su hija dos horas antes del anochecer. Dada el Ave Maria, se

durmió Francisca y en el sueño se le apareció una bellísima mujer, que la dijo: Francisca levántate, da el pecho a tu hijo, que lo tomará. Se recobró, se levanto en contra de la opinión de todos y se fue al niño, que sin dificultad alguna tomó la leche de su madre y prosiguió desde entonces sin resistirse. Y lo más digno de admiración es que, teniendo la mujer una teta sin pezón, se asió el niño de ella, con grandísimo espanto suyo. Todo lo que ocurrió reconoció que fue por intercesión del Santo con la Virgen Santísima a través de aquellas Reliquias.

La misma Francisca, estuvo después enferma cerca de un mes y medio y no pudiendo sustentarse más por la pobreza que padecía, acordándose del milagro referido, hizo que su madre le pusiese aquellas Reliquias al cuello y vueltos los ojos al Cielo, dijo: Oh, Beato Felipe, así como hiciste que tomara el alimento mi hijo del pecho, tengo yo fe, de curar de esta enfermedad. Dicho esto curó con grandísima admiración suya.

Además de esto, testifica el Penitenciario Juan Lorenzo Massini, Canónigo de la Catedral de Viterbo, de quien eran las Reliquias, que con ellas curó milagrosamente a Sor Julia, de la ciudad del Burgo San Sepulcro, Religiosa y Priora del Convento de Nuestra Señora de la Paz, porque no dejándola reposar de día ni de noche un fortísimo dolor de ijada y no aprovechándola remedio alguno, le dio un poco de lana de unas medias de San Felipe y bebiéndosela deshecha en un vaso de agua, con gran devoción y fe, al punto quedó buena del todo, sin que le volviese más la enfermedad.

A una señora que había padecido durante mucho tiempo ciática, la envió Julia Ursina Rangona, un azorillo o almohadilla del Santo y besándola con gran devoción y fe curó al momento.

Isabel Priorata, noble de la ciudad de Vicenzo, enfermó de fiebre, a lo que se le añadió un fuerte dolor de cabeza que no la dejaba sosegar y parecía que estaba fuera de sí. Los médicos hacían mal pronóstico de su enfermedad. Una noche una hora después del Ave Maria, estando más que nunca atormentada por el dolor, la puso encima, Federico Materio, su hijo algunas Reliquias del Santo y al punto durmió, despertando por la mañana sin fiebre y sin dolor de cabeza, del todo buena, con gran asombro de los médicos y de toda su casa.

A Flor de Lis, mujer de Bernabé Sannesio, se le hincharon y encogieron algunos nervios del cuello de una enfermedad que en él padecía. No la aprovechaba ningún remedio y rogó a su marido Horacio Mallioni de Vercelli, le prestasen un retazo del vestido del Santo, con el que supo que había curado a una niña en su casa. Se lo prestó y con él tocó la parte enferma del cuello de su mujer, haciéndole la señal de la Cruz y al punto se le mitigó el dolor y le dijo que prosiguiese en tocarla, porque recibía grandísimo alivio. Según la tocaba la hinchazón iba bajando hasta quedar del todo buena.

Setimia Ottón de Brancadori, señora notable de la ciudad de Fermo, tenía una fiebre incurable y se le aumentaba con los remedios que los médicos le daban. La desahuciaron, pero los que la asistían le pusieron sobre la frente y el corazón un cuello del Santo y con admiración de todos la dejó la enfermedad sin volverle más.

En la ciudad de Corleón, diócesis de Monreal, Reino de Sicilia, Ángela, mujer de Felipe Nagia, había parido cinco veces las criaturas muertas, con grandísimo peligro para su vida. Llegó el tiempo del sexto parto y le sobrevinieron los acostumbrados accidentes y ella se lo contó a la madrina, por la experiencia que tenían por si nacía muerta. Estando Ángela, casi al extremo de su vida le vinieron a la memoria las mercedes que oía a cada instante que Felipe hacía, bebió un poco de agua bendita, con algunas Reliquias suyas y al punto, sin dilación, cedieron los dolores del parto, parió una hija que recibió el Bautismo, vivió con buenísima salud y alegría grande para sus padres.

En el Convento de San Juan Evangelista de Florencia, comiendo un pedazo de pan, una novicia, se le atravesó en la garganta como un alfiler. Las monjas no sabiendo que hacer, infundieron algunas Reliquias de San Felipe en agua y se la hicieron beber y en un momento echó el pedazo y quedó libre.

En el Convento de San Pedro Mártir, de la misma ciudad, Sor Maria Felipa, lega, quedó como muerta por un golpe que se dio en el colodrilla, haciendo un trabajo que le tocaba. La llevaron a la cama y llamados los cirujanos, no fue posible hacerla volver en sí, con ningún remedio. Después de cinco horas que estuvo de esta manera, le puso una monja encima un pedazo de una manga de San Felipe. Fue admirable, al punto dio un suspiro, volvió en sí y en un instante quedó curada.

Sor Maria Magdalena Lauri, monja de Santa Lucía in Sílice en Roma, había padecido durante once meses seguido un dolor de cabeza, que llegó a crecerle poco a poco, de manera que era imposible soportarlo. Una compañera suya le trajo una toalla del Altar de San Felipe, le habían dado para lavar con otra ropa. La monja con sus propias manos, se la envolvió en la cabeza y al momento le cesó el dolor sin volver a atormentarla.

Una mujer de Todi, llamada Candelota de Blas, habiendo estado enferma de fiebre, cerca de nueve meses, llegó a consumirse de tal manera que apenas la conocían. No hallando remedio para su mal, aunque los médicos le habían aplicado los necesarios, movida de fe y devoción, bebió un poco de agua donde se había infundido un retazo de la camisa de San Felipe y en un momento la dejó la fiebre del todo.

Finalmente Maria Paganella, como quien había experimentado las virtudes de Felipe mientras vivía, que todas la veces que se hallaba con alguna indisposición, en poniéndose alguna Reliquia del Santo en el puesto que la sentía, curaba inmediatamente.

CAPITULO IX

Milagros por votos hechos a San Felipe.

En el mismo año de la muerte del Santo, Sor Fiammera Nannoni, Beata de santa vida, que vivió doncella hasta la edad de setenta y ocho años, estuvo diez u once meses con grandísimo dolor y sin poderse valer de una pierna, por tenerla machacada por la rueda de un coche que le pasó por encima. Lo le aprovechaba remedio alguno, le inspiró Dios que si quería curar se encomendase a Nuestra Señora e hiciese voto a San Felipe de traer a su sepulcro, si alcanzase la salud, una pierna de plástico. Apenas lo tuvo hecho, se vio como si no hubiera tenido ningún mal y cumplió el voto.

Juan Bautista Mañoni, Cremonés, Sacerdote de San Jerónimo de la Caridad, quedó tan sordo de dos diviesos que se le hicieron en las orejas, que no oía, aunque le hablasen muy alto. Un día fue a la Iglesia Nueva y se puso muy cerca de la silla para oír mejor las Pláticas, y afligido porque no oía palabra se fue llorando al Altar de San Felipe y le rogó con viva fe, le hiciese la gracia de curarle el oído, por lo menos para escuchar la Palabra de Dios e hizo el voto de escuchar una Misa en su honra si lo alcanzase. Al día siguiente después de comer, cantando aquellos sacerdotes de San Jerónimo algunos motetes espirituales, se sintió de repente como se le abrían los oídos, como si le hubiesen sacado de ellos balas de plomo. Acabado de cantar, dijo: Padres, estad contentos, porque Dios me ha restituido el oído. Le preguntaron admirados de qué suerte? Y respondió: Ayer estando en la Iglesia Nueva sin poder escuchar las Pláticas, hice un voto al Beato Felipe, para que me restituyese el oído aunque solo fuera para escuchar la Palabra de Dios y mientras estabais cantando, me ha hecho esta merced, ahora oigo muy bien. Muchos incrédulos hicieron experiencia de la verdad hablándole muy bajo. Juan Bautista, cumplió el voto en la Capilla del Santo.

Fray Juan Bautista Massia, Español, Valenciano, de la Orden de la Santísima Trinidad, Redención de Cautivos y maestro en Sacra Teología, se hallaba en Nápoles, a la edad de setenta y un años y enfermó dos años continuos de una fluxión en una rodilla con disentería y algunas hinchazones por el cuerpo, tan consumido, que apenas le conocían y con gran dificultad se podía tener con un bastón. Habiendo gastado más de trescientos escudos en medicinas y remedios, estufas intolerables y otros tormentos atroces, que en lugar de aprovecharle le empeoraron y oyendo un día referir los milagros de San Felipe, se acordó de haberse confesado con él muchas veces en Roma, movido interiormente y vuelto al Santo con viva fe, le dijo: Beato Felipe, si alcanzó la salud por vuestra intercesión, os

prometo visitar vuestro sepulcro, poner en él un voto y decir Misa en vuestra Capilla. Dicho esto, escribió a un Padre de su misma Orden para que le hiciesen decir una Misa por él en la Capilla del Santo y mientras se celebraba la Misa en Roma, él en Nápoles, como supo después por cartas, curó de todas las enfermedades que tenía. El mismo día salió a pasear por Nápoles con admiración de cuantos le conocían. Después vino a Roma y cumplió la promesa, poniendo en la Capilla del Santo un retablillo con el milagro escrito y firmado de su mano.

Se había confesado con el Santo este Padre muchas veces como hemos dicho y una de ellas le sucedió, que antes de darle la absolución, le dijo: ***“Por vida vuestra, pensad mejor vuestros pecados, que luego vuelven”***, y lo dejó. Repasó el Religioso toda su vida y se acordó de un pecado de su juventud, que nunca había confesado por olvido. Volvió al Santo, se confesó y poniéndole la mano sobre la cabeza, le dijo: ***“Esto decía, por esto me fui”***, y le absolvió. Quedó por aquello admirado entonces, pero mucho más cuando la restitución de la salud del cuerpo le trajo a la memoria la del alma.

Diego Ordóñez, Napolitano, habiendo estado unos meses con una hinchazón en la rodilla derecha, encogidos los nervios y con dolores intolerables, una noche se acordó de San Felipe y con la mayor eficacia y devoción que pudo le dijo estas palabras: Beato Felipe, concededme la gracia de sanar, que os prometo traer una tablilla a vuestro sepulcro. Luego, durmió y se levantó por la mañana sin mal alguno, salió de casa caminando sin impedimento y cumplió el voto ofrecido.

Jerónimo Tomás, Médico y Catedrático en la ciudad de Nápoles, enfermó de agudísima fiebre con accidentes mortales, vigila, mecimientos, inapetencia, ascos, pintas malignas por todo el cuerpo, delirio y desmayos. Llegó a estar oleado y tenido por los médicos, muerto. En este estado oro a San Felipe, diciéndole: Os ruego Beato Felipe, si es conveniente para la salud de mi alma, intercedáis ante Dios Nuestro Señor, que me alargue la vida y me de lugar para hacer penitencia, os invoco como abogado mío y por mi devoción os prometo, si alcanzo esta merced, traer a vuestra Capilla un voto de veinte escudos de peso. Dicho esto durmió y despertándose hacia la media noche se halló con valor y fuerzas, se tocó el pulso y se dio cuenta que no tenía fiebre y con alegría comenzó a llamar a los de su casa, diciéndoles que no llorasen ya, ni se afligiesen, porque había alcanzado la salud por los merecimientos e intercesión del Beato Felipe. Por la mañana lo hallaron los médicos curado y satisfizo el voto en la Iglesia de la Congregación de aquella ciudad.

Casi lo mismo sucedió a Francisco Odelcapi, también Napolitano, que enfermó de fiebre y excesivo dolor de cabeza y se halló libre de esas enfermedades, con ofrecer un voto de plata a la Imagen del Santo.

Octaviano Lofredo, también del mismo lugar, no pudiendo ya aguantar los acerbísimos dolores de una enfermedad en parte oculta, se encomendó de corazón a San Felipe, haciéndole voto de confesarse y comulgar el día de su fiesta y aplicar para honra suya las buenas obras que aquél día hiciese. Apenas hizo el voto cuando en un instante cesó el dolor y echó un pedazo de cera, que al curar se había quedado en la parte lesa.

Un niño de dos años que ni hablaba ni daba señales de poder hacerlo, teniéndole por mudo su padre, prometió a San Felipe traer a su imagen un voto de plata. Al punto comenzó a hablar y desde entonces lo hizo sin ningún impedimento.

Otro niño hijo de Alejandro Presciati, llegó a tal extremo que aparejado el vestido y la guirnalda para enterrarlo, juzgándose muerto sin remedio de los suyos, enviaron por Cristóbal Roncali, por otro nombre el “Pomarancio”, el que hizo las pinturas del Santo en su Capilla, muy de su casa, que amaba tiernamente al niño, se acordó de San Felipe. Vuelos los ojos al cielo, le dijo: Beato Felipe, yo se que habéis resucitado a otros y así os ruego que, por vuestra intercesión, por vuestros merecimientos alcance la vida este muchacho y ofrezco traer un voto a vuestro sepulcro. Dicho esto volvió en sí el niño y al día siguiente le llevaron a la casa de Donato con el vestido que debía de ir a la sepultura y con gran gozo de todos se cumplió el voto.

Sor Maria Purita Generoti, Monja profesa del Convento de San Pedro Mártir de Florencia, cayó en un foso de siete u ocho brazas de hondo y del golpe se sacó de su lugar el hueso de la mejilla, quedando sin vista el ojo derecho. La dieron los médicos por muerta, la aplicaron muchos remedios y como no curaban decidieron aserrarle el hueso. Compadecida de ella Sor Querubina Guci del mismo Convento, hizo propósito de ayunar la víspera de la Fiesta de San Felipe si alcanzaba la salud la enferma. A la mañana siguiente fue a visitarla y la halló que veía muy bien, sin tener necesidad de cortarla el hueso, ni otro remedio y contra la opinión del médico, curó perfectamente sin deformidad alguna.

Muchas otras mercedes han conseguido los que en sus necesidades espirituales y temporales, han hecho votos al Santo, como se puede colegir por la multitud de imágenes y tablillas que tiene en su sepulcro. Habiendo tenido una pesadumbre y gran discordia, Maria Ángelo Cheli de Ferni, con su suegro, por intereses de la dote de su mujer y llegado a echarla de su casa, a ella y a dos hijas, afligidas se fueron al sepulcro del Santo y le hicieron oración, ofreciéndole poner un voto en él, si les impetraba la concordia de este asunto y vueltas a casa, hallaron a todos en paz y concordados en todo con gran admiración suya, reconociéndolo a la intercesión del Santo y cumplieron la promesa.

CAPITULO X

Milagros apareciéndose Felipe.

Dos meses después de la muerte del Santo, Drufilla, mujer de Antonio Fantini, cayó desde un corredor desde unos veinte palmos de alto a un patio, dando con la cara en los hierros de unas tablas. Se partió el labio inferior en tres partes, se sacó el ojo derecho, quedando sin vista en ambos, la nariz maltratada los dientes movidos, la mano derecha abierta, echando por la boca gran cantidad de sangre, en fin como muerta. La halló de esta manera un oficial de un cirujano, a cuyas voces acudió la gente, la llevaron a la cama sin sentido y estuvo quince días sin conocer, ver, ni hablar, poniéndole la comida en la boca a la fuerza. Pasados estos días, juzgándola todos sin remedio. Fue un día su marido a Misa a la Iglesia Nueva y se quedó ella sola en casa y se encomendó de todo corazón a San Felipe, que había sido su Padre Espiritual. Estando haciéndole oración, se sintió de repente con un gran peso sobre el pecho y la metieron en la garganta un lienzo y se lo sacaron poco a poco. Luego recobró la luz en los ojos, vio al Santo Padre vestido de Sacerdote, con gran resplandor y con el lienzo lleno de sangre en las manos y en un momento se halló curada del ojo, del labio, de la nariz y de la mano, como si no hubiera tenido daño alguno. A esta sazón volvió el marido de Misa, entró en el aposento y vio a Drufilla. Al entrar le dijo: Dios te lo perdone, entraste acá para que se fuese el Beato Felipe, que se me ha aparecido y curado. Le quedó, con todo, hinchada la rodilla derecha y el cirujano dijo que había que cortarla, pero ella le rogó que esperase hasta el día siguiente. Aquella noche se encomendó de nuevo al Padre Felipe, rogándole que la curase también, para que no padeciese tanto dolor como esperaba. Y a media noche se le volvió a aparecer San Felipe con el mismo hábito y con el mismo resplandor, le desató las vendas de la rodilla, se la tocó y se curó al punto. Llamó ella a su marido para que lo viese, pero al despertarse él, San Felipe se fue. Por la mañana, la halló sana el cirujano, pero sintiéndose dolorido todo el cuerpo, sin poder levantarse de la cama ni hacer acción alguna, rogó así mismo al Santo que la terminara de curar. Se le apareció por tercera vez en la misma forma, a cuya vista se sintió restituir el valor. Aquella mañana misma se levantó y salió de casa a los asuntos cotidianos, espantando a cuantos sabían de su caso, al verla viva y sana.

Sulpicia Sirleti, mujer de Pedro Focile, muchas veces nombrado, echaba sangre por la boca, en tan gran cantidad, que parecían trozos de pulmón, con grandísimo temblor en todo el cuerpo y los médicos la tenían por sin remedio. Un día cerca del alba, se encomendó de todo corazón al

Santo Padre, en ese mismo instante se le apareció vestido de Sacerdote, con hermosísimo rostro. Luego la dice: ***”Beba, no dudes, que no será nada”***. Le hizo tres veces la señal de la Cruz y se va. Al día siguiente, libre de todo mal, dejó de echar sangre.

Leonardo Rovelli, Romano, estuvo veintitrés días continuos con fiebre maligna, con grandísimo dolor de lomos y otras enfermedades graves, estuvo desahuciado de los médicos. La noche antes de la Fiesta de San Felipe, se encomendó a él con mucho afecto. Por la mañana, hacia el alba, despierta con luz en el aposento y lo ve cuatro o cinco palmos, distante de la cama, entonces volvió a encomendarse con mucha devoción y el Santo le dice: ***”Hijo quédate en paz”*** y desaparece. Admirable cosa. Esa mañana misma se levantó de la cama sin fiebre, ni dolor y fue a la Iglesia Nueva a escuchar Misa en la Capilla del Santo, dándole gracias por la merced que le hizo.

A Felicia Sebastiani, mujer de Pedro Contini, enferma de dolor de costado, la tenían los médicos por muerta, principalmente porque al estar preñada, les impedía la administración de medicamentos fuertes. Llegó al séptimo día y acordándose de algunas Reliquias de las entrañas de San Felipe, que tenía, deshizo parte de ellas en una cuchara de caldo, se las bebió encomendándose al Santo con todo afecto. Luego comenzó a reposar, cosa que no había hecho antes. De allí al poco tiempo, entre sueños, oyó que la llamaban, se volvió hacia la voz y vio al Santo con el traje ordinario de Clérigo con una criatura en los brazos y la dijo: ***”No dudes, tengo cuidado de ti y de esta criatura”***. La misma noche la dejó la enfermedad y mejorando parió a su tiempo una hija a la que puso de nombre Domitilla.

La misma en otro parto estuvo ocho días continuos con extraños dolores, dudando por su vida y haciendo voto de visitar el sepulcro del Santo, parió al punto un hijo, que en reconocimiento del beneficio llamó Felipe.

Jerónima Vascona, estando para abortar, preñada de seis meses y sola en su casa, porque su marido había ido a por la comadre, se encomendó de todo corazón al Santo, diciendo: Beato Felipe, socorredme. En un momento, siendo las dos de la mañana, vio lleno de resplandor el aposento y oyó esta voz: ***”No dudes que estoy aquí para ayudarte”***. En el mismo punto parió sin otra ayuda, dos hijos varones y sin detrimento alguno suyo ni de las criaturas, uno de ellos vivió diecisiete días y se llamó Felipe y el otro murió poco después de bautizado.

Una persona cuyo nombre, por justos respetos se calla, tenía por devoción antes de que el Santo fuese beatificado, decir todas las noches antes de acostarse: “SUB SUUM PRAESIDIUM CONFUGIO BEATE PHILIPPE, MEAS DEPRECATIONES ME DESPICIAS IN IN NECESSITATIBUS, SED A PERICULIS CUNCTIS LIBERA ME SEMPER BEATE GLORIOSE ET BENEDICTE”. Y tres veces: “BEATE

PHILIPPE, ORA PRO ME". Le sucedió en una de las principales ciudades de Italia, que una noche, al volverse a su casa desde la de un amigo, a quien había comunicado algunos asuntos, le acometieron tres hombres y comenzaron a tirarle a traición, sintiendo él en su cuerpo la punta de las espadas. Le derribaron en el suelo y mientras le estaban hiriendo, vueltos los ojos al Cielo, dijo la oración ordinaria a San Felipe y diciéndola, vio al Santo en una nubecilla de medio cuerpo hacia arriba, en posición de ayudarle y antes de acabarla, bajaron de la casa del amigo con luces y otros socorros. Los enemigos, creyendo haberle matado, por no ser conocidos huyeron y él se levantó, volvió por su pie a casa del amigo, donde reconociéndole, hallaron el manteo, loba y jubón trinchado por la multitud de cuchilladas y estocadas, pero ninguna había pasado la camisa. Quedaron todos asombrados y atónitos, principalmente viendo las estocadas del manteo y loba, correspondientes al jubón. El creyó, como es justo creerle, que el Santo en la postura que lo había visto, detuvo las espadas. Y en acción de gracias, vino a visitar el sepulcro del Santo en Roma.

Caterina Castilloni, hija de José, Doctor en leyes, y devotísima del Santo Padre, enfermó de gravísima fiebre con flujo de sangre, de tal manera que los médicos la daban por muerta. Su madre, que la amaba tiernamente, deseosa de su salud, la rogó que se encomendase de corazón al Beato Felipe, para que como tan devota de la Virgen Nuestra Señora, la alcanzase de su mano la salud y le dio en las manos una imagen del Santo. La tomó Caterina e hizo lo que su madre la mandó con mucho afecto, aquella noche despertó llena de alegría, llamando a su madre y diciendo: La Virgen ha estado conmigo y me ha dicho que esté alegre, que quiere curarme por los ruegos que le ha hecho el Beato Felipe. Sin embargo, además de esto, se agravó el mal de tal manera que perdía ya la luz de los ojos y llegó al extremo. Hallándola en este punto su padre, que había estado fuera de Roma, muy confiado también en la intercesión del Santo, acudió a su socorro, se fue a la Iglesia Nueva, pidió a los Padres de la Congregación un lienzo teñido en sangre del Santo y con mucha devoción lo puso al cuello de su hija. Hecho esto, seguro de recibir la merced del Santo, habiéndose de ir a Corneto con su familia, quiso contra parecer a los médicos y de todos sus amigos, llevarse a su moribunda hija. La puso en una litera y llegados a Barberazo, estando la niña ya sin tomar cosa alguna, casi expirando y al parecer del médico de aquel lugar sin remedio, apenas la dejó el doctor, llamó a su madre y la dijo: No veis a Nuestra Señora, vestida de blanco con un manto azul?, que bella es, como resplandece, me ha dicho que no creáis al médico porque estoy buena y le he ofrecido vestirme de blanco yo también. Dicho esto, comenzó a comer y a la mañana siguiente, alegres todos prosiguieron el viaje, llegaron a Corneto, donde en tres días recobró por entero la salud y salió de casa, como si no

hubiera tenido enfermedad, con admiración y espanto de cuantos la habían visto en Roma. En cuya fe envió su padre al sepulcro de San Felipe una túnica de farja blanca, con estos versos:

*Mora Dei Genitrix precibus, studiisque Philippi;
Depositam eripuit morti, incolumemque puellam
Servavit, senium solatia magna parentum,
Castalio vestem nata, pictamque tabellam
Appendi iussit voti damnatus in aede.*

A cierto soldado lo trajo un amigo a la Iglesia de la Congregación de Roma. Un día, le enseñó la Capilla del Santo y le refirió muchos de sus milagros y otras cosas particulares de los Ejercicios e Instituto de la Congregación, de la que aficionado a San Felipe, el soldado hizo oración en su sepulcro y se le encomendó de todo corazón. Esa tarde, una hora antes del anochecer, poniéndose de por medio en una pendencia en la que dos criados de un Príncipe quería matarse uno a otro, uno de ellos enfurecido contra él, lo cogió a traición con una mano por las espaldas y con la otra le dio en el pecho una puñalada que le pasó de parte a parte y huyó. Después de tres o cuatro pasos, se sintió desmayado y cayó sobre una cama, se encomendó de corazón a San Felipe. Le visitaron muchos cirujanos y Montócoli, el mejor de ellos y dijo que no viviría más de siete horas y así se llamó a dos Religiosos, de los ministros de los enfermos, para que cuidasen de su alma. Cuando se esperaba su muerte, se le aparece el Santo Padre y le dice: **“No dudes, que no morirás, pero cambia de vida”**. A la noche siguiente, también a la misa hora, vuelve y le dice lo mismo, por tercera vez lo hace a la siguiente noche, diciéndole siempre que no dudara pero que cambiara de vida, a cuyas palabras el enfermo se sentía consolar.

Al día siguiente después de la primera aparición, se confesó con grandísimo dolor de sus pecados, perdonando de corazón a su ofensor y propuso casarse con una joven con la que llevaba tratando dos años y luego lo cumplió. Al séptimo día, le dejó el dolor y se levantó de la cama del todo sano, pero como no vivió como se lo había ofrecido al Santo, mudando de vida, por algunos delitos graves que cometió, le cortaron la cabeza, confesando en la hora de la muerte, que por no haber guardado la palabra dada al Beato Felipe, llegó a aquél estado. Murió bien dispuesto y resignado en la Divina Voluntad.

Hilario Colli, Sacerdote de la Ciudad de San Severino, siendo joven, fueron con otros estudiantes enviados por su maestro a confesarse a la Iglesia de la Virgen de las Luces, fuera de la ciudad, que en aquellos tiempos estaba a cargo de la Congregación y como niño, en vez de confesarse se subió al púlpito frontero del confesonario, donde se confesaban sus condiscípulos e hizo tanto ruido, que revolvió toda la Iglesia. Fue necesario, que el confesor se levantara a reñirle, para que se bajase de allí. Se fue a la Sacristía, donde impensadamente, se le apareció el Santo padre, que nunca lo había conocido, si bien tenía alguna noticia, por haberle dicho que se parecía a un hombre de aquella ciudad, se lo llevó de la mano a un lugar apartado, donde el joven despavorido miraba fijamente a su rostro y le dijo el Santo: ***“Hijo, en que mal estado te hallas. No te acuerdas de haber cometido estos y estos pecados?”***. Se los contó detalladamente con todas sus circunstancias. Luego le añade: ***“Tú te confesaste con fulano y no solo no le dijiste tus pecados, pero preguntándote él muchas cosas las negaste todas, aunque con toda caridad te rogaba que procedieses con toda sinceridad en la confesión, y lo que es peor, estabas siempre añadiendo mentiras. Mira en el mal estado en el que vives, sábetelo que estás en manos del demonio”***. Dicho esto desaparece. El joven asombrado volvió a la Iglesia y al salir cuenta a sus compañeros como el Padre Felipe había venido a San Severino y le había hablado en la Sacristía de la Iglesia Nueva, pero replicándole ellos, que no podía ser, porque el Padre Felipe estaba muerto, calló y haciendo reflexión sobre lo sucedido, se sintió envuelto en un temor y remordimiento de conciencia, tan grande, que no podía vivir. Y últimamente, creciendo aquella congoja, se confesó y comenzó a tener noticias de las cosas de Dios y se dio a la Vida Espiritual y llegó a ordenarse sacerdote, y reconoció que todo lo bueno que le había pasado era gracias a la intercesión del Santo.

Jacobo Lancelloto, Sacerdote de la Ciudad de Plata en Sicilia, enfermó en el mes de Agosto y llegó a tal extremo, que los médicos, juzgándole muerto, señalaron a los suyos a la hora en que expiraría. En este término, le visitó un Caballero amigo suyo, que tenía Reliquia de los Intestinos de San Felipe y mandó traer un baso de agua y tocándola con ellas hizo la Señal de la Cruz y rogó al enfermo que la bebiese con gran devoción y fe, encomendándose de corazón al Beato Felipe, porque por su intercesión esperaba la salud. Tomó el enfermo aquél líquido, bebió dos tragos y al punto se halló mejor. Esa noche misma, estando con todo su corazón rogando al santo para que quisiese alcanzarle la plena salud, se le vio delante en un momento, diciéndole estas palabras: ***“Hijo no dudes, no será nada, bebe lo que queda del agua y curarás”***. En aquel momento mandó traer el agua que había sobrado, se la bebió, le sobrevino un dulce sueño el que hacía mucho tiempo no había podido sosegar. A la mañana siguiente se halló tan bueno, que los médicos mismos le decían que había resucitado.

En reconocimiento por tan singular beneficio, quiso desde entonces hacer el Oficio Divino en conmemoración del Santo siempre.

Navegando en una falúa, Alejandro Longuito, Hermano del Oratorio de la Congregación en Nápoles, se levantó una tempestad a las cinco o seis horas de llegar la noche, en las que las olas parecían montañas y el viento hizo pedazos la vela y el árbol. Estando todos arrodillados llorando con la muerte en los ojos, se acordó Alejandro del Santo Padre, a quien había invocado en todas sus necesidades. Le hizo oración y le rogó que le socorriera en tan desdichado lance. Luego le vio sobre la popa de la falúa, vestido de Clérigo con el bonete en la cabeza, sin manteo, circundado de un gran resplandor. En el mismo punto se le alborozó el corazón, se aplacó el mar, cesó la tempestad para consuelo de todos y hecho el debido rendimiento de gracias, prosiguieron felizmente su viaje.

Al mismo Alejandro, teniendo un hermano enfermo de disentería y desahuciado de los médicos, hizo un voto al Santo y mientras le invocaba le vio arrodillado delante de Nuestra Señora. En el mismo instante cesó la enfermedad de su hermano, quedando del todo bueno y con gran admiración y espanto.

Clara de Juan de Aseculi, estando al servicio de Clarice de Fabricio Muti, habiéndose acostado la noche de la Presentación de Nuestra Señora, sin mal alguno en los ojos, se despertó por la mañana ciega de ellos. Pensando que al estar las ventanas bien cerradas, no la dejaban ver la luz, se vistió, fue al aposento de su señora y preguntó porque no tenían abiertas las ventanas. La respondió que lo estaban aunque no había mucha luz, por ser muy temprano y estar el cielo cubierto. Clara, incrédula, juzgando que se estaban burlando de ella, se fue a tientas a las ventanas, puso las manos en la vidriera y dándose cuenta de que había perdido la visión, comenzó a dar voces al Cielo, llorando inconsoladamente. La preguntó su señora, que es lo que le pasaba y respondió con grandes y horribles gritos: Hay de mí, estoy ciega. Clarice, con las mejores razones que pudo la consoló y entre otros remedios la propuso, que se encomendase de corazón a San Felipe, cuyo sepulcro habían visitado poco antes juntas y que confiase en él, porque por su intercesión recobraría la vista. Ella al punto, con grandísima devoción y fe, se encomendó al Santo, rogándole que como había curado a tantos de varias enfermedades, le impetrase de la Divina Misericordia, la restitución de la vista. No obstante, además de esto, estuvo ciega hasta el trece de Diciembre, día de Santa Lucía, en cuya mañana, yendo a visitarla su señora, la pregunto, cómo estaba. Después, dice ella, después de que V. S., esta noche me ha puesto las manos sobre los ojos, me parece que estoy mejor y que veo un poco. Tú te engañas, respondió Clarice porque esta noche no he estado en tu aposento. No es necesario negarlo, respondió Clara, porque reconozco muy bien en el tacto las manos de V. S.. Oyendo esto Clarice, quiso examinarla a conciencia y Clara la contó que poco antes

había ido a la Iglesia Nueva a visitar el sepulcro del Padre Felipe, como habían quedado de acuerdo y que no pudiendo entrar por la muchedumbre que allí había, el mismo Beato, por consolarla, se la había aparecido y en ese momento había comenzado a ver. Luego dijo su señora: Hermana, estas manos te han restituido la vista, no las mías, da gracias a este gran Siervo de Dios y sabe que, lo que me has contado, por fuerza ha de haber sido un sueño, porque ni tu ni yo hemos ido nunca a la Iglesia Nueva. Por la mañana vinieron los médicos y oyendo decir que Clara había recobrado la vista, hicieron la prueba encendiendo una vela. La preguntaron qué veía. Ella como el ciego del Evangelio dijo: “Video homines, tanquam arbores ambulantes”. Respondió: una gran hacha. La hicieron salir después a la ventana y preguntándola, qué pasaba por la calle, dijo: una gran montaña que camina y era un coche. Poco a poco, ganando cada día claridad en la vista, la recobró en breve, perfecta como antes.

Lucía, mujer de Antonio Domici, de Ristrapona, se hallaba tullida de una enfermedad que la duró cinco meses, no podía valerse de ningún miembro del cuerpo, ni moverse sin ayuda de cuatro o cinco personas, ni comer sino solo cosas líquidas, por no poder jugar los paladares, ni abrir la boca. Viéndose tan miserable, estando tan cercana a la muerte, hizo un día llamar al Confesor y el siguiente, sintiéndose mover el corazón hacia la hora de Vísperas, se encomendó a Nuestra Señora, llamada de San Juan y a San Felipe, esperando por este medio, remedio a su enfermedad. E invocando a ambos con todo afecto, vio a los pies de la cama a la Virgen y a San Felipe con el hábito de Clérigo, con lo que ella prosiguiendo con mayor fervor les rogaba la socorriesen. Le insinuaron que lo harían y en un momento desaparecieron. De allí en poco tiempo, sin pensar en ello se halló Lucía con fuerzas para moverse y confiando en el socorro de Nuestra Señora y San Felipe, hizo prueba de vestirse y le salió bien, con gran admiración se levantó, caminó por su pie y volvió a la cama sin que nadie le ayudase. A la mañana siguiente, fue a dar gracias a la Iglesia de Nuestra Señora y después de comer a la de San Ángelo, que es la de la Congregación del Oratorio, a darlas a San Felipe, con admiración de todos los que la veían caminar, habiéndola tenido por muerta. Después, para mayor prueba de la devoción, que por este suceso había adquirido el Santo, comenzó a frecuentar el Oratorio, procurando, cuando le fue posible, vivir conforme al estilo de la Congregación.

Queriendo una mañana, comer un hijo espiritual del Santo, una manzana que le dieron con veneno, apenas se la puso en la boca, escuchó la voz del Santo Padre, que le dijo dos veces: **“Échalo fuera”**, lo echó temblando, pero tragó algo y luego comenzó a hincharse, hizo llamar al médico que le aplicó muchos remedios contra el veneno, asegurándole que si la hubiera comido entera, se hubiera muerto en el momento y reconoció que su vida se la debía al Santo.

A este propósito, no quiero de dejar de contar otra aparición de San Felipe, digna de ser referida, aunque sin milagro. Estando el Cardenal Cesar Baronio en Ferrara con el Papa Clemente VIII, estaba enfermo en Milán el Cardenal Cusano y una noche se apareció el Santo a Baronio, diciéndole: **“Mata aquella lámpara”**. Reconoció Baronio el aposento para ver, de que lámpara le hablaba y escuchó otra vez: **“Mata aquella lámpara”** y desapareció en el momento. Deseoso el Cardenal de entender el sentido de las palabras se puso en Oración y pasados unos días, se le apareció de nuevo el Santo diciéndole claramente: **“El Cardenal Cusano ha muerto”**. Supo después por cartas, que la muerte ocurrió en el mismo momento que se lo dijo el Santo.

Otra vez, estando el mismo Baronio con ansias de corazón, se retiró a descansar a su aposento y se le apareció Felipe como solía vivo, le apretó la cabeza fuertemente haciéndole caricias y alargando los brazos Baronio para abrazarle, le dejó consoladísimo.

Otra cosa semejante le sucedió a Julio Salidonio, Obispo de Groseto, que molestando por algunas tentaciones, le vino el sueño y en él se le apareció el Santo, diciéndole: **“Julio, si quieres librarte de las tentaciones, válete del remedio que te enseñé”**. Luego recordó lleno de consuelo.

Estando enfermo Ascanio Bertachini, Comulgado por Viático, vio una noche bien despierto una clarísima garrafa de agua en el aire en la que parecía dar el sol y oyó una voz que parecía ser del Santo Padre, por haberse encomendado a él de todo corazón en aquella enfermedad y le dijo: **“Así van las almas justificadas al cielo”**. En el mismo momento, comenzó a mejorar y en breve tiempo sanó. Y así tuvo por cierto que era aquella visión aviso del Santo para que viviese mejor en adelante y se preparase para la muerte si quería gozar de Dios.

Jerónima Crescencio, hija de Virgilio, siendo joven y hallándose con enfermedad mortal para Comulgar por Viático, estuvo gran rato suspensa, tanto que reparando su madre en ello, la preguntó en qué pensaba y que hacía. Respondió: Discurro con el Beato Felipe. Replicó la madre: El Beato Felipe está en el Cielo. Y ella contestó: Sabed pues, que yo le veo ahora y hablo con él. Con esta visión alcanzó la joven tanto valor para morir, que no hablaba sino de Cristo y diciendo a su madre poco antes de que expirase: Os quiero encomendar al Beato Felipe y pasó con grandísima tranquilidad a mejor vida, a cuyo cuerpo difunto comunicó Dios tanta belleza y candor, que manifestaba bien haber sido Templo del Señor, que se deleita en vivir entre azucenas.

Lo mismo le sucedió a Gabriela de Cortona a la edad de cien años, hija espiritual de Felipe, de quien ya hemos hablado otras veces, porque apareciéndosele el Santo a la hora de su muerte, se levantó de la cama con los brazos abiertos y con el rostro alegre, diciendo: Miradlo, miradlo, he aquí el Beato Felipe, y nombrándole muchas veces expiró.

CAPITULO XI

Milagros de San Felipe visitando su cuerpo.

Claudia Griñana, doncella, padecía grandísimos dolores de estómago, de barriga y de rodillas que le causaban continuos vómitos y la impedían todas sus acciones. Los médicos después de muchos remedios, resolvieron que su mal era incurable. Estuvo con esta enfermedad seis años y al cabo de ellos, una noche de Navidad se le doblaron hasta el día de la Circuncisión, en el cual la trajeron a la Iglesia Nueva de noche, con mucho trabajo, donde presa de fuertes dolores se echó en un banco y animada por sus compañeras, llegó hasta la Capilla de San Felipe, pero con gran dificultad. Puesta de rodillas se recomendó a él, haciéndole voto de ayunar, si curaba, todos los años la víspera de su Fiesta a pan y agua. Hecho el voto la dejaron los dolores y al punto recobró las fuerzas y por su pie caminó por la Iglesia y subió al coche.

Hipólita Martelli, habiendo padecido durante un año dolores artéticos, que desde la ijada derecha la cogían toda la pierna sin aprovecharla medicamento alguno, sin poder estar de pie, ni sentada, ni caminar, sino solo recostada. Fue a Misa a la Iglesia Nueva y sintiéndose con excesivo dolor, que nunca se volvió al entrar de la Iglesia al sepulcro del Santo y le rogó que si era para salud de su alma, le quitase aquel dolor o se lo mitigase al menos. Hecha esta oración, cesó el dolor al punto, recuperó el vigor en la pierna y sin ayuda se levantó para escuchar el Evangelio y sin apoyo volvió a su casa y desde entonces estuvo buena del todo.

Felicia Sebastiani, mujer de Pedro Contini, tenía un hijo de tres años, cuyo nombre era Gregorio, enfermó de un mal al parecer incurable, que los médicos juzgaban que era lepra, porque su cuerpo estaba lleno de cortezas, con unas puntas como de alfileres, que lo punzaban causándole grandísimo dolor. No se podía vestir, ni desnudar sin que derramase sangre, llegado con gran compasión de la familia, principalmente de su madre. Esta enfermedad le afectó de tal manera a las piernas que, cuando le ponían en tierra para que diese algunos pasos, se le torcían como si no tuviesen nervios y junturas, no era posible que estuviera de pie y muy costoso llevarle siempre en brazos. Padeció esta enfermedad un invierno entero y cuando sentía frío interiormente, le oían dolerse con llanto y con unos quejidos que causaban terror a los que le escuchaban. Estando ya los de su casa cansados por tan larga y penosa enfermedad y no sabiendo que hacerle, les vino al pensamiento traerle al Sepulcro del Santo, para que alcanzase de Dios lo que fuese más conveniente para el niño. Lo trajeron su padre y otro hijo a visitar el Cuerpo del Santo, que entonces por no haberse

acabado la Capilla, estaba aún en el arco frontero al órgano que dijimos, y después de haber rezado el niño, un Padre Nuestro y un Ave Maria y de muchas oraciones de su padre allí y de su madre en casa, en la misma semana comenzó a caminar, curando de aquella especie de lepra. En breve tiempo recuperó la salud, reconociéndola por singular merced del Santo Padre.

José de Maro, Napolitano, no podía caminar por un dolor en un muslo, sino era a caballo o en coche. Vino a Roma y fue a visitar el Sepulcro de San Felipe, donde con gran fe recostó el muslo, sobre el Arca del Santo Cuerpo, encomendándose de todo corazón. En el instante mismo lo dejó el dolor y no hubo necesidad de apoyo para volver a casa. Todos los que se hallaron presentes dieron voces: Milagro, milagro.

José Zerla, caballero hermano de la Congregación, llevaba antes de entra en ella un pleito en la Rota y viéndolo a mal andar con temor de perderle, no sabiendo que hacer después de haber gastado mucho en Procuradores y Abogados, acudió en última instancia a la intercesión del Santo, se fue a su Sepulcro y le rogó de esta manera: Beato Padre, enseñadme lo que debo hacer, dirigidme por donde debo caminar, para que no pierda una causa de tanta importancia. Estando con esta oración, ansioso y trabajado, le vinieron a la mente algunas escrituras que estaban en cierto lugar y jamás se había acordado de ellas. Volvió a su casa, las reconoció y halló dos tan buenas, que le ganaron el pleito. Esta merced, que confesaba deber al Santo, fue motivo de entrar en la Congregación.

Julia Lippi, hallándose un año, víspera del Santo, afligida de ánimo y tan delgada que parecía que no se podía mantener el pie. Llena de confianza, se fue al Sepulcro, donde habiendo hecho un poco de oración y rogando al Santo que la socorriese en el alma y en el cuerpo, se sintió al punto sin la pesadumbre y trabajo del corazón, sin la flaqueza y relajamiento del cuerpo y restituidas las fuerzas.

Bartolomé Grosi de Mirabelli, territorio de Lodi, tenía por particular Abogado a San Felipe, invocándole en todas sus necesidades y visitando su Sepulcro todos los días, cuando no estaba impedido. Este, después de haberse toda su hacienda en un pleito, llegó a extrema necesidad, y fue socorrido de dinero tres veces milagrosamente, por medio del Santo Padre. La primera, habiendo hecho oración, sobre ello en la Capilla, halló al salir de la Iglesia un hombre que le preguntó si tenía necesidad de dinero y se lo dio. La segunda, después de la misma oración, halló una mujer que le preguntó lo mismo y le socorrió. La tercera, rezando en la misma Capilla, vio un bulto de papel con dinero y a su parecer escuchó esta voz: ***“Tómalo, que son para ti”***. Tuvo miedo de cogerlo y estuvo un rato sin atreverse, poco después descubrió que por el papel se veía el dinero y escuchó interiormente las mismas palabras ***“Tómalo que es para ti”***. Al final los

cogió y aunque preguntó a muchos, no halló quien hubiese perdido dinero en la Capilla.

CAPITULO XII

Milagros encomendándose a San Felipe, invocando su nombre

Pensando estar muerto por un excesivo dolor de ijada Marcelo Laurencis, invocó a San Felipe diciendo: Beato Felipe, ayudadme como lo hicisteis con el Papa Clemente de la gota. A la tercera vez que dijo esto se halló del todo curado.

El Abad Marco Antonio Massa, padecía también grandísimos dolores de ijada y piedras. Una tarde apretado de ellos sin hallar reposo ni mitigárselos ningún medicamento, quedado por el dolor cansado y sin fuerzas, desahuciado de remedio humano, se encomendó de todo corazón al Santo Padre y prosiguiendo en hacerlo, hecho una gran piedra y quedó sano.

El Padre, Fray Agustín Maria, Vicario general de los Recoletos Agustinos, también apretado de los dolores de ijada, sin hallar remedio se acordó del Santo y se le encomendó con estas palabras: Beato Felipe, por la caridad, por la humildad que habéis mostrado al mundo, os suplico roguéis a Dios me libre si es su voluntad de estos dolores. Al instante le dejaron sin volverle más.

Teodoro Ciro, Canónigo de Verona, no hallando remedio a los excesivos dolores de gota que le afligían, se puso a leer los milagros del Santo padre después de su muerte, y leídos muchos, se le encomendó de esta manera: beato Felipe, vos que habéis socorrido a tantas personas, ayudadme también a mí que os he servido tantas veces en la Misa, me he confesado con vos y tratado como de casa. Dicho esto se durmió y se le apareció con estas palabras: ***“Quita el mal de aquella piedra”***. Con esto se despertó, hallándose libre de la enfermedad y sin sentirla más.

Rodolfo Silvestri, médico, oprimido por dolores de estómago y otros varios, sin hallar remedio de ningún medicamento, se acordó de visitar al Santo y se le encomendó rogándole por la benevolencia que le mostraba en vida, tuviese ahora piedad de sus tormentos. Dichas estas palabras, sintió de repente como cesaba el dolor, le dio sueño y después de haber dormido, despertó como si no hubiera tenido mal. En cuyo agradecimiento puso en el Sepulcro del Santo un retablillo con estas palabras: ***“DUM VERE IJS, SERISQUE SYRAPTOS MATIBUS MORI ME SENTIO, IMPLORATO***

B. PHILIPPI AUXILIO, PLACIDUS SOMNUS ME ACRIPUIT, ET FLATIM CONVALVI”.

Victoria Frangipani, mujer de Pedro Ruiz, encomendándose al Santo, se halló al punto de gravísimos dolores de estómago.

Crispoldo Abatij, de Sancti Germani, adoleció de grandísima calentura, con extraño dolor de cabeza y congoja del todo el cuerpo, de tal manera que se dudó por su vida, sin embargo porque hacía veinte años que no había estado enfermo, quiso probar a salir de casa para ver si podía tenerse en pie, y vio que no podía, cansándole bastante volver a su casa. Se acordó de los milagros del Santo y de sus Santa Reliquias que había visto poco antes, principalmente de la candidez de su cuerpo, que con tanto gusto había considerado vuelto los ojos al Cielo, le rogó así: Beato Padre, hacedme la gracia de librarme de esta calentura y dolor de cabeza, que a vos me encomiendo. Apenas hubo pronunciado estas palabras, en un instante, estando la calentura en su momento más alto, la dejó y cesó el dolor, quedando con gran admiración al verse libre del mal.

Darío de Bernardis, de la ciudad de Frinti, yendo a un lugar dos millas distantes de ella, para hablar con un Caballero principal, a quien tenía ofendido, temiendo alguna desgracia por el camino, se encomendó al Santo, diciendo: Beato Felipe, que vivo y muerto habéis librado a tantos de la muerte del alma y del cuerpo, al encuentro de esta parece que voy, ayúdame en este peligro. Llegó al lugar y el Caballero enfurecido le salió al encuentro, sacó la espada contra él y Darío de nuevo se encomendó al Santo. Fue admirable. Aunque trató de herirlo, nunca pudo y espantado le dijo: No se que me detiene, Dios te ha librado. Darío entonces le rogó que escuchase su razón, constituyéndose juez del echo. Le escuchó, quedó el caballero satisfecho y Darío, reconoció el buen éxito del negocio a la intercesión del Santo.

Alejandro Fuliñi de Isquia, solía padecer de cuando en cuando dolores cólicos que le duraban quince días seguidos, atormentándole cruelmente y poniéndole en peligro su vida. Una noche oprimido por el dolor, escuchando contar algunos milagros del Santo Padre, en particular a José Castillón el de su hija, se le encomendó de todo corazón con la mayor devoción que pudo. Inmediatamente cesaron los dolores, sin haberle durado más de media hora, cosa que nunca le había sucedido.

En la ciudad de Cherra, Reino de Nápoles, Rosa Gentony, tenía un duende en su casa que con el ruido atemorizaba a todos los que vivían en la casa y una noche lo hizo de tal manera que, hubo de salir huyendo. Se acordó de las mercedes que San Felipe había hecho en aquellas partes y cobró ánimo, volvió a su casa, invocó al Santo y desde entonces no lo volvió a sentir.

CAPITULO XIII

Milagros encomendándose a imágenes de San Felipe

Fermestra Damiana, Pisana, había ofrecido a su confesor, no leer algunos libros de entretenimiento, pero aún habiéndola hecho, llegó un día a sus manos un libro que lo leyó. Al punto le sobrevino un ardor tremendo en los ojos, los cuales se le inflamaron de tal manera que, no le hacían nada más que lagrimear, sin poder abrirlos. Escondió lo más que pudo el libro, se fue a tientas a donde estaban los demás de su casa a buscar remedio para su mal y enviaron a por el médico y al no hallarlo le persuadieron para que se encomendara al Beato Felipe de todo corazón. La llevaron una imagen del Santo, la tocó con la mano y después con ella los ojos, en el mismo instante los abrió y cesó la inflamación y el dolor, volviendo a su primer estado.

A Antonia Raida, la causaba grandísimo dolor y fiebre un mal que tenía en la rodilla izquierda y le duró ocho años, sin aprovecharla medicamento alguno, Una mañana doliéndole más que ninguna otra, se retiró a un Oratorio de su casa donde estaba la imagen del San Felipe, y encomendándose a él más de lo que solía, hizo voto de traer si curaba una pierna de cera a su sepulcro. Hecho el voto y oración, curó sin dilación alguna, puso el pie en tierra y caminó bien sin que le volviera a aparecer tal enfermedad.

Habiendo ido Fabricio de Máximis, con su hijo Pedro a Milán, enfermó este de tercianas dobles (era este el segundo hijo, cuyo nacimiento había profetizado el Santo, como el de Pablo, a quién resucitó y le dijo a Fabricio que lo llamara Pedro), al vigésimo día le dieron por muerto los médicos pero con todo, le duró la enfermedad sesenta y seis días, con fiebre continua. Faltándole el ánimo a Fabricio, para hallarse a la muerte de su hijo, había ya dejado dinero para las exequias y mandado preparar la ropa para volverse a Roma. Esperándole la muerte en cada momento, le pusieron delante un cuadro de San Felipe y le dijo su padre: Hijo, he aquí al Beato Padre, encomiéndate a él. Lo miró el enfermo y encomendándosele lo mejor que pudo, esa misma noche comenzó a mejorar y por la mañana lo hallaron los médicos del todo bueno. Al tercer día se puso en camino hacia Roma, corriendo siempre la posta y volvió a ella con mejor salud que cuando partió a Milán.

Juan Andrea Pomio Lucatelli, Sacerdote, adoleció de fiebre crudísima, con fuertes dolores de estómago y se dudaba por su vida. Estando la misma en alza, lo visitó el Padre Antonio Gallonio y le trajo un retrato del Santo, El enfermo al verle, como quien había sido familiar suyo, le besó

devotamente y se le encomendó de corazón y al momento le dejaron ambos males.

Sor Arcángela Ancayana, Monja de Santa Caterina de Rosa, en la ciudad de Espoleto, habiendo tenido cinco años fiebres y de manera continua los dos últimos, no había hallado remedio a su mal, escribió a Roma a Sor Maria Magdalena Ursina, Religiosa de Santa Maria Magdalena de Montecaballo, rogándole para que le informase a algunos médicos sobre su enfermedad y así le diesen algún remedio para curarla. La monja que era devotísima del Santo Padre, la respondió que se encomendase al Beato Felipe de la Iglesia Nueva, porque por su intercesión se aprovecharía más que de las medicinas. Tomó Arcángela el consejo y se encomendó con fe viva al Santo y se halló libre en un momento de la fiebre sin que la volviese más. Escribió dándole noticias del suceso y las gracias a Sor Ursina y esta le envió un escaupín y un retrato del Santo con otras Reliquias. Después la sucedió una fluxión de humor en el ojo izquierdo y los médicos lo juzgaron peligroso para su vida, empeorando con el remedio de cierta agua que la aplicaron. La quisieron sangrar y para esto la recetaron unas píldoras, pero ella antes de tomarlas se arrodilló delante del retrato del Santo, lo tocó con la mano y después con él y con gran fe el ojo enfermo, en el mismo momento se le aplacó el dolor y a la mañana siguiente ya no tuvo ninguno.

Lo mismo le sucedió a Sor Antonia Gentilleti, del mismo Convento, que se libró del intensísimo dolor de cabeza poniéndose la imagen en los pulsos.

A Sor Tecla Sclamani, Religiosa de San Silvestre en Roma, la dio la gota coral y en un momento, torciendo los ojos y la boca, perdió la palabra. De esta manera, sin poder hablar se volvió a una imagen del Santo, mirándole fijamente y se le encomendó de todo corazón. En un instante, recobró la palabra y comenzó a dar voces con gran alborozo: Oh bella gracia, el Beato Felipe me ha restituido la palabra para que pueda confesarme, repitiéndolo muchas veces: Oh, bella gracia. El mismo día hizo una confesión general con gran satisfacción para su alma y Comulgó con gran copia de lágrimas, siempre con aquellas palabras en la boca: Oh, bella gracia. En tres horas, volvió a perderla y recibida la Extremaunción en cinco días entregó el alma a Dios para grandísima edificación de las demás monjas.

A Maria Guindaza, estando enferma de sarampión, la dio un desmayo tan grande, que todos la tenían por muerta, quedó temblando todo su cuerpo, la boca torcida, los ojos vidriados y con otras señales. Su marido la puso en el pecho una imagen del Santo y en el mismo instante que la tocó, volvió a su ser diciendo a voces a los suyos: Oh, gran milagro.

Lo mismo le sucedió en Roma a Sor Caterina, Beata de la Tercera Orden, que padeciendo grandísimos dolores quedó en un momento libre, tocándose la parte dolorida con una imagen del Santo.

Bartoloméa de Magistris, hija de Alejandro, siendo joven, haciendo la colada, se derramó sobre las manos una hoya de lejía hirviendo. Luego se le inflamaron y le salieron vejigas. Ella sintiéndose arder, corrió al agua pensando hallar remedio, pero le aumentó muchísimo el dolor y no hallaba sosiego. Sus padres le pusieron en las manos un emplasto y la hicieron acostar en la cama y en ese momento la sobrevino fiebre. Viéndola así la madre, se encomendó a San Felipe y persuadió a la hija para que hiciese lo mismo. Se arrodilló sobre la cama y con su madre hizo oración a una imagen del Santo, por la mañana despertó con gran alborozo llamando a su madre y diciéndola: Madre, ya estoy buena, ya no tengo mal en las manos y todos los de su casa las vieron como si no hubiera tenido nada.

Después de la muerte del Santo comenzaron a salir las imágenes y viendo un desalmado una en manos de un cierto amigo suyo, comenzó a menospreciarla, meneando la cabeza y torciendo la boca. Se la arrebató de las manos y hecha de ella una pelota, la echó al suelo con desprecio. Antes de que llegase a él, se desenvolvió la estampa, quedando extendida sobre el suelo, como si la sustentara una mano. No contento con esto el insolente, la pisó y el papel se volvió a poner de la misma manera. Confuso por el milagro, se arrodilló, veneró la imagen con mucha sumisión y con arrepentimiento de sus pecados, se confesó comenzando desde entonces una buena vida.

En Nápoles queriendo un Sacerdote conjurar una niña endemoniada, llamada Julia, que aunque nunca había estudiado, hablaba Latín y manifestaba muchas cosas ocultas, la llevó delante de la imagen de San Felipe y al punto salieron los demonios diciendo: Felipe nos echa, Felipe nos echa. Ella quedó del todo libre diciendo que había visto a un viejo parecido al de aquél retrato echando los demonios de su cuerpo.

En la Ciudad de Trapani, Reino de Sicilia, Pascual Pineli, pecador de atunes, habiendo perdido algunos años mucho dinero en ese ejercicio, cuando trató de entrar a pescar otro año, movido por el concepto y oyendo los milagros y la Santidad del Padre Felipe, puso una imagen suya dentro de una caña y la echó al mar, con la esperanza de hacer una gran presa. Los compañeros, por la mala estación con tempestades en la mar y tormentas, temían perder como en años anteriores, pero Pascual los animaba a todos, diciéndoles que tuviesen fe en el Beato Padre, que era Señor y Protector de aquella pesca. Con esta se cogió más de cuatrocientas mil libras de atunes con admiración de todos los que le ayudaban.

CAPITULO XVI

Particulares mercedes, que han recibido muchos por intercesión de San Felipe.

El Padre Germánico Fideli, fue con el Cardenal Tarugui, legado del Papa Clemente VIII a Parma y Mantúa, para algunos asuntos de importancia. Una mañana, encomendándose como solía a Dios y a su Madre Santísima y al Beato Felipe, para que lo guardasen de los peligros del alma y del cuerpo, sintió extraordinaria devoción al Santo. Y aunque el cardenal se daba prisa para que partiesen, no podía desasirse de la oración. Maravillado por esto, le vino al pensamiento de que se tenía que ver en algún peligro, en el que necesitaría del socorro del Santo. Comenzaron a caminar y antes de que llegasen a Serravalle, resbaló en una bajada la yegua en la que iba y aunque con la espuela y el freno, procuró hacerla levantar antes de que acabase de caer, con todo no pudo y cayó. Él temiendo porque sus pies no quedasen debajo de la yegua, quiso apearse, pero el animal se levantó antes de que lo consiguiera y se quedó con un pie en el estribo y espantado el animal, comenzó a correr arrastrándolo un buen trecho sobre las piedras y abrojos. Los compañeros, no pudiendo socorrerlo ante tan gran peligro, le daban por muerto. Al volver el animal, hacia el río pudo hacer fuerza y sacó el pie del estribo, dejando en él la bota y la espuela.

Corrieron los lacayos del Cardenal a ver si estaba muerto o vivo, pero antes de que llegasen, se levantó sin daño alguno y subiendo en otro caballo, continuó el viaje. Oyó Germánico, mientras le arrastraba el animal, esta voz interior: ***“No dudes que no tendrás mal”***. Palabras, que como se ha referido, solía usar el Santo en semejantes ocasiones.

En el año de mil quinientos noventa y ocho, fue el Abad Jacobo Crescencio, al cementerio de Santa Priscila, fuera de la Puerta de Salaria, con algunos que se tenían por muy prácticos en aquellos puestos y querían enseñarle muchos cuerpos de Santos y otras cosas de devoción. Entraron por una puerta tan estrecha, que para entrar tuvieron que tirarse al suelo. Caminaron durante cinco horas y el guía perdió el camino y se hallaron en un puesto similar a un laberinto, donde dando vueltas durante más de un cuarto de hora, se veían siempre en el mismo lugar. Le amedrentaba más la falta de luz, porque la vela que llevaban ya se estaba acabando. Después de ocurrido aquello y dado vueltas un buen rato, se tenían por muertos y sin esperanza de salir de aquel lugar. Se les acrecentaba la pena por haber entrado secretamente y si morían en aquellas grutas no se iba a saber por nadie. Viéndose en tanta apretura, privados de todo socorro humano, dijo el Abad: Tengamos fe en Dios, hagamos todos juntos oración al Bato Felipe

que nos ayudará. La hicieron todos con vivo corazón y antes de terminar el Miserere, se hallaron en la puerta por donde habían entrado, salieron, habiendo estado siete horas perdido y aunque sin comer nada durante este tiempo, quisieron antes de comer ir a visitar y dar gracias al Santo a su sepulcro. En cuya honra mandó el Abad hacer una figura de plata y la puso en su Capilla, como testimonio de haber salido de aquel peligro por su intercesión.

Estaba preso en Perugia, Pannonio Cecarelli, acusado falsamente de un delito grave. Un hermano suyo, Sacerdote, sabiendo de su inocencia, se fue con otro al Sepulcro del Santo a hacer Oración por él y así reconocer a su intercesión la libertad de su hermano por si la conseguía. Hecha la oración, rogó a su compañero que dijese una Misa en aquel Altar por su hermano, lo antes posible. La dijo el catorce de Octubre de mil seiscientos siete. Pasado cuatro o seis días recibieron carta del preso, escrita el mismo día catorce entre las once y las doce de la mañana, en la que decía que había encontrado las llaves de la celda en un lugar que nunca hubiera creído. Abrió la puerta y paso junto al Juez y el Notario y ninguno de ellos le dijo palabra. Salió de Perugia y aquel día estuvo escondido en un bosque y por la noche aunque venía crecido el río Tiber, lo vadeó fácilmente. Supo después lo que el hermano había hecho en Roma en la Capilla del santo y atribuyó su libertad a la intercesión del Santo, por cuyo reconocimiento, puso un voto en ella. Al final, constó su inocencia y alcanzó el perdón de su Santidad.

Con esta ocasión contaré, que estando este hombre enfermo en San Jerónimo de la Caridad en los aposentos que fueron del santo y sintiéndose con dolores mortales, se acordó de su hermano y la merced que había recibido y diciéndole que eran aquellos sus aposentos, se encomendó Pannonio al Beato Felipe de todo corazón y en un instante quedó sin dolores y admirado.

Tomás de Mateo de la Catania, en el estado de Urbino, hallándose en Corneto, fue asaltado por un jabalí y herido en cuatro o cinco sitios y le partió por medio un costado, dos o tres nervios por debajo de la rodilla y le sobrevino un pasmo. Comentaron sus padres el caso con Marco Antonio Vitellesqui, que se hallaba en Corneto por entonces. Este les dio unos cuantos cabellos del Santo y se los pusieron sobre el enfermo. En ese momento cesó el espasmo y a los pocos días curó, sin quedar nada baldado.

Esteban Calcinardi, fue a cobrar cierta deuda a un lugar del Duque de Brachiano y no hallándose el deudor con dinero de contado le dio en paga un potro, que juzgándole Esteban domado, le puso silla y freno y se montó en él para volver a Roma. Llegando a un barranco por donde corría un riachuelo, el animal se espantó por el ruido del agua. El animal se echó a correr con la cabeza hacia la tierra, saliéndose del camino y lo llevó de esta manera cuatro o cinco millas, a cuyo fin llegado a un precipicio, quiso

despeñarse. Esteban, levantando los ojos al Cielo, dio voces: Oh, Beato Felipe, ayudadme. A cuya voz paró el caballo de repente y se halló libre del peligro.

Jerónimo Vequieti, fue a Egipto a tratar la unión de la Iglesia de Alejandría con la Romana y volvió una segunda vez para la confirmación. Este afirma que todas las dificultades que halló en la consecución de este asunto, así por respeto al Turco, como por los peligros del viaje, los venció por intercesión del Santo, recomendándose siempre a un retrato, al natural que llevaba suyo. Y en tres autos que se hicieron de dicha unión, uno de los cuales quedó en El Cairo, otro en Alejandría y otro se trajo a Roma y lo leyó delante del Papa el año mil quinientos noventa y siete, escribió de propia mano, que reconoció la conclusión del asunto gracias a la intercesión de San Felipe. Lo mismo firmó Barsúm Acediano de la Iglesia de Alejandría. De este Arcediano y de la legación de dicha Iglesia, habla largamente Baronio en el fin del sexto tomo de Los Anales, leída delante del Sumo Pontífice Clemente VIII, en el año mil quinientos noventa y cinco.

Sucedió al referido Jerónimo, que no pudiendo conforme a los usos de aquellas partes, entrar ocho o diez jornadas dentro de Egipto, como era necesario, para obtener la confirmación de una escritura, envió a Sidón Miguel, hijo de Camús de Alejandría. Siendo el viaje muy peligroso por los asaltos de los árabes, Sidón al partirse, rogó a Jerónimo que lo encomendase a Dios. Este le mostró un retrato del San Felipe y se lo hizo venerar y besar, diciéndole que se encomendase a aquel Santo, que se lo daba como protector de la jornada. Partió Miguel y a medio camino le asaltaron los árabes, que reconociéndole Cristiano, le dieron una lanzada en el pecho, pero por la intercesión del Santo, a quien se había encomendado, deshizo la agresión y ellos pensando haberle matado, lo dejaron, como así suelen hacerlo, pero Miguel quedó sin ninguna herida fuera de aquel peligro.

CAPITULO XV

Otros Milagros de San Felipe después de su Canonización.

Porque la Divina Bondad se ha dignado ilustrar a su Siervo con muchísimos milagros, no solo antes sino después de su Canonización, me ha parecido conveniente, antes de dar fin a la historia, poner aquí algunos de los más notables.

Jerónimo Porta, médico de la ciudad de Aix en el Piamonte, vivía en la de Saona y siendo molestado muchos meses de vehementes pasiones del Alma y del cuerpo, yendo un día por devoción a la Iglesia de Nuestra Señora de la Misericordia, se encomendó con todo el afecto a la intercesión de San Felipe, en el mismo momento se sintió erizar los cabellos y como le apretaban la cabeza con dos manos, de la misma manera que solía hacerlo el Santo a los que, afligidos acudían a él cuando vivía y se halló libre de toda aflicción.

En la ciudad de Andría en la Pulla, habiéndose llevado en procesión, con gran solemnidad, un zapato del Santo, sucedió que una Monja llamada Sor Cristina, del Monasterio de la Santísima Trinidad, hidrópica y desahuciada por los médicos, procuró que le trajesen el mismo para adorarlo y aplicarlo a su mal. Cuando lo tuvo, lo besó con tanta devoción y con tanta fe lo aplicó a su mal, que al punto se le abrió una llaga de donde salió gran cantidad de humor, y quedó totalmente libre de la hidropesía.

En el Convento del Espíritu Santo de la ciudad de Chésena, adoleció de fiebre continua y aguda, Doña Maximilia Gennari. La apretó la enfermedad de tal manera que reducida al extremo de la vida y recibido el Santo Óleo, estaba ya casi expirando. En este estado y por la particular devoción que tenía a San Felipe, se hizo poner debajo de la cabecera el libro de su vida y en ese momento sintió llamarle una voz que le decía: **“Maximilia, levántate, no dudes”**. En el mismo instante, comenzó a mejorar de tal manera, que se sentó sobre la cama, diciendo con gran alegría: estoy buena, estoy buena. Las monjas, juzgándola por frenética, la imaginaban más incurable entonces, pero desengañándolas el médico, que la halló buena. Cuando la veían ir por el Convento, se paraban a mirarla con admiración.

En el Monasterio de Santa Clara de Ripa Transona, había padecido Sor Juana Filecij, cinco años continuos de asma de pecho, con tal apretura, que

cuando le daba el ahogo, era necesario meterse en la cama y aún así no hallaba consuelo. Caminaba con un báculo y se aplicó los remedios necesarios, pero jamás logró curarse. El año de mil seiscientos veintidós, en el mes de Abril, el día que se hizo la procesión del Santo, después de haber traído su imagen por la ciudad, se puso sobre el Altar de la Iglesia del Convento, Sor Juana se le encomendó con toda devoción y afecto para que se curase si era la voluntad de Dios y al punto la dejó la enfermedad. La requirieron para que diese fe de ello y dudó en hacerlo y luego la volvió la indisposición. Se encomendó de nuevo al santo y resolvió hacer público el suceso y en un instante se vio libre con gran admiración.

El día en que se hizo la Procesión del Santo en Roma, Don Jerónimo Scatolla de San Severino, Sacerdote en San Carlos del Corso, estaba en la Capilla del San Felipe, esperando el Estandarte que desde la Iglesia de San Pedro, se traía a la de la Congregación. Al entra en ella se entonó el “Te Deum Laudamus”, se sintió enternecer de devoción y estuvo en oración algo retirado y sin advertirlo recibió una merced singular, porque acabada la Procesión reparó en que se le había quitado una nube que dos años antes se le hizo en el ojo izquierdo.

En la ciudad de Saona, una joven llamada Marieta de Agustín Pugneti, estuvo con lamparones muchos años. Hablando su madre de la enfermedad de su hija con el confesor, la exhortó a que la encomendase con fervor al Santo, que se fuese a la Iglesia Mayor donde estaba su imagen e hiciese oración por ella, que sin duda curaría. Obedeció con grandísima fe, volvió a su casa y se encontró con que casi se le caían los parches. Al día siguiente vio curadas las llagas con grandísima alegría y admiración suya.

La mujer de Francisco Arcasio, médico, iba por orden de su marido a la ciudad de Saona con un hijo suyo llamado Nicolás, un criado y una criada. En el camino le salieron salteadores, que les quitaron el dinero, prendieron al hijo y pidiendo por su vida mil doblones. Dejaron a su madre con los criados, sin hacerle zozobra alguna. El padre, que no se hallaba con la posibilidad de pagar tan gran suma, puso poderosísimos medios para recobra a su hijo y todos fueron en vano. Viendo los bandoleros que tardaba el dinero, le señalaron día, diciendo que si no pagaba lo matarían sin dudarle. El pobre padre, no sabiendo que hacer, fue a pedir consejo a su Confesor, y este le dijo que acudiera a la intercesión del Santo, con la esperanza cierta de alcanzar por él la libertad para su hijo, como lo hizo él cuando salió de la cárcel de Perugia, mientras se decía Misa por él en la Capilla del Santo. Oído esto, el dieciocho de Julio de mil seiscientos veintidós, hizo decir una votiva del Santo en la Iglesia de Santo Domingo. Su confesor también dijo otra con la misma intención y el día diecinueve, del mismo mes, recibió una carta de su hijo, con estas formales palabras: Esta mañana muy ajeno de pensar en bandoleros, tengo por cierto que inspirados por el Cielo, vinieron a decirme su última resolución y esta fue

que no querían dinero alguno. Al día siguiente llegó a Saona con gran alegría para sus padres, cuando ya le juzgaban muerto.

Doralice, mujer de Juan Boni, Noble de la ciudad de Verona, después de haber estado muchas semanas con tercianas, le aconsejaron los médicos que cambiase de aires. Se fue de la aldea y la dejó la terciana, pero se le hincharon las piernas y las rodillas, de tal manera que caminaba con dificultad y no podía arrodillarse. Volvió a Verona y se puso en manos de los médicos y cirujanos, que después de varias unciones y emplastos, resolvieron en cortar en tres partes la rodilla donde se hizo el tumor como un huevo. Doralice, entre el dolor y el pensamiento afligido, no pudiendo dormir la noche de antes de la operación, se acordó de San Felipe e hizo voto de hacer decir una Misa por la mañana y poner una pierna de plata en su Altar. Luego durmió y por la mañana muy temprano se levantó, fue por si misma a la Iglesia donde estaba el Altar del Santo que estaba cerca y cumplido el voto se volvió a casa. Llegaron los médicos para ejecutar su resolución y al reconocerla, vieron que no era necesario intervenirla y en dos o tres días quedó del todo sana.

En el lugar de Salo, fue condenado a muerte un pobre hombre criado de la Casa de los Cherutis. Bárbara, hermana de estos, tiene el patronazgo de un Altar de San Felipe en la ciudad de Verona donde vivía. El condenado pidió a un amigo suyo, la escribiese una carta, suplicándola para que hiciese rogar por él en su Altar de San Felipe para que lo ayudase en el último lance. Recibió la carta Bárbara y luego envió tres de sus hijos a hacer oración por él en el Altar. Mientras los niños hacían oración en Verona, llevaban a ajusticiar al hombre en Salo y ya cerca del suplicio, se le hizo instancia de repente al Provisor, que sobreseyese la ejecución y revisase el proceso, con lo que le mandó volver a la cárcel. Revisada la causa, lo libró de la muerte y reconoció en todo la intercesión del Santo Padre.

A Doña Benedicta Coli, monja de San pablo en Parma, se le dislocó el hueso de la juntura de la rodilla izquierda, dejándola innoble con excesivos dolores. Corrieron a sus voces las monjas y la llevaron a su celda con grandísima dificultad y no pudiendo estar echada de ninguna manera, la sentaron a la orilla de la cama mientras enviaron a por los médicos. Persistiendo los dolores, se encomendó al Santo con todo afecto y dio una gran voz: Oh glorioso San Felipe, ayudadme. Dichas estas palabras, sin intervalo alguno, comenzó a dar voces contenta: estoy buena, estoy buena, el hueso ha vuelto a su lugar, ya no tengo mal alguno. Llegó el cirujano y experimentó la verdad y de allí en poco rato, fue al Coro con las demás Monjas a rezar Completas y arrodillada delante de la imagen del Santo, le dio gracias por el beneficio recibido.

Poco antes de esto, había manifestado la Majestad de Dios, la gloria de su Siervo, con un milagro en Roma, que por haber sido impreso, compuesto

por el muy R. P. Felipe Angelini, de la Orden de los Predicadores, Sacerdote de la Iglesia de la Minerva, he hijo espiritual del Santo, lo pondremos en este lugar de la misma manera que se imprimió.

Pablo Alejandro de Bernardis de Uderzo, territorio Trevigi, a la edad de treinta y dos años, estando al servicio de Rinaldo Rinaldi, Caballero Trevigiano, tuvo palabras con otro criado del mismo, cuyo nombre, aunque en el proceso público se calla por justos respetos, una mañana, llegando a más altas palabras que otras veces, amenazó el otro a Pablo, diciéndole que se acordaría del día siete de Noviembre. Esa mañana misma, fue Pablo a la Iglesia Nueva, donde habiendo oído Misa, se presentó con fe en la Capilla del Santo y rezó algunos Padres Nuestros y Aves Marías, encomendándosele de todo corazón, para que lo librase de las persecuciones de sus enemigos, principalmente de la que en aquella mañana había padecido por su compañero. Se volvió a su casa y a su parecer le halló algo tranquilo, porque otro caballero que estaba en compañía de su amo, los exhortó y rogó que viviesen como buenos Cristianos, en paz. Aquel mismo día, dos horas después de anochecer, saliendo de casa Pablo, para un asunto del servicio de su amo, como solía sin armas, sin sospecha alguna, apenas caminó doce pasos, cuando delante del Convento de Santa Catalina de Siena en Monte Mañapoli, le acometió su enemigo de repente y poniéndole a los ojos una linterna, le dio una puñalada que le pasó de parte a parte el cuello del gáznate del pescuezo y dejando el puñal en el mismo, huyó. Quedó Pablo aturdido y fuera de sí, sin repasar en la herida, pensando que le habían dado otro golpe, pero invocó de todo corazón a San Felipe y oyó su voz: ***“No dudes, que no tendrás daño alguno”***. Volvió hacia su casa y cuando estuvo a la puerta, vio delante de sus ojos tan gran resplandor, que todo le parecía espejos. Vio el puñal, se lo sacó y lo echó en el suelo, sintió excesivo dolor y dijo tres veces: Jesús, de nuevo se encomendó al Santo. Entró en su casa y comenzó a llamar al amo, que con otro caballero que se hallaba con él, corrió a las voces. Viendo la desgracia, comenzaron todos a animarle diciéndole que no dudase, que Dios le ayudaría. Él, pensando estar muerto, les suplicó que llamasen a su Confesor. Su amo rogó al caballero que estaba con él que le confesase, pues era Sacerdote y el caso lo hacía necesario. Lo hizo y viendo que a Pablo se le enfriaba todo el cuerpo y se iba muriendo, lo absolvió al punto, por dar el cumplimiento debido al Sacramento, como se debe en tal caso aunque no esté acabada la confesión. Llegaron los cirujanos, Juan Bautista Carpano, Jerónimo Burgati de Udene y Marsilio Marsilij, que reconocieron la herida y la juzgaron mortal, como lo firmaron todos en el Proceso que se hizo sobre el caso. Juan bautista Carpano, después de haberle curado lo mejor que pudo, temiendo que no le sobreviniese espasmo, aquella noche, hizo que se quedara Jerónimo Burgati, para que asistiese al enfermo y lo llamase por cualquier novedad. Su amo,

juzgándole más muerto que vivo, así por la relación de los cirujanos como por lo que él mismo veía, mandó llamar de prisa al Padre Fray Horacio, Sacerdote de Santos Apóstoles, este le confesó de nuevo enteramente, si bien dudoso, porque no podía tragar, le dejó de dar el Viático. Después de esto lo dejaron solo con Jerónimo Burgati y no pudiendo dormir empleó toda la noche en encomendarse a San Felipe, como cuenta él mismo y afirma Jerónimo. Finalmente, habiendo reposado, hacia las cuatro de la mañana, cosa de hora y media, al despertarse, se halló milagrosamente bueno, comenzó a menear la cabeza y volver el cuello y lo hizo fácilmente sin dolor alguno. Escupió como si no hubiera tenido herida alguna y se sintió con las mismas fuerzas como si estuviera con toda su salud. Jerónimo, espantado al ver lo que hacía, le preguntó que como se hallaba y le respondió que bueno y que San Felipe de la Iglesia Nueva le había curado milagrosamente. Asombrado Jerónimo, viendo que todo era verdad, lleno de alegría fue a decírselo al señor, que oyéndolo venir, pensó que Pablo había muerto o estaría acabando. Pero cuando oyó la nueva de su salud, no podía creérselo. Y aunque vio él mismo a su criado u escuchó de su boca que se hallaba sano, quiso asegurarse por los cirujanos. Los volvieron a llamar y los mismos, reconociéndole con diligencia y cuidado la herida, la saliva sin mezcla de sangre, la expedición de Pablo al moverse y hablar, no hallando nuevo accidente y las heridas sin tumor, dieron fe al dueño con gozo inexplicable de todos que Pablo estaba sano, afirmando que era este uno de los milagros mayores que habían visto de algún Santo y así mismo que era imposible en cirugía hacer pasar una sutilísima hebra de seda por donde había pasado el puñal, sin darle muerte al herido. Además que al haber curado en tan breves horas, era manifiesto indicio de que era obra sobrenatural. Pablo, deseoso de dar gracias al Santo, quería levantarse aquella mañana, pero Carpano, por asegurarse más, le mandó que estuviese quieto cuatro o cinco días. Obedeció Pablo, estando aquellos días en la cama, pero ni en este tiempo ni después, hasta hoy que estamos en el mes de Julio de mil seiscientos veintidós, le ha sobrevenido accidente alguno y las heridas han quedado curadas perfectísimamente. Bien es verdad que en señal más evidente del milagro, han quedado las cicatrices, una de la parte de la garganta y otra del cogote. El Notario mismo testifica en el proceso haberlas visto y tocado con las manos.

Finalmente después de cinco días se levantó, fue a la Iglesia Nueva a dar gracias a San Felipe por su salud e hizo poner en su Sepulcro una tablilla pintado en ella y referido brevemente el milagro donde concurre mucha gente a leerlo. Muchísimas personas han querido ver y conocer a Pablo y tocar con sus manos las heridas y cicatrices con sus manos.

Después de escrita y traducida esta vida, ha hecho nuestro Santo Padre muchos milagros prodigiosos. De tres tengo noticia por haber ocurrido estando yo en Roma y los otros después de haber partido de ella, pero de

todos se ha recibido fe auténtica. El primer milagro es la resurrección de un niño. Se usa en Italia, principalmente en las aldeas, el primer día de Mayo, plantar el tronco de un árbol bien crecido, como olmo en la plaza, que le llaman “el Mayo” y suele ser día grande de regocijo. Se hizo esta fiesta en Carboñano y el tronco tenía más de veinte palmos de alto y dos o tres de grueso. Sucedió al levantarlo, que aflojó uno de los que tiraban de las cuerdas y calló “el Mayo”, sobre la gente que estaba mirando, que al no poder huir, hubiera cogido a muchos debajo. No pudo escapar un niño de corta edad y así le calló sobre el pecho el tronco, derribándole muerto, sobre un montón de trigo. Acudió una hermana suya y le halló con el pecho magullado, echando sangre por la boca y sin aliento. El cirujano hizo sus pruebas y aseguró que estaba muerto y que no había de tratar de darle remedio, sino sepultura. Afligidos todos, se fueron como en procesión a la Iglesia del Santo y puso su madre al niño sobre el Altar y dijo a voces: Digamos un Padre Nuestro y un Ave Maria, para que el Santo nos resucite al niño. Lo dijeron todos y al acabar, vieron al niño que lo cogía su madre del Altar, con el alborozo que se deja entender, dando gracias al Santo por la restitución de su hijo y sin quedarle secuelas del golpe, siendo naturalmente imposible que no quedase lisiado.

El segundo milagro es que, guiando un pobre labrador el carro de bueyes, cargado con más de ochenta arrobas de heno, cayó del carro y le pasó por encima, así como los bueyes, quedándole las ruedas encima de la espalda. Invocó al Santo y se halló sin la menor señal de haber padecido aquel peligro.

El tercero es bien raro. Partió de la Playa de Nápoles hacia Sicilia, una falúa con algunos pasajeros y entre ellos algunos Religiosos Carmelitas Descalzos y de la Escuela Pía. Salió de la playa con buen tiempo, pero al anochecer se levantó una borrasca que no les dejaba volver a ella, y se vieron en evidente peligro de hundirse. Era la noche oscura y al hacer una faena un marinero, puso el pie fuera de la barca y cayó desdichadamente en el mar sin que le pudiese socorrer nadie, porque las olas le alejaban de la embarcación. La falúa era llevada por la borrasca y el pobre marinero se encontraba cada vez más lejos de ella. Acudieron los religiosos a la Oración, invocando unos a San Felipe, otros a San José. Fue admirable, al momento descubrieron una luz hacia la zona donde cayó el marinero y a él entre los dos Santos, que en medio le envolvían con sus brazos y lo llevaban hacia la falúa, donde le dejaron con tierna admiración de todos y tan bien como si no le hubiera pasado nada ni le hubiera tocado el agua. Se sosegó la tempestad y prosiguieron felizmente su viaje.

Con estos y muchísimos otros milagros, se complació la Divina Bondad, de honrar a este Siervo suyo, que cada día sigue haciendo otros, así en Roma como en diferentes partes de la Cristiandad, con mucho fruto de quien los recibe y de quien los oye referir. Quiera a Su Majestad Divina,

que por la intercesión de tan gran Padre, podamos sus hijos, aunque indignos, seguir sus Santas pisadas y gozar con él de la Felicidad Eterna.



SONETO

Compuesto por el Santo en su juventud, como se insinúa en el Libro
primero capitulo IV

Se l'anima da Dios l'esser perfetto,
Sendo, com'è, creata in un instante,
E non con mezo di cagion cotante
Come vincer la dee mortal oggetto?
Lave, speme, desio, gaudio, e dispetto
La sanno tanto da fe stessa errante
Si che non veggia, el ha pur sempre in nante
Chi bear la potria sol con l'aspetto
Come ponno le parti esser rubelle
A la parte miglior, ne consentire
Se queste servir deon, comandar quelle?
Qual prigion la titien, ch'indi partire
Non possa, e al fin co'pie' calcar le stelle
E viver sempre in Dio, e se morire?

Traducido, dice así.

Si de Dios tiene el alma ser perfecto,
Siendo, como es, criada en un instante,
No por medio de causa vacilante,
Porqué la ha de vencer mortal objeto?
De sus afectos varios, lo imperfecto,
La hicieron de si misma tan errante,
Que no ve ya, teniendo delante,
A quien la haría gloriosa con su aspecto.
Como con tus pasiones atropellas
La porción superior al consentir,
Debiendo mandar esta, servir ellas?
Qué prisión te detiene, que partir
Alma no puedas a pisar estrellas
Viviendo siempre en Dios y a ti morir?



DICHOS, ACUERDOS Y DOCUMENTOS
De nuestro Glorioso Padre San Felipe Neri,
Fundador de la Congregación del
Oratorio

DICHO I

Que San Felipe, ya desde el principio de su edad, muy favorecido del Señor tuvo gran afecto por las cosas espirituales, con un aborrecimiento y desapego notable de todo aquello que estima el mundo, como es, el amor de los parientes en agradecimiento de la propia casa y aumento en riquezas. De manera que a un tío suyo, del cual era muy amado, y por esto muy persuadido para que se apartase de la resolución, que tenía hecha, de darlo todo al servicio de Dios, proponiéndole que, había resuelto instituirle en

heredero de todos sus bienes, que eran más de veintidós mil escudos de plata, y además de esto haciéndole memoria de que con él se acababa su familia. De los beneficios que le había hecho, respondió con brevedad y modestia: ***“Que en cuanto a los beneficios recibidos, nunca se olvidaría, pero que en lo demás alababa más su amor y benevolencia que su consejo”***.

II

Se ofreció a Felipe en Roma muy buena ocasión para servir a Dios como el deseaba y atendió al estudio de las ciencias en las cuales sacó tal provecho, que no solamente quedó instruido en ellas, para su propia utilidad, sino que de día también servirse de su doctrina para beneficio del prójimo. Se resolvió, fundado en dicho del Apóstol: ***“Non plus sapere, quam aportet sapere, sed sapere ad sobrietate”***, dejar los estudios y aplicarse totalmente a la ciencia que se aprende en Cristo crucificado, se dio a la vida retirada y sobre todo al silencio, la oración y mortificación de la carne y tomó por devoción ir a las siete Iglesias y a las Catacumbas de San Sebastián, dilatando en ellas la oración, donde se hallaba tan lleno de Espíritu, que no pudiendo sufrir la abundancia de los consuelos celestiales, daba voces a Dios diciendo: ***“No más Señor, no más”***. Y así no es maravilla, que dijese muchas veces: ***“Que pena, para quien ama verdaderamente al Señor, no hay cosa más pesada y más molesta, que la vida”***, repitiendo muy a menudo aquel dicho: ***“Los verdaderos Siervos de Dios, pasan la vida con paciencia y llevan la muerte en el deseo”***.

III

Aunque Felipe fuese favorecido por Dios, con tan grande influencia de celestiales dulzuras, daba por advertencia a las personas espirituales: ***“Que estuviesen dispuestas a sentir los gustos por las cosas de Dios, cuanto a padecer y quedar en la sequedad del Espíritu y devoción todo el tiempo que fuese gusto de Dios, sin quejarse nunca por cosa alguna”***.

IV

Solía decir a las personas que iban a servir a los enfermos en los hospitales o a hacer semejantes obras de caridad: ***“Que no era bastante hacer el servicio simplemente a aquel enfermo, sino que era necesario para hacerlo con mayor caridad, imaginarse que aquella persona era***

Cristo y tener por cierto que, lo que hacían a aquel enfermo, lo hacían al mismo Cristo”.

V

No permitió jamás, que los de su Congregación dejaran por los estudios, la oración, Pláticas, Confesión y otras funciones comunes. No por esto les prohibía el estudio, pero quería que le diesen a las materias conforme al instituto, sin cuidar de parecer doctos, diciendo: ***“Que el Siervo de Dios ha de procurar no inspirar que sabe, sino saber y que las cosas de la Divina Escritura, más se aprenden con Oración que con estudio”.***

VI

Gustaba que los Sacerdotes, al decir la Misa, fuesen más breves que largos, pero no sin el espacio debido al decoro de acción tan alta. Los exhortaba: ***“Que si sentían alguna vez celebrando, abundancia excesiva de Espíritu, dijese: no te quisiera aquí sino en el aposento”.*** Queriendo significar con esto que la Misa se debe decir con Espíritu, pero no con enfado de quien la oye y que en el aposento se ha de dar rienda a la devoción.

VII

Confiaba de tal manera Felipe, que tenía Dios por su cuenta conservar la Congregación, que no le daba cuidado proseguirla, cuando le dejaran todos diciendo: ***“No tiene Dios necesidad de hombres”.*** Cuando se salía alguno de ella, solía decir: ***“Prisens est Deus de inpidibus istia suscitare filios Abraha”.***

VIII

Gobernó siempre la Congregación, con grandísimo consejo y prudencia, conservando a todos en Santa paz. Solía decir en materia de gobierno: ***“Que nadie podría decir cuan difícil cosa es tener ruidos sujetos libres”***, y que para conseguirlo fácilmente, no había otro medio que el de ser benigno y parco en el mandar y por esto decía: ***“Quien quisiere ser obedecido mucho, mande poco”.***

IX

Fue tan enemigo de la desobediencia, que quiso que se despidiesen en el momento de la Congregación, los que mostrasen repugnancia notable en alguna cosa, sino pedían licencia para salir de ella. Y decía: ***“Yo estoy muy resuelto, Padres míos, de no querer en casa hombres no observantes de las pocas ordenes que se les han impuesto”***.

X

Y para que venciesen su propio natural y parecer, si los veía con repugnancia cuando los mandaba o se excusaban por no hacerlo, insistía más, mandándoles muchas veces lo mismo a unas horas y en tiempos contrarios de la prudencia humana. Hacía todo esto, porque deseaba mucho que sus hijos se conservasen con el Espíritu humilde y no anduviesen, decía: ***“In mirabilibus super se”***.

XI

Tenía Felipe por cosa muy considerable para el gobierno de la Congregación, que se gastasen sus rentas, con toda parsimonia, llamándolas, como son verdaderamente, ***“Bienes de pobres y patrimonio de Cristo”***. En esto estuvo tan advertido que no podía sufrir que se hiciesen gastos innecesarios alegando que lo que escribe Juan Casiano, de un cocinero, ásperamente reprendido por sus superiores, por haber despreciado tres lentejas. Y lo de San Antonio, Arzobispo de Florencia, que se iba a estudiar a la luz de la lámpara, por no disminuir la hacienda, como decía, de los pobres. Respondiendo cuando le decían que era sobrada escasez: ***“Quitadme este escrúpulo, probad que no es hacienda de la Iglesia y entonces haced lo que queráis”***.

XII

Enseñó Felipe la virtud de la obediencia con palabras y con obras, porque jamás dejó de cumplir un minuto, ordenes de los superiores en lo que se refieren al Instituto. Y en las cosas de la Congregación, particulares y públicas, fue siempre puntualísimo, de manera que, llamado a la puerta por asuntos, a la Sacristía por la Misa, o a la Iglesia para confesar, dejaba cualquier ocupación para atenderlas. Solo necesitaba que le llamasen una vez, bajaba al momento fuera quien fuera y a todas horas, les decía: ***“Que***

era mejor obedecer al Sacristán o al portero que le llamaba, que estarse en el aposento aunque fuera rezando". Cuando alguno le respondía que era necesario dar tiempo a las personas para prepararse a la Misa, replicaba: ***"El prepararse es necesario, pero la verdadera preparación de un buen Sacerdote en cuanto a la conciencia, es vivir de manera que a todas horas pueda decir Misa"***.

XIII

Dio muchos documentos en orden a esta virtud. Primeramente decía: ***"Los que deseaban de veras aprovechar en el camino de Dios, se dejasen en todo en las manos de sus superiores y los que no lo tenían, se entregasen voluntariamente a un docto y discreto Confesor, a quien obedeciesen en lugar de a Dios, descubriéndole, con libertad y sencillez, todas sus cosas y no determinado ninguna sin su consejo"***. Aseguraba al que lo hiciese en esta forma, que no tendría que dar tanta cuenta a Dios de sus acciones.

XIV

Exhortaba a que se pensase mucho y se hiciese oración, sobre la elección del Confesor, pero hecha una vez, no quería que no se dejase por ninguna causa, diciendo: ***"Que cuando el demonio no puede hacer caer a alguna persona en pecados graves, con todo su empeño, pone desconfianza entre el penitente y su confesor y poco a poco va ganando mucho"***.

XV

Decía también: ***"Que la obediencia, es un compromiso y que es breve camino para llegar a la perfección"***. Mucho mejor le parecía una vida ordinaria por obediencia, que mucha penitencia por propia voluntad. Finalmente decía: ***"Que la obediencia es verdadero holocausto, que se sacrifica a Dios en el Altar de nuestro corazón"***.

XVI

Decía más: ***“Que se animase el hombre a ser obediente aún en las cosas que parecen más insignificantes, porque de esta manera es más fácil la obediencia en las mayores”.***

XVII

A los de la Congregación, decía: ***“Que dejasen cualquier cosa, hasta la oración, por las de la Comunidad”.***

XVIII

Los exhortaba: ***“Que no procurasen cosa particular, en la Sacristía, ni hora, ni Altar, ni revestimiento, ni otra cosa, sino que dependiesen del Sacristán en todo, diciendo la Misa, cuando él los llamase y en el Altar que les señalase, sin réplica”.***

XIX

Decía más: ***“Que para ser un verdadero obediente, no basta con hacer lo que se manda, sino haciendolo sin replicar, teniendo por cierto que lo que se manda es lo mejor y lo más perfecto, aunque parezca lo contrario. Lo mismo debemos hacer en los trabajos y adversidades que no envía Dios, aceptándolos sin demasiado discurso, teniendo por cierto que es lo mejor para nosotros”.***

XX

Con la ocasión de que muchos de sus hijos espirituales, se hacían todos los días religiosos, cuando los que habían entrado en Religión, venían a visitarle, le solía aconsejar: ***“Que si estando en parte donde hacían fruto en las almas, la obediencia los mandaba en otra, obedeciesen con gusto y sin réplica, aunque fuese seguro el fruto donde antes vivían y dudoso de no hacerlo donde les mandaba, porque era señal de que Dios no quería por su medio aquel bien”.***

XXI

Y por esto daba otra advertencia: ***“Que no basta considerar, si Dios quiere el bien que se pretende, sino si le quiere por su medio en aquel modo y tiempo y que la verdadera obediencia hace discernir todo esto y los advertía también de que para ser perfectos, no bastaba obedecer y honrar a los Superiores, sino que era necesario, honrar a los iguales e inferiores”.***

XXII

A los Confesores les decía: ***“Que hacían mal, cuando pudiendo ejercitar a sus penitentes en esta virtud de la obediencia, lo dejaban de hacer por negligencia o por respetos humanos”.*** Los exhortaba: ***“Que procurasen mortificar la voluntad y el entendimiento con cuidado, por este medio de la obediencia, más de prisa que por el de las penitencias corporales”.***

XXIII

Solía decir: ***“Que mucho más aprovechaba mortificar una propia pasión, por pequeña que sea, que muchas abstinencias, ayunos y disciplinas”.***

XXIV

Fue San Felipe devotísimo del Santísimo Sacramento del Altar. Comulgaba siendo seglar ordinariamente cada día. Ordenado Sacerdote, decía Misa todos los días cuando tenía salud y cuando no la tenía, Comulgaba y esta devoción le obligaba a todos los Sacerdotes, sus hijos de Confesión, la Santa costumbre de celebrar todos los días, a no ser que estuviesen legítimamente impedidos, cosa poco usada en aquellos tiempos. Quería que no solo los Sacerdotes, sino también los legos, frecuentasen estos Sacramentos, diciendo: ***“Que erraban grandemente, los que con el solo pretexto de descansar o recrearse, sin otra causa justa, dejaban de hacerlo, porque el que busca la recreación fuera del Criador y el consuelo fuera de Cristo, no lo hallará jamás”.***

XXV

Añadía: **“Que aquellos que buscan la consolación fuera de su lugar, buscan su propia condenación y que quien quiere ser sabio, sin la verdadera Sabiduría y salvarse sin el Salvador, este tal no es sano, sino enfermo, ni es sabio sino loco”.**

XXVI

Es la Santísima Virgen, dice San Bernardo, el cuello por donde descenden todos los bienes espirituales de la Cabeza de Cristo, al Cuerpo Místico de su Santa Iglesia. De esta Señora, fue tan sumamente devoto San Felipe, que de continuo la tenía en la boca, llamándola su amor y era en él, tan tierno este afecto, que como niño de teta, la llamaba con el nombre que usan los de esta edad a sus madres, diciendo: **“*Mamá mía*”**. Tenía en honra de la Virgen, dos oraciones jaculatorias para él muy familiares. La primera dice: **“*Virgen Maria, Madre de Dios, rogad a Jesús por mí*”**. La segunda: **“*Virgen y Madre*”**. Diciendo que, en estas palabras se incluye toda la alabanza posible a Nuestra Señora, porque se le da su nombre de Maria y los dos grandes títulos de Virgen y Madre, porque se nombra el dulcísimo fruto de su vientre, Jesús. De estas dos oraciones, hacía decir a sus penitentes un Rosario, repitiendo sesenta y tres veces, ya la una, ya la otra para fruto de sus almas. Devoción en la que se complacía tanto su Majestad Divina, que confiesan muchos que la usaron, haber tenido por medio de esta devoción, notable socorro en sus tentaciones.

XXVII

En estas fiestas más solemnes, se sentí singularmente favorecido de Dios con extraordinarios afectos de devoción y acostumbraba a decir: **“*Que regularmente es mal señal, no tener algún particular sentimiento en las solemnidades grandes*”**.

XXVIII

Fue grandísima la reverencia que tuvo a las Sagradas Reliquias, no las traía en sí ordinariamente, ni permitía con facilidad las llevasen sus penitentes, diciendo: **“*Que muchas veces no se llevan con la decencia que*”**

conviene, como para evitar alguna indecencia que podían padecer después de la muerte de quien las llevaba por descuido de los herederos”.

XXIX

Penetraba Felipe de tal manera en los secretos del corazón de sus penitentes, que normalmente conocía los pecados que habían cometido, y decía saberlos de uno en uno, por Divina revelación y acostumbraba a decir a algunos pecadores, cuando volvían del estado del pecado, al de la Gracia de Dios: ***“Tú has mudado de rostro y tienes buena cara”.***

XXX

El medio principal con el que adquirió Felipe tanto amor y Caridad de Dios, fue la Oración y consiguió tal habito por este ejercicio que en todas partes estaba siempre con el entendimiento elevado a las cosas Divinas, cumpliendo bien las palabras del Apóstol: ***Sine intermissione orate.*** Muchas veces por la continua aplicación de la Oración y en particular después de comer, para que no estuviese siempre con flechas el arco de la salud, era necesario para que pudiese conciliar el sueño, divertirle y desviarle de la vehemente aplicación de la oración, por lo que experimentaba en sí lo que solía decir en tercera persona: ***“Un alma enamorada de Dios, llega a saber decir forzosamente, Señor, dejadme dormir y es señal de falta de espíritu de oración, no poderla tener después de pocas horas de la comida”.***

XXXI

Antes de tratar asuntos, principalmente graves, siempre acudía a la oración, por cuyo medio alcanzaba tanta confianza en Dios, que decía: ***“Como tenga tiempo de hacer oración, tengo la esperanza cierta de alcanzar del Señor, cualquier mercede que le pida”.*** Era tan grande su confianza que decía: ***“Quiero que suceda este asunto de esta manera, este de otra, en otra salían puntualmente de aquella misma suerte de los sucesos”.***

XXXII

Si en el tiempo que se hallaba retirado haciendo oración, le llamaban, bajaba al punto, decía: ***“Que aquello no era dejar la Oración, sino dejar a Cristo por Cristo”***. Y despachando volvía a subir sin dilación y continuaba con su oración. No por esto se sentía distraído, antes por tratar siempre obras de caridad, se sentía más inflamado y recogido.

XXXIII

Rezaba el Oficio Divino con grandísima devoción, quería tener siempre el Breviario delante, procurando no cometer el más mínimo error, aunque fuese una sílaba y advertía a los otros que no dijese la Horas sin leer y en particular, cuando uno solo dice el Oficio, porque con facilidad se puede errar.

XXXIV

Añadía Felipe a la Oración, la lición de los Libros Espirituales, en particular, las vidas de los Santos, diciendo: ***“Que no había cosa más a propósito para ejercitar el Espíritu”***. Los leía muy despacio, parándose a ponderar la sentencia, que le inflamaba el corazón y cesando el afecto proseguía en leer hasta que sentía otro.

XXXV

Advertía generalmente a todos, así para la Oración como para el estudio, principalmente a los de la Congregación, y a los que debían administrar la Palabra de Dios, que leyese libros de autores, cuyo nombre comenzaba por Santo, como San Agustín, San Gregorio, San Bernardo y otros Santos.

XXXVI

Solía decir Felipe en materia de Oración, muchos documentos, si bien la mayor parte de ellos comunes y dichos por San Bernardo, Casiano y otros; (pero por ser en él muy familiares y porque sus penitentes los tenían siempre en sus bocas, refiriéndolos como suyos, los pondremos como tales

en esta virtud y en las demás que hablaremos en estos acuerdos y documentos) y decía: ***“Que para aprender a tener Oración, era buen medio, reconocerse indigno por beneficio tan grande”***.

XXXVII

Que la verdadera preparación para la Oración, es ejercitarse en la mortificación, porque quererse dar a la Oración sin ella es lo mismo que echar a volar un pájaro sin que le hallan nacido las plumas y así rogándole un día un penitente suyo, le enseñase a hacer Oración, le respondió: ***“Se humilde y obediente, que el Espíritu Santo o enseñará”***.

XXXVIII

Decía más: ***“Que es necesario obedecer al Espíritu que Dios envía en la Oración y seguirle meditando el misterio al que inclina y no otro”***.

XXXIX

Decía: ***“Que cuando se comienza a pedir una gracia a Dios, no se ha desistir de la Oración al ver que tarda en concederla, sino procurar llegar al fin por el mismo medio de la Oración”***.

XL

Decía también: ***“Que si una persona espiritual, tenía quietud grande, cuando pedía una gracia a Dios, era señal de que se le había concedido o la quería conceder muy deprisa”***.

XXXXI

Exhortaba al deseo de cosas grandes en el servicio de Dios y no contentarse con la bondad mediana, sino desear, si fuese posible, pasar adelante en Santidad y amor a San Pedro y San Pablo, que aunque no se pueda con obras, debe procurarse con el deseo.

XXXXII

Aconsejaba a no detenerse con los ojos fijos en las imágenes y figuras mucho tiempo, porque se echa a perder la cabeza y se da gran lugar al demonio para las ilusiones, ya por lo débil de la vista como por obra del mismo.

XXXXIII

En tiempo de sequedad de Espíritu, daba como remedio grande, imaginarse mendigo ante la presencia de Dios y de los Santos y como tal ir pidiendo a cada uno de ellos, limosna espiritual con el afecto y con la verdad que suelen los pobres pedirla, aún corporalmente, yendo ahora a la Iglesia de un Santo, ahora a la Iglesia de otro a pedir esta Santa Limosna.

XXXXIV

Exhortaba principalmente a los principiantes, a la meditación de los Cuatro Novísimos, diciendo: ***“Que el que no baja vivo al Infierno, pasa el peligro de bajar a él después de la muerte”***.

XXXXV

Advertía a los suyos que no dejaran la Oración ni la disciplina de las tardes en el Oratorio y exhortaba a todos a que se encomendasen a las oraciones de los demás.

XXXXVI

Decía, para mostrar cuan necesaria es la Oración que, un hombre sin ella es un animal sin discurso.

XXXXVII

Avisaba también: ***“No debe la persona, por fantasmas que vengan durante la Oración ni por cualquier otra tentación, dejar de hacerla, sino***

sufrir todo lo que ocurra con paciencia, porque el Señor concede en un momento lo que no ha podido alcanzar en muchos años”.

XXXXVIII

Finalmente decía: *“Que no hay cosa más temida por el Demonio, ni que más procure impedir, que la Oración”.*

XXXXIX

Del gran Amor de Dios, nacían en Felipe ardentísimos deseos de caridad con los prójimos. Jamás se cansaba su fervoroso pecho de trabajar por la conversión de los pecadores, acomodándose con tanta destreza a la naturaleza de cada uno, que cumplía muy bien el dicho del Apóstol: **“Factus sum omnia ómnibus, et omnes Christo lucrificiam”**. Si le venían a las manos grandes pecadores y habituados en el mal, al principio los exhortaba a abstenerse solamente de los pecados mortales, después poco a poco, los inducía, con maravilloso arte, a los grados de virtud que deseaba.

L

Con la misma dulzura, convirtió a un mozo con que se acordase de decir cada día siete veces la Salve besando la tierra y diciendo estas palabras: **“Mañana puedo ser muerto”**. Lo ejecutó el joven, se redujo en breve a la buena vida y después de catorce años, murió con señales grandes de devoción.

LI

Por la misma razón, solía exagerar mucho, ciertas vanidades que usan las mujeres en el vestido y ornato de la cabeza. Disimulaba para conducirlas, después con el tiempo más fácilmente al fin que pretendía, diciendo: **“Es necesario sufrir algunos defectos en los otros, como sufrimos en nosotros mismos los defectos naturales, en contra de nuestra voluntad, porque cuando haya entrado un poco de Espíritu, los dejarán ellos mismos y harán más de lo que un hombre desea”**.

LII

Por el mismo fin de tirar con destreza de las almas al servicio de Dios, no quería tener tiempo ni hora, ni lugar suyo. Tenía siempre la puerta de su aposento abierta, para que cualquiera pudiese llegar a él, aunque se encontrase enfermo. Y si alguno impedía que no entrasen los penitentes, lo reprendía gravemente, diciéndole: ***“No te he dicho yo, que no quiero tener ni tiempo, ni hora que se a mía?”*** Y una vez que unos le dijeron: Padre no hagáis estrago de vos, respondió: ***“Os hago saber que los penitentes que decía yo, son más fervorosos en el Espíritu que los otros, son los que he ganado al Señor con estar expuesto, aún en las noches, por convertirlos”***.

LIII

Sabiendo Felipe, que ordinariamente los hombres llevan a la sepultura, los vicios que adquirieron en su juventud, era increíble la paciencia que tenía con los jóvenes, para tenerlos apartados del pecado. En tanto que permitía, que hiciesen cerca de sus aposentos cualquier ruido. Y quejándose algunos de la Congregación de su poca cordura y discreción, ellos lo refirieron al Santo y él respondió: ***“Dejadles decir, jugad y burlad, solo quiero de vosotros que no pequéis”***. Él mismo los hacía jugar a la pelota delante de su aposento, para quitarles la ocasión de que se fueran a otra parte. A un caballero romano que iba a visitarle, se admiró de que, pudiera sufrir tanto ruido como el que hacían aquellos mozos y le dijo: ***“Como no hagan pecados, sufriré que corten leña sobre mí”***.

LIV

No podía sufrir, que estuviesen descontentos y cuando veía a uno de ellos triste, al instante le preguntaba la causa de su tristeza y alguna vez solía darles algún bofetón, diciéndole: ***“Está alegre”***. Y por su larga experiencia, que tenía en el gobierno de las almas, decía que son más fáciles de guiar por el camino del Espíritu los alegres que los melancólicos y por esto tenía particular inclinación hacia las personas alegres. A una de ellas le dijo: ***“Hijo, persevera en esta alegría, porque es el verdadero medio para aprovechar en el camino de la virtud”***.

LV

Aunque le agradaba tanto la alegría, no le agradaba la disolución y decía que era muy necesario estar muy advertido de no volverse disoluto y dar como él decía en espíritu de Bufón, porque las bufonerías, hacen incapaces a las personas de recibir de Dios mayor Espíritu y destruyen el poco que se ha adquirido.

LVI

Procuraba siempre tener a los jóvenes ocupados y nunca ociosos, de manera que les mandaba hacer siempre alguna cosa, como que barriesen su cámara, levantasen la cama u otra cosa, porque fue tan enemigo del ocio, que nunca le hallaron sin hacer algo.

LVII

Exhortaba a los novicios de las Religiones, a todas las virtudes, singularmente a la Perseverancia, diciéndoles que era uno de los mayores beneficios que les había hecho Dios, el haberlos llamado a la Religión. ***“Esto, añade, os lo digo de todo corazón”***. Palabras con las que los novicios sentían llenarse el corazón de fervor y deseo de aprovechar su vocación.

LVIII

Quería que los jóvenes se confesasen a menudo, pero no que comulgasen de la misma manera. Muchas veces les hacía preparar con toda diligencia para la Comunión, mandándoles hacer devociones particulares para este fin y el día señalado para Comulgar, lo dilataba para otro imponiéndoles nuevas devociones y de esta manera los entretenía hasta que juzgaba conveniente que Comulgasen. De esto daba la razón porque, decía él, el Demonio suele en el día de la Comunión dar mayores asaltos y más fuertes que en los demás, a lo que los mozos no suelen resistir y vienen a hacer mayor injuria al Sacramento. Deseaban que llegasen en aquella mesa muy deseosos y hambrientos del Soberano Manjar. Por esta causa, cuando le pedían permiso para Comulgar?, respondía: ***“No, no, sirientes venite ad aquas; sirientes venite ad aquas”***.

LIX

Para tenerlos lejos de todo peligro de impureza, les advertía que no se retirasen solos después de comer a sus aposentos, ni a leer, ni a escribir, ni hacer otra cosa, sino que estuvieran en conversación, porque en aquella hora suele el Demonio dar mayores asaltos y este es el Demonio que la Escritura llama Meridiano, del que deseaba librarse el Santo David.

LX

Quería que se guardasen como de la peste de jugar unos con otros tocándose ni aún las manos, ni permitía que estuviesen solos, no obstante cualquier estrecho parentesco, buen natural o costumbre, diciendo: “Que aunque eran buenos y que por entonces no había peligro de que tuviesen algún mal pensamiento, pero que podrían tenerlo.

LXI

No le parecía bien burlarse hombres con mujeres, ni los hermanos con las hermanas de igual edad. A un mozo que tenía costumbre de burlarse con su hermana y no hacía escrúpulo de ello, le preguntó que estudiaba?, le respondió: Lógica. Sabe, le replicó el Santo, que el Demonio como peritisimo Lógico, enseña esta precisión. Mujer y no hermana. A estas palabras quedó suspenso el mozo y nunca más burló con sus hermanas, recibiendo juntamente remedio del Santo y valor para poner en ejecución su consejo.

LXII

Asistía el Santo a un joven moribundo que había tenido asaltos y tentaciones gravísimas del Demonio y finalmente las venció por las oraciones del Santo, de modo que conmovido de gran fervor de espíritu, abrazado con un Santo Crucifijo, decía palabras afectuosísimas, repitiendo las palabras que contra el Demonio el Santo Padre le había administrado, son estas: ***“Discedite a me omnes qui operanimi inquietatem”***. Diciendo oprobios al Demonio, de manera que temiendo Felipe que aquellos afectuosos movimientos, no la redujesen a la muerte más deprisa, le dijo: ***“No más hijo, no más, deja el Demonio, que se le hace sobrada honra***

hablando de él". Calló a esto el joven y murió después de media hora, quedando su rostro con tanta belleza que parecía un Ángel del Cielo.

LXIII

Daba en materia de visitar enfermos algunos documentos. Primeramente que, cuando se visitaban enfermos moribundos, no se les dijese muchas palabras y que más de prisa les ayudasen con la oración.

LXIV

Decía también que, se advirtiese mucho no hacer de Profeta sobre la salud o por la muerte del enfermo, porque algunos si decían que moriría el enfermo, sentían que no saliese verdadera su profecía.

LXV

Se quejaba alguna vez el Santo, de haber rogado por la salud de algunos, los cuales después de haber convalecido, habían dejado la buena vida. Y así le sabía muy mal el haberlo hecho y decía: **"Jamás quiero hacer oración absoluta por la vida de alguno"**. Pero la hacía de buena gana por las mujeres que iban de parto.

LXVI

No había de ordinario persona que estuviese tentada, que acudiendo a Felipe, no quedase libre de sus tentaciones y consolada en sus trabajos. A todos los que habían sido librados, les recordaba y encargaba sumamente, a ser agradecidos a Dios, porque sabía cuan olvidadizo es el hombre de las gracias y beneficios que recibe de su Divina Majestad.

LXVII

Fue muy singular Felipe, en librar de melancolías, cosa bien difícil de curarse. Daba en esta materia, diversos documentos y remedios. Principalmente, decía, que cuando una persona escrupulosa ha resuelto una vez, que no ha consentido en la tentación, no ha de estar discurriendo después, si consintió o no, porque muchas veces, con estos discursos se

renuevan las mismas tentaciones. Pero porque muchos suelen ser molestados por escrúpulos, por saber si consintieron o no a la sugestión, daba dos reglas para conocerlo. La primera, que uno considerase si en la tentación tuvo siempre vivo el amor a la virtud contraria del vicio en que fue tentado, que en este caso hay suficiente conjetura de no haber consentido. La segunda, que considerase si jurara de haber consentido o no a la tentación, porque si supiese cuan grave pecado es el jurar lo dudoso como cierto, porque el no poderlo jurar, es buenísima señal de que no consintió.

LXVIII

Además del remedio ordinario, de remitirse en todo y por todo al juicio del Confesor, daba otro consejo a los suyos, que era exhortarles a despreciar los escrúpulos y a semejantes personas les prohibía que se confesasen a menudo, porque se acostumbraban a no poner cuidado en ellos. Por la misma ocasión, si confesándose entraban en escrúpulos, los enviaba a Comulgar sin querer escucharlos.

LXIX

Generalmente decía: ***“Que esta era una enfermedad que suele hacer treguas, pero que pocas veces hace paz y que solo la humildad la puede vencer”***.

LXX

Aunque el principal fin de Felipe era el socorrer al prójimo en el alma, también les ayudaba en las necesidades temporales, en lo que bastaban sus fuerzas, pero estaba muy advertido del Santo, en que por interés no se abusase del Sacramento de la Penitencia. Si bien tenía las entrañas llenas de caridad no quería que se confesase nadie para alcanzar limosna. Sucedió en un año de gran hambre que una pobre mujer se le arrodilló delante diciéndole: que se quería confesar, con el intento de que le diera limosna del pan que solía distribuir a los pobres de San Jerónimo de la Caridad. Y viendo Felipe en Espíritu, su intención que era solo el confesarse para obtener el pan, la dijo: ***“Mujer vete con Dios, no hay pan para ti”***. Cuando por esto sospechaba y de otra parte le constaba la pobreza, solía dar dinero a otras personas para que con cautela socorriesen a los que padecían, por

quitarles ocasión, de querer parecer buenos para ganar créditos con el Confesor.

LXXI

Guardó Felipe el precioso tesoro de la pureza virginal, desde su niñez hasta la muerte, con grandísima diligencia y no se contentó con tenerse escondido entre las cenizas de su humildad y de ser siempre vigilante centinela de su corazón sino que estuvo también exactísimo cuidado de todas las partes de su cuerpo. No solo procuró Felipe conservar esta virtud de la pureza en su propia persona sino que la adquiriesen y la conservasen los demás y dio en esta materia muchas advertencias, unas a particulares estados de personas, otras, generales a todos.

LXXII

Primeramente decía a los Confesores, que no confesasen mujeres, si entre ellos y las mujeres no había una celosía o rejadillo, que se guardasen de larga conversación con ellas, que usasen más de palabras ásperas que apacibles, que no fuesen a sus casas solos sino acompañados y en caso de mucha necesidad y grandísimo provecho, porque aunque muchas veces no hubiesen sentido tentaciones, no por esto habían de confiar en sí, que el demonio deja asegurar primero para hacer tropezar después, valiéndose de ordinario de la parte más débil que es la mujer.

LXXIII

Les exhortaba también que nunca confiasen en sí mismos, por cualquier larga experiencia, vejez o enfermedad, sino que se huyese siempre de toda ocasión, mientras un hombre, como decía el Santo, puede levantar los párpados.

LXXIV

Les advertía también que confesasen también a los jóvenes tras la celosía, porque como son vergonzosos, no dejasen algún pecado por lo mismo.

LXXV

Daba a los mozos cinco breves advertencias para conservarse castos. La primera, que evitasen las malas compañías. La segunda, que no cuidasen delicadamente su cuerpo. La tercera, que huyesen del ocio. La cuarta, que frecuentasen la oración. La quinta, que frecuentasen los Sacramentos en especial la Confesión.

LXXVI

Generalmente advertía a todos, que la verdadera custodia de la pureza es la humildad. Y así cuando se oía la caída de alguno, era justo compadecerse y no indignarse, porque el no tener piedad en semejantes casos, era señal evidente de caer presto.

LXXVII

A esto añadía que en esta materia no hay mayor peligro que no temerle, y que algunos por tener un poco de espíritu, piensan poder hacer cualquier cosa y convertir el mundo, y después caen por haber presumido de si mismos.

LXXVIII

Decía, que el descubrir todos los pensamientos, con toda libertad al Confesor, sin tenerle cosa oculta era buen remedio para conservar la Castidad, porque la llaga se cura si se manifiesta al médico. Y añadía, que para conseguir conservar esta virtud se necesita de un buen y práctico Confesor.

LXXIX

Daba finalmente por remedio, acudir al Señor en cuanto se sienta la tentación, con aquella jaculatoria tan estimada de los Santos Padres del Yermo: ***“Deus in auditórium meum intende: Domine ad adiuvandum me festina. O el versículo: Cor mundum crea in me Deus et spiritum rectum innova in visceribus meis”***, y besar la tierra. Para las tentaciones, que suelen venir por la noche, exhortaba se dijese el Himno: ***“Te lucis ante terminum”***, antes de acostarse.

LXXX

Y sobre todo recordaba continuamente a los suyos, aquella doctrina tan encomendada de los Santos: que las demás tentaciones se vencen peleando y solo las de la sensualidad se vencen huyendo, por esta razón decía normalmente: ***“En la guerra sensual, vencen los cobardes”***.

LXXXI

Mortificó Felipe su carne con la abstinencia (uno de los principales medios para mantener y conservar la Castidad) tanto en la juventud como en lo restante de su vida, con mucha austeridad y rigor, en tanto que los médicos afirmaban, que no podía sustentarse naturalmente con tan poca comida y se creyó que, le sustentaba más el Santísimo Sacramento, que todos los días recibía, que el alimento corporal. Y si alguno le decía que tuviese consideración, sino a su vejez a su decrepitud, el Santo o divertía la conversación o respondía diciendo: ***“No se hizo el Cielo para poltrones”***.

LXXXII

Aunque fuese el Santo tan austero con su persona, no permitía que los suyos le imitasen, ni podía sufrir que hiciesen cosa alguna superior a sus fuerzas, y decía que de ordinario es mejor darle al cuerpo algo más de comida que menos. Porque lo más fácil se puede cercenar, pero cuando el hombre se ha gastado la complexión con demasiado poco alimento, no es tan fácil rehacerse.

LXXXIII

Les decía también que en la mesa, principalmente donde se vive en comunidad, se debe comer de todo, sin decir de esto no quiero y esto otro no me agrada. No quería que, los de la Congregación, pidiesen viandas particulares, a no ser que fuera por necesidad y que se contentasen con lo que Dios les daba. Le desagradaba mucho comer entre horas. A uno que tenía esta costumbre le decía: ***“Tú nunca tendrás Espíritu, sino te enmiendas por esto”***.

LXXXIV

Amaba la limpieza y aborrecía la suciedad, particularmente en los vestidos y por esto decía muchas veces aquello de San Bernardo: ***“Paupertas mihi semper placet, fordes vero nunquam”***.

LXXXV

En orden a las penitencias y asperezas del cuerpo decía: ***“Que el demonio astutamente suele incitar a ellas a los hombres espirituales, con intención de que indiscretamente, se debiliten de tal manera que no puedan atender y ejercitar obras de mayor fruto o atemorizadas por la enfermedad que les ocasionó, dejen los acostumbrados ejercicios y vuelvan las espaldas al servicio a Dios”***. Por esta razón tenía en mayor concepto a los que mortificando moderadamente el cuerpo, ponían todo su empeño en mortificar principalmente la voluntad y entendimiento, que a otros que solamente se dan a la corporal austeridad.

LXXXVI

A la abstinencia y pureza virginal, junto Felipe el desapego a las riquezas y sin el voto de pobreza tuvo el afecto muy lejos de ellas y de todo género de intereses. De esta aversión que tenía a las riquezas, nació en él un grandísimo deseo de pobreza. De modo que decía muchas veces: ***“Que quería reducirse a ir pidiendo limosna y llegar al estado que tuviese necesidad de un real o medio real para vivir y no hallar quien se lo diese. Que reconocería por gracia singular de Dios, morir en un hospital y otras cosas de este tono. Por el mismo deseo de vivir como pobre, hacía que sus hijos espirituales le diesen de limosna lo poco que comían.***

LXXXVII

Deseaba sumamente a los hijos el mismo aborrecimiento, y reparando que un penitente suyo, había acumulado con codicia alguna poca de hacienda, le dijo: ***“Antes de que tuvieses estos bienes, hijo mío, tenías un aspecto de Ángel. Yo me complacía de mirarte, ahora has mudado de rostro, has perdido tu acostumbrada alegría y estas melancólico y por esto anda advertido en tus acciones”***. Le salieron los colores por estas

palabras y de allí en adelante, dejando aquel cuidado, puso todo su empeño en atesorar riquezas para el cielo.

LXXXVIII

Preguntó a uno de la Congregación, si quería dinero, le respondió: No deseo tal cosa. Replicó Felipe: “Si así es, quiero que vamos al Cielo y te quiero llevar yo mismo, con tal que, jamás tenga deseos de bienes temporales.

LXXXIX

Esto mismo iba siempre recordando a sus penitentes, teniendo a menudo en la boca aquella sentencia: ***“Cuanto amor se pone en las criaturas, tanto se quita al Criador”***.

LXXXX

Redujo Felipe de las vanas esperanzas de bienes y honras del mundo a una mutación grande de vida a dos personas familiares y penitentes suyas, con advertirlos que, las riquezas y grandezas de esta engañosa vida, tienen que tener fin. A uno que estudiaba en la Facultad de Leyes, procuraba mucho el perfeccionarse en ella, para conseguir gran opinión en la Corte, le dijo: “Dichoso tú, que estudias ahora, luego te graduarás, serás abogado, comenzaras a ganar, adelantarás en cosas, un día podrás llegar a la Prelatura”. Y de esta manera, le fue contando las grandezas que le podía conceder el mundo y cuantas él se había imaginado y le volvía a repetir: ***“Y después?, y después?”***. A otro que era mercader y se preciaba de haber ahorrado mucho dinero y esperaba dentro de pocos días hacer una gran ganancia, le dijo las mismas palabras: ***“Y después? Y Después?”***. Quedaron estas palabras tan impresas en los corazones de ambos, que el primero dejó todos sus designios y entró en la Congregación y el segundo dejó sus negocios y ordenado Sacerdote, salió gran siervo de Dios.

LXXXXI

Si deseaba Felipe este desapego en todos sus penitentes, mucho más lo deseaba y procuraba en los de la Congregación. Y así, cuando alguno de ellos era nombrado y admitido por Confesor, lo que le advertía

principalmente era: ***“Que no tocase la bolsa de los penitentes, diciendo que no se puede ganar juntamente el alma y el dinero”***. Solía repetir a menudo: ***“Si queréis hacer fruto en las almas, dejad las bolsas”***. A los penitentes les decía aquellas palabras de San Pablo: ***“No busca a vuestras cosas, sino a vosotros”***.

LXXXXII

Todos estos documentos daba Felipe a los Confesores y generalmente a todos los de la Congregación, añadiendo que, de ninguna manera, se entremetiesen en testamentos, porque se da mucho el sospechar a los seglares, aunque se haga con buenísima intención.

LXXXXIII

Decía más: que nunca haría provecho en la virtud, el que estuviese poseído, aunque poco, de la avaricia y que por experiencia había echado de ver que, se convertían más fácilmente los entregados al servicio de la sensualidad que a este. Por eso llamaba a la avaricia: ***“Peste del Alma”***.

LXXXXIV

Cuando veía que alguno era avaro, hacía dentro de sí malísimo concepto de él, y si alguno de estos le pedía permiso para ayunar, le respondía: ***“Señor, no, dad algo de limosna”***. Cuando quería reprender tácitamente, sobre esto a alguno, solía ingerir en la conversación este dicho: ***“Quién quiere hacienda nunca tendrá Espíritu”***. Y otras veces: ***“Guárdese el joven de la carne y el viejo de la avaricia y seremos Santos”***.

LXXXXV

En suma, tenía por tan importante y fructuoso este aborrecimiento, que solía decir: ***“Dadme diez personas, verdaderamente desapegadas y me bastará el ánimo para convertir el mundo”***. A los de la Congregación les decía: ***“Dios no faltará en daros hacienda, pero estad advertidos, cuando la tengáis, no perder el espíritu”***.

LXXXXVI

No se mostró Felipe menos desasido de las honras y grandezas del mundo que de sus riquezas. Vivía en Roma en gran concepto de santidad, no solo entre los hombres ordinarios, sino entre los principales, hasta de los Sumos Pontífices era bien visto, estimado y venerado, pero entre estas grandezas y ocasiones de adelantarse, se conservó con su habitual humildad y desprecio de sí mismo. No solo renunció a los primeros Canonicatos de Roma, sino también a Obispados grandes y Capelos. Una vez hablando algunos de sus penitentes de la Prelaturas y las grandezas de Roma, con ocasión de la estrecha familiaridad, que tenía con los Papas, dijo: ***“Hijos míos, tomad en buen sentido mis palabras, primero rogaría a Dios, que me enviase la muerte o un rayo antes que el pensamiento en estas dignidades. Deseo más el Espíritu y las virtudes de los Cardenales y los Papas, mas no sus grandezas”.***

LXXXXVII

Tres meses antes de que muriese, hablando en su aposento con Bernardino Corona, hermano de la Congregación, con el que hablaba Felipe con toda familiaridad, le dijo: ***“El Papa me quiere hacer Cardenal, qué te parece?”***, le respondió: Que V. R., debe aceptar esta dignidad, aunque no sea por otro, que por hacer el bien a la Congregación. El Santo, levantando en alto el bonete y mirando al Cielo, dijo: ***“Paraíso, Paraíso?”***.

LXXXXVIII

En las Pláticas familiares, discurría tal vez Felipe contra la vanidad del mundo, con tanto Espíritu, que muchísimos oyéndole, hacían grandes resoluciones y mudaban de vida. Al final de estos discursos, solía añadir con mucha eficacia: ***“Vanitas, vanitate et omnia vanitas”***. No hay cosa buena en este mundo y otras sentencias con que penetraba los corazones de los oyentes.

LXXXXIX

Solía decir que, el desprecio de las riquezas y de las honras era más necesario en Roma que en ningún otro lugar del mundo, porque más en Roma que en otra ciudad del mundo, se distribuyen las honras.

C

Y finalmente estuvo tan desasido de la hacienda y de las grandezas del mundo, que normalmente decía: ***“No hallo en este mundo cosa que me agrade y esto solo me agrada, de no hallar cosa que me agrade”***.

CI

Añadía que, si un alma pudiera abstenerse del todo de pecados veniales, no pudiera sentir más pena, que el detenerse en este siglo.

CII

Esta aversión que tuvo Felipe a las grandezas del mundo, nació de la luz grande que tenía y del conocimiento de las cosas por sí mismas y de su profunda humildad, que fue en él tan eminente que, a imitación de San Francisco, se tenía por el mayor pecador del mundo y con el sentimiento que lo decía, mostraba afirmarlo de corazón, de manera que, si oía algún pecado grave de otro, decía: “Plegue a Dios, no halla hecho yo otro peor”.

CIII

Protestaba cada día a Dios diciendo: ***“Señor, guardaos de mí hoy, que os haré traición y todo el daño del mundo. Otras, solía decir: La llaga del costado de Cristo es bien grande, pero si Dios no me tuviese de su mano, yo la haría mayor”***. Y otras, cuando estaba para comulgar, con todo afecto decía: ***“Señor, yo protesto, que no soy bueno, sino para hacer mal”***. Solía decir también, que su preparación para la Misa era hallarse preparado, en cuanto era de su parte, para hacer cualquier mal si Dios no le ayudaba.

CIV

En los últimos años de su vida, como había llegado al conocimiento de su nada, siendo así que, cuando estaba enfermo solía proponer vida nueva y comenzar a hacer buenas obras, decía lo contrario, esto es: ***“Señor, si estoy bueno, en cuanto a mí siempre seré peor, tantas veces en el pasado os he ofrecido cambiar de vida y no lo he hecho, que estoy desesperado de mí mismo”***.

CV

Cuando se confesaba, solía decir con gran llanto: ***“Nunca hice cosa buena”***. Y fuera de la confesión, tenía tan impreso este pensamiento, que cuando veía personas con poca edad, considerando que les quedaba tiempo para obrar bien, decía: ***“Oh, dichosos vosotros, dichosos vosotros que tenéis tiempo de hacer el bien, lo que yo no he hecho”***. Y cuando miraba a los Religiosos, les decía muy a menudo: ***“Oh hijos, dichosos vosotros, que habéis dejado el mundo ojala tuviera ánimo para hacerlo yo”***. Y lo decía con tanta sinceridad que a menudo le venía a la boca: ***“Estoy desesperado de mí, pero confío en Dios”***.

CVI

Estando una vez enfermo, le dijeron algunos de sus devotos, que hiciese a Dios la Oración de San Martín: “Si adhuc populo tuo sum necessarius, non recuso laborem”. Les respondió: ***“Yo no soy San Martín, ni me he tenido jamás por tal, si me juzgase hombre necesario para algo, me tendría por condenado”***. Le rogaba una persona noble, estando otra vez enfermo, que no quisiese dejar tan deprisa a los suyos y que pidiese a Dios larga vida, ya que por interés propio no, pero para hacer bien a ellos y a los demás, le respondió con el mismo sentimiento de humildad: ***“No se me ha pasado jamás por la cabeza, qué soy para ayudar a nadie”***.

CVII

La misma persona, considerando los grandes dones que Dios le había comunicado, le dijo un día: ***“Padre, grandes cosas hacen los Santos. Le respondió: No lo has de decir así, sino grandes cosas hace Dios en sus Santos”***.

CVIII

A otro que le dijo: Padre me ha venido tentación de que no sois, cual os juzga el mundo. Le respondió: ***“Sabed que soy un hombre como los otros y nada más. Pero no te de pesadumbre esta tentación, que no es de importancia”***.

CIX

Cuando sabía que alguno tenía y reputaba por bueno, solía decir: ***“Miserable de mí, cuantos labradores y cuantas pobres doncellas serán mayores que yo en el Cielo”***. Y porque le dijeron una vez que en algunos lugares le tenían por Santo y como tal se encomendaba a sus oraciones, estuvo toda una noche lamentándose y diciendo: ***“Pobre de mí, desdichado de mí. Dios me de su gracia para ser lo que estos piensan”***.

CX

Sentía mucho ser llamado Fundador de la Congregación, diciendo expresamente a cuantos le hablaban de esto, que nunca tuvo intención de serlo, pero Dios por su bondad se ha servido de mí, como instrumento muy pequeño, para que resplandezca más su poder.

CXI

Aborrecía sobre manera toda afectación y no se aplicaba con gusto a tratar con personas de prudencia mundana, y mucho menos con gente doble. Fue gran enemigo de la mentira y recordaba muy a menudo a los suyos, que se guardasen de ella como de la peste.

CXII

Procuró Felipe, que todos, pero con mayor esfuerzo, que los suyos alcanzasen esta virtud de la Humildad, y como San Juan Evangelista decía continuamente a sus Discípulos: Amaos el uno al otro, así Felipe decía: ***“Sed humildes, estad abajo”***, y en esto instaba mucho.

CXIII

Exageraba en una plática un día cierto Padre de la Congregación, con mucho espíritu y con un aplauso general de los oyentes, la excelencia del padecer. El Santo Padre se hallaba presente y dudando no le ocasionase vanagloria la aprobación y el aplauso del auditorio, cuando acabó la plática, se subió Felipe a la silla desde la que se hacen y con alta voz dijo: ***“Que***

ninguno de la Congregación tenía la ocasión de desvanecerse, pues hasta entonces ninguno de ella había derramado su sangre por Cristo, sino que por servirle, conseguían mucha honra y estimación”.

CXIV

Decía también, que ni aún por burlas se deben decir palabras de la alabanza propia y que se debe tener gusto o por lo menos no mostrar sentimiento cuando otro se atribuye la buena obra, que no hizo, usurpándole con esto la estimación de los hombres, supuesto que con mayor aumento la cobrara delante de Dios.

CXV

Decía muy a menudo a los suyos: ***“Echaos en manos de Dios y sabe que si quisiere algo de vosotros, él os hará buenos y capaces para todo aquello en que quisiere emplearos”.***

CXVI

Los exhortaba para que rogasen a Dios, que si les concedía alguna virtud o algún don, lo tuviese escondido, para que se conservasen el la humildad y no tuviesen ocasión de enaltecerse. Y por esto cuando decían algo en alabanza propia, los reprendía al punto con estas palabras: ***“Secretum menn mihi, secretum sucum mihi”.***

CXVII

Solía decir cuando una persona por si misma se metía en la ocasión del pecado, diciendo: ***“No caeré, no lo cometeré”.*** Entonces era señal manifiesta de caer en él con gran ruina de su alma. Y así exhortaba, que se repitiese muy a menudo y de corazón: ***“Señor, no os fiéis de mí, porque sin duda caeré si no me ayudáis. Señor mío de mí no esperéis sino pecados”.***

CXVIII

Aconsejaba no prevenir las tentaciones, con decir: ***“Yo haría, yo diría”***, sino con humildad: ***“Se lo que debía hacer pero no lo que haré en la ocasión”***.

CXIX

Aconsejaba también que, confesándose uno, descubriese primero los pecados más graves y de mayor vergüenza, porque con esto se confunde el demonio y se saca mayor fruto de la confesión.

CXX

Le parecía muy mal, que las personas se disculpasen, diciendo: que quien desea ser, jamás se ha de disculpar, excepto en algunos casos, sino confesarse culpable siempre, aunque uno no haya cometido el delito por el que es reprendido. Y solía llamar a los que se disculpaban, ***“La madre Eva”***.

CXXI

Tenía por regla asentada, que el verdadero remedio para abstenerse del pecado es reprimir y humillar la altivez del ánimo. Y así, que nadie se aflija por ser reprendido. Y decía, que algunas veces de be ser mayor culpa, la que se comente en él al entristecerse de la reprensión, que el pecado del que es reprendido. Más que la sobrada tristeza, siempre suele tener su origen la soberbia. Por esta causa, quería que, después de haber cometido el hombre una culpa, se reconociese pecador con estas palabras: ***“Si yo fuera humilde, no caería”***.

CXXII

No aprobaba el espíritu de los que confiados en sus fuerzas, pedían a Dios tribulaciones, sino que exhortaba más deprisa a pedir paciencia en los trabajos que pueden suceder a un hombre en el discurso de cada día.

CXXIII

Tenía también por cosa muy peligrosa en un principiante en el espíritu, querer hacer del maestro y gobernar y convertir a otros. Lo que primero quería, era que se convirtiese a sí mismo y que viviera humilde, para que no le pareciese haber hecho alguna cosa y con eso cayesen en el espíritu de soberbia.

CXXIV

Por evitar peligros de vanagloria, quería que se hiciesen en secreto las devociones particulares, diciendo que, los gustos y consuelos del espíritu, no se han de buscar en lugares públicos. Por eso exhortaba a que se huyese de toda singularidad, que comúnmente es origen y fomento de espiritual soberbia. NO quería por esto que se dejasen las buenas obras. Y así conforme a la doctrina de los Santos Padres, solía distinguir tres géneros de vanagloria. A la primera la llamaba: **“Señora”**, porque va delante y se toma por fin de la cosa que se hace. A la segunda **“Compañera”**, esto es, cuando no se hace la acción por vanagloria, pero se siente complacencia cuando se ejecuta. A la tercera la llamaba: **“Esclava”**, que se siente por la obra que se hizo, pero se reprime luego y así decía: ***“Advertir por lo menos que la vanagloria no sea Señora”***.

CXXV

Juntó Felipe a su humildad, la virtud de la Mortificación en gado tan excelente, que con justa razón fue tenido por muy singular maestro, tanto en mortificarse así mismo como por mortificar a los que seguían su disciplina, dando a cada uno la mortificación, que juzgaba conveniente para cada sujeto, repitiendo a menudo: “Hijos, mortificaos en las cosas pequeñas, porque así os podéis mortificar más fácilmente después en las grandes”.

CXXVI

Deseaba Felipe principalmente, mortificar en los suyos, el discurso, en particular cuando se fundaba en la apariencia de buena razón, cosa tan difícil como alabada, con encarecimiento de los Santos. Instaba de tal forma, que se pusiese todo el estudio en mortificar el entendimiento,

principalmente, que solía decir tocándose en la frente: ***“La santidad del hombre, esta en el espacio de estos tres dedos”***. Y añadía declarando: ***“Toda la importancia está en mortificar la racional”***. Palabras muy familiares del Santo, entendiendo por lo racional, el sobrado discurso, desagradándole el querer hacer del prudente y discurrir en todas las cosas. De manera que cuando le venía a las manos alguna persona con nombre de santidad, solía probarla con mortificaciones. Si la hallaba mortificada, hacía cuenta de ella y si no lo estaba la tenía por sospechosa.

CXXVII

Añadía, que la perfección consiste en cautivar la propia voluntad y hacerlo a manera del que rige. Solía decir a los suyos, que no hacía mucho caso de las abstinencias, ayunos y semejantes cosas, si en ellas se hallaba la propia voluntad, sino que entendiesen en cautivar la racional, aún en las cosas pequeñas, si querían vencer las grandes y hacer provecho en el camino de la virtud.

CXXVIII

Decía también, que la perfección del Cristiano está en saberse mortificar por amor a Cristo y que las mortificaciones exteriores aprovechan grandemente por alcanzar la mortificación interior y las demás virtudes y que sin mortificación no se hace nada.

CXXVIX

Finalmente tenía esta máxima: ***“Que uno, el cual no fuese apto para sufrir la pérdida de la honra, no podía hacer provecho en las cosas del espíritu”***.

CXXX

Estimaba tanto esta virtud que normalmente tenía en la boca el dicho de San Bernardo: ***“Spernere mundu, spernere nullum, spernere seipsum, sperenere se sperni”***. Y añadía, considerando la dificultad de llegar principalmente, al último grado: ***“Et hoc sunt dona, sperni”***, diciendo: ***“A esto no he llegado yo, o a esto quisiera yo llegar”***, o razones semejantes,

mostrando con ellas cuanto se ha de estimar la mortificación y cuán difícilmente se alcanza.

CXXXI

Si bien fue muy singular Felipe en mortificarse y mortificar a los otros, con todo, en sus últimos años no usaba tantas mortificaciones exteriores, porque decía que: ***“Cuando se ha manifestado mucho el Espíritu de esta virtud, no es de tanto fruto, antes en algunos puede ocasionar soberbia y vanidad”***.

CXXXII

Se puede decir, que como fue continua mortificación la vida de este Santo, así fue a la vez paciencia continua y virtud tan ensalzada y tenuta por los Santos Padres, por piedra de toque de toda la Santidad. No solo ejercitó Felipe la paciencia con los extraños, más la tuvo con los suyos y con los que había beneficiado mucho. Muchos fueron los documentos y acuerdos que dio en orden a la Paciencia. Primeramente decía: “No puede sucederle a un Cristiano cosa más gloriosa, que padecer por Cristo, ni a quien de veras amaba a Dios, no le podía suceder cosa de mayor disgusto que faltarle ocasiones de padecer por su Amor. Siendo así que, la mayor tribulación de un Siervo de Dios es no tener tribulación. Por esto, cuando a veces los suyos decían, que no podían llevar las adversidades respondía: ***“Antes decíais que no sois dignos de tanto bien, pues no hay argumento más cierto, ni más evidente del amor de Dios, que las adversidades”***.”

CXXXIII

A uno que se quejaba con él de que padecía persecuciones injustas, le dijo: ***“Hijo la grandeza del amor de Dios, se conoce por la grandeza del deseo que tiene el hombre de padecer por su Amor”***.

CXXXIV

Decía que, nada causaba más deprisa el desprecio del mundo que el verse atribulado y afligido y que se podrían llamar infelices los excluidos de esta escuela.

CXXXV

Solía decir que, en esta vida no hay Purgatorio, sino Infierno o Cielo. En este viven los que padecen tribulaciones con paciencia y en aquél los que padecen sin ella.

CXXXVI

Decía más: *“Cuando Dios envía al alma gustos extraordinarios, el hombre se ha de aparejar por una gran tribulación, porque normalmente, el gusto espiritual es su mensajero”*.

CXXXVII

Para animar a los suyos a esta virtud, los exhortaba a que no perdiesen jamás el ánimo, porque es costumbre de Dios tejer la vida humana con un trabajo y un consuelo; que no procurasen huir de una Cruz, porque sin duda hallaría una mayor. Que no hay otra cosa mejor que hacer de la necesidad virtud, si bien los demás hombres se labran la Cruz a sí mismos.

CXXXVIII

No aconsejaba a sus penitentes que pidiesen a Dios tribulaciones, quería que en esto se anduviera con grandísima cautela, porque no hace poco el hombre en llevar las que Dios le envía cada Día. Pero en algunos ejercitados por mucho tiempo en el servicio de Dios, enseñaba que, en la Oración se imaginasen muchas afrentas, como bofetones, heridas y cosas semejantes. Y que con gran caridad e imitación de Cristo, procurasen acostumbra el corazón a perdonar de veras los agravios a los ofensores porque de esta manera alcanzarían gran espíritu. Con todo esto a una persona que le rogó que le enseñase este ejercicio, le dijo: “No es para ti, ni para todos”.

CXXXIX

Sabiendo muy bien Felipe que ninguna acción, por grande que sea, puede llamarse virtuosa, cuando no va acompañada por la Perseverancia y la firmeza, por esto desde niño procuró tenerla en sus obras. Luego que

conoció, que era voluntad de Dios, que en Roma trabajase en su viña, estuvo tan constante que, en el espacio de sesenta años, no salió de las puertas de la ciudad, más de lo que dice la vuelta de las Siete Iglesias. Y aunque muchos amigos le rogaron con grandísimas instancias que fuese con ellos a diferentes partes y particularmente sus parientes, a Florencia su patria, jamás fue posible que se redujese a hacerlo, diciendo: ***“No reconozco otra patria que la del Cielo”***.

CXL

Y para poder atender mejor a lo que había ordenado en la Congregación, no quiso tomar otro oficio ni acumular en ella otros ejercicios, contentándose como él decía, con tres cosas: “De Oración, administración de Sacramentos y Palabra de Dios. Y esto no por otro fin, sino porque tanto él como los otros de la Congregación, pudiesen mejor confirmarse en ellos. Pero como no se contentaba de ser él solo virtuoso en sí mismo, procuraba imprimir esta virtud en los pechos de sus penitentes, con varios documentos, teniendo siempre en la boca aquella sentencia de Cristo Nuestro Redentor: ***“Non qui incaperit, sed qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit”***. Decía, que por alcanzarla es buen medio la discreción y que para esto es menester no quererlo hacer todo en un día y querer ser Santo en cuatro días, así que le parecía más dificultoso moderar a los que querían hacer demasiado que incitar a los que hacen poco.

CXLI

Decía aún más: ***“No conviene apegarse tanto a los medios y que se olvide el fin y que no es conveniente tanto darle a la mortificación de la carne, que se deje de mortificar el entendimiento que es lo principal”***.

CXLII

Decía también: “No es necesario dejar a cualquier poca ocasión sus devociones y que para esto no está bien cargar demasiado de Ejercicios Espirituales, porque hay algunos, que poco a poco se ponen a decir tantos Rosarios y tantos Oficios, que después cansados, no perseveran y si perseveran no los dicen con devoción. Por esta causa aconsejaba que se emprendiese poco y se observase sin intermisión, porque si el demonio hace dejar una vez el ejercicio, fácilmente lo hará dejar una segunda y

luego una tercera hasta que termina todo en nada y así acostumbraba a decir muchas veces: *“Nullus sine linea”*.

CXLIII

Advertía también, que era necesario guardarse de las faltas o defectos pequeños, porque de otra manera si se empieza a volver atrás y a despreciar tales defectos la conciencia se engruesa y después todo va a la ruina.

Exhortaba a renovar a menudo los buenos propósitos y no perderlos jamás por tentaciones contrarias a ellos y diciendo que Dios acostumbraba, cuando quiere conceder una virtud, permitir que sea uno trabajado primero del vicio contrario.

CXLIV

Solía decir también, que el Espíritu suele ser en los principios grande, pero que después el Señor, *“fingit se longius ire”*, y que en estos casos es necesario permanecer firme y no conturbarse, porque sin duda volverá.

CXLV

A este propósito decía que, en la vida espiritual se hallaban tres grados. Al primero lo llamaba *“vida animal”*, este es de los que van tras la devoción sensible, que suele dar Dios a los principiantes, porque llevados de aquél gusto como los animales del objeto sensible, se dan a ella. Al segundo grado lo llamaba *“vida de hombres”*, es de los que sin probar dulzura sensible, combatían por la virtud contra las pasiones propias, cosa propia de hombres. Al tercer grado lo solía llamar *“vida de Ángeles”*, donde llegan los que ejercitados mucho tiempo en dominar sus pasiones, reciben de Dios una vida tranquila y casi Angélica aún en este mundo. De estos tres grados aconsejaba a los suyos Felipe, que perseverasen en el segundo, porque a su tiempo Dios les concedería el tercero.

CXLVI

En cuanto a la gente joven decía que, les era necesario para perseverar en la virtud, huir de las malas conversaciones y acompañarse con buenos como la frecuencia de los Sacramentos. No los creía fácilmente, aunque diesen muestra de gran espíritu. Y así, cuando le hablaban de algunos

jóvenes, que caminaban bien en el espíritu, respondía: ***“dejad que echen las plumas y veréis el vuelo que darán”***.

CXLVII

Exhortaba a rogar continuamente al Señor que, por su bondad les concediese el don de la perseverancia. Así mismo decía que, para comenzar bien y acabar mejor, era muy necesaria la devoción en la Santísima Virgen Madre de Dios y oír Misa cada día, cuando no hubiese legítimo impedimento.

CXLVIII

Decía Felipe, que si un Religioso vivía con edificación y observancia en una Orden relajada, debía perseverar en ella, sin buscar otra, porque quizás quería Dios servirse de él para renovar el Espíritu de aquella Orden.

CXLIX

Tenía por sospechosa cualquier mudanza, no le parecía bien que los hombres pasasen de un estado bueno a otro mejor, sin gran consejo, diciendo: ***“El demonio muchas veces se sabe transfigurar en Ángel de luz y con el pretexto de ser mejor, hace dejar lo bueno”***.

CL

Animaba frecuentemente a todos a la Perseverancia en la vida espiritual, diciendo que, el Señor nunca suele enviar a la muerte a un hombre espiritual, que primeramente no se lo haga saber o no lo envíe un espíritu extraordinario.

CLI

Deseaba también, esta firmeza, en los seglares, sus penitentes en el estado, lugar o profesión que una vez hubiesen elegido. Sobre todo en los de la Congregación, no dándoles permiso fácilmente para salir de Roma por mucho tiempo, diciendo que, el Espíritu se relaja y siente volver a los ejercicios y vida de antes.

CLII

Además de los éxtasis y arrobos del Espíritu, tuvo Felipe muchas visiones y apariciones y fue muy favorecido por Dios en ver subir al Cielo las almas de muchos y hablando de la hermosura de las almas, solía decir: ***“No se puede encarecer la hermosura de un Alma que muere en Gracia de Dios”***.

CLIII

Acerca de dichas visiones de las cuales Felipe, así por la santidad de su vida, como por su larga experiencia, tenía grandísimo conocimiento y sabía muy bien discernir, las verdaderas de las falsas. Siempre empero, de que se trataba de especular sobre esta materia porque el hombre no fuese fácilmente engañado, solía traer la doctrina común de los Santos Padres, que por cotidiano no se debe dar a crédito a visiones. Y aunque fuese tan favorecido por Dios con tantas ilustraciones del entendimiento, no le agradaban los elevamientos ni éxtasis en público, diciendo que, era muy peligroso y que los gustos y recreaciones del Espíritu se deben buscar en el aposento y tenerlos escondidos todo lo posible.

CLIV

Decía también, que las visiones buenas como las malas, suelen acontecer incluso a quien no las desea y así, que nadie confiase en decir que no las desea y de esta manera no estará sujeto a las ilusiones y visiones malas y que era necesario gran humildad, gran resignación y desapego para no dejar a Dios por las visiones.

CLV

Decía más, que era difícil tenerlas y no ensoberbecerse y más difícil no creer ser digno de ellas y muy dificultoso creerse indigno. Como también lo es, no preferir la suavidad de ellas a la paciencia, obediencia y humildad.

CLVI

Añadía que, aquellas visiones, las cuales no son vitales al que las tiene o en particular o en general a la Santa Iglesia, no se habían de estimar en ningún caso y que las verdaderas visiones en el principio causaban algún horror y espanto pero que después dejaban mucha paz y tranquilidad y que las otras lo hacían todo al contrario.

CLVII

Advertía a los confesores que, no hiciesen caso a las revelaciones de sus hijos espirituales y principalmente a las mujeres, porque suelen mostrar grandísimo espíritu y por lo demás se resuelve en nada, añadiendo que, muchos habían padecido ruina por andar tras cosas como estas. Por esta razón aconsejaba y mandaba muchas veces a los suyos que las resistiesen con todas sus fuerzas y no temiesen dar con ello disgusto a la Divina Majestad, porque esta es una mayor prueba para distinguir las visiones falsas de las verdaderas. Y un día que el Santo subió al púlpito, para hacer una plática, sintiéndose arrebatado el Espíritu, hizo cuanto pudo por evitarlo y viéndose imposibilitado en seguir adelante con su plática, se dio un golpe con la mano sobre la rodilla y dijo: ***“Quien desea éxtasis y visiones no sabe lo que busca”***, y deshecho en llanto, bajó de la silla y se fue.

CLVIII

Otra vez, estando un Padre de la Congregación discurrendo en su plática en lo que se refiere al éxtasis, subió Felipe después de él a la silla y dijo que, añadía á lo que había dicho aquél Padre, solo estas palabras: ***“Yo he conocido a una mujer de Santa vida, que tuvo continuos éxtasis durante mucho tiempo y después se os quitó Dios. Pregunto ahora: ¿Cuándo pensáis que yo estimase más a aquella mujer, antes cuando los tenía o después cuando no los tuvo?. Delante de mí, añadió, era sin comparación más estimada cuando no los tuvo”***. Dicho esto, bajó de la silla y se marchó.

CLIX

Por el mismo propósito, habiéndole referido que, a una doncella beata de Santo Domingo, se le aparecía frecuentemente Nuestro Señor y de continuo a Santa Catalina de Siena, respondió: ***“Las mujeres, fácilmente se engañan y así decidle, cuando le vengan estas visiones, las escupa en la cara, sea quien sea y que no haga estimación alguna de ellas, que no solo no las desee, sino que las desprecie”***. La dicha doncella, con temor a ser engañada, siguió el consejo del Santo con grandísimo fruto para su alma.

CLX

Solía también el Santo enseñar a los suyos que, los que se hayan en peligro de muerte, no deben dar con facilidad crédito a las visiones, principalmente a las que prometen larga vida, porque por lo demás son engaños del demonio, deseoso de que muera el hombre y que le desaparezca la esperanza de la vida. Añadiendo esto: que es de menor peligro dejar de creer las visiones verdaderas que dar crédito a las falsas.

CLXI

Un penitente del Santo, a quien restituyó la salud milagrosamente, fue a confesarse con él, para comunicarle un sueño que había tenido la noche anterior a su milagrosa salud y antes de que comenzase a decir palabra, le preguntó Felipe, si creía en los sueños?. Y con esta ocasión quiso contarle el que había tenido y el Santo mostrando con los ojos, severo enojo dijo: ***“Quítate de mi vista, el que desea ir al Cielo es necesario que sea hombre de bien y buen Cristiano y no creer en los sueños”***.

CLXII

Finalmente, traía tan a menudo a la memoria aquella doctrina de que, es necesario tomar por los pies a los que quieren volar sin alas y tirarles de los brazos para que se asienten sobre la tierra para evitarles la caída y el tropiezo en las redes del demonio. Entendiendo de aquellos que van tras las visiones, sueños y cosas semejantes, demostrando que siempre se ha de caminar por el camino de la Mortificación de las propias pasiones y de la humildad.

CLXIII

Al don de las visiones se le añadió el de la profecía, en la que el Santo Padre fue muy singular, así como en profetizar las cosas venideras como en ver las ausentes y penetrar los secretos del corazón, de forma que, la Sacra Congregación de Ritus, declaró que el don de la profecía “non est inventus sinilis illi”.

CLXIV

En las Sedes vacantes, casi siempre le sucedía escuchar una voz, que le manifestaba el cardenal que debía de ser Papa, pero cuando lo decía que no era sin urgentísima ocasión, o con algún penitente suyo en los discursos familiares como burlando, advertía siempre que no se debe dar crédito a semejantes cosas en manera alguna, ni desearlas, porque en ellas pueden estar escondidos muchos engaños y lazos de Satanás.

CLXV

Si bien Felipe procuró siempre con toda su sabiduría, que el mundo le tuviese por hombre de poco juicio, con todo eso fue conocido y estimado por hombre muy iluminado y de singular prudencia y consejo, no solo en las cosas del espíritu, sino en las concernientes a los asuntos del mundo. En cuanto al don que comúnmente llaman los Santos, discreción de espíritu, era tan ilustrado que conocía lo que era conveniente a cada uno y se valió de los medios más a propósito para encaminarlos a Dios con feliz suceso.

CLXVI

Acostumbraba a probar el Espíritu de los otros para ver si era bueno o no por medio de la Mortificación, teniendo y afirmando que, ***donde no la había grande no podía caber la Santidad.***

CLXVII

Daba diversos documentos en materia de guiar y gobernar Almas. En primer lugar decía a los Confesores, que no era necesario guiar a los penitentes por el camino que habían seguido ellos, porque muchas veces hallan espíritu y gusto en algún género de ejercicio y meditaciones en que quisiesen ejercitar a sus penitentes y les echarían a perder la complexión.

CLXVIII

No era necesario dejarles hacer todo lo que deseaban o pedían, sino que era muy útil, hacerles interrumpir a veces aún las propias devociones, así porque se recreasen algo como porque se mortificasen si se mostraban demasiado asidos a ellas.

CLXIX

Quería que los penitentes no cambiasen habitualmente de Confesores, ni que estos, admitiesen fácilmente, quitados algunos casos, los penitentes de los otros. Y así, cuando llegaba a confesarse con él alguno que tuviese su Confesor en otra parte, no quería que o dejase por él, sino que lo enviaba a su propio Confesor.

CLXX

Alababa mucho que marido y mujer, tuviesen el mismo Confesor, para tranquilidad y paz de su familia y de ellos mismos, y esto si lo hacían espontáneamente.

CLXXI

Daba además este documento, que para curar una persona espiritual, que después de haber caminado mucho en el camino del Espíritu hubiese caído en algún yerro de consideración, no había mejor remedio, como exhortarla a manifestar su caída a personas de buena vida, con quien tuviese particular confianza, porque con esta humildad, Dios la restituía a su primer estado.

CLXXII

Decía más: que los Confesores en los principios, no dejasen hacer a los penitentes todo cuanto querían y pedían, porque así se conservarían más vivos en el Espíritu de tal manera que se harían perezosos con peligro de volver atrás y dejarlo todo.

CLXXIII

A los penitentes decía que, no violentasen jamás al Confesor para que les diese permiso para cosas a las que no se inclinaba. Y en caso de que no hallasen fácilmente al Confesor, era bueno interpretar su mente y gobernarse por ella.

CLXXIV

Les decía más: que ni la disciplina, ni otras cosas semejantes, las debían de hacer sin permiso del Confesor y quien las hiciese por su propio parecer o se le gastaría la complexión o se ensoberbecería juzgando haber hecho alguna cosa grande y que no era necesario apegarse tanto a los medios, que se olvidase el fin que es la Caridad y el Amor.

CLXXV

No le agradaba que los penitentes hiciesen votos sin consejo de su Padre espiritual, ni les daba fácilmente para hacerlos por el peligro que hay de no cumplirlos.

CLXXVI

Tampoco era fácil el concederles permiso para cambiar de estado, queriendo que se confesasen cada uno regularmente en la vocación a la que Dios le había llamado desde el principio como si viviese sin pecado. Añadiendo que, aún en medio del mundo se puede atender a la perfección y que ni el arte, ni el trabajo, son de suyo impedimentos al servicio de Dios. Y así, aunque envió gran número de hijos e hijas espirituales a todas las Ordenes, tenía también grandísimo gusto y particular deseo, que los hombres fuesen santos en sus casas.

CLXXVII

Por esta razón a muchos que estaban en la corte, con fruto suyo y edificación de otros, no consentía que se partiesen de ella, por ir a otra parte, diciendo: que por pasar de estado malo a bueno, no es necesario consejo, pero para pasar de bueno a mejor, es necesario tiempo, consejo y oración, porque no todo lo que es mejor en sí, es mejor para cada uno en particular.

CLXXVIII

Decía más: que si bien el estado de la Religión es más eminente, no por eso es conveniente para todos, de tal manera que, cuando veía indicio de vocación al estado de la Religión, era ferventísimo en enviar allá a los sujetos, pero cuando no reconocía esta disposición, no era fácil darles el permiso para hacerse Religiosos.

CLXXIX

Para conservar la paz con el prójimo, decía que, no era conveniente decir jamás a nadie sus defectos naturales. Y en el hacer la corrección a los Príncipes, decía que, convenía hacerla caer en tercera persona, como Natán lo hizo con David.

CLXXX

Daba por documento que, cuando alguno recibiese alguna reprensión o repulsa del Príncipe, o de algún superior grande, era necesario no mostrar sentimiento, sino volver a sus ojos con la misma alegría y gusto que antes, porque de esta manera volvería presto en su gracia y desharía la sospecha, si la habían concebido de mal proceder.

CLXXXI

Aconsejaba a las mujeres que se estuviesen en casa y atender y cuidar de su familia y no salir fácilmente en público.

CLXXXII

Aunque Felipe fuese favorecido por Dios en tener imperio sobre los demonios y el de tener el don de librar a muchos poseídos y trabajados por ellos, mostraba no ser inclinado a conjurar y raras veces y casi a la fuerza se ponía a hacerlo, diciendo: “No debe el hombre creer fácilmente que son endemoniadas las personas que o muestra por pequeña señal que dan de serlo, porque muchos de estos efectos suelen nacer de la complexión natural, de melancolía, de liviandad de cabeza y de cosas semejantes. Y en las mujeres de imaginación vehemente y de diversas enfermedades y muchas veces de ficciones por diferentes respetos.

CLXXXIII

Por esta razón advertía a los suyos, que creyesen fácilmente en estas cosas, ni conjurasen mujeres jamás, sino en público, por los muchos y graves peligros, que traen consigo semejantes ocasiones.

CLXXXIV

Enfermó Felipe de tercianas dobles, y le sobrevinieron tan excesivos dolores de riñones, que en pocos días le privaron de comer y apenas hablaba porque no se le entendía y a pesar de esto estaba con grandísima tranquilidad, sin quejarse ni hacer movimientos descompuestos, sólo le oían decir bajito estas palabras: “Adange dolorem, sed adange patientiam”.

CLXXXV

En esta enfermedad fue visitado por la Santísima Virgen y curado del todo. El Santo después, por toda aquella tarde, a todos los que entraban en el aposento, no hacía otra cosa que encomendar con grandísimo afecto la devoción a la Virgen, diciendo: ***“Sabed hijos y creedme, yo lo sé, que no hay medio más poderoso para alcanzar la gracia de Dios, que la Virgen Santísima”***. y les exhortó a que dijese muy a menudo aquellas palabras u Oración Jaculatoria: ***“Virgen Maria, Madre de Dios, rogad a Jesús por mí”***.

CLXXXVI

En su última enfermedad, recibió el Santísimo Viático, con extraordinaria devoción y devotísimos coloquios, particularmente, cuando llegó a recibir el Sacramento y dijo de manera fervorosa: ***“Veni, Veni o Señor”***. Y Comulgó, diciendo después: ***“Ahora he recibido al verdadero Médico de mi Alma, Vanitas vanitatum, et omnia vanitas, Quién quiere otro que a Cristo, no sabe lo que busca”***.

CLXXXVII

Deseaba el Santo que, el hombre se partiese de la oración más presto con gusto y deseo de volver a ella, que cansado y desabrido. Enseñaba particularmente a los que no podían alargar la oración, que levantasen a menudo el pensamiento hacia Dios con oraciones y jaculatorias. Y no me parece fuera del propósito, poner aquí por remate estos documentos, algunos de ellos en Latín y en Romance, para consuelo e muchas Almas.

ORACIONES Y JACUALTORIAS EN LATÍN

Cor mundum crea in me Deus, & spiritum restum innova in visceribus meis.

Deus in auditórium deum intende: Domine ad adjuvandum me festitina.

Doce me facere voluntatem tuam.

Domine, ne te abscondas mihi.

Domine vim patior, responde pro me.

Ego sum via veritas, & vita.

Fiat voluntas tua sicut in Coelo & in terra.

Jesús, sis mihi Jesús.

Ne reminiscaris Domine iniquitatum mearum.

Quando te diligam filiali amore ?.

Sancta Trinitas, unus Deus, miserere mei.

Tui amoris in me ignem accende.

*Maria mater gratie, Mater Misericordiae, tu nos ab hoste protege, & hora
mortis suscipe.*

ORACIONES JACULATORIAS EN ROMANCE.

Aún no te conozco, Dios mío, porque no te busco.

Qué haré yo si no me ayudas Jesús mío?

Qué podré hacer Jesús mío para agradarte?

Qué podría hacer, Jesús mío, para hacer tú voluntad?

Dame gracia, Jesús mío, que yo no te sirva por temor sino por Amor.

Jesús mío, te quisiera amar.

Yo no quiero hacer otra cosa, que tú Santísima voluntad, Jesús mío.

Yo nunca te amé y te querría amar, Jesús mío.

Yo te querría amar, Jesús mío y no hallo como.

Yo te busco y no te hallo, Jesús mío.

Si yo te conociese, me conocería también a mí, Jesús mío.

*Si yo te hiciese todo el bien del mundo, qué hubiera hecho por Ti, Jesús
mío?*

Si tú no me ayudas, caeré, Jesús mío.

Cortad el camino a todos los impedimentos, si me queréis, Jesús mío.

Virgen Maria, Madre de Dios, rogad a Jesús por mí, Virgen y Madre.

Madre de Dios bendita, dadme gracia para que me acuerde siempre de vos.

Enseñaba que se dijese en forma de Rosario, sesenta y tres veces: ***“Deus in adiutorium meum intende: Domine ad adiuvandum me festina”*** o algunas de las sobredichas oraciones en la forma que dijimos de las de Nuestra Señora.

Empezamos estos documentos con una alabanza, dada al Santo por un Cardenal de la Santa Iglesia, hijo espiritual suya, y los concluimos con otro encomio de otro Cardenal, también hijo espiritual del Santo, si bien otro tanto mayor, sacado de la Sagrada Escritura y muy a propósito de este lugar, donde por lo que se ha visto en los sobredichos documentos, parece muy claro, en cuan eminente grado de gloria sea después de su muerte en el Cielo, el que en su vida enseñó a muchos con su virtuoso ejemplo, y los encaminó por el camino de la salud con sus Santos Documentos. Es pues el encomio: ***“Qui ad salutem erudiunt multos, fulgebunt sicut stellae in firmamento”***.

***LAS INDULGENCIAS QUE LA SANTIDAD DE INOCENCIO XI EN
SU BULA APOSTÓLICA DESPACHADA EN ROMA EL 24 DE
NOVIEMBRE DEL AÑO 1677 Y DE SU PONTIFICADO EN SU AÑO
SEGUNDO, HA CONCEDIDO A LA CONREGACION DEL
ORATORIO DE SAN FELIPE NERI, DE CLERIGOS Y SEGLARES
DE MLA CIUDAD DE BARCELONA. SON LAS SIGUIENTES.***

Primo a todos los sacerdotes que entran en dicha Congregación, en el día de su admisión, Confesados y Comulgados, concede Indulgencia Plenaria.

Item: a todos los que viven en dicha Congregación, así a los Sacerdotes como a los legos, en el artículo de la muerte, les concede así mismo, Indulgencia Plenaria invocando el nombre de Jesús con el corazón si no se puede con la boca.

Item: A todos los fieles Cristianos, que Confesados y Comulgados, visitaren la Iglesia de dicho Oratorio el día de la fiesta del Santo, el 26 de Mayo, desde las primeras Vísperas, hasta ponerse el sol, rogando a Dios Nuestro Señor devotamente por la Paz y concordia entre los Príncipes Cristianos, por la extirpación de las herejías y por la exaltación de nuestra Santa Fe Católica, concede Jubileo Plenísimo.

Item: A todos los Sacerdotes y demás de la misma Congregación, todas las veces que hagan las exhortaciones o Pláticas Espirituales al Pueblo y así mismo a todos los fieles Cristianos que asistan a ellas, relaja Su Santidad diez años de las penitencias a ellos impuestas.

Item: A todos lo fieles de cualquier condición o estado que sean, los cuales en las festividades de la Natividad de la Virgen Santísima, su Anunciación, Asunción y el día o Fiesta de San José, su dichoso esposo, visitaren la Iglesia del Oratorio, desde las primeras Vísperas hasta ponerse el sol del mismo día de cada una de las festividades, rogando así mismo por la paz y concordia entre os Príncipes Cristianos, extirpación de las herejías y aumento de nuestra Santa fe Católica, concede Su Santidad, siete años y siete cuarentenas de perdón.

Item. A todos los Clérigos y demás personas de dicha Congregación, por cada vez que asistan a los Divinos Oficios que se acostumbran a celebrar en la Iglesia de dicho Oratorio, o que asistan a las congregaciones públicas, privadas o secretas y así mismo asistan al ejercicio de cualquier otra Obra Pía o consolaran a los enfermos o reciban el Santísimo Sacramento de la Eucaristía o examinaran su conciencia antes de que se vayan a acostar o que recitan por cinco veces el Padre Nuestro y el Ave Maria, así por las Almas de los Clérigos difuntos como por os demás miembros de la Congregación y demás Cristianos difuntos, y por que conviertan y reduzcan el camino de la salud espiritual de algún alma o que

enseñen los preceptos de la Ley de Dios a los ignorantes o aquello que les conviene para su salud espiritual o ejerciten cualquier obra de piedad, o caridad benignamente les concede Su Santidad, por cada vez que en cualquiera de las dichas obras se ejerciten, sesenta y seis días de Indulgencia, de las penitencias a ellos impuestas o de otra cualquier manera de vida.

